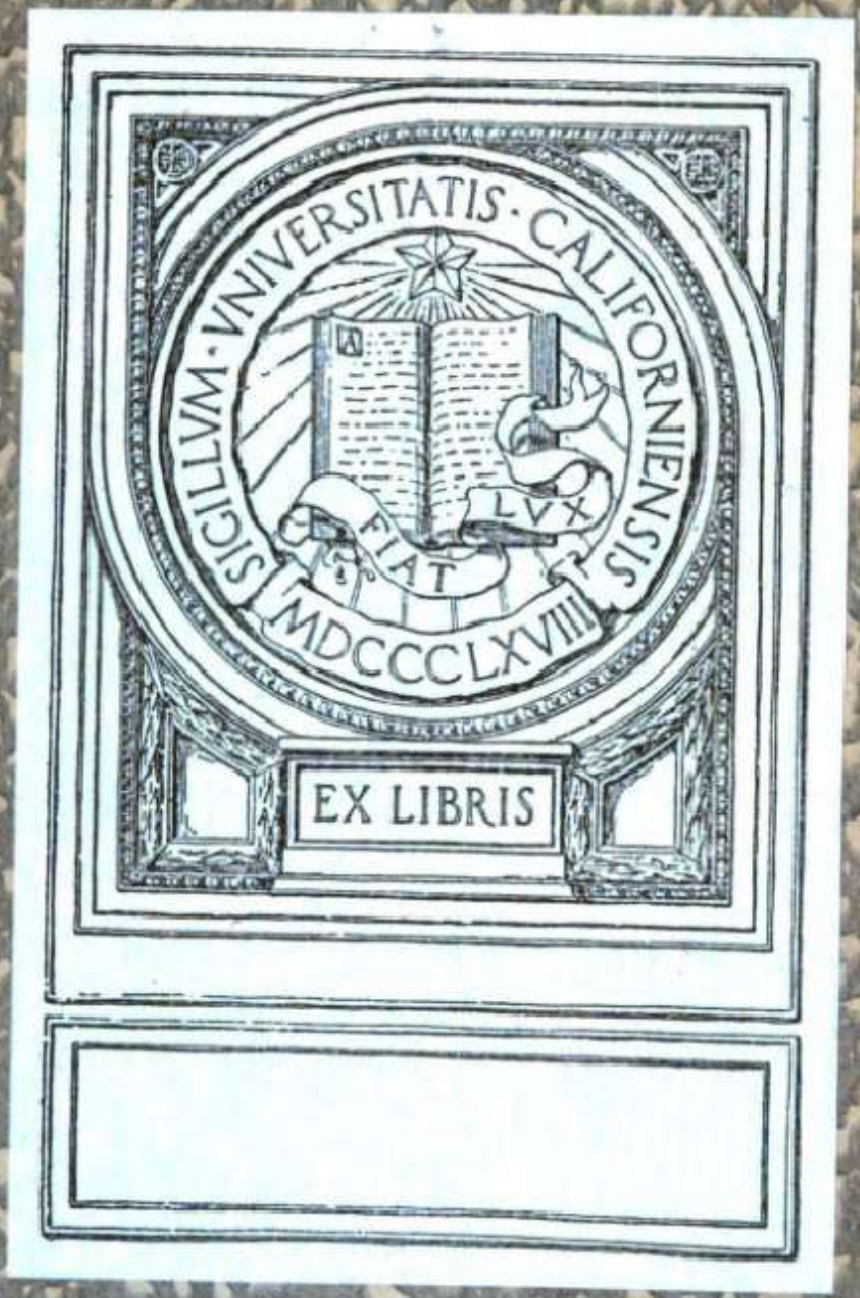
Digitized by Google

Original from
UNIVERSITY OF CALIFORNIA



Digitized by Google
Original from
UNIVERSITY OF CALIFORNIA

Digitized by Google

Digitized by Google

Original from
UNIVERSITY OF CALIFORNIA

Digitized by Google

Original from
UNIVERSITY OF CALIFORNIA

Digitized by Google

Original from
UNIVERSITY OF CALIFORNIA

La Epopeya de Artigas

Digitized by Google

Original from
UNIVERSITY OF CALIFORNIA

Digitized by Google

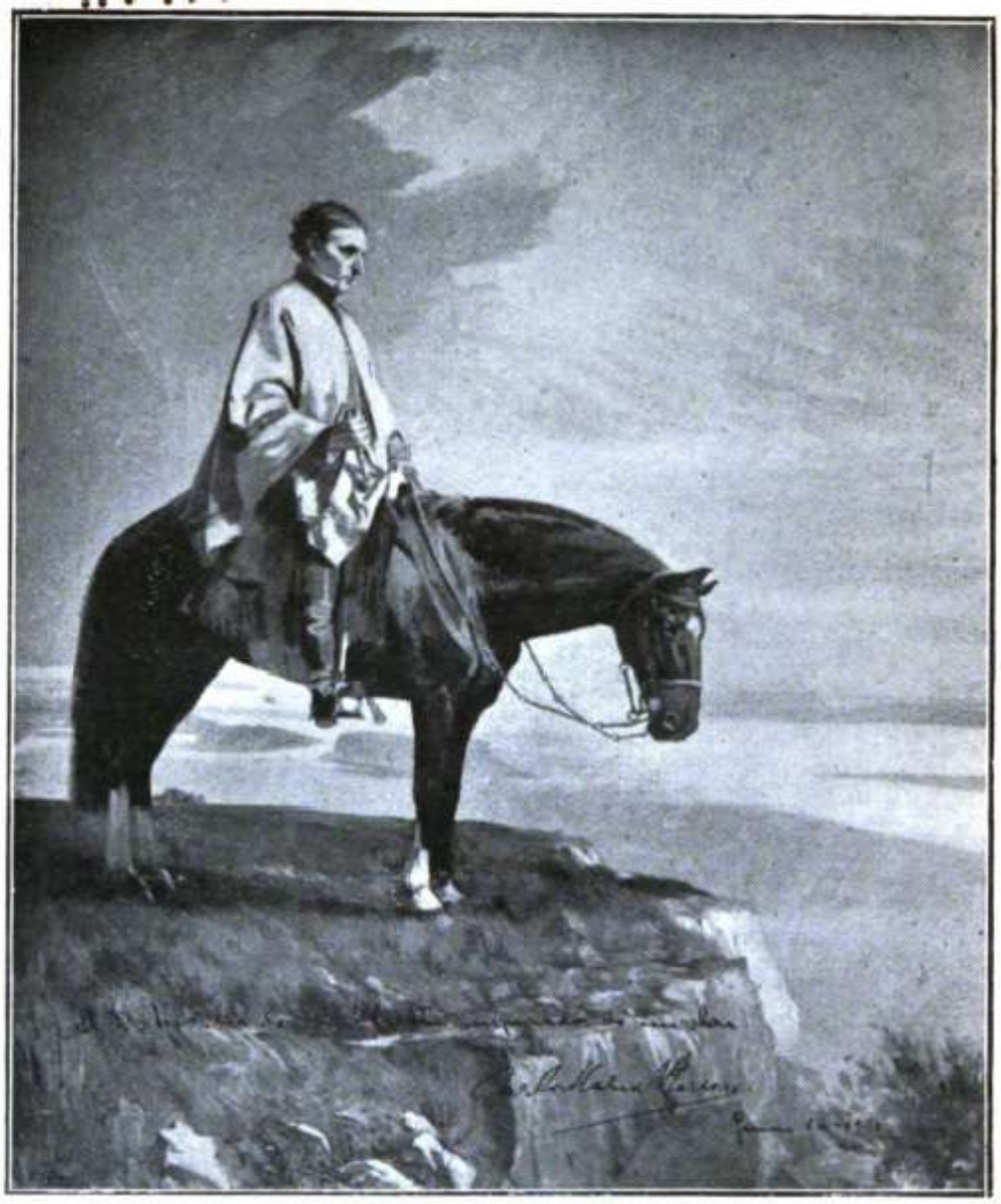
Original from
UNIVERSITY OF CALIFORNIA

UNIV. OF CALIFORNIA

Digitized by Google

Original from
UNIVERSITY OF CALIFORNIA

ARTIGAS EN LA MESETA



Cuadro de Carlos María Herrera

(Salón de Honor de la Casa de Gobierno de Montevideo)

Al Doctor Zorrilla de San Martín, inspirador de mi obra.

CARLOS MARÍA HERRERA

Junio 16 - 1913.

Digitized by Google

Original from
UNIVERSITY OF CALIFORNIA

Juan Zorrilla de San Martín

LA EPOPEYA DE ARTIGAS

Historia de los tiempos heroicos de la
República Oriental del Uruguay

Segunda edición
corregida y ampliada por el autor

TOMO II

LUIS GILI, Librero-Editor
Claris, 82, BARCELONA
MCMXVII

Digitized by Google
Original from
UNIVERSITY OF CALIFORNIA

PRESERVATION
COPY ADDED
ORIGINAL TO BE
RETAINED
JUL 9 1992

ES PROPIEDAD DEL AUTOR

M. GALVE, impresor

Digitized by Google
Original from
UNIVERSITY OF CALIFORNIA

UNIV. OF CALIFORNIA

CONFERENCIA XVII

LA GRAN CONJURACIÓN

El hombre republicano. — Las formas de gobierno. — Esencia de la república. — La serie de derrumbes en Buenos Aires.—Posadas, Alvear, Rondeau, Álvarez Thomás, Balcarce, Pueyrredón. — Congreso de Tucumán. — Composición y espíritu del Congreso de Tucumán. — Declaratoria de independencia. — Semblanza de Pueyrredón. — Rivadavia.—El Congreso de Viena.—Las Santas Alianzas.— La invasión portuguesa.—Artigas, el solo defensor de América en el Sur.— Quiénes son sus enemigos. — Las entrañas de la invasión portuguesa.—El Congreso de Tucumán, Pueyrredón y Tagle.—García en Río Janeiro.— Lo reservado y lo reservadísimo.—Artigas proyectado en la sombra.

I

«¡El año 1816 será el año feliz para los orientales!»

Artigas, mis amigos artistas, es, en estas regiones, un reproche viviente para los que, perdida la fe en el pueblo americano, o no habiéndola jamás tenido, fraguan en secreto el regreso de estos pueblos al aprisco.

Es claro que todos los que tal hacen no han de dar participación a tal hombre en sus planes. El único que tuvo la ingenuidad, muy propia de su carácter hon-

447693

Digitized by Google

Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

rado, de hacerle saber algo de eso, y hasta de solicitar su concurso, fué Belgrano. Éste había reducido a Güemes, el esforzado caudillo de Salta, a secundar su originalísimo proyecto de coronar en el Plata a un descendiente de los reyes incásicos, que, mal que mal, eran reyes. Y, no creyendo hallar en Artigas un hombre de pensamiento, sino un Güemes algo mayor que el heroico salteño, concibió la ilusión de hacer de aquél otro súbdito del indio coronado. ¡El buen Belgrano!... Los demás próceres se guardaban bien, por supuesto, de dar al Jefe de los Orientales participación en sus combinaciones; lo sabían irreductible, y lo presentaban como una entidad anárquica, irracional, y sin más propósito que la satisfacción de sus ambiciones y apetitos.

Cuando Artigas, viendo en su Patria Oriental un ser orgánico, relativamente fuerte, altivo, lleno de fe en sí mismo, en vías de organización política, y con un nombre que sonaba a gloria entre todas las provincias del antiguo virreinato, afirmaba que ese año 1816 iba a ser el año feliz para los orientales, no sabía que, desde el momento en que Fernando VII había sido restituído al trono de España por la caída de Napoleón, el Directorio de Buenos Aires había pensado en desagraviarlo y arreglarse con él, probándole que lo que se había dicho el 25 de mayo de 1810 era literalmente verdad: que la revolución tenía por solo objeto conservar a su amado monarca sus dominios en América.

Artigas ignoraba lo que nosotros sabemos: que el general Belgrano, el vencedor de Salta y Tucumán, y don Bernardino Rivadavia, el severo director de los sangrientos procesos de Alzaga y de Liniers, habían sido enviados a Europa para negociar, en las cortes de

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

Londres y Madrid, la formación de una monarquía en el Plata, y también en Chile, y también en toda América; ignoraba que, fracasada la primera tentativa, y vuelto Belgrano a Buenos Aires, quedó en Europa Rivadavia, y que éste, precisamente en enero de 1816, y pese a sus gestiones de 1815 en favor de Carlos IV, se trasladaba de París a Madrid, a presentar a la majestad de Fernando VII, restaurado en su trono absoluto, sus felicitaciones, y «los sentimientos de lealtad de algunos miles de sus vasallos, cuyo voto es la paz y la prosperidad del reinado de sus amados monarcas».

Esas negociaciones, mis amigos artistas, fueron largas y reiteradas; presentaron distintas faces, desde la más humillante hasta la más grotesca. Si ellas no tuvieron resultado; si estos países no continuaron bajo el cetro de una dinastía europea, sino que acabaron por ser realmente independientes, es decir, republicanos, dueños de sí mismos, no fué ciertamente porque no se hubiera hecho todo lo humanamente posible por aniquilar, con la intervención de los monarcas absolutos, el espíritu democrático, de que Artigas era el bárbaro poseído...

Al hablaros de esto con insistencia, mis amigos, un escrúpulo, acaso más estético que de conciencia, molesta mi imaginación.

Yo os presento a Artigas como el héroe republicano de nuestra América. Líbreme Dios, sin embargo, de aparecer por eso, a vuestros ojos, como el creyente fetichista de una forma de gobierno, así se llame república, o monarquía, o cualquier otra cosa. Ya os he dicho cuánto desdeño las formas, las apariencias idolátricas, las palabras sin más habitante que el

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

sonido, los templos sin más dios que la muchedumbre. Todo eso me produce un escalofrío de repugnancia; mi criterio estético se rebela contra todo lo que es adulación de turbas. No sólo es falso; es feo, inarmónico. El arte es una aristocracia.

Las formas de gobierno, como todas las formas, no son sino un accidente, que no es nada si no hay una substancia. Yo creo que, así como lo bello en la naturaleza, o en las cosas creadas, no es sino la revelación, en el aspecto sensible de éstas, de un principio que les es superior, y que es en ellas expresión, unidad, armonía, atracción hacia lo más alto, así la autoridad civil o política no es otra cosa que la revelación, la encarnación mejor dicho, en uno o más hombres, de un principio o fuerza superior al hombre mismo, y que es también unidad, orden, armonía, felicidad sociales. Sólo así se conciben la supremacía del hombre autoridad sobre el hombre no autoridad, y el deber moral de obedecer al primero, ya que todos los hijos de Adán son específicamente iguales entre sí.

Eso es lo que quería decir, allá en el siglo XVII, aquel altivo *Alcalde de Zalamea*, de que hablamos alguna vez, cuando, reconociendo en el rey el derecho de pedirle la hacienda, y hasta la vida, le niega el de arrebatarle el honor, porque «*el honor es patrimonio del alma; y el alma... sólo es de Dios*». También es ése, y no otro, el sentido del hondo principio cristiano, según el cual, «todo poder viene de Dios». Ese principio deja a salvo el honor y la dignidad humanos, cuando el hombre rinde al hombre su tributo de obediencia. Con ser esto tan sencillo, pocos temas de filosofía habrán dado ocasión, sin embargo, o mucho me equivoco, a decir mayores vaciedades,

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

de una y otra parte, que las dichas y por decir sobre el asendereado *derecho divino.*

Pero el hombre o los hombres que encarnen el principio o fuerza ordenadora de que hablamos, deben ser los mejores, como es natural, los más aptos, los más abnegados, es decir, los que, por sus dotes y virtudes, sean más capaces de olvidarse de sí mismos para pensar en el bien común, en eso que llamamos estado, patria, sociedad civil o política, o como queráis llamarle, y que es el medio necesario al hombre para desenvolver sus facultades y llenar su destino. Esos son los legítimos, los substancialmente legítimos, es decir, los que Dios quiere que sean obedecidos.

Las formas de gobierno no son, pues, otra cosa, en resumidas cuentas, que los medios que se emplean para conocer esa voluntad de Dios; para hallar y revestir de autoridad a esos hombres honrados; a los que más se acerquen a aquel ideal, cuando menos, y no a otros. Los republicanos somos tales, en cuanto, resistiéndonos a creer en la existencia de hombres predestinados *ab ovo* a ser los mayores y los más aptos, los nacidos, por consiguiente, con el derecho congénito o divino de ser reyes o emperadores, o como queráis llamarles, juzgamos que el medio que más racionalmente conduce a dar con tales personas aptas, para acatar, no su sangre de especial color, sino el principio ordenador que en ellas se encarne, es el que consiste en designarlas por la voluntad nacional. De ahí aquello de *vox populi, vox Dei,* que se repite por ahí. La democracia, dice el teólogo Suárez, es de derecho divino, porque la razón natural proclama que la potencia política suprema resulta, naturalmente, de la constitución de la sociedad humana, y

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

que, por la fuerza de esa misma razón, *ella pertenece a la sociedad toda entera.*

Me parece que eso es claro. Como el alma humana reside toda en todo el cuerpo, así la autoridad reside en todo el organismo social y de él emana inmediatamente. No hay, pues, que confundir *el estado,* en la sociedad política, con *el soberano;* no hay que tomar *el órgano por la función.*

Más explícitamente, si cabe, que Suárez, nos enseña esa doctrina, sobre lo accidental de las formas, Santo Tomás de Aquino, cuando nos dice en la *Suma:* «Está en la razón de la ley humana que sea dictada por el que gobierna la comunidad civil. Si la ciudad es gobernada por uno, llámase *reino,* y de él emanan las constituciones de los príncipes. Otro régimen es la *aristocracia,* esto es, el gobierno de los óptimos. El tercero es la *oligarquía,* es decir, el principado de pocos, ricos y poderosos. *Otro gobierno es el del pueblo (populi),* que se llama *democracia.* Otro es la *tiranía,* el cual es la corrupción misma, y, por tanto, de éste no puede originarse ley alguna. Hay todavía otro régimen mixto, *y es el óptimo,* y sus mandatos son ley, que los ancianos, juntamente con el pueblo, sancionaron.» (I. II. Q. H.)

Eso, como lo veis, ese gobierno del pueblo, unido a los ancianos, que son el pueblo mismo arraigado en el pasado, no es otra cosa, palabra más, palabra menos, que la *soberanía popular,* que no es ni la consagración de la bondad natural del hombre, ciertamente, ni la tiranía de la multitud.

El mundo moderno cree hoy en eso como en un postulado; la democracia, la óptima, según Santo Tomás, ha triunfado; nadie puede dudarlo; es la dueña de la sociedad. Y es la república, hasta ahora, su

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

forma más perfecta, a condición, por supuesto, de que no se crea que la forma republicana significa la Inteligencia y la Virtud substituídas por el Número, sino encontradas y consagradas y acatadas por él.

Pero ¿hemos de afirmar, por eso, que la tal forma es carne de diosa, divinidad inmortal?

¡Valiente diosa! Nadie mejor que nosotros, los republicanos, sabemos que esa divinidad puede ser tan fetiche como pudo serlo la otra, la de corona y cetro dorados. Que la misma libertad puede erigirse en tirano.

La vida es transformación constante; y el organismo político, que es cosa viva, no escapa a esa ley.

Pero dice Bourget, entre otros, en sus *Ensayos de Psicología contemporánea*, que «las concepciones de los Darwin y los Spencer, que tanto penetran el espíritu moderno, darán un vuelco a la moral pública. Se acerca el tiempo, agrega, en que una sociedad no se ofrecerá a los adeptos de la filosofía de la evolución como se ofrecía a los últimos herederos de Rousseau. No se verá en ella la ejecución de un contrato lógico, sino el funcionamiento de una federación de organismos, de que el individuo es la célula. Una idea semejante está encinta de una moral pública completamente distinta de la que actualmente nos rige. Ella conduce a una concepción del derecho histórico que justifica a los adeptos del derecho divino, a una teoría de la herencia que justifica el principio de la aristocracia transmitida, etc., etc. En una palabra, esa enseñanza de la ciencia es la negación total de los falsos dogmas de 1789».

Lo que haya en todo esto de verdad o de error, me tiene sin cuidado en este momento. Yo no os insinúo estos problemas abstractos, mis amigos, para

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

convenceros de que están resueltos en tal o cual sentido; converso con vosotros (mucho me temo que más de lo necesario) de estos empirismos, para que os deis cuenta bien clara de que, cuando yo os inspiro la marmórea glorificación de Artigas como *el hombre*, como *el héroe*, por ser el profeta armado de la democracia y de la república; cuando os ofrezco el contraste de su fe en la masa popular, pese a sus imperfecciones, con el escepticismo de los que lo odiaron y persiguieron y calumniaron, no lo hago para presentaros en él al creyente o defensor de una forma de gobierno, transitoria como todas las formas. No; yo quiero que veáis en él, porque en él está, la encarnación de una esencia; de lo que permanece al través de las apariencias fugaces.

Porque podrá ser todo lo accidental que se quiera, en *tesis* abstracta, la forma de gobierno; pero en *hipótesis*, es decir, en el caso concreto de nuestra revolución americana, ciego tiene que ser quien no vea que democracia republicana e independencia eran sinónimos, como lo eran aristocracia monárquica y continuación de la antigua dependencia.

¿Qué otra cosa puede querer decir «independencia de América», si no es caducidad, no sólo de las personas que la gobernaban, sino, muy especialmente, del régimen, del título hereditario, basado en la conquista, que esas personas invocaban para ser acatadas, y reposición, por consiguiente, de la sociedad a su estado primero, es decir, al momento en que, constituída en un organismo por la simple coexistencia de los hombres, comienza sus funciones espontáneas ordenadas?

En ese caso, la autoridad no es de nadie, es *res nullius*, según dicen los juristas; pertenece a la sociedad

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

toda entera, como dice Suárez, y la ejerce, como pasó con la propiedad, el primer ocupante, el que la toma. Y éste no puede ser otro, en caso de revolución, que el pueblo que la hace, o, si queréis, el hombre o los hombres que, por la fuerza de las cosas, por el asentimiento *indeliberado*, según Sarmiento, de una nación, a un hecho permanente, son la encarnación personal de aquel pueblo, sus conductores, los depositarios de su espíritu. Ese hombre o esos hombres, en nuestra América, podían ser los pensadores, o los fuertes, o los atrevidos; eso es accidental. Podía ser cualquiera; podían serlo todos... todos, menos uno: el rey europeo o la dinastía que se destronaba, y que *no formaba parte del organismo nuevo, cuya cabeza tenía éste que elaborar de su propia substancia*, si era realmente un organismo *vivo*. Buscar a ese rey o dinastía, como el único medio de dar a ese organismo funciones ordenadas, o era la negación expresa de la existencia de tal entidad orgánica, y la condenación, por consiguiente, de la revolución, o yo, mis amigos, no estoy seguro de cuántos dedos tengo en esta mi mano derecha.

Imaginaos ahora lo que Artigas hubiera dicho, él, que era la encarnación del espíritu americano, si hubiese sido consultado sobre los planes de restauración monárquica que se trazaban en Buenos Aires. Él era incapaz ¡el muy salvaje! de comprender la majestad de un príncipe de Luca, o la de un indio real, hijo de los hijos del Sol, entroncado con la dinastía de Braganza, o la de un augusto hermano del rey de Portugal. Era indudablemente un bárbaro. Se hacía, pues, necesario desembarazarse de él, pronto y de cualquier manera.

Y era esto último, sobre todo, lo que ignoraba Artigas, y lo que vosotros debéis conocer especial-

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

mente: las gestiones que se habían hecho y se estaban haciendo en Río Janeiro, para deshacerse del héroe y de su pueblo, entregándolos al rey de Portugal, ya que no había sido posible vencerlos.

Eso se hizo en el Río de la Plata, aunque os parezca extravagante. No lo es tanto como parece, sin embargo; estaba en la esencia de las cosas. Los hombres, cuando no son genios, son más hijos de su tiempo que de su madre, y no haríamos mayores cargos a los que lo fueron del tiempo aquel, si ellos no pretendieran deprimir al que lo fué del porvenir para sobreponerse a él; pero, ante tan dura alternativa, el juicio de la historia se impone, como lo veis, con su impasible severidad.

Es, pues, preciso saber, por sí o por no, quiénes fueron aquellos injustos enemigos, y, para eso, fuerza será que conozcáis, siquiera sea a la ligera, la cronología de los hechos que pasaban en Buenos Aires, mientras Artigas organizaba y defendía su Patria Oriental, y, en ella, el germen de la república, desde su mitológica capital del *Hervidero*.

II

La anarquía política que en Buenos Aires se produjo desde 1810, y que os tracé al principio con las palabras de Mitre, continúa allí sin interrupción, y contrasta con la unidad de ideales y de acción que se advierte en la Banda Oriental, bajo la indiscutida autoridad del héroe.

Ya conocéis las endiabladas disensiones de las primeras juntas en aquella ciudad; habéis visto a los triunviratos derrocados y substituídos por el gobier-

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

no de Posadas, primer Director Supremo, y a éste substituído por Alvear, que también cae derrocado por la revuelta y el pronunciamiento militar, para dejar el puesto a Álvarez Thomás, que sube al poder en abril de 1815.

Muy poco tarda en derrumbarse también éste; un año apenas. En marzo de 1816 envía a Belgrano, vuelto de Europa, como general de observación contra las provincias que obedecen a Artigas. El coronel Díaz Vélez, jefe del ejército, se entiende con López, gobernador de Santa Fe, como lo hizo Álvarez en *Fontezuelas*, y firma con él un pacto en Santo Tomé (9 de abril de 1816), por el que se destituye a su propio general. Éste, Belgrano, es arrestado en su campo, y se le reemplaza por Díaz Vélez. Se conviene, además, en la retirada de las tropas de Buenos Aires, y se depone al Director Supremo, que se va como los otros. ¿Y qué ha de hacer?

La Junta de Observación, cuerpo legislativo y electoral *sui generis*, nombra director, en reemplazo de Álvarez, a don Antonio González Balcarce, que sólo dura en su puesto lo que en su rama un lirio.

También es derrocado violentamente.

El 3 de mayo del mismo año 1816 es elegido Director Supremo el general don Juan Martín de Pueyrredón. Pero éste ya no lo es por la Junta de Observación, sino por otra entidad que ha nacido, y que es necesario conocer: el *Congreso de Tucumán*.

Hablemos, pues, con algún detenimiento, de este *Congreso de Tucumán*, pues le cupo la gloria de proclamar, por fin, en 1816, la independencia que, en el *Congreso del Peñarol*, había proclamado Artigas, y quería que fuera declarada en la Asamblea de Buenos Aires, el año 1813.

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

Una de las resoluciones adoptadas por la revolución o pronunciamiento que derribó a Alvear fué, como acontecía generalmente, la inmediata convocación de un Congreso *que representara a los pueblos* y los organizara o constituyera. Álvarez Thomás dictó la convocatoria; de ésta nació la asamblea que se reunió en Tucumán, a principios de 1816, y comenzó sus sesiones el 24 de marzo de ese año. El Congreso de Tucumán, repetición de la Asamblea que rechazó los diputados orientales en 1813, y que cayó con Alvear, es una entidad distinguida por su composición, pero inarticulada; no tiene arraigo alguno en el pueblo; es completamente artificial. Sólo las provincias de Tucumán y Cuyo, bajo la influencia de San Martín, contestaron al llamamiento de la capital. Es claro que no estuvo allí representado el Estado Oriental de Artigas; éste, como los pastores de la fábula del lobo, no podía acudir al llamamiento de Buenos Aires, y pensaba en convocar un *Congreso federal en Paysandú,* que la invasión portuguesa hizo imposible. Tampoco concurrieron a la convocatoria las provincias que Artigas protegía, Entrerríos, Corrientes, Santa Fe, las Misiones Occidentales, pese a los esfuerzos que se hicieron por convencerlas; tampoco la de Córdoba. Acudieron, en cambio, algunos representantes de los emigrados del Alto Perú, la altiplanicie andina, a la sazón en poder de los españoles, de cuyas manos pasará a ser república independiente por obra de Bolívar. Era esta última, por consiguiente, una representación refleja, como lo veis: eran representantes de representantes oficiosos de un ser que no existía; de una entidad que, como el Paraguay y el Uruguay, no han sido ni serán parte integrante de la futura República Argentina.

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

La provincia de Salta, dominada en absoluto por su caudillo Güemes, que se mantiene en un estado casi independiente, envía sus diputados. Pero éstos son elegidos al grito de ¡mueran los porteños!

Los *porteños,* o sea, los hombres *del puerto,* de la Comuna de Buenos Aires, en todo pensaban, menos en complacer a la provincia de Salta ni a provincia alguna; en todo, menos en morir en el Congreso de Tucumán. Ellos sabían que, con excepción de los representantes de la provincia de Cuyo, enviados e inspirados por San Martín, todos los demás les eran hostiles, seguían a Artigas. Sin embargo, fué Buenos Aires quien triunfó en definitiva, con Pueyrredón, en el seno del Congreso.

El señor Vicente Fidel López, en su *Historia argentina,* precisa bastante bien ese espíritu de la asamblea. «El Congreso de Tucumán, dice, estaba inoculado también del *veneno artiguista.* Sus pretensiones eran crear un poder personal y político, no sólo ajeno, sino simpático y dominador de Buenos Aires, para gobernar *desde afuera,* y con influencias puramente provinciales, los intereses comunes; y como el núcleo sensible de esos intereses, así como el de los recursos y elementos que podían darles solución, estaban concentrados en la capital, ésta resistía *la expropiación y el despojo,* que pretendían imponerle, *de aquello que consideraba exclusivamente suyo,* es decir, *del poder de gobernar y dirigir* el contingente de fuerzas vitales con que ella hacía la guerra y mantenía la personalidad del estado.»

López dice la verdad, como sabéis. Buenos Aires consideraba *exclusivamente suyo,* desgraciadamente, el derecho de gobernar y dar solución al destino de todos los pueblos, y, en ejercicio de ese *derecho,* ne-

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

gociaba, en Europa, la coronación de un rey que viniera al Plata con buenos soldados. Así no se gobernarían *desde afuera* los intereses comunes. Imaginaos si estarían dispuestos los porteños a morir en el Congreso de Tucumán, para complacer a los salteños de Güemes, envenenados de *artiguismo*, es decir, de instinto de emancipación americana, que les hacía creer que ellos no eran *de afuera*.

Es claro que, en cuanto a las formas de elección de aquellos diputados, no hay nada que hablar: la influencia directa del pueblo era muy poca o ninguna. Pero no nos hemos de preocupar mucho de esas cosas, de esas *formas;* no hemos de rechazar a los diputados de Tucumán por lo que fueron rechazados los de Artigas en el año 13: por defectos en la forma de su elección. Eso no es serio. La representación popular, en estos períodos caóticos, no está en las moléculas, sino en los núcleos que las conglomeran y arrastran, bien lo sabemos; aquellos diputados eran legítimos, no hay duda, con su legitimidad relativa.

El Congreso de Tucumán es una nueva tentativa de la oligarquía porteña para formar un núcleo cualquiera de autoridad, a falta del héroe pensador, del *rex* de Carlyle, que no había surgido en la región occidental, como Artigas en el Uruguay, o Bolívar allá en el Norte.

Esa era el alma del Congreso: un respetable simulacro, digno, sin embargo de glorificación, como agente de acciones y reacciones fecundas.

En cuanto a su cuerpo, a su fuerza material, contaba con la fuerte espada de San Martín, que organizaba en Cuyo el ejército que, un año más tarde, debía cruzar los Andes; y con la gloriosa de Belgrano, el vencedor de Salta y Tucumán, vuelto recientemen-

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

te de Europa de buscar un rey, y que fué a Tucumán a pugnar, con todas sus fuerzas, por el triunfo de la *monarquía incásica*, nacida en su imaginación atormentada.

Todos ellos, tanto la oligarquía de Buenos Aires como los dos insignes generales, eran monárquicos, y monárquico fué casi unánimemente el Congreso, formado de personalidades muy meritorias, por cierto, pero ajenas por completo al pensamiento fundamental de la revolución de Mayo; eran viejos hombres honrados, perfectamente honrados.

Todos ellos creían en la legitimidad de la sangre real; encarnaban la filosofía y la tradición coloniales; eran discípulos sobresalientes de las universidades reales en América, de la de Chuquisaca especialmente, buenos latinistas o humanistas, maestros en cánones regalistas, estudiosos profesores de derecho español. Hombres rectos y honestos, capaces de todas las abnegaciones, obedecían a un impulso de libertad, sentían la justicia y la necesidad de una emancipación; pero, como nuestro doctor Pérez Castellano, el autor de la fórmula de Mayo en Montevideo, no estaban habilitados para percibir un término medio entre el régimen monárquico y la revolución francesa, que les era odiosa por su aspecto anticristiano. Una revolución cristiana; una soberanía popular emanada de Dios, no era para ellos una cosa real, pues no estaba en los textos que sabían y comentaban. La emancipación política, por lo tanto, para estar en el orden, para ser la equivalente de la del hijo con relación a su padre, debía realizarse dentro de la monarquía: el rey era el padre.

Nada más curioso, para representar ese espíritu, que la interesantísima superstición incásica del gran

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

Belgrano, que fué apoyo y consejero del Congreso, aunque no formaba parte de él: su fe en un descendiente ideal de los hijos del Sol, que, como un ídolo de tierra cocida extraído en *las huacas* del Perú, se había sentado en los ensueños del ilustre prócer, con las piernas cruzadas sobre el pecho, el *quillaí* en la frente, y los ojos bajos, clavados en el propio ombligo. ¡Pero era de sangre real! Y sin embargo, en ese sueño de Belgrano, con ser tan extravagante, había más espíritu de independencia, notémoslo bien, que en la doctrina de los otros: aquel rey-fetiche era, cuando menos, americano; representaba la caducidad del europeo; era la mala expresión de una buena verdad; estaba más cerca de la realidad de Artigas, no cabe duda.

Y más curioso es para mí todavía la conversión de Güemes, el altivo caudillo de Salta, a esa fe monárquica de Belgrano. Son interesantísimas las proclamas que ambos dirigen entonces (agosto de 1816) a las tropas y a los peruanos, en que les anuncian *la vuelta del Inca, del rey legítimo.* Yo las encuentro llenas de significado y de carácter. Güemes no tenía a Artigas a su lado, como los caudillos del litoral; estaba, pues, desorientado. ¡Lo que entendería el simpático Güemes por *el Inca, el rey legítimo!*

Todo eso es antagónico, huelga decirlo, al pensamiento popular que encarnaba y acaudillaba Artigas; todos los promotores de tales cosas son y tienen que ser enemigos de este hombre sincero; irreconciliables enemigos, por consiguiente, y de buena fe muchos de ellos, acaso la mayor parte.

El Congreso de Tucumán, el 9 de julio de ese año 1816, hizo en parte, como hemos dicho, lo que Arti-

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

gas proclamó, en 1811, en su nota al gobierno del Paraguay, y lo que había hecho el Congreso oriental del *Peñarol* en 1813: declaró la independencia de las Provincias Unidas, y es eso lo que constituye su gloria. Pero ya os dais cuenta, mis amigos, de la enorme diferencia entre una y otra declaración: la de Artigas brotaba de la visión interna que lo conducía, de la fe en la capacidad de estos pueblos para emanciparse, para darse un gobierno emanado de ellos mismos; ella entrañaba la resolución de luchar y morir por ese ideal supremo; visión y acción compenetradas. La declaración del Congreso de Tucumán era hija de una convicción vacilante; era una traducción, como la que atribuíamos a los mismos prohombres orientales que rodeaban a Artigas en 1813. Pero con los hombres del Congreso de Tucumán no había un Artigas.

Por eso el oriental, el del *Peñarol,* como complemento indivisible de la declaración de independencia, proclama la república, la soberanía de los pueblos; mientras que el occidental, el de *Tucumán,* como comentario de lo que para él significa la independencia que declara, busca una dinastía europea que venga con sus soldados a reinar sobre estos países, y deja en blanco el fondo de su bandera, en espera del sello real que será su vida.

Sólo hubo un hombre que allí sintiese en sus entrañas, como un genio inquieto, el espíritu de Artigas: fué un virtuoso fraile: Fray Justo de Santa María de Oro. Éste, al ver que el Congreso se inclinaba a la forma monárquica, se alzó indignado. «Yo no he venido aquí, dijo, para uncir el pueblo al yugo de otro soberano: quiero un pueblo completamente libre. Y, si no es así, protesto, y me retiro.»

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

He ahí un Artigas con cogulla dominica; un bárbaro monástico.

Para secundar sus propósitos, el Congreso de Tucumán, contra las tendencias de las provincias, que proclamaban otro candidato, eligió a don Juan Martín de Pueyrredón como Director Supremo.

Y nadie más indicado que él, por cierto, para representar ese triunfo de la Comuna oligárquica. Conviene que lo conozcáis personalmente, como al *personaje reinante* de la capital del virreinato, como la antítesis de Artigas, y como el natural precursor de Rivadavia.

Hijo de un rico comerciante francés radicado en Buenos Aires, y de una dama porteña, Pueyrredón fué enviado a Francia a completar su educación, y regresó con la necesaria para formar, si no un sabio ni un estadista, un hombre de regular cultura. La elegancia en el vestir realzaba su aspecto de gran señor; tenía una figura atildada, pero arrogante y varonil; era cortés; hablaba bien la lengua francesa; pintaba miniaturas sobre marfil, y nos ha legado su autorretrato de ojos verdes azulados y de amplia corbata blanca. Resuelto y valiente, la aventura resonante lo atraía; Bonaparte lo hubiera hecho uno de sus mariscales, y él hubiera caído gallardamente, me parece, en una carga de coraceros, aclamando al emperador. Fué siempre un hombre honrado y un caballero.

Tiene cuarenta años cuando es elegido Director Supremo, y sus servicios a la causa americana lo hacen acreedor, no sólo a tan alto cargo, sino a nuestro respeto de historiadores. Ha figurado con gallardía, como jefe de la juventud urbana, en la reconquista de Buenos Aires, después de la cual es enviado a la corte de Madrid como portador de las protestas de

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

fidelidad y vasallaje ofrecidos, por el Cabildo de la ciudad reconquistada, a Nuestro Rey y Señor Don Carlos IV. Vestido con su uniforme de comandante de húsares, igual precisamente al de los Guardias de Corps del favorito Godoy, se ganó en aquella corte todas las voluntades: la del rey; la del favorito especialmente. Alguna vez se declaró, sin embargo, «hijo de la patria de Enrique IV», el rey francés del penacho blanco. Lo era según la doctrina del *jus sanguinis*. Y lo parecía en muchos de sus rasgos característicos. Trabajará por traer al Plata, como el supremo triunfo, la dinastía de los Orleans. «Y soy de la patria de Enrique IV, dirá a Le Moyne; en ella recibí mi educación: conozco el carácter nacional de ese gran país, y sé que es el único que puede convenir a la América del Sur.»

Los franceses y los portugueses pensaron en hacerlo instrumento de sus planes sobre el Río de la Plata; los españoles absolutistas acabaron por mirarlo de reojo, como a un conspirador. Figura entre los apasionados y activos precursores del movimiento de 1810, por lo que sufre persecuciones; comparte entonces, con entusiasmo, el pensamiento de Belgrano de coronar reina del Plata a doña Carlota de Borbón, y va personalmente a Río Janeiro en prosecución de la obra. No concurre a las jornadas del mes de Mayo, por hallarse ausente y fugitivo; pero se apresura a regresar a su país y a incorporarse al movimiento. Es nombrado gobernador de Córdoba; de Charcas, Alto Perú, poco después. En este último cargo, al ocurrir el desastre de *Huaqui*, da cima, valerosamente, a la arriesgada empresa de salvar el tesoro de un millón de pesos que se custodiaba en Potosí. Es miembro de uno de los triunviratos y rival de Rivadavia; la re-

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

vuelta interna lo arroja y lo confina en la provincia de San Luis. Enviado por ésta, por el general San Martín mejor dicho, lo hallamos en el Congreso de Tucumán, donde su triunfo representa fielmente, como lo dijimos, el de la oligarquía de su ciudad natal.

Estamos, pues, en presencia de una figura genérica muy interesante. Este Pueyrredón no es el notario Posadas, inocente y bonachón, ni tampoco el atolondrado joven Alvear; es el tipo del elemento activo, pero indirecto e inconsciente, en la obra compleja de la emancipación americana. Y digo inconsciente, porque ese tipo de hombre político no es factor o agente sociológico de nuestra revolución positiva y autóctona, creadora de nuevas naciones; lo es de la otra paralela, reformadora de la nación, o más bien dicho, de la monarquía española; es un liberal, un demócrata que combate el absolutismo. Pero como ese espíritu antiabsolutista, al pasar de Europa a América, es la *ocasión,* ya que no la *causa,* del estallido del sentimiento popular de independencia, los hombres que lo encarnan merecen nuestro respeto, nuestra gratitud, y hasta, en sus errores, la indulgencia de la posteridad.

Esos primaces, lo son de una protesta regional que reclama los fueros; pero no se dan cuenta de que, en los dos movimientos concéntricos que forman la revolución de América, el *ocasional* de la superficie, y el *causal* del fondo, ellos viven sólo en el primero. El del fondo les es casi tan desconocido, como lo era, para el rey Luis XVI, el significado de las turbas *sans culotte,* peores, a buen seguro, que los gauchos de Otorgués o de Güemes, que gritaban bajo los balcones de Versalles, si hemos de creer al maestro Taine.

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

—Entonces esto es un motín — decía sorprendido el desventurado monarca.

—No, Sire, esto es una revolución — le contestaban.

Porque Pueyrredón, como todos los hombres de su clase, no carecía del instinto de amor a la libertad; no desconocía en absoluto la existencia y eficacia de la masa popular; pero no estaba habilitado para penetrar en su naturaleza; no veía en el pueblo americano un organismo nuevo, inteligente y libre, dotado de un alma colectiva, causa eficiente de sus actos, sino un simple núcleo de energías, acéfalas y sin finalidad propia, que debían obedecer al influjo de extrañas fuerzas. Veía el motín de que él era cabeza, una de las cabezas; pero no la revolución, de que lo era Artigas.

«Ved, dice Carlyle, hablando de Laud, al ocurrir en Inglaterra la aparición de Cromwell, ved de repente a nuestro hombre, colocado al frente, no de una academia o un colegio, sino, como quien no dice nada, de una gran nación, y sin más recursos de gobierno que los que le inspiran aquellas pobres, exóticas y peculiares nociones suyas. Con éstas había de administrar, y dar solución a lo que hay de más difícil y enmarañado en la gestión de los humanos intereses. Cree que los hombres han de seguir gobernándose por los mismos estatutos y viejo ceremonial, y que la salvación de todos depende *de que aquéllos se extiendan y mejoren.*»

Las nociones de Pueyrredón, para conjurar lo que él creía sólo anarquía, eran, sin duda alguna, más pobres, más exóticas sobre todo, que las de Laud para conjurar a Cromwell. Colocado por el Congreso de Tucumán al frente, no de una nación que se reforma, sino de un mundo que nace, no concibe ni puede con-

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

cebir más recurso, para atenuar las convulsiones de esa crisis dolorosa, que el que le sugiere el viejo ceremonial: desdeñar y aniquilar el *sanculotismo* o *caudillaje;* destruir en él la *célula social* precisamente, como hoy se dice y puede decirse por analogía. Y esas células resisten la muerte, se revuelven, se agitan, se congestionan. Y la vida prevalece por fin.

Ese carácter es allí genérico y clásico; su tipo excelso será el que sucederá a Pueyrredón, como verdadero *personaje reinante* en Buenos Aires: don Bernardino Rivadavia. Éste sí que será el gran académico o director de colegio de Carlyle. Su grandísimo talento (porque lo tenía grandísimo) sólo será comparable con su carencia absoluta de genio. Era un *dómine* eminente. Mezcla de viejo regalista español y de liberal francés de la Restauración; embelesado, según López, en las cosas y los trabajos del tiempo de Carlos III de España, quiso importar todo eso a nuestra América, y encasquetárselo, *per fas aut nefas.* Y lo que es carácter, ese Rivadavia tenía que le sobraba... pero cuando estaba en el mando.

Enfático, muy pagado de sí mismo, aficionado casi genial en ciencias jurídicas, hubiera sido un ministro, como el más pintado, de Carlos III. Y no digamos nada de Fernando VII: hubiera fusilado a Riego, como colgó a Alzaga o a Liniers. Era un hombre de gran valor cívico, sin duda; pero nada tenía, absolutamente nada, del hombre nuevo de América; ni siquiera la sangre, que, si bien era mestiza, no lo era de indígena de este continente. Bajo de estatura, ventrudo, ancho de espaldas, corto de cuello, cetrino de tez, su figura no era gallarda; pero en aquella cabeza maciza, de cabellos negros tupidos y muy crespos, había un cerebro fuerte, cuya luz se advertía a primera vista en

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

su alta frente, en sus ojos negros y saltones, que miraban de alto a bajo con imperio, y en su voz grave y enfática.

En los momentos en que sube Pueyrredón al poder, este ilustre Rivadavia está en París; lo vimos pasar por Río Janeiro con Sarratea, según recordaréis, y ponerse allí en relación con García, el enviado de Posadas y Alvear. Trabaja en Europa por la monarquía. Que en Europa, y sólo en Europa, debe ser construída la nación americana. Así lo dice y aconseja al nuevo Director, con quien cultiva asidua correspondencia. Interesantísimas son sus cartas a Pueyrredón, las de 31 de enero, por ejemplo, o las de 22 de marzo y 15 y 25 de abril de 1817, que ahora aparecen en el archivo de Mitre, para conocer aquel carácter individual, y el colectivo de la oligarquía triunfante con Pueyrredón en el Congreso.

Juzga desde allí lo hecho por éste y aconseja lo que debe hacerse. «No puedo dejar de confesar, dice el 22 de marzo, que he sabido con sorpresa y con dolor que ahí se fomenta la idea de proclamar a un descendiente de los Incas... he escrito a Belgrano...» Y agrega: «Nunca pensé que el Congreso demorase tanto en pronunciar sobre la forma de gobierno de ese estado; pero siendo demasiado urgente el hacerlo, yo estoy persuadido que es de suma importancia el declarar a ese estado en monarquía, reservándose la elección y proclamación de soberano al resultado de la negociación que en su virtud acuerden con las cortes de Europa».

Con todas éstas debe tratarse, con España inclusive; «pero yo presumo, le dice, que manejándose con sagacidad, podremos conseguir para nosotros un príncipe más digno que lo que ofrece la casa de España...»

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

«En todo esto, agrega después, debe suponerse que hablo salvas las relaciones de ese país con el gabinete del Brasil; pues, según una carta que acabo de recibir de don Manuel García, entre esos dos países existe *un plan que va madurando.* No me dice cuál es; pero me expresa que *don Nicolás Herrera está encargado de su ejecución en la parte política.*»

He aquí, amigos míos, una faz de antiartiguismo distinta de la que nos ofrecía Alvear; éste quiso entregar el Río de la Plata a Inglaterra; Rivadavia, en sus cartas, en que habla largamente de la política europea, manifiesta un odio profundo hacia el gabinete de Saint-James «y la política antisocial que ha inventado y ejerce contra todo el mundo; sólo la grandeza y felicidad de sus crímenes, dice, lo libra de las calificaciones más degradantes de la sociedad»; y entre esos crímenes incluye el de «consentir que el rey del Brasil invada nuestro territorio». No sabe, pues, Rivadavia todavía que *ese plan que va madurando don Nicolás Herrera* consiste precisamente en entregar al rey del Brasil ese nuestro territorio para deshacerse de Artigas.

Aquello es una horrible confusión de ideas y propósitos; pero nada sería en éstos el fetichismo monárquico que hemos reconocido como natural y hasta disculpable en aquellos hombres sin fe, si al mismo tiempo no se prescindiera en absoluto del pueblo americano, de su carácter, de su vida misma, para resolver de sus destinos; eso de no contar para nada con él, si ya no es para despreciarlo y aniquilarlo y reemplazarlo, si es posible, por otro mejor; eso de querer substituir por otra hasta la sangre española y la lengua, eso... si no es un delito, es un grave error cuando menos, me parece. Y el culpable de sus con-

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

secuencias no son los pueblos, me parece también; no es el *artiguismo* o *americanismo*, como lo veis; es ese *europeísmo* a tontas y a locas de aquellos hombres que, sin más recurso que las *pobres, exóticas* y *peculiares nociones* de que habla Carlyle, quieren matar el *patrón* del árbol para ponerle el florido *injerto*.

En esos consejos de Rivadavia a Pueyrredón estaba, como lo veis, la negación categórica de la autoridad de éste, considerada como simple preparación al advenimiento de la verdadera y legítima y definitiva. Pueyrredón aceptaba eso, sin embargo, como la cosa más natural del mundo, Pueyrredón y todos los demás.

Cuando esta nuestra historia americana, amigos míos, deje de ser una crónica documentada y cobre el carácter que le corresponde de biología sociológica, el menos avisado advertirá en ella la repetición de los fenómenos de todas las grandes revoluciones: el de la inglesa de 1688; el de la francesa de 1789; el que ofrecerá la económica o social que va a presenciar el siglo XX: la resistencia a reconocer el nuevo agente de vida, a despreciarlo.

Si recordáis, por más próxima y análoga, la francesa del 89, no podéis menos de advertir la analogía que existe entre las resistencias de aquellos nobles a reconocer los derechos del estado llano, y la de nuestra *nobleza criolla*, como le llama Estrada, a reconocer, en Artigas, el Director Supremo de hecho, el real, con quien debe acomodarse todo lo que es artificio.

Ni en la corte de París ni en la semicorte de Buenos Aires apareció el hombre capaz de ajustarse a la realidad: creen que pueden substituir el héroe real con el decretado por el Congreso o por la Logia. El derrumbe caótico es entonces inevitable, y surgen los Cromwell,

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

o los Bonapartes o los Rozas, los *restauradores*. Que no otra cosa es el tirano: la ausencia del héroe, la venganza de la naturaleza ofendida.

Inútiles fueron las tentativas que, acaudilladas por el mismo Balcarce, se hicieron en Buenos Aires para evitar el triunfo de la ciudad sobre todo el conjunto, sin excluir el pueblo de la ciudad misma, que Pueyrredón encarnaba, y que llegaron a tomar el carácter de una nueva revolución; aquéllas fueron vencidas, destituído Balcarce, y recibido Pueyrredón en la capital, como Jefe del Estado, el 29 de julio de 1816. Es de advertir que, para ser aceptado, le fué impuesta la obligación de incorporarse a la *Logia Lautaro*, de que hasta entonces no formaba parte; el mismo general San Martín se trasladó de Mendoza a Córdoba, con el objeto de conseguir de Pueyrredón esa incorporación a la Logia y sus propósitos. Así nos lo dice el general don Enrique Martínez en sus Memorias.

Y sin embargo, este Pueyrredón cree o quiere creer que todo eso, sus planes, y los de Rivadavia, y los de Herrera, es conciliable con la entidad de Artigas. Poco después de llegar a Buenos Aires, en agosto, escribe a éste: «Muy estimado paisano y señor de mi más distinguido aprecio: Cuando venía de arriba, traía la resolución de pasar a Santa Fe con el principal objeto de proporcionarme una entrevista con usted, seguro de persuadirle en ella de la buena fe y sinceridad de mis intenciones... Yo no puedo menos de llenarme de asombro al considerar qué especie de maligno influjo ha perpetuado entre paisanos y amigos unas diferencias igualmente perniciosas a los intereses de ambas partes discordes».

El hijo de la patria de Enrique IV no puede perci-

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

bir, como lo veis, qué *maligno influjo* lo separa del hijo por excelencia de la América democrática; no alcanza a percibirlo. Y acabará por creer que el tal hijo de América es un *genio infernal.*

He ahí, pues, mis amigos artistas, las entidades que intervenían en la invasión que vamos a ver caer sobre Artigas y su pueblo, cuando aquél afirmaba, a principios de 1816, que ese año sería el «año feliz de los orientales».

III

Conocéis ya bien, porque intencionalmente os lo he repetido hasta el cansancio, las causas remotas de esa invasión. Portugal viene por su lote americano, por todo el continente atlántico, que tiene por límite meridional la cuenca del Plata y sus afluentes. Entra en eso la Banda Oriental, y viene por ella, aunque hable en español. Ya la hará hablar en portugués, quieras que no, si se lo permite la Santa Alianza.

Eso como causa remota.

La causa próxima no es otra que el desquite que busca Portugal, en América, del fracaso que ha sufrido en el *Congreso de Viena,* realizado en 1814 y 1815. En el reparto del botín, hecho por el absolutismo triunfante, tras la caída de Bonaparte, el hijo coronado de la revolución, tocó a Portugal una parte bien miserable. Con razón estaba resentido Portugal; con razón quería desquitarse.

Es muy curioso ese *Congreso de Viena,* del que no he de hablaros demasiado, porque debo suponerlo conocido de vosotros. Allí se arreglaron a maravilla las cosas que Napoleón, con su cabeza de pájaro co-

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

ronado, sus águilas híbridas, sus banderas tricolores y su *carrière ouverte aux talents,* había dejado descuajaringadas. Se arreglaron perfectamente: los reyes hicieron su reparto de tierras y hombres como buenos amigos, combinando, como decían, el principio de la legitimidad con el del equilibrio; el reparto del león, el asno y el lobo: el perfecto equilibrio. El otro principio, el de los derechos del pueblo a intervenir en sus destinos, no se tenía en cuenta para nada. Eso no existía para el Congreso de Viena, como no existía para los hombres de Buenos Aires; era *sanculotismo* allá; *caudillaje* acá, o *veneno artiguista.*

Y eso era la realidad, la sola realidad, sin embargo, tanto allá como acá; el nuevo agente natural que se imponía.

El Congreso de Viena marchó a las mil maravillas; se aseguró el orden en Europa; se evitó la anarquía. Lo mismo que querían hacer los directorios de Buenos Aires: anonadar a Artigas, asegurar el orden.

Los soberanos europeos, que constituían la *Santa Alianza,* se reunían en nuevo congreso cada vez que las cosas se echaban a perder, y les ponían remedio: en el de Laybach (1821) se encarga al Austria la tarea de poner orden en Nápoles y el Piamonte; en el de Verona (1822) se resuelve la intervención en España, y se le encarga a Francia; es el duque de Angulema quien adereza bien los asuntos españoles, devolviendo a Nuestro Rey y Señor Fernando VII lo que es suyo, etc., etc.

Nada más regular que se le restituya también lo que tiene por acá, pagando a Francia, por supuesto, en alguna forma, en tierras y súbditos platenses, por ejemplo, su comisión de libertadora. Pero por estos mundos, si bien los directorios de Buenos Aires eran una

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

especie de Santa Alianza Cisatlántica, que buscaba arreglos con la Transatlántica, los pueblos no creían en la majestad del rey, ni tampoco en la de los directorios con sus logias secretas; por acá estaba ese bárbaro de Artigas, que, como aquel otro hombre Washington, creía que el pueblo americano podía tomar cartas en el reparto de tierras y de hombres. Para eso Washington estaba representado por Franklin en Europa; Artigas... por Rivadavia o Sarratea. La Santa Alianza rioplatense tenía, pues, que intervenir en el Uruguay, para evitar la anarquía, como la europea en Nápoles y en España. Y se valió de Portugal como interventor. Éste dió, como único objeto de su invasión, el poner orden en el Uruguay, *contra la anarquía de Artigas*, y asegurar contra él sus fronteras. Obraba, pues, en el desempeño de una misión venerable; pero vosotros, que ya conocéis cómo gobernaba Artigas, y cómo sus enemigos, bien sabéis dónde estaba, y dónde no, la anarquía o el desorden.

Pues bien: en el reparto hecho en Viena, Portugal quedó muy malparado; tuvo que devolver a Francia, contra cuyo emperador había combatido unido a Inglaterra y a España, la Guayana Francesa, que había conquistado; ni siquiera obtuvo la restitución de la plaza de Olivenza, que España, aliada entonces de Napoleón y enemiga del portugués, había arrebatado a éste en 1801. Bien es verdad que Portugal, apoyado por Inglaterra, se había apoderado en ese año de los siete pueblos de las Misiones Orientales, que correspondían a España según los tratados, y que, desde entonces, han acrecido el dominio portugués, con menoscabo del español y de nuestra herencia, por consiguiente; recordaréis que la reivindicación de esas Misiones es el ensueño de Artigas. Pero eso no

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

bastaba; era preciso continuar esa conquista. Lo importante era el territorio del Uruguay; llevar la frontera portuguesa al Río de la Plata.

A eso venía Portugal apoyado por Buenos Aires; pero no por eso había de declarar la guerra a España, aliados como estaban ambos a Inglaterra. Tenía que entrar en el Uruguay por sorpresa; había de arrebatar a España su provincia atlántica rebelada, pero amistosamente y sin provocar la intervención de Inglaterra, la buena amiga común. Ésta no hacía buenas migas con la Santa Alianza continental, como sabéis, y echaba los cimientos de su predominio marítimo en el mundo.

A ese efecto, Portugal dijo a España que el objeto con que hacía venir sus tropas de Europa a América no era otro que el muy cordial de secundar la expedición que España preparaba para sofocar la rebelión de sus provincias ultramarinas, para lo cual podían preparar ambas un plan combinado. Eso mismo dijo a Inglaterra. E hizo también saber a ambas que necesitaba — y eso sobre todo — defender sus fronteras contra la anarquía reinante en las provincias platenses, contra ese salvaje de Artigas, que, como sus mismos hermanos lo reconocían, era lo más bárbaro que imaginar se puede, e incapaz, por consiguiente, de todo derecho.

Todo eso fué bien aprovechado por la diplomacia de Buenos Aires, para deshacerse de Artigas y sus orientales; le permitió amputarse un supuesto miembro enfermo, enfermo de democracia, que, contaminando de ese virus fatal, *veneno artiguista,* el resto del organismo, y constituyéndose en cabeza de él, exacerbaba la vitalidad de los pueblos occidentales, e impedía la realización del plan de monarquía tribu-

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

taria, que Rivadavia, que en nada se parecía a Franklin, continuaba en Europa con grande empuje.

Aunque todo esto es triste, amigos míos, es indispensable que nos detengamos en ello. No hay más remedio; hemos de hablar de eso, aunque suframos congojas, porque ya es tiempo de desvanecer la inocente leyenda que nos ha presentado al Buenos Aires colonial como la sede de una generación espontánea de sabios políticos y diplomáticos, que contrastaban con los hombres de Montevideo, y sobre todo con Artigas, fuerte patriota, pero hombre rústico, refractario a todo cálculo sagaz.

Si tal hubiera acontecido, nuestro protagonista quedaría, efectivamente, aniquilado. Dígase lo que se quiera, un bruto no puede ser un héroe; tiene razón Montaigne cuando afirma que si la piel de león no alcanza, preciso es coserle un pedazo de piel de zorro. Pero no hay para qué me esfuerce en convenceros de que nada de la tal leyenda es verdad: ni la rusticidad del uno, ni la de los otros excelsa alcurnia social o científica. La revolución de América no fué remedo de ninguna otra, según hemos dicho; fué completamente original en su esencia. Si la influencia en ella de los letrados o profesionales no hubiera sido accidental, el movimiento de 1810 hubiera sido humo de pajas. Es preciso confesar que ni Napoleón ni Franklin aparecieron por aquí; no encontramos en Buenos Aires, según recordaréis, sino personas medianamente educadas, de talento muchas de ellas, acreedoras todas a nuestro respeto, y aun a la gloria, pero no al título de maestros eminentes, y mucho menos al de inventores de nada. Y mucho menos, por supuesto, al de per-

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

sonajes capaces de tomar parte eficazmente en las deliberaciones de los soberanos europeos que se repartían el mundo. Un siglo será necesario aún para que la América española sea tenida en cuenta por allá.

Vamos, pues, a ver a aquellos hombres en sus diplomacias más o menos rutinarias, y nos convenceremos de que Artigas, al combatirlas y aniquilarlas, no es sólo el instinto obstinado e indócil contrapuesto a la prudencia inteligente; quedaremos persuadidos de que aquellas buenas personas no trataban sólo de coser pedazos de piel de zorro en la del león americano, y de que el héroe oriental no fué sólo la fuerza, por consiguiente, el garrotazo de ciego, sino el carácter épico, diferencial, de nuestra revolución; la fe vidente que substituye a la invención científica.

Los que crean, y sí los hay, que con esto transformamos a Artigas en un jurisconsulto o togado de Salamanca, no merecen mi respeto ni el de nadie. Lo que soy yo, cuando menos, en todo he pensado menos en semejante simpleza. Que a igual distancia del bruto inconsciente y del profesor titulado, tan inconsciente como el bruto algunas veces, se encuentra el genio precisamente, la resultante de todas las fuerzas germinales de un momento crítico de la humanidad, transformada en pensamiento regulador y en pasión heroica.

Sepamos, pues, amigos míos, aunque suframos congojas, de las diplomacias que aniquilaron al profeta. No es característico de nuestra historia, por otra parte: es la historia humana que, según Carlyle, no es sino la guerra universal entre el que vive en la esencia de las cosas y los que sólo están en sus vanas apariencias.

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

Ya sabéis que el director Posadas envió a Europa, a mediados de 1814, a Rivadavia, Belgrano y Sarratea, a gestionar la coronación del infante don Francisco de Paula, como rey del Río de la Plata. Eso fracasó; España se sentía fuerte en sus alianzas europeas, y no tenía para qué hablar con sus colonias rebeldes: los representantes de éstas no eran tenidos en cuenta para nada, así se deshicieran, como se deshacían, en besamanos y genuflexiones.

También sabéis que, retirado Posadas del gobierno, y elevado Alvear, en 9 de enero de 1815, éste, que acababa de ser vencido por Artigas en el *Guayabo*, y había entregado Montevideo a sus dueños, los orientales, acreditó en Río Janeiro a don Manuel José García, el mismo que ahora va a preparar la invasión de Portugal, para rogar a Inglaterra que aceptase, por humanidad, el ser dueña de las Provincias Unidas, y mandara tropas a tomarlas. Inglaterra no las quiso; no estaba tampoco para eso en tales momentos; tenía mucho que hacer por allá, y no debía romper con España. Y sabéis, por fin, cómo ese Alvear, derrocado del poder, acudió contrito a acogerse a la piedad del rey y a entregársele. Lo que aun no sabéis os lo narraré más tarde: cómo ese Alvear querrá ser de nuevo Director Supremo y fraguará en Río, con el señor Sarratea, su conspiración reivindicadora.

Pero García se quedó en Río Janeiro, aun después de caído Alvear; se quedó durante los gobiernos de Álvarez Thomás, y Balcarce, y Pueyrredón. Y allí, apoyado expresa o tácitamente por todos, trató de hacer aceptar a Portugal el negocio que los demás no querían: la intervención en el Plata, que llegaría hasta donde los sucesos lo permitieran. Y como paso preliminar, muy puesto en el orden regular de las co-

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

sas, arregló con él la destrucción de Artigas, que era el único enemigo irreductible, verdaderamente temible, de aquella idea y de todas las análogas: el demócrata impenitente, el republicano incorregible, el bárbaro americano, que hasta miraba con piedad la raza indígena y la educaba, el muy salvaje.

No nos sorprendamos de eso, amigos míos, ni hagamos cargos demasiado duros al señor García, por no haber sido un hombre superior a los demás: él era uno de tantos escépticos, y tenía que lapidar al hombre de fe. Obedecía, por otra parte, a la ley sociológica que os recuerdo a cada momento: el abandono de la región oriental al enemigo, cada vez que ese abandono es necesario o útil a la vida de la región occidental, está en la esencia de las cosas, y demuestra también que, si la Banda Oriental fué independiente, lo fué sólo por el espíritu vidente de Artigas que la animaba, y que, lejos de obedecer a los acontecimientos, los producía. El auxilio de la región occidental a la oriental será siempre subsidiario, es decir, después que la primera asegure sus propios destinos. Nunca estarán absolutamente identificados los unos con los otros. Ya habéis visto cómo Buenos Aires levantó, en 1811, el primer sitio de Montevideo, desde el momento en que así convino a la Banda Occidental; cómo resolvió levantar el segundo, en 1814, no bien necesitó de los elementos que allí tenía para continuar la guerra en el Norte; cómo, en 1815, quiere desprenderse de la Banda Oriental, reconociendo *su independencia;* cómo ahora, en 1816, la entrega expresamente a Portugal, para extirpar en sus provincias el espíritu de Artigas.

Y cuando, muchos años después, se realice definitivamente la visión de éste, el concurso argentino

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

sólo vendrá después que los orientales, acaudillados por los sucesores del profeta, hayan triunfado solos en el *Rincón* y *Sarandí*. Y aun entonces veremos a Rivadavia que, al creer amenazado su gobierno por la liga de las provincias federales, tratará de poner fin, a todo trance, a la guerra que orientales y argentinos sostendrán con el Brasil, y enviará a Río Janeiro *a este mismo doctor don Manuel José García* de que estamos hablando, a negociar un tratado, que éste concluye y subscribe, sobre la base del sacrificio de los patriotas orientales: del reconocimiento definitivo de la Provincia Oriental como provincia brasilera. Bien es verdad que, al conocerse el ignominioso tratado, estallará en la Argentina, en Buenos Aires inclusive, una indignación que no será otra cosa que el viejo inmortal espíritu de Artigas, y que dará en tierra con Rivadavia, por más que éste condene el tratado; pero ese hecho, unido a los anteriores y al alma misma de esta historia, os revelará, mis amigos, que el señor García, al provocar y estimular la invasión portuguesa a la Banda Oriental, obedecía a una ley más fuerte que su propia inspiración escéptica.

IV

Resuelto Portugal a arrebatar a España su provincia atlántica, preparó su empresa acumulando todos los elementos que le habían servido en sus guerras contra Napoleón. Y limitándose, como hemos dicho, a hacer saber a Inglaterra y a España que sólo iba a proceder para garantir sus fronteras del Sur, que nadie amenazaba en ese momento, y a insinuar,

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

para consuelo de España, la posibilidad de que el Brasil cooperaría a reconquistar para ella sus colonias rebeldes, lanzó todos aquellos elementos bélicos a la conquista del Estado Oriental.

Éstos eran formidables; lo suficiente, al parecer, para hacer de la expedición conquistadora un paseo militar de algunos meses. Un brillante cuerpo de tropas veteranas pasó de Portugal al Brasil, y, en noviembre de 1815, cuando iba a rayar ese 1816 que Artigas juzgaba el año feliz, se situó en Santa Catalina. El 30 de marzo de 1816 llegó el resto, bajo el mando del general don Carlos Federico Lecor, barón o vizconde de la Laguna; era un total de 5.000 hombres de las tres armas, que habían militado bajo las órdenes del general inglés Beresford, y triunfado en Albuera, Bussaco, Salamanca, Vitoria y Orthey. Se consideraban invencibles. Una poderosa escuadra estaba al servicio de la expedición conquistadora. Cuerpos de tropas de paulistas y riograndenses — las provincias limítrofes del Uruguay — se encontraban prontos para pasar la frontera. Un ejército de más de 10.000 soldados (16.000, dicen algunos) se lanzaba, pues, sobre el recién nacido Estado Oriental del Uruguay, que no contaba con setenta mil habitantes... Setenta mil y uno: Artigas.

Notad, amigos míos, que esta invasión que ataca al antiguo virreinato por el Sur, y que tiene por núcleo Río Janeiro, es relativamente mucho más formidable que la española, su hermana, que, teniendo por centro a Lima, trae su ataque reconquistador desde el Norte. Ya conocéis las luchas que se han librado para repeler esta última: Suipacha, el Desaguadero, Salta, Tucumán, Vilcapugio, Ayohuma, Sipe-Sipe. La lucha continúa, sin embargo; España espera

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

poder descender de los Andes y llegar a Buenos Aires. San Martín, que organiza un ejército en Mendoza, va a cruzar la cordillera y a reconquistar a Chile, de donde pasará al Perú. Pero por más grande que sea—y lo es inmensa —la gloria conquistada por los ejércitos americanos en esas campañas, ella no supera a la recogida por la Patria Oriental en su resistencia a los ejércitos portugueses, no tiene, sobre todo, el ideal republicano claro, sin un eclipse, unánime, de la resistencia oriental. Allá, en el Norte, España tenía muy lejos su metrópoli; para enviar refuerzos, necesitaba cruzar el Atlántico; aquí el Brasil acababa de ser elevado a la categoría de reino; Río Janeiro era la sede de don Juan VI; todo el inmenso territorio brasilero le pertenecía sin oposición; no tenía enemigos, como los tenía España, en su propio territorio colonial. Allá, en el Norte, se concentraron todos los elementos americanos de mar y tierra contra España; allá San Martín, unido a Chile, va a encontrarse con Bolívar, que descenderá vencedor desde Colombia. Pero aquí, en el Sur, en la provincia invadida por Portugal, en la provincia mártir, veréis un hombre solo y un pueblo abandonado, que lucharán, sin embargo, contra el extranjero durante cuatro años, y que se inmolarán a la causa americana.

Este período es el de nuestra gloria, amigos artistas; en él la figura de Artigas cobra todo su tamaño; la grieta diagonal de su bandera es un chorro de sangre pura, recién salida, que inspira al hombre el horror sagrado.

Las tropas portuguesas emprenden la campaña con banderas desplegadas; el príncipe regente las revista con pompa en Río Janeiro, el 13 de mayo

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

de 1816; su embarque es presidido por el general inglés Beresford, que fué su jefe en Europa.

El plan de campaña había sido bien madurado; Lecor, protegido por una poderosa escuadra, iría por tierra, por las costas del Atlántico, a apoderarse de Montevideo; un cuerpo de tropas penetraría por la frontera terrestre y ocuparía militarmente todo el territorio oriental. En cuanto al plan político, trazado en largas y meditadas instrucciones, se reducía a proclamar lo siguiente: guerra a Artigas, el bárbaro, y neutralidad para con las demás provincias argentinas.

Me preguntaréis, mis queridos artistas, cómo era posible que Portugal se lanzase a esa empresa bélica sin declarar la guerra a nadie y sin tener para nada en cuenta el tratado o armisticio que, por órgano de Rademaker, celebró con Buenos Aires en 1812.

Sabed lo siguiente: la invasión portuguesa a territorio que España consideraba todavía suyo, daba motivo a gestiones diplomáticas entre las potencias europeas, que arreglaban sus asuntos en las deliberaciones de la Santa Alianza, y que serían largas de contar. Esas grandes potencias, Rusia, Prusia, Austria, Francia, Inglaterra, reunidas a la sazón en París, oían las quejas de España contra Portugal, y se inclinaban a apoyar a la primera. Portugal, a su vez, insistía, tiraba y aflojaba, según las circunstancias; aseguraba que su robo de la Banda Oriental sería sólo provisorio. España hubiera dado media Banda Oriental, seguramente, por la sola plaza de Olivenza, y aun por menos.

Aparece entonces la dinastía borbónica de Francia, con el propósito de establecer una monarquía constitucional en el Plata y en toda América; quiere

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

proponer eso a España, de acuerdo con Rivadavia, que lo está a su vez con Pueyrredón, el hijo de la patria de Enrique IV. Pero Austria y Prusia no lo ven con buenos ojos; una monarquía constitucional sería contraria a los principios de la Santa Alianza... En fin, amigos míos, no es necesario que entremos en detalles; básteos con saber que allí se disponía de nosotros, y que de todo eso procedía la invasión portuguesa a que Artigas va a oponerse, sólo Artigas, para demostrar que América no es ya propiedad de Europa, porque tiene dueño.

Pero ¿y el gobierno de las Provincias Unidas del Río de la Plata, que consideraba a la Provincia Oriental como parte integrante de su territorio, y que había celebrado con Portugal el armisticio de 1812? ¿No tenía ese gobierno un agente diplomático en Río Janeiro? ¿No veía ese agente la expedición extranjera que se lanzaba a la conquista de lo que llamaba su patria? ¿No hacía nada por evitar que Europa dispusiese de América como le viniera a cuento?

Sí, amigos artistas; allí estaba, como sabéis, el doctor García, enviado por Alvear para gestionar la entrega de estos países a Inglaterra, y confirmado en su carácter por Álvarez Thomás, y por su sucesor Balcarce, y por el sucesor de éste, Pueyrredón; era, pues, el representante del gobierno de Buenos Aires, que se conceptuaba el legítimo de todo el virreinato, incluso el Uruguay. Según eso, Artigas, su pueblo al menos, estaban debidamente representados en Río Janeiro, como Washington por Franklin en París. En Río Janeiro estaba ese señor García, con sus credenciales en forma, con sus instrucciones secretas. Y Artigas y su pueblo, lo mismo que todos los pueblos americanos, estaban en el deber de ponerse en

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

sus manos y de confiar en él; él era quien debía resolverlo todo con su poder. Eso era lo legítimo, lo razonable; lo contrario era anarquía, caudillaje, maldad de Artigas. Ese es el criterio a que se han ajustado muchos historiadores que corren por el mundo como personas serias.

¡Oh sí! El señor García sabía muy bien lo que pasaba en Río Janeiro. Y no sólo lo sabía: tomaba parte activa en la expedición portuguesa, como la había tomado, desde su origen, el oriental don Nicolás de Herrera, ex ministro de Alvear, que en Río se había refugiado a la caída de éste, y que acompañará al general invasor nada menos que en carácter de secretario. Ya conocéis las opiniones de este don Nicolás Herrera, porque leímos su carta a Rondeau: la América no puede ser independiente, según él.

Esta figura del señor García, mis amigos artistas, es en extremo interesante: es un hombre de corte; en todo tiene fe menos en la verdad de la revolución de América, iniciada el 25 de mayo. «Tenía un alma fría para las cosas de la patria», según dice Posada, el Director Supremo, en sus *Memorias*. Él piensa como Herrera: no cree que el pueblo americano pueda valerse por sí mismo para nada, ni mucho menos constituirse en nación soberana; cualquier cosa es preferible a eso como solución: la entrega a Inglaterra, la restauración de España, sobre la base de la independencia, y aun sin ella, el protectorado de Portugal o la anexión a éste: cualquier cosa. En ese sentido trabaja y seguirá trabajando en Río Janeiro.

¿En representación de quién?

He ahí el problema, amigos míos, todo el problema.

¿Quiénes son los amigos y quiénes los enemigos

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

de ese agente del escepticismo americano? Su enemigo irreconciliable es bien conocido; oh, ése no puede confundirse con nada de este mundo; ahí está, firme en su fe y en su acción. Hay, pues, que recatarse de ese bárbaro mientras se prepara el golpe, a fin de caer de sorpresa y aniquilarlo a mansalva.

Pero ¿y los amigos? ¿Y los hermanos? ¿Quiénes son los hermanos de García, en la ejecución del plan?

Contestemos sin vacilar, mis bravos artistas: todos, menos el pueblo argentino; todos, menos la revolución de Mayo.

Pero si eso puede y debe decirse del pueblo argentino, lo contrario es preciso afirmar de los gobernantes de Buenos Aires, de sus logias, de sus diplomacias, de sus consejos, sin excluir al Congreso de Tucumán, sin excluir al honesto Belgrano, sin excluir a San Martín... Sí, mis amigos: también el gran San Martín, aunque resiste la entrega a Portugal, apoya la proclamación del inca, o la importación de un príncipe europeo, y todo lo demás.

Hundid bien vuestra mirada, amigos artistas, en este momento; borrad de él a Artigas con la imaginación, y decidme dónde está el núcleo de la patria americana que hoy tenemos; de ésta que hoy tenemos, amigos míos; de la democrático-republicana que queremos glorificar en sus héroes.

García es el *substrátum*, la quintaesencia de aquel escepticismo desolante. Está en comunicación íntima con todos los hombres de Buenos Aires, lo mismo que con los de Río Janeiro: con Álvarez Thomás, con Balcarce, con Pueyrredón, con el Congreso, con Belgrano y Rivadavia: con todos. Les comunica sus planes desde su origen, sus esperanzas, cimentadas en

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

la invasión portuguesa que matará a Artigas, en la protección que en seguida prestará Portugal a las provincias argentinas, y aun en la anexión de éstas a Portugal. Álvarez Thomás, Balcarce, el Congreso de Tucumán se adhieren al plan sin reticencias; ven en él la salvación, la gloria del 25 de mayo de 1810. Pueyrredón siente, sin embargo, vacilaciones: ya le veréis llenar ciertas formas ante las protestas del pueblo argentino. Pero el hecho es que, lejos de separar o desautorizar a García, éste continúa como su representante en Río Janeiro, mientras él busca en Francia, para rey, con el apoyo de San Martín, a un príncipe de Orleans.

No hay duda de que todo esto es bien triste.

Sería muy instructivo que os exhibiera la correspondencia de García con Álvarez, con Balcarce, con Pueyrredón, con el Congreso; la tenemos muy completa; está todo escrito. Pero eso es largo, y os estoy deteniendo demasiado en este cuadro de desolaciones pálidas, que es el fondo en que vais a ver proyectarse, con su nimbo sideral, la figura rígida de Artigas.

¡Con qué alegría comunica García a Álvarez Thomás, en cifra secreta, la buena nueva, la invasión de Portugal! «Puedo asegurar, le dice el 27 de abril de 1815, que no tema por parte de esta corte. ¡No seguir a los orientales en su política salvaje y turbulenta!» Era el momento en que el gobierno del Brasil hacía venir sus tropas de Portugal para invadir. Seis meses después, en noviembre, comunica la próxima marcha de la primera división portuguesa a Santa Catalina. Cae Álvarez Thomás, y le sigue Balcarce. El Congreso de Tucumán funciona. García continúa sus comunicaciones con ambos, Balcarce y el Con-

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

greso; continúa transmitiéndoles buenas noticias, buenos consejos, grandes esperanzas: la invasión es un hecho; Artigas caerá aniquilado por el extranjero; éste será generoso, no hay que temerle; cuando más, se quedará con la Provincia Oriental; pero como ésta no es parte integrante de la patria argentina... como se ha declarado independiente...

Pero es preciso proceder con cautela, con mucho sigilo, sobre todo, dice García, a fin de no comprometer a nuestros amigos, los portugueses.

Balcarce transmite todo eso al Congreso, el 1.º de julio de 1816, el mes de la declaración de independencia.

Y García sigue recomendando, ante todo y sobre todo, una cosa: «secreto, secreto, mucho secreto... y no andarse con escrúpulos».

Balcarce siente que el pueblo argentino, que ya se ha dado cuenta de la tormenta subterránea, va a acusarle de traidor, y pide al Congreso una regla de conducta en crisis tan arriesgada.. ¡Oh, el Congreso! El Congreso de Tucumán, que declara la independencia en 9 de ese mes, el 9 de julio de 1816, irá más lejos aún que García, pues irá hasta el retorno liso y llano a la sumisión a España.

Cae Balcarce; sube Pueyrredón, nombrado por el Congreso. Pueyrredón, al llegar a Buenos Aires el 1.º de agosto de 1816, se encuentra con todo aquello, de cuyos detalles le impone el doctor don Gregorio Tagle, depositario y agente de todo. Éste ha sido y es confidente de García, y ministro de Álvarez Thomás y de Balcarce, y lo será también de Pueyrredón y del sucesor de éste. Permanece en ese carácter precisamente: como depositario del plan. Y es entonces cuando el nuevo Director Supremo envía a Santa Fe

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

los embajadores que más adelante conoceremos, Castex y el deán Funes, a decir allí que Portugal y España unidos vienen a matar nuestra independencia. Y es entonces cuando escribe a su paisano Artigas, asombrado de que un *maligno influjo* persista en separarlo de sus verdaderos amigos.

No puede negarse que este Pueyrredón pasó grandes angustias, a fuerza de querer conciliar lo inconciliable. Llegó a creer, más que otros quizá, en la independencia de América; pero no en su capacidad para gobernarse; no en su propia autoridad de Director Supremo, por consiguiente. Creía en la existencia de una patria americana, persona internacional capaz de derechos y obligaciones, y acogía sin protesta al doctor García, que era la negación absoluta de semejante entidad. No sólo lo acogía; lo mantenía y lo mantuvo hasta el fin, como su representante, en Río Janeiro. Hubo un momento en que, comenzando a penetrar en la esencia de las cosas, llegó hasta a creer en Artigas, la sola realidad; quiso o aparentó querer la paz con él; pero cuando se encontró con esa realidad cara a cara, no pudo resistir su mirada, y cerró los ojos. Cuando vió de cerca el pensamiento solar inquebrantable del héroe oriental, independencia, democracia, señorío de los pueblos sobre sí mismos, retrocedió, y volvió a acogerse al regazo de su idea monárquica: miró entonces hacia los Borbones de Francia, por encontrar pequeños a los Braganzas. Ya confirmaremos todo esto cuando estudiemos las embajadas de que hablamos: las que confía Pueyrredón a Castex y al deán Funes ante el gobernador de Santa Fe. Era, pues, la contradicción, la no entidad. Él se impuso, desde el momento de subir al gobierno, del plan y de la obra de García. Éste sostiene, como don

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

Nicolás Herrera, que es necesaria la fuerza de un poder extraño para hacer patria; hace saber que el ministro del Brasil, «alarmado de los progresos que va haciendo Artigas, el caudillo de los anarquistas, ha representado a Su Majestad Fidelísima la urgencia de remediar a tiempo tantas desgracias. Y Su Majestad se ha inclinado a empeñar su poder en extinguir hasta la memoria de esa calamidad, haciendo el bien que debe a sus vasallos, y un beneficio a sus buenos vecinos, que cree le será agradecido».

«Depende, pues, sólo de nosotros, dice García, la aproximación de la época, verdaderamente grande, en que enlacemos íntimamente, y aun identifiquemos, nuestros intereses con los de la nación portuguesa.»

«La escuadra portuguesa está al ancla, dice el 9 de julio, ¡el 9 de julio precisamente! Sólo espera buen tiempo para acabar con Artigas, que luego dejará de molestar a Buenos Aires.» Anuncia después la partida de la expedición. «Las provincias de la dependencia del gobierno, dice, no tienen nada que temer. Sólo la Oriental caerá.»

Todo está detallado en la preciosa correspondencia que poseemos de García. Sus propósitos son: «Suavizar la impresión que un sistema exagerado de libertad ha hecho en el corazón de los soberanos de Europa; desviar del gobierno argentino el golpe que va dirigido contra Artigas, encarnación de ese sistema de libertad; preparar la monarquía platense; combatir las provincias puramente democráticas; restablecer el sistema colonial, que es preferible a la anarquía; recurrir, para todo eso, al rey de Portugal, y aun a Su Majestad Católica». Esta Majestad está en muy buenas disposiciones; sus representantes han declarado «que el Rey Nuestro Señor está dispuesto a ad-

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

mitir de nuevo en el seno de la nación española, como a sus demás vasallos, a los habitantes del Río de la Plata, con tal de que el gobierno de Buenos Aires haga públicamente su acto de arrepentimiento, antes de que se acerquen las tropas del Rey. En ese caso, el Rey Nuestro Señor hará bajar del Perú al general Pezuela, que ocupará Buenos Aires y todas las provincias, y tratará a sus habitantes del modo que el Rey quiere, en premio de su voluntaria sumisión».

Ése es el espíritu de la invasión portuguesa, amigos artistas; ése es el espíritu de la invasión que va a caer sobre Artigas.

Penetremos algo más en el Congreso de Tucumán, que ha proclamado la independencia en 9 de julio. Pueyrredón se dirige a él para que resuelva lo que ha de hacerse ante el ejército que invade la Banda Oriental. El Congreso dispone el envío de dos comisionados secretos: uno ante el general invasor, y otro ante la corte de Río Janeiro. Ese original comisionado lleva dos juegos de instrucciones: unas reservadas, y otras reservadísimas. Por las primeras se le encarga seguir en un todo las prevenciones de García; se le ordena decir al invasor que, para acallar los recelos de las provincias y matar en ellas el deseo que tienen de auxiliar a Artigas, es conveniente se limite a reducir al orden a la Banda Oriental, pero sin apoderarse de Entrerríos, por ser territorio de la provincia de Buenos Aires. Se le dice asegure al general del rey que, a pesar de la exaltación de ideas democráticas que ha aparentado la revolución, la parte sana e ilustrada de los pueblos está dispuesta a la monarquía, restableciendo la casa de los incas, enlazada con la de Braganza. «Si esto no se consigue, dicen las instruc-

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

ciones, el comisionado propondrá la coronación de un infante del Brasil en las Provincias Unidas, o de otro cualquier infante extranjero, con tal que no sea de España.»

Eso era lo reservado. Queda lo reservadísimo: reconocimiento del monarca del Brasil como rey constitucional de las provincias argentinas, que formarían un Estado distinto; anexión, en una palabra, del pueblo de Mayo a la corona portuguesa...

El director Pueyrredón, ante esa actitud ignominiosa del Congreso, siente un momento sublevarse en su espíritu el instinto de patriótica dignidad; pero ese instinto es fluctuante; no hay en él visión, no hay mensaje. Rechaza las doctrinas y planes del Congreso, porque sospecha, como no puede menos, que en los propósitos de Portugal puede entrar el de hacer causa común con España, para repartirse entre ambos el botín; habla de que Portugal debería comenzar por reconocer la independencia de las provincias, sin darse cuenta de que la invasión portuguesa a la Banda Oriental se hacía de acuerdo con el enviado platense en Río Janeiro, quien, desde 1815, había cooperado a ese propósito, sin ser jamás desautorizado; tampoco se daba cuenta de que aquel reconocimiento significaría la guerra entre España y Portugal, y la intervención de Inglaterra, y de la Santa Alianza, y de todo lo demás. Pueyrredón rechaza el envío de diplomáticos ante el general invasor, por ser depresivo a la dignidad nacional; habla de todo eso... pero termina aceptando el que se negocie la coronación de un príncipe de la casa de Braganza, u otro príncipe extranjero, como monarca constitucional de las Provincias Unidas.

No, ahí no hay un hombre, no hay un héroe, no

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

hay nada, nada que refleje la altivez de la revolución de Mayo de 1810.

¿Dónde está? ¿En qué cuerpo vivo late, pues, el espíritu de esa revolución de Mayo, si es que ésta tuvo un espíritu, y no fué un simulacro sacrílego y grotesco?

Lo vais a ver, amigos míos; vais a ver proyectarse su forma ígnea sobre ese fondo de negaciones y de palideces agónicas, más obscuras que la noche sin astros, poblada de vientos negros.

Todo eso que habéis visto, y que era necesario que os hiciera ver, es algo, sólo algo, de lo que estaba debajo de los pies de Artigas, cuando éste, al rayar el año 1816, escribía al Cabildo de Montevideo que ese año iba a ser *el año feliz para los Orientales.*

Vais a verlo surgir de ese antro de tinieblas, a la cabeza de los pueblos rioplatenses, como una figura dantesca, iluminada de abajo arriba por las llamas infernales.

Y podremos afirmar, a la faz del mundo, que la revolución de Mayo tuvo un héroe.

Y que no fué un simulacro.

Ni fué tampoco una mentira.

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

CONFERENCIA XVIII

EL MILAGRO HEROICO

¡El espectro no mentía!—Artigas ante la gran conjuración.—Los secretos de las tinieblas. — El pueblo argentino.—Artigas y Güemes. — El pueblo oriental se apresta a la defensa heroica. — Chacabuco. — Las tres banderas: la de Bolívar, la de San Martín y la de Artigas. — Irrupción de la conquista portuguesa.—Plan de defensa de Artigas.—La salvación de Roma en Cartago. — Mitre, López, Alberdi.— Hombres y dioses.

I

Amigos artistas:

Cuando Artigas, consagrado a la organización democrática de su Patria Oriental recién nacida, y a su unión con la occidental, para la consecución del común propósito de libertad, ve alzarse repentinamente en el horizonte, como un fantasma armado de todas armas, la primera nube de la invasión portuguesa; cuando, al querer lanzarse sobre el diabólico endriago, siente el contacto de las redes ocultas que han tendido bajo sus pies; cuando, al dirigir la mirada hacia el hermano occidental, ve reflejada la complicidad con el invasor en su actitud indiferente y en la sar-

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

cástica impasibilidad de sus ojos, se da cuenta de todo en un instante.

¡Ah, el espectro no mentía! decía el príncipe de Dinamarca. «No sin fundamento hemos mirado con recelo todos los movimientos de Buenos Aires», dice Artigas al Cabildo de Montevideo, al recibir las primeras pruebas, que se le envían de Santa Fe, sobre la codelincuencia de Buenos Aires.

Pero Artigas no es Hamlet; no es la duda. Él es el otro loco, el español, el andante caballero. Y como éste, lejos de sentir desfallecimiento, ve retemplada su fe en el ideal, y su confianza en las heroicas energías de su pueblo, en las de todo el pueblo argentino, ante la siniestra aparición diabólica.

Artigas ha saltado a caballo, en la cumbre de la meseta del Uruguay; mira hacia Buenos Aires... mira hacia la frontera del Norte... ¡Oh, sí, todo lo ha comprendido! Es preciso que os detengáis a verlo largamente en esa actitud. El héroe inclina la cabeza, y la levanta a ratos, mirando alternativamente hacia el Norte y hacia el Sur. Él no sabía entonces, con el detalle y precisión con que lo sabéis ahora vosotros, todo eso, tan triste, tan amargo, de que hemos hablado en nuestra conversación anterior; pero lo adivinó todo, lo vió todo con mayor intensidad que nosotros.

No así sus contemporáneos. Aun muchos de sus compatriotas, que no pudieron creer en aquella inverosímil realidad, llegaron hasta perder la fe en Artigas, que la veía, y a sufrir escándalo por su nombre. Hoy ya es otra cosa. «Se han alumbrado con lámparas los secretos de las tinieblas.»

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

Dos empresas han de absorber la atención del héroe: repeler la invasión extranjera que viene del Norte, e impedir, dentro del territorio argentino, el predominio de su aliado o cómplice.

Para esto último, para el enemigo interior, está el mismo pueblo argentino occidental, que sigue las inspiraciones del héroe oriental, y que, al sospechar la invasión y sus complicidades y sus consecuencias, comienza a agitarse airado, y seguirá agitándose contra Pueyrredón y su gobierno, hasta dar con ellos en tierra. Esto sucederá, no sólo en las provincias interiores, no sólo por obra del caudillaje, como han dicho los que sólo ven las superficies, sino también en Buenos Aires, donde esa protesta tomará el carácter de una revolución, que será sofocada con el destierro de muchos próceres.

Pero hay algo en que debemos parar mientes, y que nos revela la amplitud del pensamiento de Artigas. En este supremo momento, él es el jefe inmediato de los orientales; pero no deja de considerarse *el hombre* de la revolución de Mayo. Piensa en el invasor portugués que amenaza su Banda Oriental; pero no olvida al español que amaga, por el otro horizonte, todo el cuerpo del antiguo virreinato, y que, vencedor en *Sipe-Sipe* (octubre de 1815), hace flaquear las energías de Buenos Aires, en las que Artigas no tiene fe.

Ved la carta que, con fecha 5 de febrero de 1816, precisamente cuando va a caer sobre él la invasión portuguesa, dirige a Güemes, el caudillo de Salta, que, con sus guerrillas de gauchos, contiene heroicamente, como lo dijimos antes, la irrupción de los ejércitos españoles, vencedores en las batallas campales, y permite así que San Martín prepare su expedición a Chile. Esta carta me parece un monumento.

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

«Señor don Martín Güemes.

»Mi estimado paisano:

»El orden de los sucesos tiene más que calificado mi carácter y mi decisión por el sistema que está cimentado en hechos incontrastables. No es extraño parta de este principio para dirigir a Vd. mis insinuaciones, cuando a la distancia se desfiguran los sentimientos, y la malicia no ha dormitado siquiera para hacer vituperables los míos. Pero el tiempo es el mejor testigo, y él admirará ciertamente la conducta del Jefe de los Orientales. Yo me tomo esta licencia, *ansioso de uniformar nuestro sistema, y hacer cada día más vigorosos los esfuerzos de América.* Ella ciertamente marcha a su ruina, dirigida por el impulso de Buenos Aires... Su preponderancia sobre los pueblos le hace mirarlos con desprecio, y su engrandecimiento le sería más pesaroso que su exterminio. Las consecuencias de este principio son palpables en sus resultados; y, abatido el espíritu público, nada es tan posible como nuestro anonadamiento. Por fortuna, los pueblos se hallan hoy penetrados de sus deberes, y su entusiasmo los hace superiores a los peligros. *Dar actividad a esa idea sería formar el genio de la revolución y asegurar nuestro destino.*

»Estoy informado de su carácter y decisión, y ésta me empeña a dirigir a Vd. mis esfuerzos por este deber. *Contener al enemigo después de la desgracia de Sipe-Sipe debe ser nuestro principal objeto. Por acá no hacemos menores esfuerzos por contener las miras de Portugal.* Este gobierno, rodeado de intrigantes, duplica sus tentativas; pero halla en nuestros pechos la barrera insuperable. La fría indiferencia de Buenos Aires y sus agentes en la corte me confirman su debilidad. Nada tenemos que esperar sino de nosotros

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

mismos. Por lo tanto, es preciso que nuestros esfuerzos sean vigorosos, y que, reconcentrado el Oriente, obre con sólo sus recursos.

»Gracias al Cielo que protege la justicia. Nuestro estado es brillante, y los sucesos dirán si se hace respetar de todos sus enemigos.

»*Por ahora, todo nuestro afán es contener al extranjero.* Pero si el año 1816 sopla favorable, ya desembarazados de estos peligros, *podremos ocurrir a los del interior, que nos son igualmente desventajosos. Entonces, de un solo golpe, será fácil reunir los intereses y sentimientos de todos los pueblos. y salvarlos con su propia energía.* Entretanto, es preciso tomar todas las medidas conducentes a ese fin. Yo, por mi parte, ofrezco todos mis esfuerzos, cuando tengo el honor de dirigirme a Vd., y dedicarle mis más cordiales afectos.

»Con este motivo, tengo especial gusto en saludar a Vd. y ofrecerme su muy afecto servidor y apasionado

JOSÉ ARTIGAS.»

No podríais apreciar, amigos, todo lo que esa carta significa, si no leyerais con ella la que Artigas ha recibido, algunos días antes, del Director Álvarez Thomás, con motivo de esa *desgracia de Sipe-Sipe*, de que aquél habla a Güemes. Os anuncié esa carta cuando hablamos de los ultrajes de que Álvarez hizo objeto a los embajadores de Artigas, o del Congreso del Arroyo de la China, mejor dicho. Muy poco después de encarcelar a éstos en la *Neptuno*, cayó como una bomba en Buenos Aires la noticia de aquella derrota de Rondeau en *Sipe-Sipe*, en el Alto Perú; se creyó que los vencedores venían en derechura a la capital, al Plata. Todo fué allí desconcierto y consternación, y las miradas se volvieron instintivamente a Artigas, como en 1812; al presunto Bolívar de Sar-

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

miento. He aquí, pues, la nota, llena de pánico, que entonces, *el 3 de enero de 1816*, cuando ya la invasión de Portugal está en campaña contra Artigas, dirige a éste el Director Supremo, que es su cómplice. Álvarez, el Director Supremo Álvarez, escribe a Artigas:

«Las armas de la Patria han sufrido el más tremendo contraste en los campos de *Sipe-Sipe*. El general Rondeau se ha visto en la necesidad de retirarse con los restos del ejército hasta Tupiza, donde espera los auxilios de todos los pueblos para reorganizarse. El enemigo ocupa las provincias interiores desde dicho punto, y, aunque no ha hecho el estrago con impunidad, la última victoria que ha conseguido hace *verdaderamente temible su poder, y nuestro peligro inminente*.

»Esta capital va a hacer los últimos sacrificios para acudir al riesgo en que la patria se encuentra y reparar las pérdidas sufridas con el eclipse de su gloria. Iguales esfuerzos harán todos los pueblos, y se creen con derecho de exigir que V. S. concurra con sus auxilios a la defensa común.

»*La Honorable Junta de Observación*, el *Excelentísimo Cabildo* y *los Jefes militares* me han invitado a dar este paso para con V. S., y yo no he tenido que hacer sino seguir los impulsos de mi corazón y ofrecer a V. S. una ocasión de acreditar a las provincias sus sentimientos patrióticos y generosos. En mi nombre y en el de la patria pido a V. S. el auxilio de 500 ó 600 bravos orientales, o los que pueda desprenderse V. S., para incorporarlos a las legiones que marchan desde este pueblo al ejército del Perú.»

Observad, amigos, que la fecha de esa nota *es la misma precisamente* de la que dirige García desde Río Janeiro a ese Álvarez Thomás, anunciándole con albo-

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

rozo la partida, desde Santa Catalina, de la expedición portuguesa encargada de exterminar a esos *bravos orientales;* no olvidemos que ésta se ha concertado por ese mismo García *de acuerdo con Alvarez;* que ya en abril de 1815 le comunicaba su consumación, y en noviembre su partida para Santa Catalina, y en enero su próxima irrupción, y en marzo, por fin, la solemne revista de las tropas invasoras por el general inglés Beresford en Río Janeiro.

Es eso un proceso, como lo veis.

Y es su sentencia, dura sentencia, la contestación de Artigas a la nota del acongojado Director. «Para mí, le dice el 15 de enero, para mí es un problema insoluble que V. E. me crea su mejor amigo en los momentos de un contraste, y siempre su enemigo en los instantes precisos de una perfecta conciliación.»

Yo convengo, amigos míos, en que esas palabras son implacables en tales momentos, tan duras como merecidas; la figura de Aquiles, el griego, cuya cólera canta Homero, parece reaparecer aquí, bajo la forma del héroe americano. Pero, no; para que distingáis precisamente los personajes de las dos epopeyas he querido que leyéramos juntas las dos notas: la de Álvarez a Artigas y la de éste a Güemes. El caudillo de los platenses, aunque irritado en el alma como el de los aqueos, no hace lo que éste; no se retira a sus naves, lejos de los muros de Ilión. Al par que envía a Álvarez sus palabras afiladas, mezcla de ira y de fuerza olímpica, corre hacia Güemes, como la diosa de ojos claros hacia el héroe que le es querido, y se hace sentir a su lado, y le infunde su soplo. «Contener al enemigo, le dice, después de la desgracia de Sipe-Sipe, *debe ser nuestro principal objeto.*» Eso es sólo *una desgracia,* y no más. No hay tal *tremendo con-*

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

traste, no hay tal *temible poder* ni *inminente peligro.* Allá iré yo, no bien me desembarace del portugués que se me echa encima; de un solo golpe nos salvaremos con nuestra propia energía.

Como Aquiles a Patroclo, Artigas viste a Güemes de su propia armadura, forjada por un dios. Y lo envía a contener al feroz hijo de Príamo, cuyo carro avanza en la llanura.

Juzgad, amigos míos, de la talla de ese hombre y de la fe que tiene en sí mismo, por esa arrogante actitud. «Siga Vd. conteniendo al extranjero allá en el Norte, dice a Güemes; que, una vez que yo lo destruya en el Sur, iré hacia allá, *hacia el interior;* iré yo, no Buenos Aires, de quien nada hay que esperar; nos uniremos ambos contra el otro enemigo de los pueblos, y haremos la patria republicana, sin pedir su venia a la Santa Alianza. Impondremos al mundo *el hecho;* que no otra cosa son las nuevas naciones: un hecho heroico.»

Bland, comisionado por los Estados Unidos para informar sobre los asuntos del Plata, advirtió bien ese rasgo de Artigas. «Atacado, dice, por los portugueses y por los patriotas de Buenos Aires, se defiende de ellos, pero está siempre en guardia contra un ataque imprevisto de España.»

Para repeler y aniquilar al invasor extranjero, que tiene ya encima, Artigas se considera con elementos suficientes, y sale a su encuentro, con una fe tan absoluta en las energías y en el triunfo de su pueblo, que uno llega a creer realmente que ese hombre es un alucinado.

Poco después de decir al Cabildo de Montevideo que, no viéndose enemigo alguno extranjero, el año 16 iba a ser el año feliz de los orientales, Artigas re-

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

cibe las noticias de la invasión que se preparaba contra él, y comienza a apercibirse a la defensa, impartiendo sus órdenes. En el mes de junio, él y el Cabildo de Montevideo denuncian al pueblo la inicua invasión; dan el toque de alarma, y llaman a todo el mundo a la defensa de la patria en peligro. El pueblo se levanta en masa y rodea una vez más a su caudillo. Éste le promete la victoria. Parece sentirse clarines en el aire, agitar de banderas, jadear de corazones.

Ya conocéis, amigos artistas, las proporciones formidables de la invasión portuguesa. La resistencia de solo el pueblo oriental contra ella era el secreto de la sombra. Chile sin San Martín; Colombia, Ecuador, el Perú sin Bolívar, eran incomparablemente más fuertes. El pueblo de Artigas, toda la Banda Oriental tiene 70.000 habitantes, entre hombres, mujeres y niños; de ellos van a morir 10.000 hombres, en el transcurso de cuatro años que durará la resistencia del héroe abandonado. En la última batalla que se librará, después de otras veinticuatro y de innumerables combates, todavía quedarán en el campo *ochocientos cadáveres de orientales*. Ved a esos hombres que aclaman a Artigas, cuando éste los llama, a mediados de 1816: son los que van a morir.

¡Oh sombras luminosas! ¡Vengativas sombras!

II

La irrupción portuguesa cae sobre el territorio oriental, desde todas sus fronteras, en agosto de 1816. Penetrará en Montevideo en 1817. El año, y casi el mes, de Chacabuco.

¡De Chacabuco!

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

Es preciso que sepáis lo que es ese *Chacabuco;* que os deis cuenta de este momento histórico, mis amigos artistas. Es el momento en que la revolución de la América Meridional, iniciada en 1810, después de verse casi sofocada por la metrópoli española, va a emprender el nuevo y definitivo empuje. Lima, sede del gran virreinato del Perú, es el baluarte que debe expugnarse. En los dos extremos equidistantes, en el Norte y en el Sur, brotaron, según lo vimos oportunamente, los focos de independencia: Venezuela, Nueva Granada, en el Norte; Santiago de Chile, Buenos Aires, Montevideo, en el Sur.

Venezuela y Nueva Granada, después de sus primeros triunfos, han caído y están de nuevo en poder de España; Caracas y Bogotá están sometidas materialmente; Bolívar se ha ido. Chile también queda tendido heroicamente en los muros de Rancagua; Santiago está sojuzgado desde 1814; O'Higgins está en Mendoza, de este lado de los Andes; Carrera va a recorrer el mundo, buscando elementos de revuelta.

Buenos Aires y Montevideo, ya lo sabéis: Buenos Aires, aunque derrotado en Sipe-Sipe, Vilcapugio y Ayohuma, no está sometido materialmente: los invencibles gauchos de Güemes han puesto a la invasión española, que viene del Perú, una barrera allá en el Norte del territorio; Artigas no ha podido acompañarlo, porque le han echado encima al portugués. Pero ya habéis visto que, moralmente, Buenos Aires está sometido, pues gestiona la coronación de un rey; quiere volver atrás. El mismo Güemes, reducido por Belgrano, ha aceptado, como sabéis, la idea monárquica. Quien no espera vencer, está vencido.

Sólo Artigas no lo está, ni moral ni materialmente; sólo él conserva íntegro, incontaminado, el espíritu

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

democrático de independencia, y la fe en la capacidad del pueblo argentino, oriental y occidental, para «salvarse con su propia energía», como dice a Güemes, para coronarse a sí mismo.

Mientras él va a lanzarse con esa bandera al encuentro de la invasión portuguesa, dos héroes reanudan la campaña contra la dominación española: Bolívar, con el pabellón venezolano, se mueve en el Norte; con él reconquistará a Caracas, cruzando los Andes australes; penetrará en Bogotá; refundirá a Quito en la gran Colombia; acudirá, por fin, al llamado de los que vienen del otro extremo del continente, acaudillados por San Martín.

Éste se hace sentir también, en esos momentos, en el Sur, en Mendoza, donde ha estado organizando prodigiosamente su ejército, obedeciendo a una inspiración propia, personal, que fué su gloria; pasará los Andes australes, reconquistará Santiago, subirá hasta Lima, se encontrará con Bolívar en Guayaquil.

Mirad, amigos artistas, esas tres banderas que parecen movidas por la misma ráfaga de viento: la de Bolívar, la de San Martín, la de Artigas. La primera lleva en sus colores el espíritu del héroe que la conduce, el espíritu volcánico de que os he hablado: es el ensueño grandioso, la creación inaudita, la gran Colombia, la confederación panamericana, la constitución empírica; es lo irreal, lo inconsistente; pero es la fe en la libertad del nuevo mundo, pese a las vacilaciones y quebrantos de aquel fulgurante espíritu.

La bandera de San Martín es la libertad contra España, la acometida sobre el cuartel real. El propósito negativo es fijo y grande: arrojar a España; pero el positivo es vago, vago cuando menos. El héroe de Chacabuco no es un estadista, ni mucho menos

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

un creyente de la fe americana; ha sido el brazo de Pueyrredón y del Congreso de Tucumán, y de la Logia que él mismo fundó con Alvear; de la Logia, cuyo fin, según lo dice López, era «acabar con el espíritu republicano (que para el pueblo era sinónimo de patria) y crear una monarquía sometida a un príncipe portugués, español, o al mismo Fernando VII, si, en último caso, no había otro medio de poner fin a los extravíos de la revolución de Mayo». Hay algo, sin embargo, que salva la memoria de San Martín: su respeto hacia Artigas. Él lo respetó, cuando los otros lo denostaban; se resistió a destruirlo. Creo que lo amó. En la tradición antigua, dice Emerson, se creía que ninguna transformación podía hacer que un dios no conociese a otro.

Mirad, por fin, y miradla bien, la bandera de Artigas, la tricolor americana por excelencia: lleva en sus colores la guerra contra Portugal; pero considerado como invasor extranjero a América. Ella representa, en primer término, la independencia oriental; pero identificada con la argentina y con la de todo el continente, es decir, con la soberanía del pueblo americano, opuesta al título de las monarquías europeas. Ese pabellón no es ni el escepticismo de San Martín, ni el idealismo poliforme de Bolívar; es la fe, el pensamiento equilibrado, la plena realidad futura, lo que hoy existe. No olvidéis, mis amigos, la frase de Artigas: «Nuestros opresores, no por su nación, sólo por serlo, deben ser objeto de nuestro odio».

Mucho se ha hecho, oh artistas, por desconocer ese espíritu de alas rojas que atraviesa, como un relámpago, el pabellón de Artigas. Vosotros tenéis que verlo, y verlo a la luz del fuego, para someterlo al fuego invencible.

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

Las banderas de San Martín y Bolívar van a dar al través con la dominación española en el mundo occidental, a lo largo de los Andes, desde el Orinoco y el Magdalena hasta la margen occidental del Plata. San Martín subirá victorioso, desde Chile hasta Lima; Bolívar bajará, triunfante también, hasta la sede del virreinato, desde Caracas y Bogotá, y se encontrará en Guayaquil con el primero. En esa entrevista, celebrada en 1822, terminará la gloriosa carrera de San Martín. Éste se retirará para siempre, y Bolívar terminará la obra. Será Bolívar quien, en 1824, en *Junín* y *Ayacucho,* dará el golpe de muerte a la dominación española; él será quien, respetando la voluntad del pueblo boliviano, formará una nación independiente del Alto Perú, que era provincia, no del virreinato del Norte, sino del de Buenos Aires, y que Buenos Aires consideraba propia, como el Uruguay y el Paraguay, a título hereditario, como heredero del rey.

¿Os dais cuenta, amigos míos, del significado de la bandera de Artigas, en la lucha con el portugués y con el Directorio de Buenos Aires?

Es la conservación, para la familia hispánica, del trozo de territorio español, que se extiende del Uruguay al Atlántico, nuestra tierra oriental; pero es, sobre todo, la última lucha heroica, en todo el virreinato platense, por la causa democrática republicana, es decir, por la verdadera independencia.

Artigas será vencido en el Sur, como lo fué Bolívar en el Norte al comenzar su obra; los desastres y los descalabros de Bolívar, sus impopularidades, sus derrotas, sólo son comparables a sus triunfos, a sus glorias, a las adoraciones de que fué objeto después. Artigas no pudo alcanzar los triunfos. En vez del mutuo auxilio de Bolívar y San Martín; en vez de la

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

unión de Venezuela y Colombia y Ecuador y Perú y Chile, para secundar el pensamiento volcánico del libertador del Norte, el pobre libertador del Sur sólo tendrá la común hostilidad de Buenos Aires y del portugués, y, más allá, el abandono; y, todavía más allá, la calumnia de la historia.

Hasta llegar la justicia de que vais a ser intérpretes, amigos artistas; hasta llegar el claro día de justicia que saldrá de vuestro mármol, inoculado de estas mis palabras.

Ahora comprenderéis, del todo, por qué os hago mirar, en este momento histórico, las banderas de Bolívar y de Artigas, entre las que flota la gloriosa de San Martín. Éste vence, en Chile y en el Perú, al enemigo exterior de la independencia del Plata; pero es Artigas quien vence al enemigo interior, en la misma patria de San Martín; es él quien, aun vencido por el portugués, forma la roca en que se estrellan y deshacen los planes de dinastías europeas en el Plata, mantiene el espíritu republicano en el pueblo argentino, y, al formar del oriental un solo bloque amasado con sangre, funda con él una patria, depositaria de una misión propia; hace de él un ser orgánico, imperecedero, hijo de diosa: la inmolación es madre divina.

Imaginaos, mis amigos, que San Martín, al regresar vencedor del Perú, dejando a Bolívar con su bandera americana en marcha hacia *Ayacucho*, halla en su país realizado el plan de monarquía tributaria que, de acuerdo con él mismo, desarrollaba Buenos Aires; imaginaos que Artigas ha aceptado las ofertas de Portugal, que, como lo hizo España, le brinda grados y bienestar, en cambio de la sumisión; suponed que, unido por fin a Buenos Aires, en vez de condu-

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

cir a su pueblo a la resistencia extrema, lo ha llevado a la resignación y a la aceptación de los planes diplomáticos; imaginaos, por fin, que, sobre esa base, se ha extirpado la anarquía y coronado, por fin, el rey del Plata y de Chile.

¿Se exigirá también de Bolívar que comparta esas sumisiones y acepte la solución del rey francés, o portugués, o español, que corone la logia de Buenos Aires, so pena de declararlo anárquico y lanzarse contra él, como contra Artigas, en unión de Portugal, o Francia o Inglaterra?

Yo no sé, mis amigos, si habré conseguido haceros comprender lo que dicen esos colores de la bandera de nuestro Artigas; no sé si os habré incitado a que los améis, cualquiera que sea el nombre de vuestra patria, como los amamos los orientales; pero yo os conjuro a que lo hagáis. Si esa bandera no es la grande reneguemos de la revolución de América.

Y vamos en pos de ese pabellón. Las horas luminosas tocan a gloria.

III

La invasión portuguesa hace irrupción por tres puntos del Norte del territorio oriental, rápida, simultánea, igualmente pujante. El general Lecor, barón de la Laguna, jefe de la expedición, penetra, con 5.000 hombres de las tres armas, por el Nordeste. Su punto de mira es Montevideo; va directamente hacia él por las costas atlánticas, por Santa Teresa, por Maldonado. Lo precede su vanguardia, 2.000 hombres escogidos, al mando del mariscal Pinto. La retaguardia, a las órdenes del mariscal Silveira, pe-

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

netra poco después por el centro del territorio, con 2.000 hombres, por Cerro Largo, en dirección a Minas, en línea convergente a las marchas de Lecor.

El marqués de Alegrete, gobernador y capitán general de la provincia limítrofe de Río Grande, coloca en el centro de ésta su cuartel, de donde enviará al teniente general Curado directamente sobre Artigas. Reforzará, en caso necesario, las otras dos expediciones y será el núcleo de los recursos.

Un ejército de 10.000 hombres, mandado por los más expertos generales del reino, circunda, pues, el Uruguay, desde las Misiones Orientales hasta Maldonado. Un plan de campaña largamente meditado, y a cuya ejecución concurren los mejores elementos, se desarrolla con precisión.

Es el momento de que Artigas nos demuestre si es realmente capaz de concebir un vasto plan militar. Ahí le tenéis, a caballo, solo, con la cabeza sobre el pecho, en el peñón del *Hervidero*. ¡Cuánta soledad! He ahí un hombre, un héroe.

Con apenas 8.000 hombres, mal armados, sin recursos, debe repeler la invasión. ¿Correrá en auxilio de Montevideo, a interponerse entre la capital y el formidable ejército de Lecor? Artigas no piensa en eso. Montevideo no es la capital del Estado; está desguarnecido, por otra parte, casi indefenso. Ya sabéis que Alvear, al entregarlo a sus dueños hace dos años, le arrebató todo cuanto pudo arrebatarle: cañones, pólvora, fusiles; recordad el retiro de su ejército, después de la explosión de los polvorines. Pero no por eso el general oriental prescinde por completo de esa plaza fuerte. El Cabildo, convencido de la imposibilidad de defenderla, consulta a Artigas sobre la conveniencia de demoler sus fortificaciones, para que no sirvan al

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

enemigo. «No, le contesta Artigas, revelando en eso las condiciones de un táctico; es preciso que los momentos sean muy apurados para la demolición de las murallas de esa ciudad; ellas imponen respeto, y entran, en razón de una fuerza positiva, en el cálculo del enemigo para superarla. Por lo demás, descuide V. S., que los portugueses no marcharán muy sin cuidado hacia ese punto, con la rapidez de nuestros movimientos.»

Como lo veis, Artigas, con una precisión que denuncia la claridad de su plan militar, sólo ve en la plaza de Montevideo un simple colaborador negativo de su defensa. Se limitará, pues, a entorpecer la marcha del grueso del ejército invasor, que hacia allá dirige toda su fuerza incontrastable. Para eso elige a Rivera, a quien ya conocéis, y a quien, desde el mes de enero, ha anunciado la posible invasión portuguesa, y a Otorgués, que también os es conocido. El primero tiene el encargo de salir, desde el Sur, al encuentro de la vanguardia de Lecor, que viene por la costa atlántica; el segundo debe atravesarse al paso de su retaguardia, que penetra, al mando de Silveira, por el centro, por Cerro Largo.

Artigas, con los principales elementos con que cuenta, realiza personalmente la magna idea, el alma de su plan primero, del que propuso a Buenos Aires en 1812, y de que Andrés Artigas es centinela avanzado en las Misiones: por el extremo septentrional, por el Norte y el Oeste, invade el territorio portugués, con la rapidez del relámpago; va al mismo corazón del enemigo, dejándole libres los brazos. Ése es todo el plan: hacer afluir allí sus principales elementos, y obtener de la audacia inaudita, de la sorpresa temeraria, del valor de sus hombres, en quienes tiene plena fe, lo que no

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

es humanamente posible obtener de los recursos militares, que Buenos Aires, poseedor de ellos, le negará, ni de las batallas campales en que, sin esos recursos, todas las ventajas estarán siempre del lado de las tropas enemigas, veteranas y ampliamente equipadas y provistas. Él no cuenta con las montañas de Güemes; las colinas del Uruguay son abiertas. No hay más defensa que el pecho de los caballos y el corazón de los hombres.

«Ese plan, dice el general Mitre en su *Historia de Belgranó*, era verdaderamente atrevido; bien desenvuelto, con mejores elementos y más pericia, pudo y debió dar sus resultados; era nada menos que el de Escipión el Africano: buscar la salvación de Roma en Cartago. Teóricamente considerado, agrega, haría honor a cualquier general. Era, no sólo atrevido en el sentido de la ofensiva, sino también prudente en el de la defensiva.»

No entraré a apreciar la exactitud del parangón con el Africano; pero es necesario que nos demos cuenta de ese juicio de Mitre, sobre el plan militar de Artigas. Con sólo haberse agregado que si Artigas no tuvo *mejores elementos* fué porque Buenos Aires le impidió siempre formarlos, ese juicio sería en un todo luminoso.

Vosotros, mis amigos artistas, conocéis al general Mitre; fué organizador de su patria, fué soldado bueno, fué historiador, hombre de letras, serio pensador, gran ciudadano; os aseguro que, si no es el primero, no es tampoco el segundo entre los hombres ilustres de la América contemporánea. Pero es necesario que sepáis que ese esclarecido varón, con ser el republicano fustigador de los planes insidiosos del Directorio, ha sido el sucesor del patriciado de Buenos Aires, la voz elocuen-

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

te, sobre todo, de aquel espíritu extraviado, ensimismado, que sólo veía la independencia en la conservación de la estructura del antiguo virreinato y en la sumisa disciplina de los pueblos al pensamiento y a la acción de la capital. Él ha creído, con la mayor buena fe, al revés de Sarmiento, que el Uruguay, el Paraguay y Bolivia no fueron, como la República Argentina, hijos emancipados de la madre España, sino desmembraciones de una supuesta patria argentina, determinada por las fronteras coloniales; y que todo lo que a esto se opusiera era anarquía, dispersión de fuerzas vitales, germen de muerte y no de vida. Es claro que jamás pensó en que quien más obstáculo puso a la formación de esa supuesta gran patria argentina fué precisamente Buenos Aires. Obsesionado por esa funesta idea, ha tenido que hacer ver en Artigas sólo la barbarie, la anarquía, la destrucción; lo ha presentado, pues, como a un genio infernal, pero como a un genio; lo ha fustigado con espada de arcángel, pero lo ha iluminado con ella.

Existe en la República Argentina un rival esclarecido de Mitre: Juan Bautista Alberdi. Debemos a éste los más grandes homenajes a Artigas que en parte alguna se le han tributado. Yo no los utilizo para vosotros. ¿Sabéis por qué? Porque he creído, con razón o sin ella, que el ilustre Alberdi se sirve de Artigas como de un recurso de política interna; que lo presenta grande, para que otros aparezcan pequeños. Y Artigas no debe servir para eso: no empequeñece a nadie; es grande *en sí mismo*, en la región de los iguales. No es, ni debe ser, un tema de controversia; es una evidencia: es lo que es.

Bien mirado, en nada aparece tan de relieve su grandeza como en la pasión enconada con que los historia-

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

dores de Buenos Aires han procurado apagar su nombre, borrar la historia oriental que os estoy enseñando, tapar el cielo con un harnero.

Al lado de Mitre figura otro famoso historiador, don Vicente Fidel López, hijo de don Vicente López, el ministro del Directorio, que ha escrito la Historia Argentina. Mitre y López han sostenido acaloradas polémicas sobre historia; pero han coincidido siempre en una cosa, eso sí: en el anhelo de destruir al héroe oriental. «Los dos, escribe Mitre a López después de una contienda, hemos tenido la misma predilección por las grandes figuras, y las mismas repulsiones por los bárbaros desorganizadores, como Artigas, *a quien hemos enterrado históricamente.*»

No parece una grande gloria esa que consiste en enterrar un bárbaro. Y sin embargo, esos dos ricos hidalgos se la reparten, y se la guardan en los bolsillos. Hay bastante para los dos. Y se reconcilian de sus agravios mutuos.

López es implacable; odia a Artigas *a priori;* porque debe odiarlo, porque es ley de su sangre. Escribe sobre él como poseído por un espíritu rencoroso, que le sopla fuego en los oídos y le lleva la mano; lo trata de malvado, de facineroso, de enemigo de la humanidad; le imputa muchos delitos, bien que no trate de justificar uno solo. Pero después de desahogar su ingénito rencor, dando demasiado crédito a su encono, entra un momento en sí mismo y vacila; comprende que lo que está diciendo puede no ser verdad, aunque debe serlo. No lo quiere borrar; pero, como es hombre bueno, tampoco quiere traicionar a sus semejantes. Y el buen prosista escribe en su libro esta interesantísima nota, refiriéndose a Artigas: «Es una regla elemental de la historia no dar

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

asenso a las apreciaciones que proceden de espíritus prevenidos contra los hombres de quienes se trata; y nosotros no tenemos la menor intención de negar que execramos la persona, los hechos y la memoria de ese funestísimo personaje de la nuestra».

Eso está bien dicho; son ésas unas honradas palabras; pero aquello de que todos son muy honrados y la capa no parece, se ocurre en este caso. El hecho es que esos ánimos prevenidos contra Artigas son los que, durante cincuenta años, han escrito la Historia del Río de la Plata. Y sus dichos, indignos de fe, según ellos mismos, han sido los únicos informes que, hasta hace muy poco, ha tenido todo el mundo sobre el asunto, el mundo americano inclusive. Una rencorosa conjuración se ha formado, como os dije al principio, contra la execrada memoria del grande hombre oriental, a quien ni siquiera se ha procurado *conocer*. Dice Carlyle «que el verdadero *conocimiento* es algo vivo, algo que abarca el objeto en su realidad toda, penetrándole hasta con el afecto. Para conocer una cosa, agrega, lo que se llama conocerla, hay que amarla, simpatizar con ella».

Yo no hago mías esas palabras, tal como suenan, pues en mí expresarían otra cosa de lo que significan en el original inglés; pero sí creo que, cuando se trata de un hombre extraordinario, sólo a fuerza de amor, efectivamente, sólo a fuerza de identificación de nuestra alma con la suya, nos es dado a los demás hombres conocerlo, es decir, adivinarlo, penetrar en su recóndito pensamiento, y aun más allá, si cabe, al través de la periferia nebulosa de los hechos de su vida.

Porque yo juzgo, mis amigos, que, así como no se debe temer atribuir a los grandes artistas, para com-

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

prender y gozar sus obras, un ideal que acaso ellos mismos no abrigaron jamás, así, para comprender a estos fundadores de patrias, para comprenderlos, estéticamente sobre todo, no debemos vacilar en atribuirles un ideal amplísimo y puro, aunque la demostración de que ellos lo percibieron con precisión, en toda su pureza y amplitud, no sea matemática. Tales pruebas objetivas son inaccesibles. No están en los papeles viejos, ni en los nuevos; están en nosotros mismos, en la proyección del héroe sobre nuestro espíritu predispuesto a amarlo, como los colores no están en las cosas, sino en la retina de los hombres.

Así se han formado todos los héroes, desde los semidioses.

Y si se nos dijera que, según eso, el Artigas que yo os inspiro es más un mito de mi fe patriótica que una figura histórica, creo que podemos desdeñar la imputación, sin el menor cargo de conciencia. Por más engañosa que sea la sugestión de la fe patriótica de un pueblo, siempre lo será muchísimo menos que la producida por los papeles o documentos en el espíritu de un hombre. Y sobre todo, mis amigos: por más inconsistente que sea la visión del amor, siempre será más real, más viva, más histórica que la del odio. ¿Imparcialidad decís? ¡Oh, imparcialidad! La imparcialidad de que suelen hablar los historiadores es uno de los nombres de la hipocresía.

Imaginad, según eso, cómo podrán penetrar en Artigas los que se reconocen poseídos por el demonio de la execración, enemiga implacable de la cualidad suprema en el historiador educativo: la magnanimidad.

El general Mitre no declara lo que López, sin por eso ser menos honrado. Ni tiene por qué declararlo.

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

Mitre no odiaba a Artigas; pero tampoco hizo ni podía hacer nada por amarlo, es decir, por conocerlo, lo que se llama conocerlo, según el concepto del inglés. Él amó y conoció a Belgrano; también a San Martín; los creó, los *reengendró* para su patria, e hizo bien. Que no es otro el objeto primordial de la historia: cultivar el *sentimiento racional* de la Patria; *racional*, entendámoslo bien. La Patria es, ante todo, una historia conocida y amada en común; un conjunto de imágenes y afectos engendradores de una noble pasión colectiva. Pero ese Mitre, estrechando su criterio, llegó a creer, en mala hora, que aquellos sus amores excluían necesariamente el de Artigas, en el que alcanza a ver, sin embargo, por fin, *un mito*, según lo declara expresamente, *una esfinge* que no descifra. Vió malo a Artigas, por la obligación de ver buenos a los otros; y esa lógica traidora lo hizo formar en la conspiración histórica, a pesar de que, en muchas circunstancias, se siente arrastrado a la simpatía hacia el salvador de la democracia en América. Al encontrarse con las gestiones de García, Mitre no puede dejar de decir con noble despecho: «El mismo Artigas representaba un principio más trascendental que García»; su fuerza, aunque la supone bárbara, «era una fuerza vital, cuya pérdida debía debilitar el organismo argentino».

«Esa política tenebrosa, agrega, no resolvía ningún problema de la revolución; sacrificaba el porvenir de la República a los miedos del momento, y, realizada, enervaba, por una serie de generaciones, las fuerzas de un pueblo independiente y libre, degradaba el carácter nacional y hasta renegaba de la propia raza.»

El ilustre historiador no pensaba, sin duda algu-

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

na, cuando tal nos dice, en que esa política tenebrosa no era sólo de García, sino de Alvear, y de Álvarez, y de Pueyrredón, y de Rivadavia, y del Congreso de Tucumán, y de todos... de todos, menos del pueblo argentino, eso sí.

Era preciso, sin embargo, debelar a Artigas, y, para ello, era menester hacer callar los papeles indiscretos. Hoy los tales papeles reaparecen y rompen a hablar; se leen los que están saliendo de todas partes, inclusive los que Mitre poseía y no utilizó, y una duda penosa asalta al espíritu; se había ocultado mucho... aún se oculta quizá... y lo ignorado u oculto no era contrario, ciertamente, a la figura histórica del Jefe de los Orientales. Seamos magnánimos, amigos artistas; creamos, todo cuanto sea posible, en la honradez de los hombres. Bien sabéis, por otra parte, cuán poco respeto me inspiran a mí los papeles, tanto los viejos como los nuevos; hay empresas muy buenas que suministran, a precios razonables, *toda la documentación* para cualquier asunto histórico; para el pro y para el contra; hay papeles para todo. Lo que no puede venderse es la proyección de los hechos en los espíritus privilegiados, y, menos aun, su expresión sincera y perdurable, que es la que se hace bronce, la que calienta el mármol.

Mitre ha sufrido congojas, indudablemente, en esos momentos en que Artigas se aparecía colosal a sus ojos: tenía que cerrarlos. Los árboles le ocultaban el bosque, según la repetida frase alemana.

La sombra de San Martín, la de Belgrano, la de muchos próceres de Mayo ¡muchos! se han interpuesto entre sus ojos y el héroe oriental. ¿Qué sería de esas sombras si Artigas no fuera un bárbaro, y resultara realmente un héroe, y acaso *el héroe*?

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

Era un error, un funesto error. Esas figuras venerables pueden coexistir, y coexistirán, cada cual en su nube: hombres y dioses; hombres grandes, y dioses pequeños.

Algún día los argentinos todos reclamarán a Artigas como la más alta de sus glorias.

Y ese día seremos libres en el pensamiento y en el corazón.

Comprenderéis ahora, mis artistas, lo que significa el juicio de Mitre sobre el plan militar de Artigas. Y sin embargo, el ilustre general no ha penetrado plenamente en el pensamiento del héroe. Ha visto en su plan sólo un plan militar: imposibilitar la invasión portuguesa por el Norte; amagar por la espalda la del Este; conservar el dominio continuo de la parte más importante del país oriental, manteniendo libres sus comunicaciones con el occidental; dominar el río Uruguay y cubrirse con la barrera del río Negro, etc., etc. Es verdad; todo eso se ve en el plan de Artigas, y nadie más autorizado para hacérnoslo observar que el general Mitre, tan dado, en sus libros de historia, a la crítica científica de las operaciones bélicas.

Pero ni Mitre ni nadie ha observado, hasta ahora, que ese plan que Artigas pone en ejecución, en este momento, es el que ha estado en su visión tenaz desde el instante en que se resolvió a levantar a su pueblo e incorporarlo a la revolución de Mayo, como núcleo de su espíritu; desde el en que se retiró del segundo sitio de Montevideo especialmente. Vosotros lo vais a comprender. Artigas sabía desde entonces, y aun desde mucho tiempo atrás, que, en definitiva, el enemigo inmediato de su Patria Oriental tenía que ser el que iba a

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

venir de la frontera del Norte, el portugués, animado de su ambición secular; sabía que allá, en el Norte, estaba su campo de batalla. Recordad, mis amigos, recordad bien que Artigas, al realizar el éxodo del pueblo oriental, en 1811, miró con luminosa intensidad hacia el Paraguay, hacia la provincia hermana del Norte, limítrofe con los dominios portugueses; se dirigió a su gobierno, tributó a ese pueblo los más expresivos homenajes, buscó su alianza por todos los medios, su incorporación a la obra común. Recordad, os lo ruego con grande empeño, que, en las instrucciones que dió a los diputados orientales el año 13, les impuso que exigieran expresamente, en la Asamblea Constituyente, la inmediata reivindicación, por cualquier medio, del territorio de las Misiones Orientales ,que se da la mano, allá en el Norte, con el territorio paraguayo, y que estaba injustamente poseído por los portugueses. Es preciso que recordéis también que, en 1814, cuando se retiró del sitio de Montevideo, lo primero en que pensó fué en mover sus caudillos del Paraguay, y que, en 1815, después de arrojar a Buenos Aires de la Banda Oriental, y cuando predominaba en las provincias occidentales, Artigas insistió, como presa de una obsesión, en sus planes sobre el Paraguay. No olvidemos, por fin, la predilección del gran caudillo por su capitán indígena Andrés Artigas, a quien ha colocado en las Misiones, no sólo para estar allí alerta contra el portugués precisamente, sino para suscitar y apoyar, si es posible, la rebelión del pueblo paraguayo contra su tirano Rodríguez de Francia.

Imaginad, como entonces dijimos, que Artigas consigue su propósito; suponed que la invasión al territorio portugués, que ahora realiza, es ejecutada, no

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

sólo por sus casi inermes soldados, sino por todo el pueblo paraguayo, unido al oriental y a las provincias argentinas septentrionales; supongamos que éstas no son hostilizadas y aniquiladas por Buenos Aires en odio a Artigas, sino dejadas siquiera en libertad. Sólo así comprenderéis la extensión del plan genial de Artigas y sus consecuencias en la América austral. El mapa de ésta sería hoy muy distinto de lo que es, como una vez lo dijimos; el lote de la familia lusitana estaría muy reducido, sin dejar por eso de ser magnífico; muy aumentado el de la hispánica, oriental y occidental, sin duda alguna; y mucho el del Paraguay. Si Artigas, con sólo el pueblo oriental, y hostilizado por Buenos Aires, estuvo a punto de triunfar del portugués, y logró resistirle durante cuatro años, ¿qué no hubiera hecho con la alianza del pueblo paraguayo allá en el Norte, y sin la hostilidad, cuando menos, del hermano occidental? ¿Qué hubiera conseguido la misma expedición española que se proyectaba, si Artigas le hubiera opuesto esas legiones fascinadas?

No pudo ser. Buenos Aires no lo quiso; prefirió las soluciones diplomáticas a las heroicas; prefirió aniquilar a Artigas. Y el dictador Francia le miró de lejos, encerrado en su guarida. Francia y Buenos Aires estaban en eso de acuerdo.

Pero hay otra idea madre, que vemos clarísima, en ese plan de Artigas, los que, por la admiración y el afecto, penetramos en las honduras de su pensamiento. Ésa no ha sido percibida por Mitre, no podía éste percibirla.

Artigas, con su arremetida temeraria desde el Norte, desde su capital genuinamente americana, sobre el territorio del invasor portugués, al que casi

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

abandona la capital colonial, busca obtener un triunfo augural, que no sólo quebrante al invasor, sino que permita al Jefe de los Orientales imponerse con su pueblo a Buenos Aires. Y ¿queréis que os diga más? imponerse al mismo Montevideo. Artigas quiere y espera triunfar con los elementos populares incontaminados, «con sus propios esfuerzos», dice a Güemes. Sólo así salvará la patria, salvando con ella la democracia.

Pero los elementos patriotas de Montevideo, me preguntaréis vosotros, ¿no son los mismos que los que rodean a Artigas? Os lo debo decir con franqueza: no, no lo son unánimemente, y Artigas lo sabe muy bien. Hay allí hombres de fe firme, que pronto irán a reunirse al profeta; pero también los hay de poca fe, análogos a los del patriciado porteño, que sólo creerán en aquél si ven milagros. Esos hombres ya han comenzado a manifestar sus temores ante la invasión formidable, a buscar la salvación en la sumisión a Buenos Aires, en la atenuación de la fibra artiguista, en borrar de la bandera la franja roja diagonal, trazada por la espada del héroe para que no quepan en ella *jeroglíficos* extraños.

Artigas quiere hacer los milagros que son necesarios para conservar la totalidad de sus fieles y la integridad de su bandera.

Y a eso va al territorio enemigo: a jugar el todo por el todo. Él sabe, tanto o más que sus compatriotas vacilantes, que, siendo la solidaridad o el mutuo auxilio la ley de la revolución americana, no es humanamente posible conseguir la independencia de la Banda Oriental sin su alianza con la Occidental; pero también está firmemente persuadido de que esa alianza en pro de la verdadera independencia, que es la

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

democracia, sólo se obtendrá, de los directorios de Buenos Aires, imponiéndola por la victoria del verdadero pueblo argentino, oriental y occidental, que él acaudilla. Él, como lo habéis visto en su carta a Güemes, se sabe el profeta, el depositario del divino mensaje; siente una verdad viviente que se mueve en sus entrañas, y se encierra en sí mismo con su visión; se queda solo con ella. Su bandera es el fin; la alianza, o el auxilio de Buenos Aires, el medio de hacerla triunfar. No ha de sacrificar el fin al medio; no aceptará alianzas o auxilios impuestos por el miedo o la necesidad, y obtenidos a trueque de la sumisión del pueblo a las resoluciones secretas de los sanedrines. Eso es la muerte, no es la vida.

Lo veréis, pues, reclamar auxilios a Buenos Aires, en nombre del pueblo argentino, una y diez veces, pero pedirlos con altivez, y hasta con amenazas, aun en los momentos supremos. Los exigirá como el cumplimiento de un deber para con la América, jamás como una limosna en cambio de la dignidad del pueblo oriental, a quien a todo podrá condenarse menos a no morir. Entonces lo veréis rechazar esa limosna, y preferir a ella la muerte. Y oiréis de su boca las palabras más altivas que han sonado en boca de libertador alguno: «*No venderé el rico patrimonio de los orientales al bajo precio de la necesidad*».

Ese *patrimonio de los orientales* es algo más que el territorio: es la gloria de ser el núcleo de la democracia, de la patria republicana, y la víctima inmolada a esa diosa del porvenir.

. . . . . .

Se lanza solo a la invasión temeraria; va a buscar, para imponer su evangelio, el milagro heroico.

Pensad mucho en esto que os digo, mis artistas,

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

porque estamos penetrando, cada vez más, en la región del pensamiento del héroe; estamos en el centro de su espíritu, y debemos acercarnos, y penetrar en él, con el recogimiento del que franquea una sagrada puerta, y oye voces de sombras fugitivas. Aquí debéis percibir las musicales vibraciones de ese espíritu singular, su ajustamiento a la universal armonía, el equilibrio misterioso que le imprime su estabilidad imperturbable. Todas las apariencias pasarán sobre él, como nubes o aluviones; él, la sola realidad, reaparecerá entre las tinieblas que se disipan, o entre las aguas que bajan.

Artigas no realizará el milagro heroico; caerá, al parecer, ante la invasión portuguesa; pero veréis reaparecer su pensamiento, hasta cuajar, algunos años más tarde, en la nueva patria. Artigas se pondrá en su crepúsculo; se hundirá en la noche germinal. Es en el silencio de las noches donde se consuma el misterio de la vida, al que acompañan las angustias y los dolores sin nombre.

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

CONFERENCIA XIX

LA INMOLACIÓN

SANGRAN LAS ESTRELLAS. — GEOGRAFÍA DE LA GRAN CAMPAÑA. — EL URUGUAY Y EL PARANÁ. — LAS MISIONES ORIENTALES Y LAS OCCIDENTALES. — ANDRESITO. — HORA SOLEMNE. — EL PRIMER CHOQUE. — SITIO DE SAN BORJA. — SOTELO Y CHAGAS. — IBIRACOY. — INDIA MUERTA. — CORUMBÉ. — PABLO PÁEZ. — CASUPÁ. — SORPRESA DEL ARAPEY. — BATALLA DEL CATALÁN. — VISIÓN DE LA VICTORIA. — EL DESASTRE. — LA GUARDIA VIEJA DE LOS GAUCHOS. — IRRUPCIÓN DE CHAGAS. — DESTRUCCIÓN DE LAS MISIONES OCCIDENTALES. — EMBAJADAS DE VEDIA Y DE DURÁN Y GIRÓ. — «NO VENDERÉ EL PATRIMONIO DE LOS ORIENTALES.» — LECOR EN MONTEVIDEO. — EL GENIO INFERNAL. — EL PRIMOGÉNITO DE AMÉRICA. — LA HIJA DE LOS HOLOCAUSTOS.

I

Amigos artistas:

Penetremos en la noche estrellada, pero dolorosa, de cuyas alturas descienden los silencios. Las estrellas son todas de color de sangre, y ante ellas cruzan largas procesiones, mudas de toda luz.

Artigas pone en ejecución el plan de que hemos hablado largamente; pero lo hace sin conocer el género de endriago con quien va a combatir.

No os daría cuenta exacta de sus operaciones, si, a fin de trazaros con la mayor simplicidad el teatro

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

de ellas, no os invitara a tomar una vez más la carta geográfica que nos sirve de guía, para haceros ver ese río Uruguay, que corre de Norte a Sur, que viene desde allá arriba, desde el Brasil, para desembocar en el Plata, y marcaros, más al Oeste, ese otro río, el Paraná, que corre paralelo al primero, y se une a él en el estuario del Plata, en que ambos se derraman para entrar al Atlántico. El primero de esos ríos, el Uruguay, es el que nos sirve de relación, cuando hablamos de los estados *Oriental* y *Occidental;* éstos son los que están *al Oriente y al Occidente del Uruguay y del Plata.* A mano derecha está la Banda Oriental, la patria de Artigas propiamente, que sólo sube por esa margen, hasta la altura del *Cuareim,* tributario del Uruguay. Al Occidente, entre el Uruguay y el Paraná, está la región litoral de la patria occidental, que sube, por ese lado, mucho más arriba que la oriental: allí están la provincia de Entrerríos, a Sur, frente a la Banda Oriental; más al Norte, la de Corrientes, limítrofe, Uruguay por medio, con el territorio del Brasil; y más al Norte todavía, el territorio de las Misiones Occidentales, poseídas hoy por los argentinos, que tienen enfrente, del otro lado del río, las Orientales, poseídas por los portugueses desde 1801, y no recuperadas.

Detengámonos un momento a darnos cuenta, porque es preciso, de eso que llamamos *Misiones Orientales y Occidentales del Uruguay,* y de cómo y por qué las primeras se extienden hacia el Norte mucho más que las segundas. Esos territorios, hasta la misma altura de uno y otro lado del río, formaron parte indiscutiblemente del dominio español en América, y debieran formarla, aun hoy mismo, del territorio de los estados de lengua española, ya que los límites de

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

las antiguas metrópolis han servido de frontera a los estados americanos. Artigas, como lo hemos dicho con insistencia que parece cargosa, sentía eso con gran intensidad; la «Patria Oriental», el «Patrimonio de los Orientales» que él veía era grande también materialmente: medio millón de kilómetros en región privilegiada.

En todo ese territorio, tanto el oriental como el occidental del Uruguay, se fundaron las célebres Misiones jesuíticas, misiones españolas, cuyos doctrineros fueron expulsados, como sabéis, en 1767, por el rey Carlos III, y cuyas hieráticas ruinas, de un estilo arcaico original y primitivo, son todavía testimonio de aquella colosal tentativa de salvación de una raza. En la época de nuestra historia quedaban aún, en la margen oriental del Uruguay, los *Siete Pueblos*, el principal de los cuales era *San Borja*, habitados por los últimos indios, condenados al exterminio.

El enemigo de esas reducciones fué siempre el portugués. Defenderse de sus irrupciones fué la brega patriotica de los indios reducidos; tal fué para éstos la tradición nacional, cultivada allí por Artigas con pasión. Los portugueses pugnaban por poseerlas con todo el territorio oriental; llegaron, como sabéis, hasta la Colonia, y hasta el mismo Montevideo. Fueron, por fin, desalojados de todo este territorio, entre el Uruguay y el Atlántico; pero, al iniciarse la revolución de la independencia, se encontraron aún, de hecho, en posesión de las Misiones Orientales, gracias al golpe de mano de un aventurero audaz, que las conquistó, en 1801, para los portugueses, y a las inteligentes gestiones de éstos ante la Santa Alianza. Los habitantes de ellas veían en éstos a sus dominadores injustos, se consideraban parte integrante de

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

la región oriental española, y, sin la guerra de que fué objeto Artigas por parte de los directorios de Buenos Aires, aliados a Portugal, esa región formaría hoy parte de la familia hispánica independiente.

El héroe ejerce, pues, su dominio, al Oriente del Uruguay, sólo hasta la parte media de éste, que es donde recibe sus más importantes afluentes de la región oriental: el río Negro, el Queguay, el Daymán, el Arapey: el Cuareim, por fin, que es el límite superior. No le es dado subir más arriba; ni a las Misiones Orientales, ni siquiera al río Ibicuí, gran afluente septentrional del Uruguay. Todo eso está incorporado a la provincia portuguesa de Río Grande del Sur, y es todo eso lo que el vidente caudillo considera parte integrante de la región hispánica, y ha pensado siempre en reivindicar, como legítima herencia de su patria, que él custodió desde la época colonial.

Pero hemos visto que Artigas, además de la autoridad que tiene sobre la región oriental, ejerce su protectorado sobre la occidental, sobre la provincia de Entrerríos, y sobre las de Corrientes y Misiones Occidentales, separadas sólo, como sabemos, por el río Uruguay, del territorio detentado por los portugueses. Él es quien ha reconquistado ese territorio occidental de Misiones para las provincias del virreinato español; él, quien lo ha deslindado, haciendo respetar por el estado del Paraguay la frontera del río Paraná, que lo separa del argentino; él, por fin, quien, por órgano de su capitán Andrés, ha cultivado en aquella población indígena, como hemos visto, el sentimiento de nacionalidad, simbolizado en su bandera tricolor, y formado el ejército que ahora, en el momento esperado, va a llamar a las armas, en defensa de la patria común contra el común enemigo.

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

II

De ahí, pues, de la Banda Occidental, de Entrerríos, Corrientes y las Misiones, tiene que partir la contrainvasión al territorio portugués, la reconquista de los Siete Pueblos, base del plan militar de Artigas, combinada con la que éste llevará desde el Norte de la Banda Oriental. El experimentado capitán imparte al efecto mandatos premiosos y reiterados a su teniente Andrés Artigas, para que, sin pérdida de momento, y sin esperar el ataque del portugués, vadee el Uruguay, al Norte del Ibicuí, y caiga de sorpresa sobre las Misiones Orientales, amenazando así, por retaguardia, la invasión que penetra en el territorio oriental. Al examinar esas órdenes, continuación de las preparatorias que le hemos visto dar a su capitán misionero durante largos meses, uno se convence, amigos artistas, de que Artigas no se había imaginado las proporciones de la invasión que estaba sobre su cabeza. Él se había precavido contra una tentativa de aventurero, análoga a la de 1801, más o menos audaz o vergonzante; pero no contra una guerra de conquista, abierta y sin declaración alguna, y mucho menos contra la alianza del invasor con el hermano. Aquel «*secreto, secreto, secreto*», pues, que García recomendaba como primera condición de su empresa, ha sido guardado en Buenos Aires, en Tucumán, en todas partes, con solícito cuidado. Las órdenes que vemos impartir a Artigas para Sotelo, Berdún, Tomás Yegros, que deben moverse sin tardanza en combinación con Andrés y a sus órdenes; la precisión que recomienda en la ejecución de su plan estra-

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

tégico; la altivez, sobre todo, la seguridad con que promete la victoria a sus bravos, inspiran un respeto sólo comparable al desprecio que el alma noble siente hacia aquella conjuración aleve y cobarde.

«Constancia y esfuerzo, dice Artigas a su heroico capitán indígena; constancia y esfuerzo, que éste es el último golpe que va a coronar nuestros trabajos y el triunfo de la libertad...» «A los diez y siete días desde esta fecha, le escribe el 25 de agosto, deben abrirse las hostilidades contra Portugal; cumplido ese término debe usted cruzar el Uruguay y atacar San Borja, continuando sus marchas hasta libertar los pueblos de Misiones.»

He aquí, pues, el momento en que Andrés Artigas va a entrar en acción; es el caso de conocer detenidamente la simpática figura del indio capitán. Este Andrés Artigas es una especie de criatura mitológica. Su nombre era *Andrés Guacurarí;* le llamaban, y le llama la historia, *Andresito.* Nada más intenso, nada más estético que ese joven capitán del padre Artigas. Es un indio americano, un ejemplar genuino de la doliente raza que se fué. Su historia es un poema primitivo que espera su rapsoda. Nació en esas *Misiones Orientales* que va a reconquistar, y donde recibió de los Padres misioneros la primera educación, bastante adelantada, por cierto: escribía bien, redactaba con corrección, raciocinaba con claridad. Quedó muy niño cuando murió su padre; él se despidió de su madre, y se fué por el mundo. Se fué con toda la melancolía de su ambulante raza, que parece sin destino sobre la tierra.

¿A dónde va el joven indio?...

Yo he pensado muchas veces en el misterio psico-

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

lógico de ese muchacho de pequeña talla, de tez cobriza, de pómulos salientes, de ojos negros, en que brilla una lámpara noctámbula. Me parece un pájaro crepuscular de una gran bandada migratoria. Era inteligente, pero vivía en la noche de su raza. Se encontró solo en presencia de la naturaleza misteriosa; había recibido de los misioneros los principios cristianos, y los amaba con gran devoción; sabía de vagas predestinaciones; miraba largamente al cielo, y pensaba en los destinos de su estirpe moribunda; creía en los ángeles y en los arcángeles tutelares. Él también se sintió profeta y lo era: profeta tributario. Oía un mensaje, que alguien decía en la obscuridad; pero no veía el camino sobre la tierra, envuelto como estaba en su propia niebla.

Cuando, en 1811, Artigas, que conducía a su pueblo en el éxodo, apareció por el Ayuí, el joven indio vagabundo se acercó a él, como Ariel y Calibán a Próspero en la isla de los encantos.

Era Ariel, la amable visión cautiva, genio del aire.

¿Qué vió en Artigas?... Desde aquel momento creyó percibir un camino iluminado, un destino en su vida; entrevió una patria, una tierra prometida, una libertad, para sí y para su estirpe. La tierra prometida es siempre aquella en que no se está. Andresito halló en la lucha por ese vago ideal un empleo a las misteriosas actividades heroicas, hasta entonces sin objeto, que sentía en el fondo de su alma, hendida por el rayo; es el *Espartaco guarany*. Veneró en Artigas al profeta de esa revelación, y lo consideró cosa sagrada y poderosa. Ese fué el móvil, más o menos confuso, de todos esos indios que, en pos del héroe, lucharon por la patria, y de que Andresito es el molde escultórico. Es más que un héroe: es el heroísmo

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

de una raza agonizante que, como el anciano que planta un árbol frutal, ayudó a fundar una patria que no había de gozar. Y lo hizo obedeciendo a una ley, no del individuo, sino de la especie; la ley de universal germinación y de constante depuración en la muerte y por la muerte. Yo he diluído mucho de todo esto en mi poema *Tabaré*, que es apenas un esbozo de algo que yo tenía no sé dónde. No lo he puesto todo, estoy seguro. ¡Queda tanto en el alma después de decirse todo! Si así no fuera, el artista moriría en su obra como el gusano de seda. Algo debe haber en *Tabaré*, sin embargo, de lo que os digo sobre Andresito, y lo que os dije, en otra lección, sobre los indios de Artigas. Este problema es hondo y lleno de voces, como un mar que se oye y no se ve.

Yo no sé cómo miró Artigas a Andresito, cuando éste se le presentó. Mi imaginación crea la escena; ve muchas cosas tenuísimas: los ojos azules de Artigas en los negros de Andresito. Pero yo no os diré lo que pasa en mi imaginación, ni hay para qué; basta que excite la vuestra, haciendo llover mis palabras sobre vuestro corazón sembrado de semillas musicales.

El hecho es que Artigas cobró tal afecto a aquel indio caminante, que lo adoptó por hijo; le dió su nombre: Andrés Artigas. Por eso se llama Andrés Artigas. Yo atribuyo un gran significado, y espero que vosotros se lo daréis, a esa adopción de un indio por el padre de la Patria Oriental. Recordad que Washington no mandó indios. Artigas hablaba el guaraní, el idioma americano. Ya hemos hablado de eso más de una vez. Me perdonaréis mis repeticiones u obsesiones.

Andresito fué su capitán; fué también su gobernador en las Misiones Occidentales y en la provincia de Corrientes.

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

El estudio de este indígena en el desempeño de sus funciones nos ofrecería la ocasión de darnos cuenta del medio ambiente social de aquellos pueblos; pero ese estudio no cabe aquí. Bástenos con recordar que aquellas sociedades eran entidades embrionarias, algo así como el *légamo del caos,* el *sagrado fango,* con que, al decir de Esquilo, modelaba Prometeo las estirpes de que fué libertador.

Artigas en el Plata, más aun que Bolívar en el Norte, según lo dijimos antes, fué el incubador de aquel pujante embrión; lo estudiamos ya como educador, como consejero, como maestro; lo vimos inculcar a este Andresito la virtud sobre todo, la caridad, el anhelo de hacerse amar más que temer, la obligación de ser «ejemplo de virtudes» para ser legítima autoridad. Pero Artigas no era un dios; no podía consumar con una palabra la transformación de la raza, ni modelar hombres de arcilla, ni estar él en todas partes. La vibración de la vida había de ser *inmanente;* de los bárbaros sicambros tenían que brotar los Clodoveos.

Este Andresito de que hablamos es el tipo y ejemplar de la molécula fecundada por el espíritu creador. Por eso lo he llamado *Ariel,* el genio bueno del aire, que, cautivo del Mago, pone a su servicio y somete al conjuro de su palabra los elementos rebeldes y poderosos; es el orden primitivo.

El inglés Robertson, de quien ya hemos hablado, conoció mucho en Corrientes al indio capitán. Andresito, dice, era un hombre de muy buen corazón, y mucho más instruído de lo que podía suponerse. Robertson nos presenta a ese indio como el ordenador del caos. Sus soldados, desnudos, hambrientos, andan por allí como fieras domesticadas, convertidas en corderos. De tal suerte impone Andresito allí, según

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

se lo ordena Artigas, su autoridad protectora de la sociedad, que, en siete meses que duró su gobierno, «sólo se cometió un robo en la ciudad de Corrientes», dice el inglés comerciante.

El siguiente episodio, que también nos cuenta Robertson, nos hará conocer el carácter del hijo adoptivo de Artigas, con mayor precisión que todos los informes.

Un caudillo correntino, Bedoya, abraza la causa de Buenos Aires, y se alza contra Artigas, en la ciudad de Corrientes, de que se apodera. Andresito es enviado a sofocar la revolución, al frente de setecientos indios. Vence a Bedoya y recupera la ciudad, después que aquél ha sacrificado bárbaramente un pueblo entero de indígenas, que no quisieron abandonar la fe artiguista.

La ciudad de Corrientes espera consternada las represalias del vencedor. Andresito tenía consigo doscientos indios niños, que habían sido arrancados a sus madres por los correntinos, y a quienes él había rescatado. Pero al libertar a éstos, el caudillo había arrebatado, a su vez, un número igual de hijos de las mismas familias, que tenían como esclavos a aquellos niños indígenas.

¿Qué iba a hacer con esos sus inocentes prisioneros el capitán de Artigas?

Oigamos a Robertson: «Después de una semana de cautiverio, hizo reunir a todas las madres correntinas, que estaban en una situación desesperante; les habló de la crueldad y de la injusticia con que trataban a los pobres indios, y, sacando partido de las angustias que ellas acababan de pasar, les dijo: «*Llévense a sus hijos; llévense a sus hijos... cada una el suyo... pero recuerden, en adelante, que las madres indias tienen también un corazón*».

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

Se cree estar leyendo, ¿no es verdad?, una página de la Biblia: la vida en los desiertos idumeos, el sacrificio de Isaac interrumpido por el ángel, el juicio de Salomón en la disputa de las dos madres.

Ese es el carácter de esta figura, que parece de un pasado remotísimo, y que se ofrece, como muy pocas, al poema intenso. El poeta del porvenir se encontrará con ella, y hallará su forma homérica.

Sí, es un héroe ese pobre indígena que luchó por nuestra patria, y murió, rodeado de soledad dolorosa, envenenado—dicen algunos—en un calabozo de Río Janeiro. Esa soledad está cantando en mi memoria un largo nocturno sinfónico, que se diluye en la distancia. Así murió toda su raza: sola, sin quejarse, acaso envenenada, como una fiera en el bosque, lamiéndose las heridas, y mirando lejanías infinitas, y dejándonos su tierra, legándosela a la raza nueva. Yo veo la sombra de Andresito, sentada en la cumbre de una colina solitaria de mi país y envuelta en sus alas de *carancho* o pequeño halcón americano; alas largas y finas, como velas de barcos aéreos ligerísimos, que se disuelven en el misterio de las transparencias.

Y volvamos a la invasión portuguesa, y a la ejecución del plan de Artigas contra ella.

III

Cuando Andresito recibe la orden premiosa de reconquistar sin demora sus Misiones Orientales, se cree movido por un agente supernatural: Artigas lo quiere. Él devolverá la patria a los indios; él los hará ciudadanos; él es, el solo que los ama. Andresito cruza el

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

Uruguay, como un arcángel de pómulos salientes, y de melena y ojos negros; se hace preceder en el territorio misionero por un emisario o precursor de su misma raza, Curaeté, que anuncia su próxima llegada, y predica su mensaje de libertad. En éste, Andresito, comparándose a Moisés, libertador de los hebreos sojuzgados, convoca a sus hermanos a las armas, en nombre de Dios y de la libertad; los incita, los conmina, los llama a la lucha contra el portugués, que, desde 1801, les detenta su sagrada tierra; les promete el apoyo de las armas orientales; les pronuncia el nombre de Artigas, el armipotente que vendrá, que está ya cerca.

La palabra alucinada del precursor sacude el espíritu de aquel pueblo primitivo, que lo escucha atónito. Todos se levantan a esperar a Andresito. Cuando éste llega, después de cruzar el Uruguay, más arriba del Ibicuí, el pueblo misionero afluye a él; las milicias de la frontera desertan y se pasan a sus filas. El caudillo, cumpliendo la orden de su general, se dirige al pueblo principal de las Misiones, San Borja, guarnecido por 500 hombres, que comanda el brigadier Chagas. Éste envía a reconocerlo una fuerza de 300 jinetes, que es arrollada. El hijo de Chagas, portaestandarte, muere en el choque. Andresito encierra al enemigo en San Borja, al que pone sitio, disponiéndose a asaltarlo inmediatamente. Es Josué, que va por la tierra prometida y asalta a Jericó.

Entretanto, el comandante Sotelo, que debe incorporarse al sitiador, ha partido de Entrerríos con tanta rapidez como aquél; todo el éxito de esta operación depende de la rapidez; la sorpresa debe suplir la inferioridad de recursos.

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

Desgraciadamente, aquélla no pudo realizarse. Interceptadas algunas comunicaciones de Artigas, el marqués de Alegrete se ha dado cuenta del plan de éste, y ha enviado contra él al teniente general Curado con fuerzas considerables. Curado ha acudido a los dos ataques que tiene enfrente: a Andresito, que cae del Norte, desde las Misiones, y a Artigas y sus capitanes, que suben del Sur, desde la línea de Cuareim, en combinación con el ataque de aquél. Destaca al teniente coronel Abreu hacia el Uruguay, para impedir la junción de Sotelo y Andresito, y batirlos en detalle, y, al mismo tiempo, con nuevos refuerzos que recibe, envía el grueso de sus soldados, al mando del brigadier Mena Barreto, contra Artigas, sobre el Cuareim. Éstos chocan primeramente con los jefes avanzados Gatel y Berdún, y, por fin, con Artigas mismo.

Todos estos choques, y los que en el mismo tiempo tienen Rivera y Otorgués, en el Sur y en el centro, contra la vanguardia y retaguardia de Lecor, que avanza hacia Montevideo, son simultáneos; tienen lugar casi en el mismo instante.

Estamos, pues, en una hora solemne y grandiosa, en que se libra un combate formidable y decisivo, desde las Misiones Orientales hasta las costas atlánticas. Es una hora de lucha desigual, de emulación heroica, de riego de sangre; es la hora del milagro que busca Artigas. Son diez, veinte, cien batallas simultáneas: lucha del heroísmo desnudo contra el cálculo cubierto de armadura férrea; el gran clamor sube al aire de la patria y queda flotando en él, fundido en un acorde de gloria y de martirio como una nube llena de cantos. Santa Ana, San Borja, India Muerta, Ibiracoy, Corumbé, Arapey, Catalán... todo

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

eso es una sola noche de relámpagos, una sola palabra de un idioma que no existe, mis amigos artistas.

¡Media noche estrellada de la patria! ¡Horas azules!

¿Cómo presentaros todas esas batallas juntas, tales cual ellas acontecieron, y daros la sensación de sus líneas y colores, de su estrépito sinfónico, de su movimiento frenético, de su barbarie homérica, de su espíritu, que es espantosa armonía, sin entrar en el detalle, enemigo del mármol? ¿Cómo plasmaros en el momento de una inaudita palabra, habitada por un dios, esos tres o cuatro últimos meses del año 16, «el año feliz de los orientales», en que Artigas busca el milagro?...

El tropel de las caballerías indígenas; los racimos de hombres y de caballos desnudos que se estrellan en los compactos cuadros veteranos, en los muros de bayonetas triangulares; los soldados que ruedan y caen de pie dentro del cuadro enemigo, abandonando la lanza, y tomando el puñal que llevan en los dientes; los pelotones de caballeros inverosímiles, como trozos de una banda de pájaros de largas crines negras, con haces de serpientes en las garras, los *lazos* y las *boleadoras;* el caballo que huye solo, sin jinete, relinchando, mojado de sangre, de la sangre del hombre que cayó... todo eso, y todo lo que eso sugiere, forma el canto rapsódico. Sólo a Homero es permitido detallarlo, hacer bello el horror: el efecto de la lanza en los negros hígados, el estertor de la garganta abierta por el cuchillo, el cadáver de Héctor arrastrado por el carro de Aquiles. Nosotros no haremos eso; el horror material ya no es sagrado.

La palabra humana tiene que ser sucesiva, y la sucesión, hija del tiempo, es el atributo de la limitación,

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

de la impotencia. Lo infinito es simultáneo; el tiempo y el espacio son apariencias.

¡Maldita sucesión de hechos! Yo no quiero narraros hechos, mis amigos; quiero hacer vibrar *el hecho* en vuestras almas, para que ellas vibren en él: cien combates, una lluvia de sangre bautismal, un derrumbe heroico, un genio airado, por fin, un dios que emerge de entre las ruinas, y un grito que sale de su boca, abierta como un cráter: *Gloria victis!*... Y sobre todo eso, Artigas a caballo, con la cabeza sobre el pecho, con relámpagos en los ojos, con el pensamiento en su visión.

Y, del otro lado, Buenos Aires, que mira todo aquello impasible, y al par anhelante, esperando el exterminio de los héroes, y lo que resuelvan las potencias europeas sobre nuestro destino.

El primer choque resuena en la línea del Cuareim: fué un rayo de luz fugaz. El jefe portugués Queirós, enviado por Curado, empeña una acción, en las cercanías de *Santa Ana,* con las avanzadas de Artigas, mandadas por Gatel, sobrino del héroe. El portugués es completamente deshecho y se repliega en derrota. Un momento de estupor pasa por el enemigo. En ese mismo tiempo, 20 y 21 de septiembre de 1816, Sotelo está pasando el Uruguay, frente a Yapeyú, en busca de Berdún. Hombres y caballos cruzan a nado el río; en la superficie flotan las cabezas, relinchan los animales; unos hombres se agarran a sus crines, otros nadan arreándolos con sus gritos; gran número de canoas, protegidas por dos lanchas cañoneras, atraviesan la corriente, cargadas de armas, pertrechos, hombres... Cuando se está en la mitad de la operación, cae Abreu con sus caballerías sobre la expedición; la desbarata, la acuchilla; los cadáveres flotan en las

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

aguas, y son llevados por la corriente. Sotelo repasa el Uruguay; tienta un nuevo pasaje, y de nuevo es rechazado. Corre entonces por la margen opuesta, en busca del otro vado; logra, por fin, cruzar el río, esquivando un nuevo ataque del enemigo; pisa tierra oriental y, desistiendo de su propósito de incorporarse a Berdún, corre hacia el Norte con sus centauros, en busca de Andresito, al que encuentra en el asedio de San Borja.

La ciudad se consideraba perdida, y el indio capitán le intima rendición inmediata. Pero Chagas, el defensor de la plaza, hace un último esfuerzo de resistencia. Andresito, sin pérdida de tiempo, da la orden de asaltar las trincheras. Es el amanecer del 3 de octubre. Cuando va a llevarse a cabo el asalto, Abreu, que ha vadeado el Ibicuí, aparece por retaguardia con todas sus fuerzas. Andresito se ve entre dos fuegos, pero no desmaya: sostiene el sitio con una parte de sus tropas, y con la otra, 800 hombres, sale personalmente al encuentro de Abreu, y le presenta batalla, batalla campal, abierta, desigual. El indio profeta lucha a zarpazos, sostiene indecisa la acción por largas horas; ve caer a sus hombres en torno suyo; 500 muertos y prisioneros; mira huir los restos en derrota; se queda casi solo... ha perdido él mismo la espada... jura no usar otra hasta que la arrebate al enemigo... repasa el Uruguay... se sienta, con la cabeza entre las manos... piensa en Artigas. Es un pájaro que grazna en la soledad crepuscular posado en una piedra gris. Sus ensueños se desvanecen en el aire; sus indios son sombras vagantes en la obscuridad, que florece en flores negras. No hay patria para los indios.

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

El general Curado, al saber la derrota de Andresito, incorpora las fuerzas de su vencedor a las del brigadier Mena Barreto, y ambos se lanzan sobre Berdún, que precede a Artigas. Lo encuentran en *Ibiracoy* (19 de octubre); Berdún es derrotado. Otro gran chorro de sangre sale del cuerpo de la patria. No contemos los muertos orientales, son muchos. Estos insurgentes, dice Mena Barreto en el parte de la batalla, pelean como desesperados... Berdún se va con el caballo jadeante; le da de beber, quitándole el freno, en territorio oriental.

Y aparece entonces Artigas personalmente. En *Corumbé* sale al encuentro de los vencedores de Andresito y de Berdún; choca con ellos en combate formidable, casi en los mismos momentos (27 de octubre) en que Rivera, allá en el Sur, en *India Muerta* (19 de noviembre), se pone enfrente de la poderosa vanguardia de Lecor, mandada por el mariscal Pinto. Los ecos de ambas batallas, *India Muerta* y *Corumbé*, casi se alcanzan al través del espacio; se funden en un solo tumbo de multitud son una sola batalla; los caballos que cargan en la una sienten en la tierra la vibración del galope de los que cargan en la otra; los muertos de ambas se ven y se reconocen, en cuanto se desprenden de la tierra, al través de las colinas solitarias, y se abrazan en la dantesca transparencia de las sombras.

Aun no se ha extinguido en el Norte y en el Sur el clamor de India Muerta y Corumbé, y otro nuevo estrépito de batalla suena en el centro. Es Otorgués que lucha con el mariscal Bernardo da Silveira, jefe de la vanguardia de Lecor, compuesta de 2.000 hombres y dos cañones. Otorgués quiere cerrarle el paso hacia Montevideo; aniquilarlo en el camino con su

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

1.500 milicianos reclutados en los departamentos del Sur. El 6 de diciembre, en *Pablo Páez,* ataca y triunfa; deshace la vanguardia del enemigo, y corre en seguida en pos de éste, que ha conseguido vadear el Cordobés; lo acosa de día y de noche; lo obliga a encerrarse en los potreros de *Casupá.* En el curso de la persecución se le incorpora Rivera, que ha logrado rehacerse después de derrotado en *India Muerta,* con una división de 1.200 hombres, y juntos resuelven librar una batalla decisiva en *Casupá.* Ésta no tuvo lugar por disidencias entre ambos jefes, y Silveira logró evadirse de entre sus perseguidores, cuya vanguardia comandaba Lavalleja. Silveira alcanza, por fin, la incorporación de Lecor. Y la bandera portuguesa sigue su marcha hacia Montevideo.

IV

Y con tanta lucha, mis amigos artistas, que yo pretendo en vano haceros oir en una sola palabra llena de substancia musical, aun no ha sonado la nota fundamental, la perdurable de este combate de varios meses, en que se diría que los caídos en la tarde reaparecen en la mañana con la aurora. Oidla, pues es simultánea; es Artigas que lucha de nuevo allá en el Norte. Ahí lo tenéis, sin el más mínimo quebranto en el alma fuerte. Se ha levantado ileso; reaparece con 4.000 hombres, surgidos no sé de dónde; tiene su cuartel general sobre el río Arapey, en territorio oriental, y se dispone a invadir otra vez el portugués.

El general Curado ha refundido todas sus fuerzas en un poderoso ejército de 3.000 hombres y once piezas de artillería, cuyo mando toma el marqués de

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

Alegrete, gobernador de Río Grande. Éste se lanza sobre el territorio oriental en busca de Artigas, anunciando a los orientales que entra a libertarlos. Artigas no espera el ataque; desprende de su cuartel general, en el Arapey, 3.400 hombres y dos piezas, que pone a las órdenes de su mayor general don Andrés Latorre, y ordena a éste que ataque a Alegrete donde lo encuentre. Este Andrés Latorre, mis amigos, es un bravo, es un héroe, y apenas podemos mirarlo un momento con intensidad. El conjunto nos reclama, el viento nos arrastra. ¡El animoso Latorre! Pasa el Cuareim a cumplir la orden de Artigas; penetra en el territorio portugués, y amaga la retaguardia de Alegrete, a la que coloca entre sus fuerzas y el campamento de Artigas. Alegrete concibe entonces, y ejecuta, un pensamiento atrevido: echa sobre Latorre, hacia el Norte, un cuerpo de 500 jinetes ágiles para entretenerlo, y él se lanza rápidamente en dirección opuesta, hacia el campamento de Artigas, que espera, en el Arapey, el resultado de la operación de su mayor general. El jefe portugués vadea el Cuareim, y en uno de sus afluentes, el *Arroyo del Catalán*, toma fuertes posiciones. Allí cerca, al sur, a una jornada de marcha, está el campamento de Artigas, sobre el río *Arapey;* allí está aquél con 400 hombres y gran cantidad de provisiones y pertrechos. Es el caso de tentar una sorpresa, y Alegrete destaca con ese objeto al coronel Abreu, con 600 hombres de infantería y caballería y dos cañones, para que, salvando durante la noche el espacio que lo separa de Artigas, ataque el campamento de éste por sorpresa, y se repliegue inmediatamente, cualquiera que sea el resultado de su tentativa. Un regimiento de dragones apoya la expedición, quedando entre el campamento de Ar-

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

tigas y el de Alegrete. Era la noche del 2 de enero de 1817; el 1816, el *año feliz*, había pasado, pues. En la madrugada del 3, Abreu expugna el campamento silencioso, situado entre unos cerros; vadea el río sin ser sentido; emplaza su artillería en dirección al centro del campamento, y, quedando en el mando de ella, ordena a algunas compañías el ataque. Es Artigas personalmente el que avanza, al sentir al enemigo. Las fuerzas orientales tienen que replegarse al centro del campamento, donde, al ser descubiertas por la artillería de Abreu, son eficazmente cañoneadas y desmoralizadas. El desastre fué obra de un instante; la confusión se produjo, desatentada y sangrienta; ochenta hombres quedaron muertos por la metralla; Artigas mismo. en medio del fuego, estuvo a punto de caer prisionero, cuando, sin espolear su caballo, procuraba dominar la confusión. No fué posible: la estrella del héroe daba fulgores de desolación. Todo fué incendiado, todo destruído en aquel campamento del Arapey.

Latorre, el buen Latorre, no ha visto caer en el vacío la estrella incendiada de su jefe; sólo se ha dado cuenta de la falsa maniobra de Alegrete, y ha repasado rápidamente el Cuareim en su busca. Va como el jaguar de noche entre los matorrales. Y amanece en la mañana triste: en la entrada del bosque del Catalán, lleno de silencios que lo miran. Y se prepara a la batalla; sus jinetes no han desmontado.

Esta *Batalla del Catalán* es una pesadilla horrible en nuestro recuerdo, amigos míos. Se piensa en ella como en una ilusión amortajada...

¡Si allí se hubiera vencido!

Aun está por averiguarse, a ciencia cierta, lo que

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

pasó en ese día; pero es indudable que la visión del triunfo apareció en aquel campo.

Tengo aquí, mis amigos, un discurso inédito, autógrafo, de don Miguel Barreiro, en que éste describe el que él llama terrible desastre del Catalán; es una primicia que os ofrezco. Ved aquí, en cambio, el parte oficial pasado por el marqués de Alegrete al marqués de Aguiar, ministro del rey don Juan VI. Podéis imponeros, si os interesa, de la narración de José Moraes Lara, capitán del ejército portugués, que, como testigo, escribe esa historia, y de otras fuentes de información, que son las más corrientes. Barreiro, disintiendo de lo que hasta ahora hemos creído, nos dice: «Una marcha feliz, sin que fuese posible combinarla al efecto, condujo el grueso de nuestras tropas, sin ser sentido, hasta una inmediación de contacto con el ejército del enemigo. De éste había salido una fuerte división de caballería, a sorprender nuestro cuartel general, que se hallaba a doce leguas de distancia.»

Esta división (que es, como lo veis, la de Abreu, de que hemos hablado) regresó al Catalán, según Barreiro, y no dándose cuenta de la proximidad de nuestro ejército, acampó a media legua de éste, sin anunciar a nadie su regreso. El ejército oriental dominaba por su posición al enemigo, entregado al sueño. Latorre no sabía que Abreu estaba detrás; las bandas militares debían sonar el toque de aurora en medio del campo contrario.

Latorre se apoderó sigilosamente, durante la noche, de todos los bagajes, tren y caballadas de éste, y esperó la mañana para intimarle rendición. Se creía con una gran victoria en la mano.

El general portugués había ordenado que la mitad de su caballería se mantuviera sobre las armas; pero

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

la orden no fué cumplida, y sólo se colocó una guardia de ochenta hombres en la entrada del bosque.

«Amaneció, continúa el narrador, y esta insignificante guardia, al hacer la descubierta de costumbre, se encuentra con nuestra izquierda. Sin ver el grueso de nuestro ejército, por la estrechura y la escasa luz crepuscular, y creyendo que nuestra izquierda era una simple partida, rompe el fuego sobre ella. Los nuestros, cuya atención se concentraba toda al frente, en que creían tener atrapado al enemigo, al sentir aquel fuego lateral, juzgan que han estado en error, que nada tienen enfrente, sino que el portugués ocupa el bosque, y que son ellos, por consiguiente, los que han caído en la trampa. La izquierda, presa del pánico, se repliega sobre el centro, y le comunica su desorden; toda la masa se conmueve y sobrecoge y desorienta.

»Fué en vano ver claramente, en aquel momento, a la luz del día, al ejército enemigo, que realmente estaba al frente, tomar precipitadamente las armas y formarse delante de sus tiendas, casi desnudos hasta los oficiales generales: el desorden y el pánico habían cundido en nuestras filas.

»Una circunstancia más contribuyó a hacer imposible la reacción: la división de caballería portuguesa que había vuelto del Arapey, y estaba acampada a corta distancia, atraída por las detonaciones, apareció por el otro flanco, y cargó rápidamente.

»A su vista, aumentada la fatal ilusión de los nuestros, todo se desbanda, todo se comprime, dice Barreiro, y, embarazados en su mismo número, empieza la carnicería más horrenda y la defensa más heroica que referirse puede.»

En este precioso discurso, Barreiro defiende al vencido del cargo de impericia o de imprudencia. «Esta

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

jornada, dice, nos demuestra que los sucesos humanos no están abandonados a la ciega aventura: en todo se manifiesta la mano poderosa del Altísimo. Si la calumnia y el error se han cebado en esa desgracia, desechemos sus funestas sugestiones, y no amarguemos, con una credulidad ligera, la ya demasiado triste suerte de las ilustres víctimas del más acendrado patriotismo. No, no fué la mala dirección, no la impericia quien hizo funesto aquel solemne día... «La relación de esta horrible derrota habéis visto que nada presenta debido al cálculo de los hombres. Si se descubren yerros, es en una y otra parte, y el triunfo de los enemigos fué debido a sus mismas faltas...»

No es así como nos presenta la batalla el parte oficial del marqués de Alegrete. Éste la describe como pudiera describirse la acción de Austerlitz. Dice que colocó su ala izquierda de caballería apoyada en el Catalán y en tres piezas de artillería; el centro estaba compuesto de dos tercios de infantería y dos cañones; un regimiento de dragones y un escuadrón de caballería formaban el ala derecha; cuatro obuses y dos destacamentos de infantería, protegidos por más caballería, ocupaban la retaguardia, y guardaban los pasos del río; en la extrema derecha estaba Abreu, con sus caballerías y dos piezas, etc., etc. Al frente de todo eso figuraban los más expertos militares del reino: los generales don Joaquín Curado, célebre por sus crueldades, y don Joaquín de Oliveira Álvarez; el brigadier don Juan de Dios Mena Barreto; el coronel Bentos Correa de Cámara; el coronel Abreu; el marqués de Alegrete, por fin, rodeado de un largo Estado Mayor.

Sobre todo eso se lanzó personalmente Latorre, a la cabeza de sus milicias, casi inermes y desnudas;

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

él llevó el ataque desesperado sobre el centro portugués. Latorre, si bien era un militar, no era un técnico de la preparación científica de sus enemigos; pero era un hombre que defendía a su madre. Para darnos cuenta de lo que hizo el heroísmo en esa batalla, cualquiera que haya sido su plan y desarrollo, bástenos saber que ella se sostuvo el día entero, y que, según lo afirma, entre otros, el capitán portugués Moraes Lara, el éxito estuvo indeciso por largas horas y vacilante la victoria.

Determinada ésta en favor de Alegrete, los restos de nuestro ejército lograron reunirse en un extremo del monte, y allí, acorralados por las fuerzas diez veces superiores, recibieron la intimación de rendirse.

No fué posible. Una nueva y suprema batalla se libró allí, en aquel bosque sagrado. No fué batalla: fué una ejecución a cañonazos. ¡Hora clamorosa! Las descargas portuguesas sonaban sin interrupción, y sólo eran contestadas por interjecciones de rabia los pocos fusiles patriotas ya no tenían voz. De repente, salían de entre los árboles, como fieras de su guarida, diez, veinte jinetes casi desnudos, que cargaban dando alaridos, y caían sobre las bayonetas enemigas. Y nadie se rendía. Y nadie se rindió. Hasta que en aquel bosque quedó sólo el silencio. Porque los que habían vivido callaban para siempre.

¡Hora postrera del *Catalán!* ¡La Guardia Vieja de los Gauchos sin historia!

El marqués de Alegrete, que llama a esa batalla «la primera en los fastos militares del Brasil», puso su triunfo, con todos sus trofeos, en manos de su rey. Su parte al marqués de Aguiar, ministro de la Guerra, termina así: «Quiera V. E. besar en mi nombre la mano

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

augusta de Su Majestad; sólo me lamento de no estar a sus pies, cuando tengo la honra incomparable de exponer mi vida en su servicio.»

Los trofeos que presentaba el vencedor no eran suntuosos: los dos únicos cañones que tenían los vencidos para oponer a sus numerosas baterías, seis cajas de guerra, una bandera tricolor, que el mismo Alegrete casi no se atreve a presentar, por los motes injuriosos contra el enemigo y su rey que en ella iban escritos, según lo dice en su parte. Pero, en cambio, la sangre oriental que baña el ara portuguesa es copiosa: novecientos muertos dice Alegrete que quedaron en el campo. Yo no sé si es exacta la cifra, pero debe serlo; otros la dan mayor. Sólo muriendo, y muriendo sin cesar, han podido sostener indeciso, durante un día entero, ese inverosímil combate, aquellos hombres casi desnudos y desarmados. ¿Qué habían de hacer sino morir?

Hay historiadores que, con gran copia de tecnicismos, hacen la crítica militar de esos combates, y motejan de incompetentes a Artigas en Corumbé, a Rivera en India Muerta, a Latorre en el Catalán, porque sus planes de batalla no se ajustaron a las reglas. Aquí faltaba un cuadro, dicen; allí una reserva; la artillería no debió emplazarse así, etc., etc. Convengamos en que esos críticos no pasan de la categoría de retóricos inflados. ¡El plan de batalla de Corumbé, o de India Muerta, o del Catalán! Es el mismo, oh sabios de la estrategia libresca, es el mismo que, dentro de algunos años, servirá a Rivera y a Lavalleja para triunfar en el Rincón y en Sarandí, y para reconquistar las Misiones Orientales. En unas se triunfó y en otras no; eso fué todo. Pero en ambos casos no hubo, ni podía haber, más táctica que la del heroísmo ho-

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

mérico, sin más recurso que el de saber morir. La desigualdad de aquella lucha salta a los ojos y los salpica de sangre.

V

Trescientos muertos en San Borja, doscientos en Ibiracoy, doscientos cincuenta en Corumbé, mil en el Arapey y el Catalán... ¡Es mucha sangre oriental la que está corriendo, mis amigos! ¿Nadie la siente gotear con algún noble sentimiento, en la obscuridad de aquella noche? ¿Ni siquiera el hermano occidental?

Tendríamos que renegar de la raza, si esa indiferencia hubiera existido. Esa lluvia de sangre podía sonar, como rumor grato, en los cristales de los que, en Buenos Aires, esperaban ansiosos la consumación de la conquista portuguesa con el exterminio de Artigas; pero el pueblo argentino, el pueblo hermano, todo él, sentía que aquel chorro de sangre americana salía de sus propias arterias. Y sufría, rugía, se sentía heroico en los orientales, en cuyas filas figuraban numerosos combatientes de las provincias. Las hazañas de esos orientales llegaban a sus oídos, como un cuento fantástico de gloria; la pasión popular daba mayor relieve a esas proezas, y sugería a Bland, el comisionado de Estados Unidos, su informe oficial, que conoceréis oportunamente. Dice en éste que: «los gauchos de Montevideo son los más formidables guerrilleros que jamás han existido; que los hechos que de ellos se relatan exceden a lo que se cuenta de los escitas, de los partos o de los cosacos del Don».

El pueblo argentino, el occidental, bien sabía que él estaba tan amenazado como el oriental por la in-

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

vasión portuguesa, y que el portugués no se limitaría, como lo afirmaba, a destruir a Artigas y a dominar la Provincia Oriental, a título de que ésta se había declarado independiente de las demás.

Eso ya no era una simple presunción, por otra parte: el ejército portugués había violado el territorio occidental, salvando la frontera del Uruguay; su invasión había llegado hasta el mismo río Paraná, y hubiera salvado éste, si hubiera sido necesario, hasta los Andes, hasta darse la mano con España, que venía del Perú. Y no por eso el Directorio de Buenos Aires se había sentido herido en carne propia, ni creído en el caso de declarar la guerra al portugués, ni mucho menos. Esa invasión al territorio occidental había sido algo más que una violación del territorio de las llamadas Provincias Unidas; nada más vandálico que esa bárbara irrupción.

El capitán general de Río Grande, para evitar que Andresito se rehiciera después de sus desastres, ordenó al brigadier Chagas que, con mil hombres y cinco cañones, pasase el Uruguay, y talase el territorio occidental, trayéndose su población para repartirla, como un rebaño, en las Misiones Orientales portuguesas. Chagas llenó su cometido a maravilla, os lo aseguro; perfectamente bien. Cruzó el río el 17 de enero de 1817; se apoderó del pueblo de *La Cruz* abandonado; hizo destruir el de *Itapeyú;* saqueó e incendió *Santo Tomé;* arrasó los pueblos de *San José, Apóstoles, Mártires* y *San Carlos; Concepción* y *Santa María la Mayor* fueron arruinadas; *San Francisco Javier* quedó destruído. La caballería de Chagas avanzó, por fin, hasta la costa del Paraná, hasta la población de *Loreto,* que fué saqueada y destruída.

Yo no os he de narrar los horrores que allí se vie-

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

ron. Un escritor brasilero, actor en esos hechos, dice que «vióse a un teniente Luis Mairá estrangular a más de un niño, y jactarse de ello; vióse la inmoralidad, el sacrilegio, el robo y el estupro en auge; vióse, por fin, la religión católica ofendida por todos lados». Un templo ardía; el cura se echa a los pies del comandante, diciéndole que no podrá sobrevivir a la ruina de su iglesia. «Pues métase pronto en ella, le contesta el incendiario, y quémese con ella...»

El 13 de febrero comunicaba Chagas sus triunfos al marqués de Alegrete. «Destruídos y saqueados los siete pueblos de la margen occidental del Uruguay, le decía; saqueados solamente los pueblos de Apóstoles, San José y San Carlos, dejando arrasados todos los campos adyacentes a los mismos pueblos, en un espacio de cincuenta leguas.» En otras comunicaciones, computa en 80 arrobas de plata lo arrebatado a las iglesias, además de los muchos y ricos ornamentos, campanas, etc. El número de enemigos muertos era de 3.910; los prisioneros, 360... Desde la época de la conquista, dice Mitre, la historia no presenta ejemplo de una invasión más bárbara que ésta. Desde entonces las Misiones Occidentales, las que fundaron y doctrinaron los jesuítas españoles, son un desierto poblado de ruinas. Y aquellas tierras habían sido fértiles y hermosas; los viejos, las mujeres, los niños, que vagan sobrecogidos por los campos, habían sido felices.

Ésos eran los que, aliados a Buenos Aires, venían sólo a libertar a los pueblos de la tiranía del bárbaro oriental.

El portugués había, pues, cruzado el río Uruguay; lo salvaba cuando quería; no había fronteras que

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

lo detuvieran, si ya no era la espada de Artigas.

Pero no era ésa la causa principal de la atracción del pueblo argentino hacia el oriental: lo arrastraba el solo espectáculo de su heroísmo y la convicción instintiva de que, en esa guerra contra Portugal, más aun que en la que libraba San Martín contra España en el otro extremo, se estaba defendiendo la independencia de América, y, sobre todo, el principio republicano que San Martín no defendía. Artigas aparecía gigantesco; el pueblo oriental cobraba formas propias, inconfundibles, y era mirado, desde el otro lado del río, como una raza elegida, forjada en fragua y con martillos extraordinarios. Mitre se ha encontrado, al escribir su historia, con esa impresión de sus compatriotas sobre Artigas y su pueblo, y la refleja honradamente en las mismas páginas en que denigra al héroe. Éste es bárbaro para él, es repulsivo; pero el pueblo que vive de su vida y lo sigue como a un dios, es admirable. «A pesar de tantos y tan severos reveses, dice, los orientales no desmayaban en su heroico empeño. Defendían su suelo patrio y su independencia, contra la agresión injusta de un poder extraño que, tomando por pretexto la anarquía del limítrofe, sólo era movido por su ambición y su codicia. Solos, mal mandados, mal tratados, mal organizados, casi sin armas y desprovistos de todo, se mostraban, empero, dispuestos a hacer el último esfuerzo... Jamás causa más sagrada fué sostenida por soldados más llenos de abnegación.» «Artigas, acaudillando esta valerosa resistencia, se hubiese levantado ante la historia, si hubiese poseído algunas de las cualidades del patriota, del guerrero.»

No se ha levantado, efectivamente, en la historia de Belgrano o de San Martín, escritas por Mitre; pero

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

veréis cómo se levanta en la de Washington, escrita mucho más lejos y a mayor distancia, y cómo acabará por convertirse en un mito o misterio, en el concepto del mismo Mitre.

¡Los soldados llenos de abnegación!

Era en esa época, sin embargo, cuando Pueyrredón escribía a San Martín: «Artigas ha sido completamente derrotado por los portugueses, y se ha refugiado en los bosques con *algunos facinerosos.*»

¡Oh, los pobres facinerosos que morían por América!

VI

La ira del pueblo argentino, ante la impasibilidad con que los gobernantes de Buenos Aires seguían el curso de la inmolación del pueblo hermano, hace a aquél participante de la gloria de éste. Desde Buenos Aires hasta Mendoza, rugía siniestro y vengador; gritaba a la complicidad, a la traición; se vigorizaba en el odio al predominio central; ahondaba las raíces de la futura organización federal. El director Pueyrredón sentía el rugido, y tenía noches de insomnio.

En vano recurrió a las persecuciones y los ostracismos contra los que, como recurso político de oposición, querían revelar aquellos secretos que la *Gaceta de Buenos Aires* ocultaba. Ni una palabra dice ésta de los sucesos de la Banda Oriental. Uno la lee hoy con interés, entrega por entrega, y ve en ella el reflejo delator de la inicua conspiración contra el pueblo. Ni una palabra se le dice de estos sucesos: ni de las gestiones en Río Janeiro, ni de la invasión portuguesa, ni de la existencia de Artigas, ni de los chorros

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

de sangre argentina que están corriendo. Pueyrredón y el gobierno no saben nada de esto hasta el 1.º de diciembre de 1816, en que aquél hace saber al pueblo, por fin, *con grande indignación,* que los portugueses han violado el sagrado territorio de la patria. Algunos días después entrarán triunfantes en Montevideo. Fué entonces cuando Pueyrredón desterró a Dorrego, y Moreno, y Pazos, y Chiclana, y al general French, y a los coroneles orientales Pagola y Valdenegro. El grito de las muchedumbres no se acallaba, y el pueblo oriental, núcleo de esa resistencia, y que debía estar ya postrado para siempre, no se resolvía a morir para dejar en paz a Buenos Aires, y dejar el paso libre al esperado rey. No está muerto aún. ¿Es que tendrá realmente algo de inmortal?

Y ese Artigas, ese bárbaro de Artigas, en vez de darse por vencido y someterse a su suerte, se agigantaba en la derrota, se presentaba altivo como nunca, y como nunca señor de su pensamiento.

Pueyrredón, ocultando lo que hoy todos conocemos, le ha estado haciendo las protestas más expresivas de cordial amistad; le ha llamado ilustre general, y hasta le ha dado explicaciones sobre una agresión llevada a Santa Fe por el ejército de línea, que comete allí depredaciones inauditas de que más adelante hablaremos. Pero lo abandona a su suerte; lo ve desangrarse sin una queja; oye impasible, y sin moverse, sus reiterados e imperiosos pedidos de declaración de guerra al invasor extranjero, de recursos bélicos para rechazar al enemigo común. Artigas pide sólo recursos, armas, pólvora, balas... nada más. Sólo consigue *simulacros de amistad,* como él, valga su propia frase, decía.

Al caer en Corumbé, convencido ya plenamente

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

de la complicidad de Buenos Aires con el invasor, que hoy nosotros conocemos ampliamente, quiere demostrar su vitalidad intacta en el desastre, y lanza al rostro de ese enemigo el anatema de su pueblo, declarando abiertamente la guerra a Buenos Aires, cerrando los puertos orientales a toda procedencia de esa banda y embargando sus buques. Parece que ese hombre, como el Anteo del mito antiguo, ha tocado, al caer, una vez más la tierra, su madre divina, y se ha alzado con una nueva convulsión de locura heroica. Azuza a sus enemigos, a todos sus enemigos; y, con los ojos luminosos y la boca llena de estridentes cóleras, extiende hacia ellos el brazo crispado, en actitud de imprecación vengadora. «No puedo permanecer indiferente, escribe al Cabildo de Montevideo, ante la conducta criminal y reprensible de Buenos Aires; he mandado cerrar los puertos y cortar toda comunicación con aquella banda. Si esta medida no penetra a aquel gobierno de nuestra indignación, yo protesto no omitir diligencia alguna hasta manifestar al mundo mi constancia y la iniquidad con que se propende a nuestro aniquilamiento. Buenos Aires debe franquearnos los auxilios a que siempre se ha negado, o Buenos Aires será el último blanco de nuestro furor.»

VII

Y sin embargo, parece que Pueyrredón no se ha convencido todavía de que es imposible, absolutamente imposible, engañar, y mucho menos reducir, a ese rojo arcángel, poseído de la visión del porvenir; aun cree que puede encontrarse algún recurso diplo-

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

mático que le permita remover ese obstáculo, que se opone a la consecución de sus planes monárquicos. Para ello pone en juego dos expedientes, de una doblez ingenua como la de un niño: a fin de calmar la ira del pueblo argentino, que, aunque sólo entreviendo o sospechando las gestiones diplomáticas secretas, le llama traidor por su inacción ante el sacrificio de los orientales, envía un embajador, el coronel don Nicolás de Vedia, a interpelar al general portugués, que se dirige vencedor a Montevideo, sobre las intenciones que lo han traído al Río de la Plata con su ejército, e intimarle que se retire. Y, para aniquilar la resistencia de Artigas, se dirige a Barreiro, gobernador de Montevideo, y lo estimula a arreglarse con Buenos Aires, su hermano leal; a someterse a él, vista la notoria imposibilidad en que está Montevideo de resistir por sí solo al ejército y a la escuadra portugueses, que van a caer sobre la plaza indefensa.

Como lo comprenderéis, mis amigos, ninguno de esos recursos tenía la más mínima realidad intrínseca: ni había intención de declarar la guerra a Portugal, cualquiera que fuese la contestación del general invasor, ni existía el propósito, por consiguiente, de reconocer la personalidad del hermano oriental, cualesquiera que fuesen las gestiones que iniciara Barreiro. Eso lo sabéis hoy vosotros perfectamente, pues conocéis los antecedentes de la invasión portuguesa, y los propósitos, que jamás aceptará Artigas, del Directorio de Buenos Aires.

El simulacro de embajada del señor Vedia se realizó, sin embargo, con la mayor formalidad. Éste fué en busca del general Lecor, barón de la Laguna, que se hallaba en Maldonado, el 19 de noviembre de 1816; precisamente el día de la batalla de *India Muerta*,

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

algunos días después de *Corumbé*. Eran los momentos en que más corría la sangre oriental, y en que el brigadier Chagas preparaba su espantosa irrupción de exterminio :l territorio occidental. El barón de la Laguna, que tenía como secretario y consultor y conductor a don Nicolás de Herrera, antiguo ministro de Alvear, como sabemos, y coautor con García, el agente de Buenos Aires, de la invasión portuguesa, recibió al señor Vedia como si fuese otro vizconde o barón, o muy poco menos. Ese barón de la Laguna era un hombre de facultades quizá algo menos de mediocres; más bien menos que más; pero, eso sí, era un gran señor, como Pueyrredón; casi un príncipe, un verdadero príncipe; tenía alabarderos, y trompas, y banda de chirimías; no como Artigas, que no tenía nada de eso. Lecor, que, poco después, contrajo matrimonio con una hermosa prima de su secretario, don Nicolás Herrera, era cortesano, galante con las damas, muy acicalado en el vestir; y era olímpico en el mirar. Una suntuosa persona. Salió al encuentro de Vedia, desde su magnífica tienda de campaña, rodeado de su Estado Mayor; le hizo fastuosos honores; se tocaron músicas, se formaron soldados, etc., etc. Fué un bonito espectáculo marcial.

Es bueno no olvidar un detalle auténtico entre otros: al entregar Vedia el pliego de Pueyrredón, Lecor se puso de pie para recibirlo, y de pie lo leyó, como abrumado ante tanta grandeza.

Pero dijo al señor Vedia, palabra más, palabra menos:

«Me pregunta usted, en nombre de Buenos Aires, qué es lo que vengo a hacer por estas tierras, con estos soldados; y, en esa misma representación, me intima usted que me retire de aquí. Oh, señor mío, yo me sien-

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

to desolado, al tener que contestar a usted que nada está más lejos de mi intención que el complacer a usted en eso de retirarme de aquí, ni en nada que se le parezca. En primer lugar, yo soy un simple ejecutor, y sólo obedezco a quien me envía, a mi augusto dueño y señor; pero puede usted decir a Buenos Aires, porque yo se lo aseguro, que nada tiene que temer de mí; yo no tengo ninguna mala intención para con Buenos Aires, que me es muy simpático; todo lo contrario. Vengo sólo a combatir a Artigas, su enemigo y el mío, que es un bárbaro, incapaz de derechos; en eso estamos perfectamente conformes... ¿no es verdad? Vengo, por ahora, en busca sólo de esta Banda Oriental, que está tiranizada por aquel bárbaro; vengo a redimirla.» «*Ignoro si después pasaré a ocupar la provincia de Entrerríos,* agregó; pero tengo orden de guardar con Buenos Aires la más perfecta neutralidad. El rey, mi amo, se ha resuelto a enviar sus tropas *para recobrar lo que ya en otros tiempos poseyó con justos títulos, y que la Corona de Castilla le arrancó con violencia.*»

«Para tomar lo que a uno le pertenece, no es necesario pedir el beneplácito de nadie. Y como, por otra parte, esta Provincia Oriental se ha declarado independiente de Buenos Aires, y del mundo entero, nada hallo más razonable que quedarme con ella, en nombre del rey mi amo, y nada menos oportuno que la intromisión de Buenos Aires en este asunto, que no le va ni le viene.»

El señor Lecor dijo algo más al señor Vedia. Le mostró las fuerzas de que disponía, le dió resumen escrito y bien detallado de ellas, para que lo llevara a Buenos Aires, y le aconsejó que procurara contener a su gobierno y moderar su animosidad, porque, de

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

lo contrario, bloquearía el Río de la Plata, y llevaría la guerra a la Banda Occidental. En cambio, si Buenos Aires procedía juiciosamente, quizá la independencia de las Provincias Unidas sería reconocida por Portugal. Y, de todos modos, dijo, Buenos Aires se verá libre de Artigas, de quien *nada bueno debe esperar.*

¡Oh, esas conferencias de Lecor y Vedia, mientras San Martín libraba la batalla de Chacabuco, y Artigas sostenía su heroica resistencia!—¿No le parece a usted, dijo Lecor a Vedia en una de sus conversaciones, que la grandiosa bahía de Río Janeiro es la puerta del *Imperio Sudamericano,* cuyos límites están trazados, por la naturaleza, en los magníficos ríos Amazonas y Plata? Ustedes deben comprender que sería una locura, en una nación pequeña, como Portugal, extenderse más allá.

El señor Vedia, que verbalmente había revelado a Lecor los entretelones de su misión, manifestándole que sus protestas ostensibles no tenían más objeto que hacer creer al país que se protestaba, fué embarcado, con demoras calculadas, en Maldonado, y se retiró con grandes honores, al son de musicales trompas y chirimías.

Y el señor vizconde, con su formidable ejército de ocho mil hombres y su escuadra, continuó impasible su marcha hacia Montevideo, guarnecido por seiscientos soldados. Quería llegar a Montevideo antes que Vedia a Buenos Aires, si fuera posible.

Y se apoderó de Montevideo indefenso un mes después.

Convengamos, mis buenos amigos, en que ese simulacro de Vedia fué sarcástico e impío; pero fué también humillante.

¿No sabía el Directorio de Buenos Aires a qué y

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

por qué había venido ese ejército traído de Portugal, y cuya partida había anunciado con júbilo el señor García al Directorio, y al ministro Tagle, y a la Logia Lautaro, y al Congreso de Tucumán, y a todos los demás iniciados? ¿No continúa el señor García, acreditado por Pueyrredón, en Río Janeiro, ante el rey invasor, aun después de violadas todas las fronteras argentinas? ¿Y no está Rivadavia en Europa, junto a las otras cortes de la Santa Alianza?

Nosotros, que sabemos todo eso y mucho más, podríamos reirnos de la misión de Vedia, si en esas horas no estuvieran muriendo tantos hombres orientales a manos de Portugal, en las batallas homéricas por la independencia americana, por el alma de Mayo de 1810. No: yo os confieso francamente, mis buenos amigos, que no puedo reirme en este momento; esos facinerosos, como llamaba Pueyrredón a los hombres desnudos que morían, eran mis hermanos, los príncipes, la sangre real de mi patria, la verdadera sangre real...

¡Oh, mis augustos malhechores! ¡Padre Artigas! No, no puedo reirme. Lo que yo experimento es algo que no se compadece con la risa... ¡Cómo desagraviaros, oh, los benditos facinerosos de mi tierra!

VIII

Pero si amarga fué la misión de Vedia, no lo fué menos la que, estimulada por Pueyrredón y autorizada por Artigas, envió a Buenos Aires, pocos días después, el 6 de diciembre de 1816, el gobernador Barreiro, en busca de alianza o protección, o, cuando menos, de recursos para defender la plaza.

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

Imaginaos, mis amigos, la índole y la situación de la ciudad de Montevideo, al aproximarse Lecor a sus murallas. Es una plaza indefensa; no hace dos años, el otro conquistador, el otro enemigo de Artigas, Alvear, al verse obligado a entregar la ciudad a sus dueños, después del Guayabo, no lo hizo sin llevarse todo cuanto elemento bélico le fué posible arrebatar: cañones, fusiles, pólvora; todo eso enriqueció a Buenos Aires, como decía el director Posadas; su simple devolución era lo que Artigas reclamaba. Bien recordáis la catástrofe que se produjo, al pasar a la otra banda hasta el último grano de pólvora que había en los polvorines.

Recibida así la plaza por los orientales, éstos han hecho todo lo posible por habilitarla. Ya os he descrito el entusiasmo con que los patriotas, en esos años 1815 y 1816, organizaban milicias ciudadanas, que armaban y uniformaban con recursos populares; los jóvenes de mejor posición mandaban y sostenían de su propio peculio esas milicias; las damas cosían las banderas tricolores y bordaban los escudos de los morriones y ostentaban en el pecho la escarapela de Artigas. Éste, allá en el Norte, en la que hemos llamado verdadera capital de la República recién nacida, hacía lo imposible por conseguir recursos bélicos, que en vano reclamaba a gritos de Buenos Aires: obtenía algunas docenas de fusiles de acá, un centenar de sables de allá, un cañón del otro lado; vendía cueros a los comerciantes ingleses para comprar fusiles; enastaba hierros de lanzas o componía armas casi inservibles en su maestranza primitiva de Purificación; hacía fabricar pólvora.

Todo eso que se iniciaba en Montevideo fué interrumpido por la invasión portuguesa, que cayó sobre el país cuando éste comenzaba a vivir.

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

Pero lo que constituía la debilidad de esa plaza, más aun que su carencia de elementos bélicos materiales, era la naturaleza de su población.

La nación autóctona, la incontaminada, está con Artigas, que es el centro de toda vida, la capital ambulante de la patria; a ésa podrán exigírsele los sacrificios heroicos; ésa es la que, allá en el Norte, lo arrasará todo antes de rendirse; la del éxodo, la de Guayabo.

Pero la ciudad de Montevideo no ha podido transformarse en dos años de dominio patrio; es todavía la ciudad colonial hispánica. Los españoles, monárquicos empecinados, que constituyen la base social, y son dueños del comercio y de la fortuna, no han de luchar, ni mucho menos, en favor de los orientales, contra el monarca portugués, aliado natural de España, y que bien puede ser el restaurador del dominio español. Entre los mismos orientales existe esa gran masa de gente conservadora que anhela la paz y el bienestar relativo, y que está muy cansada de una guerra cuyo objeto no distingue bien, y cuyo término no ve. Esa gente no está dispuesta al sacrificio; sólo espera los acontecimientos para adaptarse a ellos. Ése es el tipo corriente y bien estudiado en la historia universal: el *afrancesado* que, en Madrid, esperaba a Napoleón, y, en París, aguardaba y recibía a los aliados vencedores; el que, en todas partes del orbe terráqueo, ha hecho otro tanto, y ha servido y servirá siempre de base para organizar las conquistas y los despotismos. Bien sabemos que esos hombres nada representan en tales casos: son el hombre corriente, ni más ni menos; el Sancho Panza escudero; son la prudencia humana, la lógica, la negación de lo imposible heroico.

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

Por eso Artigas no hizo jamás de Montevideo su baluarte; ni siquiera penetró dentro de sus murallas, desde el momento en que las abandonó para iniciar su empresa.

La patria, es decir, el grande espíritu inmanente, el del andante Artigas, está también en Montevideo, sin duda alguna, y allí domina y gobierna; está representado, no sólo en el ilustre Barreiro y en el integérrimo Joaquín Suárez, a quienes obedecen los seiscientos u ochocientos soldados de la guarnición, mandados por Bauzá, Oribe, Ramos, etc., sino en muchos ciudadanos que se sienten poseídos de la inquietud heroica, y que pueden ser héroes, si el ambiente los enciende. Pero ese elemento, para imponerse adentro y luchar afuera, necesita armas, recursos, refuerzos en la base de soldados de fila; los quiere, los reclama, porque está dispuesto a defender la ciudad hasta el último extremo. Y con ese objeto, Barreiro, estimulado por Pueyrredón, envía una misión compuesta de dos miembros del Cabildo, don Juan José Durán y don Juan Francisco Giró, a tratar con aquél, con plenos poderes.

Ésa es la misión, amigos míos, que os he calificado de más triste aún que la de Vedia.

Un tratado parecido al que ella celebró es el narrado por el Libro Santo, y concluído entre aquel Esaú, diestro en caza, hombre de campo, y Jacob, su hermano, varón sencillo, que habitaba en tiendas:

«Y Jacob coció un potaje; y habiéndose llegado a él Esaú, que volvía cansado del campo,

»Dijo: Dame de eso rojo que has cocido, pues en gran manera estoy fatigado.

»Jacob le respondió: Véndeme tu primogenitura.

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

»Él respondió: Ves que me estoy muriendo. ¿De qué me sirve mi primogenitura?

»Jacob dijo: Pues júramelo. Esaú lo juró, y vendióle su primogenitura.

»Y habiendo tomado pan, y el plato de lentejas, comió, y bebió, y se fué; haciendo poco aprecio de haber vendido la primogenitura.»

Bueno será recordar que esa primogenitura, que cambia Esaú por el plato de comida roja, no era sólo la doble parte en la sucesión del padre, que correspondía al primogénito, ni la autoridad casi paterna sobre los hermanos, ni el cargo de sacrificador anexo a ella. Era más que todo eso, incomparablemente más: del linaje del primogénito debía nacer el Mesías, Libertador de Israel.

Y ahora, pasemos a nuestra embajada.

Pueyrredón recibió a Durán y Giró con grande agasajo. Al mismo tiempo, sostenía una correspondencia asidua con Barreiro, y enviaba otra embajada, que estudiaremos, a la provincia de Santa Fe, para arrebatársela a Artigas. A todos prometía auxilios, pero... a condición de que previamente se enajenara la primogenitura. Que el Estado Oriental renuncie a toda autonomía; que se incorpore *a la nación*, y se refunda en ella; que reconozca sus autoridades; que se les someta en absoluto; que, renegando de esa bandera tricolor, a cuya sombra han muerto y siguen muriendo sus héroes, enarbole la bicolor occidental, que aun espera los jeroglíficos que digan lo que ella significa. Así el Brasil, que invoca como pretexto de su invasión el hecho de haberse la Banda Oriental declarado independiente, carecerá de pretexto. Entonces... ¿entonces qué? Entonces se auxiliaría *pronta*

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

y *vigorosamente* a Montevideo, decía Pueyrredón; el mismo general Artigas conservará su carácter y primacía; será el Jefe de los Orientales; «quedará con la autoridad que ejerce».

Todo eso, como lo sabéis perfectamente, no era verdad; era mentira, simulacro, viento de palabras.

«La verdad, dice Mitre, es que el Director en lo que menos pensaba era en comprometer una guerra nacional con un aliado tan inhábil en lo militar y tan peligroso en lo político como Artigas, y que se felicitaba de sus derrotas, como de las de un enemigo de todo el mundo, como, en efecto, lo era. Así escribía al mismo tiempo al general San Martín: «Los portugueses consiguen ventajas en todas partes sobre Artigas, y este *genio infernal* acaba de embargar todos los buques de esta banda y cerrar todos sus puertos, a pretexto de que no tomamos parte *en su guerra*. Yo también he cerrado nuestros puertos, y voy a reunir las corporaciones, con arreglo al Estatuto, para deliberar. Es una crueldad comprometer uno su crédito a la opinión ajena.»

Pero en esos mismos momentos, el día en que Durán y Giró llegan a Buenos Aires, recibe Pueyrredón la orgullosa y sangrienta contestación de Lecor, de que Vedia es intérprete. Los portugueses se quedarán con la Banda Oriental, y pasarán a Entrerríos, si les conviene. Pueyrredón no pudo menos de sentir aquella bofetada; en el fondo de su alma existía un caballero. La idea de que era preciso declarar la guerra a Portugal pasó acaso por su cabeza. ¿Podía hacerse otra cosa, ante aquellas amenazas y sarcasmos?

Convocó entonces, en ausencia del Congreso, que funcionaba aún en Tucumán, a las corporaciones, Cabildo, Cámara de Policía, Gobernador y Cabildo

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

Eclesiástico, Tribunales, Jefes de Cuerpos, Secretarios de Estado, etc., y, exponiéndoles la situación de las cosas, y mostrándoles lo que decía Lecor, las consultó sobre si debía declararse la guerra al Brasil.

No, no y no, le fué contestado casi unánimemente, y sin vacilación; *no debe declararse la guerra*. Que se envíe un embajador al Brasil, a pedir explicaciones sobre la invasión portuguesa a la Banda Oriental.

Pueyrredón protestó contra esa resolución; se puso de pie ante la Asamblea para protestar; se lavó las manos sobre sus consecuencias, pues la indignación de los pueblos crecía ante la inacción del gobierno... Y, como dice el inglés, aquello era un hecho hambriento, que era preciso satisfacer, o ser devorado por él. Esos hombres fueron devorados por él, amigos míos, por el *hecho hambriento*. La libertad, como la esfinge, devora a los que no saben descifrar sus enigmas.

Creyendo, sin embargo, que, para satisfacer a esos pueblos, bastaría con arrancar a los comisionados Durán y Giró la venta de la primogenitura, firmó con éstos, dos días después de la resolución de las corporaciones, el 8 de diciembre, un mes antes de la caída de Montevideo, un tratado en el que se estipuló que la Banda Oriental juraba obediencia al Congreso y al Director, y se comprometía a enarbolar el pabellón occidental, el bicolor de Belgrano, en substitución del tricolor de Artigas, y mandar sus diputados al Congreso, en cambio de algunos auxilios que no llegaron: 1.000 hombres, 1.000 fusiles, 8 cañones, una flotilla, etc., etc., es decir, en cambio de la declaración de guerra, *que no se haría*, que no se hizo jamás en los cuatro años que duró la resistencia de Artigas.

Y, sin esperar ratificación alguna de ese tratado

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

el mismo día de suscrito en Buenos Aires, Pueyrredón lo hizo publicar allí, lo comunicó al Congreso de Tucumán y a todas las autoridades civiles y militares de las provincias, sin excluir las que obedecían a Artigas, y lo hizo celebrar como un feliz acontecimiento, con pompa extraordinaria: cohetes, campanas, fuegos nocturnos, etc., etc. Todo estaba salvado, todo resuelto. Y Lecor continuaba su marcha sobre Montevideo, del que se hará dueño en poco más de un mes.

Los pueblos creyeron que aquello era, por fin, la declaración de guerra a Portugal, y hubo un momento de entusiasta expectativa; todos supusieron que Artigas había aceptado el arreglo, y, puesto que él lo hacía, debía confiarse en él.

Nada había, sin embargo, de real en todo eso: era sólo un simulacro, un recurso de Pueyrredón para acallar, un momento siquiera, la irritación del pueblo, que crecía contra él; era la contradicción, la no entidad.

Si fuera necesario, que no lo creo, ofreceros mayores elementos de juicio sobre esto, os invitaría a leer la carta confidencial que escribe Pueyrredón a San Martín, el 24 de diciembre de ese año 1816, quince días después de firmar el tratado. «La escuadra portuguesa, le dice, bloquea a Montevideo, y el ejército dicen que se ha movido de Maldonado sobre la plaza; los orientales se resisten a unirse a nosotros, *y yo me resisto a enviarles auxilios, que sólo han de servir para caer en manos de los portugueses, o que se convertirán contra nosotros.*»

Pero para que os deis cuenta más exacta, si cabe, de la insinceridad y falta de todo rumbo en las rela-

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

ciones entre la capital y el pueblo argentino, así como del significado de Artigas en esta dolorosa gestación de la nueva patria americana, me parece conveniente invitaros a examinar la negociación de que acabo de hablaros, paralela a la de Durán y Giró, que sigue el Director Supremo en la provincia de Santa Fe. Esta provincia, que nos servirá de tipo para juzgar de las demás, se encuentra en un estado tal de exacerbación contra Buenos Aires, que no es posible pasar de largo ante el fenómeno, ni contentarnos con afirmar, como lo hacen los espíritus superficiales, que eso no es otra cósa que *el nacer del caudillaje.* No caeremos nosotros en semejante simpleza y estudiaremos el punto con juicio.

No echemos en olvido, con tal objeto, el examen sociológico que hemos hecho de la capital virreinal, del concepto que ésta tiene de los demás pueblos, y de la falta, en aquella ciudad, de todo *nexo,* si me permitís repetir la palabra un poco extravagante, capaz de fundir con la realidad viviente, y no con simulacros y mentiras, el principio anímico de la nación que nace.

Recordemos, pues es oportuno, que Artigas, al retirarse del sitio de Montevideo, ha llamado y congregado en torno suyo a las provincias; sólo la del Paraguay le ha sido arrebatada por el ogro. Recordemos también cómo Montevideo, conquistado por Alvear contra españoles y orientales, ha sido recuperado por sus dueños, los orientales, en 1815, después de la campaña del Guayabo, en que fué vencido Dorrego, de triste recordación.

Ahora bien: es este coronel Dorrego quien, en compañía de los generales Viamont y Díaz Vélez, ha dejado en la provincia de Santa Fe la simiente de ren-

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

cor de que os hablo. Esos jefes bonaerenses resolvieron, por sí y ante sí, contra las órdenes de Pueyrredón, dar una batida, lo que se llama una batida, sobre la provincia de Santa Fe, en castigo de haber enarbolado, como lo hizo Córdoba, el pabellón de Artigas. Fué algo parecido a la invasión de la Provincia Oriental que terminó en Guayabo. Trataron a Santa Fe de un modo realmente atroz, y dejaron allí un recuerdo peor que el de Castelli en el Alto Perú; peor que el de Alvear en Montevideo; todavía peor, me parece. Díaz Vélez y Dorrego se apoderaron de la ciudad, en la que permanecieron 28 días, hasta que fué reconquistada por Vera, a quien inspiraba Artigas, secundado por el entonces capitán Estanislao López.

Y son las consecuencias de esa inconsiderada conquista, cuyo carácter vamos a conocer, las que Pueyrredón intenta borrar con una misión diplomática, análoga a la de Durán y Giró, que envía al gobernador Vera, el primer gobernador elegido libremente por el pueblo de Santa Fe, gobernado hasta entonces por enviados de Buenos Aires. Ambas se complementan, por lo tanto, y recíprocamente se explican.

Pueyrredón diputa ante aquel gobernador a don Alejo Castex primeramente, y al ilustre deán de la catedral de Córdoba don Gregorio Funes, después. Van a dar explicaciones y satisfacciones, a fin de separar a Santa Fe de la influencia de Artigas, y atraerla a la unión con Buenos Aires.

La embajada del primero fracasa. Si leyerais, amigos míos, que no lo haréis conmigo, por cierto, la iracunda carta, de 3 de agosto de 1816, en que Vera contesta la credencial de Castex, os quedaríais estupefactos. El mandatario santafecino devuelve a Pueyrredón su embajador, diciéndole que, a pesar de lo

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

que reza su credencial, éste ha afirmado que no le llevaba más misión que la de hacer retirar de Santa Fe las tropas de Díaz Vélez; pero con ese motivo hace Vera un proceso tan estupendo de las invasiones porteñas, que casi sobrecoge. «Tiembla la humanidad, dice a Pueyrredón, tiembla la humanidad ante el cuadro lastimoso que presentan los desórdenes y extravíos causados por el general Díaz Vélez...» Todos los delitos le son imputados: incendios, asesinatos, robos y saqueos, violaciones, ultrajes groseros a la sociedad... No quiero, ya os lo he dicho, que leamos juntos esa nota; yo no le hubiera dado crédito si no la viera tristemente confirmada por el general Belgrano, y aun por el mismo Funes.

Éste reemplaza a Castex en la embajada. Pueyrredón insiste, con buena intención, en aplacar a Santa Fe.

La carta credencial que lleva el venerable Funes es de *26 de agosto de 1816;* el gobernador Vera la contesta el 7 de septiembre; el deán y los representantes de Santa Fe celebran, por fin, la conferencia conciliatoria el 5 de octubre.

Si os doy estas fechas tan detalladas no es sin algún objeto, como debéis comprenderlo. Quiero que recordéis que la invasión portuguesa fué preparada *en 1815;* que el ejército de Portugal pasó de Europa al Brasil, con gran contento de García y demás, en noviembre de ese año; que Lecor llegó en *marzo de 1816;* que las tropas portuguesas, preparadas para invadir la Banda Oriental, fueron revistadas por el príncipe real, en Río Janeiro, *el 13 de mayo,* y su público embarque presidido por Beresford y comunicado por García; que la invasión cayó, por fin, con banderas desplegadas, sobre todas las fronteras orientales, *en agos-*

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

to de ese año. Sabéis cómo todo eso ha sido anunciado por García, participado al Congreso de Tucumán, comunicado a Pueyrredón por Tagle, etc., etc. Y no podéis olvidar, porque eso no se olvida, que, desde septiembre, en que los orientales solos, sin auxilio alguno, luchan y mueren en Santa Ana, hasta diciembre, en que combaten en el Catalán, han quedado 300 muertos en San Borja, 250 en Corumbé, 1.000 en el Catalán y el Arapey, 200 en Ibiracoy... Y que Chagas prepara su incursión de exterminio a las Misiones argentinas.

Pues bien, es el 26 de agosto, de ese mismo agosto, cuando Pueyrredón envía a Funes a Santa Fe, con una carta en que dice: «Estoy informado de que el proyecto de Portugal es ocupar la Banda Oriental del Río de la Plata por cesión y convenio con los españoles, que, a su vez, deberán ser auxiliados para someter al antiguo yugo estas provincias. Un peligro de ese tamaño me ha hecho superior a todas las diferencias con el Jefe de los Orientales, para enviarle el auxilio de monturas, pólvora, fusiles y artillería, ofreciéndole sin reservas todos los recursos que estuvieren a mi alcance.» En esa virtud, incita a Santa Fe a la unión con la capital. en contra del enemigo común, del portugués invasor, aliado de España.

Y es el 5 de octubre, de ese mismo octubre, amigos artistas, cuando el deán Funes celebra la conferencia con los representantes de Santa Fe, y les dice: «Soy mandado por el Supremo Director del Estado cerca de este honorable pueblo de Santa Fe...» Les habla entonces largamente de la necesidad de la unión *entre todas las provincias confederadas,* ante el común peligro de muerte, y agrega: «Vuestras Señorías deben tener presente que los ultrajes a este pueblo, con-

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

sumados por los generales Viamont y Díaz Vélez, han puesto al Supremo Director de parte de vuestros intereses.» Recuerda entonces que Pueyrredón, además de declarar que las invasiones se han perpetrado contra sus órdenes, ha dispuesto la inmediata evacuación de la provincia.

Y continúa: «No es menos expresiva la prueba de sus puras intenciones y de su firme adhesión a la paz, la prontitud con que ha socorrido al general don José Artigas y al Cabildo de Montevideo, en el peligroso conflicto de una nación enemiga. Yo me hallo en la obligación de hacer saber a Vuestras Señorías el pérfido concierto de la corte de Portugal con la de Madrid, por el cual, cediendo ésta la Banda Oriental del Río de la Plata, *adquiere, en recompensa, la ayuda y protección de aquélla para volvernos al yugo*».

Dijo Funes allí que: «el Director Supremo, *fiel a las obligaciones de su puesto y a los sentimientos de la patria,* corrió en auxilio de la aflicción de Montevideo, con un considerable repuesto de pólvora, fusiles y artillería...»

Esto que me estáis oyendo, amigos míos, está literalmente escrito en el acta que os leo; está subscrito por el deán Funes, y es tan auténtico como la carta de Pueyrredón a San Martín, que acabamos de leer, en que le dice: «Los orientales se resisten a unirse a nosotros, y yo me resisto a enviarles auxilios, que sólo han de servir para caer en manos de los portugueses, o que se convertirán contra nosotros». Y es tan auténtico como la nota de Artigas al Cabildo de Montevideo, precisamente escrita entonces, después del Catalán, en que se lee: «No puedo permanecer indiferente ante la conducta criminal y reprensible de Buenos Aires... Yo protesto no omitir diligencia al-

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

guna hasta manifestar al mundo mi constancia y la iniquidad con que se propende a nuestro aniquilamiento. Buenos Aires debe franquearnos los auxilios a que siempre se ha negado, o Buenos Aires será el último blanco de nuestro furor».

El venerable deán, hombre de letra menuda y de grande inocencia, creía haber triunfado, sin embargo, con su alegato, escrito en su apretada letra española, de los irritados santafecinos. Los que lo escuchaban, en representación de la provincia, eran cuatro ciudadanos, no insignificantes por cierto: don Francisco Antonio de Quintana y el comandante de armas don Estanislao López, diputados por parte del gobierno; el doctor don Pedro de Aldao y don José Elías Galisteo, por la del muy ilustre Cabildo.

Imaginad, amigos míos, el efecto que habrá producido allí la aparición del espectro de la Verdad implacable: Artigas. El acta original dice:

«En consecuencia de la anterior exposición, los diputados por parte de las autoridades de este pueblo advirtieron que todo lo que se tratase en la presente sesión había de ser ratificado por el señor Protector General, atento a que la alianza de este pueblo con dicho señor es importantísima, no solamente en su beneficio, sino en el de todas las provincias.»

¡Y este Protector General era Artigas, el Jefe de los Orientales!

Era, precisamente, lo único imposible: irle a decir a Artigas que Buenos Aires lo auxiliaba, y que Pueyrredón lo protegía, porque España y Portugal eran la misma cosa.

El diputado de Pueyrredón podía aceptarlo todo,

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

menos eso; todo, menos encontrarse con la sombra de Artigas, con su mirada impasible y fija.

Contestó, desencantado, según el acta, «que esta disposición (la de hacer intervenir a Artigas) era excedente a sus instrucciones: que, por consiguiente, no podía admitirla sin infracción de las facultades que se le habían cometido, y pidió que, para satisfacción del señor Director comitente, se le diese testimonio de la presente acta».

No era necesario tal testimonio. Pueyrredón ya lo sabía todo: ya había recibido la carta del 7 de septiembre, contestación del gobernador santafecino a la credencial de Funes, en que aquél le anunciaba la inevitable resolución. «Los auxilios que la generosidad y el patriotismo de V. E. han proporcionado a la Banda Oriental, le dice, para hacer infructuosos los conatos del enemigo contra nuestra independencia y libertad, afianzan nuestra confianza, y consolidan la unión que ha de salvarnos en la gloriosa lucha que sostenemos...» «Pero yo espero, agrega Vera, que se nos hará justicia.» Y, con este motivo, reproduce, en palabras temblorosas de indignación, su expresión de agravios contra los generales porteños. «Es el menor de sus crímenes, dice, haber desobedecido las órdenes de V. E.... Por enorme que sea ese desacato, no puede entrar en el cotejo con los que han cometido, hollando todas las leyes de la naturaleza y del honor, en todo el tiempo que atravesaron estas campañas, y en los 28 días de su odiosa mansión en esta ciudad...»

No me es grato que sigamos leyendo este papel... Es largo... es triste... Pero sí quiero que sepáis que ahí está, extraído, lo mismo que el acta, del archivo del deán Funes, por Vedia y Mitre, que acaba de pu-

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

blicarlo en su libro *El deán Funes y la Historia Argentina.* Todo eso, y lo concordante, os será útil cuando oigáis a los fariseos de nuestra historia platense imputar a nuestro inmune Artigas, y a *las bandas artiguistas,* todos los delitos de aquellos tiempos.

Quiero reclamaros, sin embargo, amigos míos, algo que me pertenece. Al verme insistir en este punto, no me juzguéis movido sólo por un espíritu de represalia, que no se compadece con la grandeza del rapsoda de los héroes. Bien es verdad que Artigas ha sido muy injustamente ofendido: «el gran calumniado de la historia de América», le llama el decreto a que obedezco cuando os hablo. Se disculparía, pues, se explicaría cuando menos la represalia. Pero yo la rechazo altivamente, como una debilidad. Aquiles ofrece a los manes de Patroclo la bárbara profanación del cadáver de Héctor; degüella, en la pira funeraria, doce jóvenes héroes del enemigo, junto con los bueyes, y los corderos, y los perros domésticos, y los caballos, del holocausto vengador. Artigas no es el «matador de hombres de rápidos pies»; el humo de tales hecatombes antes ofende que aplaca su venerable sombra. Yo hubiera puesto aquí dos o tres equis, o jotas, o asteriscos, en vez de nombres propios, si los de los culpables no fueran indispensables al análisis científico de nuestro problema.

Pero lo es, amigos míos; esos hechos tienen un profundo significado sociológico, que os debo hacer notar. En esos ultrajes de los generales bonaerenses A o B a las pobres masas campesinas, o a las familias, dignísimas, si no opulentas, de nuestras ciudades segundonas, debemos ver algo más que un delito individual: es el del viejo espíritu feudal del gran señor, que no reconoce derechos en la canalla, que aquí ha

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

solido llamarse *caudillaje* o *gauchaje;* es el espíritu del conquistador, precisamente, cuya expulsión constituye la esencia de la revolución de América, y le imprime su carácter democrático, con exclusión de reyes y nobleza hereditarias; es el de la *mita* y la *encomienda,* que persiste en los tuétanos de esos hombres que organizan sus batidas contra las provincias en la ciudad virreinal. Las masas, oprimidas, buscan entonces instintivamente su libertador: el que se hace pobre con los pobres, gaucho con los gauchos, indio con los indios, y se sacrifica en ellos y por ellos. El pastor israelita se convierte en Moisés; el *criollo* americano se transforma en Artigas. Los faraones lo desconocerán en vano: esos héroes llevan el mandato de la zarza ardiente; se la distingue en los rayos de luz de sus cabezas.

El gobernador Vera reclama de Pueyrredón desagravio y justicia; pero nada serían sus iracundas imprecaciones, si no terminara su nota en estos términos:

«A este propósito, paso a manos de V. E., con el número 2, copia autorizada de uno de los oficios que he recibido del Jefe de los Orientales y Protector de los Pueblos Libres, don José Artigas. Las relaciones de este pueblo con el mencionado jefe son muy estrechas. El vivo interés que siempre ha tomado por nuestras desgracias nos constituye en la necesidad de ir conformes con sus sentimientos. El general Artigas no podría mirar sin escándalo que quedaran en la impunidad las crueles vejaciones de un pueblo que se halla bajo su protección.»

Esa invocación al libertador de la especie ahuyentaba, como si fuera un conjuro, el viejo espíritu. Éste huía irritado ante el solo nombre de Artigas. Era un

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

oprobio. Las provincias argentinas debían creer en la protección de Buenos Aires, y contentarse con ella; debían creer en la misión de Buenos Aires y en la virtud que, para desempeñarla, tenían aquellos hombres, y estaba a la vista. Todo lo demás era anarquía, y barbarie, y traición a la patria.

Santa Fe tendrá, por eso, su merecido: dentro de dos años verá de nuevo la invasión de Díaz Vélez, puesto en libertad por Artigas, después de ser su prisionero. Y la tendrá Entrerríos, mientras Artigas sucumbirá a manos del portugués. Se impondrá el Corán por la cimitarra.

No era posible; aquellos pueblos no eran tan indignos de la libertad. Por eso son lo que son. El derrumbe de aquel inconsistente simulacro, que vais a presenciar, será el cumplimiento de una ley histórica. ¿No lo veis venir, amigos míos, inmediato, fatal?

Ahora bien, si la ratificación de Artigas era necesaria en Santa Fe, pensad en si Pueyrredón podía dar por definitiva su conquista sobre Durán y Giró, con sólo arrancarles la firma del tratado de diciembre. Volvamos, pues, a ese tratado concluído con Durán y Giró.

IX

Barreiro, al imponerse de los términos de lo que habían firmado sus plenipotenciarios, siente una congoja mortal: rehusa su aprobación. Él les ha dado plenos poderes, es verdad; pero ¿los tiene él mismo del pueblo para disponer así de sus destinos? Si en la provincia de Santa Fe no podía prescindirse de la ratificación de Artigas, ¿habrá de prescindirse en la Oriental?

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

Barreiro se dirige entonces a Pueyrredón pidiéndole que, con el apremio del caso, pues el enemigo se acerca, se le envíen los auxilios pedidos, pero sin esperar la aprobación del acta de incorporación, que no era posible ratificar con esa premura. Nuestras facultades, decía Barreiro, no son ni pueden suponerse bastantes para disponer de la provincia y del jefe que está a su cabeza; mandadnos los auxilios, si realmente pensáis en socorrernos; el enemigo va a caer sobre nosotros; somos vuestros hermanos agredidos injustamente por el extranjero; estamos en el caso de Chile, cuando menos... ¿No va a Chile San Martín? ¿Y habéis exigido su vida a los chilenos, a trueque de vuestro auxilio? ¿Habéis prescindido de O'Higgins? Ganad, ante todo, el alma de los orientales; mostraos realmente sus hermanos en la libertad democrática, y así adelantaréis en el sentido de la unión; pero no os aprovechéis de su cansancio, de su desgracia, del hambre de Esaú.

No, contestó Pueyrredón, no es posible; si no aprobáis el acta, no tendréis un grano de pólvora de Buenos Aires. La primogenitura ante todo; y después... después resolveremos la cuestión diplomática, en Europa y en Río Janeiro.

Eso es lo que se lee, mis amigos, a la luz del espíritu de la historia, en la larga controversia sostenida entre Montevideo y Buenos Aires, mientras Lecor prepara las marchas de su ejército. Todo en Buenos Aires es escepticismo, incertidumbre, indecisión: las almas cojean: se quiere la incorporación de la Banda Oriental, para gestionar en Río Janeiro amistosamente la confirmación de esa fácil adquisición: hacer de la Patria Oriental un *producto diplomático,* y, de todo el conjunto, un objeto de arreglos con los monarcas

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

de Europa. Es en esos momentos cuando Pueyrredón, el hijo de la patria de Enrique IV, trabaja por traernos la dinastía de Orleans.

Entonces aparece, por fin, el alma fuerte de Artigas, el primogénito; en ella no hay vacilación; su visión es honda y clara. Barreiro no sabe, acaso no sospecha, las reales intenciones de Buenos Aires; pero Artigas, el mensajero, aunque no conoce las gestiones y documentos secretos que hoy conocemos, lo sabe todo por genial intuición. Él tiene la evidencia, eso sí, de la complicidad de Buenos Aires con Portugal, y, si bien no conoce las negociaciones de Rivadavia, García, el Congreso de Tucumán, etc., está también persuadido de que lo que allí se esconde es la traición a la democracia republicana, que él solo debe salvar. Ése es su mensaje. No en balde el deán Funes daba todo por terminado en su misión, sólo al oir el nombre de Artigas en Santa Fe.

Éste va a ser, ahora como siempre, la verdad en medio de tanta mentira, el rumbo fijo en medio de tanto ir y venir sin ton ni son. Él ha autorizado la misión, no hay que ponerlo en duda; ha permitido que se vaya a Buenos Aires, una vez más, en nombre de la federación de los pueblos americanos, a reclamar auxilios; a que se devuelva siquiera a Montevideo una parte de lo que Alvear y los otros le arrebataron. Pero era necesario estar tan ajeno a su carácter y a su pensamiento vital como lo estaban aquellos hombres, para suponer que Artigas había de comprar la plaza de Montevideo al precio de su visión profética. Excusado es decir, por consiguiente, que, al llegar a su conocimiento el tratado subscrito por Durán y Giró, lo rechazó con la misma energía con que había rechazado, dos años antes, las bases de aveni-

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

miento que le propuso, en 1815, Álvarez Thomás. Éste le ofreció entonces, como sabéis, el reconocimiento de la independencia de la Provincia Oriental por parte de Buenos Aires, es decir, su abandono al portugués; hoy se le propone lo contrario: su desaparición absoluta como persona soberana, es decir, el mismo abandono en otra forma. Pero la alianza, la unión de los hermanos en un común propósito de libertad, eso jamás.

¡Sumisión incondicional al Congreso y al gobierno que han pactado la invasión portuguesa! ¡Aniquilamiento de la persona oriental, absorbida, con todos los demás estados, por la entidad que gobierna en Buenos Aires desde sus logias secretas! ¡Desaparición para siempre de esa bandera tricolor, que han amado los héroes muertos, y aman los que van a morir! ¡Y todo eso, en cambio de una quimera: de la promesa falaz de auxilios, para tentar una imposible defensa de Montevideo!

Artigas, desde su campo volante de Santa Ana, se dirige a los negociadores que subscribieron el acta de incorporación, en una severa nota, que debe escribirse en granito:

«Por precisos que fuesen los momentos del conflicto; por plenos que hayan sido los poderes de Vuestras Señorías en su diputación, nunca debieron creerse bastantes a sellar los intereses de tantos pueblos, sin su expreso consentimiento.

»Yo mismo no bastaría a realizarlo sin ese requisito. ¡Y Vuestras Señorías, con mano serena, han firmado el acta publicada por ese gobierno el 8 de diciembre!

»Es preciso suponer a Vuestras Señorías extranjeros a la historia de nuestros sucesos, o menos intere-

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

sados en conservar lo sagrado de nuestros derechos, para subscribir a unos pactos que envilecen el mérito de nuestra justicia y cubren de ignominia la sangre de sus defensores.

»La misión de ustedes, les dice, ha debido limitarse a recabar auxilios en pro de la causa común americana, y ni ustedes ni el Director Supremo han debido ocuparse en otra cosa, y mucho menos en disponer de los destinos de este Estado.

»Esa acta no es nada, mientras no tenga la ratificación de los pueblos; la precipitación en mandarla imprimir y circular sin ese requisito, no ha sido otra cosa que «ostentar un triunfo que está reservado a otros afanes».

»Tanto ese Director Supremo como Vuestras Señorías conocen bien mi modo de pensar.

»¡Que los momentos son premiosos!

»EL JEFE DE LOS ORIENTALES HA MANIFESTADO EN TODOS TIEMPOS QUE AMA DEMASIADO A SU PATRIA PARA SACRIFICAR ESTE RICO PATRIMONIO DE LOS ORIENTALES AL BAJO PRECIO DE LA NECESIDAD.

»Tengan Vuestras Señorías la bondad de repetir esto en mi nombre a ese gobierno, y asegurarle mi poca satisfacción ante la mezquindad de sus sentimientos.

»En cuanto a la misión de Vuestras Señorías, ella ha cesado, y, si les place, pueden retirarse a Montevideo.»

Pero la indignación de Artigas, su dominio sobre aquel momento histórico y la firmeza de su carácter se revelan, tanto o más que en esa nota a los negociadores, en la energía con que se apresura a prevenir contra el engaño a todas las provincias. Ved los términos airados en que lo hace saber a la de Corrientes,

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

por ejemplo, no bien llega a su noticia el texto de los tratados, el 20 de diciembre: «Es un insulto hecho a mi honor, dice en su oficio, y al decoro de los pueblos orientales la publicación del acta impresa en Buenos Aires, y que tengo el honor de adjuntar a V. S. Su contexto evidencia la pobreza de aquel gobierno en su proyecto y la mezquindad de todas sus ideas».

Esa airada palabra corrió como un relámpago por todo el territorio argentino, y desbarató, una vez más, los planes de Buenos Aires; parece verse a aquel hombre sereno hacer pedazos el tratado y arrojarlo a los cuatro vientos.

Vosotros me diréis, amigos artistas, si en ese modo de hablar reconocéis la voz de un vencido.

X

Genio infernal llama Pueyrredón a Artigas. Es indudable que esa su voz, como lo veis, suena a voz de arcángel. Si es de los infiernos o de las alturas celestes, vosotros lo juzgaréis. El genio de tinieblas es negación. Pero sea de ello lo que fuere, todos estamos conformes, me parece, en que ese hombre Artigas, vive en el fuego, y que ve en la obscuridad; ve en el alma de Pueyrredón. Y se le aparece como un espectro. Dentro de muy poco, para acallar la protesta del pueblo argentino ante la invasión portuguesa, Pueyrredón dará un *Manifiesto*, en que dirá con toda sinceridad: «Pueblos: ningún tratado se hará con los portugueses sin vuestra noticia anterior y vuestro conocimiento. Ejército portugués o de cualquier otra nación no pisará en ningún punto *de esta Banda* sin que encuentre la más viva resistencia. Se llevará la

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

guerra a la Banda Oriental misma; se arrojarán los extranjeros de aquellos campos y de los pueblos que ocupan, y esto se hará bien pronto, *si no somos convencidos plenamente de que lo contrario conviene a nuestros intereses y a nuestra gloria*».

Veréis, amigos míos, que lo contrario, es decir, dejar al extranjero en los campos y pueblos de la Banda Oriental, era lo que convenía a los intereses y a la gloria de la Occidental, según los designios de ese hermano Pueyrredón.

Si en este caso, como en tantos otros, nos imaginamos la historia del Río de la Plata sin Artigas; si nos damos cuenta de lo que hubiera sucedido en América si este Artigas, arriando su bandera, ratifica ese tratado subscrito por Durán y Giró, y se entrega a discreción a los planes de Buenos Aires, la visión del héroe se agranda al proyectarse sobre la obscuridad. Ya os he dicho lo que hubiera acontecido, y lo tocaréis más adelante con la mano; lo que decía el deán Funes a los hombres de Santa Fe: la Banda Oriental hubiera redondeado el *imperio americano* de Portugal; la Occidental, con Chile y demás, hubieran formado la monarquía platense o peruana, a la sombra de la Santa Alianza. En eso hubiera parado la revolución de Mayo, la de Mayo cuando menos.

Pero estaba allí ese genio infernal, ese *bárbaro sublime*.

Esaú, diestro en caza, había dicho a su hermano, el habitador de tiendas:—Ves que me estoy muriendo. ¿De qué me sirve mi primogenitura?...—Y habiendo tomado pan, y el plato de lentejas, comió, y bebió, y se fué.

Artigas, aunque muriendo en los campos con su pueblo hambriento y desnudo, dice al habitador de

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

tiendas: No, no venderé el patrimonio de los orientales al bajo precio de la necesidad.

Él inmune patriarca ha conservado íntegra la primogenitura de su estirpe, lo mejor de su patrimonio. Él conservará el cargo de sacrificador de la víctima propiciatoria.

Y de su linaje nacerá el Mesías de la democracia americana, dueña del porvenir.

Quedaos con vuestras ciudades coloniales, oh vosotros, los habitadores de tiendas híbridas. Abrid esas puertas inermes de Montevideo, para que entre en su circuito el rey de Portugal armado, oh vosotros, los hombres que no sabéis de Mesías prometidos. Artigas, el diestro en caza, se queda en el campo, con su hambre, pero con su primogenitura. Él sabe bien que el enemigo que ataca a Montevideo no es sólo el portugués; él ha dicho, desde el primer momento de la invasión, por otra parte, que Montevideo entraba en su plan de defensa, como una de tantas unidades, como unidad negativa; pero no como la esencial, ni mucho menos. Su fuerza vital está en los campos, en la masa popular argentina autóctona, incontaminada, decidida a morir por la libertad; en la materia cósmica, más o menos caótica, pero fecunda, de que se formará «la nueva y gloriosa nación», si es que, realmente, una nueva y gloriosa nación se estaba levantando entonces «a la faz de la tierra».

XI

Y bien, ha terminado, amigos míos, ese año 1816, que Artigas creía iba a ser *el año feliz para los orientales.*

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

Hablemos del que comienza: del 20 de enero de 1817.

Este 20 de enero de 1817, nobles artistas, es una fecha innocua: en ese día entró triunfante en Montevideo el barón de la Laguna, con los tercios portugueses venidos de Europa. Lo que anunciaba García a sus comitentes.

¿Y qué? Casi no es necesario que os narre lo que allí ha pasado; no tiene nada de imprevisto ni de característico. Es idéntico a todos los casos análogos de la historia universal.

Convencidos los patriotas de que nada podían esperar de Buenos Aires, y, sobre todo, conocido el pensamiento de Artigas de concentrar en sí mismo, y en los campos, la vida germinal, nada había que hacer dentro de las desartilladas murallas de la ciudad colonial. Artigas es el alma de todo, y, una vez que su espíritu abandonó a Montevideo, éste quedó como cuerpo muerto: toda vida lo desalojó y refluyó al centro circulatorio.

Ya os he dicho cómo y por qué no había que pensar en hacer de esa ciudad heterogénea una Numancia heroica, ni mucho menos, en aquel momento.

Los jefes de la pequeña guarnición se reunieron, y acordaron evacuar la plaza. Lecor estaba ya sobre ella; la escuadra de Viana poblaba sus aguas. Conocéis los términos jubilosos en que Pueyrredón anunciaba ese suceso a San Martín.

Los defensores, seiscientos u ochocientos hombres, a cuyo frente marchaban Barreiro y Suárez, con la visión de Artigas, no se rindieron; salieron en silencio, en la madrugada del 19 de febrero, dispuestos a abrirse paso hacia el campo entre el ejército enemigo; alcanzaron, por fin, la pequeña división de

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

caballería de don Manuel Francisco Artigas, y allí iniciaron la reconquista, antes de estar la conquista consumada. Es esa reconquista de Montevideo la que tendrá su término en una batalla que llamaremos de *Ituzaingó*, precedida de otra que se llamará de *Sarandí*, y seguida de la conquista de las *Misiones Orientales*. Pero eso está aún muy lejos, y será largo de contar.

Ya os imaginaréis lo que quedó entonces amortajado en las murallas de Montevideo: lo que siempre se ve en estos casos: un vecindario atemorizado, sin más autoridad que la ilusoria formada por una minoría de cinco miembros del Cabildo que habían quedado, y que, ya desprendidos del núcleo de vida, se erigieron en entidad representativa de la ciudad inánime, para interponerse entre ésta y el conquistador. Esa minoría se reunió, y acordó salir al encuentro de Lecor, y ofrecerle su acatamiento y su apostasía de la fe artiguista, en cambio de su protección contra los que aun pudieran tentar un acto desesperado.

Porque es indudable que los había. Gritos anónimos de ¡mueran los traidores! salían de las impotentes iras comprimidas; se creía en la existencia de planes tenebrosos, mezcla de crimen y de heroísmo... Pero no era posible; la mayoría española, que constituía la ciudad activa, esperaba con ansia a sus hermanos portugueses; la minoría capitular renegó de Artigas, llamó libertador al portugués, le abrió las puertas, salió a su encuentro, le entregó las llaves de la ciudadela, condujo bajo palio al césar vencedor.

Lo que a eso sigue, en tales casos, es bien sabido: celebraciones del triunfo, besamanos, protestas de fidelidad, incorporaciones, cesiones de territorios, etc., etc. Todo lo que ordena el que triunfa.

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

Os engañaría, mis amigos, si os dijera, aunque he llamado innocua a esa fecha, que miro indiferente cómo es arriado de la inerme ciudadela ese venerable tricolor de la primera patria, y cómo es borrado el lema del escudo coronado de plumas: «CON LIBERTAD, NI OFENDO NI TEMO». Ahora suben la bandera portuguesa, y clavan el nuevo blasón con su corona real y sus castillos... ¡Y las fanfarras del ejército europeo lo saludan!

Confieso que también os engañaría, mis amigos, si os dijera que miro indiferente las resignaciones y las apostasías de esos hombres de carne y sangre, por pocos que ellos sean; los desmayos de esos espíritus cautivos; las palideces sepulcrales de esos miedos, hijos del amor a la vida, que encogen el corazón dentro del pecho, y lo dejan flojo y fuera de su sitio, como un cascabel.

Pero líbreme también Dios de dejarme llevar de mi anhelo de ver todo heroico en la historia de mi tierra, y de acompañar en sus severidades de fariseo a los que, para atenuar el delito de Portugal, y, sobre todo, el de sus cómplices americanos, con la depresión de Artigas, se han empeñado en dar un carácter excepcional a esa entrega de Montevideo, y la han presentado como una sincera adhesión del pueblo oriental al conquistador. ¡Eso no!

El heroísmo no es obligatorio a todos los hombres. Por eso son levantados los héroes y los mártires sobre los demás; porque van más allá del deber. No confundamos, sobre todo, en nuestras condenaciones, la debilidad de los hombres que, en Montevideo, estimulados por Buenos Aires, se rinden al portugués armado, que les pone al pecho sus cañones de bronce, con el delito de los que, en Buenos Aires, y en Tucumán, y en Río Janeiro, lo han traído, y lo protegen,

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

y lo protegerán. ¡Oh, no! Son cosas completamente distintas, completamente. No podemos permitir que éstos condenen a aquéllos. Esos amedrentados capitulares montevideanos habían resistido al extranjero y sólo apostataron de la fe ante el peligro inminente. Fueron patriotas; sólo dejaron de ser héroes o mártires. Pero cuando Alvear, Director Supremo de las Provincias Unidas, llama, desde Buenos Aires, al rey de Inglaterra espontáneamente, para rogarle que acepte bajo su cetro estos pueblos, como tribus, incapaces de vida; cuando Rivadavia va a Madrid a ofrecer a Fernando VII, restaurado en su trono absoluto, o a Carlos IV, la sumisión de estos millares de súbditos contritos; cuando el Congreso de Tucumán, y Belgrano, y García, y todos los demás que conocemos, buscan un rey en cualquier parte, para substituir con cualquier corona europea la cimera de plumas de la patria americana que enarbola el bárbaro Artigas, la apostasía no es sólo de la carne flaca: está más hondo; creo que bien comprendéis que está más hondo.

No confundamos, pues, mis amigos, una cosa con la otra: soportar el yugo con buscarlo. Cuidemos mucho de no confundir esas cosas, aunque disculpemos todas las flaquezas de los hombres.

La precaria dominación lusitana durará algunos años, ocho o diez, no me interesa precisarlo ahora; lo veremos más adelante. Lo mismo es cuatro que quince para lo que ahora decimos. Durante esa dominación habrá una minoría, un simulacro o fantasma de representación, que servirá de instrumento al vencedor; que cederá territorios a cambio de cualquier cosa, de un abalorio, de un farol en una isla, de una recoba en la plaza; cesiones nulas que no hay para qué examinar; las actas capitulares que se conservan

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

están llenas de esas apostasías arrancadas a la humana fragilidad; os hice conocer, en otra ocasión, cómo el ilustre Larrañaga, por ejemplo, se resignaba a eso, y por qué se resignaba. Y al par de Larrañaga algunos otros: no tenían temple de mártires de su fe; abjuraban en el tormento.

Pero el odio concentrado al usurpador estuvo allí en perpetua y sorda fermentación; todos sus esfuerzos para radicar su conquista en el alma social serán vanos: el rechinar de los dientes de aquel pueblo en el freno portugués se escuchará en medio de las falaces manifestaciones de obediencia; las tentativas de sacudir el yugo comenzarán inmediatamente, hasta acabar por hacerlo saltar. Los mismos hombres, equivalentes a los *afrancesados españoles*, y a todos sus congéneres del mundo, que, en no escaso número, han secundado la dominación, tienen el odio a ella, en el fondo del alma cubierta de ceniza; creen que proceden ante lo inevitable y por evitar mayores males. Acabarán muy pronto por confesar la fe de Artigas, de que renegaron, y por rendir culto al héroe profético. La resistencia pasiva contra el intruso, el rechazo de sus distinciones, la actitud hosca, el divorcio radical, la formación de sociedades secretas con la idea de la emancipación, son el carácter de aquella vida de algunos años. Saint-Hilaire vió eso muy claramente al pasar entonces por estos países. «Los portugueses están aquí, dice, de una manera precaria y nadie mejor que ellos sabe que muy pronto tendrán que evacuar el país.»

La historia ajena ha cometido aquí perversas injusticias, y hasta ha inficionado la nuestra. Ni un solo vestigio ha dejado en Montevideo esa fugaz dominación lusitana; la tradición doméstica, que conservamos de nuestros abuelos, sólo nos da notas de

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

odio, de desprecio, de repulsión profunda contra aquel usurpador de lengua extraña, que vivió en nuestra casa siempre armado. Nada prueba más enérgicamente la existencia de dos pueblos, de dos caracteres, de dos núcleos cósmicos, biológicos o como queráis llamarles, al Norte y al Sur del trópico, sobre las costas del Atlántico: Montevideo y Río Janeiro.

Y allá, del otro lado, el tercero: Buenos Aires, el núcleo de la región andina.

XII

Entretanto, Artigas está allí. Vais a verlo, mis amigos, inmune en el estrago, salamandra en el fuego, roca en la tempestad.

Pueyrredón tenía razón que le sobraba cuando decía a San Martín: «No envío auxilios a los orientales porque caerán en manos de los portugueses, o se convertirán contra *nosotros*». Tenía razón: sólo es necesario precisar quiénes son esos *nosotros*.

En lo que no anduvo muy acertado, que digamos, el Director Supremo de las Provincias Unidas, fué cuando supuso que el hombre oriental «quedaba reducido a unos cuantos facinerosos refugiados en los bosques», o cuando, el 24 de enero de 1817, cuatro días después de la caída de Montevideo, escribía a San Martín para darle cuenta «*de la total destrucción de Artigas en su territorio*».

¡Como hay un sol que nos alumbra en el firmamento, mis queridos amigos, que eso no es verdad!

¡La destrucción de Artigas! ¡El fin de su resistencia! Ahora comienza precisamente. Tres años de batallas homéricas nos quedan por presenciar; estamos en el principio.

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

Esa bandera tricolor, que es arriada de la ciudadela de Montevideo, va a derramar sus colores, todo su color, en la que Artigas sostiene allá en el Norte; su franja roja diagonal va a tomar en ella la intensidad de la sangre recién salida de la arteria.

Ese Montevideo será reconquistado; pero lo será en el foco de donde partió su conquista: en Buenos Aires y con Buenos Aires, reconquistado, a su vez, para la democracia, por los pueblos todos argentinos, acaudillados por Artigas.

Éste permanece entero como un monolito; su pensamiento resplandece, más sideral que nunca; su mensaje grita en su corazón sonoro. Va a apelar al pueblo argentino, a todo él, al oriental y al occidental; va a reforzar la cohesión de ese pueblo en la libertad democrática, ofreciendo al conjunto, como núcleo de rotación, la vida del pueblo oriental, y va a llevarlo vencedor, con esa bandera que es arriada de Montevideo, con esa misma tricolor, hasta el centro de la plaza de Buenos Aires. Allí caerán los cómplices de la invasión portuguesa, y, con el principio democrático republicano, se salvará el alma de la revolución de Mayo.

Y San Martín, que ha protestado contra la invasión portuguesa, irá al Perú.

Mirad bien, amigos míos, a ese impasible Artigas, semejante a un dios, como diría Homero; distinguid en él al primogénito de América.

La progenitura lleva anexo, aquí como en Israel, el título de sacrificador. Artigas lo será.

E inmolará a su propia hija, que correrá al altar, como la ternera blanca consagrada a los dioses.

Pero será gloriosa en las generaciones.

Y entre las hijas de los holocaustos.

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

CONFERENCIA XX

EL HERMANO DE WASHINGTON

El grito airado de Artigas. — Relaciones exteriores. — Tratado con la Gran Bretaña. — Entrevista en Purificación con el cónsul de Estados Unidos. — Carta de Artigas a Monroe. — Organización del corso marítimo. — Los corsarios orientales. — La goleta «República Oriental». — Gestiones del Directorio de Buenos Aires en Estados Unidos. — La de Saavedra y Juan Pedro Aguirre, en 1811. — La de Manuel Hermenegildo Aguirre, en 1817. — Artigas ante Washington. — Canning y Clay. — La doctrina de Monroe. — Las memorables sesiones del Congreso de Washington. — Triunfo del héroe. — El bravo y caballeresco Artigas, único campeón de la democracia en el Plata. — Misión de Rodney, Graham y Bland. — La fragata «Congress». — El folleto de Cavia o de Pueyrredón. — Informes de los comisionados. — Prometeo encadenado.

I

Amigos artistas:

El grito airado de Artigas, lanzado contra Buenos Aires en medio de sus desastres, parece el de un pájaro en el mar en noche obscura. «Yo protesto no omitir diligencia alguna hasta manifestar al mundo mi constancia y la iniquidad con que se propende a nuestro aniquilamiento. *Algún día se alzará el tribunal que administrará justicia.*»

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

Es mucho énfasis el de este hombre iluminado; parece un loco peligroso, efectivamente. ¡Al mundo! ¿Acaso el mundo piensa en ese pobre pueblo oriental que se desangra? ¿Hay alguien en el universo que esté dispuesto a juzgar la causa de Artigas, y nos permita creer que su grito augural tiene algo siquiera del de aquel atormentado Prometeo, libertador de los hombres, víctima del águila de Júpiter, que le come el hígado a picotazos?

La Europa no sabe, ni tiene por qué saber, que existe tal Artigas; éste no acredita embajadores. El que está por allá es Rivadavia, en busca de príncipe, y sin obtener tampoco maldita la atención de aquellos grandes de la tierra, que lo desprecian, como a todo lo que es americano. Éstos, reunidos en París, como hemos visto, se disponen a resolver las cuestiones de América como resuelven las de Europa: con prescindencia absoluta del pueblo.

En cuanto a los estados hispanoamericanos, tampoco pueden detenerse, ni poco ni mucho, a escuchar a ese hombre que grita su enfático anatema; harto tienen con pensar en sí mismos. Y si algo saben de lo que acontece en el Plata, sólo lo conocen por lo que les dice Buenos Aires, que es quien tiene voz, prensa, enviados más o menos diplomáticos, algún dinero, etc., etc. Y Buenos Aires llama a Artigas facineroso, y bandidos a sus orientales.

El grito de Artigas fué escuchado, sin embargo, en alguna parte. El viento lo llevó consigo, y la figura mítica del héroe, rompiendo los nublados tempestuosos que la envolvían, fué a proyectarse en el cielo del Norte, llena de luz de sol. Todo sociólogo que quiera conocer esta historia, debe detenerse a estudiar las causas y la constitución de ese meteoro,

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

porque en él tiene que haber una intrínseca luminosa realidad.

II

El portugués ha tomado posesión de Montevideo; pero sólo es dueño de la tierra que pisan sus legiones victoriosas; ni siquiera lo es del mar, como lo veremos, pese a su poderosa escuadra. Artigas, el vencido, reaparece inmune entre el humo que se va disipando. Algunos orientales comienzan a renegar del profeta; pero su pueblo ensangrentado, cuya gloria resuena como un himno, lo adora y lo aclama más que nunca; le ofrece con mayor pasión la sangre que le queda; le pide que la tome, que la siembre. Artigas, no el portugués, es el solo soberano de aquella tierra, su solo representante legítimo ante el mundo.

Ahí tenéis al caudillo en su capital, en la verdadera capital primera del Uruguay, dentro del foso artillado del caserío de *Purificación*, al pie de la meseta del *Hervidero;* ahí está su escudo y su lema: «*Con libertad, ni ofendo ni temo*»; flota en el baluarte su bandera tricolor. En *Purificación* continúa su gobierno, y continuará por varios años; la injusta guerra que se le declara ha perturbado su labor civilizadora de edificación, que era su solo anhelo; pero la esperanza de reanudarla da fuerzas a su alma y a su brazo. Allí, en su capital-baluarte, reorganiza su ejército, y conserva la personalidad independiente de la Patria Oriental, no sólo como pueblo soberano, sino como protector de las provincias occidentales, que continúan fieles a la dirección del capitán derrotado; allí está el núcleo del espíritu republicano; allí, por fin, sobre todo, y

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

es esto lo que quiero haceros observar hoy, como complemento de nuestro estudio sobre el gobierno del héroe, el organismo oriental comienza sus funciones de relación con los seres de su especie; van a buscarlo y a reconocerlo como persona jurídica internacional, los representantes de Inglaterra y de los Estados Unidos; sale su bandera armada a recorrer los mares, todos los mares, y a proclamar con imperio la existencia de un pueblo nuevo.

Esto ha desconcertado a mucha gente; a toda esa gente de que habla Carlyle, incapaz de reconocer un rey, aunque lo vea y lo toque, si no ve mantos de púrpura, y carrozas, y cetros de oro, y cuerpo de alabarderos, con su correspondiente banda de trompas y chirimías; si no ve un vástago de reconocida realeza, y fórmulas escritas, por más deshabitadas de toda realidad intrínseca que sean. Ésos, los escépticos y los domésticos de Carlyle, no pueden concebir cómo la Gran Bretaña pudo autorizar a un representante suyo a acercarse al derrotado del *Catalán* y a tratar con él en su capital: en el caserío de *Purificación*.

El cónsul británico en Buenos Aires, por intermedio del comandante de la estación naval, teniente de navío don Eduardo Franklan, concluye, sin embargo, un tratado de amistad con el general Artigas, y regulariza las relaciones comerciales inglesas con el pueblo que éste dirige y representa. Ahí tenéis, en seis artículos, ese tratado, subscrito en el Hervidero, el 8 de octubre de 1817, ratificado en Buenos Aires por el cónsul y el comodoro Bowles, y por Artigas, en Purificación, el 20 de agosto.

En ese convenio internacional, el Jefe de los Orientales se obliga a respetar la seguridad personal y las propiedades de los comerciantes ingleses; pero éstos

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

han de exhibir el pasaporte de la comandancia británica; han de pagar los derechos de importación y exportación, y sólo en los puertos realizarán sus operaciones. La comandancia inglesa, por su parte, hará las gestiones para que el tráfico no sea impedido por los gobiernos neutrales o amigos. No se otorgarán pasaportes ingleses a ningún comerciante que proceda de puertos enemigos, o que se dirija a ellos.

La comunicación y el intercambio de la nueva nación con las demás quedaban, pues, garantidos por la bandera inglesa; el bloqueo portugués burlado; el carácter de beligerantes reconocido a Artigas y a su bandera tricolor.

He de advertiros que, en los mismos términos que a Artigas, el comodoro Bowles se dirigía también oficialmente al Director Supremo de Buenos Aires, al jefe del otro estado del Plata, que contestó cordialmente su correspondencia, atribuyéndole gran importancia, y la transmitió al Congreso de Tucumán.

El cónsul de los Estados Unidos, don Tomás Lloyd, va también, en carácter oficial, al *Hervidero,* a tener una entrevista con el Jefe de los Orientales. Artigas lo recibe noblemente; y, atribuyendo a ese acto del representante de la gran República toda su trascendencia, aprovecha la oportunidad para ponerse en comunicación con Monroe, presidente entonces de la Unión Americana, y le dirige una nota, que es preciso que conozcáis. En ella hace saber Artigas a Monroe que ha tenido ocasión de comunicarse en oportunidad con el señor Lloyd Halsey, cónsul de los Estados Unidos en esta provincia, congratulándose de tan afortunado suceso. «Le he ofrecido, agrega, mis respetos y todos mis servicios; y quiero valerme de esta favorable oca-

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

sión que se me ofrece, para presentar a V. E. mis cordiales respetos. Los variados acontecimientos de la revolución me han privado hasta aquí de la oportunidad de unir el cumplimiento de este deber con mis deseos. Ruego a V. E. se sirva aceptarlos, ahora que tengo el honor de ofrecerlos con la misma sinceridad de que me encuentro poseído *para promover la felicidad y la gloria de esta República.* A conseguirlas se dirigen todos mis esfuerzos, como también los de los miles de mis conciudadanos. Que el cielo escuche nuestras preces.»

Espero que, sin necesidad de que os comente esa interesante comunicación, le daréis todo el alcance que ella tiene.

Artigas, que no ha aceptado trato ni contrato con virreyes, ni enviado embajadores ante las potencias de la Santa Alianza; el hombre que ya en 1814 escribía a Pezuela aquel «han engañado a Usía y ofendido mi carácter cuando le han dicho que yo defiendo *a su rey*», ofrece sus cordiales respetos a Monroe, y busca su mano, y la estrecha en el fragor de la lucha. Es preciso que meditéis un poco en esto, mis buenos amigos.

El gobierno de Inglaterra, que ni siquiera daba audiencia en Londres a Rivadavia, ratificó de hecho el tratado celebrado entre su almirante y el Jefe de los Orientales; pero Monroe, no sólo confirmó también el proceder de su cónsul y reconoció en Artigas el carácter de Jefe de un estado, sino que oyó su voz con singular interés. Hasta ahora ha sido ignorado el destino que dió Monroe a esa comunicación, cuya existencia ha permanecido también oculta hasta ayer no más. Hoy ya sabemos todo eso: la carta del Jefe de los Orientales fué elevada por Monroe al Congreso

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

de los Estados Unidos, cuando éste, por resolución del 5 de diciembre de 1817, pidió antecedentes para juzgar sobre la independencia del Plata. Monroe, en mensaje de 25 de marzo de 1818, la presenta al Congreso, con los documentos que juzga más importantes: la declaratoria de independencia de Tucumán; la nota de Pueyrredón que comunica las victorias de San Martín en Chile; la comunicación de O'Higgins, que transmite las mismas victorias y su elevación al mando supremo del estado; la nota de don José de San Martín, en que éste hace saber la victoria de Chacabuco y la liberación de Chile, etc., etc.

Ése fué el destino de la carta de Artigas. Bueno es que vosotros lo sepáis, mis amigos, porque tenemos que hablar un buen rato de estas cosas: de la recepción de Artigas en el seno de la única nación que, en aquel tiempo, podía ser juez de su causa: la República de Washington.

III

Pero antes, como comentario y complemento de lo dicho, hemos de conocer y apreciar, mis buenos amigos, la nota más resonante acaso que produjo la aparición de la patria de Artigas en el concierto de las naciones. Os la anuncié, como acaso lo recordaréis, cuando estudiamos el gobierno del héroe, y hablamos de su faz internacional. Falto de marina militar para repeler la aleve agresión portuguesa, el Jefe del Estado Oriental echa mano del único elemento que puede substituir a aquélla: organiza el corso marítimo.

El corso, como sabéis, no es otra cosa que el engan-

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

che de naves auxiliares. El buque corsario, como el soldado enganchado, es la unidad naval que, estimulada por el interés privado, se pone al servicio de un estado beligerante, y, enarbolando su pabellón de guerra, persigue la marina mercante del enemigo en aguas libres o enemigas. El corso ha sido abolido, como recurso lícito de hacer la guerra, en el derecho moderno, más o menos teórico; pero advirtamos bien que esa abolición no ha tendido a realizar el verdadero ideal de la civilización, que quiere substraer de la agresión en el mar la propiedad privada inocente, lo mismo que en la tierra; ha tenido por objeto, por el contrario, dar a las escuadras de los poderosos el monopolio de esa injusta facultad de atacar y destruir al que no toma parte en la contienda: al barco inofensivo que navega en aguas libres. ¿No os parece tan injusto y brutal, en ese caso, el barco de guerra que ataca la nave inocente, como el mercante auxiliar debidamente autorizado?

Pero conviene que no nos engolfemos demasiado en esta controversia; no tenemos tiempo. Bástenos recordar que, si bien las grandes potencias modernas se han puesto fácilmente de acuerdo en la abolición del corso, también han estado conformes en oponerse a lo que más reclamaba la civilización: la inviolabilidad del hombre desarmado, y de la propiedad privada, en la guerra marítima. Ayer no más, en el Congreso de El Haya de 1907, fracasó toda generosa iniciativa en tal sentido: ese corso de los fuertes está hoy subsistente.

Ya sabéis que el otro, el de los débiles, fué abolido en el Congreso de París de 1856, después de aquella guerra de Crimea, que todos conocéis, en que Francia e Inglaterra renunciaron al corso, de que no ne-

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

cesitaban; pero recordad que, aun entonces, ni los Estados Unidos, ni Méjico, ni España, quisieron despojarse de él, como recurso lícito de guerra, mientras subsistiera, sobre todo, el derecho de atacar la propiedad privada en el mar; lo consideraron indispensable a las potencias sin marina militar.

Pensemos ahora, amigos míos, en si Artigas, cuarenta años antes de ese Congreso de París, tenía o no el derecho de compartir aquella actitud de Méjico, Estados Unidos y España; en si, falto de todo elemento marítimo, podía o no levantar su bandera de enganche contra la marina portuguesa que lo bloqueaba.

Artigas, con un dominio del derecho de gentes que hoy nos admira tanto como el que reveló del constitucional en sus *Instrucciones*, organizó el corso desde el primer momento de la invasión. En 1816, antes de la caída de Montevideo, armó dos embarcaciones, la *Salcero* y la *Valiente*, cuyo primer viaje anuncia al Cabildo en estos términos: «Marcharon a penetrar en los saltos del Uruguay los dos corsarios, bien pertrechados, para auxiliar por el río nuestros movimientos de tierra. Conviene autorizar el corso, expidiendo la correspondiente patente, para hostilizar por ese medio a los portugueses por mar. La medida, puesta en práctica, comienza a dar buenos resultados».

Barreiro siguió sin demora la indicación: a fines de 1816 expidió en Montevideo patente de corso, en la forma consagrada por derecho, a don Ricardo Leech, capitán de una goleta. Este y sus tripulantes afianzaron el cumplimiento de las cláusulas de la patente, y se obligaron a entregar al tesoro público el diez por ciento de las presas.

Notemos una interesantísima circunstancia: esa go-

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

leta, al recibir el pabellón de Artigas, adoptó el nombre de *República Oriental.*

Os he dicho, amigos artistas, que la organización del corso marítimo por ese gobernante que legisla desde su peñón del Uruguay es quizá la nota más vibrante de aquel período histórico, y una de las más altas de aquel caudillo original. Detengámonos en ella, pues; ninguna nos define con mayor precisión el carácter épico de ese fundador de naciones en los tiempos modernos.

Tengo en mi poder un borrador, que juzgo auténtico, pues, como lo veis, está escrito en aquella época; contiene la *Instrucción* dictada por Artigas para definir los deberes y derechos de sus corsarios. Este precioso documento, nuevo en la historia del Plata, reclama nuestro examen detenido. Es el siguiente:

«ARTÍCULOS DE INSTRUCCIÓN QUE OBSERVARÁ EL SEÑOR COMANDANTE DEL CORSARIO NOMBRADO, SEGÚN EL ESTATUTO PROVISIONAL DE DECRETOS Y ORDENANZAS DE ESTA PROVINCIA ORIENTAL.

»Art. 1.° El Comandante y Oficiales y demás Subalternos del predicho Corsario quedan bajo la protección de las leyes del estado, y gozarán, aunque sean extranjeros, de los privilegios e inmunidades de qualquiera ciudadano americano, mientras permanecieren en servicio del estado.

»2.° Los armadores podrán celebrar los contratos que estimen convenientes con el Comandante, Oficiales y tripulación, debiendo entrambas partes mantener una constancia por escrito del contrato, para hacerlo cumplir religiosamente, en caso de duda, por este Govierno.

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

»3.º Los armadores serán obligados a satisfacer un cuatro por ciento ante este Govierno sobre el producto de cada una de las presas, debiendo en las reparticiones considerarse esta porción como la más sagrada y recomendable para el estado.

»4.º Los armadores y apresadores serán obligados a dar a este Govierno la mitad del armamento y útiles de guerra tomados en las Presas; el resto quedará a beneficio de dichos armadores, con prevención de que si este Govierno los necesita, deberá ser preferido en la compra por su valor ordinario.

»5.º En razón de los dos anteriores artículos, el Govierno concede el privilegio a los armadores y apresadores que las presas vendidas en qualquiera de los puertos de su mando paguen solamente sobre sus efectos la mitad de los derechos ordinarios, que será un doce y medio por ciento, y que no serán gravados estos mismos efectos con pecho extraordinario.

»6.º Los armadores y apresadores serán obligados a satisfacer qualquier auxilio que por vía de reintegro hayan pedido o exigido de los buques mercantes o de guerra del Estado o de otros qualesquiera traficantes de los poderes neutrales o amigos a quienes se les haya exigido por el mismo principio.

»7.º Los armadores y apresadores serán obligados a enarbolar en el corsario la bandera tricolor, azul, blanca y colorada, en el modo y forma en que la usan los demás corsarios y que tiene ordenado la Provincia.

»8.º El Govierno declara por buena presa todo y qualquiera buque navegante con bandera portuguesa y con patente de aquel Govierno, debiendo todos sus cargamentos, buques y efectos ser vendidos o enajenados en justa represalia.

»9.º El Govierno declara por buena presa quales-

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

quiera buque que, reconocido por alguno de nuestros corsarios y *enarbolando el pabellón de la Provincia*, se les haga el menor movimiento de hostilidad, con justificación de no haber sido provocado por ellos.

»10. El Comandante de corso podrá reconocer qualesquiera buque navegante, y si lo encontrase con armamento, útiles de guerra y papeles oficiales de qualesquiera de las dos majestades española y portuguesa *relativas a la subyugación y nueva conquista de estas provincias u otras qualesquiera del continente americano* será, por el mismo hecho, declarado buena presa.

»11. El Comandante de corso apresará qualesquiera buque navegante que fuese encontrado sin credenciales de alguno de los goviernos reconocidos, y será reputado como pirata, a no ser que el capitán y tripulación de dicho buque justifique la casualidad de este incidente.

»12. El Comandante de corso, habiendo hecho las presas por qualesquiera de las causales indicadas en los artículos anteriores, podrá remitirlas con qualesquiera de sus oficiales de presa, autorizándole para que pueda enajenarlas o venderlas en qualquiera de nuestros puertos u otros de las Provincias neutrales o amigas.

»13. Ni el Comandante de corso ni alguno de sus Oficiales podrá tomar ninguno de los buques mencionados, siempre que se hallen a un tiro de cañón de los puertos neutrales o amigos, o a la misma distancia en qualesquiera de sus costas, en cuyo caso, gozando inmunidad aquel terreno, declaro ser nula aquella presa, aun cuando por nuestro corsario hayan sido perseguidos dichos buques enemigos desde mayor distancia.

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

»14. El Comandante y demás Oficiales de corso guardarán y harán guardar la mayor moderación posible con los prisioneros de guerra, usando con ellos la mejor conducta, según el derecho y costumbre de las otras naciones civilizadas.

»15. El Comandante y demás Oficiales de corso guardarán y harán guardar a la tripulación el mejor orden en la visita de los buques y reconocimiento de las presas.

»16. El Comandante y Oficiales de presa están obligados a remitir a este Govierno todo y qualquiera papel interesante hallado en dichas presas, los que serán conducidos con la brevedad y seguridad posibles.

»17. El Comandante y Oficiales de presas, en caso de hallar alguna contradicción en qualesquiera de los puertos neutrales o amigos para su venta, ocurrirán a este Govierno con los justificativos suficientes del apresamiento, y, calificado que sea, hacer el reclamo y gestiones convenientes.

»18. El Comandante y Oficiales de corso guardarán y harán guardar a la tripulación el mejor orden, y cuidarán de la más puntual observancia de las leyes penales.

»Y para que dichos artículos tengan toda la fuerza y valor, van firmados de mi mano y sellados con el sello de la Provincia. Dado en...»

Os invito a consagrar un momento de atención, mis buenos amigos, a esos 18 artículos. Así como en sus *Instrucciones* del año 13 consignó Artigas sus principios de Derecho Constitucional, en éstas establece, como lo veis, los más adelantados del Internacional a que somete su conducta. No hay, ni en aquéllas ni en éstas, ninguna novedad jurídica; pero

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

si se piensa en que esa *Ordenanza sobre el Corso Marítimo,* que hoy podría someterse al examen de un Congreso de naciones, ha salido de la ambulante cancillería instalada en la tienda del *Hervidero,* la adopción de tales principios cobra aquí un color original y grande. La redacción de esa *Ordenanza* debe ser atribuída, es mi parecer, al Padre Monterroso, sucesor de Barreiro en la secretaría de Estado; pero, en este caso, como en el de las *Instrucciones* del año 13, y en el de la *Ley de Tierras públicas,* y en el de la *Reglamentación de Aduanas* y demás leyes de este género, es en Artigas donde el pensamiento es acción y vida; es ese hombre quien, solo en su tienda con sus secretarios, sin asambleas ni congresos, que no puede convocar, constituye, sin embargo, el vértice a que convergen ideas y principios para formar un alma nueva. No es éste, pues, el *guerrillero heroico, genial,* que han visto algunos en Artigas.

En ese papel, como en cualquier otro, me parece, podéis percibir el pensamiento y el carácter del fundador de una nación; la conciencia plena que lo asiste de su representación soberana; el celo por el honor de su bandera, que llama *de la Provincia* en el sentido claro de *estado libre en la confederación de América;* el respeto por los principios que rigen las relaciones de los pueblos civilizados, a los que incorpora el suyo recién nacido en condiciones de igualdad.

Pero antes que los principios que en ella se consagran, yo quiero haceros advertir aquí, una vez más, el concepto que de sí mismo y de la misión de su pueblo tiene el gobernante del *Hervidero.* Artigas pone, a la sombra de la bandera tricolor, no sólo las provincias rioplatenses, *sino cualquiera del continente americano que pueda ser amenazada de subyugación o nueva*

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

conquista por las antiguas majestades. La bandera que tal pretenda es, por ese solo hecho, pabellón enemigo ante el derecho de gentes.

Si recordáis, amigos artistas, las *Instrucciones* de 1813, el *Zollverein* aduanero de 1815 y las demás leyes y actitudes concordantes del gran caudillo, que os he hecho conocer, acaso se os ocurra pensar en que no fué Monroe, el presidente de los Estados Unidos, quien primero proclamó el principio aquel de «*América para los americanos*».

Y si sois capaces, como no lo dudo, de ver sólo un accidente en la diferencia que existe entre el palacio de gobierno de Washington y la tienda del Hervidero, espero que sentiréis en éste, más aun que en aquél, la presencia del grande espíritu. La *Doctrina de Artigas* es más *internacional*, cuando menos, que la *Doctrina de Monroe;* no lo pongáis en duda; ésta, la de Monroe, era una base de legislación interna, un *criterio político*, si queréis, del pueblo angloamericano, sobre sus relaciones exteriores; aquélla, la de Artigas, era *una ley de confederación hispanoamericana*, que el héroe promulgaba, y a la que se sometía como a una ley natural que a todos se imponía. El héroe verdadero del *panamericanismo* estaba entre nosotros y hablaba en español.

Como el caudillo lo presumía, su idea cobró enormes proporciones. Armados y equipados al principio en Montevideo, y principalmente en la Colonia, los corsarios orientales comenzaron a romper el bloqueo y a perseguir el comercio portugués en el Río de la Plata y aguas adyacentes; pero en seguida se lanzaron a pleno Atlántico, que cruzaron en todas direcciones, en busca de su presa. Los marinos de Estados Unidos,

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

los de Baltimore sobre todo, acudieron al llamado del Estado Oriental, y, enarbolando su pabellón de guerra, aniquilaron el comercio enemigo. La travesía de Portugal al Brasil se hizo casi imposible: Río Janeiro, Pernambuco, Bahía, Oporto, Lisboa, sufrían pérdidas invalorables. El gobierno de don Juan VI recurrió en vano a los viajes en convoy; las presas caían una tras otra, y eran vendidas públicamente en los puertos de Estados Unidos, en Baltimore especialmente, centro de los armamentos. Los corsarios orientales se hicieron célebres por su valor y audacia; llevaron ésta hasta atacar el pabellón enemigo en sus propios puertos, en el mismo de Lisboa, bajo el fuego de sus baterías.

Convengamos, amigos míos, en que la voz de esos cañones, los solos que en los mares europeos repelieron la fuerza con la fuerza, fué la primera proclamación del derecho hispanoamericano recién nacido; esa voz de Artigas, que sonaba en los oídos de la Santa Alianza, era la rectificación de las protestas de acatamiento que otros le hacían oir, y que ella no quería escuchar.

No; aquellos corsarios, amigos míos, no eran piratas o bandoleros del mar, como alguien ha dicho; invocaban un derecho agredido; enarbolaban un pabellón reconocido como nacional, cuyo enemigo exclusivamente perseguían; formaban parte, como los cuerpos francos o los pueblos levantados en masa, de la fuerza pública de un estado. Eran la codicia lanzada contra la codicia; el hecho contra el hecho.

Esos mercenarios fueron nuestros auxiliares; eran nuestros, porque los pagábamos ¡y cuán caro! con la sangre de los que caían, a la sombra del mismo pabellón, en *Corumbé*, en el *Catalán*, en *India Muerta*, y

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

compraban con ella, para su patria, el título de persona internacional.

¿Cómo no mirar, entonces, con simpatía, a esos primeros heraldos, en el viejo mundo, de nuestra recién nacida beligerancia, oh amigos míos?

¿No os he de hacer mirar, con el interés con que yo lo miro, a ese barquichuelo vaticinante que, por primera vez, pasea sobre las aguas, como una palabra del porvenir, ese nombre querido de *República Oriental?*

La actitud de los Estados Unidos fué, en este caso, muy sugerente; los enemigos de Artigas la calificaban de complicidad con la *piratería.* El gobierno de don Juan VI reclamó ante el de Washington, pero sin resultado; recurrió entonces, abrumado y suplicante, a quejarse de las agresiones de Artigas ante las grandes potencias reunidas en *Aix-la-Chapelle,* y allí obtuvo que los gobiernos dueños de colonias prohibiesen la entrada a sus puertos de los corsarios orientales. Reanudó entonces sus trabajos en Washington; fundó su nueva instancia en el hecho de haber ya arrebatado *legítimamente* todos sus puertos a Artigas, lo que lo inhabilitaba para expedir patentes de corso... Salió, por fin, con la suya: el Congreso de Washington, en marzo de 1817, prohibió el armamento de corsarios, y el Ejecutivo la admisión de presas en los puertos de la Unión. Pero es preciso reconocer que no fué grande el celo desplegado en la ejecución de tales leyes y decretos. El Congreso y el Ejecutivo de la Unión cedían ante las circunstancias; pero la patria de Washington no podía olvidar tan pronto que, en su guerra de independencia, aun teniendo, como tuvo, el apoyo de la escuadra francesa, echó mano resueltamente de sus corsarios, tan audaces como los de Artigas; aniquiló con ellos el comercio de

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

Inglaterra, y apresuró el reconocimiento de su persona soberana.

Pero no sólo por eso se negaron los Estados Unidos a considerar como pabellón pirata el tricolor de los corsarios de Artigas. Hemos llegado, amigos artistas, a la oportunidad de hablar de lo que antes os decía: del juicio que de la persona y la causa y de la bandera del gran caudillo platense se había formado la República del Norte.

IV

Conocidas nos son las gestiones diplomáticas de los Directorios de Buenos Aires en Río Janeiro y en Europa. En todas ellas, iniciadas y seguidas, como sabéis, sobre la base del acatamiento al rey, Artigas, o no ha figurado, o ha aparecido como un bárbaro, cuya destrucción con todo su pueblo es gloria y provecho: es un facineroso en la tierra; un pirata en el mar. No era difícil convencer de eso a los reyes europeos, convencidos como lo estaban de que, en estos mundos americanos, quien más quien menos, todos eran bárbaros, cualquier fuera el pabellón que levantaran.

Pero al mismo tiempo que esas gestiones monárquicas se seguían en secreto, el Directorio de Buenos Aires, por resolución del Congreso, inició, en este año de 1817, negociados paralelos en Estados Unidos, con objeto de buscar la amistad de la gran República del Norte, y obtener de ésta el reconocimiento de la independencia de las Provincias del Río de la Plata, *a título de identidad en los ideales políticos.*

Esos negociados, de que voy a daros cuenta detalla-

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

da, no habían sido los primeros intentados en Estados Unidos. En mayo de 1811, cuando Artigas triunfaba en *Las Piedras* precisamente, la Junta Gubernativa de Buenos Aires, la que había nacido de la asonada del 5 y 6 de abril, que derrocó a la formada el 25 de mayo de 1810, había comisionado a don Diego de Saavedra y a don Juan Pedro Aguirre, para que fueran secretamente, con los nombres supuestos de Pedro López y José Cabrera, a Estados Unidos, gobernados a la sazón por su cuarto presidente, Jacobo Madisson, a comprar armas y hacer conocer allí la revolución del Plata. El ministro de Madisson era Monroe. Éste acordó a los comisionados una audiencia confidencial, en la que manifestaron que el deseo del país era el de constituirse en nación independiente, para lo que pedían protección. Dos días después Monroe, en nombre de Madisson, contestó «que los Estados Unidos verían con agrado la emancipación de sus hermanos los pueblos del Sur, *bajo una constitución liberal*», y que, en ese concepto, les prestarían el apoyo compatible con las circunstancias. Los comisionados contrataron entonces, con la casa Stephen Gérard, la adquisición de veinte mil fusiles y gran cantidad de pistolas y sables. Stephen obtuvo de Monroe que, para evitar retardos, esas armas se sacasen de los arsenales de la nación, en los que serían repuestas, y que se entregasen las mejores, y a precios reservados. En cuanto a su pago, el gobierno de la Unión se satisfacía con la garantía de un comerciante de crédito en el país. Pero la Junta de Gobierno de Buenos Aires, agobiada entonces por el desastre del Desaguadero, y resuelta a su arreglo con Elío, en que reconocerá a Fernando VII, ordenó a sus comisionados que no extendieran sus gastos más allá de la suma

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

que tenían en su poder. Ésta había sido ya invertida en la adquisición de mil fusiles. Por otra parte, esa Junta, como todos los gobiernos bonaerenses, era precaria; será substituída muy pronto, en septiembre del mismo año, por el Triunvirato, y éste por el Directorio, etc. No se veía allí una persona permanente al través de las variaciones constantes. Sus comisionados tuvieron que regresar a la patria, a la que arribaron el 14 de mayo de 1812.

Como lo veis, mis amigos, los Estados Unidos se presentaron dispuestos, desde el primer momento, a secundar la revolución del Plata; pero en el concepto de que estos pueblos *se emancipasen realmente, bajo una constitución liberal.* La República del Norte quería cerciorarse de que, efectivamente, el Río de la Plata pensaba en la independencia, es decir, en la democracia republicana.

Ya sabéis vosotros lo que ha pasado, desde que esos comisionados de Buenos Aires hablaron a Monroe de independencia en 1811, hasta el momento en que estamos (1817), en que un nuevo embajador, don Manuel Hermenegildo Aguirre, va a hablarle de lo mismo. Y si vosotros lo sabéis, mejor lo sabía Monroe. Allá, en los Estados Unidos, se conocía todo: desde las gestiones de Alvear para entregar a la madre patria Inglaterra el Río de la Plata, en compensación de lo que perdió en el Norte; desde las idas y venidas de Rivadavia a Madrid a ofrecer a Fernando VII, restaurado en su trono absoluto, la sumisión de sus súbditos americanos, hasta las gestiones pendientes con la Santa Alianza y la entrega de la Banda Oriental al rey portugués. Vais a ver cómo todo eso se conocía, y, sobre todo, cómo se sabía también quién era y a quién representaba Artigas.

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

Presentar a éste, en los Estados Unidos, como un salvaje o facineroso, merecedor de muerte de fiera, no era obra tan sencilla como condenarlo ante los monarcas de Europa, o en los decretos del Directorio, o en los panfletos locales. El enviado de Buenos Aires va a encontrarse allí con una sorpresa: va a presenciar la primera apoteosis de ese odiado personaje, realizada precisamente en los momentos de su infortunio, de su abandono y sus desastres. Alguien ha escuchado, pues, sus gritos y conjuros: el solo que, en el mundo, puede oir y juzgar la causa del Nuevo Mundo republicano.

V

No perdáis de vista, mis pacientes amigos, el momento en que nos encontramos. El portugués, apoyado por el director Pueyrredón, es dueño de Montevideo, donde lo sitiarán y acosarán los patriotas, mientras tengan sangre que verter. San Martín ha pasado los Andes y entrado vencedor en Santiago, donde, reconociendo la soberanía del pueblo chileno, acata como director supremo al general O'Higgins, jefe de los chilenos. Rivadavia, tras el fracaso de la negociación para coronar al infante don Francisco de Paula, está en Europa, donde, después de presentar al rey de España, el amado monarca, los sentimientos de lealtad de sus vasallos americanos, y de recibir los mayores desaires en su plan de reconciliación, urge a Pueyrredón para que haga declarar la monarquía en el Plata; gestiona, con instrucciones expresas del Congreso, la coronación, en el Plata y en Chile, de un príncipe de las casas reinantes, sostenido por

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

las grandes potencias europeas; se dirige a estas potencias, reunidas en Aix-la-Chapelle, y hace toda clase de esfuerzos por dar a la revolución de Mayo, como solución, una corona apoyada en soldados de ultramar. García está en Río Janeiro cultivando la alianza de Portugal contra Artigas, como agente de Pueyrredón y del Congreso; envía al Supremo Director un proyecto de tratado, y, para conjurar el peligro de que el gobierno pueda romper con Portugal, a causa de la usurpación de la Banda Oriental, le dice en comunicación de 25 de abril de 1817: «Demos por supuesto que triunfamos de los portugueses y que los obligamos a desalojar la Banda Oriental. ¿Hemos ganado algo en fuerza y poder? No, señor; *entonces el poder de Artigas aparecerá con mayor ímpetu y será irresistible*. La naturaleza de ese poder es anárquica, es incompatible con la libertad y la gloria del país. Artigas y sus bandas son una verdadera calamidad... No tenemos otro sacrificio que hacer sino dejar, por algún tiempo más, el territorio ocupado en manos del extranjero... Nos privamos temporalmente *de un territorio que, evacuado, no volverá a nuestro poder*».

Ése será siempre el criterio de García y de los suyos; si ese territorio no vuelve a poder de Buenos Aires, no hay para qué pugnar por que salga de manos del extranjero; sólo se le disputará al extranjero diplomáticamente, para hacerlo propio; no para hacerlo libre, dueño de sí mismo, miembro personal de la familia española, como Chile o el Perú.

Artigas, entretanto, en su homérica capital primitiva, continúa su resistencia contra el invasor portugués, y enarbola la franja roja diagonal de su bandera republicana.

Y es en esas circunstancias cuando Pueyrredón

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

envía a los Estados Unidos ese agente de que os hablo, don Manuel Hermenegildo de Aguirre, con el objeto de recabar de la gran República el reconocimiento de la independencia de las Provincias del Plata y la protección del gobierno americano, *a título de fraternidad en el ideal político*. Ha de hacer las mismas protestas que hicieron don Diego de Saavedra y don Juan Pedro Aguirre en 1811.

El señor Aguirre, que va también encargado por San Martín y O'Higgins de adquirir barcos y armas para Chile y distribuir patentes de corso argentinas y chilenas, llega a Baltimore en julio de 1817, es decir, muy poco después de ocupado Montevideo por el ejército del rey portugués, de acuerdo con el representante de Buenos Aires en Río, y con las instrucciones del Congreso de Tucumán, y con todo lo demás que sabemos.

El ilustre Monroe, el mismo que, como ministro de Madisson, había recibido en 1811 a los primeros enviados confidenciales, es ahora quinto presidente de la gran República. Mr. Quince Adams, que lo sucederá en la presidencia, es su ministro.

Fijémonos ahora en Mr. Clay. Éste, que aspiraba al ministerio, como base de su candidatura a la futura presidencia, ve su derrota en la elevación de Adams, y se constituye en *leader* de la oposición, en la Cámara de representantes, contra Monroe y su gobierno. Esa su plataforma de política interna dará resonancia a su nombre en la internacional de América.

¿Qué dirá Aguirre a Monroe, a Adams, al pueblo angloamericano?... ¿Les dirá que las Provincias del Río de la Plata, que han declarado su independencia en Tucumán, fraternizan con sus hermanos del Norte

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

en la defensa heroica del principio republicano, y les pedirá su apoyo, en consecuencia?... ¿Les dirá eso en los precisos momentos en que Pueyrredón, de acuerdo con San Martín, reorganiza la Logia Lautaro, que, según dice López, tenía por objeto «acabar con el espíritu republicano y crear una monarquía sometida a un príncipe portugués, español, o al mismo Fernando VII», y en los clásicos instantes en que el Congreso de Tucumán, que se trasladaba entonces a Buenos Aires, ordenaba que se hiciese saber a la corte del Brasil que los pueblos argentinos abdicaban de sus ideas democráticas, y que estaban dispuestos a aceptar una monarquía de Braganza, es decir, a sellar la bandera bicolor con los jeroglíficos del rey?

Sí, eso dijo Aguirre, en hora feliz, a los Estados Unidos: invocó la identidad de los principios políticos. Y digo en hora feliz, mis bravos amigos, porque ello dió ocasión a que se pronunciasen, en el Congreso de la República de Washington, las memorables palabras que son sentencia y apoteosis del prócer oriental: «*El único demócrata de las Provincias Unidas del Río de la Plata es el bravo y caballeresco republicano general Artigas.*» «*The brave and galant republicain general Artigas.*»

Lo que dijo Aguirre fué lo que debía decirse, en los Estados Unidos, para reclamar el reconocimiento y el apoyo de la gran democracia del Norte en favor de la revolución de Mayo. Aguirre afirmó que ésta fué una revolución democrático-republicana, un estallido contra los reyes que sojuzgaban la América; dijo que sus luchas por la libertad, *en especial las empeñadas en la Banda Oriental,* le daban títulos de gloria, etc., etc. Todo eso era la verdad; eso era, efec-

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

tivamente, la revolución iniciada el 25 de mayo de 1810. Pero no estaba habilitado, para ser órgano de esa verdad intrínseca, un agente de Pueyrredón y del Congreso de Tucumán, un colega de Rivadavia. Eso hubiera podido ser dicho, con serena altivez, por un representante de Artigas; pero éste, ocupado en restañar los chorros de sangre de su pueblo, no podía enviar embajadores a Monroe ni defenderse en los Estados Unidos. Apenas si pudo trazar, sobre el arzón de su caballo de batalla, las pocas palabras de la carta memorable que conocéis, en que ofrece sus respetos al fuerte de la tierra, e invoca el auxilio del Fuerte de los Fuertes, que está en el cielo.

Y sin embargo, ellas fueron bastante; Artigas fué defendido en los Estados Unidos como héroe jamás lo ha sido. Esa defensa es un fenómeno sociológico con pocos precedentes.

¿Es el eco o la ratificación de ella lo que nos trajo Mr. Elihu Root, el embajador de Roosevelt, cuando hace muy poco tiempo (en 1906) nos dijo que «*fué el alma turbulenta e infatigable de José Artigas la que hizo la independencia del Uruguay*»?

Pero otra voz, más reciente aún, espontánea y generosa, venida del Norte, nos acaba de decir algo más.

En el mes de junio de 1910, cuando se celebraba el centenario de la revolución de Mayo, sin que en Buenos Aires se pronunciara el nombre del vencedor de Las Piedras, condenado al destierro de la posteridad, nuestro presidente Williman, en cuyo nombre os hablo, recibía, como ministro plenipotenciario de los Estados Unidos, a Mr. Morgan. El 8 de ese mes, presentaba éste solemnemente al contralmirante Stauto, y dirigía al presidente del Uruguay estas palabras,

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

que todos los orientales hemos escuchado conmovidos, y que deben incorporarse a nuestra historia:

«Señor Presidente: Cuando tuve el honor de presentar mis cartas credenciales a V. E., le anuncié que un almirante de la marina de guerra de los Estados Unidos vendría con el cometido de visitar y felicitar a los países de la costa oriental del continente, que consiguieron su independencia hace un siglo.

»De acuerdo con el expresado anuncio, me es grato ahora presentar a V. E. al señor contralmirante Sydney A. Stauto, que, después de haber participado de los festejos del centenario en Buenos Aires, viene a Montevideo a saludar la bandera de la República Oriental del Uruguay, atestiguando una vez más los sentimientos de confraternidad que unen a las marinas del Uruguay y los Estados Unidos.

»Es pronóstico de buen augurio, que jamás buques de guerra de la marina de Norte América hayan llegado a las aguas del Río de la Plata sino en misión de paz y de amistad. Así ocurrió en 1818, con la llegada de la fragata *Congress*, que conducía la comisión que, en cumplimiento de instrucciones del presidente Monroe, debía estudiar las condiciones políticas de las Provincias Unidas del Río de la Plata e informar respecto del reconocimiento de su independencia, *en aquellos momentos difíciles para el patriota y bizarro Artigas, que, con razón, ha sido llamado el Washington del Uruguay.*»

El doctor Williman contestó, en nombre del pueblo oriental: «Yo agradezco a V. E. el recuerdo dedicado a la personalidad de nuestro Artigas, cuya actuación reverenciamos todos los uruguayos».

Era de agradecerse, efectivamente. Nada más oportuno que esa fuerte declaración, para celebrar, con

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

los hijos de Artigas, en nombre de la patria de Washington, el aniversario de la independencia de estos países de la costa oriental del continente; nada más oportuno.

¡El Washington del Uruguay! Valiente y honrada frase.

Mr. Morgan, que tal decía, es un gentil representante de su patria; pero es también, en su tierra, un profesor de historia; lo es de largos años atrás.

Las páginas de la historia angloamericana que Morgan ha estudiado, para poder designar a Artigas con el predicado de *Washington del Uruguay,* son las que voy a haceros conocer ahora, amigos artistas. Esas páginas no figuran generalmente en la historia del Río de la Plata, que está llena de lagunas; lagunas estancadas que hemos de cegar echando en ellas verdades y verdades; las hemos de cegar, así sean más profundas que el Océano. Que no lo son tanto, ni mucho menos, como lo estamos viendo.

Hablaremos, pues, de esa fragata *Congress,* recordada por Morgan en su discurso, y de la comisión que vino en ella con instrucciones de Monroe. También de los momentos difíciles para el patriota y bizarro Artigas, en que aquélla llegó al Plata.

De todo eso hablaremos amablemente.

VI

Aguirre, el embajador de Buenos Aires, es recibido por el presidente Monroe, quien, en la única conferencia que con él celebra, le protesta la amistad de la América del Norte hacia la del Sur; pero con las reservas impuestas por la diplomacia, y conciliando la

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

protección *indirecta y disimulada,* que le hace esperar, con las relaciones amistosas que los Estados Unidos cultivan en esos momentos con España.

El agente argentino se pone entonces en comunicación escrita con el ministro Adams, al que elocuentemente expone los títulos que tienen las Provincias del Plata al reconocimiento; pero al entrar a precisar su negociado, el representante de Buenos Aires se ve desconcertado por la siguiente pregunta, que le hace el ministro de Monroe: —¿Cuáles son los territorios que han de constituir el nuevo Estado cuya representación invocáis, y cuya independencia queréis ver reconocida por la democracia de Washington?...

Aguirre contesta con vacilación:—Son los que constituyeron el virreinato español del Río de la Plata.

—Y ese territorio que gobierna Artigas, responde Adams, ¿no formaba parte del virreinato?... Habéis presentado poderes del gobierno de Buenos Aires; nos traéis una carta de O'Higgins, el jefe de los chilenos. ¿Traéis alguna de Artigas, el Jefe de los Orientales, con quien ha tratado nuestro cónsul, que ha estado en comunicación con nuestro presidente, que nos ha ofrecido su amistad republicana? Decís que sois agente de los gobiernos argentino y chileno. ¿Y el oriental?... ¿Quién os da la representación de ese pueblo heroico, que, como Chile, está separado de Buenos Aires por fronteras naturales, y que quiere su autonomía?... Yo veo allí a ese hombre Artigas, que lucha solo con su pueblo, y que, cuando menos, representa tanto como O'Higgins. ¿Quién es ese Artigas? Yo veo a Montevideo en poder de un monarca europeo, del portugués, hermano del español, protegido de la Santa Alianza, que no puede ser nuestra amiga. Y ese rey extranjero está allí,

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

con el beneplácito del gobierno de Buenos Aires, que vos representáis, y que pide el reconocimiento. ¿Quién me garantiza entonces la estabilidad, la verdad de esa patria, de principios idénticos a los nuestros, de que me estáis hablando?... Y si ese Artigas, Jefe de la Banda Oriental, que proclama la independencia republicana, dijo expresamente Adams, me pide el reconocimiento que vosotros me pedís, el reconocimiento de su independencia de España y de Buenos Aires, ¿qué le contesto, si hoy reconozco su dependencia de vosotros sin su voluntad o contra ella?... ¿Me he de poner contra él, en la lucha que sostiene con vosotros, aliados del rey de Portugal, en defensa de la democracia?... ¿Y si el mismo portugués me pide el reconocimiento de su dominio sobre Montevideo, su ciudad conquistada?...

Adams, el pueblo americano, mis amigos artistas, no conocían, como nosotros conocemos hoy, en todos sus detalles, la gestión que precedió a la invasión portuguesa; todo eso ha venido a conocerse 60 años después; pero conocían lo suficiente para formar su juicio. El representante de los Estados Unidos en Francia, Mr. Gallatin, estaba impuesto de los proyectos de Rivadavia, que le había sido presentado por Lafayette; el representante de los Estados Unidos en Inglaterra, Mr. Ricardo Rush, neutralizaba en esos momentos, ante Lord Castlereagh, el proyecto de éste, de mediación de Inglaterra en Europa, para restituir a España sus dominios, y negaba el concurso de esos Estados Unidos a todo arreglo que no tuviese por base la independencia de las colonias españolas; estaban también en autos sobre el espíritu monárquico predominante en los directorios de Buenos Aires, y sobre la intervención de éstos en la invasión por-

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

tuguesa. Los Estados Unidos sabían, pues, todo lo esencial, absolutamente todo.

Aguirre tuvo que contestar a la formidable objeción de Adams. Allí no podía recurrir a la gratuita depresión de Artigas; no le era dado salir del paso con decir que éste era un caudillo anárquico y vulgar, mientras sus enemigos eran el orden; mucho menos con que era un bárbaro o un facineroso, mientras sus émulos eran la humanidad generosa. Oíd su contestación, que os va a llenar de asombro: «Artigas, aunque en hostilidades con el gobierno de Buenos Aires, dijo, *sostiene la causa de la independencia contra España.* En cuanto a la invasión portuguesa, el motivo principal de esa guerra es la antigua pretensión del Brasil a mayores límites territoriales. Será probablemente imposible que lo consiga, porque uno de nuestros más distinguidos jefes, ayudado por los más amplios recursos, está ahora comprometido en el rechazo de esas tropas. *Y no obstante el doble vínculo con que actualmente se une ese soberano al rey de España,* nuestra existencia nacional, lejos de estar seriamente comprometida por la guerra *en ese rincón (quarter),* está fortalecida por ella».

Ese rincón era la Banda Oriental; ese distinguidísimo jefe, ayudado por los más amplios recursos era... yo no sé quién era. ¿Sería Artigas?... ¡Artigas representado por el agente de Pueyrredón!...

Convengamos, mis amigos, en que la posición del señor Aguirre era muy escabrosa y llena de peligros. Todo cuanto decía era falso, insincero; ni era verdad que Artigas ni ningún otro general argentino estuviera ayudado por Buenos Aires para rechazar al portugués, ni era verdad nada de lo que dijo. Vosotros sabéis la verdad, y, sobre todo, también la sabía Adams; creo que mejor que Aguirre.

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

Éste no obtuvo el resultado que buscaba. No sólo no fué reconocido en su carácter de enviado diplomático o ministro público, con las inmunidades de tal, sino que, por reclamación del cónsul español, que lo denunció como armador de buques de guerra contra España, fué reducido a prisión, por haber transgredido la *ley de neutralidad,* que acababa de dictarse en los Estados Unidos, y que prohibía adquirir elementos bélicos. Muy malos ratos tuvo que pasar en los Estados Unidos el señor Aguirre, y eso debió serle tenido muy en cuenta por su país, al que sirvió con la mejor voluntad.

VII

¿Eran los Estados Unidos enemigos del movimiento de emancipación de la América española?... No es eso, precisamente. Es menester que veamos las realidades, al través de las apariencias. Los Estados Unidos, por razones fáciles de comprender, tenían que apoyar ese movimiento, y lo apoyarán más adelante; pero lo harán en el momento que juzguen oportuno, consultando, sobre todo, como es corriente en estos casos, sus propias conveniencias nacionales. El momento en que se presentó Aguirre no podía ser más intempestivo. Los Estados Unidos estaban en buenas relaciones con España, y les convenía estarlo, entre otras razones, porque esperaban de ésta la cesión del territorio de las Floridas, que se realizará en 1821. No por otra causa habían dictado esa ley de *neutralidad* que os he citado; por eso, a requisición de España, se negaban a recibir a Aguirre en carácter diplomático; no por otro motivo accedían a las reclama-

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

ciones del cónsul español, que denunciaba a Aguirre como violador de la citada ley, y obtenía orden de prisión contra él; por eso, por fin, se negaban a recibir al señor Forest, como cónsul de las Provincias Unidas, después que éstas proclamaron su independencia, y declaraban que, si antes habían reconocido agentes consulares de esas provincias, *era porque ellas se gobernaban a nombre de Fernando VII.*

¿Quiere esto decir entonces que lo que objetaba Adams a la representación de Aguirre, la falta de representación de la Banda Oriental, la invasión portuguesa, la personalidad de Artigas, eran sólo subterfugios o dilaciones?...

Tampoco es eso, precisamente; no, no es eso. La gran República no tenía necesidad de tales subterfugios; no tenía necesidad de invocar con respeto la causa de Artigas, si no tuviera la convicción muy honda de que éste era realmente *el hombre representativo;* con haber dicho categóricamente a Aguirre que convenía esperar, el aplazamiento hubiera sido un hecho. Creo que no cabe la menor duda.

Pero Monroe, que dentro de cinco años, en 1823, en el momento oportuno para Estados Unidos, apoyará, con su célebre *doctrina,* la independencia de las colonias hispanoamericanas, quería ver en éstas, porque así convenía a su propia vida, otras tantas naciones realmente emancipadas de Europa. Y, como era natural, no veía tal emancipación en la formación de monarquías con príncipes sostenidos por los reyes absolutos, sino en gobiernos emanados de los pueblos libres.

En su mensaje de 1823, Monroe declarará que verá un peligro *para la paz y felicidad de los Estados Unidos,* no sólo en las ambiciones conquistadoras o recon-

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

quistadoras de las potencias extranjeras en América, sino *en toda tentativa de extender el sistema político europeo en este hemisferio.* El reconocimiento vendrá cuando los principios republicanos, los de Artigas, hayan prevalecido sobre las tendencias de Rivadavia, de Pueyrredón y del Congreso de Tucumán: sólo entonces habrá patria argentina, pueblo argentino soberano, en el concepto del pueblo de Washington.

Monroe no dijo nada nuevo; lo que ha dado en llamarse *doctrina de Monroe,* lo mismo podría apellidarse *doctrina de Artigas,* o más propiamente, *doctrina de América;* la vimos consignada, y, sobre todo, sinceramente practicada por el Jefe de los Orientales en su Ordenanza sobre el corso marítimo: para él, es bandera enemiga de la tricolor que enarbola todo pabellón que signifique «subyugación o nueva conquista, no sólo de las provincias del Plata, sino *de cualquiera del continente americano*». Esa *doctrina de América* difiere fundamentalmente de la europea sostenida por Mr. Canning, por ejemplo, en el seno del gobierno inglés y de su Parlamento, cuando, en la misma época de que hablamos, y coincidiendo en el propósito con los Estados Unidos, hacía reconocer por Inglaterra *el hecho* de la independencia americana.

No estará fuera de lugar que nos detengamos un momento en este recuerdo.

Este Mr. Canning de que os hablo era, como todos sabemos, en 1822, ministro del rey de Inglaterra Jorge IV. Contra la opinión de todos, sin excluir la del mismo rey, defendió la independencia de la América española, imponiendo su reconocimiento a su patria; se lo impuso al propio rey. Eso ha hecho que el

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

nombre de Canning se rememore con gratitud entre nosotros.

Sea en buena hora: Canning nos hizo bien; conjuró, cuando menos, un gran peligro que entonces nos amenazaba; ahorró sangre a nuestra independencia. Pero el significado de la personalidad del gran ministro de Jorge IV es muy diferente, completamente distinto del de los presidentes y ministros de los Estados Unidos de que hablamos. En Inglaterra no se pensaba en Artigas, a buen seguro, como en la patria de Washington. Y eso tiene su profundo significado, aunque no lo parezca.

Canning era un ministro de aquella Inglaterra que, pocos años atrás, había tentado, con el desastroso resultado que conocemos, la conquista de las colonias de España, para compensarse de la pérdida de las propias. Ahora la Santa Alianza, con la que Inglaterra no hace buenas migas, después de reponer a Fernando VII en su trono absoluto, por órgano de Francia, está pensando en reconquistar la América para devolverla a su dueño, sin perjuicio de reservar un buen pedazo, que bien podía ser el Río de la Plata, para Luis XVIII, a título de indemnización por sus servicios a Fernando en su intervención en la política española resuelta en el Congreso de Verona. Y eso es lo que Canning no quiere, y está resuelto a impedir a todo trance, por razones de conveniencia política inglesa no muy difíciles de percibir. Por eso quería que se reconociese la independencia hispanoamericana; pero sin preocuparse, ni poco ni mucho, de que ésta fuera o dejara de ser republicana. Canning y Rivadavia podían, pues, entenderse a maravilla. Y lo mismo Alvear, el que llamaba a Inglaterra al trono del Plata, y los demás que conocemos.

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

Pero Monroe, Adams, Clay, el pueblo angloamericano, no pensaban lo mismo; no miraban con tanta indiferencia lo que ser independiente significaba en América. No diré yo, por cierto, ni mucho menos, que la proclamación de los celebérrimos *principios de Monroe* fuera un acto de desinterés nacional; esa caridad colectiva es un remotísimo ideal. Yo creo que los Estados Unidos no hicieron entonces otra cosa que promulgar *una norma de política interna respecto de sus relaciones exteriores.* Pero esa *doctrina*, o como queráis llamarla, del presidente Monroe, no es sólo la defensa de un interés o conveniencia exclusivamente angloamericanos; lo es también de un principio vital que nos es común a todos los hijos de América, y nos distingue de todos los otros pueblos en la historia universal: el de la democracia republicana identificada con la independencia, con la vida misma; el que hace de Artigas, precisamente, lo que Artigas es: el héroe americano por excelencia, mal grado sus apariencias modestas, y acaso por ellas mismas.

Por eso en los Estados Unidos, y no en Inglaterra, apareció, en su altísimo significado, esa inaparente personalidad. Canning no sostenía, ni podía sostener, lo que el héroe oriental significaba; Monroe sí.

El insigne ministro de Jorge IV, al defender su tesis en el Parlamento, declara que él no intenta proclamar ni sostener *el derecho* de los americanos *a ser* independientes; se limita a reconocer *el hecho* de que *lo son* en ese momento: el de la expulsión de España en América; el de su impotencia para recobrar por sí misma sus colonias; el de la existencia, por consiguiente, de pueblos soberanos en el Río de la Plata. Y eso es bastante, dice, para que Inglaterra, como cualquier otra potencia neutral, proceda de acuerdo

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

con tal hecho, y cultive con esos pueblos las relaciones que le convengan. Ni quita ni pone rey, pero ayuda a su señor: emancipa el comercio colonial. Canning nos prestó un servicio, no cabe duda; pero no la tengo tampoco de que dijo demasiado cuando decía, algunos años después: «Llamé a la vida al Nuevo Mundo, para corregir la balanza en el Viejo.»

No, Inglaterra no llamó a la vida al Nuevo Mundo; bien sabemos lo que costó a su propia hija la emancipación. Ésta, la realizada por Washington, dió por resultado la libertad cívica, la de pueblos y ciudadanos; y mal podía nacer esa misma libertad en una nación que, pese a sus libres instituciones metropolitanas, dejaba que el oprimido pueblo irlandés, por el delito de ser católico, clamara en vano por la emancipación de su vida y de su conciencia.

En los Estados Unidos era otra cosa: los conceptos de independencia americana y de libertad eran allí inseparables, como lo eran el de libertad plena, aun para los católicos, y el de plena autonomía de los pueblos.

De ahí que los Estados Unidos vieran en Artigas lo que nosotros vemos, porque es la realidad: el hombre de la revolución hispanoamericana. Y por eso hicieron a Aguirre, en forma de interpelación, los duros reproches que hemos visto. Tan arraigada estaba en los hombres de los Estados Unidos la desconfianza respecto a la fe en la democracia del enemigo de Artigas, que, aun en 1820, recomendaba Adams a su cónsul en Buenos Aires, Forbes, mucha observación al respecto. «No en balde, le decía, ha estado Rivadavia dos o tres años en Europa.»

Esa convicción de Monroe y de Adams sobre Artigas tuvo su exponente concreto y su desarrollo en el Congreso norteamericano.

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

Veamos cómo pasa eso, que debéis conocer plenamente. Os voy a hacer sonar horas de verdad y de gloria.

VIII

A fin de proceder con mayor conocimiento de causa, el gobierno de Monroe creyó oportuno enviar al Río de la Plata una misión que le informase sobre lo que aquí pasaba. Para desempeñarla, fueron designados los señores César A. Rodney, Juan Grahan y Teodorico Bland, que partieron, en diciembre de 1817, a bordo de esa fragata de guerra *Congress*, de que hablaba al presidente uruguayo Williman, en cuyo nombre os instruyo, el ministro Morgan. Los comisionados llegaron a Buenos Aires a principios de 1818.

El presidente Monroe dió cuenta al Congreso del envío de esa misión, pidiendo los recursos necesarios para ella. Y he aquí que surge, con ese motivo, en el seno del Parlamento, una personalidad brillante, el diputado Mr. Clay, de que antes os he hablado como rival de Adams.

Este Clay, jefe del partido de oposición a Monroe, toma ocasión del envío de la misión al Plata, de la prisión de Aguirre y del rechazo del cónsul Forest, para combatir la actitud de Monroe con relación a la independencia de la América española, y plantear netamente el problema de su reconocimiento con criterio puramente americano, distinto del de Mr. Canning, el inglés.

Vamos a penetrar, mis amigos, en el Parlamento. Cinco sesiones, las del 24, 25, 26, 27 y 28 de marzo de 1818, fueron absorbidas por esa disputa parla-

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

mentaria, en que tomaron parte los hombres más descollantes de la Unión, y que la opinión pública siguió con grande interés.

¿Cómo daros una noticia sintética de esos memorables debates? En ellos se reproduce la controversia entre Adams y Aguirre. Clay, Robertson y otros diputados de oposición son el órgano de ésta. Adams mismo, Smith, Forsyth, Lowndes y otros muchos, reflejan el pensamiento del gobierno, que quiere aplazar el reconocimiento y estudiar el problema.

Clay sostiene, en un brioso discurso inicial de tres horas, que, en vez de la misión que se dirige al Plata, debe enviarse un ministro diplomático; reconocerse la independencia de los pueblos hispanoamericanos. Las Provincias del Río de la Plata, decía el orador, reúnen ya las condiciones de hecho y de derecho necesarias para ser reconocidas como soberanas; se han declarado tales, con un territorio determinado, libre de extranjeros; han proclamado los principios políticos de Estados Unidos; tienen un gobierno capaz de cultivar relaciones con los demás pueblos, y que es un gobierno republicano. Clay citaba, con ese motivo, la frase de Washington: «Nacido en una tierra de libertad, mis fervientes votos y mis mejores anhelos se excitan irresistiblemente, dondequiera que veo una nación oprimida romper las barreras que la separan de la libertad». O despídase, pues, al ministro de España, agregaba Clay, o recíbase al ministro republicano. Norte América no debe esperar a que los reyes le den el ejemplo de reconocer a la única república existente en el mundo, después de la nuestra. Protestaba contra aquella complacencia con los monarcas de Europa. Si la salud de las monarquías en Europa, decía, depende de la muerte de las repúbli-

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

cas, la seguridad de la república en América no debe ser restringida por las otras repúblicas que nacen a su lado.

La voz de Clay resuena en el presente como un canto conocido. En el pasado, era la voz de lo ideal, entendiéndose por tal la realidad futura, que se apareció un momento al pueblo argentino, el 25 de mayo de 1810. Aquello era la verdad intrínseca, la realidad substancial. ¡Valiente y honrado Clay!...

Pero el pensamiento musical de éste tenía que sonar como un diapasón en las realidades del Río de la Plata; como una proyección de fuego luminoso, tenía que penetrar en las verdades de su historia, y ofrecerlas a los ojos del mundo. De la realidad tenía que surgir la nota que se ajustase a aquel diapasón, y la forma humana resistente al fuego y a la luz. Es, pues, el momento de ver cuál es la voz acorde con la grande armonía; cuál la forma humana histórica que resiste la sumersión en el fuego y la inmersión en la luz.

Es entonces, mis amigos artistas, cuando se presenta la figura de Artigas, en el Congreso de los Estados Unidos, a someterse al fuego lustral del pensamiento republicano. Allí se fundió por primera vez, y para siempre, la estatua que vais a reproducir vosotros; un siglo de golpes de martillo no ha sido bastante a hacerle perder su temple ni su gesto de dios. Son Adams, Smith, Forsyth y Lowndes quienes la evocan como un espectro vengador. Sí, dicen a Clay los que combaten su proposición, todo eso es verdad; eso que decís es el espíritu de Washington. Pero ese espíritu puro no es el que anima a todos los hombres del Plata Y dicen entonces la palabra vengadora y expiatoria: «*El único campeón de la democracia en aquellas regio-*

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

nes es el bravo y caballeresco republicano general Artigas». Quedó dicha, y no la levantará la historia. *Quod scripsi scripsi.*

Y dijo Adams. Se ha preguntado al enviado del gobierno de Buenos Aires, por lo primero que debe precisarse, al reconocer una nación: por los territorios que comprende el nuevo estado. El enviado ha respondido que son los del antiguo virreinato español. Y sin embargo, ahí está la Banda Oriental, parte integrante de ese virreinato, sometida al poder de un monarca europeo, contra el cual lucha Artigas, como el fuerte león de Judá. Y ese monarca europeo ha llegado hasta allí, hasta la posesión de la parte más preciosa del suelo del virreinato, hasta la misma margen oriental del Plata, con la connivencia del gobierno de Buenos Aires... ¡Y pronunciáis el nombre de Washington!... Artigas puede escuchar ese nombre, sin sentir serpientes que se muevan en su alma... Pero el enviado que nos ha llegado, y que reclama el reconocimiento de la independencia republicana, no es el enviado de Artigas; es el amigo, más o menos encubierto, del invasor monárquico portugués, que derrama la sangre de aquel pueblo oriental heroico.

¿Conocéis, por otra parte, las gestiones diplomáticas que en estos momentos sigue el gobierno de Buenos Aires ante las cortes europeas?... El gobierno de la Unión las conoce; allá están sus representantes, en contacto con los del Plata. Y el gobierno, que las conoce, os dice que el hermano de Washington, en aquellas regiones platenses, es Artigas, no sus enemigos.

Eso y mucho más dijo Adams, mis amigos artistas; he reproducido su espíritu, ya que no sus palabras, que fueron largas, y están escritas.

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

Las de Smith, diputado por Maryland, fueron éstas textualmente: «El Ejecutivo Directorio del Plata hace la guerra, como aliado del rey de Portugal, contra Artigas, que es el jefe de la Banda Oriental, y que aparece ser, en verdad, un republicano, un hombre de cerebro fuerte y de inteligencia vigorosa, valiente, activo, abnegado por su país, y poseedor de la plena confianza del pueblo de que es jefe».

La discusión cobró grandes proporciones; la historia del Río de la Plata fué expuesta y comentada; y, en medio de todo, la figura de Artigas permanecía inmóvil, invulnerable: nadie dijo allí que era la sombra de un facineroso ni la de un caudillo anárquico, indigno de atención.

Robertson, en apoyo de la moción de Clay, contestó al argumento de Adams sobre el significado de Artigas. «La posesión de Artigas, dijo, sobre la Banda Oriental, no es la posesión de Fernando VII; toda la Banda Oriental está tan libre de la autoridad de éste como Buenos Aires mismo; y la única cuestión que se debate es la de la independencia del Río de la Plata *de sus primitivos dueños europeos.*»

Eso dijo Robertson, americano, en la casa de Washington. No sabía lo que decía.

¡La independencia de sus primitivos dueños!... ¡Primitivos!...

No: de lo que allí se trataba—si es que se trataba de la revolución de Mayo—era de la independencia contra todos los dueños, también contra los secundarios y contra los terciarios; de todos los dueños, también del portugués, tan europeo como el español. Se trataba, no del morir de un rey, sino del nacer de un pueblo sin dueño, señor de sí mismo, revestido de todos los atributos esenciales de la persona. Artigas

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

lo había dicho en su forma inconmovible: «Nuestros opresores, no por su patria, sólo por serlo, forman el objeto de nuestro odio».

¡De sus primitivos dueños europeos!... Sí, eso era lo que buscaba la gente escéptica: un dueño secundario, cambiar de dueño... Pero eso no era la fe que transporta montañas de un lado a otro; no era el espíritu de Washington ni el de Artigas. Ni el del pueblo argentino ni el de la revolución de Mayo tampoco.

Clay, *leader* de lo ideal, hizo el último esfuerzo, en la sesión del 28 de marzo. El argumento de Adams, la ausencia de Artigas y de su patria en la representación de Aguirre, está de pie como una coraza. Contra ella lanza Clay sus últimos proyectiles. «¡Que se indiquen los territorios de cuya independencia se trata!», dijo Clay. Suponed que el ministro francés hubiera preguntado a Franklin qué número de estados representaba. — Treinta, *si'l vous plait* — hubiera contestado Franklin. — Pero, señor Franklin: ¿quiere usted decirme si Pensilvania, cuya capital está poseída por Inglaterra, es uno de ellos?...—¿Qué hubiera contestado Franklin?...

¡Oh, el valiente Clay!... ¿Conque en poder de los ingleses?... Pero es que Montevideo, mi bravo, mi honesto Clay, no está en poder de los españoles, equivalentes a los ingleses en el mundo hispánico; salió de su dominio hace cuatro años, para caer en el de Buenos Aires, en el de Alvear, en los momentos en que éste ofrecía a Inglaterra precisamente, a vuestra madre patria, la corona del Plata. Los orientales, sus verdaderos dueños, lo recuperaron por fin; pero... hoy está en manos de portugueses, no de españoles. ¿Qué hubiera contestado Franklin, si un estado de

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

la Unión se hubiera encontrado en poder, no de Inglaterra, la madre común, sino de Austria, verbigracia, y eso por obra de otro de los estados de esa Unión, y Franklin, en representación de este último, hubiera ido a pedir el reconocimiento de la independencia de todos?...

Ése era el caso, honesto Clay, hombre de bien.

La moción de Clay fué rechazada por la representación del pueblo norteamericano. Sólo 45 votos le acompañaron; 150 estuvieron con Adams.

Es claro, como lo veis, que ese resultado significó, ante todo, un voto de confianza al gobierno; el apoyo del Parlamento a la política internacional de Monroe, y su colaboración a los planes diplomáticos que le guiaban, y que la moción de Clay entorpecía. Pero fuera cual fuera el objeto inmediato de la memorable contienda, ella dió ocasión de abrir el gran proceso histórico sobre el hombre del Río de la Plata, proceso que hoy va a terminar, con el monumento que os estoy inspirando, amigos artistas; con la emersión triunfante del héroe que hace un siglo fué aclamado, en la casa de Washington, como el caballero de la democracia y el campeón de la república en esta América; como el hombre del 25 de mayo de 1810, si es que esa cifra es, realmente, una cifra inicial de independencia.

El *Palacio de las Repúblicas Americanas,* construído en Washington como casa común, estará decorado con el busto del héroe representativo que cada una de ellas envíe. Excusado parece decir que será Artigas quien allí estará en nuestro nombre. En el bloque de su busto, las palabras de Smith, diputado de Maryland, que os he citado, dirán bien al pasajero quién es aquel hombre de mármol; las hemos grabado textuales en su pedestal. Dicen así: *Artigas appears to*

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

be, in truth, a republican, a man of strong mind and strong understandings, brave, active, intelligent, devoted to his country, possesing the entire confidence of the people of whom he is chieff.

(Mr. Smith, of Maryland. Congress U. S. A., 28 march 1818.)

IX

Ya os imaginaréis el efecto que produjo, en los enemigos de Artigas, la controversia parlamentaria de Washington, que ha estado oculta hasta hace pocos años. En esos momentos precisamente—principios de 1818—llegaba a Buenos Aires, como hemos dicho, en la *Congress*, la misión enviada por Monroe, compuesta de los señores Rodney, Grahan y Bland, y encargada de informar sobre lo que pasaba en estos países. El tercer comisionado, señor Bland, pasó después a Chile.

Artigas, entretanto, seguía su lucha inverosímil con el portugués y con Buenos Aires. Las batallas no acababan: el pabellón de la franja diagonal flotaba en jirones, en medio de aquel infierno dantesco; la lluvia de sangre oriental continuaba sin cesar; la guerra del director Pueyrredón arreciaba contra el héroe republicano; el pueblo argentino miraba con admiración aquella lucha titánica, y su protesta indignada hervía en torno del gobierno, que sólo ansiaba la caída del hombre irreductible, a cualquier precio. La figura de éste era la protagonista en el teatro del Plata, y no era posible ocultarlo a los comisionados de Monroe, que no podían menos de informar sobre ella. Era, pues, preciso decirles, en forma fidedigna,

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

quién era ese Artigas, que iban a ver en primer término, a fin de que no incurrieran en algún error.

Y fué encargado de ello, con muy buen acuerdo por cierto, un caballero Cavia, don Pedro Feliciano Cavia, hijo de Buenos Aires, persona de representación si las había, pues era oficial mayor del Ministerio de Gobierno y Relaciones Exteriores, y, por ende, tenía que estar bien informado en el asunto. Este señor Cavia fué encargado de escribir un libro o panfleto, sobre la personalidad y hechos de Artigas. Con ser una mediocridad intelectual, y quizá por eso mismo, era Cavia un hombre conveniente. Fué de los arrojados por Artigas en el séquito de Sarratea, cuando éste lo fué del primer sitio; secretario del coronel Soler, en el despótico y fugaz gobierno de Buenos Aires en Montevideo, que terminó en el Guayabo; fué unitario entusiasta primeramente; celoso federal después, amigo de don Facundo Quiroga y apologista de don Juan Manuel de Rosas; director de *La Gaceta,* etcétera, etc. Su figura hubiera desaparecido, y el libro o folleto que entonces escribió no sería materia de nuestra conversación, ni de conversación alguna, si ese libro no fuera, como es, el tipo o *substratum,* o quintaesencia, o como queráis llamarle, del sentir y proceder, ya que no del pensar, de los rencorosos detractores de Artigas.

El señor Cavia se desempeñó bizarramente, preciso es reconocerlo, en el libro que le fué encomendado. Es éste una larga glosa de aquel decreto de Posadas que ponía a precio la cabeza del héroe, y que fué substituído después por una apología *del gran patriota Artigas,* firmada por el mismo Posadas; lo es también de aquellos otros decretos de Alvear, quemados por manos del verdugo y por orden del Cabildo

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

de Buenos Aires. Y de todo lo de su especie. Además, coincide de tal manera con las proclamas que en esos mismos momentos dirigía Pueyrredón a los entrerrianos, para separarlos de Artigas, que se adquiere la convicción de que, o Cavia o Pueyrredón han escrito las dos cosas: el folleto y las proclamas.

El Jefe de los Orientales es, en ese libro, un espécimen de la estupidez y de la malignidad humanas; la jauría de todos los perversos instintos tiene en su alma una cómoda guarida y ladra en ella como una legión de demonios. El origen de Artigas es obscuro; nadie lo conoce; negra es su historia como un antro; sólo se sabe que se separó de sus padres muy joven, y que anduvo errante, sin patria y sin familia, como una fiera. Hasta su rubia figura y sus ojos azules están allí ennegrecidos: sus ojos son obscuros, torvos; su piel cobriza; es un troglodita. Bandolero en su juventud, montaraz e indómito, fué simple capitán de malhechores, hasta que, por sus fechorías precisamente, y sólo por ellas, lo hicieron capitán español; es un facineroso, y la gavilla que lo sigue es digna de su insigne capitán; es incapaz de concebir más ideal que su propio predominio personal y la saciedad de sus vicios, que son innumerables; es un enemigo de la patria, un traidor a la independencia americana; es un déspota inaccesible a la piedad; sus crueldades hacen erizarse como púas los cabellos de la cabeza humana; mataba hombres envolviéndolos en cueros frescos de vaca, que hacía secar al sol, y se deleitaba en el dolor ajeno. Ése es el Artigas, mis amigos, que ha pasado a la historia americana, por obra del panfleto del señor Cavia y de sus congéneres.

Éste quedó dueño del campo; no fué desmentido, cuando menos; ha sido el maestro de los maestros de

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

la historia argentina que los mismos orientales comenzaron a estudiar en las escuelas públicas. «Eres más malo que Artigas», se decía a los niños traviesos. Ni siquiera se dijo que ese señor Cavia, que afirma en su folleto que Artigas estuvo siempre divorciado de su familia, fué el escribano que autorizó el acto en que el padre del héroe da a éste su consentimiento y su dote para contraer matrimonio; menos se dijo, por supuesto, que el teniente de blandengues José Artigas es instituído albacea en el testamento de su padre. La prensa de Buenos Aires, que, como hemos dicho, nada sabía oficialmente de la invasión portuguesa, no se empeñó en defender al atacado; la de Montevideo, del señor barón de la Laguna, tampoco se apresuró a decir que todo aquello era una patraña.

En cuanto al mismo Artigas y sus parciales, no podían rebatir el folleto; ellos no tenían prensa, y estaban muy ocupados en morir; eran realmente montaraces; cruzaban, goteando sangre, las colinas de su tierra, enarbolando los jirones del pabellón tricolor.

Por otra parte, aquel hombre no era amigo de rectificaciones: «No tengo para qué comprar apologistas». Es frase suya, que creo ya conocéis; una de tantas, que revela al hombre encerrado en sí mismo, al hombre solo, que emplaza a sus enemigos para ante los hombres futuros. Hemos llegado, al fin, los hombres futuros, mis amigos artistas; hemos llegado.

Parece que el folleto, con ser tan venerable y autorizado, no ejerció, sin embargo, la benéfica influencia que era de esperar, sobre los enviados angloamericanos. Éstos lo vieron, sin duda alguna; pero no quedaron edificados, ni tan convencidos, como los

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

historiadores argentinos que han escrito después, de que lo que en él se decía fuera la verdad. Acaso recordaron que el padre Washington había sido juzgado así, por los Cavias del Norte y sus sucesores, con la sola diferencia, a favor de Washington, de que éste fué tratado también de ladrón; título que, si mal no recuerdo, se olvidó el señor Cavia de adjudicar al facineroso oriental. No estoy del todo seguro.

Además de ese libro, ya os imagináis cuáles fueron las influencias que rodearon a los comisionados de Monroe en Buenos Aires, y cuáles sus fuentes de información. Puede afirmarse, cuando menos, que no fueron artiguistas quienes les contaron la historia. El deán Funes, ilustre historiador de Córdoba, fué su principal cicerone. Los comisionados obtuvieron de él los datos históricos que sirvieron de base a sus informes. Rodney y Grahan adoptaron los de Funes, en cuanto al curso general de la historia del Plata. Comienzan, en el informe que elevaron a su gobierno, con la exposición de la historia argentina: conquista, según Humboldt, dominación española y sus vicios, invasión inglesa, revolución de Mayo, Congreso de Tucumán, etc., etc. Es la historia corriente del Plata. Pero al llegar a informar sobre la personalidad, el pensamiento y la obra de Artigas, y sus disidencias con Buenos Aires, ya no es el deán Funes quien habla en ese memorándum: son los comisionados, que han visto con sus propios ojos, que no han podido menos de ver, a pesar de todo: folletos de Cavia, informaciones de Funes, atmósfera oficial de Pueyrredón, documentos, que se les suministraron expresamente en Buenos Aires para demostrar la inocencia de los enemigos del héroe, etc., etc.

Rodney oye todo eso, se refiere a ello en su informe,

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

remite a su país los documentos que recibe. Pero concluye en estos términos: «Es justo agregar, sin embargo, que el general Artigas *es considerado, por personas dignas de crédito, como un amigo firme de la independencia del país.* Difícilmente podría esperarse de mí una opinión decisiva en esta delicada cuestión, desde que mi posición no me permite arrojar una vista completa sobre el estado de todo el territorio. No he tenido la satisfacción de celebrar una *interview* formal con el general Artigas, *que es incuestionablemente un hombre de excepcionales y singulares talentos.* Pero si tuviera que arriesgar una conjetura, creo que no sería imposible que en ésta, como en la mayor parte de las disputas domésticas, haya faltas de ambas partes. Es de lamentarse que estén en abierta hostilidad».

Y este Rodney, mis amigos, no conocía lo que vosotros conocéis: ni las *Instrucciones del año 13,* que han estado ocultas, ni la dominación bonaerense en Montevideo, ni la correspondencia de García, que también ha estado ignorada, ni las actas secretas del Congreso de Tucumán, ni la génesis de la invasión portuguesa. Todo eso ha sido conocido treinta o cuarenta años después.

Es cierto que el deán Funes, si bien no era amigo del prócer oriental, era un hombre de bien, y no deprimió a éste como Cavia; en su informe a los comisionados recordó y condenó el decreto de Posadas; les dijo que los orientales *levantaron un trono a Artigas en sus corazones,* y vieron en las diatribas otras tantas pruebas de su virtud. Pero ¡cómo se guardaría ese ilustre miembro del Congreso de Tucumán de hacer saber a sus discípulos lo escondido de la historia!...

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

Tampoco sabía nada de todo eso, ni oyó a Artigas, el otro comisionado, Grahan, sobre el que obraron las mismas influencias que sobre Rodney. Y sin embargo, al hablar en su informe, que da por separado en forma sintética, sobre la lucha con Buenos Aires, dice: «El general Artigas y sus partidarios sostienen que la intención del gobierno de Buenos Aires es dominarlos y obligarlos a someterse a un estado de cosas que les arrebate los privilegios del *self-government*, que se consideran con derecho a reclamar. Dicen ellos *que están deseosos de unirse al pueblo de la margen occidental del río; pero no en forma de quedar sujetos a la tiranía de Buenos Aires*... Esta guerra ha tenido por origen una combinación de causas, en las que quizá ambas partes tienen algo de que quejarse, y algo de que arrepentirse ellas mismas. El mutuo interés requeriría la unión, agrega, pero mucha moderación y discreción deben ser necesarias para conseguirla; mucho más de lo que en estos momentos puede esperarse de los ánimos irritados de algunos de los principales personajes de ambos lados».

¿Por qué estarían irritados contra el Directorio los orientales de Artigas, esos que están muriendo, o van a morir, bajo la metralla portuguesa?... ¿No sería más conveniente que murieran callados, que se sometieran buenamente a quien buenamente mandara en Buenos Aires, y que no obstasen a la unión con sus gritos desapacibles?...

Federico *el Grande* se daba a todos los diablos, en una batalla, al ver algunos de sus escuadrones que retrocedían atemorizados ante un fuego demasiado mortífero del enemigo. «¿Hasta cuándo quiere vivir, entonces, esa canalla?...» — gritaba —. «¿No ha vivido ya bastante tiempo?...»

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

¡Esos orientales que obstan a la unión! ¿No han vivido ya bastante tiempo? ¡Ese malvado de Artigas!...

Rodney y Grahan no sabían que, en el mismo momento en que escribían sus memorias, principios de 1818, Pueyrredón escribía con alegría a San Martín: «Artigas ha sido completamente destruído por los portugueses, refugiándose en los bosques con muy pocos facinerosos». Tampoco sabían que, en esos mismos instantes, el Director Supremo buscaba la alianza de Rodríguez de Francia, el tirano paraguayo, contra ese refugiado en los bosques.

¿Por qué obstaban los orientales a la unión con Pueyrredón, con el buen hermano, si con ella tendrían un príncipe de buena sangre real y de una gran casa reinante europea?

El informe o memoria del otro comisionado, Teodorico Bland, es el más notable. Después de trazar el cuadro de las tiranías que gobiernan en Buenos Aires, del servilismo de la prensa, y de las dos tendencias, federalista o republicana, y absolutista, que encuentra en la opinión, dice: «Artigas puso a prueba los planes del gobierno de Buenos Aires, exigiendo que la Banda Oriental fuese considerada y tratada como un estado... Fué considerado esto por Buenos Aires como la más irracional, criminal y declarada rebelión contra el único gobierno legítimo de las Provincias Unidas, cuyo gobierno, *según su doctrina,* alcanzaba a todo el virreinato, dentro del cual la ciudad de Buenos Aires había sido siempre, y de derecho lo era entonces, y debía continuar siéndolo, la capital de que emanase toda autoridad. Artigas combatió y denunció esto como manifestación de un espíritu de injusta

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

y arbitraria dominación de parte de Buenos Aires, al cual no podía ni debía someterse...

»Artigas, arrastrado primero en una dirección, después en otra; *atacado por los portugueses y por los patriotas de Buenos Aires, y en guardia siempre ante un ataque imprevisto de España,* tiene a toda la población sometida al imperio de su voluntad... Podría decirse que Artigas y sus gauchos defienden valerosamente sus hogares, sus derechos y su patria, y que el rey de Portugal tiene el propósito de agrandar sus dominios con la anexión de una parte de la provincia al Brasil.»

Este notabilísimo informe de Bland, que tan adentro penetra en el pensamiento del héroe, nos sirve mucho también para reflejar la impresión que producía en América la inverosímil resistencia de los orientales. Al hablar de los campesinos de Montevideo, Bland los exalta hasta considerarlos «como los más formidables guerrilleros que jamás han existido». «En valor, dice, no son inferiores a ninguno; y los hechos que de ellos se relatan son tales, que exceden a lo que se cuenta de los partos, de los escitas o de los cosacos del Don.»

Poco debe detenernos, sin embargo, mis amigos artistas, esa faz del cuadro que preside nuestro Artigas: el valor de sus soldados. Yo, cuando menos, me empeño poco en impresionaros con ello; y si os hago conocer el elogio de Bland, es porque estoy persuadido de que esos relatos que éste oía repetir en toda América sobre el valor de los jinetes del Uruguay, no reflejaban tanto la admiración hacia el valor mismo de esos hombres animosos, cuanto a la causa que ese heroico esfuerzo sostenía. Era el holocausto de aquel puñado de bravos el que arrancaba la aclama-

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

ción de América; ésta sentía que aquel pequeño pueblo custodiaba en el Plata, en medio de su desierto, el arca de la alianza, las tablas de la ley común, el candelabro de los siete brazos. La pujanza, el valor, no son rasgos que diferencien de los demás a nuestros campesinos orientales; éstos no eran ni más ni menos formidables que los otros soldados americanos, ni pretenden serlo. El canto al valor heroico de la América, que aun espera acaso la forma estética, es un solo canto unísono, desde Méjico hasta el cabo de Hornos. Yo, que lo siento sonar en mi memoria como una sola enorme sinfonía, creería robar, para hacer limosna a mi madre, si diera a los gauchos orientales algo que arrebatara a los occidentales de Güemes, o a los llaneros colombianos de Páez, o a los guerrilleros chilenos de Rodríguez, o a los jinetes mejicanos de Morelos.

Pero ese hombre, ese mito de gesto sereno que conduce a mis paisanos del tiempo heroico, y que hace de ellos un pueblo inconfundible, con ser sólo un puñado de combatientes; ese soldado que se ofrece silencioso, cruzado de brazos y rodeado de su indigente pueblo agonizante, al examen del Congreso de Washington, y allí, sin más defensa que su intrínseca realidad, se hace reconocer y proclamar con su pueblo como el caballero de la democracia en el Plata, ese hombre es una extraña y original figura, sin duda alguna. Yo no lo veo en otra parte. O es un gran malhechor, como lo quieren Buenos Aires y el señor Cavia, o es otra cosa grande, como se ve desde la tierra de Washington. Arcángel o demonio, desde ambos puntos de vista se le ve alado, y resplandeciente, y solitario.

Desde la tierra de Washington, desde el Norte remoto, lo vieron como la nebulosa cósmica del Sur, cuando aun no juzgaban allí conglomerados los astros

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

de este hemisferio. Cuando, poco después, a los dos o tres años de celebradas las sesiones memorables que acabamos de conocer, Artigas caiga desplomado en la soledad, se presentará a él el representante de los Estados Unidos a ofrecerle, con el homenaje de su patria, un asilo honroso en el territorio angloamericano.

Y un siglo después, en el centenario de Mayo, en que el nombre de Artigas ni siquiera se pronuncia en Buenos Aires entre los héroes, será otro representante de los Estados Unidos el que vendrá a Montevideo a saludarnos, y a decirnos que el hombre aquel *se llamaba Washington*, que era hermano del otro.

¡Pobre hermano! ¡Él no tenía a Franklin en Europa, ni despertaba las simpatías de los nobles de Luis XVI, ni sentía en su mano el calor amigo de la de Lafayette, sino en sus hígados las uñas del águila vengativa; lo envolvía el viento de la soledad traidora!... ¡Pobre hermano de Washington!

X

¿Llegaron hasta Artigas, en las horas de suplicio, los ecos perdurables de las sesiones del Congreso de Estados Unidos? ¿Se mezclaron en sus oídos las palabras de Adams y de los representantes del pueblo angloamericano, a los insultos y diatribas que le venían de sus hermanos aliados del rey enemigo?

Yo creo, artistas míos, que nada en el mundo hubiera hecho vacilar la fe de aquel vidente, ni quebrantado su carácter; era una roca de hielo, iluminada por los lejanos astros misteriosos, que la soledad y el frío de las cumbres desoladas endurece.

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

Pero si se piensa en que esa primera ráfaga de gloria y de justicia, que vino del océano, al través de América, pudo refrescar los ojos de aquel hombre, cuyas entrañas devoraba el buitre de las olímpicas venganzas, no puede menos de pensarse en aquellas oceánidas que acudieron, en coro compasivo, a la roca del titán cautivo.

Si vosotros juzgáis, oh amigos, que el recuerdo del mito griego es propicio a la inspiración marmórea, podéis pensar, una vez más, en ese rebelde Prometeo de la fábula, sin temor de incurrir en vulgaridad.

Aquel hijo del titán, que, después de sostener a Júpiter, roba a éste el fuego, para darlo a los hombres, sus hermanos vencidos, y expía su robo en el suplicio de la montaña Escitia, es el símbolo eterno de los humanos libertadores. Él era hijo de Asia, o de Gea, si queréis, de la madre tierra, hija a su vez de Océano, principio de todos los seres, de todas las cosas y hasta de los mismos dioses. Era el hombre autóctono; más que el arquitecto del ser humano, es el generador de las estirpes; él formó a los hombres, *modelándolos con légamo del caos.*

Nada pudo calmar el enojo del vengativo Júpiter, contra el que osó dar al hombre lo que sólo pertenecía, y debía pertenecer, a los dioses: el fuego y la esperanza.

Recordad, mis amigos, a ese desnudo Prometeo, clavado en su roca. Sufre el tormento; los vientos negros, siempre despiertos, luchan, los unos con los otros, en torno a su cabeza; el águila sangrienta, perro alado de Júpiter, como dice Esquilo, abre sus alas silenciosas, y enciende sus ojos sobre los ojos del titán, y se ceba en sus negros hígados descubiertos; pero él no desfallece, ni devuelve, ni devolverá jamás,

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

el fuego conquistado para el hombre. Ni dejan de oirse sus alaridos de protesta. Y la frase sublime sale de su boca sedienta: «He sentido piedad de los hombres. Por eso nadie ha tenido piedad de mí».

«¡Yo agité la rama encendida, en medio de esa raza obscura!... Y desperté la inteligencia en los cerebros, e iluminé los ojos, y desperté el regio instinto que estaba latente, y los libré del temor a la muerte... ¡E infundí en ellos la esperanza ciega!...»

Oyó entonces el Libertador la voz amiga del coro azulado de las ninfas marinas, de las tres mil hijas de Tetis y de Océano. Venían a consolarlo. Y llegaron los titanes. Y vino Océano, con su fluyente barba de hielo, sobre el dragón alado.

Y entre los alaridos de los vientos enemigos, y entre los gritos del águila, sonaban los coros, y las palabras del porvenir glorioso, en que un hijo de Júpiter, pero descendiente de la Tierra, Hércules, la fuerza heroica, invocando a Apolo, el infalible arquero, atravesará con su flecha el corazón del águila verdugo, y romperá las cadenas del titán. Y le ceñirá a la frente la rama pálida del sauce.

Y el fuego fué para siempre de los hombres. Y lo fueron la libertad y la esperanza.

¡Oh, Libertador! ¡Oh, padre Artigas, hijo de Gea, de la madre tierra, hombre autóctono, generador de estirpes modeladas con el limo virgen, padre de razas nuevas, depositarias del eterno fuego! Los descendientes de tu estirpe lucharemos con el águila.

Y lucharemos hasta herirla en el corazón. Y la pondremos en el escabel del monumento que, cimentado en piedras y palabras duras, levantamos en el alto promontorio.

¡Para los hombres futuros!

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

CONFERENCIA XXI

EL PERSONAJE REINANTE Y EL HÉROE

TRES AÑOS NOCTURNOS. — SAN MARTÍN Y ARTIGAS. — SAN MARTÍN EN SANTIAGO DE CHILE Y CARLOS FEDERICO LECOR EN MONTEVIDEO. — SAN MARTÍN SE VA; ARTIGAS SE QUEDA. — EL ENEMIGO EXTERIOR Y SUS ALIADOS INTERIORES. — LAS CONSPIRACIONES CONTRA PUEYRREDÓN. — SARRATEA, ALVEAR, CARRERA. — LA GUERRA ENTRE LA FE Y LA INCREDULIDAD; ENTRE LA REALIDAD Y LA APARIENCIA. — EL BRASIL Y SU INDEPENDENCIA. — CAUDILLOS Y CAUDILLAJE. — EL PERSONAJE REINANTE Y EL HÉROE. — LA CAUSA ARTIGUISTA.

I

Amigos artistas:

Tengo que hablaros de tres años nocturnos, en que hay que andar al resplandor de algunas estrellas; y es preciso, para no extraviarme, que fije en mi mente las grandes masas, las siluetas que se nos proyectarán en los horizontes de esta historia y le darán carácter, para ofreceros a vosotros la línea fundamental, sin ofuscaros con los detalles. Tengo que haceros ver al héroe, que, como el de Osián, desciende solo la colina, en un poniente de fuego, sobre el que se condensa y agranda su figura.

La soledad comienza a circundarlo, como una nube

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

que sube lentamente y acaba por envolver su luz sideral, y hacerlo desaparecer como un majestuoso meteoro.

Son los tres años que median entre 1817, en que la bandera tricolor de Artigas es arriada en Montevideo y substituída por la portuguesa, y el 1820, en que el héroe desaparece, precisamente en el momento en que su espíritu triunfa en el Río de la Plata, dejando en éste el germen fecundo de la república democrática, hija del caos.

Mirad bien a Artigas, mis amigos, y comprenderéis el alma de la historia americana; no bien lo perdáis de vista, os hundiréis en tinieblas.

Este período, de 1817 a 1820, comprende la historia de la consumación de la independencia en esta parte de América: el triunfo de los ejércitos sobre el enemigo exterior, al iniciarse la campaña del Perú, pero, sobre todo, el de los pueblos sobre el interior, al penetrar en Buenos Aires, vencedores, los elementos, más o menos caóticos, pero fecundos, que alzan el tricolor de Artigas.

II

También hay otro hombre en este instante, que vosotros conocéis, y que se ofrece iluminado por un pensamiento que arde. No es la idea o la visión total de Artigas la que lo mueve; pero es un pensamiento conductor, una visión bajada del polo. Os hablo de San Martín, que, durante estos tres años, subirá al cenit: pasará los Andes, extirpará el dominio español en Chile, y amenazará sus últimos baluartes del Perú.

No pongo en duda que hay gentes, familiarizadas

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

con las apariencias de esta historia, que jamás se han detenido a pensar en esto: en la relación entre Artigas y San Martín.

¡San Martín!... San Martín es otra cosa, dicen.

Pues no es otra cosa. Si fuera otra cosa, no sería nada. Si no tuviera algo de común con Artigas, sería sólo un militar, un técnico inspirado, genial, si queréis; pero no sería nada. Y San Martín *es*.

Oid estas palabras de Pascal, que son palabras vivas, y que debéis recordar siempre que os asalte, que bien puede asaltaros, la idea de que yo os magnifico enfáticamente a mi protagonista. «*¿Qué es el hombre en la naturaleza? Una nada con relación a lo infinito un todo con relación a la nada.*»

Eso es Artigas, en esta historia que os estoy sintetizando: un pobre conductor de la humana grey; el depositario de una revelación, aparecido en una región pequeña del mundo, casi deshabitada: una nada, con relación al universo; un todo, con relación a la nada de los que no creyeron en la libertad de América, ni en la posibilidad de modelar una nación con limo de esta tierra. *Ser o no ser; he ahí el problema.*

Fijaos bien en eso, amigos míos: en San Martín y Artigas. En tanto San Martín es grande; en tanto puede considerarse como algo más que como simple capitán de soldados, en cuanto se acerca a la órbita de Artigas y participa de su pensamiento, es decir, en cuanto confía los destinos de la revolución americana, no a las solas combinaciones diplomáticas, sino al esfuerzo y a la gloria de las batallas del pueblo. En una palabra: San Martín es grande ahora, porque se rebela contra el Directorio de Buenos Aires, y, como Artigas, sigue su propia inspiración, neutraliza la obra de aquel Directorio, y colabora, a pesar suyo,

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

a la de la democracia, de que Artigas es el exponente excelso.

Fijaos bien, mis amigos, en los núcleos sociológicos que se mueven en las entrañas de esta historia llena de dolores. Podemos reducirlos a tres: un ente colectivo, impersonal, heterogéneo, instable, sin pensamiento fijo ni carácter, cuyas unidades suben y bajan: el Directorio de Buenos Aires. Y dos personas reales, dos conciencias humanas, dos hombres inspirados, Artigas y San Martín, que revelan a los demás hombres un mensaje de que son conductores, y lo ponen por obra.

El Directorio de Buenos Aires pugna por arrastrar el pueblo argentino a su órbita, que es la solución diplomática, la monarquía. San Martín y Artigas quieren llevarlo a la lucha gloriosa: al triunfo exterior el primero; al triunfo exterior e interior, al triunfo total el segundo. El primero quiere vencer a España por las armas; ése es todo su pensamiento, toda su obra: vencer a España. El segundo, ya conocéis su pensamiento: «Los déspotas, no por su nación, sólo por serlo, deben ser objeto de nuestro odio». Quiere vencer todo lo que se oponga a la independencia de la América confederada.

Al presentaros unidas estas dos figuras, yo no afirmo la identidad de su carácter; el de Artigas es incomparablemente más grande que el de San Martín; su figura, más heroica y genial. Pero la obra de ambos es complementaria, y ambos llenan una misión.

Os debo un dato aquí, mis buenos amigos, que me empeño en que guardéis. San Martín, como lo hemos dicho, fué monárquico; pero, desde el momento en que conoció el plan político del Congreso de Tucumán, fué su enemigo. Cuando Pueyrredón, después de ele-

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

gido Director Supremo, se lo hizo saber, en la conferencia que celebró con él en Córdoba, el general que había de cruzar los Andes lo oyó encolerizado, y dijo (valga en esto la afirmación de Saldías, el historiador) que, «mientras le quedara un soplo de vida y un soldado, se opondría enérgicamente a las tramas y ambiciones portuguesas». Cuando llegaron a su noticia las negociaciones pendientes, que también conocemos, dijo: «Que no debía entrarse en negociación alguna con la corte del Brasil, sin que a ella precediera el reconocimiento de la independencia; y declaró que si el Congreso insistía en su resolución, él se retiraba de la obra, pues no quería asumir tales responsabilidades.»

Todo eso nos lo dice Saldías, y yo lo creo. Y porque lo creo, porque he visto en San Martín, en más de una ocasión, más de un impulso hacia el misterio de Artigas, he llegado a percibir en aquella alma el germen del rasgo heroico, la visión entrevista. Ésta es confusa, remota; pero está allí. San Martín, soldado formado en España, no puede compartir el pensamiento del héroe americano; pero, sin saber por qué, siente que no puede tampoco ser su enemigo, como los otros. No es capaz de comprenderlo; pero es capaz de amarlo.

Artigas, en cambio, ama y comprende al héroe de los Andes; sigue con ansiedad sus operaciones militares; lo veréis ordenar acciones de gracias a Dios cuando recibe noticias de sus triunfos, hacer suya su causa, velar por el honor de su nombre.

III

Casi en el mismo día del año 1817, entraban dos generales vencedores en dos capitales conquistadas de

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

América: San Martín en Santiago de Chile, después de vencer al español en *Chacabuco;* don Carlos Federico Lecor, barón de la Laguna, en Montevideo, después de aniquilar, al parecer para siempre, al oriental, en la tempestad de batallas terminadas en el *Catalán.*

San Martín, el vencedor, guiado por su visión, quiere continuar su obra: llegar a Lima, arrojar al español. Eso es lo que tiene que decir y hacer; ése es su fin. Artigas, el vencido, sigue la suya: arrojar al portugués, al extranjero; pero ése no es su fin; es el medio para conseguir su verdadero objeto: la independencia real, la democracia, que sólo se obtendrá venciendo, con el pueblo argentino, a la oligarquía de Buenos Aires que trajo al portugués y traerá a cualquier otro.

Buenos Aires pugna por impedir la obra de ambos: la de San Martín y la de Artigas. Aunque ha comenzado por estimular la expedición a Chile; aunque ha recibido a San Martín victorioso, después de Chacabuco, y no le ha negado los recursos para continuar su obra, no por eso ha dejado de apresurar sus trabajos en Europa, a fin de dar a la revolución un desenlace que no necesite de batallas; no ve en las de San Martín otra cosa que medios para concluir, en mejores términos, los tratados o transacciones en que medita. Acabará por ordenar a San Martín, como lo ordenará a Belgrano, que desista de su empresa, para emplear sus fuerzas en matar la democracia interna, aniquilando a Artigas.

Y le ordenará eso, precisamente cuando el vencedor de Chacabuco va a realizar su ensueño: la expedición al Perú. Ese sueño de gloria debe ser substituído con ventaja, según el plan de Buenos Aires, por los arreglos diplomáticos pendientes, que darán por resultado una monarquía americana con un príncipe europeo.

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

Para que fijéis bien esa idea en vuestro espíritu, debéis saber que, aun en el año 1820, llegó a Buenos Aires, en el bergantín *Aquiles*, una comisión enviada por el rey de España, con la misión de restablecer su trono en América. Esa comisión recibió una *Memoria* secreta de la Junta de Gobierno y de la *Sociedad Caballeros de Buenos Aires*, en la que se protestaba la fidelidad al rey, se proyectaba el medio de restablecer su dominio y se afirmaba que la revolución no había tenido otro propósito. En esa *Memoria*, que nos ha hecho conocer Saldías recientemente en su *Evolución Republicana*, se lee: «Lo que menos pensó el director Pueyrredón fué que tuviesen éxito las desesperadas tentativas para la recuperación de Chile, ni que se realizase la temeraria expedición sobre Lima, pues jamás se franquearon al general San Martín los auxilios para llevarla a cabo; *pero él se precipitó, y entró en Chile*, dándonos días bien amargos».

Eso, en cuanto a San Martín.

En cuanto a Artigas, Buenos Aires lo combate como al mayor enemigo: se une al portugués para darle el último golpe, le sonsaca sus elementos orientales, le suscita insurrecciones, le promueve deserciones, le arrebata sus hombres y su influencia en las provincias occidentales, declara a éstas la guerra, para extirpar en ellas el espíritu del héroe republicano, aunque sea exterminando el pueblo que las compone, pide a Rodríguez de Francia, el paraguayo, su alianza o auxilio. Todo para sostener la oligarquía que gobierna en Buenos Aires, y realizar sus planes salvadores.

San Martín, que hasta este momento ha formado parte de esa oligarquía, se rebela contra ella, cuando siente que le tocan su visión de gloria; desobedece,

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

no entrega el ejército; lo lleva al Perú, contra la voluntad del Director Supremo: triunfa. Entonces fué grande; cuando se rebeló.

Artigas acepta la doble lucha; se rebela, como San Martín, en defensa de su pensamiento pleno. Triunfa también; pero el triunfo lo aniquila.

San Martín se va; se coloca, con su ejército, fuera del alcance de Buenos Aires; el éxito, la victoria, glorificarán su rebelión. Pero concluída su misión de vencer a España, no va más allá; piensa, no en coronarse él mismo, como se ha dicho, pero sí en realizar una monarquía independiente, con un príncipe europeo, que él mismo irá a buscar si es preciso, y con una corte más o menos americana; recurre a las logias secretas, a combinaciones ajenas a la voluntad popular. Su pensamiento se agota en el triunfo de sus armas.

Artigas no puede alejarse ni ocultarse; se queda en su patria, rodeado de su pueblo, como se quedó en 1811, cuando el éxodo; se queda defendiendo su suelo, encadenado a su peñasco, blanco de todos los ataques combinados: de los portugueses, de los directoriales, y aun de algunos de sus compatriotas. Todo a su alrededor es fuego convergente sobre él, sobre su visión en peligro: Patria Oriental, democracia, república.

¡Cómo lucha entonces contra los enemigos interiores y exteriores! ¡Cómo lo alumbra aquel círculo de llamas o de antorchas infernales! Emerge de entre ellas con su gesto impasible de dios; los dos rayos de fuego brillan sobre su cabeza y se apagan lentamente como una puesta de sol.

Esta historia, mis amigos, ha sido muy mal comprendida por los escritores argentinos, que no han querido mirar a Artigas con intensidad, que no pueden, que no quieren mirarlo; han visto sólo al Directorio y a San

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

Martín: al Directorio, en lucha con el *caudillaje*, con la *anarquía*, y a San Martín, en guerra contra España. No han querido ver a Portugal, que es tan extranjero como España, y que es su aliado natural, ni tampoco al *pueblo*, al *pueblo argentino*, que no es la oligarquía comunal de Buenos Aires.

Portugal no existe para ellos como enemigo; Artigas no existe tampoco, por consiguiente, como campeón de independencia. No han querido verlo; lo destierran de la historia. Pero el cielo no se tapa con un harnero; vosotros lo habéis visto, mis amigos, lo estáis viendo. Y lo veréis más grande todavía.

IV

El pabellón portugués ondea en la ciudadela de Montevideo; Lecor con sus 8.000 veteranos domina en la plaza.

En el otro extremo del territorio, allá en el Norte, en las márgenes del Cuareim, ha quedado el general Curado, con su formidable ejército vencedor en el Catalán. Pero Artigas, el vencido, se interpone con sus tropas, más bravas que nunca, entre uno y otro, y los tiene casi estrangulados en sus puestos. Artigas es el dueño exclusivo de todo el territorio, en que no se reconoce más autoridad que la suya, ni más bandera que la tricolor. Para evitar el avance de Curado y su junción con Lecor, el héroe realiza, en toda la costa Norte del Uruguay, el vacío defensivo de los rusos: la hoguera de Moscou ilumina las colinas uruguayas y se refleja en el río. Las villas de Purificación y Paysandú son completamente desalojadas y demolidas; todo ser viviente, incapaz de llevar

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

armas, debía cruzar el Uruguay y refugiarse en Entrerríos, en el arroyo de la China, o replegarse al centro del territorio: hombres, caballos, reses; hasta las aves. El desierto debía devorar al portugués invasor. Las casas y los campos quedaban incendiados. «La energía de todos los bárbaros es la misma, desde Moscou hasta el Hervidero.» Eso es todo lo que dice López, el historiador argentino, con rencoroso desdén, máscara dolorosa de su admiración, al encontrarse en presencia de ese cuadro heroico, que no puede confesar.

Vosotros, mis amigos artistas, meditad un momento en estos tres años de gobierno y de resistencia del héroe. Artigas, el derrotado, el abandonado, es el núcleo ambulante de la patria, que no quiere morir, que no puede morir. Imparte sus órdenes, que son acatadas, a todos los confines del Estado, a los cabildos locales, a las autoridades inferiores; infunde alientos inverosímiles en sus capitanes fieles, en sus huestes fieramente agonizantes, que, con sólo mirarlo, se consideran inmortales; acude en auxilio de las poblaciones que, devastadas por el portugués, reclaman amparo; levanta uno, dos, diez ejércitos, que brotan de la tierra, para llenar los claros de los que van cayendo muertos, y que mueren a su vez en una serie interminable de combates frenéticos. «Al día siguiente de un contraste, dice nuestro ilustre Carlos María Ramírez, se le veía redoblar su ardor guerrero, enviando a todos sus tenientes palabras orgullosas de implacable aversión contra el invasor prepotente. Estaba en relaciones con todos los cabildos de la campaña oriental, agradeciendo al uno sus esfuerzos, estimulando al otro en sus empeños, amenazando a veces y castigando también, si necesario era, la tibieza de sus com-

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

patriotas ante el grito de la patria esclavizada. Se consideraba el representante armado de una causa santa, universal; y reconcentraba en su alma todos los odios y todas las cóleras de las razas maltratadas y ultrajadas.»

El héroe invocaba recuerdos gloriosos, como si fuera el padre de una patria de diez siglos; forjaba un pasado; mostraba la bandera recién nacida, como si alzara un símbolo anciano. Y mientras así defendía su tierra, como la leona a sus cachorros que no puede abandonar, defendía su protectorado sobre la región occidental, sobre las provincias argentinas: dirigía y auxiliaba a sus gobernadores y caudillos, que nada hacían sin él, y lanzaba contra la oligarquía de Buenos Aires sus miradas, y sus anatemas, y sus condenaciones fulminantes.

El portugués sólo es dueño del terreno que pisan sus legiones portuguesas; para dominar, tendrá que reducir, apresar o matar a los orientales uno a uno, casi extinguir un pueblo. «La conquista, dice un historiador portugués, sentó sus reales sobre 8.000 cadáveres.» ¡En un pueblo de setenta mil habitantes!

Artigas hubiera triunfado en esa lucha contra el extranjero; oh, sí, es indudable que hubiera vencido; lo han reconocido sus mismos detractores. Ni el portugués ni extranjero alguno hubiera podido resistir a esa tenacidad inverosímil de tres años, en que el hombre oriental acosó sin descanso, en campo abierto, al usurpador. Fueron tres años de combates incesantes; los héroes brotaban de todas partes; se extirpaba una cabeza, y surgían diez. Esas colinas de la patria que os he descrito, mis amigos artistas, esos bosques que franjean las corrientes, esas ásperas serranías, todo sangraba, todo se inmolaba.

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

Y mientras los orientales mueren y no se reponen, el portugués recibe del Brasil y de Portugal nuevos tercios, nuevas legiones; la resistencia no decrece, sin embargo, ni amengua la fe de Artigas; no sufre eclipse la inquebrantable convicción que tiene de triunfar.

V

Pero si la lucha contra el extranjero era eficaz, y hubiera sido coronada por la victoria, el triunfo era imposible mientras aquél conservase como aliado al Directorio de Buenos Aires. Éste lo secundaba insidiosamente, mientras, para ocultarse del pueblo argentino, enviaba al héroe falaces protestas de amistad. El vacío heroico que hacía Artigas ante el invasor, tanto en el Norte como frente a Montevideo, era llenado por la complicidad de Buenos Aires con aquél; cuando el director mandaba algún auxilio a los orientales, pedía disculpa por ello a los portugueses, invocando la necesidad de satisfacer las protestas del pueblo argentino; pero, en cambio, permitía que los comerciantes de Buenos Aires surtieran a los portugueses sitiados, haciendo ilusorio el sacrificio de los sitiadores.

En Buenos Aires, más que en Montevideo y en el Brasil, está el debelador de la democracia rioplatense, el formidable enemigo de Artigas y del pueblo, tanto oriental como occidental, que le seguía; ésa era la causa, hoy evidente, del *antiporteñismo* que se ha imputado al héroe, como un signo de irracional prevención. Ese poder que estaba en Buenos Aires era irresistible por lo impalpable; era la insidia, el descrédito, la protesta de amistad falaz; sus armas principales eran la

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

seducción, el soborno, el estímulo a la defección, el abandono del héroe, presentado como un adversario selvático de la paz y de la fraternidad, como el obstáculo que se oponía a la independencia.

Para combatir a ese enemigo interior en la Banda Occidental, mientras lucha con el exterior en la Oriental, Artigas tiene que dividir su atención y sus fuerzas, debilitando más y más la resistencia en su propia tierra; tiene que conservar, sobre todo, y vigorizar, su autoridad y su influencia sobre el pueblo de las provincias occidentales, Corrientes, Entrerríos, Santa Fe, Córdoba, que, faltas de un hombre conductor, lo han aclamado y lo siguen aclamando como jefe, como indispensable protector, para defenderse, a la sombra de su bandera que enarbolan, de la oligarquía de Buenos Aires, que pretende dominarlas y someterlas a su arbitrio.

Artigas tiene que conservar esos pueblos; ellos fueron desde el principio, como os lo dije, su esperanza; debía salvarlos a ellos, para salvar con ellos después a la Patria Oriental del extranjero. Ése había sido y era su plan: dominar a Buenos Aires con el pueblo argentino, para en seguida dominar con éste, dueño de sí mismo, al portugués usurpador de su patria, si él no había podido hacerlo con sólo el pueblo oriental.

Buenos Aires pugna por arrebatarle aquellos pueblos; les declara la guerra, diciéndoles que sólo va, como el portugués, a destruir en ellos la influencia de Artigas, el *peligroso patriota*, y a darles la libertad.

Ahí tenéis planteada la última lucha, la lucha suprema del héroe oriental, en que se condensa la de toda la patria argentina: de una parte, el Directorio aliado al portugués contra Artigas, y aun contra el

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

pueblo argentino; de otra parte, Artigas, en prosecución de una confederación democrático-republicana, de la patria que hoy tenemos orientales y argentinos, chilenos y peruanos, paraguayos y bolivianos, todos los pueblos del continente.

Hoy se ve eso con claridad. Vosotros lo veis así, porque conocéis los secretos de la misión de García y los del Congreso de Tucumán, y las gestiones de Rivadavia, etc., etc.; pero esas pruebas eran entonces ignoradas; la logia era secreta. Sólo Artigas lo veía entonces, gracias, más aun que a las pruebas, a su doble visión; él lo sentía, lo palpaba; su convicción era inquebrantable, como brotada de aquella región de las madres de que hablamos al principio.

¿Cómo hacer creer en ella? ¿Cómo convertir a esa fe profética los hombres de poca fe, sin apoyarla en el milagro?

El héroe tenía que imponer su evangelio por la fuerza y por la victoria inverosímil, de que jamás desesperó. Murió creyendo en ella.

VI

Es preciso no olvidar que, también en Buenos Aires, había adversarios del Directorio; enemigos encarnizados y poderosos de Pueyrredón, de su política y de sus propósitos. Pero es necesario no confundir las cosas; esos hombres y partidos, así fuesen más enemigos de Pueyrredón que el mismo Artigas (y lo eran acaso mucho más), no por eso tenían nada de común con éste, ni con su pensamiento angular. Hay tanta distancia del uno a los otros, como del cielo a la tierra, infinita distancia. Y es menester que vos-

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

otros os deis cuenta de ello, si queréis comprender esta historia, y ver destacarse, sobre sus tinieblas, la forma humana que debéis hacer de bronce.

Muchos primaces combaten en Buenos Aires al gobierno de Pueyrredón; pero ellos no son otra cosa que la continuación de la anarquía política que allí reina desde el principio; son llamas de aquel infierno. Entre ellos están quienes echarán abajo al director; pero para substituirlo por otro del mismo género, que no tendrá más analogía con Artigas, que la que con él tenía Álvarez Thomás cuando derrocó a Alvear.

Al subir Pueyrredón al gobierno, se formó un partido llamado de los *congresales*.

Frente a éste se constituyó el de los *segregatistas*, que proclamaban el régimen federal interno y combatían al director.

Era jefe de este último el coronel Dorrego, el mismo que había luchado con Artigas, secundando al joven director Alvear, y devastado la provincia de Santa Fe; estaban con él don Manuel Moreno, Paso, el doctor Agrelo, el general French, los Anchorena, etc., etc. Ese partido, que tenía por órgano un diario apasionado, llamado *La Crónica*, al iniciarse la invasión portuguesa denunció la complicidad del Directorio con el extranjero, lo acusó de traidor, manifestó grande indignación. El director Pueyrredón, al verse agredido, hizo una alcaldada: aprehendió primeramente a Dorrego, y, sin forma alguna de proceso, lo desterró a las Antillas, como insubordinado y conspirador, como enemigo del Directorio y del Congreso, como acérrimo partidario de la guerra con el Brasil. Más tarde se deshizo, en la misma forma, de los demás, desterrando como a conspiradores a Moreno, Agrelo, Paso, French, Chiclana, Pagola, Valde-

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

negro. Éstos, en llegando a Baltimore, publicaron un manifiesto furibundo, en que denunciaban, en términos fulminantes, los planes de perfidia y traición del Directorio.

Yo, que no he querido hacer mías las nobles páginas de Alberdi, por juzgarlas inficionadas de pasión política que no nos atañe, miraré indiferente, con mayor razón, este ajeno toletole.

Todo eso, mis amigos artistas, artículos de *La Crónica,* manifiesto de Baltimore, panfletos revolucionarios, así sean más incendiarios que las teas infernales, es fuego de paja, que nada tiene de común con el encendido en el espíritu de Artigas. Todo eso no es otra cosa que la continuación de la anarquía política de Buenos Aires, alimentada por las ambiciones de los hombres. Esa idea de federación, de que hablan éstos, nada tiene que ver con el gran pensamiento federal del capitán de la democracia: «*the brave and galant republicain general Artigas*».

Bueno es que fijemos bien este concepto. Aduzcamos un hecho que le da relieve.

¿Sabéis quiénes conspiran también contra Pueyrredón, además de los desterrados de que hemos hablado?...

Pues bien: es Alvear, aquel joven dictador aristocrático de 25 años, el hijo primogénito de Marte, el sobrino y sucesor de Posadas, que entró vencedor en Montevideo, que fué rechazado del ejército del Perú, y que, elegido Director Supremo por la Logia que él fundó, ofreció a Inglaterra la propiedad del Plata. Ese Alvear, arrojado por el motín de Fontezuelas, fué a acogerse, como sabemos, a la piedad del rey Fernando VII, y a reconocerlo como su solo soberano;

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

pero desdeñadas por aquél sus contriciones, y desestimado su concurso, ha vuelto del ostracismo, y conspira hoy en Montevideo, en Montevideo precisamente, contra Pueyrredón, bajo la protección de Lecor, el portugués. Y no es de sorprenderse: ya sabéis que el secretario de Lecor es don Nicolás Herrera, ministro que fué de Alvear, redactor de su *Memorial* al agente español Villalba, y que no ocultaba su sincera convicción sobre *la imposibilidad* de pensar en la independencia de América.

Conspira asimismo Carrera, el libertador chileno, José Miguel Carrera, compañero de armas de Alvear en España, caído como éste en su país, rival de O'Higgins, y que, poseído por su vértigo, sólo busca, dondequiera y como quiera, elementos para pasar los Andes, y derrocar a su rival y a San Martín en su patria, y satisfacer allí sus venganzas. Este Carrera está también en Montevideo, a la sombra del portugués que lo protege, y de allí lanza sus panfletos incendiarios contra la situación política de Buenos Aires, que lo ha perseguido, y lo perseguirá, y lo matará.

Conspira, por fin, aquel Sarratea, que tanto conocéis, a quien Artigas arrojó del segundo sitio de Montevideo; aquel que, después de declarar traidor al héroe oriental, pasó a Río Janeiro y a Europa a gestionar la monarquía platense. Este Sarratea está en Buenos Aires, y allí espera también su hora, la ocasión de trepar, desacreditando a Rivadavia, que ha quedado en París, y se queja desde allí de las intrigas de este buen Sarratea, y aconseja la adopción urgente de la monarquía que él gestionará.

Comparad todo eso con Artigas, mis amigos, y decidme si puede haber punto de contacto entre esos políticos y el Libertador oriental; entre la serenidad

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

de profeta del que a nada personal aspira, del que vive y morirá en la pobreza, y la febricitante inquietud de los otros. Cualquiera de ellos que consiga predominar por un momento sobre el pueblo argentino será tan enemigo de Artigas como los que caigan en el incesante derrumbe; todos son el reverso de éste, que no cae en su patria, que es el orden intrínseco, lo permanente, lo invariable.

VII

Un temor me asalta, mis buenos amigos, siempre que os revelo estas penosas verdades: el de que lleguéis a creer, por un momento, que yo abrigo, en éste como en todos los casos análogos, el ánimo censurable de deprimir a los hombres, ilustres muchos de ellos, del patriciado comunal de Buenos Aires, que me inspiran un gran respeto, o el de negarles o menoscabarles mi homenaje de americano y rioplatense, como factores que fueron, más o menos indirectos, pero esenciales, de la común independencia.

Yo respetaré, con toda América, los monumentos que a sus figuras venerables levante la posteridad. Yo os aseguro que el mismo Artigas los mirará con respeto desde su caballo de bronce.

Os diré más aún: creo que aquellos hombres obraban lógicamente y con muy buen sentido, con el buen sentido corriente, cuando no tenían fe en el pueblo americano de aquella época, ni en su capacidad para constituirse en persona soberana.

Como consecuencia estrictamente lógica de ese humano escepticismo, rechazaban y perseguían a Artigas, que era la fe, la visión inaccesible para ellos, y

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

pugnaban por importar un rey o príncipe de buena cepa.

Sí, estoy conforme: el pueblo americano de nuestros campos (y casi todo era campo en nuestra América) era una masa caótica, un embrión que, como todos los embriones, ofrecía muchos aspectos repulsivos; era un pueblo casi nómada en su gran parte; la idea de propiedad parecía incipiente; el hombre se emancipaba de sus padres en la adolescencia; montaba su caballo sin domar y comía la res salvaje sin dueño; la familia, unidad social, era rudimentaria; el vínculo político muy frágil; el hombre se hacía justicia por su propia mano; la idea de libertad se asemejaba al instinto del avestruz o del pájaro; el barro y la paja de las cañadas eran los solos materiales de construcción. La falta de centros urbanos tornaba difícil la acción de la autoridad: el hombre no dependía sino de Dios y de su lanza, en aquellos inmensos horizontes; parecía casi insensible al padecimiento; luchaba con las fieras; se ocultaba en los bosques y cañaverales; aguzaba sus sentidos, el oído, la vista; atisbaba desde la copa del ombú; moría sin sorpresa. La descripción de este cuadro se ha hecho muchas veces, con los colores más vivos, por los sociólogos enemigos de nuestros campeones primitivos principalmente. El *Facundo* de Sarmiento, inspirado en esa idea, ha sido el libro clásico del Río de la Plata. En él, frente al cuadro de la barbarie, se nos presenta el de la civilización, simbolizada en «*el frac de corte francés*» que se vestía en Buenos Aires, como un supremo contraste. «No es fácil darse una idea, dice el bueno de Sarmiento, no es posible darse una idea de la cultura y refinamiento de la sociedad de Buenos Aires antes de 1828. Todos los europeos que arribaban creían hallarse en Europa, en los salones de París; nada faltaba; ni la petulancia

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

francesa, que se dejaba notar entonces en el elegante de Buenos Aires.»

Imaginemos, efectivamente, la impresión que en ese ambiente produciría el aspecto *general* de nuestros pueblos.

¿Cómo hacer de eso, decían los no creyentes, una república organizada? ¿Cómo hacer ciudadanos libres, capaces de ejercer la soberanía, de esas multitudes incultas, arrastradas por cabecillas tan incultos como ellas? El rey europeo era, pues, indispensable, mientras aquellas masas se civilizasen, mientras se vistiesen decentemente, cuando menos.

En todo eso hay una fuerte apariencia de verdad. «La república, dice Amiel, no es una semilla, es un fruto.» «En el asunto vivo, dice Carlyle, que ya citamos otra vez, la transformación es de ordinario gradual; así cuando la serpiente se despoja de su vieja piel, la nueva ya está formada... la creación y la destrucción se efectúan simultáneamente.»

¿Cómo creer que, debajo de la piel visible del pueblo americano, existían ya, siquiera a medio formarse, los filamentos de la nueva, para substituir a la que la revolución destruía?...

No seamos, pues, fariseos. Esos hidalgos, togados o no togados, enemigos de Artigas, procedieron lógicamente al no creer en éste, que era el solo que podía saber lo que había bajo la piel visible de la serpiente, y por eso conservaba, y educaba, y conducía aquella masa. Y no hay a qué mirarlos con ojeriza, por no haber visto más de lo que ve la generalidad de los hombres de carne y hueso. Lo que ellos creían parecía la verdad, y acaso nosotros mismos, los académicos de hoy, lo hubiéramos juzgado así; acaso hubiéramos negado a Artigas nuestra fe.

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

Pero nada hay más brutal que un hecho, y el hecho es que eso, *que parecía* la verdad, *no era* la verdad; el hecho brutal es que esa masa caótica, con defectos étnicos y atávicos, y todo lo que queráis; ese pueblo que parecía incapaz de ser núcleo cósmico, *no era incapaz* de serlo; *estaban allí los filamentos de la nueva piel* que sólo el genio autóctono percibía y apreciaba. El hecho evidente, luminoso, el que hoy glorifica la América republicana, es que de esa materia informe se formaron nuestras patrias independientes, tales cuales son; las que hoy amamos y glorificamos. ¿No las estamos glorificando?... Eso es lo que es; lo demás, pese a todas las entidades ideológicas, es lo que no es, la simple apariencia.

Ahora bien, mis amigos: si hemos de proclamar en todo esto al héroe, al verdadero héroe, al vidente, al encarnador de lo que era, y ha sido y es, no hemos de buscarlo entre los que estaban en la lógica de lo aparente, sino al que fué núcleo de aquel cosmos, y, disintiendo de los demás, estaba en la realidad escondida en el fondo de aquellas apariencias. Es a éste al que se llama genio precisamente, hombre real. «Una guerra grande y universal, dice Carlyle al hablar de los héroes, resume toda la historia del mundo: la guerra de la fe contra la incredulidad; la lucha del hombre cuyo pensamiento se fija en la esencia de las cosas, contra los hombres que lo tienen absorbido por las vanas apariencias de las mismas.»

Bien es verdad que aun ahora hay gentes que, en presencia de las imperfecciones y caídas de nuestras democracias incipientes, dicen que hubiera sido mejor para nuestra América el no haber realizado tan pronto su independencia, o el haberlo hecho como lo

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

querían los enemigos de Artigas: paulatinamente, con un príncipe de sangre real. Eso hubiera sido, según ellos, la panacea: con ello se hubiera transformado la raza, se habría improvisado la cultura del pueblo, se hubieran evitado convulsiones políticas, y realizado milagros.

Pero confesemos, amigos, en que esa gratuita presunción, si bien especiosa, no merece nuestro respeto ni el de nadie; convengamos en que es una peregrina conjetura suponer que, con la agregación de un motivo más y más fundamental de revuelta, había de conjurarse el peligro de revueltas. ¡Lo que hubiera durado en estas tierras el rey que le trajeran con algunos millares de fusileros de vistoso uniforme colorado!

Porque ni siquiera las experiencias nos faltan en la historia americana, para denunciar a los que así raciocinan como gente de poco juicio. Méjico tentó su independencia en forma monárquica, que se desvaneció; Cuba retardó la suya casi un siglo. Y buscaréis en vano los males evitados, y las ventajas con tal recurso obtenidas: ahí están.

Pero el ejemplo que más os invito a considerar es el que nos ofrece la gran nación brasileña, constituída en república federal ayer no más, el 15 de noviembre de 1889, después de haber nacido en la forma que, como milagroso recurso, querían para nosotros los enemigos de Artigas: con su rey o emperador, y su corte y su aristocracia.

¿Se ha adelantado por eso, efectivamente, mucho más que sus hermanas platenses, en la conquista del derecho y del bienestar? ¿Quedaron allí extirpados por la monarquía los males inherentes al estado sociológico de ese pueblo? ¿Es hoy, por dicha, más

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

próspero, más civilizado, más uno, que aquellos sus vecinos, que, gracias a Artigas, no comenzaron con reyes, sino que *fueron concebidos en libertad republicana*, según la frase lapidaria de Lincoln?

Con los mismos sociólogos brasileños podríamos contestar que no.

Y cuidado que la monarquía no fué, en el Brasil, la que los enemigos de Artigas, el republicano, preparaban en secreto para la América española. El Brasil no fué a pedir su rey, y los soldados que habían de sostenerlo, a las potencias de la Santa Alianza; lo formó de su propia substancia; lo sostuvo con sus soldados propios; lo hizo todo lo brasileño que pudo ser.

Esa interesantísima historia de la América lusitana, amigos míos, que no cabe, desgraciadamente, en el cuadro de nuestras conversaciones, está aún por estudiar entre nosotros; ha sido casi tan desfigurada como la de Artigas por las pasiones o intereses transitorios.

¡Cuánto ha sido echada en cara a esa nación brasileña aquella su primitiva corona imperial, por los mismos apologistas precisamente de los que más la buscaron para el Río de la Plata! Recordemos, pues, someramente, la historia.

Vosotros sabéis cómo el rey de Portugal, desalojado de su trono por Napoleón con el apoyo de los cautivos reyes de España, trasladó su sede real, de Lisboa a Río Janeiro, en 1808, y cómo acabó por erigir al Brasil en reino, en 1817. Cuando, caído Bonaparte y reinstalado don Juan VI en su abandonada sede del mundo antiguo, pretendió que el Brasil volviese a su categoría de colonia, y quiso que su hijo don Pedro, a quien había dejado como regente del

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

reino en el Brasil, regresara a Portugal, el pueblo brasileño dijo que no; que ni volvería a ser colonia, ni el regente del Brasil regresaría a la metrópoli; *que se quedaría*. Y el príncipe *se quedó*. Se quedó en América, contra la voluntad, no tanto del rey su padre, cuanto de las Cortes portuguesas. Pero se quedó, ya no como simple delegado de la metrópoli, sino como *Protector o Defensor Perpetuo del Pueblo Brasileño*. Esa resolución de quedarse precedió de cerca a la de romper todo vínculo político con la madre patria, y proclamar la independencia del Brasil. Don Pedro adoptó esta resolución, instado y sostenido por el mismo pueblo, el 7 de septiembre de 1822, a orillas del arroyo de *Ipiranga;* la adoptó, pues, como caudillo, como verdadero caudillo del pueblo brasileño, y apoyado en éste, que ha glorificado ese recuerdo y consagrado aquel día 7 de septiembre, el *Grito de Ipiranga*, como su fecha nacional.

Todo eso era lo más propicio, como lo veis, a dar el máximum de eficacia a la levadura monárquica.

Pasó, sin embargo, como un episodio de la historia del Brasil. *Fugit velut umbra.*

Hoy, desde el 15 de noviembre de 1889, en que cae la monarquía y nace la república federal, el Brasil, no más preparado, por cierto, que sus hermanos a la vida definitiva, grande por su grandeza intrínseca, y no por la forma de su gobierno, ya no celebra la fecha de *Ipiranga* como su cifra; ha consagrado la otra, la de Noviembre, que será, para siempre, su cifra nacional: la que conmemora la expulsión del emperador, y la proclamación de la república federal; el triunfo, pues, también allí, del pensamiento de Artigas. ¡También allí!

La realidad, la sola realidad permanente, la pre-

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

sentida por el héroe republicano, se ha abierto paso, pues, también en el Brasil, como en toda América, al través de todas las fugaces apariencias.

Y mucho de apariencia ha tenido la organización interna brasileña, que se ha contrapuesto algunas veces a nuestras revueltas y caudillajes. Son muy pocos los que se han dado cuenta de que esas nuestras convulsiones internas, tan denostadas con razón, fueron, sin embargo, el precio a que la América española republicana compró su más precioso y exclusivo privilegio: el de no haber tenido esclavos. El Brasil sólo abolió la esclavitud en 1889, cuando su república rayaba en sus horizontes. Los mismos Estados Unidos del Norte, que tampoco tuvieron caudillos, conservaron, en cambio, la esclavitud. Y bien sabemos que el extirparla llegó a poner en peligro su unidad, y causó males no inferiores a los de nuestras revueltas internas.

El Brasil ha entrado, por fin, en el orden o armonía providenciales. El trono, con haber sido, como fué, muy digno de consideración, desapareció por sí solo. La forma artificial se fué, para dejar paso a la natural, que nace de la esencia de las cosas, y que allí, lo mismo que aquí, era la república democrática, a cuya sombra, más que a la del trono de Braganza, se desarrollan en aquel pueblo los principios sanos y las virtudes sólidas. El Brasil se ha quedado con lo que esencialmente tenía, ni más ni menos; con sus defectos y cualidades; con un pueblo dueño de sí mismo, y que por sí mismo realizará sus grandes destinos.

«Si queréis que el esclavo muestre las virtudes del hombre libre, dice George, comenzad por darle libertad.»

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

La visión genial de Artigas, amigos míos, es el porvenir, porque ella era la verdad, y, siéndolo, era la armonía, el amor, la paz, pese a todo cuanto haya costado. Algún día estudiarán juntos su común historia todos los pueblos románicos de esta América; todos los descendientes de la antigua Iberia: hispánicos y lusitanos. Entonces leerá el Brasil, con nosotros, la historia de nuestro Artigas, la verdadera, que no conoce, e inclinará la cabeza al encontrarse con su frase profundísima: «Los déspotas, no por su nación, sólo por serlo, deben ser objeto de nuestro odio». Comprenderá entonces cómo el vidente caudillo oriental, cuando luchaba con don Juan VI de Portugal, no era el enemigo del pueblo brasileño, bien así como no lo era del argentino, que fué sangre de su sangre, cuando luchaba contra los patricios aliados de aquel monarca. Se adelantaba sólo a la lucha que el mismo Brasil librará contra los reyes; era el primer soldado, por consiguiente, del principio en que hoy descansa la federación republicana brasileña.

Entre las verdades que van a salir triunfantes de vuestro monumento, amigos artistas, no ha de ser ésa la menos nueva ni la menos armoniosa.

Porque podemos pensar lo que queramos de la forma de gobierno republicana; ya os he dicho que no soy un fetichista de tales formas; que detesto la adulación de multitudes y desdeño al hombre esclavo de los hechos. Pero confesemos que la democracia y la forma de gobierno republicana son la armonía del porvenir, cualesquiera que sean sus quebrantos y vicisitudes del presente; convengamos, por ende, en que *el hombre de la democracia*, aun de la democracia fiera del pasado, es el héroe del presente y del futuro: *el héroe*.

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

El monumento que vais a crear, amigos, es el símbolo de esa fe; lo levantamos los que creemos que la patria americana tenía que formarse como se han formado todas las del universo: sobre la base de un embrión sociológico, más o menos informe, fecundado por la fe y el sacrificio; su desarrollo tenía que ser, como el de todos los embriones, lento y penoso, y debía parirse con dolor, desgarrando entrañas. Lo erigimos los que aceptamos el ser hijos de nuestra madre; no los que quieren serlo de la emperatriz madre del vecino, sin pensar en que esa emperatriz tuvo también una madre o una abuela, que no nació reina, y que fué, como la nuestra, barro animado por el espíritu.

Sería interesante, mis amigos, estudiar, con este motivo, el origen de los distintos pueblos; sus fundadores heroicos; los reyes primitivos, con mucho de bandoleros; las turbas que los seguían, con mucho de sus reyes.

Pero ese estudio, que sólo os sugiero y que podéis hacer por vosotros mismos, sería ahora extemporáneo; lo substituiremos ventajosamente, como grato descanso, con una amable página, que leo en la *Historia de la Revolución de Inglaterra,* de Macaulay, y que éste traza, después de describirnos el cuadro de una parte del pueblo inglés poco antes de su revolución. Los cuadros de barbarie y anarquía que él nos ofrece jamás fueron vistos en nuestros desiertos rioplatenses, os lo aseguro; nuestro pueblo *gaucho* no fué, ni con mucho, pese a sus *Facundos,* lo que el inglés que Macaulay nos describe. «Mucha parte del territorio, dice, que se extiende del otro lado del Trent, permaneció hasta principios del siglo XVIII en estado de barbarie...; bajo el reinado de Carlos II aun se advertían las huellas que dejaron siglos de

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

matanza y saqueo, a muchas millas al Norte del Troced, en el aspecto del país y en las costumbres anárquicas del pueblo...; se tenía que hacer justicia local y rápida; se mantenían traíllas de perros para perseguir a los malhechores en sus guaridas, casi inaccesibles, de las montañas y pantanos; las quintas y granjas estaban fortificadas como castillos; los mozos y gañanes dormían vestidos y armados y con calderos de agua hirviendo y piedras para defenderse; ningún viajero se ponía en viaje sin hacer testamento; se viajaba armado y escoltado...» «Aun en nuestros días, concluye Macaulay, en pleno siglo XIX, se ha dicho por ancianos, recordando episodios de su juventud, que los cazadores hallaban poblados los matorrales vecinos al castillo de Keeldar de una raza de hombres casi tan salvajes como los indios de California, y oían con sorpresa bárbaras canturías a mujeres medio desnudas, mientras que los mozos bailaban danzas guerreras blandiendo puñales.»

De esos hombres ha hecho Inglaterra sus libres ciudadanos de hoy.

Y leamos, pues, la amable página de que os hablaba, para terminar. Es ésta:

«El Ariosto nos narra la historia de una hada que, por una ley misteriosa de su naturaleza, estaba condenada a aparecer, en ciertas estaciones, bajo la forma de una horrible y venenosa serpiente. Los que la maltrataban durante el período de su transformación quedaban para siempre excluídos de los beneficios que ella prodigaba a los hombres; pero a aquellos que, a pesar de su aspecto repugnante, la miraban con piedad y la protegían, ella se les aparecía más tarde en la bella y celeste forma que le era natural; acompañaba sus pasos; satisfacía sus deseos; llenaba sus casas

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

de riquezas; los hacía felices en el amor y victoriosos en la guerra. Tal es la belleza celeste que se llama Libertad. Cobra algunas veces la forma de un reptil odioso; se arrastra, silba, muerde. ¡Pero desgraciados de los que, poseídos de repugnancia, intenten aplastarla! ¡Y felices los hombres que, habiéndose atrevido a recibirla bajo su forma espantosa y decaída, sean recompensados por ella, en la hora de su belleza y de su gloria!»

Yo no sé a ciencia cierta, artistas amigos, si ha sonado o no la hora de gloria y de belleza para nuestra América; pero sólo podremos decir que sí, si vemos que se ha verificado la transfiguración del reptil que ocultaba la hermosura de su madre Libertad.

Y sólo podremos estar seguros de que el pueblo ha cobrado de veras su soberbia y definitiva forma, allí donde lo veamos reconocer y llenar de amor y de victoria a sus héroes verdaderos: a los que no lo renegaron, sino que lo miraron con respetuosa piedad, y lo protegieron, y lo hicieron levadura de la patria, cuando, por misteriosa ley de su naturaleza, silbaba como reptil, y mordía, y se arrastraba; a los que, bajo la envoltura horrible de la serpiente, vieron el hada que hoy domina transfigurada y munífica.

VIII

Los hombres de Buenos Aires, en 1816, los de arriba y los de abajo, los que han subido y los que van a subir, tienen que ser igualmente enemigos de Artigas, como hemos dicho; no ven sino serpientes en el suelo nativo; serpientes que aplastar.

Pero existe un aliado intrínseco del héroe y del pue-

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

blo oriental: el pueblo argentino, todo el pueblo argentino, todas las hadas-serpientes. Y quien dice pueblo, dice sus conductores naturales, brotados de su propia vida; los núcleos de atracción de las multitudes; los que se llamaban *caudillos*.

Es menester que nos detengamos a hablar de esto, que en otras ocasiones hemos tocado a la ligera: de los caudillos rioplatenses.

La voz caudillo, que, en general, significa cabeza, conductor, capitán (Moisés era el *Caudillo de Israel)*, aquí, en esta historia, ha solido tomar un significado propio, de menosprecio, que se parece al de cabecilla o capitán de rebeldes, o cosa así. Se ha hablado mucho de *caudillos* y *caudillajes*, sin detenerse en la meditación a que yo os invito. No tengáis cuidado: no voy a llevaros a estudiar razas, ni atavismos, ni fenómenos biológicos, ni signos somáticos y psíquicos, en que hoy suelen detenerse, acaso más de lo necesario, los historiadores sociólogos; creo que la ciencia no ha llegado todavía muy lejos en ese orden de descubrimientos, sin negar por eso que ella puede conducir a felices resultados futuros. Yo seguiré el criterio estético, el de la universal armonía, que me guía en estas lecciones.

Los apologistas de la revolución glorifican *al pueblo americano* que la hizo; pero muchos de los tales, temiendo contaminarse, reniegan de los caudillos y del caudillaje, que, según ellos, sólo la entorpecieron y hasta la pusieron en peligro.

A poco que meditáramos, notaríamos la contradicción en que incurren. ¿Dónde estaba ese pueblo americano?

Las unidades primitivas de eso que se llama el *glorioso pueblo de Mayo*, y que algunos han creído que

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

eran las personas que se reunían en la plaza principal de Buenos Aires, no son propiamente las personas físicas; son los caudillos precisamente, es decir, los distintos núcleos de atracción de los grupos de hombres que se conglomeran según sus afinidades naturales. El pueblo americano heroico, el guerrero, no es el conjunto de hombres; es el conjunto de caudillos. El Paraguay no tuvo caudillos, y ya hemos dicho por qué: porque el dictador Francia extirpó allí la vida en mal hora con la muerte del espíritu de Artigas.

El caudillo es el *substratum*, la quintaesencia de la masa, es el *personaje reinante* de que nos habla Taine.

Este maestro Taine, gran orfebre del estilo, después de estudiar las diversas circunstancias sociales que nos ofrece la historia humana, dice esto que puede interesarnos, y que tengo empeño en que leáis conmigo en este momento: «En los diversos casos que hemos examinado, habéis notado, en primer lugar, una situación general, es decir, la presencia común de ciertos bienes y de ciertos males: una condición de servidumbre o de libertad, un estado de pobreza o de riqueza, una forma dada de sociedad, una especie dada de religión: la ciudad libre, guerrera y provista de esclavos, en Grecia; la opresión, la ambición, el bandolerismo feudal, el cristianismo exaltado en la Edad Media; la corte en el siglo XVII; la democracia industrial e instruída en el siglo XIX; en suma, un conjunto de circunstancias a que los hombres se hallan vinculados y sometidos.

»Esa situación desarrolla en ellos necesidades correlativas, aptitudes distintas, sentimientos particulares: la aptitud física, por ejemplo, o la tendencia

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

al ensueño; aquí la rudeza, allí la dulzura; ya el instinto de la guerra, ya el ingenio en el hablar; ora el deseo de gozar, ora mil disposiciones infinitamente varias y complejas: en Grecia, la perfección corporal, el equilibrio de las facultades no menoscabadas por una vida demasiado cerebral o demasiado material; en la Edad Media, la intemperancia de la imaginación sobreexcitada y la delicadeza de la sensibilidad femenil; en el siglo XVII, el *saber vivir* del mundo, y la dignidad de los salones aristocráticos; en los tiempos modernos, la enormidad de las ambiciones desencadenadas y el malestar de los deseos jamás saciados.

»Ahora bien: este grupo de sentimientos, de necesidades y de aptitudes, desde el momento en que se manifiestan por completo y con brillo en un alma, constituye el *personaje reinante*, es decir, el tipo que los contemporáneos circundan de su admiración y de su simpatía: en Grecia, el joven desnudo y de hermosa raza, perfecto en todos los ejercicios del cuerpo; en la Edad Media, el monje extático y el caballero enamorado; en el siglo XVII, el cumplido hombre de corte; en nuestros días, el Fausto o el Werther, insaciable y triste.»

Ese es el *personaje reinante* que, como lo veis, es el *substratum* de la masa, y no deja de ser parte de la masa misma. Pero es preciso completar el concepto de Taine con otra entidad que el escritor francés, al revés de Carlyle, no ve con precisión: es una persona que, sin dejar de formar parte de esa masa, sin dejar de arraigar en ella y brotar de su seno, se eleva sobre ella, y para ella recibe la influencia superior: *ése es el héroe*, el conductor de aquella masa o conjunto de personajes reinantes, hacia su destino armónico

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

con el destino universal. El héroe no es, por lo tanto, la negación o destrucción del personaje reinante; pero es la condensación y transformación de esa fuerza excéntrica en fuerza concéntrica, concurrente a la armonía recóndita. Es el héroe, en el mundo moral, lo que el artista o el poeta en el sensible: la incorporación del alma humana a las cosas o a las potestades que animan el universo. El artista de los árboles es aquel que puede convertirse en árbol; el de los hombres, en humanidad.

El personaje reinante es, pues, lo transitorio y cambiante, el *traje*, diría Carlyle, el autor de *Sartir Resartus*. El héroe es lo permanente, la persona que está dentro del vestido, *el hombre* que está en la multitud.

Concurrirán o no en el héroe las condiciones *exteriores* del personaje reinante; el hombre admira sin amar muchas veces, y ama sin admirar; amar no es siempre absolver al ser amado; es sentir no poder hacerlo siempre. El héroe puede ser o no, por consiguiente, objeto directo de simpatía; lo es generalmente; es también personaje reinante. Pero no es eso lo que forma su esencia: lo que la constituye es el poder de apoderarse de la humanidad, de sus personajes reinantes precisamente, y de arrastrarlos, de llevarlos hacia la luz, visible sólo a los ojos del inspirado.

Si se estudia el estado social de nuestra América, en la época de la revolución, el *personaje reinante*, aquel en que se manifiesta el grupo de sentimientos y aptitudes del pueblo americano, el tipo que sus contemporáneos rodean de su admiración y de su simpatía, el núcleo en torno del cual se conglomeran y por el cual se determinan a la acción, es el *caudillo*,

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

es decir, el jinete valiente, casi nómada, despreciador de la vida propia y de la ajena, más fuerte que la autoridad, y cuya protección es más eficaz que la de ésta, como es más temible su enemistad, ya que la influencia de la autoridad legal es nula por imposible. El culto del valor personal, de la fuerza, de la audacia, equivale al de la forma desnuda en Grecia, al de la visión extática de la Edad Media, al del hombre de corte, o al de Werther insaciable y triste, en las otras épocas. Acabamos de recordar el libro clásico que entre nosotros ha hablado primero de esto: el *Facundo*, de Sarmiento. Pues bien; éste, que tanto se extasía ante el frac de corte francés de los elegantes de Buenos Aires, nos dice, muy poco después, en su momento de verdadera inspiración: «En la República Argentina, el espíritu de la pampa está *en todos los corazones;* si levantáis un poco la solapa del frac con que el argentino se disfraza, hallaréis siempre el gaucho más o menos civilizado, pero siempre el gaucho».

Ese caudillo americano lo era por sus condiciones exteriores. Casi no pensaba: sentía; no veía más allá de lo que alcanzaba el galope de su caballo, símbolo de la libertad rudimentaria de que tenía noción. Eso eran Ramírez, en Entrerríos; López, en Santa Fe; Bustos, en Córdoba; Araoz, en Tucumán; el mismo Güemes, en Salta, con ser éste, como lo fué, el ígneo resplandor de los instintos naturales en el Norte. Güemes, como sabemos, fué convertido al monarquismo por Belgrano sin grande esfuerzo; y lo mismo lo hubieran sido López y Ramírez, a no haber girado en la órbita de Artigas, del otro pensamiento, del verdaderamente heroico.

Siendo, pues, el pueblo argentino, el aliado, el único aliado de Artigas, dicho se está que lo eran sus

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

caudillos. Pero no por eso hemos de confundir ambas cosas: *el héroe*, el depositario del pensamiento, el que mira la luz invisible, con el *personaje reinante* que lo secunda. Vosotros, cuando menos, estáis habilitados, mis amigos, para no incurrir en esa deplorable confusión; lo estáis; por consiguiente, para explicaros el imperio que ejerció Artigas sobre todos los caudillos orientales y occidentales, a pesar de no poderse citar, como rasgo característico de su persona, ni el valor extraordinario, ni el desprecio de la vida propia o ajena, ni la rebelión contra la autoridad, ni la destreza inaudita sobre el lomo del caballo indómito: él era un hombre interior, silencioso, ponderado, opaco, solitario. Y fué, como sabéis, el más sensible y el más clemente de los héroes de la revolución; el más respetuoso de la vida humana.

Advirtamos, una vez más, que la permanente resistencia instintiva de los diferentes pueblos argentinos contra el predominio de Buenos Aires no constituyó la causa *güemista* en Salta, o *bustista* en Córdoba, o *lopista* en Santa Fe, o *ramirista* en Entrerríos, con ser Güemes, y Bustos, y López, y Ramírez, los caudillos o personajes reinantes de esas provincias o estados y los campeones en ellos de aquel instinto germinal de democracia. En todas esas regiones, aquella resistencia se llamó, y aun hoy es llamada por la historia, «*artiguismo*», «*causa artiguista*». «*Veneno artiguista*», le llama López, el historiador, que se encuentra con él en todas las arterias del organismo argentino.

¿Sucedería eso porque Artigas era un simple caudillo más valiente, o más audaz, o más despreciador de la vida que los otros?

No: ese supremo caudillo no era más animoso ni más diestro jinete que Güemes o Ramírez. Los salte-

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

ños jamás lo vieron ni a caballo ni a pie. Tampoco los cordobeses; ni a pie ni a caballo.

Artigas era mucho más que un valiente; era otra la luz que ardía en sus ojos serenos. Él era el vencedor generoso de Las Piedras; el que condujo al pueblo oriental en el éxodo semisagrado; el que dictó las instrucciones evangélicas del año 1813; el que trazó, en el paralelo de las Misiones Orientales, las fronteras entrañables de la patria, y trató con Inglaterra, y se comunicó con Monroe, y reglamentó el corso, y convocó Congresos constituyentes, y realizó el gobierno ideal del héroe fundador, al pie de la meseta del Hervidero, fundando escuelas, enviando vacuna, aconsejando el orden, la unión, la humanidad y la paz; el que, terminada su misión, irá a morir, por propia voluntad, indigente en el Paraguay. Él era la visión y el carácter, como lo dijimos en otra ocasión.

Pero los hombres de frac y de corbata francesa de Buenos Aires, personajes reinantes en el centro de la ciudad, que se creían héroes, no estaban habilitados, como nosotros, para ver en Artigas al héroe; apenas si veían en él al personaje reinante de la Provincia Oriental, obligado, por consiguiente, so pena de transformarse en bandolero, a no tener más pensamiento ni más acción que el pensamiento y la acción de quien predominase en Buenos Aires, y a secundarlo, sin preguntar a dónde se le llevaba.

Imaginad, por última vez, mis amigos, que eso hubiera sucedido: que Artigas hubiera muerto en Las Piedras, o que se hubiera sometido a quien mandara en Buenos Aires: a Posadas, a Alvear, a Pueyrredón, a cualquiera de los que subieron por virtud de los sanedrines secretos. ¿Hubieran dejado de estallar allí las rivalidades, hijas de las concupiscencias? ¿Hu-

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

bieran dejado esos hombres de caer en el desaliento que, desde los primeros momentos de la revolución, aun antes de surgir Artigas, los hizo perder su fe en el pueblo americano y apostatar de la revolución de Mayo, si alguna vez creyeron en ella, buscando la restauración de Fernando VII o la coronación de otro rey?

Confesemos honradamente que no, mis amigos, y hagámoslo confesar a todos los hombres honrados de la América republicana; hagámosles ver que, si ese hombre Artigas no se sometió, fué porque no pudo, porque no debió someterse; porque no se lo permitió el espíritu profético que había tomado habitación en su carne.

Y confesemos que ese espíritu sutilísimo, recién creado, después de haber salvado la democracia en el Río de la Plata, en la lucha contra las rebeldes regresiones de Buenos Aires, es el que hoy anima y animará para siempre las repúblicas de América; es el solo que hace de ellas personas verdaderas, distintas de las preexistentes, almas y cuerpos nuevos, autóctonos, brotados, como la fauna y la flora que arraigan en las entrañas de este nuevo mundo, para vivir en su ambiente. Y tan insubstituíbles en esta región americana, como los árboles que horadan el humus y las arcillas del subsuelo, y se agarran, para no ser arrancadas, en los huesos de la madre tierra: en las durezas invioladas de los estratos pampeanos.

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

Digitized by Google

Original from
UNIVERSITY OF CALIFORNIA

CONFERENCIA XXII

ENEMIGOS INTERIORES Y EXTERIORES

ASEDIO DE MONTEVIDEO. — EL PASO DE CUELLO. — MISA CAMPAL. — BANDO DE LECOR Y PROTESTA DE PUEYRREDÓN. — ARTIGAS EN LA LÍNEA SITIADORA. — SU ENTRADA TRIUNFAL. — EL SILBIDO DE LA SERPIENTE. — CAÍDA Y DESERCIÓN DE ALGUNOS FIELES. — EL BATALLÓN DE LIBERTOS. — IMPRECACIONES DEL HÉROE. — LOS PLANES TENEBROSOS. — LA SINIESTRA FAZ AMERICANA DE LA CUESTIÓN. — EL CALIBÁN QUE RONDA LA ISLA. — EL PUEBLO ARGENTINO INMUNE. — LA CONQUISTA DE LAS PROVINCIAS POR EL DIRECTORIO. — ENTRERRÍOS, SANTA FE Y CORRIENTES. — HEREÑÚ. — RAMÍREZ. — LÓPEZ. — ARTIGAS, «EL PELIGROSO PATRIOTA». — SAUCESITO. — SALADAS. — MONTES DE OCA Y BALCARCE. — ÚLTIMAS CAMPAÑAS DE ARTIGAS. — LAVALLEJA PRISIONERO. — PRISIONEROS OTORGUÉS Y BERNABÉ RIVERA Y ANDRESITO Y BARREIRO. — NUEVA INVASIÓN DE BUENOS AIRES A LAS PROVINCIAS. — PLAN DE CONQUISTA, DESOLACIÓN Y EXTERMINIO. — ILUSIONES Y DESALIENTOS DE BELGRANO. — TRIUNFO DE LAS PROVINCIAS BAJO LA DIRECCIÓN DE ARTIGAS. — SAN MARTÍN ACUDE A ARTIGAS. — ENVÍO DE MEDIADORES CHILENOS. — RECHAZO DE PUEYRREDÓN. — CONSTITUCIÓN REPUBLICANA Y ENVÍO DE UN EMBAJADOR EN BUSCA DE MONARCA. — ARTIGAS VIVE.

I

Estamos en la lucha que os he anunciado en nuestra anterior conversación, mis buenos amigos. San Martín prepara el supremo combate, en el Pacífico, contra el español; Artigas libra el suyo, en el Atlántico,

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

contra el portugués. Buenos Aires está entre ambos, y pugna por su propio predominio interno, cuya base es el aniquilamiento de Artigas, aunque sea sacrificando la misma expedición de San Martín. Entretanto, continúa los trabajos en que, mucho más que en las expediciones armadas, se cifran todas sus ilusiones: envía nuevos diplomáticos a las cortes europeas y proyecta nuevas coronaciones de príncipes de buena raza, de carne y sangre predestinadas.

Sigamos a Artigas en su lucha.

Montevideo, caído en manos del invasor, está cercado por los capitanes del héroe: Barreiro, Rivera, Manuel Francisco Artigas, Otorgués, Bauzá, Lavalleja, Suárez, Ramos, Oribe. Barreiro con Suárez han establecido el cuartel general en el *Paso de Cuello*, a 15 ó 20 kilómetros de las murallas. A ellos se incorpora Rivera que, a los ocho días de su desastre en *India Muerta*, ha formado una nueva división de 600 hombres. Lavalleja queda frente a la ciudad, en Toledo, con 400 jinetes en observación, haciendo diarios prodigios de valor, que son legendarios.

Es la lucha del águila con el escarabajo: no hay asilo seguro, ni en el regazo de Júpiter. Lecor se ve acosado, no tiene caballos; para forrajear, necesita enviar columnas de las tres armas, que son atacadas. Una de ellas es acuchillada por Lavalleja en Maroñas, y parte de ella tomada prisionera.

Era, pues, necesaria una definitiva y rápida operación de guerra, para barrer de intrusos y amojonar aquella propiedad de la corona portuguesa; dejarle bien redondeado su *imperio americano:* del Plata al Amazonas. Con ese objeto, se organiza una expedición que, al mando de Lecor, sale de los cuarteles de Montevideo, del *Fuerte de San José*, del *Recinto*,

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

de la *Ciudadela*, en la mañana del 14 de marzo. Los buenos vecinos, despertados por las músicas marciales, se asoman temerosos a las rejas salientes de sus casas de un solo piso, y ven desfilar, y salir por el *Portón de San Pedro*, seis batallones de infantería con sus casacas azules de visos amarillos, cinco piezas de artillería tiradas por mulas, varios escuadrones de caballería de cascos negros con guarniciones de bronce; el Barón de la Laguna descuella entre su lucido Estado Mayor por su talante y su uniforme.

Los episodios de esa batida, más que por su importancia por su carácter, merecen nuestro examen, tanto más cuanto que podemos seguirlos con mucha prolijidad, gracias a las *Memorias*, recién aparecidas, de Fray José Benito Lamas, testigo y actor de los sucesos aquellos.

Y miremos, siquier sea de paso, con este motivo, esa amable figura de nuestra historia, la de Fray José Benito Lamas. Fué uno de los frailes franciscanos patriotas expulsados por Elío, cuando el primer sitio, *por amigos de los matreros;* ha sido el órgano discreto y elocuente de los deseos populares durante el gobierno patrio en Montevideo; lo vimos sentado a la mesa de Artigas, con Larrañaga, en la conferencia de Paysandú; ha desempeñado los cargos de capellán del Jefe de los Orientales y de maestro de escuela en el Hervidero; será él quien auxiliará en el calabozo, y acompañará en el banquillo de Mendoza, a José Miguel Carrera, el caudillo chileno fusilado allí; morirá, por fin, víctima de la peste, contraída a la cabecera de los enfermos, en 1857. Era entonces, cuando lo sorprendió la muerte, Vicario Apostólico de la República, sucesor de Larrañaga, y había sido preconizado en Roma primer obispo de Montevideo.

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

En el momento en que nos encontramos, el Padre Lamas, joven entonces de treinta años, ha abandonado la plaza con los patriotas que la evacuaron, y ha permanecido en las líneas sitiadoras como capellán; al salir la expedición de Lecor, se pone en marcha a caballo hacia Santa Lucía, precediendo aquélla de cerca, con el objeto de llevar la noticia al *Paso de Cuello*. A su lado podremos, pues, seguirla paso a paso. Y debemos hacerlo, a fin de refrescar en nuestra imaginación las tintas del ambiente local, que nos es tan indispensable como los hechos mismos, si hemos de vivir la historia. Acompañemos, pues, al animoso franciscano, y, con él, al Barón que va a probar ventura.

No bien ha franqueado el portugués los portones de la ciudadela, los enjambres de patriotas le salen al encuentro de todos lados; serán su escolta a la ida y a la vuelta; le amagan los flancos, le pican la retaguardia, cruzan al galope por su frente, le tienden guerrillas de jinetes desmontados, que lo obligan a desplegar en batalla sus infanterías a cada paso. Hay que librar un combate en cada cañada; sale un peligro de todo cañaveral de *paja brava*, cuyos blancos plumerillos agita el viento como banderolas; los cardales son todos asechanzas; las pitas parecen arañas encrespadas. Lavalleja asoma con sus jinetes en lo alto de la cuchilla, desaparece en la quebrada, carga de repente, y pasa como una tromba. Y vuelve a desaparecer, tramontando la cuesta. Manuel Francisco Artigas, más reposado, hace apear generalmente sus soldados detrás de algún grupo de *pitas* o cactus silvestres, cuyos largos *pitones* de enormes flores amarillas se yerguen como mástiles o flacos candelabros; los soldados, tendidos entre las *chil-*

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

cas, hacen fuego, lo sostienen cuanto es posible, y saltan a caballo, y desaparecen, sin saberse en qué rumbo. Otorgués es el émulo de Lavalleja; el tropel de sus gauchos, caballeros en potros sin domar, hace relinchar y parar las orejas a los caballos montados del enemigo, y arrebata sus caballadas libres, arreándolas con grandes alaridos, de día y de noche.

El Padre Lamas llama a todas esas fuerzas «nuestra vanguardia»; lo son, efectivamente, del ejército que, al mando de Rivera, está acampado a algunas leguas de distancia, del otro lado del río Santa Lucía, sobre el *Paso de Cuello*, según hemos dicho; allí tienen su campamento general Barreiro, Suárez y todos cuantos han abandonado la ciudad.

El general Lecor marcha hacia allá; pernocta en Las Piedras, y llega después a Canelones, donde el vecindario, unido a las guerrillas, lo recibe a balazos, atrincherado en los cercados de *tunas;* el pueblo está desierto; las mujeres y los niños han huído con sus ganados. La expedición, después de arrasar la estancia del padre de Artigas, que está allí cerca, en el Sauce, reemprende la marcha; Fray Benito Lamas, aunque montado en un mal caballo, va adelante; siente detrás de sí el fuego constante de la fusilería, oye de vez en cuando los clarines de la banda militar del portugués, auxilia algún herido, recoge informes de algún jinete que viene jadeante de las líneas de retaguardia. Con esos informes llega, por fin, a la costa de Santa Lucía; vadea el *Paso de Cuello*, y busca a Rivera, para transmitírselos y recibir sus órdenes.

El dato que aquí nos ofrece el fraile patriota es precioso para nuestra historia pintoresca; todo es carácter, justeza de tonos, profundo significado, en

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

su ingenua relación. El joven comandante Rivera, a quien tanto conocemos y queremos, recibe en su campamento con jovial tranquilidad a su amigo capellán; no parece hacer más caso del avance portugués que de las nubes de antaño; todo lo que en ese momento le preocupa es el cumplimiento de una orden que acaba de recibir de Artigas por chasqui. ¿Sabéis cuál es? La de festejar, con el pueblo y el ejército orientales, solemnemente, la reciente noticia llegada al *Hervidero* del triunfo obtenido por San Martín sobre los españoles en *Chacabuco,* allá del otro lado de los Andes. Es preciso que oigamos sobre esto al mismo Lamas.

«Habiéndolo saludado, escribe, me dijo que, con motivo de ser el día siguiente el santo del general (san José, 19 de marzo) y habiéndole éste oficiado celebrase la reconquista de Chile del modo posible, había determinado se celebrase una misa solemne con *Te Deum,* y su correspondiente saludo de artillería; y que, para mayor solemnidad, quería que pronunciase yo un breve discurso, al tiempo de la misa, sobre el objeto que motivaba aquella celebración. Le hice presentes las dificultades; que no había tiempo, por no mediar más que una noche; y que, últimamente, me faltaba el silencio; pero volviéndome a instar, condescendí a su súplica. Esa noche sentí un tiroteo de bastante consideración causado por nuestras partidas de guerrilla y las del enemigo; y, al amanecer, llegó un parte de nuestra vanguardia a don Fructuoso Rivera, anunciándole que el ejército contrario se ponía en movimiento. En efecto; salí fuera del rancho, y oí, sin temor de engañarme, la música con que marchaba el ejército enemigo; pero como no observase movimiento en nuestro ejér-

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

cito, antes por el contrario, viese enarbolada la bandera de la Provincia en señal de regocijo, determiné pasar al alojamiento de don Fructuoso Rivera, y saber, por su conducto, lo que ocurría. Al pasar por el campamento, no noté movimiento alguno en nuestro ejército, y noté que los oficiales estaban vestidos de gala, como en día de besamanos; llegué al alojamiento de don Fructuoso Rivera, y habiéndolo saludado, me dijo que ya se hallaba todo dispuesto para dar comienzo a la función, y, a este fin, dió orden al capellán que había de cantar la misa, para que viese a los cantores y músicos, y dispusiese la capilla para empezarla.»

Hemos de convenir, amigos, en que ese episodio de nuestra guerra es algo más que pintoresco; pensemos, ante todo, en ese caudillo del Atlántico que, aunque convencido de la complicidad del Directorio bonaerense con el usurpador de su tierra, sigue anhelante el ejército que ha cruzado los Andes, y ve un triunfo propio en el de San Martín y O'Higgins, allá sobre el Pacífico; es conveniente pensar en esto, porque los escribas y fariseos han hecho aparecer a Artigas como un caudillo encerrado en su tierra, y sin más anhelo que el de mandar en ella. Y hasta como un enemigo de los argentinos. Combinemos, pues, esa orden de celebrar la acción de *Chacabuco* con la carta que conocemos de ese Artigas a Güemes, en que le hace esperar su auxilio tan pronto como se desembarace del portugués, y penetraremos cada vez más en las honduras del pensamiento de ese hombre imperturbable, y en el significado de esa su bandera tricolor que, sangrando todavía de las heridas del *Catalán*, saluda a sus hermanas vencedoras en los Andes.

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

Algo de eso hubiera dicho Lamas, me parece, en la oración patriótica que preparó para el *Te Deum;* pero no hubo tiempo. Hablaba con Rivera, cuando éste recibió el anuncio escrito de que el enemigo se dirigía resueltamente al *Paso,* y de que nuestras guerrillas se replegaban hacia él; hubo entonces de suspenderse la misa; Rivera ordenó sólo la salva de artillería al pabellón, y éste bajó del alto mástil en que flotaba regocijado, y, cambiando de ceño, fué al encuentro del importuno enemigo. Y se libró entonces la batalla del *Paso de Cuello,* que os invito a presenciar porque es clásica.

Cruzado nuestro territorio, como sabéis, por ríos y arroyos franjeados de monte, y sólo vadeables por ciertos puntos, esas corrientes fueron, a falta de montañas, nuestras solas trincheras escalonadas; las batallas de nuestra libertad se han librado en esos vados principalmente. Miremos éste del Santa Lucía, para verlos todos; yo os lo mostraré, amigos, con pasión de artista y de rapsoda, que no es posible mirarlos de otro modo. Esos bosquecillos de los pasos tienen algo de sagrado para mí; no hay uno en que no se haya derramado sangre de mi raza; aun hoy se suele verter en ellos en atávicos combates. Yo creo verla, como el estigma de una vieja unción, en las manchas de margaritas rojas que crecen en las márgenes, como veo nimbos flotantes en las flores azules de los cardales, y oigo voces gloriosas en las de sus pájaros indígenas. Los antiguos hubieran poblado esas espesuras de dioses melodiosos; hubieran visto altares en los troncos de sus árboles venerables. Miremos, si os parece, el paisaje que los circunda; es toda nuestra tierra, sencilla y uniforme

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

como la de Grecia, armoniosa como la Hélada; con todo vasto, amplio, y nada enorme; con grandes colinas y montañas pequeñas; con ríos innumerables sólo suyos, parecidos a ella, hechos sólo para ella, para sus amables genios tutelares, vestidos de sus árboles, animados de su voz.

La corriente que viene por los bajos de las colinas encajonada en su barranca se ensancha en el remanso o laguna rodeada de *camalotes*, planta flotante que alfombra el agua; el camino que cae al paso, más o menos suave de un lado, más o menos áspero del otro, penetra en aquél, bajo una bóveda de sauces que se bañan en el agua dormida; el hilillo despierto de la corriente pasa retorciéndose por el centro del remanso, dejando hoyuelos en los remolinos, o junto a la barranca, haciendo ruido de gárgaras o de arrullos. En su torno se agrupa el bosque impenetrable: los tortuosos *sarandíes*, mezclados a la maraña de *camalotes* y *juncos*, los *talas* y los *espinillos*, los *canelones* y *guayabos* silvestres, cubiertos de enredaderas y de lianas colgantes, que todo lo envuelven y anudan: los *ñapindas* llenos de garras, el *cipó*, la *vira-vira*, la *hierba del pajarito*, especie de azahar silvestre que perfuma el aire. Allí, entre la maleza, viven los feísimos *carpinchos*, y las *nutrias*, y los pequeños *lobos acuáticos* de largo hocico, cuya punta asoman apenas, cuando cruzan la laguna, dejando en la superficie una estela triangular, borrada por el coletazo de algún pescado, una *tararira*, una *palometa*, perseguido por la nutria.

A medida que se aleja de las márgenes en que busca el agua, el bosque, en el que descuella el *viraró*, va degradando en árboles y arbustos dispersos, que dejan por fin el espacio a la colina vestida de tréboles y

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

gramillas; en ella se levantan algunos *espinillos* con enormes nidos espinosos agarrados a las ramas negras, o algún tronco de *ceibo*, en que los *horneros*, los pájaros arquitectos, construyen con barro sus maravillosas cúpulas esféricas. Los gritos de éstos en defensa de su casa, unidos al batir de alas de las bandas inmensas de palomas torcaces que se levantan de entre los cardos, son nota musical característica de aquel paisaje, cuyas lejanías domina el avestruz que corre y el venado que se detiene en lo alto de la cuchilla. Pero si os acercáis al paso del río, os saldrá seguramente al encuentro el verdadero simpático protagonista del aire, el centinela, el guardián, no ya de su casa, sino del paso mismo, de la cañada, del juncal, de la tierra: el *teru-tero*. Es preciso que conozcáis bien, a fuer de artistas, ese nuestro valiente *teru-tero;* es digno del mármol. Él, rabicorto, con sus largas patas y su pico afilado, y su uniforme gris de peto negro y blanco, y su copete movible, y su gracioso porte marcial, y su grito inagotable, es allí la nota de color y el motivo sinfónico predominantes; os sale al encuentro a largos pasos, resuelto, provocativo, insolente, haciendo rápidas reverencias o amagos de embestida, que al fin realiza, levantándose con gritos desaforados y pasando y repasando sobre vuestras cabezas en líneas oblicuas; acorre a su compañera que ha dejado detrás, y que grita con él; se posa en el suelo abriendo las alas, y, antes de cerrarlas del todo, tocando apenas la tierra, vuelve a levantarse, repitiendo acelerado su toque de alarma; acuden sus compañeros, dos o tres parejas; se incorporan a la primera; suenan con ella los clarines; la guerrilla aérea escandaliza el campo. Los otros pájaros estiran los pescuezos y avizoran, mirando con un ojo hacia el

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

lugar del peligro. El *teru-tero* es el guerrillero alado que da el *quién vive* al intruso o denuncia al hombre escondido; tiene la conciencia de su derecho y la ilusión de su fuerza, basada en las dobles púas rosadas de sus alas; no es mayor que una perdiz y hace el efecto de una fiera; lo sería de los aires si fuera del tamaño de un condor. Porque es el *teru-tero* pájaro heroico; no huye de la descarga mortífera; acude al compañero herido, y muere sobre él lanzando su anatema, ¡teru!... ¡tero!, con el ojo inyectado, brillante como una gota de tinta. ¡El valiente teru-tero! Es astuto como nuestro *baqueano* o *bombero* gaucho; está siempre en emboscada, en cuclillas; corre agazapado, al percibir de lejos al enemigo; jamás gritará en el nido; lo abandonará corriendo silencioso entre los pastos, y se levantará muy lejos, simulando sorpresa. Es nuestro pájaro simbólico; sería, entre los egipcios, el ibis sagrado que enterraban momificado con los cadáveres humanos, y hasta divinizaban dando su cabeza al dios tutelar, al enigmático *Thoth*, cabeza de ibis. El grito del *teru-tero* fué toque de llamada en el silencio, himno aéreo en el combate; como la procelaria en el mar, acudió al estrépito de la tormenta, asistió siempre desde el aire a nuestras batallas; cayó, herido por la metralla, junto a nuestros guerrilleros, sus hermanos. Yo lo hubiera puesto, os lo aseguro, como soporte heráldico en nuestro escudo patrio, junto al lema de Artigas: «*Con libertad, ni ofendo ni temo*», como el unicornio inglés.

Y pues estamos en vena de acopiar colores y notas, amigos artistas, oigamos plena la sinfonía de esos nuestros mitológicos campos de batalla; la voz de sus silencios y el misterio de su naturaleza; son parte de la historia. En la espesura de los *talas* y

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

sarandíes oiremos la flauta del *zorzal* pardo y la del *tordo*, afinadas con el trino de la *calandria*, y con el arrullo escondido de la paloma torcaz, y con la voz del agua que va corriendo; el *martín pescador*, posado en una rama saliente, mira inmóvil, largo rato, el agua que pasa bajo su pecho tornasol, da un grito de vez en cuando, y cambia de sitio, volando al ras de la laguna; el silbo intermitente de la *perdiz*, que corre o vuela por las colinas, llega al bosque unido a la algarabía de los lejanos *venteveos*. Y con todo eso, comentado por la ingenua relación de Fray José Benito Lamas, que dejamos pendiente, tendremos la sensación de la batalla del *Paso de Cuello* que os quise hacer presenciar, como clásica, pues debéis ser, más que narradores, testigos.

Y volvamos a ella, a la misa campal y al *Te Deum* interrumpidos por el avance del portugués. Rivera ha impartido sus premiosas órdenes: ¡A ensillar! ¡Al paso! «En el momento de montar, dice Lamas, sentimos el fuego y aun descubrimos algunos de los nuestros que venían sosteniendo la guerrilla delante del enemigo.» Eso es lo que se ve del otro lado del río: los jinetes que desmontan, hacen fuego, y saltan de nuevo a caballo, replegándose hacia el vado. Miremos ahora, con Lamas, el cuadro que ofrece el lado opuesto, y el en que Lamas se encuentra. «Algunos vecinos que poseían ganados los iban retirando para que no fuesen presa del enemigo; las mujeres que, llevadas de su patriotismo, abandonaban sus hogares por no sufrir el yugo portugués, *pasaban a caballo, tirando a la cincha un cuero en forma de tipa, donde conducían sus hijos;* todos los habitantes estaban en movimiento a causa de la inmediación del enemigo.»

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

Los soldados han acudido al paso, pues, conducidos por Rivera, que, según su costumbre, lleva en la mano sólo el rebenque, con el que marca las posiciones; un obús ha sido emplazado en la cuchilla que enfrenta el vado; se ha hecho emboscar entre los árboles a todo el mundo, infantes y caballos. Lamas que, como capellán de artillería, se ha incorporado al servicio del obús, mandado por Aldecoa, ve al enemigo «tendido en batalla, en una línea que llena cuatro o cinco cuadras de a cuatro hombres en fondo, y con los costados cubiertos con la caballería»; sus guerrillas avanzadas se tirotean con las nuestras, que se van replegando hacia el paso. No bien lo cruzan, dejando en descubierto al contrario, río por medio, el obús rompe el fuego; una granada estalla en las filas enemigas, «abriendo un claro de consideración»; las cinco piezas del portugués, emplazadas en la loma del otro lado, contestan; pero lejos de imponer silencio al valiente obús, éste repite sus disparos certeros, y sostiene aquella situación, que se prolonga varias horas, pues el enemigo no se atreve a romper la valla. El drama tiene, por fin, su desenlace, que es también característico: un *baqueano* de aquellos parajes ha denunciado al portugués la existencia de una *picada* o vado estrecho, escondido entre los árboles e indefenso, más arriba del principal; por allí ha cruzado sigilosamente su caballería y aparecido por nuestro flanco derecho y nuestra retaguardia. El clarín de órdenes de Rivera suena la carga por ese lado; los nuestros, emboscados, la llevan con vigor, y el combate cuerpo a cuerpo, desigual y sangriento, se empeña en las colinas, mientras el fuego de las infanterías continúa en el paso.

«El general enemigo, dice Lamas, se vió en la pre-

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

cisión de precipitarse a pasar el arroyo; a este fin determinó que una división de caballería tomase la retaguardia de nuestra emboscada, vadeando el arroyo por una *picada* falsa, al mismo tiempo que mandó avanzar de frente sus cazadores de infantería protegidos del incesante fuego de artillería... Se arrojaron al agua los cazadores, al paso que la caballería se introdujo por la *picada* referida, con cuyo motivo se redobló el fuego de ambas partes, con pérdida considerable de los enemigos. Eso no obstante, el general contrario consiguió su objeto, y los nuestros, rodeados por todas partes, hubieran sin duda quedado muertos, en especial el comandante de artillería con sus artilleros, a no haberlos salvado la cobardía del enemigo y el fuego incesante con que se sostuvo la retirada, en la que quedaron prisioneros algunos soldados que, engolfados en hacer fuego, no se retiraron a tiempo.»

No es para deciros si eso fué una derrota o una verdadera victoria, para lo que os hago conocer esos preciosos apuntes de nuestro bravo capellán; ellos nos ofrecen, y por eso os los doy, las notas fundamentales de la resistencia de tres largos años que aquí comienza, y que no hubiera tenido término si lo hubiera sido sólo contra el extranjero. Dentro de tres años, cuando éste envíe a Artigas, creyéndolo agotado de fuerzas, proposiciones de honroso sometimiento, recibirá la respuesta que es legendaria entre nosotros: «*Diga usted a su amo,* contestará al emisario, *que, cuando no me quede un soldado, lo pelearé con perros cimarrones*».

Nuestras infanterías y caballerías se han retirado en orden del *Paso de Cuello;* el mismo porfiado obús, que tanto dió que hacer a Lecor, sigue su camino

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

hacia el Norte, aunque desmontado y maltrecho. El portugués ha salvado aquel obstáculo del *Santa Lucía Grande;* pero algo más arriba está el otro, el de *Santa Lucía Chico,* con su paso también, con sus cardales grises, con sus árboles llenos de nidos espinosos, con sus *teru-teros* vigilantes; allí está el *Paso de la Tranquera,* donde los orientales, atrincherados de nuevo, esperan al enemigo; todo está repuesto: el obús en la barranca, las caballerías entre los árboles, la bandera en su mástil; y, del otro lado, alrededor del ejército portugués, escoltándolo siempre, las ágiles guerrillas que no duermen, que comen a caballo... o que no comen: Lavalleja, Otorgués, Manuel Francisco Artigas...

Lecor desiste de esa inútil persecución; no va al *Paso de la Tranquera,* sino que entra con su ejército al pueblo de la *Florida,* hoy ciudad memorable, situado más abajo, hacia la izquierda. De allí destaca una fuerte columna de infantería y caballería, en procura de forrajes y leña en el bosque cercano. Pero en él está emboscado Lavalleja precisamente; éste cae sobre la columna con sus lanceros; la arrolla con grandes pérdidas; le toma cuarenta prisioneros; la arroja en dispersión sobre el grueso de su ejército, y él desaparece por el otro lado... Y allá en el bajo, en la margen del arroyo pedregoso, junto a la *Piedra Alta,* ordena a sus jinetes que desensillen, que enciendan sus fogones, que *carneen* las reses gordas. Y los gauchos *atan a soga* sus caballos en las matas de *flechilla* bien arraigadas, y clavan sus lanzas de banderolas rojas en el suelo; y en torno de los fuegos, mientras los costillares de los novillos abatidos se asan a fuego lento, toman mate, oyen el canto triste de algún compañero que canta en la guitarra a la amada ausente

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

en el rancho, y se tienden, por fin, en la gramilla o sobre las caronas del recado, dando la cabeza al viento, con los brazos en la nuca y el sombrero sobre los ojos...

Y la noche amiga, llena de sueños, pasa lentamente, entre el cielo y la tierra, sobre el fuerte grupo de nuestros héroes dormidos.

Y, de vez en cuando, muy alto, muy lejano, se oye el grito de un *teru-tero* invisible que atraviesa por el aire azulado, como un espíritu vigilante en la soledad... Noche estrellada.

No es, pues, posible al usurpador tomar posesión de aquella tierra. Convencido de ello, Lecor regresa con su ejército a Montevideo; con él, como las aguas que vuelven a su cauce, pasado el aluvión, regresa también todo lo nuestro: guerrillas, ejército, ciudadanos, familias campesinas, carretas, ganados.

Las guerrillas rondan de nuevo las murallas; Barreiro y Suárez establecen el cuartel general en el *Paso de la Arena;* la vida cívica se restablece al lado de la militar en el campamento.

Porque es de advertir que aquellos campamentos orientales no eran sólo agrupaciones de *montoneros,* como decía Alvear, o de *salteadores,* como va a decirlo Lecor; allí se congregaba el pueblo armado, todo el pueblo en sus diferentes clases y matices; todos comparten el sacrificio por la patria, lo mismo el gaucho lancero que el hombre de educación y de letras, incorporado como él a la aventura heroica. Las *Memorias* de Lamas nos ofrecen, con mucha vivacidad de tintas, ese aspecto interesantísimo de nuestro trashumante cuartel; es preciso que vosotros, mis artistas, lo conozcáis también.

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

Es el momento que acabamos de describir, en que el enemigo avanza, después de forzado el *Paso de Cuello*, y los orientales están a la espera de sus operaciones. «Permanecimos en este sitio, dice Lamas, esperando las determinaciones del enemigo, a cuyo frente se hallaba nuestra vanguardia hostilizándolo, y trabajamos en evitar las incomodidades causadas por las inclemencias del tiempo y escasez de alimentos, sirviéndonos de alguna distracción las conferencias y disputas que se suscitaban entre algunos individuos del ejército que formaban una junta con el nombre de *Sociedad Patriótico-literaria*. Éstos eran el comandante de artillería don Pedro de Aldecoa, el doctor Alen, don Apolinario Lallama, don Matías Larraya y yo, que tenía el oficio de redactor. La presidencia turnaba entre los vocales. Sin embargo, cada uno se diferenciaba de los demás por alguna peculiaridad de su carácter.» Y Lamas describe, de mano maestra, los caracteres: la flema de Ramos, como buen paraguayo, dice; el aire de *magister* de Aldecoa; el acaloramiento de Alen; la voz atiplada con que Lallama invoca la autoridad de Quintiliano; el aspecto taciturno de Larraya; la sorna con que Mojaine hace perder los estribos al fogoso doctor Alen.

Confesemos que esa *Sociedad Patriótico-literaria* es una bella nota de color, en el vigoroso cuadro que nos ha dejado el buen fraile patriota, y que contrasta con el efecto que ha producido en Lecor el fracaso de su expedición.

Ese efecto ha sido desastroso, según es de innocuo el nuevo recurso de que echa mano. No bien está de regreso en su almenada ciudad, el Barón de la Laguna

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

hace saber, en un decreto bombástico, «que *los orientales en armas serán tratados como salteadores de caminos*»; se les matará, se perseguirán sus familias, se les confiscarán todos los bienes. ¡Los bienes de los orientales dispuestos a morir!

Y he aquí que entonces aparece Pueyrredón, el Director Supremo. Éste protesta indignado contra la barbaridad del barón, que, dicho sea de paso, no se puso por obra. Porque justo es reconocer aquí que la dominación portuguesa de once años no tuvo en Montevideo los caracteres de la porteña de algunos meses: fué inteligente. Todos los esfuerzos fueron hechos, aunque en vano, por cimentar la conquista en las simpatías de aquel pueblo: se respetaron las leyes y las costumbres; se conservaron en sus puestos los funcionarios civiles nacionales, y aun muchos militares; se ofrecieron premios, condecoraciones reales, títulos nobiliarios; el mismo Lecor, como hemos dicho, contrajo matrimonio con una dama patricia del país.

Pueyrredón protestó, sin embargo, con enfática energía, contra el bando del barón. Quien leyera esa su protesta sin conocer el origen y detalles, que nosotros conocemos, de la invasión portuguesa, quedaría persuadido de que el Director Supremo era más artiguista que Artigas; más republicano, cuando menos. «*Los orientales*, escribe Pueyrredón a Lecor, *sostienen su independencia y la de los pueblos occidentales al mismo tiempo*. Así es que han sido y serán auxiliados por esta capital, hasta que V. E. desaloje el territorio de que se ha apoderado con violencia. Si V. E. lleva a efecto sus amenazas, protesto por mi parte que ejerceré la más rigurosa represalia, verificando, en cada tres súbditos de S. M. F. residentes en esta pro-

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

vincia, los mismos tratamientos que V. E. verifique en uno solo de los orientales.» (2 de mayo.)

No está fuera de lugar esa frase del hijo de la patria de Enrique IV; pero precisamente por eso, porque los orientales defienden la propia independencia y la de sus hermanos argentinos, precisamente por eso serán inmolados a la libertad platense. Ésa es la historia que estáis aprendiendo, amigos artistas, y ésa la que aun está por aprender, en sus propios papeles, el buen pueblo argentino occidental, nuestro hermano; hijo, como nosotros, del padre Artigas; concebido, como nosotros, en libertad, y tratado también por eso, por haber abrigado la fe de Artigas, como *salteador de caminos* por los *personajes reinantes* de la capital.

II

En esas circunstancias, llega Artigas a las inmediaciones de Montevideo, su ciudad natal, que verá por última vez; viene a juzgar del espíritu de sus fieles. Es el mes de abril de 1817. En el Norte, donde ha celebrado, como en el Sur, el triunfo de San Martín en *Chacabuco*, ha dejado a Latorre, con orden de concentrar todas las fuerzas de aquella zona en el campamento de *Purificación*. Él llega con una escolta de blandengues. El poncho blanco que cubre sus hombros trae el polvo de sus derrotas.

La entrada del héroe en las líneas sitiadoras es una entrada triunfal. El pueblo armado lo aclama con pasión; los jefes lo circundan; se le forma una guardia de honor de oficiales, Bauzá, Oribe, Velazco, Cáceres, que acompaña al Libertador. Éste recorre los diferentes campamentos; estrecha la mano a los jefes y ofi-

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

ciales, y les deja en el alma su palabra; recoge sus aclamaciones; los mira largamente en los ojos... largamente.

También vió al enemigo desde la línea del fuego, con ocasión de una nueva salida tentada por Lecor en busca de víveres. A la altura de la *Capilla de Doña Ana* chocó con el ejército sitiador. Artigas vió a Lavalleja sablear y dispersar la caballería portuguesa, mientras Bauzá hacía retroceder su infantería, a la que arrebató un carro de municiones. Un jefe y un oficial enemigos quedaron muertos en el campo, entre muchos soldados. También cayeron varios hijos de la patria: Otero, ayudante de Rivera, Escobar y algunos de sus hombres. El enemigo se retiró a sus posiciones.

Artigas observaba silencioso, desde su colina, a ese enemigo visible; pero él había sentido al invisible, al solo que temía, y que andaba entre sus tropas. Por eso, al estrechar las manos, miraba intensamente lo que había en los ojos.

Era el espíritu de Buenos Aires el que por allí andaba rondando al espíritu oriental; acechaba un desaliento, un quebranto en la fe patriótica, una hora de abandono, para introducirse en las almas predispuestas. Pueyrredón estaba en comunicación con los capitanes de Artigas, con Otorgués y Rivera principalmente; les hablaba de la necesidad que había de unirse todos para rechazar al invasor del suelo común; conoceréis pronto la clase de sus relaciones con Otorgués. No les hablaba de las gestiones secretas que tenía pendientes en esos momentos; de sus esperanzas en el Duque de Orleans, por ejemplo. Es claro que la unión y el abandono de Artigas eran sinónimos; les decía palabras de desaliento y rebelión, y, al mismo tiempo,

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

les infiltraba las de seducción: ellos serían los sucesores de Artigas. Era la serpiente del árbol paradisíaco: *Eritis sicut dii.* «Seréis como dioses.»

El héroe oyó silbar, por fin, la melodiosa serpiente, en la boca de algunos de sus capitanes, que le indicaron la conveniencia de reconciliarse a todo trance con el Directorio de Buenos Aires, aun arriando la bandera tricolor. Después de los contrastes sufridos, no era posible seguir la lucha con Portugal. Barreiro, Bauzá, Ramos pensaban así. Rivera, no. Otorgués... miraba con mirada torva, y callaba; guardaba las cartas de Pueyrredón, que en esos momentos recibía.

Artigas oyó aquello en silencio. Se fué, por fin, de las cercanías de Montevideo, llevándose a Barreiro consigo; desde las gestiones de éste, por intermedio de Durán y Giró, con el gobierno central, Barreiro ha perdido mucho en la confianza de Artigas, que, si no culpa o delito, le imputa debilidad en el carácter y en la fe. Se lo llevó, pues, consigo; nombró a Rivera comandante en jefe del ejército del Sur, y se retiró al Norte, a su atalaya del Uruguay, frente a las provincias occidentales, a concentrar allí la suprema resistencia contra los planes de Buenos Aires. Otorgués permaneció en Canelones.

Los jefes que quedaron en el sitio se reunieron poco después en Santa Lucía. Deliberaron. Sí, era imposible: solos, derrotados en Corumbé, India Muerta, Catalán; rendido Montevideo; sin una plaza fuerte en qué cimentar la resistencia; sin grandes técnicos militares; sin elementos bélicos... era imposible. Artigas soñaba o era un poseído. ¿Por qué ese odio implacable contra Buenos Aires, contra el hermano leal, que ofrecía su generosa unión *en odio al enemigo co-*

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

mún? Resolvieron entonces declarar que «optaban por la unión de la Banda Oriental *con las demás provincias del continente americano,* puesto que, invadida por el poder de una nación extraña, se hacía preciso el esfuerzo general de todos para rechazar al enemigo común». ¡Al enemigo común!

En ese momento, precisamente, García, el representante del Directorio en Río Janeiro, negociaba con ese enemigo común un tratado de paz y amistad, una liga ofensiva y defensiva contra Artigas. Ese tratado fué ratificado por el Congreso. En él se declaraba que la invasión portuguesa tenía por objeto el exterminio de Artigas y sus fuerzas; el gobierno argentino se comprometía a no prestar al héroe auxilio alguno y arrojarlo de la Banda Oriental; y, caso de no poder aniquilarlo, a pedir auxilio a Portugal para hacerlo. Se pactaba, por fin, una alianza con Portugal, en caso de que éste rompiera con España, lo que jamás podía suceder, porque, amén de otras razones, Portugal no hacía nada sin el permiso de la Santa Alianza; pactar con él era, bien claro está, someterse a ésta sin condiciones.

Aquí, como lo veis, mis amigos, no había más enemigo común que Artigas y sus orientales: común a Buenos Aires, y a Portugal, y a España y a la Santa Alianza.

Excusado es decir que Artigas, al ser notificado de la resolución de sus jefes, la rechazó con serena firmeza. «Seguid vuestro consejo, les dijo; pero habéis renegado de la fe. Los que quedan serán bastantes para morir por ella. Selección de sangre, sangre de héroes.»

Algunos permanecieron fieles; fueron éstos los que, como Rivera y Lavalleja, sentían más el contacto o el abrazo de la tierra; los otros, los ensimismados

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

o distraídos, fueron arrebatados por el espíritu de tinieblas, y llevados por él a la apostasía. Algunos meses después, en octubre de 1817, Bauzá, joven comandante de infantería que mandaba el *Batallón de Libertos*, seducido con sus oficiales por Pueyrredón, desertaba de Artigas con todas sus fuerzas, y ofrecía al Director sus servicios y su sangre, «para ser empleados allí donde fuesen más útiles a la defensa de la libertad».

Se ha creído por alguien, al juzgar, con informaciones deficientes, esa penosa deserción de Bauzá y sus compañeros, que ella tuvo por causa una afinidad de clase, o cosa así, entre los militares más cultos de la Banda Oriental y los monarquistas occidentales. Nada más falto de fundamento; el Director Supremo de Buenos Aires, para llamar amigos a los orientales, no les exige más condición que renegar de Artigas, así se levante, en substitución de éste, el más selvático de los caudillos uruguayos; lo que urge es hacer desaparecer a aquel hombre, el solo inaccesible a toda tentación, el solo *que es, que ve* y que hará imposible la cimentación del trono que ha de hacernos libres. Y tan es así, que el eje de toda aquella trama, continuación de la urdida con Durán y Giró, el substituto que la Logia de Buenos Aires quiere dar a Artigas, no es otro que Otorgués, Otorgués precisamente, aquel caudillo bravío que, no hace mucho, buscaba el apoyo del príncipe del Brasil en contra *de los pícaros porteños*, y que ahora, como lo veréis, acude al llamado de los porteños contra su propio general y deudo. Los ingenuos comandantes, sin sospechar, estoy persuadido de ello, el plan que secundan, pues son ajenos a la Logia, han hostilizado a Rivera, lo han suplantado por Otorgués en el mando de las milicias en que

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

lo dejó Artigas, lo han obligado, por fin, a retirarse del sitio de acuerdo con éste. Es el caso de estudiar esto con reposo.

La nota siguiente, recién revelada por Mantilla, escritor correntino, en su estudio sobre Galván, desvanece las sombras en que estaba envuelto, hasta no hace mucho, ese episodio, precursor de otros del mismo género, y alumbra los secretos de esta hora triste.

«Señor don Martín de Pueyrredón.

»Mi honorable paisano:

»Desde que recibí su apreciable data del 26 de abril, no he cesado de dar ante don José Artigas todos los pasos que he creído conducentes al restablecimiento de la concordia. Las más lisonjeras promesas fueron el resultado de mis instancias; pero él, mal aconsejado, me ha estado faltando a ellas, y, al fin, me he convencido de que será preciso hacerlo sin su consulta. Por acá ya están tomadas todas las medidas que faciliten el acierto. Yo estoy de acuerdo con todos los paisanos de poder e influjo; con la mayor cautela se han ido dando todos los pasos precisos, y puedo asegurar a V. que todo está listo. Sólo falta una persona autorizada por V. para tratar con ella lo competente para sellar tan preciosa obra. Conviene que en su tránsito no haga saber su comisión, porque esto debe manejarse con la mayor reserva, hasta estar concluído, tanto para evitar el más mínimo entorpecimiento, como para que en el entretanto no hallen los enemigos ocasión alguna sobre nosotros, mostrándonos con división. El objeto es *obligar* a don José Artigas («obligar» está subrayado en el original) a que oiga el clamor general, sin dar lugar a demoras que

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

hagan nacer los efectos indicados. Yo espero que V., por su parte, no perderá un instante en la remisión del sujeto, previniéndole que me encontrará o aquí o en la línea de vanguardia de Montevideo. Es cuanto tengo que decir a V. sobre un particular en que lo veo tan dignamente interesado, y concluyo ofertándole de nuevo mis más ardientes votos, con la más apasionada adhesión hacia su persona.

FERNANDO OTORGUÉS.»

El plan ese fracasó, como había fracasado el análogo de Sarratea en el Ayuí y frente a Montevideo; nadie se atrevió, tampoco esta vez, a atentar contra la vida de aquel hombre amenazado siempre por el rayo. Pero la hora prima de tinieblas está sonando, como lo veis; la duda, neblina del alma, sube de la tierra y se extiende en torno del profeta; éste va a desaparecer en su nube poco a poco. Otorgués, en estos sus contubernios con Pueyrredón, es el equivalente y precursor de Ramírez, el caudillo entrerriano, que, dentro de tres años, será, por fin, el instrumento eficaz de los enemigos del héroe; éstos conseguirán su objeto, pero sólo en parte; levantarán el caudillo en substitución del héroe; pero no será un príncipe de Orleans ni de Braganza el coronado en Buenos Aires; será otro el príncipe restaurador; otro el dueño de los personajes reinantes.

III

Artigas no ha podido menos de sentir, sin embargo, esos ruidos subterráneos; otro, que no hubiera sido él, hubiese sentido vacilación, acaso pavor. ¿Será un espíritu del infierno, y no el de la madre tierra, el que

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

lo conduce? Algo de eso debe de haber pasado por aquella alma honrada, porque, como Aquiles a su madre divina, o como el troyano a la Sibila sacerdotisa de Apolo, el héroe oriental recurre entonces a su oráculo: consulta al pueblo. Conoced, amigos, esa memorable consulta; leamos este papel que apareció entonces fijado en las paredes de la ciudad de Minas, el 25 de octubre de 1817, idéntico al fijado en Canelones y en los principales núcleos de población de la Banda Oriental:

«El ciudadano Manuel Cabral, capitán de milicias y comandante militar y político de esta villa y su jurisdicción, a todos los vecinos de ella saludo y hago saber: Que el excelentísimo señor General en jefe don José Artigas se ha dignado dirigirme un oficio fechado en *Purificación* el 11 del corriente, cuyo tenor a la letra es como sigue:

«Por una vulgaridad inesperada, he traslucido se denigra mi conducta por la desunión con Buenos Aires. Los pueblos han juzgado justos los motivos de esta lid empeñosa, que nunca mejor que ahora subsisten, según el *Manifiesto* impreso en Norte América por los señores Agrelo, Moreno y Paso, y que he mandado circular para su debido conocimiento. Recordad la historia de vuestras desgracias, la sangre derramada, los sacrificios de siete años de penalidad y miseria, y todo os confirmará mi empeño por no violar lo sagrado de aquella voluntad, ni someterla a la menor degradación, que mancillaría para siempre la gloria del pueblo oriental, y lo más sagrado de sus derechos. He adelantado mis pasos con aquel gobierno, ansioso de sellarla sin estrépito, y en cada uno he hallado un nuevo impedimento a realizarla. Si esta idea no está bien grabada en el corazón de los

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

pueblos, ruégoles quieran aceptar estos mis votos: *Los pueblos son libres de decidir de su suerte, y mi deseo todo decidido a respetar su suprema resolución. Si la autoridad con que me habéis condecorado es un obstáculo a este remedio, está en vuestras manos depositar en otro la pública confianza,* que ajuste vuestras ideas a los deberes que os impone la patria. Yo me doy por satisfecho con haberlo llenado hasta el presente con honor, y contribuído, con el mismo, a la felicidad del país. Espero hará V. inteligible esta resolución a todo su pueblo, y me responderá abiertamente de su decisión, para adoptar las medidas convenientes.

Tengo el honor de saludar a V. con todo mi afecto.

JOSÉ ARTIGAS.

Purificación, 11 de septiembre de 1817.

Al señor Alcalde del pueblo de Minas.»

»En consecuencia, a fin de dar el debido cumplimiento a la precedente orden superior, he mandado los oficios respectivos a los señores jueces comisionados de los partidos de esta jurisdicción, como son los del *Mataojo de Solís,* del *Solís Grande,* del *Soldado,* del *Barriga Negra,* del *Valle del Marmarajá* y del *Santa Lucía,* para que, con todos los vecinos, concurran a esta villa el día 1.º del próximo noviembre, festividad de Todos los Santos, a efecto de que, en junta general que se celebrará, manifiesten su voluntad y se una la voz del pueblo... Y para que nadie alegue ignorancia se fija este edicto en el paraje acostumbrado.

»Villa de Minas, 15 de octubre de 1817.

MANUEL CABRAL.»

Conociendo, como conocemos, amigos míos, el carácter de Artigas, no nos es lícito dudar de la since-

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

ridad con que promueve ese inusitado plebiscito; reconoceréis en ese documento la repetición, casi literal, del discurso que pronunció en el Congreso del Peñarol; sólo los necios confundirán ese recurso al pueblo con los farisaicos que no es raro ver inventar a los tiranos. Para erigirse en tal, el Jefe de los Orientales no tenía para qué echar mano de semejante medio. Artigas sólo quiso, en ese momento, sentir, una vez más, el contacto de la tierra, su madre divina. Y lo sintió, sin duda, y reconoció su voz, porque la suya cobró entonces nueva energía, y su actitud una rigidez casi hierática, como lo veréis. Vais a ver cómo la caída de los débiles en la fe ha retemplado la devoción de los fuertes; cómo se conglomera aquel pueblo, con la resolución de morir, en torno de aquel hombre inmóvil. El mismo Otorgués ha visto la realidad de las cosas, y, menos candoroso que los comandantes desertores, se ha quedado en su puesto, al lado de su jefe, a quien da sus explicaciones, mientras aquéllos se van a donde creen ser «más útiles a la defensa de la libertad».

Triste fué, por cierto, la forma en que se fueron. De acuerdo y por consejo de Pueyrredón, que los había inducido y conducido, como lo había hecho con Durán y Giró, se entendieron con Lecor, con el mismo Lecor, para poder entrar en Montevideo con todas sus fuerzas, y pasar de allí a Buenos Aires con armas y bagajes. Y así se hizo: subscribieron un pacto con el enemigo; abandonaron a Artigas, maldiciendo de él; se llevaron los caballos y las armas de la patria. Eran 600 hombres, buenos soldados, y tres piezas de cañón. Era mucho para la inerme Patria Oriental. Y entraron en Montevideo al son de sus tambores, que debían sonar como enlutados. Y pasaron, por fin,

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

a los brazos del hermano Pueyrredón que, en esos mismos momentos precisamente, trabajaba por traernos un príncipe de Orleans, y obtenía, de acuerdo con el Congreso, un príncipe de Luca, sobrino de Fernando VII, para coronarlo rey de Buenos Aires y Chile, si la Santa Alianza prestaba su consentimiento.

Pero Artigas está allí. Y mientras él esté, Lecor no cruzará el río Uruguay. Cuando pueda hacerlo por la desaparición de aquél, ya será tarde; el pueblo argentino occidental, gracias a Artigas, no estará ya a merced del aliado de Portugal.

Miremos con pena, pues, pero sin odio, mis amigos, a esos hombres que se van: son unos extraviados de la noche densa; los caminos están llenos de sombra, como dice Homero. No fué la suya una caída sin redención; fué un pecado contra la fe. No veían; y no creyeron en el vidente; le arrojaron piedras. Después serán admiradores del héroe; después, cuando haya patria. Todos morirán con Artigas en el corazón. Ellos se sintieron sólo hombres en ese momento, y, como tales, tenían razón: la empresa no era de hombres. Tenían razón, como los próceres de la revolución de Mayo de que antes hablábamos. ¿No hemos excusado a éstos, aun cuando renegaban, no ya de Artigas, pero de la fe democrático-republicana, de cuyas entrañas nació nuestra América a la independencia?

Pero algo más debemos decir en abono de aquellos orientales: no quisieron dejar de serlo, al renegar de Artigas en medio de angustias: eran bravos. Ninguno de ellos cedió a los halagos de Lecor, que quería retenerlos en Montevideo. Cuando el animoso y honesto Bauzá supo que el convenio escrito, acordado entre Lecor y Pueyrredón, les imponía la prohibición de tomar las armas *durante un año* contra Portugal, él

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

reclamó de tal cláusula. No, dijo enérgicamente; el convenio sólo establecía el término de seis meses. ¡No más de seis meses! Esperaba, pues, reanudar muy pronto la lucha por la patria contra el usurpador. Pueyrredón, en cambio, al apoyar la justa apelación de Bauzá, decía, por boca de su ministro de la Guerra: «Viniendo ese batallón a Buenos Aires, será remoto el caso a que se refiere el compromiso».

¡Y tan remoto!

IV

Pueyrredón y sus hombres, que estaban persuadidos de la próxima destrucción de Artigas, pudieron creer, y no sin causa, que la deserción que habían provocado y realizado, en las mejores tropas orientales, había sido para el abandonado capitán un golpe casi mortal, y ansiaban conocer el estrago producido por él en la coraza de aquel fuerte corazón. Puede afirmarse que fué grande. Artigas, en su soledad del Hervidero, no pudo menos de llevarse la mano al pecho, y reconocer la destreza de quien le había hecho aquel aleve disparo: había dado en el blanco, sin duda alguna.

¡Sus fieles lo abandonaban, execrando su nombre!

El golpe era tanto más brutal, cuanto que, en esos mismos momentos, el hombre herido confirmaba los testimonios, que ya poseía, de la connivencia expresa de Buenos Aires con el invasor portugués. Esas pruebas que llegaban a Artigas, no eran, como hemos dicho, tan concretas como las que hoy nosotros poseemos; las negociaciones y los tratados eran secretos,

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

y han sido conocidos mucho después; sus autores no sólo los ocultaban al pueblo argentino, sino que, por temor de sus iras, los enmascaraban en protestas de amor a la causa de los orientales, como lo hemos visto, y en el envío de algunos recursos, aunque pidiendo por ello disculpa al portugués. Pero el Libertador recibía pruebas concluyentes de la insidia, así como de los trabajos que se hacían para acabar con su ascendiente sobre las provincias occidentales, y dejarlo así librado, completamente solo, con todo su pueblo, al golpe de gracia del extranjero; ya lo habéis visto difundir, por todas partes, la exposición de Moreno, Agrelo y Paso en Baltimore.

Artigas, con ser un vidente, era un hombre de carne y hueso. En esa hora silenciosa no ha podido menos de sentir el soplo frío de la realidad presente; las realidades soplaban como vientos en sus ojos. La deserción de sus fieles, sobre todo, ha debido hacerle ver pasar por el horizonte, con las miradas clavadas en él, la sombra de una posible realidad futura. En ese momento ha debido sentir en sus huesos, creo que por primera vez, algo como la conciencia de un sueño de la media noche: la sensación de una larga caída en el vacío. Pero lejos de desfallecer, el mismo sueño le despertó sobresaltado. Y de ese despertar procede, sin duda, la comunicación que entonces, con fecha 13 de noviembre de 1817, después de su Consulta al pueblo, después de oir a la Sibila, dirige desde Purificación al Director de Buenos Aires. Es una represalia de soberano, una especie de conjuro o de profética maldición, que parece recorrida por las contracciones de su piel atormentada, y en la que el héroe se nos ofrece con los caracteres del hombre poseído por otro *yo*, que se enciende en sus ojos de augur. Artigas re-

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

cuerda en ese momento todos los muertos orientales que han caído por la libertad; cree ver, como Ezequiel, el profeta, sus huesos áridos, *osa arida*, levantarse en las llanuras en que se despojaron de su carne y profetizar.

Yo quisiera que leyerais íntegra esa nota, mis amigos; ninguna, entre las que poseemos del héroe, que son muchas, nos presenta con mayor relieve su pensamiento, su conciencia y su carácter, al través del énfasis catilinario, que es el lenguaje de entonces. Se ve en ella la realidad inmóvil de aquel espíritu perpetuo, siempre igual a sí mismo.

«¿Hasta cuándo pretende V. E. apurar mis sufrimientos?, grita Artigas al Director Supremo. Ocho años de revolución, de afanes, de peligros, de contrastes y miserias, debieron haber bastado para justificar mi decisión y rectificar el juicio de ese gobierno. Él ha reconocido, en varias épocas, la dignidad del pueblo oriental; él debe reconocer mi delicadeza por lo inalienable de sus derechos sagrados. ¡Y V. E. se atreve a profanarlos!»

Traza en seguida el prócer la larga serie de sus agravios; en ella vemos que, si bien sabía y presumía mucho, no lo sabía todo, ni podía presumirlo. Artigas imputa a Pueyrredón el hecho de querer aparecer como *un neutral* en la lucha de los orientales con los portugueses. «No, le dice indignado; los actos de Buenos Aires, desde la invasión portuguesa, no son ni siquiera los de un neutral; son los de un beligerante armado contra mí y contra mi pueblo. De allí se han suministrado a la plaza sitiada de Montevideo elementos que se han negado a los sitiadores; de allí se ha protegido la fuga de portugueses prisioneros en poder de los patriotas; han partido de allí los trabajos

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

de disolución de mis elementos fieles en las provincias; de allí, por fin, ha salido el complot, fraguado por los portugueses, a fin de promover la deserción del regimiento de Libertos, que vuestra excelencia ha recibido triunfalmente en esa capital...

»¡Y V. E. es todavía el Director de Buenos Aires!

»Eso tiene un origen más negro que la fría neutralidad, dice Artigas; todo eso responde al plan de derribar en mí al coloso contra la iniquidad de las secretas miras de V. E....

»¡Yo en campaña, agrega con amargura, y repitiendo las sangrientas escenas contra los injustos invasores, y V. E. en su capital, debilitando nuestra energía con procederes que excitan las más fundadas sospechas! ¡Yo empeñado en contrarrestar a los portugueses y V. E. en favorecerlos!»

Como lo veis, mis amigos, Artigas ignoraba la alianza consumada entre Buenos Aires y Portugal contra él y contra la causa republicana de América; la sospechaba, sin embargo, y la sola sospecha le parecía temeraria. Todavía, en esa nota memorable, recuerda a Pueyrredón los esfuerzos que ha hecho por llegar a la conciliación y a la paz; en ella procura convencerlo, con buena fe casi inocente, de que no es el Director de Buenos Aires, sino él, el Jefe de los Orientales, quien ha de aniquilar heroicamente las ambiciones del trono del Brasil sobre el Río de la Plata, y le pregunta el porqué de su esfuerzo por debilitarlo en el desempeño de la misión de ser, con su pueblo, la vanguardia rígida de la democracia rioplatense y aun americana.

Artigas se confunde ante esa doblez inexplicable y ante esa *neutralidad* criminal.

¡Neutralidad! dice. «El Director de Buenos Aires

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

no debe ni puede ser neutral en esta contienda... Pero sea V. E. un neutral, un indiferente o un enemigo, tema justamente la indignación provocada por sus desvaríos; tema, y tema con justicia, el desenfreno de unos pueblos que, sacrificados por el amor a la libertad, nada les acobarda tanto como perderla. La grandeza de los orientales sólo es comparable a sí misma. Ellos saben desafiar los peligros y superarlos; reviven a la presencia de sus opresores. Yo, a su frente, marcharé donde primero se presente el peligro. V. E. ya me conoce, y debe temer la justicia de mi reconvención.»

Y, después de calificar de criminal al Director, termina en estos términos augurales:

«Pesará a V. E. el oir estas verdades; pero debe pesarle mucho más el haber dado motivo a su esclarecimiento.

»V. E. no ha cesado de irritar mi moderación, y mi honor reclama vindicación. Hablaré por esta vez, y hablaré para siempre. V. E. es responsable, ante las aras de la patria, de su inacción o de su malicia contra los intereses comunes. *Algún día se levantará el tribunal severo de la nación, y en él será administrada justicia.*»

El efecto, en Buenos Aires, de ese apóstrofe apocalíptico, puede presumirse sin grande esfuerzo. Como si él hubiera sido una ráfaga de viento, las armas que estaban preparadas para lanzarse a la destrucción de Artigas en las provincias occidentales se movieron solas en los arsenales de Buenos Aires. Con el hombre que así hablaba, con ese hombre Artigas en pie, serían frustráneas las negociaciones que se tenían pendientes ante las cortes europeas, y en las que se

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

cifraban todas las esperanzas. Era necesario completar el golpe dado en la Banda Oriental, con uno análogo y decisivo y rapidísimo en la Occidental, en esas provincias argentinas, en la del litoral sobre todo, Entre-ríos, Corrientes, Santa Fe, enfermas de delirio democrático, y poseídas por aquel energúmeno inexpugnable, poseído a su vez de las energías tenebrosas de un espíritu; las fracasadas misiones del deán Funes y de Castex habían desvanecido toda esperanza de conquista diplomática.

Era preciso, sin pérdida de momento, que Buenos Aires extirpase a Artigas, y dominase en las provincias, aunque fuera extirpándolas a ellas también, conquistándolas, como en la época del descubrimiento, repoblándolas, si necesario fuese. A esa obra suprema debían converger todos los elementos nacionales, los que preparaba San Martín para la reconquista de Chile y la expedición al Perú inclusive; todo el presente y todo el porvenir. Y se emprendió la conquista armada de las provincias.

Vais a presenciar, mis amigos artistas, las luchas de las últimas horas de nuestra primera Patria Oriental; los años 18 y 19, hasta el rayar del 20, el año del desenlace, son algunas horas. Es la hora de Artigas. Es preciso que os fijéis mucho en esto.

V

Para comprenderlo, os bastará imaginar lo que será de la revolución que se llama de Mayo, si Artigas es vencido, y Buenos Aires consigue disponer de los destinos de estos pueblos, e imponerles la única solución en que tiene fe, la única que juzga razonable,

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

y que presupone, como condición *sine qua non*, la desaparición de la cabeza de Artigas:

Los repartos de estos territorios estaban trazados fatalmente en el plan escéptico: la región oriental, la atlántica, del Plata a las Misiones, la tierra de Artigas, hubiera redondeado el gran lote del rey de Portugal, a que pertenecía geológicamente; es claro que, en ese caso, el Paraguay correría idéntico destino; la tiranía de Francia no lo hubiera defendido, ciertamente. La región occidental, la andina, de Buenos Aires al Alto Perú, incluso Chile, hubieran ido a parar a manos del otro rey, del otro príncipe que se andaba buscando, sin excluir a un miembro de la familia reinante en España: un Borbón, un Orleans, un Braganza, un príncipe de Luca.

Pero hay algo más hondo, y de más transparente obscuridad en todo esto.

Del Alto Perú, una vez dominado el Río de la Plata por el rey que la diplomacia consiguiera, el pendón real restaurado subiría hacia el Norte, hacia el Bajo Perú, hasta Colombia y Venezuela, la tierra de Bolívar; dominaría toda la América española, hasta detenerse en la inglesa, y tropezar allí con Washington, el republicano del Norte, el opulento hermano del indigente Artigas.

Podéis y debéis decir esto, en la forma más expresiva que conciba vuestro genio, mis amigos artistas, a todos los pueblos de la América española.

Es una verdad llena de dolores, que, abandonada y desnuda, ha estado encarcelada durante mucho tiempo, y atada de pies y manos en el fondo de la cisterna. Dad vosotros la libertad a esa belleza cautiva, amigos míos; que se presente a los americanos todos y les hable de nuestro Artigas, que todos han des-

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

conocido, y acaso inconscientemente calumniado.

Si aun no hubierais entrevisto esa verdad que debe irradiar de vuestro bronce, yo os la haré penetrar en el alma cuando os haga conocer las negociaciones que, en 1819, se seguirán en Europa para coronar un príncipe, como fruto de la revolución de Mayo. Veréis cómo, en esos tratados, aprobados por el Congreso de Buenos Aires, después de conjurar el peligro que se temía, de una expedición española contra el Río de la Plata, con el establecimiento de una monarquía tributaria, se dejaba a España en libertad de dirigir sus fuerzas contra el Perú, Méjico y Venezuela, de cuyos enviados en Europa se prescindía cautelosamente. Mitre ha llamado a eso *la siniestra faz americana de la cuestión.*

¡La siniestra faz! ¡El Calibán que ronda la isla!

El pueblo argentino, el verdadero pueblo de Mayo, no quería eso. Bien sabéis que yo llamo pueblo argentino al que toma su nombre del Plata *(argentum)*, tanto al Oriente como al Occidente, tanto al que hoy se llama uruguayo u oriental, cuanto al que ha conservado el primitivo nombre de argentino.

Bien: ese pueblo *argentino* no conocía ese plan tenebroso; la sola sospecha de su existencia será invocada, no ya por los caudillos populares, sino por el general Paz, para justificar su rebelión contra Buenos Aires. Pero ese pueblo argentino, que renegaba de la mentira, no era otro que el acaudillado por Artigas, tanto al Oriente como al Occidente del Uruguay. Es Artigas, a la cabeza de ese pueblo, el que va a salvar la América de las emboscadas siniestras de esta hora de precipicios. Por él irá San Martín al Perú y llegará hasta Bolívar; sin él, no hubiera habido expedición

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

de San Martín, ni nada que no fuera un arreglo diplomático con el rey.

Decid eso a nuestra América, mis inspirados amigos; le diréis algo que está aún por decir, en alta voz y musical. Pero hacedle ver al mismo tiempo, y esto es lo que más clama por la justicia marmórea, hacedel ver que ese triunfo del espíritu bueno de 1810 sólo se obtuvo por la ofrenda, a la diosa democracia, de una víctima elegida entre los pueblos argentinos. Y ésa no es otra que esta Banda Oriental, a quien Artigas va a conducir al ara de los holocaustos, como aquel Ulises que, al llegar al final de la jornada, en la ribera cubierta de eternas tinieblas, cava la fosa con su espada, y hace sobre ella las libaciones de leche, de vino y de agua, y arroja un puñado de harina blanca, y degüella, para propiciar los manes de los que fueron, el carnero y la oveja negra, cuya sangre convoca los muertos y les arranca el secreto del porvenir.

VI

Entramos en la lucha decisiva. El portugués destruirá a Artigas en la Banda Oriental; Buenos Aires en la Occidental. Ése es el plan; son dos conquistas. Pueyrredón y su oligarquía creyeron que el procedimiento de seducción, tan eficaz al parecer en la Banda Oriental, daría el mismo resultado en las provincias occidentales que obedecían a Artigas; y que el hombre, para realizar sus propósitos, se le había presentado en uno de los capitanes de la provincia de Entrerríos, don Eusebio Hereñú. Como lo recordaréis, una vez que Artigas hubo vencido a Dorrego en *Guayabo*, en ene-

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

ro de 1815, y cimentado la Patria Oriental en su capital del Hervidero, envió sus tropas a proteger a la provincia de Santa Fe, primero, y a la de Entrerríos después, contra el predominio de Buenos Aires, que tenía exasperadas a aquellas poblaciones, a cuyos habitantes despreciaba y ofendía, como si fueran salvajes. Díaz Vélez primero, y Viamont después, fueron vencidos. Y fué precisamente ese Hereñú, de quien ahora hablamos, el que, con la protección de Artigas, fué elevado al gobierno, y puso su provincia bajo el protectorado del héroe oriental.

Otro tanto ocurrió en la provincia de Santa Fe. Ésta, después de desalojar a Buenos Aires como a un enemigo odioso, enarboló la bandera tricolor de Artigas y se colocó a su sombra. Ya hablamos de eso oportunamente; pero bueno será que os diga ahora que ese *nacer a la vida cívica* de las provincias argentinas, gracias a la protección de Artigas, está comprobado por tantos cuantos papeles pueda exigir el más exigente papelófilo. El último de ellos nos lo ofrece el canónigo de Santa Fe, mi amigo don Jacinto Viñas; se refiere a la primera elección libre realizada allí en 1816, y que dió por resultado la designación de don Mariano Vera. Hasta entonces, de 1810 a 1815, los gobernadores eran enviados de Buenos Aires; Ruiz, español, Romero, Berruti, Montes de Oca, Álvarez Thomás, Díaz Vélez. La elección de Vera, directa y libérrima, se realiza bajo la protección de Artigas, que envía a Ramón Fernández, el héroe de *Asensio*, a proteger la libertad del pueblo santafecino. Fernández repasa el Paraná una vez realizada la elección. La nota en que Artigas, el 28 de mayo de 1816, felicita al pueblo de Santa Fe, lo estimula a velar por su propia libertad, y le asegura

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

para ello su protección, es un hermoso papel. «Los hechos hablan con más elocuencia que Demóstenes», dice Viñas al publicarlo, deplorando que tales hechos, «que hablan tan alto en honor del Patriarca Oriental, sean tan poco ponderados por los historiadores de ambas orillas del Plata».

Desde entonces, pues, desde el nacer cívico de aquellos pueblos, Hereñú gobernaba en Entrerríos; don Mariano Vera, cuyas notas a Pueyrredón estudiamos con motivo de la misión del deán Funes, seguía de gobernador en Santa Fe. Pero viéndose Hereñú substituído en el gobierno, dos años después, por don José Ignacio Vera, elegido en su reemplazo, se alzó contra su sucesor. Bastaron algunos refuerzos orientales, enviados por Artigas, y algunos de Santa Fe, para sofocar esa tentativa de revuelta. Hereñú, que vió difícil su situación personal, se convirtió entonces en campeón de la oligarquía, y pidió auxilio a Buenos Aires contra Artigas y sus fieles, que apoyaban al nuevo gobernador.

La ocasión propicia se presentaba, pues: el Directorio corrió en apoyo de Hereñú y sus parciales; envió sus batallones; comenzó el supremo esfuerzo contra el predominio del héroe oriental: intentó, una vez más, la conquista de las provincias, sin la cual el advenimiento del rey no era posible.

Pero frente a Hereñú estaban los fieles de Artigas; y éstos, que eran el pueblo entrerriano, tenían ya su caudillo local: Francisco Ramírez. Este Francisco Ramírez era un joven que se había formado al lado de Artigas desde 1811, y que se señalaba especialmente por la rendida admiración que profesaba a quien todo lo debía. Artigas, a su vez, tenía predilección por el joven entrerriano. Era éste sagaz, temerario,

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

gran jinete, lleno de ambiciones y rebeldías: él es el *personaje reinante* de su región, sin duda alguna; es la encarnación de la repulsión instintiva que el Directorio inspira a las provincias; pero, como el oriental Otorgués, de quien es el equivalente, ha oído la voz de las brujas, que le salieron al paso de la selva de *Montiel*.

Ramírez, bajo la dirección de Artigas, al que seguía dócilmente, apasionadamente, se aprestó a la resistencia contra Buenos Aires.

La inmediata provincia de Santa Fe prestó sus auxilios a Entrerríos, y los envió al mando de otra entidad, que será el personaje reinante de aquella provincia: el comandante don Estanislao López. Éste sucederá muy pronto en el gobierno al gobernador Vera, que ahora lo envía en auxilio de Ramírez. Vera será derrocado por un motín, que estallará el 4 de julio de 1818, por habérsele atribuído connivencias con el Directorio. Estos caudillos serán tales mientras dure Artigas; desaparecido éste, todos se hundirán en Rosas, en el tirano.

Precisemos, pues, mis amigos, los factores de la lucha que va a empeñarse: Hereñú, por una parte, rebelado contra Artigas y apoyado en las tropas de Buenos Aires; Ramírez, por la otra, fiel al héroe oriental, y como teniente de éste, acaudillando al pueblo entrerriano, que ha adoptado el pabellón tricolor. He ahí la lucha paralela a la que Artigas libra contra el portugués en su tierra, y que va a trabarse en estos años 18 y 19, hasta rayar el 20. Las dos campañas son una misma: es Artigas que combate personalmente en su tierra oriental, y, por medio de sus capitanes, en la occidental, contra el Directorio de Buenos Aires, aliado al portugués, sin perjuicio de

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

estar siempre en guardia contra una posible tentativa de España.

VII

Buenos Aires envía a Entrerríos, en auxilio de Hereñú, al coronel don Luciano Montes de Oca, con un ejército de 800 hombres y artillería. El invasor es precedido de una proclama, declaración de guerra a Artigas, *a Artigas exclusivamente,* que el director Pueyrredón dirige a los habitantes de Entrerríos, muy semejante a la que Lecor, el portugués, dirigió a los orientales, al invadir su tierra. «Llegó el tiempo, les dice, de que fijéis vuestros destinos de un modo noble... Con las mejores intenciones, librasteis vuestra confianza en el supuesto *Protector de los Pueblos...;* habéis visto que él destruye en vez de edificar; que él despotiza en vez de proteger. Pedisteis auxilios para sacudir un yugo tan ominoso; ellos os llegan tan pronto como la respuesta de que se os enviaban...

»Honrados compatriotas:... Arrancad la simiente perniciosa de esa doctrina antisocial que *el peligroso patriota don José Artigas* ha esparcido en esos países... Así os granjearéis las bendiciones de la patria y de una posteridad feliz, la admiración del orbe ilustrado, el respeto del mundo virtuoso, y toda la consideración del primer Magistrado de estas provincias, que os saluda, etc., etc. — JUAN MARTÍN DE PUEYRREDÓN.»

Otro documento, no menos interesante que el interesantísimo anterior, es la proclama del mismo Pueyrredón a los pueblos de Entrerríos, Corrientes y

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

Banda Oriental. ¡También a la Banda Oriental librada al portugués! «La expedición que marcha a Entrerríos, dice, va con el objeto de proteger los derechos de aquellos pueblos, que, para recuperarlos, han implorado auxilio. La presente administración no ha hecho ni pretende hacer la guerra a sus hermanos y compatriotas. Todo su anhelo es favorecer los proyectos de los buenos ciudadanos, que han conocido, por experiencia, cuán perjudicial es al sistema de América la doctrina de don José Artigas... El gobierno hace la diferencia debida entre la perversidad de don José Artigas, y la desgracia de los beneméritos vecinos que sufren el yugo de un déspota, *tanto más cruel cuanto más disfrazado.*»

Yo no sé de qué se había disfrazado ese déspota; cuál era su máscara. Pero, como lo veis, parece que los pueblos no veían bien su despotismo, sino el de los otros.

Y puesto que leemos documentos, ¿por qué no habéis de conocer la proclama del coronel Montes de Oca a sus soldados?... Ésta es más interesante todavía. Montes de Oca recuerda, sin duda, las horribles depredaciones de Díaz Vélez en Santa Fe, las fulminadas por Vera y reconocidas por el deán Funes, y dice a sus tropas:

«Soldados: El Gobierno supremo os ha confiado la suerte de este país... Que no se diga que los que marchan en auxilio del orden son los que lo observan menos. Reflexionad que el territorio a donde os dirigís es país de amigos y hermanos, de compatriotas nuestros. Esta circunstancia debe aumentar la obligación de proteger sus derechos, de respetar, hasta el más alto grado, *sus esposas, hijos, fortuna; en una palabra, sus propiedades de toda especie...*

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

»Soldados: Como buenos compañeros de armas, todos andaremos juntos la carrera que se nos presenta... cerca tenéis los laureles con que debéis coronaros... Soldados: ¡a recogerlos!...

»Buenos Aires, 15 de diciembre de 1817.»

Una nota más (será la final) para documentar, una vez por todas, el carácter conquistador en tierra de infieles de estas expediciones de Buenos Aires sobre las provincias protegidas por Artigas, *el peligroso patriota, tanto más cruel cuanto más disfrazado.* En las instrucciones reservadas que se dieron al jefe militar, después de prevenirle cómo y dónde debía reunirse con Hereñú para rechazar las probables hostilidades de Artigas, se le decía que: «en lo demás debía obrar según su prudente discreción, recomendándole muy especialmente *el respeto por la mujer,* como la propiedad más querida del hombre, y el mayor cuidado de que nadie se acercase a la artillería, con riesgo de que fuera clavada, en un país donde no puede distinguirse al enemigo del amigo».

Todo esto, como lo comprenderéis, este cuidado por la mujer, *considerada propiedad,* etc., etc., denuncia el temor de que las tropas de Buenos Aires repitan los excesos que habían consumado en Santa Fe y otras provincias, *y que hacían odioso hasta el nombre de patria,* según la expresión dolorosa que vais a oir pronunciar a Belgrano.

Montes de Oca desembarcó en territorio entrerriano, y envió una intimación a Ramírez, en la que le decía que los pueblos de Entrerríos habían pedido auxilio al gobierno de las Provincias Unidas, *temerosos de sucumbir a una dominación extranjera,* por falta de

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

poder y de aptitudes en Artigas, y que él iba a hacer efectivo ese auxilio.

La campaña del bravo capitán de Artigas, análoga a la del *Espinillo*, en el mismo Entrerríos, y a la del *Guayabo*, en la Banda Oriental, fué rápida como ésta, y como ésta desastrosa para Buenos Aires. Ramírez cayó sobre Montes de Oca, que estaba unido a Hereñú, Samaniego, Correa, etc., y, en el arroyo de *Ceballos*, destrozó por completo sus caballerías, puso en fuga la infantería y se apoderó de la artillería. El desbande fué completo, tan completo como el de Hollemberg en el *Espinillo*.

En presencia de él, Buenos Aires no desiste; envía al general don Marcos Balcarce, con un refuerzo de 500 hombres y más artillería. Éste reorganiza el ejército invasor; redobla sus esfuerzos; busca a Ramírez con un poderoso ejército de las tres armas. Pero su derrota no es menos completa que la de Montes de Oca. Ramírez, al que sigue el país levantado en masa, lo hace pedazos con sus milicias, en el *Saucesito*, el 25 de marzo de 1818. La batalla fué rápida. Todo el ejército invasor fué destruído; cuatro piezas de artillería, armamento y municiones quedaron en poder del vencedor.

Ramírez, con la protección de Artigas, cuya bandera tricolor enarbola, es, desde ese momento, el árbitro de Entrerríos, y, en ese carácter, pide sus órdenes a su protector y supremo jefe. Éste le ordena que pase a Corrientes, donde ha tenido lugar un movimiento semejante al de Hereñú, que es necesario sofocar: el gobernador Méndez, que allí representaba a Artigas, ha sido depuesto por Bedoya, que proclama la unión con Buenos Aires. Artigas ha ordenado a Andresito que, desde el Norte, en que se encuentra, baje también a restable-

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

cer la autoridad en Corrientes. Ramírez penetra por el Sur, para impedir que Hereñú refuerce a Bedoya. Una batalla se traba en *Saladas* entre Andresito y todas las fuerzas de éste, el 2 de agosto de 1818. Bedoya es derrotado y huye. La autoridad de Artigas queda restablecida también en Corrientes, bajo la autoridad de Andresito, que dura algunos meses, y hace el gobierno ejemplar que recordamos en otra ocasión, cuando conocimos por primera vez a este interesante Andrés Artigas.

¡Oh, el leal Andrés Artigas, Andresito, el indio nostálgico y bueno! ¡Sangre fría de la raza muerta!... Es preciso que le demos aquí nuestro adiós, amigos artistas, y que lo miremos por última vez. Poco después de esto, recibió la orden de Artigas de volver de nuevo a las Misiones, a combatir al portugués. Obedeció, luchó, cayó prisionero en la refriega, y fué llevado a las cárceles de Río Janeiro, donde murió solo. La gloria es buena, Andresito; ella te trae, como una nodriza, en sus brazos, y te ofrece el amor de la posteridad. Nadie más amable que tú, pobre indio sin patria y sin sepulcro: hoy tienes patria para siempre y tienes sepulcro. ¡Andrés Artigas, simbólico Andresito!...

Ramírez hace saber todo lo sucedido al héroe oriental. Éste sigue su lucha tenaz contra el portugués, y cuenta, para triunfar en ella, con esos elementos que están venciendo del aliado de aquél, el Directorio, en la región occidental. Ése es su plan.

Ramírez está en él. Todo su anhelo consiste en arrojar de su provincia a Buenos Aires, para correr en seguida a unirse a los orientales contra el portuués, el enemigo común extranjero. Así se lo hac

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

saber a Artigas, al pasarle el parte de sus victorias sobre la capital. «Lleno de una inexplicable gloria, le dice, tengo el honor de adjuntar a V. E. esas comunicaciones. Todas anuncian el feliz término de consolidar el justísimo sistema de los hombres que quieren ser libres... Sólo trato ahora de hostilizar a Hereñú y a los portugueses; de destruir ese ejército portugués, *que es el único enemigo que tenemos en el día*... En fin, concluye, mi objeto es impedir todo recurso al ejército de Curado.»

Artigas, mis queridos artistas, contando con ese elemento que se le preparaba en la región occidental, continuaba, como decimos, en la oriental, su resistencia homérica, que tenía que debilitar para enviar su protección a Ramírez. No importa: él sobrelleva sus derrotas parciales, con tal de mantener su bandera; espera el momento de poder disponer de sus elementos occidentales; pero ese momento no ha llegado aún.

El Directorio de Buenos Aires no había desistido de su propósito de arrebatar al héroe esa esperanza, y dejarlo solo a merced del portugués. Pueyrredón, derrotado en Entrerríos y Corrientes, ha resuelto hacer un nuevo esfuerzo, un esfuerzo supremo, en Santa Fe, la provincia limítrofe de la de Buenos Aires por el Norte, y separada hacia el Este por el río Paraná de las de Entrerríos y Corrientes. Allí el personaje reinante, que también acata a Artigas y enarbola su bandera, la tricolor, es Estanislao López.

Pueyrredón y su partido están desorientados ante la resistencia heroica del gran caudillo y sus orientales contra la formidable irrupción de Portugal; esa resistencia desconcierta todos los cálculos humanos. El

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

Director Supremo estaba en la firme persuasión de que la invasión portuguesa lo iba a desembarazar de Artigas en dos meses. Desde que su poderoso ejército apareció en 1816, aquél escribía a San Martín, que preparaba en Mendoza sus tropas para pasar los Andes: «La escuadra portuguesa bloquea a Montevideo, y el ejército dicen que se ha movido de Maldonado sobre la plaza. Los orientales se resisten a unirse a nosotros, y yo me resisto a enviarles auxilios.»

El 24 de enero de 1817, escribía de nuevo: «Se dice que Artigas, *después de su total destrucción en su territorio*, intenta venir, o se halla ya en Santa Fe, con el fin de hacernos la guerra. Este hombre corre a su precipicio, y yo me preparo a todo; no contento con haber perdido el Oriente, quiere concluir con el Occidente del Río de la Plata; se engaña, si cree que su partido es lo que fué en otro tiempo: *al hombre que pierde, todos le huyen la cara, y tal va a ser su suerte.*»

El 3 de marzo de 1817, después de haber triunfado San Martín en Chacabuco, recibía estas noticias de Pueyrredón: «Los portugueses han manifestado ya su mala fe. Su objeto y sus miras tan ponderadas de beneficiar a estas provincias, está ya descubierto, *y no es otro que agregar a la corona del Brasil la Banda Oriental;* y si nosotros proclamamos por emperador al rey Don Juan, admitirnos, como gracia, bajo su soberano dominio. ¡Bárbaros miserables!... Tenemos más poder y dignidad que ellos, y jamás las Provincias Unidas de Sud de América tendrán *un monarca tan subalterno*... Yo deseo un soberano para nuestro Estado, pero lo quiero capaz de corresponder a la honra que recibirá en mandarnos».

El 9 de diciembre de 1817, escribía al mismo: «He-

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

reñú está ya en movimiento contra Artigas, y espero que muy pronto lo estará todo Entrerríos».

En 10 de junio de 1818, por fin, después de los desastres sufridos en Entrerríos y Corrientes, todavía escribía: «Se asegura que Artigas ha sido completamente derrotado por los portugueses, y que se ha refugiado en los bosques con muy pocos facinerosos».

Puede, pues, venir de Europa, si es cierto que Artigas ya no existe, puede venir ese soberano de buena cepa, capaz de corresponder a la honra de mandarnos. En esos momentos precisamente, a mediados de 1818, Pueyrredón conferenciaba con el coronel Le Moyne, agente del gobierno francés, y, declarándose «hijo de la patria de Enrique IV», trabajaba por traer a «Su Alteza Real el Duque de Orleans», segunda rama de los Borbones, para coronarlo rey del Plata. Consecuencia de esa gestión, llena de curiosos episodios, será el envío, como embajador, de don Valentín Gómez, que os haré conocer después, y la aparición, como nuevo candidato a nuestro dominio, del Duque de Luca, soberano desposeído del reino de Etruria.

VIII

Pero Artigas existía; Artigas no moría. Además de los triunfos de sus capitanes en las provincias, él batallaba en esa fecha contra el invasor extranjero, que recibía refuerzos continuos. No, aquel bárbaro no moría. Mientras animaba con su espíritu y dirigía con su mente a sus capitanes en las provincias occidentales, él, desde que se retiró del sitio de Montevideo, donde vió los gérmenes de la defección inoculados por Buenos Aires, sostiene en su tierra, con sus

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

fieles, la lucha heroica contra el portugués, que es el equivalente de la que, en los mismos momentos, sostiene San Martín contra el español. Recordemos el *Te Deum* cantado por Artigas al saber el triunfo de *Chacabuco.*

En los dos extremos se empeña la lucha contra el enemigo exterior; Bolívar y San Martín la acaudillan en el del Norte; Artigas, sólo Artigas, en el del Sur.

El gran capitán oriental no muere; pero declina, va cayendo lentamente. La resistencia de ese hombre solo, de ese pueblo abandonado, contra el portugués, que se renueva perpetuamente, es la del león que se desangra.

Lecor, asediado en Montevideo, tiene que valerse de todos los medios para romper aquel cerco de caballeros que lo estrecha: traza una enorme zanja, que se llamó *Zanja Reyuna,* como baluarte avanzado de la plaza. Los sitiadores se repliegan, pero permanecen.

Lo que es indispensable al sitiado de Montevideo es buscar su comunicación con el general Curado, que, después de la batalla del *Catalán,* quedó en el Norte. La comunicación terrestre es imposible: la tierra pertenece a Artigas. Lecor, con autorización de Pueyrredón, envía una escuadrilla por el río Uruguay; ésta se encuentra con una batería en la costa occidental entrerriana, defendida por Ramírez. Allí tiene Artigas la caja de su ejército. El combate se traba entre la escuadrilla del explorador y la batería. El cañoneo atrae al coronel portugués Bentos Manuel Riveiro, audaz guerrillero, que adelantaba del Norte, destacado por Curado en busca de su junción con Lecor. Los portugueses de tierra se reconocen con los

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

que vienen por el río, y luchan con la batería occidental; se dan, por fin, la mano los del Norte con los del Sur. Bentos Manuel, con 500 hombres, cruza el Uruguay e invade el territorio occidental. Protegido por la obscuridad de la noche, cae sobre la batería, desaloja a Ramírez de sus posiciones, le arrebata su artillería, que era la tomada por éste a Balcarce en el *Saucesito*, ejerce los actos de dominio que cree oportunos.

No por eso el Directorio de Buenos Aires considera como enemigo al portugués invasor. Era el enemigo de Artigas; era, pues, su amigo, su aliado, aun dentro de su territorio.

No importa: Artigas inicia su última campaña; busca una victoria que combinar con las que obtienen sobre Buenos Aires sus capitanes; él sabe que Pueyrredón tenía razón cuando decía a San Martín «que al hombre que pierde, todos le huyen la cara». Necesita, pues, una victoria, para ir a recoger el fruto de las que obtienen sus tenientes: el concurso que le debe el pueblo argentino contra el extranjero.

¿Dónde hallar ese triunfo?

El héroe concentra sus diezmadas tropas en el Norte, en el Queguay; Rivera está a su lado; tiene 1.200 hombres. Lavalleja forma su vanguardia. Otorgués está más al Norte, sobre el Cuareim, en observación de Curado.

Este último avanza, por fin, hacia el Sur, con su formidable ejército. Lavalleja, el temerario Lavalleja, le sale al encuentro. Personalmente, y sin precauciones, pues se juzga invulnerable, se lanza en persecución de las avanzadas enemigas, a las que persigue cuatro leguas. Penetra en pos de ellas al galope, y se

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

encuentra metido entre el grueso de las fuerzas contrarias. ¡El imprudente Lavalleja! Quiere entonces retroceder; pero es tarde; está rodeado, con sus pocos compañeros, por un regimiento enemigo. Espolea, sin embargo, a su caballo jadeante; pero éste queda inmóvil; un temblor recorre su piel llena de espuma. Las boleadoras, el arma primitiva, formada de tres bolas de piedra unidas por tres largas trenzas de cuero, se han desprendido de su propia montura, y se han agarrado como serpientes a las patas del animal, que se encabrita, con la nariz dilatada y los ojos inyectados. Lavalleja desmonta de un salto, a cortar con el cuchillo aquellos grillos del animal... Los corta, pero ya no es tiempo de volver a montar. El futuro jefe de los Treinta y Tres queda prisionero del enemigo, que lo envía a Río Janeiro.

Casi al mismo tiempo, lucha Otorgués, allá en el Cerro Largo, con las fuerzas de Bentos Gonzálvez. También es hecho prisionero el incansable Otorgués, y ahí concluye su nebulosa historia. Llevado a Río Janeiro, regresa a la patria tres años después; su figura se disipa para siempre; muere ignorado, en Montevideo, en 1831. ¡Luchó mucho, sin embargo, por la patria!

Rivera, Latorre, Ramos, Manuel Francisco Artigas, Bernabé Rivera quedan en torno del héroe; ellos y el pueblo oriental, que está dispuesto a morir en la fe del patriarca; que sigue muriendo frente al enemigo.

Para haceros oir en toda su extensión, y como un grande acorde, el sonar de este momento, sería necesario que os hiciera escuchar conjuntamente, amigos míos, las batallas que, en la Banda Occidental, libran los capitanes de Artigas contra Buenos Aires, y las

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

que éste empeña, en la Oriental, contra el portugués. Son conjuntas; es la misma batalla. Artigas, de este lado del Uruguay, no está en el caso de sus capitanes de la ribera opuesta; él está solo con el portugués constantemente renovado. Pero su esfuerzo no decrece; lucha como la fiera acorralada; da y recibe golpe tras golpe. Sentid algunos. Es el 4 de junio de 1818. Artigas está en su campamento del Queguay; sus soldados duermen en medio de la obscuridad. El general Bentos Manuel Riveiro sorprende el campamento, lo dispersa, y se apodera de dos piezas de artillería; toma prisionero al delegado don Miguel Barreiro, que allí se encuentra, y lo remite a Montevideo. Esto sucedía a la madrugada. Cuatro horas más tarde, cae Rivera con 500 hombres sobre el vencedor, lo pone en derrota, le mata las dos terceras partes de sus hombres, le arrebata sus caballadas. Bentos Manuel huye a pie por entre el monte vecino.

La Colonia, entregada por un enemigo, está en poder de los portugueses, que consuman depredaciones vandálicas sobre las poblaciones circundantes indefensas. Éstas llaman a Artigas, que acude al punto; manda al comandante Ramos, con 300 hombres de las milicias de Soriano. Ramos es atacado por el coronel Gaspar. Un sangriento combate se traba allí. La división portuguesa es batida; Gaspar muere en la refriega; los prisioneros son enviados a Artigas. Acude Lecor, que envía por mar al general Pintos, con 1.000 hombres, a la Colonia. Éste realiza una excursión innocua; llega a San José, y regresa por tierra a Montevideo, llevando, como trofeo de su estéril batida, a cinco damas, esposas de otros tantos patriotas en armas, que son encerradas en la ciudadela.

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

Artigas, después de su sorpresa del Queguay, rehace y refuerza su ejército, para batir a Curado, que avanza hacia el Sur. Éste está acampado en la barra del Rabón, arroyuelo que desagua en el Río Negro. Artigas destaca contra él a Rivera, con mil setecientos hombres, a tentar con audacia una sorpresa; la extrema vigilancia del disciplinado ejército portugués la hace imposible. Tres mil ochocientos hombres de la bizarra caballería riograndesa, la mejor del continente, dice Rivera en su autobiografía, persiguen a éste, a las órdenes del teniente general Juan de Dios Mena Barreto. La retirada de Rivera es famosa en la historia: *la retirada del Rabón*. Comenzó al salir el sol y terminó a las cuatro de la tarde. En un trayecto de 60 kilómetros, Rivera perdió sólo 12 soldados y dos oficiales; él personalmente cubría con su poncho las retaguardias, infundía en sus soldados su propio aliento, daba alas a sus centauros.

Y mientras tanto, diez, veinte, cien partidas aisladas acosaban por todas partes al ejército enemigo; los combates se repetían. En uno de ellos, cae prisionero Manuel Francisco Artigas; en otro es Bernabé Rivera, hermano del gran caudillo, el que cae en poder del enemigo.

Andresito, Lavalleja, Otorgués, Barreiro, Rivera, Manuel Artigas, ¿qué va quedando en la patria?... Queda todo.

Ahí está Artigas, el Grande, que reconcentra todos sus elementos, y prepara su campaña definitiva. Comienza el año 1819. Una gran victoria, la de *Santa María*, le espera aún.

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

IX

Imaginaos, por consiguiente, mis amigos, el rencoroso despecho de la oligarquía de Buenos Aires, contra ese Anteo infernal, hijo al parecer, de madre divina, y contra ese pueblo que no tiene, al parecer, corazón en que ser definitivamente herido. ¿Hijo también de diosa, acaso?... ¿Fundador de raza? ¡Oh, viejo Eneas!

El despecho del Directorio contra ese pobre pueblo que no se resuelve a morir, entristece el ánimo del pensador. Es pasmosa, mis amigos, la negra ofuscación del espíritu de Buenos Aires, encarnado en Pueyrredón en ese momento histórico. Esos hombres no ven con los ojos, no tocan con las manos. Movidos por un vértigo, no distinguen otra cosa que la odiosa forma de Artigas frente a ellos, y sólo consultan el odio que les inspira ese solitario vidente, por no aceptar la muerte con su pueblo. Su heroísmo es un escándalo. Todo lo demás desaparece para aquellos hombres: destruir a Artigas, ahogar para siempre su espíritu, es la obra primordial.

Se acuerda entonces una nueva expedición, una suprema tentativa contra la provincia de Santa Fe, cuya pasión por Artigas corre parejas con la de los mismos orientales. En ese asalto se concentran todas las energías de la nación; todo se sacude, y se irrita, y se exacerba en aquel pueblo, al que se inocula el virus de una convulsión mortal. Todo se abandona: defensa nacional en la frontera del Norte, sostenimiento de Chile, expedición al Perú, todo, con tal de aniquilar a Artigas.

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

No os podéis imaginar, mis amigos, el encarnizamiento de esa campaña.

Todos los ejércitos: el de Buenos Aires, el auxiliar del Alto Perú, que está al mando de Belgrano, el de las provincias centrales y andinas, el mismo de San Martín; todos los generales: Balcarce, Viamont, Belgrano, el glorioso Belgrano, vencedor en Salta y Tucumán, Lamadrid, Arenales, todos son llamados y lanzados sobre Artigas, en el occidente del Paraná. Es indispensable aniquilarlo, porque las gestiones diplomáticas en Europa llevan buen camino y se precipitan. En esos momentos, Pueyrredón sueña en el Duque de Orleans.

Y Artigas va a triunfar, sin embargo. Sus hombres, Ramírez y López, van a vencer en sus provincias; a pasar la frontera de la de Buenos Aires; a penetrar en ésta con la bandera tricolor, y a apoderarse de la capital. Atarán sus caballos sudorosos en la verja de la Pirámide de Mayo.

Y de allí comunicarán a Artigas, el derrotado en su tierra oriental, la victoria de su visión.

Todo esto es susceptible de muchos detalles; los hay llenos de color y de interés sociológico, que en este caso se confunde con el estético. ¿Cuáles elegiré de entre ellos para trazaros la línea fundamental, el movimiento personal, el espíritu palpitante y de gesto escultórico de esos años 18 y 19, y del desenlace de este drama en el derrumbe del año 20?...

X

Veamos algo de la campaña que ha iniciado Pueyrredón contra Santa Fe. Ésta se abre en noviembre

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

de 1818, paralela a la última que va a emprender Artigas contra el portugués. Van sobre la provincia 4.000 hombres, lo más granado de las fuerzas nacionales; ocho piezas de artillería. Una escuadrilla de dos bergantines, una goleta y varios lanchones artillados navegan por las aguas del Paraná. Todo al mando del general don Juan Ramón Balcarce, soldado de la batalla de Tucumán. Con éste iba Hereñú, que venía del Este de Entrerríos, y Bustos, que procedía de Córdoba, de la provincia occidental a Santa Fe, con las milicias de esa provincia, con las fuerzas de Mendoza y San Luis, y con una división, que debía incorporarse, enviada por Belgrano, al mando de Lamadrid. El territorio entero converge armado a Santa Fe.

Ved ahora el carácter de esa invasión.

Las instrucciones que recibió Balcarce eran análogas a las que llevaba Dorrego, contra la Banda Oriental, en la campaña del Guayabo. Como en ésta a los orientales, era preciso exterminar allá a los santafecinos. «Los santafecinos que se sometan, decían las instrucciones, serán tratados con consideración; *pero a condición de ser transportados a la nueva línea de frontera, o a la capital, bajo la vigilancia militar.*» Eso, los que se sometan. «Si se resisten, agregaban las instrucciones, deben ser tratados militarmente, como rebeldes, *imponiéndoles sin dilación la última pena,* lo mismo que a los que en adelante se subleven.» «Era, dice Mitre, un plan de conquista, de despoblación y de exterminio.»

¿Serían realmente dignos de esa pena los habitantes de Santa Fe, por el crimen de creer en Artigas?... ¿Y con qué repoblará Buenos Aires ese territorio, una vez que lo extermine, realizando sus justicias, y

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

tenga que presentar al rey de buena cepa, cuya coronación gestiona en Europa, el conjunto de sus vasallos americanos?...

López, el personaje reinante en Santa Fe, el brazo de Artigas en esa lucha, salió al encuentro de la invasión. Su ejército fantástico se lanzó, como un enjambre irritado, sobre Bustos, que venía del Oeste, y lo desbarató, dejando libre su flanco; retrocedió en seguida sobre Balcarce, que venía del Sur, acosó su ejército a fuerza de correrías, de aparecer y desaparecer, como bandada de pájaros; lo desorientó. Balcarce se dirigió a la ciudad de Santa Fe, y llegó a ella, después de un combate en que, aunque vencedor, se vió vencido, y acampó a una legua de la población que, tres años antes, Díaz Vélez había devastado y ultrajado en la forma que sabéis. La ciudad estaba desierta; el enemigo de Buenos Aires no aparecía por ninguna parte; se lo había tragado la tierra o sorbido el matorral. Balcarce lo sintió de repente por la retaguardia, como una furia brotada del suelo. Su comunicación con Buenos Aires estaba interceptada. Aislado, sin plan, sin caballos, sin medios de subsistencia, se sintió vencido, y resolvió volverse por donde había venido. Se fué, como Alvear de Montevideo; como Díaz Vélez de la primera irrupción a Santa Fe; como el otro Balcarce y Viamont, de Entrerríos. Y recordando las instrucciones de su gobierno, anunciaba su retirada diciendo, para excusarse de no haber llenado bien esas feroces instrucciones: «En otra ocasión manifestaré las poderosas razones que he tenido para no destruir la ciudad de Santa Fe y causar el último mal a las familias honradas que han quedado».

Artigas, a la par que sostenía su resistencia en la tie-

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

rra oriental, era también el alma de la occidental; era su caudillo, y su caudillo en acción. No bien supo la retirada de Balcarce, que dejaba libre la navegación del río Paraná, ordenó que todos los elementos disponibles de Entrerríos y Corrientes cruzaran el río, en auxilio de Santa Fe. Ramírez hizo pasar 200 hombres; Andresito, por orden de Artigas, envió a su segundo, el irlandés Pedro Campbell — que de soldado de Beresford había pasado a ser jefe de Artigas, — con 600 hombres, y una escuadrilla de siete lanchas y doce canoas. Esta escuadrilla, tan llena de carácter, llegó a Santa Fe, enarbolando la bandera de Artigas. El pueblo santafecino, que temblaba ante un nuevo asalto de los soldados de Buenos Aires, la vió aparecer entre las islas del Paraná como una visión, y se agolpó a recibirla en triunfo, y con transportes de alegría, al grito de *¡Viva la Patria Oriental*

¡La Patria Oriental! ¡Pobre Patria Oriental! Se sostiene a fuerza de derramar su última sangre, y es todavía aclamada como la salvadora.

Campbell, con los elementos que traía, dió el último golpe a Balcarce, quien, dejando la provincia de Santa Fe «en la última necesidad», como él mismo decía a su gobierno, se había refugiado en el Rosario. Balcarce se fué, por fin, también del Rosario. Allí cumplió sus instrucciones: incendió la población, que quedó reducida a cenizas. Sobre éstas se levanta hoy la segunda magnífica ciudad de la República Argentina.

El Directorio no desistió, por esos contrastes, de su empresa de conquista; envió, en reemplazo de Balcarce, que renunció su cargo, al general Viamont. De nuevo a Viamont! Al mismo tiempo, Belgrano, con el ejército del Alto Perú, cumplía la orden de

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

abandonarlo todo, de dejar al español a su espalda, y acudir a la destrucción de Artigas. El vencedor de Tucumán y Salta tomaría el mando de ambos ejércitos. Más de 7.000 hombres, venidos del Sur y del Oeste, convergían simultáneamente sobre la provincia de Santa Fe.

San Martín, no. San Martín se siente llamado por otro lado. El gobierno le ordena venir sin dilación, con insistencia, con imperio; todo debe concentrarse, agotarse en la empresa de sojuzgar las provincias; pero San Martín no viene a destruir a Artigas. No, no viene; desobedece; se prepara a ir al Perú, donde le llama su visión; salva el ejército que ha formado; lo salva para la causa americana.

Belgrano obedeció, porque tenía la convicción firme, honrada, de que sólo la monarquía, el príncipe deseado, el hombre de sangre real, con sus palafreneros y banda de chirimías, podía ser el núcleo de la nueva patria, y de que, para ello, era necesario extirpar el espíritu republicano de Artigas, que era la rebelión. «Esta guerra no tiene transacción posible, dice; los que están a mi frente, son gente de desorden, y ellos correrán luego que vean mis tropas.»

Y se pone en marcha.

XI

He ahí otra vez a López en campaña, contra la nueva invasión; ha recibido 800 hombres de Entrerríos, a las órdenes del hermano materno de Ramírez, López Jordán. Con eso, y lo de Campbell, forma un ejército de 2.000 combatientes. Interpuesto entre Viamont, que viene del Sur, y Belgrano, que busca su incorpo-

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

ración bajando del Oeste, de Córdoba, el ágil y audaz guerrillero atrae hacia sí las dos vanguardias del enemigo, las aleja del grueso de ambos ejércitos, y las deshace. El choque decisivo tuvo lugar el 10 de marzo de 1819. Viamont, anonadado, se dirige a Belgrano, que, con su ejército de 3.000 soldados, se encamina a Santa Fe.

Belgrano no está menos desorientado que Viamont. «Es urgente concluir con esa desastrosa guerra, por cualquier medio», escribía al gobierno. «Todo es desolación y miseria... Para esta guerra ni todo el ejército de Jerjes es suficiente. El ejército que mando no puede acabarla; es un imposible; podrá contenerla de algún modo; pero ponerla fin, no lo alcanzo, sino por un avenimiento. No bien habíamos corrido a los que se nos presentaron, ya volvieron a presentarse a nuestra retaguardia, y por los costados. La movilidad es dificilísima; los campos son inmensos... ¿De dónde sacamos caballos para correr por todas partes?... Si los factores de esta guerra no quieren concluirla, ella no se acabará jamás.» Imaginad, amigos míos, todos esos elementos organizados contra el extranjero, en torno de Artigas, de nuestro Bolívar, y decidme qué hubiera podido hacer España y Portugal y toda la Europa coaligada para extirpar la revolución de Mayo. ¿Para qué buscaban reyes esos hombres, contando con ese pueblo invulnerable conducido por Artigas?

El quebrantado general Belgrano ordena, sin embargo, a Viamont, que se sostenga hasta realizar la junción de los dos ejércitos.

Tal y tan angustioso era el momento, cuando Viamont ve llegar a su campo, como caído del cielo, un parlamentario de López, con la proposición de entrar

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

en negociaciones, de celebrar un armisticio que conduzca a la paz.

¿Qué ha sucedido?... López había interceptado comunicaciones de San Martín al gobierno de Buenos Aires. Por ellas supo que el general de los Andes había repasado la cordillera, de Chile a Mendoza; y el caudillo santafecino creyó que el héroe de Chacabuco y Maipú se resolvía, por fin, a obedecer; que, unido a Belgrano, iba a caer sobre él. No era así. San Martín no pensaba en tal cosa. En esas sus idas y venidas al través de los Andes, era llevado y traído por su visión profética; todo eso no era sino una comedia, sin más objeto que el de obligar al gobierno de Chile, que estaba vacilante, a realizar la expedición al Perú, amenazándole con retirarse con su ejército auxiliar si así no lo hacía. San Martín no obedece, no obedecerá al Directorio, que lo llama a la lucha contra el pueblo americano.

Pero López creyó en su venida, y envió sus parlamentarios. Viamont respiró al verlos; los recibió; pactó inmediatamente con ellos un armisticio de ocho días, el tiempo preciso para recibir la aprobación de Belgrano. Ésta llegó sin demora. Belgrano, en marcha de Tucumán desde el 1.º de febrero, había recibido noticias de que una invasión española venía por el Norte, que él había dejado a su espalda sin más resistencia que los animosos gauchos de Güemes, y expuso al gobierno la conveniencia de acudir allá, con una parte de sus fuerzas, con 1.000 hombres. No, le contestó Pueyrredón; no piense usted en más enemigo que Artigas; ante todo, es preciso destruir a Artigas; todo contra él, todo a Santa Fe. Pueyrredón contaba, como sabemos, con las negociaciones diplomáticas, y no con la guerra. Ya hemos visto cómo no le era grata

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

la expedición de San Martín a Chile, ni mucho menos el proyecto de ir al Perú. Artigas es, pues, sin duda alguna, el enemigo, no el español.

Belgrano continuó su marcha hacia el litoral; pero ese hombre de bien, que había partido en la seguridad de que su adversario iba a correr a su presencia, estaba ya convencido de que el enemigo que tenía al frente era algo más que una montonera; era la Naturaleza rebelada contra los cálculos humanos.

Belgrano había abierto los ojos; una inmensa tristeza se había apoderado de aquella alma, tan grande como su tristeza. Porque Belgrano, os lo repetiré cien veces, era un alma honrada. Vió la verdad, cuando ya la muerte habitaba en su cuerpo enfermo. Aquel pueblo que luchaba era una realidad. No, no era cierto que el espíritu de Artigas fuera un genio infernal; era falsa, sobre todo, la leyenda, fraguada en Buenos Aires, según la cual él era el malo, el facineroso que arrastraba forzados a los pueblos, mientras que los elementos de Buenos Aires eran los buenos, los representantes de la civilización y la humanidad. Belgrano sabe ya que eso es mentira. Ved el precioso testimonio de esa su convicción, que el grande hombre nos dejó a los orientales.

Como se encontrara sin recursos para sostener su ejército, los pidió a Buenos Aires. Se le contestó que usara de la propiedad particular donde la encontrase. Belgrano se resistía a ello; repugnaba a su carácter... Se le dijo entonces, en una extensa nota: «Si el medio ése le repugna, no hay otro; el tesoro está exhausto; desengáñese, señor general, es preciso vencer o morir... Los orientales nos han hecho ventajosamente la guerra, porque no pagan a sus tropas, ni satisfacen el precio de los artículos que arrebatan

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

para su subsistencia. Sin embargo, cuentan con los brazos de aquel territorio, a los que obligan con el terrorismo a llenar su objeto.» Eso es lo que decía Buenos Aires a todo el mundo.

Pero Belgrano no pensaba ya así.

Es preciso que conozcáis, mis amigos artistas, la contestación de Belgrano; sus palabras son el legado que nos ha dejado a los hijos de Artigas, poco antes de morir. «Demasiado convencido estoy, contesta a su gobierno, como lo he estado desde el principio de nuestra gloriosa revolución, de que es preciso vencer o morir, para afianzar nuestra independencia; pero también lo estoy de que no es el terrorismo el que puede cimentar el gobierno que se desea, y en que nos hallamos constituídos. *Tampoco deben los orientales al terrorismo la gente que se les une*, ni las victorias que los anarquistas han conseguido sobre las tropas del orden. Aquélla se les ha aumentado y los sigue *por la indisciplina de nuestra tropa y los excesos horrorosos que ha cometido, haciendo odioso hasta el nombre de patria. La menor parte la ha tenido el terror en la agregación de hombres y familias; las victorias, menos.*»

Además de esa convicción sobre esas *tropas del orden* que cometen excesos horrorosos, Belgrano adquirió la de que era imposible vencer a Artigas con ejércitos; a su lado estaban los pueblos dispuestos a morir. Ni Buenos Aires ni nadie los hubiera vencido.

Belgrano aprobó, pues, el armisticio concertado por Viamont con los parlamentarios de López.

El 12 de abril de 1819 se abrieron las negociaciones de paz, a las que concurrió el jefe de Estado Mayor de Belgrano, don Ignacio Álvarez Thomás, y, por parte de López y sus aliados, los señores Gómez y Urtubey. Según aquéllas, el armisticio continuaría;

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

las tropas de Buenos Aires abandonarían inmediatamente la provincia de Santa Fe.

Viamont se fué hacia el Sur, hacia San Nicolás; Belgrano hacia el interior, a la *Posta de Arequito*, que será famosa, como lo veréis; allí será depuesto por sus mismos jefes amotinados; por el general Paz especialmente, insigne capitán de las *tropas del orden*. López se retiró hacia el Norte, al otro lado del Salado, donde licenció a sus aliados de Entrerríos y Corrientes.

XII

Pero esa guerra de Santa Fe, que no sin meditado propósito os he hecho conocer con más detalles de lo que parecería necesario, tenía, como bien lo sabéis, sus raíces muy hondas, y agarradas a la esencia de las cosas. No podría tenerse por hombre serio a quien viera en ella sólo un resultado del querer arbitrario de dos o tres o diez *personajes reinantes*, en la región de A o B. Esa guerra era un simple episodio de la pugna entre dos espíritus: la fe y el escepticismo; el germen de la democracia republicana y la aristocracia monárquica.

Y el depositario del espíritu motor; el héroe conductor de todos los que, por instinto, se sentían arrastrados por la ráfaga polar, estaba más allá de Santa Fe: sostenía la lucha heroica de la Patria Oriental con el portugués.

Y esa Patria Oriental era algo más que aliada de las provincias occidentales; era la nebulosa espiral generatriz del sistema republicano, en formación más o menos caótica.

Es preciso, mis amigos artistas, que haga penetrar

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

en vosotros, con mucha energía, esa idea que, con ser protagonista, se ha hecho destacar muy poco en la historia de las provincias argentinas, hoy agrupadas en organismo federal. Los más sinceros historiadores de esos estados, aun los apologistas de su ingénita autonomía y del esfuerzo de sus animosos caudillos contra la absorción de Buenos Aires, no miran aún con intensidad a Artigas. Sea que sientan el influjo de la tradición bonaerense, que les desfigura o aniquila la propia; sea que teman debilitar la luz de sus *personajes reinantes* con la presencia del *héroe* que les presta su luz refleja, no parecen ver al que es gloria común de todos los pueblos argentinos, andinos y platenses, orientales y occidentales.

Si yo hubiera de dedicar, mis bravos artistas, estas lecciones o conferencias que os doy, a otros que no fuerais vosotros mismos, yo las ofrecería especialmente, y con gran ingenuidad de corazón, a ese pueblo argentino, nuestro hermano. Es al pie de la estatua de Artigas, que está oculta en el bloque de mármol que vais a despertar, donde el pueblo oriental y el argentino deben reconocerse y amarse. No importa que haya que rectificar algunas páginas de historia, inspiradas en pasiones o en errores que pasaron; no importa que el héroe haya nacido en tierra oriental, que es también argentina, tierra del Plata. La madre Gloria es magnánima; muchos hijos caben en su casa, y pueden comer de su pan sin levadura, alimento de los pueblos. El trabajo será noble, y sano, y digno de corazones fuertes. Que sólo la verdad y la justicia nos harán libres.

Yo he procurado, en general, en mis conversaciones, ahorraros la molesta labor de examinar documentos; los he estudiado para vosotros, y os he puesto en mi

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

palabra el alma de los papeles, de los que tienen alma, cuando menos. Pero ahora, para que os penetréis bien de cómo Artigas es eso que os he dicho, el pensamiento y la acción, el aliento y la fortaleza, el poder ignoto que todos los caudillos populares argentinos reconocen y acatan, libre y necesariamente, creo de gran conveniencia imponeros el trabajo de leer directamente algunos documentos, relativos a los sucesos que acabo de narraros, y a los que vamos a conocer.

Entre otros muchos papeles viejos, conservamos en nuestra Biblioteca Nacional una larga correspondencia, no incorporada hasta ahora a la historia, mantenida por Artigas, de 1817 a 1819, con los Cabildos de Santa Fe y sus gobernadores, don Mariano Vera, don Manuel L. Aldao y don Estanislao López, mientras se desarrollaba la guerra con el Directorio. Os la haría conocer íntegra, si ella cupiera en nuestros propósitos, porque en ella se ve pensar y moverse al héroe.

Pero, pues es demasiado larga, leamos juntos algunos de sus fragmentos. Tengamos paciencia, amigos; es indispensable *empapelarse la memoria,* dejar en ella, cuando menos, la impresión, más aún que el contenido, de los documentos. No sea que se nos diga que no somos serios. Conozcamos, por ejemplo, esta nota que Artigas dirige a Vera, gobernador de Santa Fe, en febrero de 1817, precisamente cuando los portugueses se apoderan de Montevideo, después del desastre del Catalán:

«A pesar de los contrastes, nuestros esfuerzos serán enérgicos y sostenidos; no será tan fácil al enemigo adelantar sus proyectos impunemente... La suerte nos ha desairado; pero ella puede cansarse de

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

sernos ingrata. Por lo menos, nuestra constancia debe creerse superior a los contrastes, y las glorias de Oriente sólo terminarán con la muerte de sus héroes.»

El gobernador Vera da cuenta a Artigas de sus actos, del rechazo de Viamont y Díaz Vélez, del resultado de las misiones de Castex y el deán Funes, etc. El protector los aplaude y confirma. «Todos estos pasos, le dice, afianzarán la más íntima unión, y los sucesos irán acreditando cuánto son poderosos, para hacernos respetar de nuestros comunes enemigos.»

No echemos en olvido la carta, que hemos leído, dirigida por Artigas a Güemes, en que lo estimula a seguir conteniendo al español en el Norte, mientras él contiene al otro extranjero en el Sur, y le hace esperar la libre organización democrática de los pueblos, después de la victoria.

Con fecha 7 de noviembre del mismo año 17, Artigas previene a Vera, como lo ha hecho con Güemes, contra los planes de Buenos Aires sobre las provincias: «Tome sus medidas de precaución, le dice, y vele la conducta de los que deben llegar ahí, o al Paraná. El mismo encargo hago con esta fecha al señor Comandante de Paraná.

»Hereñú nos ha perturbado el orden, por encubrir su delito; pero ya he tomado mis providencias más activas para su aprehensión y la de sus cómplices. Hoy mismo paso gente a Entrerríos con ese objeto.

»Ramírez me dice que, en virtud de mis órdenes, franqueó a V. S. 200 hombres. Si necesita más, pida de la gente del Paraná, que por ahora se halla sin mayor fatiga.

»Insto a Ramírez cargue sobre el Uruguay, a proteger las costas de esta Banda.»

Aquí tenemos una comunicación que dirige, desde

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

su cuartel general, en septiembre de 1818, al Muy Ilustre Cabildo de Santa Fe:

«Sin embargo de que el Entrerríos demanda algún cuidado, ordeno a Ramírez, con esta fecha, que toda la división del Paraná, al mando de Rodríguez, la haga marchar volando al Paraná. Al presente no puedo dar todo el vuelo a mis deseos. Considere V. S. las circunstancias que me rodean: mi empeño por la destrucción de este enemigo (el portugués), a cuya sombra Buenos Aires se ha obstinado en la guerra más injusta y cruel... Yo protesto ante V. S., ante las aras de la Patria, y por lo sagrado de mi honor, que no perderé de vista la protección de Santa Fe, según la fortuna nos vaya preparando lo favorable de algún momento.»

Y el 30 de noviembre de 1818, escribe al mismo Cabildo, entre otras cosas, al aplaudir sus triunfales resistencias, que le son comunicadas después de *Fraile Muerto:* «Nada es para mí tan satisfactorio como ese acto de heroísmo. *Luego que todas las provincias se hallen revestidas de tan noble decisión, todas entrarán en su turno por el camino de la felicidad...* Está visto que la Providencia vela por nuestra conservación, y que la justicia de los pueblos se hace respetar.

»Por lisonjera que haya sido la combinación del gobierno de Buenos Aires con el del Brasil, ambos advierten fallidas sus esperanzas.

»Los portugueses, en unión con Buenos Aires, no han podido lograr su proyecto, después de dos años y medio de guerra. ¿Cómo podrán asegurarlo solos, intimidados y cada día más débiles?

»Es de necesidad la unión de todas las provincias, agrega; córrase el velo que hasta hoy ha ocultado este misterio de iniquidad. Despliéguense las ideas que

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

harán feliz a la América del Sur. Sea ella libre de los extranjeros; desterremos de nuestro suelo hasta el polvo de los antiguos despotismos, y la posteridad agradecida reconocerá a sus bienhechores.»

Artigas ha recibido los partes de los combates librados contra Buenos Aires, y la noticia de los triunfos que os he hecho conocer.

Con ese motivo, se dirige a Aldao, gobernador interino de Santa Fe, y a Estanislao López, gobernador efectivo.

«He recibido, dice al primero, sus apreciables del 30; que me incluye Ramírez. Por ellas he visto la energía de los santafecinos. Ella será insuperable. Parece que la obstinación de los tiranos no hace más que reanimar el espíritu de los libres. *¡Gloria inmortal al pabellón tricolor!*

»A Ramírez oficio para que no demore un punto el auxilio que pide V. S.... *Depóngase todo espíritu de partido,* y *trátese sólo de contrarrestar a los tiranos.*

»Vencida la división que se apoyaba en Córdoba, los cordobeses no deben ser indiferentes... Sobre este particular, oficio a López y a ese Muy Ilustre Cabildo... La seguridad de ustedes mismos reclama la concentración de los esfuerzos de las demás provincias. De Córdoba no dudo, presentándosele ocasión tan oportuna.

»Celebro que Santiago se halle tan decidido, tan empecinado en proteger nuestros esfuerzos, y tan resuelto en favor de la salud general.

»Avíseme V. S., termina esa nota, de cualquier momento de apuro o de ventajas, para medir yo mis providencias. Yo haré lo mismo de las ocurridas por acá. La Providencia vela por nuestra conservación, y *nada hay que temer, sino faltar a los sentimientos*

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

que inspiran el honor, la razón y la suerte de América.»

A don Estanislao López lo felicita por sus triunfos; y después de exponerle la injusticia con que Buenos Aires, aliado al portugués, trata de substituir el antiguo tirano por uno nuevo, le dice: «Sea todo el empeño de V. S. recordar a las provincias el deber sagrado de perseguir a sus opresores. Ellas deben reconocer que, habiendo sido violados sus derechos y los de la nación, son los jueces para residenciar al gobierno de Buenos Aires, y al Soberano Poder Representante. Ellas deben armarse, *hasta no ver asegurado el objeto que hizo a la revolución.* V. S. no pierda un momento en activar estas reflexiones a los pueblos americanos ansiosos de recobrar su libertad. El gobierno de Bueno Aires apura hasta las heces de su iniquidad por nuestra perdición; ruego a V. S. quiera manifestar a los pueblos lo sagrado de nuestra justicia por la salvación general de América. Convoque V. S. a los pueblos hermanos a una reunión general, para activar la guerra contra la liga de Buenos Aires y el Brasil».

Temo, mis amigos artistas, que os sea pesada la lectura de estos largos, pero preciosos documentos, en que se recoge la impresión fundamental que yo quiero transmitiros; pero no me es posible dejar de haceros conocer algunos fragmentos siquiera de estas comunicaciones, en cuyos términos insubstituíbles está el espíritu del héroe, y se refleja su autoridad y su pensamiento. En ellos veréis, además, cómo ese hombre extraordinario dirige personalmente, en el enorme campo que se extiende del Plata a los Andes, la batalla sostenida por todas las provincias, que tienen en él clavados los ojos; cómo mueve las masas armadas; cómo les marca sus rumbos, las posiciones que deben ocupar, las ideas que han de proclamar;

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

cómo les recomienda la humanidad, la economía de sangre. Y cómo la palabra cabalística de ese hombre solo, que parece un mito, vuela por el aire y engendra realidades. Y da lo que el héroe mismo no tiene: fuerza, victoria.

Habla Artigas al gobernador de Santa Fe, en 27 de diciembre de 1818, después de los triunfos de las provincias sobre Buenos Aires, y de la renuncia de Pueyrredón, que, fenecido el término de su gobierno, va a ver substituído por Rondeau.

«Ya han empezado, dice, por la transformación de Pueyrredón en Rondeau. El Congreso y todos deben dar una satisfacción pública de su delito nacional.

»Hablo sobre el particular al señor gobernador López en el adjunto, y encarezco a V. S. ese deber. Debe perseguirse a Balcarce, hasta obligarlo a salir de la jurisdicción de los arroyos (la línea divisoria entre Santa Fe y Buenos Aires); de allí no deben pasar nuestras avanzadas. *Sólo debe estimularse la campaña de Buenos Aires, y comprometer su vecindario en la unión, estimulándolo con mi proclamación.*

»Encargo a López ponga sus partidas en los puntos precisos, para cortar toda comunicación de Buenos Aires con los pueblos interiores. Prevenga V. S. a López que no basta poner una partida por la Esquina: es preciso penetrarlas hasta los fortines de la frontera, para que por allí no pasen por la pampa los chasquis *a Chile, ni, por las Guardias del Sauce, a Córdoba y Tucumán.*

»El señor Comandante general Ramírez me avisa que hacía pasar a don Ricardo López, con 400 hombres de caballería. Supongo que, a esta fecha, no son precisos sobre el Rosario. Éstos, al mando del mismo don Ricardo, pueden marchar por el Río Tercero, y

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

alarmando a toda la campaña, llegar hasta Córdoba, y deponer allí la dominación porteña, si antes no lo han efectuado los cordobeses.

»Es preciso que, con el mismo objeto, *dirija V. S. a Santiago sus insinuaciones con mi proclamación.* El caso es imposibilitar los esfuerzos de Buenos Aires y Tucumán, en caso de querer repetirlos contra esa heroica provincia, cuya energía y entusiasmo servirán de modelo a las demás.»

Veamos ahora lo que dice Artigas, en el mismo día 27 de diciembre de 1818, al gobernador López:

«Acabo de recibir, por conducto del señor Comandante general, don Francisco Ramírez, los partes y comunicaciones de V. S. hasta el 13 del corriente. Con ellas, la renuncia precaria del mismo Pueyrredón. Son demasiado conocidas sus intenciones para que pueda ocultarse el objeto de sus providencias. Ellos quieren eludir su delito nacional, con la transformación paliativa en Rondeau.

»Yo supongo en manos de V. S. *mi resolución sobre las hostilidades de Balcarce.* V. S. no debe dejar de perseguirlo, mientras no salga de la jurisdicción de los arroyos. V. S. no debe adelantar un paso de los arroyos para adelante.

»Entretanto V. S. no debe perder un instante en aprovechar el disgusto de la campaña de Buenos Aires, echándole las proclamaciones que incluí a V. S., y animando sus esfuerzos, hasta comprometerlos, y hacerle la guerra con ellos mismos, como ellos lo acostumbran con nosotros, aunque con un objeto muy diverso.

»El caso es tenerlos aislados y dejarlos que maquinen. El Congreso es tan inicuo como Pueyrredón. Ya dije a V. S. en mi anterior, que de ninguna manera

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

convenía entrar con ellos en ajustes, por mayores que sean sus transformaciones, sin que se hayan llenado los votos e interés general de las provincias... No hay que acceder, *sin que todos los gobernantes de la época hayan dado una satisfacción de sus inicuos y escandalosos avenimientos con los portugueses.*

»Es llegado el día de confusión para Buenos Aires, y en que los pueblos deben asegurar su futuro destino, sobre la base sólida de la inviolabilidad de sus derechos.

»*Para ello no es preciso empeñar demasiado la guerra ni derramar la sangre de los americanos.* Expuse a V. S. lo bastante sobre este particular. Lo recomiendo a V. S. de nuevo, y la mayor actividad en promover una alarma general *en Córdoba y Santiago del Estero.* V. S. no debe perder un momento en anunciarme esos resultados y otros cualesquiera, prósperos o adversos a nuestros intereses, para reglar por ellos el orden de mis providencias.»

Quiero, por fin, mis artistas, que conozcáis literalmente este fragmento, cuando menos, de la nota que dirige, en 4 de febrero de 1819, al Cabildo de Santa Fe: «Excitan a compasión los suspiros continuamente exhalados, la sangre derramada y los sacrificios prodigados por la libertad, sin que, por premio de todos ellos, veamos renacer siquiera la esperanza de libertarnos de la esclavitud. Amenaza sobre todas nuestras cabezas el yugo más insoportable. *V. S. mismo habrá oído decir que los pueblos aun laboran en ignorancia; que aun no tienen un juicio para sancionar sus derechos, ni la edad suficiente para su emancipación. Conque, en suma, nuestra suerte será la de los africanos, que, por su ignorancia, viven sujetos al perpetuo y duro yugo de la esclavitud. Los pueblos no tienen más*

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

derechos que los que quiera concederles Buenos Aires, ni otra emancipación que estar bajo su tutela.

»Nada está tan distante del corazón de los pueblos que el hacernos la guerra, y los porteños están empeñados en realizarla con la autoridad de los pueblos. Nada es tan obvio a un porteño como no declarar la guerra a los portugueses, y nada es tan urgente a los intereses de América como declararla.»

. . . . . .

Está bien, mis amigos artistas: creo que con lo leído basta, y aun sobra quizá, de eso que ha dado en llamarse documentos comprobantes.

Estáis más que habilitados para daros cuenta de cómo y por qué el armisticio o preliminar de paz entre las provincias y Buenos Aires, pactado por Estanislao López, representante de Santa Fe, con Viamont y Belgrano, no podía ser firme y definitivo, mientras las demás provincias no enviaran sus negociadores, y, sobre todo, mientras no interviniera en él Artigas, que es el alma de todas ellas.

Y bien comprendéis que la exigencia que va a formular necesariamente Artigas para adherirse al tratado de paz, tiene que ser, también forzosamente, rechazada por Buenos Aires. Artigas es la verdad, es la realidad escondida en el fondo de las apariencias.

¿Cómo podrá adherirse a un tratado que no tenga por base la alianza sincera, leal, de los pueblos argentinos contra el invasor extranjero, y, por consiguiente, la declaración de guerra al portugués?

¿Y cómo podrá convenir en eso Buenos Aires, si precisamente la alianza con el portugués, las combinaciones diplomáticas, son la base de su tenebrosa política, como sabemos?

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

«Menos doloroso me hubiera sido un contraste en la guerra, escribe el héroe al Cabildo de Santa Fe, que ver debilitados los resortes impulsivos de las comunes esperanzas.»

No, Buenos Aires no quiere, no puede querer pacto alguno sincero con Artigas; no puede dar a éste la más mínima intervención en sus planes, porque es un bárbaro, incapaz de comprender la grandeza de un príncipe de la sangre. Todo lo que no sea la sumisión incondicional no puede ser aceptado por Buenos Aires como base de paz. Si lo acepta, en fuerza de las circunstancias, no lo hará con sinceridad; será sólo apariencia, simulacro. Me parece, mis amigos, que habéis visto eso con evidencia meridiana.

XIII

Hay alguien, sin embargo, que no cree del todo imposible un avenimiento con el hombre oriental. Notad, mis amigos artistas, algo que no puede menos de invitar a la meditación: hay un hombre solo, entre los próceres de Buenos Aires, que está dispuesto a la paz sincera con Artigas, a reconocer en éste un hermano. ¿Sabéis quién es?... No puede ser más que uno: San Martín, el otro rebelde, el de la otra visión, el que ya es mirado de reojo por los hombres de Buenos Aires por su desobediencia genial que lo lleva al Perú. Hay algo, sin duda alguna, que vincula esas dos almas, con ser ellas tan distintas. Es preciso que conozcáis, con algún detalle, esta faz del asunto.

Un mes antes de abrirse las forzadas negociaciones de Viamont y de Belgrano con López, San Martín las había abierto voluntariamente con el mismo

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

Artigas. Él había visto, antes que Belgrano, que aquella guerra era interminable. Incitó entonces al gobierno de Chile a mediar en la contienda entre Artigas y Buenos Aires; consiguió que O'Higgins enviara dos embajadores cerca de aquél; los recomendó a su gobierno; se dirigió él mismo confidencialmente al héroe oriental; le habló de la bajada del ejército del Alto Perú, con el cual él contaba para la realización de sus grandes planes; de la expedición española que se proyectaba en Cádiz contra el Río de la Plata. «Bien poco me importaría, le decía, que fueran 20.000 hombres, con tal que estuviéramos unidos...» «No puedo ni debo analizar, continuaba, las causas de esa guerra entre hermanos. Sean cuales fueren, creo que debemos cortar toda diferencia y dedicarnos a la destrucción de nuestros crueles enemigos, los españoles, quedando tiempo para cortar nuestras desavenencias.» Le anunciaba, al mismo tiempo, la partida de la comisión mediadora de Chile, y terminaba: «Mi sable jamás se sacará de la vaina por opiniones políticas, como éstas no sean en favor de los españoles o su dependencia.»

Toda la gestión de San Martín fué hecha pedazos, con despechada cólera, en Buenos Aires. ¡Si lo había sido la del deán Funes al sólo pronunciarse el nombre de Artigas! El gobierno impidió el acceso a éste de los mediadores chilenos; Belgrano interceptó las cartas confidenciales de San Martín al Jefe de los Orientales.

Pueyrredón escribe al vencedor de Chacabuco: «Es, sin duda, un falso concepto el que movió y decidió al gobierno de Chile a mandar sus embajadores cerca de Artigas, y a usted a apoyar esa determinación, de oficio y confidencialmente. Ya ha debido usted ver,

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

en esta fecha, que nuestra situación es muy distinta de la que se creyó, *y que, lejos de necesitar padrinos, estamos en el caso de imponer la ley a la anarquía.*

»Pero prescindiendo de esa actitud, ¿cuáles son las ventajas que usted se ha prometido de esa misión?... ¿Es acaso docilizar el genio feroz de Artigas, o traer a razón a un hombre que no conoce otra que su conservación, y que está en la razón de su misma conservación hacernos la guerra?... Él sabe bien que una paz proporciona una libre y franca comunicación, y que ésta es el arma más segura y eficaz para su destrucción, porque el ejemplo *de nuestro orden* destruye las bases de su imperio. Esto lo empezó a sentir el año pasado y por eso me remitió todos los oficiales prisioneros y cerró los puertos orientales a nuestro comercio, sin antecedentes ni motivos. *De ahí que él siempre dice que quiere la paz, pero sujetándola a condiciones humillantes e injuriosas a las Provincias Unidas;* y de aquí que nunca ha podido celebrarse un ajuste permanente con esa fiera indócil. Jamás creería que la gestión de Chile había sido oficiosa de parte de aquel gobierno, y sí que éste la había solicitado por debilidad y temor de su situación. Resultaría de ahí un nuevo engreimiento para él y un mayor aliento a sus bandidos, a quienes tendría esa ocasión más de alucinar.

»Por otra parte, ¡cuánto es humillante para nosotros que la embajada se dirija a Artigas para pedirle la paz y no a este gobierno! Esto probaría que aquél es el fuerte, el poderoso y el que lleva la opinión a su favor, y que nuestro lugar político es subordinado al de aquél. *Los extranjeros que vean este paso degradado para nosotros, ¿qué juicio formarán?...*

»Hay tantas razones, que no es posible vaciar en

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

lo sucinto de una carta, que se oponen a que se realice esa mediación, que me he resuelto a prevenir a los diputados que suspendan todo paso en ejercicio de su comisión. También lo digo a usted, en contestación a su oficio.»

Pueyrredón no podía, en ese momento, penetrar en el alma de San Martín; bien conocía éste las *ventajas de la misión a Artigas*. Nadie sino él sabía que fueron los gauchos de Güemes los que, guardándole la frontera del Norte, impidieron que cuatro mil realistas cayeran sobre él cuando preparaba en Mendoza su gloriosa travesía de los Andes. Y San Martín no podía menos de contar con Artigas, como con el Bolívar del extremo Sur, para dejar guardadas sus espaldas en el Río de la Plata, en caso de una expedición española por el Atlántico, mientras él marchaba al encuentro del Bolívar del extremo Norte. Sólo San Martín podía ver eso. Que sólo él y Artigas son, en ese momento, los iluminados, los conducidos por la remota estrella.

No debéis olvidar, amigos artistas, que en los momentos precisamente en que Pueyrredón hacía y decía eso, Artigas *y sus bandidos* eran aclamados en el Congreso de Washington, y que era el instante en que Pueyrredón soñaba, como en un triunfo supremo, en la venida del príncipe de Orleans, sobre lo cual la *fiera indócil* jamás aceptaría tratos ni contratos. Era, pues, inútil iniciarlos, para escándalo de *los extranjeros*.

No menos radical que Pueyrredón era Belgrano, que no veía más solución que un trono, antes de haber tocado el desengaño; cuando creía que los hombres de Artigas iban a huir ante su ejército. A la primera

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

insinuación de un arreglo con el oriental, que le fué hecha por San Martín, contestó: «A lo que entiendo, esta guerra *no tiene transacción*. No necesitamos más fuerzas que las que hay aquí; tengo 3.000 hombres, con una batería de 8 piezas, perfectamente servidas, y es excusado, según comprendo, que vengan más. Los que están a mi frente son gente de desorden, y ellos correrán luego que vean mis tropas.»

Ya habéis visto, mis amigos, que esos hombres que Belgrano tenía al frente no corrían, o lo hacían para reaparecer a retaguardia y por los costados; recordad, por otra parte, que esos bandidos de Artigas mueren, pero no corren tampoco ante el portugués, como no corrieron en Las Piedras ante el español, ni en el Guayabo ante Dorrego... El presidente Monroe, el sucesor de Washington, no se creía deprimido tratando, lo mismo que Inglaterra, con ese Artigas, cuyas comunicaciones elevaba al Congreso, conjuntamente con la declaratoria de independencia de Tucumán y con las notas de O'Higgins y San Martín; Adams le llamaba el único campeón de la democracia, *the brave and galant general Artigas;* pero Pueyrredón no veía en él sino *una fiera indócil*. La condición humillante que él impone para la paz es el reconocimiento de la voluntad de los pueblos, ¡Oh, genio infernal!

Ahora, después de los desastres, los hombres de Buenos Aires esperan ansiosos que se abran las negociaciones definitivas; que se concluya el tratado de paz con ese hombre feroz; urgen el envío de los negociadores de Artigas, de los de sus caudillos de las provincias. Vosotros juzgaréis, mis amigos, si hay en eso sinceridad. No, eso es sólo apariencia. Belgrano tenía razón: esa guerra no tiene transacción posible.

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

Y pasaban los meses: mayo, junio; llegaron agosto y septiembre. López no enviaba sus representantes; se excusaba con Ramírez. Ramírez, fiel hasta entonces a su jefe, a su ídolo, no estaba dispuesto a iniciar negociaciones que no tuvieran, como base, *sine qua non,* el cumplimiento del deber de honor: la alianza ofensiva y defensiva con el hermano oriental; la guerra con Portugal; recibir de Buenos Aires las armas y los elementos necesarios para correr, sin pérdida de momento, al lado de Artigas, y luchar con él contra el extranjero en defensa de toda la familia, del heroico hermano sobre todo.

Y eso no sería jamás aceptado por Buenos Aires. ¡Jamás!... Precisamente en Buenos Aires se realizaban entonces dos acontecimientos incompatibles con la salvación de Artigas y de la Patria Oriental, y contradictorios entre sí: la sanción aparente de una Constitución republicana unitaria, y el envío a Europa de un nuevo embajador, don Valentín Gómez, encargado de gestionar, unido a los que allá trabajan, la coronación de un rey para el Río de la Plata, dejando a España en libertad de proceder como quisiera con el Perú y Colombia. Ésta es la *parte siniestra de la cuestión,* que dice Mitre.

¡Pero Artigas vive aún!

Comprenderéis, mis amigos, que estamos en la víspera de un desenlace. Las apariencias van a desvanecerse, y va a surgir y a imponerse la sola realidad. El pueblo argentino va a abrir las puertas de la Logia, y «se iluminarán con lámparas los secretos de las tinieblas».

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

Digitized by Google

Original from
UNIVERSITY OF CALIFORNIA

CONFERENCIA XXIII

EL DERRUMBE DEL SIMULACRO

APROXIMACIÓN DEL DESENLACE.— LAS TRES ENTIDADES: ARTIGAS, SAN MARTÍN Y LA OLIGARQUÍA. — LA OPOSICIÓN. — SOLER, BALCARCE, DORREGO. — LA CONSPIRACIÓN DE SARRATEA, ALVEAR Y CARRERA. — LA CONSTITUCIÓN UNITARIA. — EL ENVÍO DE VALENTÍN GÓMEZ. — PUEYRREDÓN SUBSTITUÍDO POR RONDEAU. — RONDEAU Y ARTIGAS. — RONDEAU LLAMA A PORTUGAL. — LA SUGESTIÓN PARADISÍACA. — «SERÉIS COMO DIOSES». — ARTIGAS BUSCA EL MILAGRO HEROICO.— VICTORIA DE SANTA MARÍA: — LOS CAUDILLOS GALOPAN SOBRE BUENOS AIRES. — DERRUMBE DEL SIMULACRO. — EL AÑO XX. — EL ESPÍRITU DE ARTIGAS FLOTANTE SOBRE LAS AGUAS.

I

Amigos artistas:

Vamos a asistir al desenlace de este drama. Para no perder los grandes contornos de su acción; para concentrar en nosotros, sobre todo, el espíritu que lo informa y lo hace palpitar, es preciso que acuséis bien las líneas y preciséis el carácter y la situación de los personajes en torno de los cuales vive la multitud su vida orgánica. Todos ellos convergen a nuestra escena, con sus caracteres, con su gesto, con su nota armoniosa de color, en este momento en que,

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

como no podéis menos de haberlo comprendido, va a sonar el último acorde.

Este capítulo de la historia del Plata parece de confusión. Lo es para muchos que se distraen en los detalles, perdiendo de vista los grandes expresivos contornos de la síntesis histórica. Yo os prometo, mis bravos artistas, evitaros toda confusión y conduciros, como Virgilio a Dante, al través de las tinieblas. Os bastará para ello no perder de vista a vuestro héroe, a ese hombre Artigas, que es, sin duda alguna, el protagonista de este drama sociológico: el hombre real, el hombre sincero. Todo lo comprenderéis por contraste; no hay confusión alguna. En la atmósfera tempestuosa, cargadísima, van a chocar dos espíritus de arcángel; se producirá el rayo, y la lluvia torrencial lo disipará todo. El sol, aquel sol que salió en mayo de 1810, surgirá lentamente de los nublados. Veréis cómo ilumina la figura que tenéis que interpretar. No necesita otra cosa: sol, luz de sol.

Trazaos, pues, de nuevo, con claridad, el cuadro de esta acción, que tiene por fin la independencia proclamada el 25 de mayo de 1810, y por teatro los territorios que se extienden al Oriente y al Occidente de la gran cuenca del Plata y del Uruguay, desde los Andes hasta el Atlántico.

El extranjero, el dueño antiguo, aparece armado en los dos extremos del territorio: el portugués en el oriente meridional; el español en el occidente septentrional; el primero busca su Banda Oriental, su lote atlántico; el segundo, su Banda Occidental, su lote andino. Contra el primero, lucha Artigas con sus orientales; contra el segundo, va a luchar San Martín con sus argentinos y chilenos y peruanos. Entre uno y otro está Buenos Aires, la Comuna de Buenos Aires.

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

Aquellas dos grandes figuras, como que son los baluartes armados de independencia contra el extranjero, son los dos personajes protagonistas. San Martín se va al Perú por el Pacífico, pero se va solo, desprendido de su gobierno, con el que no debe confundirse: es otra cosa. Se ha alejado, pues, del teatro platense, cuyo núcleo es Buenos Aires, llevándose parte del pueblo argentino, en busca de gloria.

Artigas no, no se aleja; al mismo tiempo que combate al extranjero oriental, él es también el núcleo de la guerra que todo el pueblo argentino ha empeñado contra los que no creen en la independencia republicana que brilló en el sol de Mayo. Artigas es, pues, en su lucha contra el portugués y contra el Directorio, el verdadero protagonista de este drama. Él está defendiendo al mismo San Martín; acaudilla los pueblos cuyos conductores parciales, Ramírez en Entrerríos, López en Santa Fe, Bustos en Córdoba y otros personajes, personajes reinantes de las demás provincias, son los actores secundarios del drama.

Veamos ahora, con el mayor tino posible, la tercer entidad protagonista: Buenos Aires; la Comuna, la oligarquía, o como queráis llamarle, de Buenos Aires. Ésta no es, como ya os lo dije, una persona, una conciencia concreta, con un ideal, con una visión, como lo es San Martín, y, sobre todo, Artigas; es un ente colectivo, cuyas distintas cabezas, de igual valor relativo, van a aparecer, devorándose las unas a las otras, en este momento histórico, y se os van a presentar con todo su carácter. Ella, sin embargo, esa Comuna poliforme, llamará *anarquía* a los pueblos que ella misma concita al alzamiento.

En Buenos Aires está, en primer término, Pueyrredón, el Director Supremo desde hace tres años,

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

con el Congreso que lo eligió; éste declaró la independencia el 9 de julio de 1816, y se reúne en la capital desde mayo de 1817. Ese Congreso, cuya naturaleza conocéis plenamente, se ocupa en dictar algo tan fuera de la realidad como una Constitución republicana unitaria, pero sin dejar por eso de buscar un rey en Europa.

Pueyrredón va a desaparecer muy pronto; en cuanto el Congreso dicte su Constitución.

Pero allí quedará su ministro Tagle, depositario de su política y de la de sus predecesores, y que inspirará al sucesor.

Allí están también, como miembros de esa entidad compleja, los elementos políticos que han combatido y combaten a Pueyrredón y a la Asamblea, pero que, no por eso, abrigan un ideal de independencia muy distinto de éstos: buscan sólo substituirlos en el poder. Allí está Soler, el que fué gobernador de Montevideo; allí Balcarce, el jefe que acaba de ser vencido en las provincias; allí irán Alvear y Sarratea y Dorrego, y, al fin, aparecerá Rosas, el Bonaparte restaurador, que siempre aparece en estos casos.

En Europa, continúa Rivadavia sus gestiones diplomáticas; en Río Janeiro, García sigue las suyas.

Todo eso, como lo comprenderéis, es Buenos Aires mismo; vísceras distintas del mismo organismo enfermo de la misma obsesión o fobia, o como queráis llamarla, que lo hace vivir fuera de la realidad; miembros distintos, entre los cuales no es posible distinguir la cabeza de los pies; todos son o pretenden ser los primeros. El héroe no está allí, si ya no es ese Rosas o Bonaparte de que hablamos, que está esperando su hora.

Pero nada más interesante, en ese organismo so-

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

ciológico, que la entidad formada por tres personajes, cada uno de los cuales forma un tipo: Sarratea, Alvear, Carrera: Sarratea, el político intrigante, el ambicioso mate, sin brillo, dispuesto a todas las humillaciones a trueque de subir; Alvear, el hijo primogénito de Marte, el joven príncipe con eterna nostalgia de los chirimbolos del poder, que, vuelto de Río Janeiro, de someterse al rey, se dice de nuevo prócer republicano. Carrera, por fin, el caudillo chileno. Éste es la figura trágica: sus palabras son incendios comprimidos; tiene una venganza que ejecutar en su tierra. Shakespeare la hubiera mirado con intensidad. Vosotros conocéis su historia, su rivalidad con O'Higgins después de Rancagua. Él y sus dos hermanos, Juan José y Luis, conspiraban desde entonces contra O'Higgins y San Martín. Esos dos hermanos fueron presos en Mendoza, y, sin muchas formas de proceso, fueron fusilados. No hablemos de los detalles de esa inhumana tragedia, que ya conocéis, y cuyos fantasmas ensangrentados son los conductores del hermano sobreviviente.

Alvear y Sarratea, que se hallaban emigrados en Río Janeiro, se encontraron allí con Carrera, a principios de 1819, del año en que nos encontramos. Allí fraguaron los tres una conspiración, una de tantas, contra Pueyrredón, con el siguiente programa: Se colocaría a Alvear en el gobierno, y se daría a Sarratea una plenipotencia en alguna de las cortes de Europa. En cuanto a Carrera, se le satisfaría su suprema aspiración de arcángel vengador: se le entregarían los chilenos enrolados en el ejército argentino y se le darían los recursos para llevar a Chile su expedición vengadora contra San Martín y O'Higgins, los enemigos de su estirpe desventurada. Iría, pues,

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

a destruir el proyecto de San Martín: la expedición al Perú. Dice Mitre que éste era el mayor crimen. A mí, francamente, no me parece sino uno de tantos, una de tantas consecuencias de la negación de Artigas.

Alvear y Carrera se encuentran en Montevideo, a la sombra del pabellón portugués, como hemos dicho. Lecor, como podéis imaginarlo, no mira con malos ojos a los conspiradores contra Buenos Aires. Mientras éste se entretenga con ellos, el portugués consumará su dominio en el Oriente, destruyendo mejor a Artigas.

Ahí tenéis, mis amigos artistas, los actores de la escena final de este drama. Agregad, si queréis, la declinante y siempre amable figura de Belgrano. Al mando del ejército del Alto Perú, se siente minado por una enfermedad mortal; morirá muy pronto, en su fe monárquica, que no excluye en su alma nobilísima el más abnegado sentimiento de amor a su patria independiente; jurará, con su ejército en disolución, la Constitución republicana, a pesar de declarar que la juzga mala; y, al ver los símbolos del escudo argentino recién creado, el creador de la bandera argentina dirá con tristeza: «No me gusta ese gorro y esa lanza en nuestro escudo; quisiera ver un cetro en esas manos, que es el símbolo de unión de nuestras provincias.» Pero Belgrano desaparecerá del teatro de esta escena final.

Mirad bien ahora en los ojos a todos esos hombres, mis amigos artistas, y decidme en cuál de ellos encontráis la luz del sol de Mayo de 1810. ¿Habéis visto alguno de sus rayos en los ojos de Pueyrredón, en los de Alvear, en los de Sarratea, en los de Soler, en los mismos amables ojos, ya casi apagados, de Belgrano?...

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

Mirad ahora los ojos claros de Artigas. Si halláis en el fondo de ellos un destello de ambición, o de venganza, o de ansia de honores o de riquezas, o de desaliento, o de algo que no sea luz del sol, yo os conjuro a que me lo digáis. Ahí está luchando con el portugués, solo con su visión profética, pobre, lejos de los deleites y los honores, de que jamás gozará. Quiere la Patria Oriental basada en la verdadera independencia, la de toda la patria argentina, la de toda América; quiere la unión de todos en ese propósito; lo mismo que quería en 1811, en 1813: la república, la resolución de los destinos del pueblo por el pueblo mismo.

Vamos a ver moverse, pues, esas entidades protagonistas. El desenlace de este drama es de una rapidez caótica: un rayo, y una lluvia torrencial. Y un *pampero*.

En nuestro Plata se llama *pampero* al viento que viene de la *pampa*, del desierto. Es el viento que barre los nublados y da entrada al sol.

II

Pueyrredón y el Congreso realizan en esos momentos, como hemos dicho, dos actos fundamentales: sancionan una Constitución republicana unitaria, que hacen jurar el 25 de mayo de 1819, noveno aniversario de la revolución, y mantienen al mismo tiempo un embajador, don Valentín Gómez, enviado a fines del año anterior, 1818, a gestionar en Europa, de acuerdo con García y con Rivadavia, la coronación de un príncipe para el Río de la Plata.

Esa Constitución, sancionada y jurada, decreta la

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

unión, *la unidad*, más bien, de todas las Provincias, que llama Unidas. Es de notar que, en el Congreso que la dictó, no estaban representadas las provincias de Entrerríos, Corrientes, Santa Fe, Salta ni San Juan; pero eso nada importa; no hemos de entrar en esas pequeñeces.

No tenemos necesidad de conocer tampoco, en sus detalles, esas pragmáticas, mis amigos. Esa Constitución «es obra de sofistas, según Mitre, que soñaban con la monarquía, y, no pudiendo fundir, en sus moldes convencionales, los elementos sociales refractarios, creían eliminarlos no tomándolos en cuenta». Pero su espíritu era claro: un Poder Legislativo, con un Senado oligárquico; un Poder Judicial, y un Director Supremo elegido por voto indirecto; un vigoroso poder central, en una palabra, *que nombraría por sí solo los Gobernadores de provincia*. Fuera de los diputados y senadores, todo procede del Director Supremo, de la Comuna de Buenos Aires. Eso era la unión, es decir, todo lo contrario de la realidad.

Decretar la unión o unidad de Buenos Aires con las provincias a que éste acaba de enviar sus ejércitos con orden de exterminarlas, nada tiene de serio, fuerza es confesarlo. ¿Y qué decir de la unión o unidad con esa Banda Oriental, entregada al portugués?...

—Ven acá, Artigas, dice Buenos Aires a ese genio feroz, ven a jurar esta Constitución; deja ese título de gran caudillo que te atribuyes, y que no es tuyo, porque Buenos Aires no te lo ha expedido en buena forma; deja a esos portugueses que vienen por su lote atlántico, y contra los que estás en loca rebelión. Ven a jurar la nueva Carta. No pienses en tu pueblo: Buenos Aires cuidará solícitamente de él, cuidará de

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

ti y de los tuyos. Jura que crees en Buenos Aires, hombre indómito; jura que crees que aquí, en sus consejos, se elabora la independencia de América, la libertad de los pueblos, el cumplimiento de lo aclamado el 25 de mayo de 1810.

—Yo no puedo creer en eso, dice Artigas; yo creo lo que creo: que soy el alma de esta Patria Oriental; el igual de los iguales; el que ha brotado de esta tierra para recoger lo que a ella ha descendido desde el cielo. La luz es hija de las estrellas y madre de la vida. Yo quiero la unión; pero la unión en la luz, en la palpitación de los seres luminosos, que no se funden sin morir.

—¿Quién eres tú, para tener una fe?... Te cubres con un poncho, y acaudillas la multitud haraposa, llena de manchas sanguíneas. ¿Son esos los atributos de tu realeza?... Tu fe te condena; si no crees lo que no crees, eres anárquico y serás infame.

El rey de Shakespeare dice al ciego Glóster, el de las órbitas vacías:—Ponte anteojos en esos agujeros, y haz como que ves lo que no ves: así serás ministro.

Y tú, oh San Martín, capitán de los Andes, ven a Buenos Aires a jurar. Jura sobre tu espada la Constitución. Deja al español en su sede virreinal de Lima, en su lote andino; deja tu visión, que es engañosa: la sola fe que salva reside en Buenos Aires. Ven a jurar sobre tu espada; jura que extirparás a Artigas.

—Imposible, dice San Martín; yo no soy el enemigo de Artigas; Artigas no es mi enemigo; tengo otro mensaje que suena a verdad; tengo que hacer.

—¿Un mensaje más alto que la voz de Buenos Aires? ¡También tú tienes un mensaje!... También tú eres anárquico y desobediente, y traidor: eres el hermano

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

de Artigas, como los correntinos, tus comprovincianos, y sufrirás su suerte.

. . . . . .

III

Creo que ya hemos hablado bastante de la Constitución y de la unión. Bueno será que hablemos de la misión que, en ese mismo tiempo, desempeñaba don Valentín Gómez, cuyas credenciales datan de octubre de 1818. Ella tenía por origen la gestión del coronel Le Moyne, enviado confidencial del gobierno francés, de que antes os hablé, y los trabajos de Rivadavia en París, y de García en Río Janeiro; ambos habían comunicado la próxima posibilidad de la independencia monárquica. Gómez, que había sido profesor de Rivadavia y de García, y de don Vicente López y de Dorrego y de Anchorena y de todos los de la Logia Lautaro, debía ponerse de acuerdo con García y Rivadavia, y tratar, con el ministerio del rey de Francia, Luis XVIII, la coronación de un gran príncipe.

Así lo hizo. El gabinete francés, después de algunos dimes y diretes, y de tocar la imposibilidad de enviar, como rey de América, al Duque de Orleans, el futuro rey de Francia Luis Felipe, deseado por Pueyrredón, propuso a éste la coronación, bajo la protección de Francia, del Duque de Luca, soberano desposeído del reino de Etruria y miembro de la casa de Borbón, reinante en España, como sobrino que era de Fernando VII. Personaje innocuo, más innocuo que el Braganza.

Fué aquello una comedia, un sarcasmo, del que na-

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

die quería hacerse solidario después. Gómez, sin embargo, de acuerdo con Rivadavia, aconsejó al gobierno argentino «que no dejase escapar una ocasión tan favorable y de tan conocidas ventajas para el país». El Congreso, aunque os parezca poco digno de crédito, tomó el proyecto en consideración, y, aunque sintiendo que era incompatible con la Constitución sancionada, que acababa de jurar y hacer jurar en nombre de Dios, lo aprobó; decretó el perjurio. Se autorizó, en consecuencia, a Gómez, para que «contestara al ministro francés que el Congreso de las Provincias Unidas, después de considerar con la más seria meditación la propuesta del establecimiento de una monarquía constitucional, colocando en ella, bajo los auspicios de Francia (que daría su fuerza para hacerlo respetar), al Duque de Luca, enlazado con una princesa del Brasil, *no la encontraba inconciliable ni con los principales objetos de su revolución,* que eran la libertad y la independencia política, ni con los grandes intereses de las mismas provincias». Hasta se ordenó a García, en 22 de noviembre, que, «de acuerdo con la negociación de París, procediera a negociar la designación de la princesa de Braganza que debía unirse *al futuro rey del Reino Unido de Buenos Aires y Chile*». ¡Oh la bella princesa predestinada al tálamo de nuestro rey!

Si queréis pensar un poco en todo eso, mis amigos, podéis hacerlo, bien que yo no lo creo indispensable para que os forméis opinión acabada sobre este asunto. Básteos saber, como lo sabéis sin duda, que Artigas no fué consultado sobre la conveniencia de coronar al Duque de Luca, príncipe desposeído del reino de Etruria y sobrino de Fernando VII, como rey del Uruguay, ni fué invitado a ser testigo del

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

futuro casamiento de los príncipes. Porque Artigas no entendía de esas cosas elevadas. Y por eso no se querían con él ni tratos ni contratos: porque era una fiera indócil.

IV

Después de jurada la Constitución, pendiente la gestión de Gómez y Rivadavia y consumado el perjurio, Pueyrredón se retira del gobierno: ha expirado su mandato. El Congreso, la Logia Lautaro sobre todo, quieren que continúe en el poder; pero él insiste. ¡Oh! Pueyrredón hace bien... Nadie mejor que él puede saber que ha terminado realmente su mandato. Él siente la tempestad que se acerca amenazante, y que nadie sino él y los suyos ha provocado. Él se va, para no reaparecer más en la escena política, y Artigas queda. Artigas no ha muerto ni ha terminado su mandato; aun está allí, como una fuerza de la naturaleza irritada.

Es preciso elegir un sucesor a Pueyrredón, un sucesor que no entorpezca la obra pendiente, cuyos obreros son el Congreso y el ministro Tagle, y cuyo propósito es el de celebrar una imposible alianza con Portugal contra España, *y destituir a San Martín*, a fin de traer su ejército a la capital en apoyo de la obra. Ése era todo el plan.

¿Quién puede reunir tales condiciones mejor que Rondeau, el valeroso vencedor del Cerrito, la negación más típica del hombre político, pues es el hombre ingenuo que conocemos?

Rondeau es elegido Director Supremo. También lo había sido, como recordaréis, al ser derrotado Alvear en Fontezuelas. Era el hombre para tales casos. ¡Pobre

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

Rondeau!... Ni siquiera sospecha lo que hay dentro del fardo que ponen sobre sus honradas espaldas.

Artigas, el malvado y rebelde Artigas, es el que se opone a todo eso: ni jura la Constitución abdicando su poder en manos de esos primaces de Buenos Aires, ni acata la legitimidad del príncipe de Luca, unido a la princesa de Braganza. No merece, pues, figurar entre los próceres de la revolución de 1810; por eso su caballo de bronce no debe formar en la procesión de los libertadores de América. Eso dicen algunos, aunque creo que hablan sin haber pensado en ello más de lo que piensa una calabaza.

El pueblo argentino va a alzarse, a la voz de Artigas, contra esos simulacros o apariencias perjuras. Pero, desgraciadamente, la voz de Artigas, estrangulada como está su garganta por el portugués, ya no suena con el imperio de otros tiempos. Otros personajes, Sarratea, Alvear, Carrera, van a valerse de esa situación para alzarse también contra el gobierno de Buenos Aires en provecho propio; van a suscitar, con ese objeto, al pueblo argentino, que han convulsionado con sus publicaciones desde Montevideo; van a constituirse en caudillos, en substitución del solo auténtico. Pero sus móviles son muy distintos de los de Artigas. ¡Oh, muy distintos! Tan distintos como la noche del día; más distintos aun. Nada hay de común entre esas entidades.

Alvear y Sarratea, que sienten la proximidad de la tormenta, se van a Buenos Aires: el primero, a despertar a sus antiguos parciales; el segundo, a poner en juego su talento de intrigas, y pescar en río revuelto. Este Sarratea va a presentarse como el conciliador entre los elementos campesinos, de que se dirá amigo,

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

y los urbanos enemigos de Pueyrredón; va a decir que tiene inteligencias con los jefes populares, y a agrupar en torno suyo, ofreciéndole seguridades, la parte moderada del partido directorial, si éste llega a caer. Pero se guardará de Artigas, eso sí; se guardará de Artigas, como de agarrar por la cola a un escorpión.

Carrera, como agente de todos, se encarga de ganarse directamente al pueblo, a sus caudillos: les habla de federación, que él mismo execra, pues es un caudillo urbano, un aristócrata; les habla elocuentemente de libertad, de tiranía, de todo lo que es necesario. Todo falso, insincero, de su parte.

Pero Carrera ha ido más lejos; ha concebido la idea de ganarse algo más grande que los caudillos: ha soñado en arrastrar al mismo Artigas, al héroe. Quiere ir a proponerle personalmente la alianza con los conspiradores, con Alvear, con Sarratea; a ofrecerle que encabece la invasión. El héroe oriental será, por ofrecimiento de Carrera y Alvear y Sarratea, el jefe indiscutible, el conductor del pueblo argentino a la victoria. Nada parece a Carrera más hacedero. ¿Hay alguien que tenga más agravios que vengar del conciliábulo de que Pueyrredón fué jefe que ese hombre, Artigas?... Su alma debe estar atestada de caimanes o de víboras venenosas: bastará sacudirlo; ningún aliado más natural de esa Némesis alada de Carrera, a la que empuja el vértigo. Artigas está casi aniquilado por el portugués, aliado de Pueyrredón, y verá, no sólo su venganza, sino su salvación, su triunfo y su apoteosis, en el generalato que va a proponérsele: tendrá que optar entre ser jefe del gran partido, unido a Carrera, Alvear y Sarratea, o serlo de su pueblo aniquilado; entre triunfar con aquéllos, o morir con éste.

Nada más trágico, mis amigos artistas, que la fi-

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

gura de ese Carrera, rencoroso ángel caído, que corre al precipicio, creyendo hallar en Artigas un ente de su legión. Al llegarse a éste, se encuentra con aquella mirada, melancólica, pero fija, impasible, severa, del solo hombre verdaderamente heroico. Lo encuentra sentado, como sobre un ara santa, sobre las sagradas ruinas de su pueblo inmolado. «Id a decir a Roma que habéis visto a Mario sobre las ruinas de Cartago.» Artigas es el hombre solo; sus ojos sin pupilas tienen, en ese momento, luz de juicio final; su mirada de esfinge, o de Isis sibilina, es una sentencia que se ejecuta. No hay en él una actitud más marmórea: está sentado sobre el altar de los holocaustos. Carrera se encuentra con los ojos de Artigas, y ni siquiera se acerca a aquella persona, que le parece siniestra. Ramírez, a quien ha visto de antemano, y a quien ya ha seducido, le ha aconsejado que no vea al héroe. Carrera conoce sólo la sentencia de éste: Artigas lo ha rechazado; nada quiere de común con él ni sus congéneres. Y Carrera incorpora a Artigas a los otros objetos de su odio, Y ese hombre sabe odiar.

Bien será detenernos un momento aquí, mis amigos, a pensar en lo que significa ese rechazo del primado que una de las fracciones políticas de Buenos Aires va a ofrecer al caudillo popular. Esas coaliciones o combinaciones lo hubieran llevado al poder, no cabe duda, si él hubiera sido uno de tantos ambiciosos. Artigas, jefe de una de esas parcialidades triunfante (y la que ahora lo busca lo será), hubiera sido el árbitro en la capital. Como sucederá con Urquiza, gobernador de Entrerríos, Buenos Aires, que no ve en la Banda Oriental sino un Entrerríos más importante que el occidental del Uruguay, lo hubiera pro-

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

clamado y aclamado Dictador, o Director Supremo, o Presidente, o cosa por el estilo, al verlo entrar victorioso a la cabeza de los pueblos argentinos.

Pero Artigas no era eso ni nada que se le parezca; los caminos de la doblez le eran desconocidos; ni sabía ni quería transitar por sus obscuridades. Creo que os dije alguna vez que yo veo en él *un primitivo;* era la fe ingenua, efectivamente, la verdad homérica; en ella es el héroe poderoso; fuera de ella, como el pez fuera del agua, hubiera perdido toda su virtud.

Aquí se confirma, una vez más, lo que tanto os he dicho y repetido: Artigas quiere ser el *protector,* pero no el *dueño* de los pueblos; les da la fuerza de que es depositario para que vivan la propia vida, no para la ajena; execra todo lo que es logia, conciliábulo, reparto de botines políticos; odia el contubernio insincero, la reserva mental mentirosa, la bandera enmascarada. En esa propuesta de los eternos conspiradores de Buenos Aires ha visto una falta de respeto a su persona, una falta de respeto tan insensata como la del virrey Pezuela, que le arrancó aquel: «Han engañado a V. S. y ofendido mi carácter, cuando le han dicho que yo defiendo a su rey».

¡Sarratea y Alvear llamando hermano a Artigas!...

¿Qué puede haber de común entre la sangre de esos hombres, llena de rebelión, y de rencores, y de ambiciones, y la de ese emisario vagabundo de una estrella exangüe?

No, Artigas no es odio, no es negación, no es desorden, no es ambición. Es precisamente todo lo contrario; jamás ha hecho otra cosa en su vida: buscar el orden, la unión de lo que debe estar unido, la armonía verdadera. Dejaría de ser un héroe, si no fuera el principio de todo orden y el de todo respeto a la legíti-

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

ma autoridad, revestida de la forma correspondiente a su esencia. Precisamente por eso se ha respetado a sí mismo, y ha combatido y combate a los que encarnan el principio contrario. Y nadie lo ha encarnado más que ese Sarratea, ese Alvear, ese Carrera, y los demás cuya historia conocéis.

Por otra parte, Artigas no se ha limitado a la obra negativa de destruir al enemigo, llámese español, portugués o directorial; su pensamiento es también positivo. En esos mismos momentos, precisamente, el héroe ha recibido de Montevideo una invitación para adherirse a un complot iniciado por los españoles allí residentes, y encabezado por el coronel don Juan de Vargas, con objeto de expulsar al portugués, secundando la expedición española que se esperaba. El suceso tuvo grande resonancia, por cierto; se aprehendieron en Montevideo, y se embarcaron, muchos españoles, el 27 de noviembre de 1819; la *Gaceta* de Buenos Aires publicó la larga lista de sus nombres, y dijo, sin ton ni son, que era Artigas quien inspiraba todo aquello, con el propósito de arrancar de manos del portugués, pero para entregársela a Fernando, la codiciada tierra oriental. Artigas había rechazado la invitación española con tanto desdén como la de Carrera y sus cómplices, sin embargo. «No basta expulsar a un extranjero para substituirlo por otro, dijo; se lucha por la patria independiente, o no se lucha.»

V

Los conspiradores contra el gobierno de Buenos Aires, y también contra Artigas, están, pues, en acción; todos los medios son puestos en juego.

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

Entre los recursos de demolición de que se han valido — panfletos, publicaciones, intrigas de todo género — los enemigos del gobierno de Pueyrredón han echado mano de uno que, en el momento actual, tiene mucho carácter, pues siempre se ha dicho que el derrumbe que vamos a presenciar fué obra del *caudillaje*. Los patricios revolucionarios se han embozado, como en un disfraz, en la bandera de Artigas; han hecho circular por todo el país un documento, que decían haberse interceptado, propio para hacer llegar al paroxismo las pasiones populares que ellos excitan en provecho propio. Era una nota reservada, subscrita por el mismo Rondeau, y dirigida a Lecor, el general portugués. En ella se decía a éste: «Los resultados de nuestras expediciones al Entrerríos, de que V. E. tiene partes circunstanciados, han dejado sin efecto los planes sobre aquella provincia, convenidos con V. E. por el Director propietario don Martín de Pueyrredón, en comunicaciones reservadas de 7 y 25 de agosto de 1817. Pero haciéndose más urgente cada día la necesidad de acabar con los enemigos comunes y que las tropas portuguesas ocupen el Entrerríos, para acabar con el anarquismo, cuyos efectos empiezan a sentirse en esta banda, para obviar de esa manera los inconvenientes que ha de poner José Artigas y demás caudillos al proyecto de pacificación de este virreinato sobre las condiciones del tratado secreto de Río Janeiro, conviene que V. E., so pretextos políticos, cierre el comercio del Uruguay, etc., etc.»

Ese insidioso papel mordió, como una víbora viajera, el corazón de los pueblos. Era apócrifo, estoy convencido de ello; Rondeau no lo había firmado. Él firmará otro muy pronto, mucho más acusador; pero ése no era suyo; era de los otros. Pero ¿por qué ese do-

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

cumento falso, produciendo el efecto del más auténtico de los procesos, determinó, sin embargo, la exacerbación del pueblo, y lo empujó, convertido en furia vengadora, hasta la plaza de Buenos Aires?...

Bien lo sabéis, mis amigos. Ese papel estaba muy bien hecho; lo apócrifo en él era sólo la forma, el cuerpo; pero dentro de él había una larga realidad. Rondeau, el ingenuo de Rondeau, se apresuró a desmentirlo con la mayor diligencia; se dirigió a Artigas, como al representante indiscutido de todos los pueblos amenazados por la traición, diciéndole que aquello era mentira, felonía, iniquidad; le envió comisionados, unos tras otros, con las manos llenas de explicaciones, de desagravios.

Sí, no hay duda. Pero Artigas no procedía impulsado por ese papel ponzoñoso, que llevaba el viento, ni por papel alguno. Tampoco iba a dejar de obrar, determinado por las palabras de los emisarios de Buenos Aires, tan leves como el papel. Él ve con amargura lo que existe bajo aquellas apariencias, y, en agosto de 1819, escribe a Ramírez, su subordinado, la comunicación siguiente, llena de videncias luminosas: «Después que anuncié a usted la venida del segundo enviado de Buenos Aires, y su aparente decisión, hoy hemos descubierto que su objeto era muy distinto. En su tránsito, dejó una carta que traía de Buenos Aires, con impresos, de los que adjunto a usted uno». (Se refiere a los impresos en que se analizaba y refutaba el documento atribuído a Rondeau.) Y continúa: «Su refutación es tan débil como insignificante...

»No hay complotación con los portugueses; pero la guerra contra ellos no se puede declarar. Es más obvio que se derrame sangre entre americanos, que contra un enemigo común. Tal es el orden de sus provi-

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

dencias. ¿Y podrá Buenos Aires vindicarse, a presencia del mundo entero que esto ve y observa?...

»Yo quiero suponer que sea falso el documento contra Rondeau. ¿No tenemos otros datos incontrastables?... Su misma resistencia nos comprueba que él está a la mira de sus procederes. Sobre todo, yo no quiero entrar en personalidades, cuando se trata de los intereses del sistema.

»*Yo respetaré a Rondeau, o a un negro que esté a la cabeza del gobierno, cuando sus providencias inspiren confianza y abran campo a la salvación de la patria.* Hoy por hoy, no advierto sino *misterios impenetrables*. Cada paso, el más sencillo, presenta mil dificultades: todo es originado del poco deseo que anima a aquel gobierno por la causa pública. Así es que todos sus enviados no hacen más que eludir mis justas reconvenciones con *enigmas vergonzosos*. Ellos, al fin, tienen que ceder a la fuerza de sus convencimientos y confesar que es imposible que se declare la guerra contra los portugueses.

»En vista de esta resistencia, debemos entrar en cálculos de lo por venir. Veremos a nuestro país hacer la irrisión de los extranjeros, si no obstamos a los pasos que se les franquean.»

Por esa nota de Artigas a Ramírez, nos damos hoy cuenta de lo que aquél sabía y de lo que adivinaba. Hoy nosotros sabemos mucho más que Artigas, y nos asombramos de sus adivinaciones. Pero él no lo sabía todo. Hoy leemos, por ejemplo, la siguiente carta que escribe Rondeau a San Martín, el 9 de septiembre de 1819: «Los negocios de Santa Fe no se presentan nada favorables. La morosidad estudiada con que los naturales de allí se manejan, me da motivo de creer que están de acuerdo con Artigas sobre el

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

plan de no entrar en tratados de paz, si no declaramos la guerra a los portugueses; este último no quiere persuadirse de que, teniendo nosotros atenciones por el Perú y tan escasos recursos, no podemos atender a todas partes».

Artigas debía persuadirse, pues, de que Buenos Aires tenía mucho que hacer para estarse preocupando «de su guerra», como llamaba Pueyrredón a la invasión portuguesa; debía, pues, también él, si no era un impertinente, dejar eso para mejor ocasión, y ocuparse de lo solo que importaba: de las atenciones en el Perú.

Lo que había era lo siguiente. Rondeau, poco después de subir en reemplazo de Pueyrredón, se dió cuenta de la tormenta que tenía sobre la débil cabeza, y recurrió a Artigas, como al único que podía conjurarla; le envió comisionados con las manos llenas de palabras; el coronel French, especialmente, se acercó a él con una carta del Director, en que éste lo invitaba *a hacer causa común contra los enemigos de la independencia*. No le decía, por supuesto, que esos enemigos estaban sólo en el Perú, ni le revelaba los tratados pendientes con las cortes.

Quiero que leáis conmigo la contestación de Artigas, oculta hasta hace muy poco tiempo.

«Señor don José Rondeau.

»Mi siempre apreciable compadre, tocayo y amigo:

»Cuatro renglones hubieran bastado a firmar la unión deseada, cuando ella sea medida por la cordialidad de las notas que deben expresarla. Usted me conoce, y sabe que, por mi parte, nada es increpable para su realización. Usted anima mis pensamientos por este deber. Yo estoy resuelto a llenarlo.

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

»¿Qué falta, pues, para dar al mundo entero una lección de virtud, ya que nuestros comunes votos se hallan animados a la destrucción de los enemigos comunes?

»Usted lo sabe, lo penetra, y es muy extraño que no haya usted adelantado el paso preciso a esa dulce satisfacción. Obviaré reflexiones que se dejan traslucir al primer golpe de vista. *Empiece usted a desmentir las ideas mezquinas de su predecesor, y a inspirar la confianza pública; empiece usted con el rompimiento con los portugueses, y este paso afianzará la seguridad de los otros.*

»Entonces aparecerá el iris de paz que, inspirando terror a los enemigos comunes, será la seña general de la felicidad de los americanos del Sur. La patria exige de nosotros tan interesante medida.

»Córrase el velo a los misterios, y la simple verdad bastará a confundir ese germen de iniquidad.

»Yo he hablado demasiado, confidencialmente, con el señor don Domingo French. Él regresa, e impondrá a usted de la vehemencia de mis votos por obviar nuevas dificultades. Por mi parte, todo está concluído. Mi influjo será reglado por el nivel de su conducta de usted, y la uniformidad de operaciones nos conducirá a una jornada gloriosa.

»*Por más que los enemigos se multipliquen, eso sólo servirá para aumentar nuestra gloria. Nuestra unión es el mejor escudo contra cualquier especie de coalición. Demos el ejemplo, y deje usted que se desplome el universo sobre nosotros. Nuestra decisión superará sus esfuerzos. Empecemos por el que tenemos al frente, y la expedición española hallará, en la ruina de los portugueses, el presagio de su desengaño.* Ostentarlo es nuestro deber. Espero verlo realizado *sobre el testimonio de su palabra de honor.*

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

»*A ella me atengo*, y me suscribo con toda la cordialidad de un amigo y apasionado servidor.

JOSÉ ARTIGAS.

»Cuartel General, 18 de julio de 1819.»

¡El héroe caballero! ¡Hablar en nombre del ideal, de la gloria! ¡Que se desplome el universo sobre nosotros! «*¿Que las flechas del enemigo cubrirán el sol?... Tanto mejor; así pelearemos a la sombra.*»

¿Era ése, realmente, un héroe, o era un loco de la Mancha? Penetrad, amigos artistas, en la visión de Artigas; recordad lo que ha hecho y hace Güemes en el Norte; pensad en lo que acaban de probar los capitanes occidentales que, con algunos millares de gauchos, han destruído todos los ejércitos de Buenos Aires; recordad, sobre todo, lo que está realizando el mismo Artigas, quien, con su pueblo inerme, resiste hace cuatro años todo el poder de Portugal aliado al Directorio. Imaginad que España envía al Plata su expedición reconquistadora; que desembarca quince o veinte mil soldados, y que el pueblo americano se encuentra animado del grande espíritu, de ése que difunde Artigas, después de vencido el portugués. ¿Quién duda de que entonces hubiéramos visto cuajar en la realidad aquel Bolívar del Plata, entrevisto por Sarmiento? *Ayacucho* y *Junín* hubieran estado en las colinas del Uruguay, o en las pampas argentinas... Y reivindicadas para la familia española las fronteras históricas entre España y Portugal; fuertes y contentos con su herencia todos y cada uno de los legitimarios de la madre ibérica, el monumento de Artigas se erigiría hoy, como lo verá el porvenir, en las plazas de Buenos Aires y de Montevideo y de la Asunción. Y también en la de Santiago de Chile y la de Lima. Y acaso en la suntuosa de Río Janeiro,

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

Pero yo convengo, mis amigos, en que esto es un fantástico espejismo; no me hagáis caso; aquel hombre era un visionario. La realidad, la negra realidad, está consignada en la nota dirigida por Rondeau a García, representante del Directorio en Río Janeiro, que nos acaba de hacer conocer el historiador Saldías, que ha compulsado el original. Rondeau no dió a Artigas su palabra de honor de combatir al portugués. No le dió esa palabra ni mucho menos: tenía sus atenciones en el Perú. En esa nota, de fecha 31 de octubre de 1819, dice a su representante en Río Janeiro que han fracasado *todas las vías* emprendidas para inducir a la concordia a Artigas; que éste ha puesto por condición especial y precisa el rompimiento con los portugueses; que no es posible, por consiguiente, el avenimiento.

Y termina con estas palabras, que son una terrible sentencia definitiva: condenación a muerte de quien, en hora funesta, las pronunció, aunque sólo lo haya hecho por ineptitud. «Es ya llegado el caso de no perdonar arbitrio para concluir con esa gente... He propuesto de palabra, por medio del coronel Pinto, al Barón de la Laguna, *que acometa con sus fuerzas y persiga al enemigo común hasta el Entrerríos y Paraná, en combinación con nosotros.* No se ha recibido hasta ahora contestación, y temo que el Barón no se preste a esa medida...

»Bajo este concepto, *es de necesidad absoluta que trate V. S. de obtener de ese Gabinete órdenes terminantes al Barón, para que cargue con sus tropas, y aun la escuadrilla, sobre el Entrerríos, Paraná, y obre en combinación con nuestras fuerzas...* Contraiga V. S. su dedicación; sus relaciones y conocimientos a este negocio importante, y no omita diligencia para conseguirlo,

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

bajo el principio indudable de recíproco interés y de conveniencia común. Dios guarde a V. S. muchos años.

JOSÉ RONDEAU.

»Buenos Aires, 31 de octubre de 1819.»

¡Oh padre Washington!

Creo que con eso (de lo que no quiero hablar demasiado) tenéis bastante, amigos míos, para daros cuenta de lo que ha pasado entre Artigas y los reiterados comisionados de Rondeau. Vosotros, les decía Artigas, por el hecho de venir como embajadores, me reconocéis como una persona, como el representante de un pueblo. Decís que venís como aliados, como hermanos. Sea en buena hora. Yo lo soy vuestro de todo corazón. Pero si sois nuestros hermanos realmente, venid conmigo a luchar con el enemigo común, que está ahí, ¿no lo veis?... está ahí, en Montevideo, en todo el territorio oriental; ha derramado y está derramando a chorros la sangre de mi pobre pueblo; es el portugués, el extranjero, el rey europeo, el aliado natural de España y de todos los reyes. Venid a mi lado a luchar con él, y creeré en vuestras palabras de lealtad a la causa americana.

Los comisionados contestaban con enigmas: «misterios impenetrables», dice Artigas.

Hoy no lo son para nosotros, oh padre Artigas. Tú veías. La posteridad, a que tú acudiste, y que hoy sabe la historia, te dice que tú veías. No en vano notabas enigmas y misterios impenetrables. ¿Cómo había de declarar Rondeau la guerra a los portugueses, si había un tratado de alianza con ellos, y, en esos mismos momentos, don Valentín Gómez, y Rivadavia, y el Congreso, y todos los demás, negociaban la coronación del príncipe de Luca, enlazado a una princesa de Braganza, precisamente?...

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

Según algunos, que han escrito esta historia a tontas y a locas, Artigas no debía creer en esa realidad que veía, que tocaba, sino en las apariencias que se le presentaban; debía ser realmente bárbaro; creer sólo en la impostura, someterse a ella, y entregarle el pueblo argentino.

«¡La unión! ¡La organización! Vendrán, sí, dice Carlyle, pero fundadas en la realidad de la verdad; únicamente podrán vivir y subsistir sobre la realidad de los hechos, pero no sobre los falsos simulacros, las apariencias y las mentiras. Con la unión fundada en la falsedad, que nos ordena hablar y obrar mentiras, no queremos nada y nada tenemos que hacer. ¿Paz?... El brutal y estúpido letargo es pacífico, y reina paz permanente en el hediondo y asqueroso sepulcro; pero nosotros aspiramos, nosotros queremos la paz entre los vivos, y no esa paz mucho más fatal que la paz de los muertos.»

Pero es preciso que terminemos de leer la nota de Artigas a Ramírez. Hay en ella otra evidencia: la que se refiere a la otra impostura rencorosa: la amistad de Carrera hacia el pueblo argentino, hacia la federación que odiaba; la amistad de Alvear con la democracia y con la república. ¡Y la de Sarratea!...

Leamos la nota de Artigas: «Ayer ha llegado a este cuartel general el señor Comandante de San José, don Manuel Durán; éste ha sido reconvenido por el permiso que concedió a Carrera para su tránsito a Higueritas. Él me responde que fué por haber visto mi firma; sin duda ella es supuesta.

»El señor Durán se me ha descartado con que Carrera le mostró las instrucciones de don Pablo Zufriategui, que lo esperaba con el buque dentro de dos

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

días, con que Carrera viajaba para el Paraná, y de allí para Chile... En fin, una miscelánea de cosas con que el hombre procuró alucinar...» «Es preciso que encargue usted a todos los puntos que, si arriba allí, se le asegure. Es preciso que haya mucho cuidado con los hombres que vengan, tanto de Buenos Aires como de Montevideo; todos tramoyan contra nosotros. Su objeto es introducir la confusión y excitar celos, para impedir por este principio nuestros progresos.»

Bueno será que notéis, mis amigos, esa doble visión del héroe: instintivamente protege la obra de San Martín, procurando asegurar a Carrera, su enemigo; ve instintivamente en éste al verdadero rebelde, al enemigo del orden, a su propio adversario, como lo ve en Alvear, en Sarratea, etc.; está viendo, sobre todo, la definitiva traición que se acerca en la sombra. Sólo que no cree pueda ser Ramírez, su fidelísimo Ramírez, el traidor.

Pero Artigas, absorbido por completo en la Banda Oriental, no podía imponer en la Occidental todas sus instrucciones. Carrera penetró en Entrerríos y Santa Fe, como la serpiente paradisíaca; llevaba consigo su arma predilecta: una pequeña imprenta. Se acercó a Ramírez, se acercó a López, y éstos le escucharon, a pesar de los consejos de Artigas. Se les ofreció como amigo; les habló las palabras cabalísticas poderosas: *Eritis sicut dii;* «Seréis como dioses.» Realizó la alianza de ambos caudillos contra Buenos Aires; los incitó a la guerra contra Pueyrredón. Bien se cuidó de ocultar su odio contra Artigas; ni una palabra de rebelión contra él salió de su boca todavía: Artigas era un intangible.

¿Qué virtud extraordinaria, qué don secreto no poseería ese Jefe de los Orientales, para que así persis-

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

tiera, a pesar de los quebrantos, su autoridad y su dominio profético sobre aquellos hombres? Es un vencido, y, sin embargo, nadie se atreve a tocarlo... López y Ramírez, por más que ya meditan la defección, están aún bajo la influencia misteriosa de su capitán y protector. Y lo están de tal manera, que, al lanzarse contra Buenos Aires, incitados por Alvear, llevarán, como intimación a los pueblos, la palabra de Artigas, la intimación que éste escribirá. Será la causa de Artigas la que proclamarán; su bandera tricolor la que harán flotar al viento; sus reivindicaciones las que instaurarán.

Pero han comido el fruto del árbol, escuchando a la serpiente. Ramírez, sobre todo, el más sincero de los creyentes occidentales en el profeta, el que más protestas de lealtad le ha prodigado, Ramírez, el Otorgués impenitente, ha bebido palabras envenenadas, que serán el germen de su muerte. Ése no redimirá su culpa con el sacrificio, como el mísero Otorgués.

VI

Si Artigas no realiza su milagro heroico; si no triunfa por su solo esfuerzo, Artigas fué, como el Rey Lear.

Nadie mejor que él lo comprende así. Su resistencia en contra del portugués va debilitándose lentamente ante lo imposible. Lecor recorre la campaña con grandes fuerzas, ofreciendo a todos los jefes orientales garantías, conservación de sus mandos, honores de todo género, en cambio de la cesación de hostilidades. Los jefes secundarios, agotados de fuerzas y de fe, comienzan a aceptar las propuestas, si bien exigen quedar organizados, armados, y en ejercicio de sus

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

cargos, sin que pueda sacárseles del territorio. Lecor accede a todo, y va extinguiendo las resistencias. La soledad envuelve poco a poco al héroe; aquella niebla que empezó a alzarse con la deserción del Batallón de Libertos sigue subiendo, y se hace cada vez más densa; la vida de la patria afluye y se reconcentra toda en él, en el corazón; las extremidades van quedando heladas, la palidez invade el organismo exangüe.

Es necesario un gran latido de vida. Y para eso, al mismo tiempo que Artigas lanza sus capitanes occidentales contra Buenos Aires, a extirpar el foco de las complicidades con Portugal, él recoge todo cuanto le queda de sangre heroica en su patria, y se arroja a tentar un golpe audaz, desesperado, contra el portugués.

Con un movimiento inverosímil de concentración, reúne más de 2.000 hombres, salidos no sé de dónde, brotados de la tierra, e invade de nuevo el territorio brasileño.

Artigas va a buscar una victoria, para hablar desde ella, y combinarla con la que deben alcanzar sus capitanes sobre la capital. Éstos, invocando la palabra del *Protector de los Pueblos*, del *Jefe inmortal*, como dirá Ramírez, van a imponer a Buenos Aires su deber, y cumplirán en seguida el propio, el del pueblo argentino: vendrán a unirse al oriental contra el extranjero, como San Martín, con el argentino y el chileno, corre, a pesar del gobierno de Buenos Aires, a unirse al peruano.

Eso es lo que Artigas espera, cuando menos.

Pero quien inspira de cerca la invasión sobre Buenos Aires, no es ¡ay! San Martín; es precisamente su enemigo: es Carrera, es Alvear, es Sarratea, y los de-

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

más, que lo son también de Artigas. Y éstos en todo piensan menos en arrojar extranjeros. Eso los tiene sin cuidado, como sabéis.

¿Cómo y dónde obtuvo Artigas la victoria que buscaba?...

Era imposible, pero la obtuvo. ¡La última mirada de la gloria que se va!

A principios de diciembre de 1819, cruzó el héroe oriental la frontera; el 13 del mismo mes se encontró con la fuerte división portuguesa mandada por el brigadier Abreu, destacada por el Conde de Figueira sobre la frontera del Brasil. Con su ejército dividido en dos columnas, la una bajo su mando inmediato, y bajo el del animoso Latorre la otra, Artigas llevó al enemigo una formidable carga, que lo deshizo y desbandó; sus vestigios fueron perseguidos más de ocho leguas por la caballería oriental.

Victoria de Santa María, se llama esta acción inverosímil. Ha sido muy cantada. El mismo don Vicente López, aquel que tanto execra el nombre de nuestro caudillo vidente, la llama *lucidísima victoria*.

¡Oh, sí, lucidísima! Yo no puedo detenerme en ella mucho tiempo, mis amigos; la miro con religiosa melancolía; me produce el efecto del estertor de un leopardo. Eso es más que una victoria: es una risa en la boca de un muerto; es un relámpago agonizante, a cuya luz se ve a Artigas, franjeado de fuegos de fragua cósmica, altivo, firme en su fe y su propósito, sereno como un mito, escribir, sobre el arzón de su caballo sudoroso, su postrera imprecación.

Y escribió, desde el campo de batalla de *Santa María*, al Congreso de Buenos Aires:

«Merezca o no Vuestra Soberanía la confianza de

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

los pueblos que representa, es al menos indudable que Vuestra Soberanía debe celar los intereses de la nación. Ésta protestó contra la pérfida coalición de la administración directorial con la corte del Brasil; los pueblos, revestidos de dignidad, están alarmados, justamente, por la seguridad de sus intereses y los de América.

»Vuestra Soberanía decida con presteza. Yo, por mi parte, estoy dispuesto a proteger la justicia de aquellos esfuerzos. La sangre americana, en cuatro años, ha corrido, sin consideración; al presente, Vuestra Soberanía debe economizarla, si no quiere ser responsable ante la soberanía de los pueblos.

»Tengo el honor de anunciarlo ante Vuestra Soberanía, y saludarla con mi más respetuosa consideración.

»Cuartel general de Santa María, 27 de diciembre de 1819.

JOSÉ ARTIGAS.

»Al Soberano Señor Representante de las Provincias Unidas en Congreso.»

A la luz del mismo instante, como a la de un relámpago, dirige una comunicación al Cabildo de la capital, como el solo representante genuino, aunque no oficial, de aquel pueblo de Buenos Aires, que Artigas ama como a los demás, víctima de la oligarquía triunfante, y amigo y aliado suyo, por consiguiente. Esa nota es de otro tono; tiende en ella la mano al pueblo, al de Buenos Aires; se la tiende muy abierta, y él no sabe engañar; lo llama a la concordia.

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

VII

Estas notas y la noticia del triunfo de Artigas en *Santa María* son la intimación y el presagio de victoria que llevan los caudillos occidentales. Éstos han declarado la guerra a los aliados de Portugal, al Directorio y al Congreso, que gestionan la monarquía. Ramírez ha pasado el Paraná y se ha unido a López; Campbell lleva el concurso de Artigas.

Los caudillos han marchado al galope sobre Buenos Aires; han apresado los convoyes que conducían a Balcarce, enviado a substituir a San Martín para impedir la expedición al Perú.

Como un trueno que se acerca, se oye en Buenos Aires el tropel de los caballos. Rondeau, que no ha conseguido la protección que pedía a Portugal contra el pueblo argentino, llama a sí las fuerzas de la nación: a Belgrano, a San Martín, a todos. «Conciudadanos de todas las provincias, dice en su proclama, todas las fuerzas del Estado van a ser empeñadas en esta campaña.»

Rondeau llama, pero nadie le responde. El vacío, la apariencia, no tienen voz. Belgrano, el honesto Belgrano, es el único que quiere obedecer; pero, enfermo e inhabilitado, envía al general Cruz con el ejército. Y el ejército, bajo la inspiración de Paz y Bustos, se subleva en *Arequito* contra Belgrano, su moribundo jefe, y contra el gobierno, no menos agonizante. Se subleva porque, según lo dice el mismo Paz en sus *Memorias*, «las autoridades de Buenos Aires han caído en descrédito; porque se les culpaba de traición al país y de violación de la misma Constitución que

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

acababan de jurar; porque se propagaba *el rumor* de que el partido dominante, apoyado en las sociedades secretas que se habían organizado en la capital, trataba *nada menos que de la erección de una monarquía*».

Como lo veis, las gestiones monárquicas, con ser *sólo un rumor* entre los pueblos, bastaban para sublevarlos, acaudillados por Paz, por el general Paz, entendedlo bien, que no ha pasado nunca por *jefe de los anarquistas,* sino todo lo contrario. Para Artigas, y para la historia, esos planes eran algo más que un rumor, como sabéis.

San Martín, lejos de acudir al llamado, atraviesa la cordillera y se va a Chile; la parte de su ejército que ha quedado en territorio argentino se subleva también en San Juan, a las órdenes de Arenales, y se desvanece. Así se hubiera disuelto el que se llevó San Martín, si éste no lo salva. Las diferentes provincias del Norte rechazan a Buenos Aires, y se agrupan independientes en torno de sus personajes reinantes: Quiroga, Bustos, Güemes, Araoz, etc.

Ha llegado, pues, la hora de tumbarse lo que no tiene cimientos. Veréis un enorme derrumbe, determinado por 1.500 hombres a caballo, que, con el evangelio de Artigas, con la bandera tricolor de Artigas, galopan hacia Buenos Aires. Es el soplo de la realidad, que disipa todas las apariencias, todos los simulacros impíos: perspectivas de tronos, soluciones secretas.

Rondeau ha formado un ejército de 2.000 hombres en la capital, y sale al encuentro de Ramírez y López; se encuentran en *Cepeda*. Aquello no fué una batalla; fué una racha de viento, un disparo de fuego en una bandada de pájaros. Las caballerías de Rondeau se dispersaron a la primera carga del enemigo, que las persiguió más de cinco leguas. Rondeau huyó del cam-

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

po, sin saberse de él en varios días; sólo Balcarce, que mandaba la infantería y la artillería, logró retirarse en orden a San Nicolás.

Los caudillos vencedores golpeaban con las cujas de sus lanzas las puertas de Buenos Aires, y le presentaban, intimándole inmediata contestación, las notas de Artigas, que constituían su programa. Ramírez, que, como agente de Artigas, es el representante de la invasión, dice: «He recibido de S. E. *el Protector de los Pueblos Libres* la comunicación que incluyo a V. E... El general Artigas, a la cabeza de tres mil decididos orientales, acabó con la división del distinguido portugués Abreu; ahora corre la frontera del Brasil y priva al enemigo, en aquella parte, de todos sus recursos. Puede V. E. leer *los partes de aquel jefe inmortal,* para tomar una idea exacta de los sucesos.»

Aquello sonó a hueco al ser así golpeado; sonó a hueco.

El pánico extraviaba las cabezas; todos iban y venían en la ciudad consternada: Aguirre, Director Supremo en ausencia de Rondeau, los miembros del Congreso y del Cabildo, los políticos, los diplomáticos, todos. Era preciso acatar a Artigas, pactar, una vez más, con sus emisarios triunfantes.

Se forma un ejército, que se pone a las órdenes del general Soler, el que fué gobernador de Montevideo como jefe de Alvear. Soler se cubre con la bandera de Artigas; se vuelve contra el Director y el Congreso; intima con soberbia al Cabildo, que eche abajo al Congreso, que quite al Director, que separe de sus destinos a cuantos emanan de esa autoridad... «a todos los ligados a esa facción indigna y degradante de Pueyrredón, Tagle y sus secuaces». «¿Para cuándo guarda V. E. su poder?»

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

El Congreso, renegando de su propia obra, destierra a Pueyrredón y a Tagle a Montevideo; pero no por eso se afianza a sí mismo. El Cabildo, a su vez, piensa que el mejor modo de salvar su situación es hacer justicia y dar reparaciones a Artigas, como las dadas a la caída de Alvear, como las de Posadas y demás. Nada más conducente a ello que contestar sus notas; la que trazó sobre el arzón de su caballo de guerra en el campo de *Santa María* sobre todo.

Y escribe entonces al general victorioso:

«Excmo. Señor:

»Con fecha 3 del que rige, ha sido puesta en manos de este Ayuntamiento la nota de V. E., de fecha 27 de diciembre último, en que, lamentando la inutilidad de los esfuerzos de este pueblo recomendable, siente que ella tenga su origen en la complicación con los del poder directorial. Con efecto: este pueblo ha sido la primera víctima sacrificada en el altar de la ambición y de la arbitrariedad; y al concurso funesto de tales causas es que debemos atribuir ese tropel de males y horrores civiles que nos han cercado por todas partes. Mas si es, Excelentísimo Señor, que, al terrible estruendo de una borrasca, sucede lo apacible de una calma risueña, V. E. debe congratularse de que llegó para nosotros ese precioso momento.

»Un nuevo orden de cosas ha sucedido. Buenos Aires, inmoble en sus antiguos principios liberales, marcha hacia la paz, por la que ansían los pueblos todos. En estos mismos instantes en que se contesta a V. E., se prepara por la Municipalidad una diputación al señor general don Francisco Ramírez, para que, *cerca de la persona de V. E., levante los preliminares de un tratado que sea el de la paz,* la obra de la fraternidad y el iris deseado de nuestras discordias.

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

Bien pronto va a ver V. E. que Buenos Aires merece justamente el título de recomendable; que sabe apreciar los sentimientos de los demás pueblos hermanos y que le caracterizan no menos la buena fe que la más acendrada sinceridad. V. E. crea que sus votos son hoy los de fraternidad y armonía, y que si ella pudiera correr en sus obras a la par de sus deseos, hoy mismo quedaría para siempre sepultada la horrible discordia y afianzado por todas las provincias el estandarte de la unión.

»Dios guarde a V. E. muchos años.

»Sala Capitular de Buenos Aires, febrero 4 de 1820.

»JUAN PEDRO AGUIRRE, ESTEBAN ROMERO, etc., etc.

»Excmo. Señor Jefe de los Orientales, don José Artigas.»

El Congreso aprueba y aplaude la actitud del Cabildo; le ofrece su concurso y apoyo.

Pero todo fué inútil: Ramírez rechazó al Cabildo; se desterró a Aguirre; el Congreso se disolvió: terminó el régimen nacional.

Era preciso entonces elegir, como gobernador provincial, sólo de Buenos Aires, una entidad propicia a los vencedores. ¿Habrá surgido, por fin, el héroe, el hermano occidental de Artigas? Esa entidad apareció, parida por la confusión, como un aborto extravagante: fué don Manuel Sarratea. Don Manuel Sarratea, aquel presidente del primer triunvirato, improvisado general, y expulsado por Artigas del segundo sitio de Montevideo; el de las gestiones diplomáticas monárquicas; el que, con Alvear y Carrera, había fraguado la conspiración que conocemos y buscado la alianza de Artigas. Ahora se decía en inteligencias secretas con los caudillos; era, pues, el hombre, y fué nombrado, por eso, por amigo de los caudillos, gobernador de Buenos Aires.

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

En ese carácter, fué al *Pilar*, en busca de Ramírez; hizo allí la paz con los vencedores, dándoles todo cuanto pidieron; hasta la apertura de un proceso de alta traición contra los caídos, análogo al levantado contra Alvear derrocado en 1815. E introdujo a los capitanes triunfantes, rodeados de sus huestes, hasta la plaza de la Victoria, donde se celebró la cosa con un gran banquete.

Artigas, aunque vencedor, no comió del pan de ese banquete, ni bebió de su vino. Artigas bebía su hiel, luchando contra los portugueses.

Ya hablaremos de ese llamado *tratado del Pilar*, presidido por Sarratea, por Alvear, por Carrera, y demás con quienes Artigas no había querido tratos ni contratos. No, ni Artigas ni sus orientales bebieron del vino del banquete triunfal. Tampoco San Martín bebió de él. Éste se va a luchar con el español en el Perú, mientras en el tratado del Pilar, en que se traicionó a Artigas, se convino también en dar elementos de venganza a Carrera contra San Martín y O'Higgins.

VIII

Después de eso del Pilar... no es fácil que os detalle lo que pasó, ni hay para qué. Ese célebre año 20 es la autopsia del organismo que, durante diez años, ha combatido a Artigas: aparecen todas sus vísceras enfermas. Han dicho que esa anarquía del año 20 fué la obra *de los caudillos campesinos*. Estáis tocando con la mano, amigos míos, que eso no es verdad; que es sólo apariencia mentirosa. Artigas, cuando menos, no la quiso, según lo habéis visto; y no sólo no la quiso, sino que fué su más noble víctima, él y su pue-

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

blo inmolado a esa anarquía que, como lo veis y lo veréis en seguida, no es otra cosa que la ausencia de Artigas.

Hay una ley de las tempestades en la historia, dice Amiel, lo mismo que en la naturaleza. Reprobar la guerra es lo mismo que maldecir del rayo, o de las borrascas, o de los volcanes. En el orden moral, no se trata de *reprobar el castigo,* sino de no merecerlo.

Después del Pilar, se desatan de tal suerte las ambiciones de los próceres que llamaban anárquico al héroe oriental, y ambicioso y malvado, que juzgo la descripción algo más que difícil. Es inútil, sobre todo, en este momento.

A vosotros os bastará con saber que todos quieren ser allí el *ree,* el dueño; que, llegado a Buenos Aires Balcarce, con los soldados que salvó en Cepeda, echó abajo a Sarratea; que éste huyó al campo de Ramírez, y aquél se erigió en gobernador; que Soler, con sus tropas, echó abajo a Balcarce, para subir él, y caer inmediatamente ante la intimación de Ramírez, que volvía con Sarratea a cuestas, a quien restableció en el mando, imponiéndole la instauración del proceso de alta traición; que el Cabildo hizo huir de nuevo a Sarratea a acogerse a Ramírez, nombrando para substituirlo a Ramos Mejía. Entonces se irrita Soler, que esperaba ser elegido gobernador, y, con sus soldados, echa abajo a Ramos Mejía. Pero por ahí andaba también Alvear, que quería, ¿por qué no?... ser príncipe gobernador. Alvear, unido a Carrera y sus chilenos, busca el apoyo de López, el caudillo de Santa Fe, que viene a las manos con Soler, lo derrota y lo hace huir a la Colonia, abandonado de todos sus soldados. Es elegido en su reemplazo, en la ciudad, Dorrego, que ahora reaparece, vuelto de

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

su destierro; pero los campos reconocen como gobernador a Alvear. Dorrego destroza a Alvear y a Carrera, y los expulsa de la escena; pero es destrozado por López en el *Gamonal*. No hay, pues, gobernador; es preciso formar otro. Se elige al general don Martín Rodríguez; pero, a los cinco días, un motín de los partidarios de Dorrego y de los de Soler y de los de Sarratea, lo hace huir de la ciudad. Rodríguez regresa, dos días después, con mil hombres, entre los que se cuentan dos *regimientos de campesinos vestidos de colorado;* atacan la ciudad, se apoderan de ella y establecen, por fin, un punto de partida para la reorganización. Es el 15 de octubre de 1820. Toda esa baraúnda que os he hecho sentir ha acaecido en seis u ocho meses; hubo un día que se llamó *de los tres gobernadores*. Baraúnda ingénita.

No juzguéis inútil ese detalle *de los campesinos vestidos de colorado,* de que os he hablado, mis amigos artistas. Yo quiero haceros mirar, aunque sea de paso, por ahora, el jinete que viene a la cabeza de esos campesinos, y que hasta este momento no habéis conocido en esta historia. Es un monumental personaje, sin embargo; un gran original; es el sucesor de Artigas, nada menos. Si conseguís ver sus ojos pequeños y azules, y su fina figura caucásica, no os olvidaréis de él; su mirada no se olvida. Se llama Juan Manuel Rosas. Él es quien repone a Rodríguez en el gobierno. Este Juan Manuel Rosas, como todos los demás, nada tiene de común con Artigas: es otra cosa, otra realidad; pero es una realidad, una sentencia.

Y basta de detalles sobre ese año 1820. En él han salido a la luz del sol todos los móviles, los resortes o

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

dinamismo interno, de esa máquina de Buenos Aires, cuyo objeto principal era la destrucción de Artigas, el anárquico, el ambicioso, el genio infernal. Podéis, y aun debéis, pensar mucho en eso; en lo que había dentro de esa máquina. Y en el hombre de ojos claros que venía a la cabeza de los campesinos vestidos de colorado.

Después de ese derrumbe vendrá la organización; pero todo eso es accidental, completamente accidental; no he de distraeros. Lo esencial, lo que quiero que encendáis como una grande hoguera en vuestro espíritu, para que no lo invadan las tinieblas del detalle, de las ambiciones en lucha, del tanteo en la organización, del cuarto de hora de tumulto, del abalorio histórico, es lo siguiente, que es alma y substancia: en este momento de la historia del Río de la Plata ha vencido, por fin, la revolución del 25 de mayo de 1810: la muchedumbre anónima que, según Groussac y Estrada y Sarmiento, fué el héroe de aquella jornada. Esa entidad ha triunfado de los que, durante diez años, no han cesado de pugnar por extirpar su espíritu, exacerbándola: de los triunviratos, de los directorios, de los congresos, de los diplomáticos, de las logias secretas, de esa Logia Lautaro, *alma mater* de todo, cuyo fin «era acabar con el espíritu republica no, sinónimo de patria»; de los que, según Estrada, querían echar vino nuevo en odres viejos, perdiendo el vino y la vasija. Pero al frente de esa muchedumbre vencedora ya no veremos a Artigas; ha triunfado, pues, pero decapitada; una larga convulsión le será necesaria para reponer la cabeza que le falta.

Después de la remoción del agua de esa piscina probática, volverá el nivel normal, y, como el arcángel evangélico, aparecerá flotante, sobre la superficie,

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

el grande espíritu que resucita muertos. Lo dice López, el historiador, a quien es conveniente oir sobre este punto: «Cuando parecía que habíamos caído para no levantarnos, el mismo 23 de febrero de 1820, en que las montoneras y la semibarbarie de las campañas desiertas ataban sus potros alrededor de la pirámide de Mayo, brotaban, del seno mismo de ese caos, aspiraciones y fuerzas para reanudar la vida nacional y para reemprender su reorganización inmediata, y vislumbrábase la influencia de un nuevo principio que, inorgánico todavía y mal escrito en las banderolas de las lanzas santafecinas y entrerrianas, debía arrojarnos en una vía, obscura entonces y mal definida todavía, que tenía que llevarnos sin remedio a la organización con que Washington y Hamilton habían dado vida a la gran República del Norte».

Eso es verdad, mis amigos artistas: el grande espíritu ha quedado flotante sobre las aguas revueltas y aquietadas. La patria argentina republicana se formará, modelada *con el lêgamo del caos, con el fango sagrado,* amasado por un héroe. Rivadavia, García, todos, todos dejarán, por ahora al menos, sus proyectos monárquicos, aniquilados por Artigas, y vendrán a encarnar, en instituciones y leyes, ese espíritu surgente, que vosotros ya no podéis confundir: no es *un nuevo principio;* vosotros lo conocéis, y yo no necesito, felizmente, nombraros al hombre poseído por él, al que había recogido su divina revelación, y la había promulgado, no en forma inorgánica, escrita en banderolas, sino clara, definitiva, vencedora, en las *Instrucciones del año 1813*. En los diez años de revolución, eso es *lo único que se ha salvado;* pero eso es todo.

Tampoco es preciso que os diga cuál es la víctima

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

propiciatoria, inmolada a la salvación de la independencia republicana de América: está tendida, por falta de sangre, a los pies del invasor portugués... parece muerta...

¡Oh, patria germinal, Patria Oriental... oh, patria!

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

CONFERENCIA XXIV

LA VÍCTIMA PROPICIATORIA

QUEDA SAN MARTÍN. — SU DESOBEDIENCIA. — EL ACTA DE RANCAGUA. — HACIA EL PERÚ. — SAN MARTÍN SUBE Y ARTIGAS DECLINA. — LA QUEBRADA DE BELARMINO. — LA ÚLTIMA SANGRE: TACUAREMBÓ. — CAE LA NOCHE. — LA HORA DE SOLEDAD. — ¡RÍNDETE, ARTIGAS! — CON EL SOL DE LOS VENCIDOS EN LA ESPALDA. — LA ÚLTIMA MIRADA A LAS COLINAS DE LA PATRIA.

I

Amigos artistas:

La dominación extranjera ha terminado en América, puede decirse.

Los héroes de esa revolución, en la parte austral del continente, son dos rebeldes geniales, que serán olvidados o execrados: Artigas, que, rebelado contra la fuerza de la autoridad que trabaja por la restauración monárquica, ha empujado al pueblo argentino hacia Buenos Aires, y San Martín, que, alzado, por fin, contra esa misma autoridad, empuja al ejército argentino (lo que ha salvado de él) hacia el Perú, donde dará el último golpe al poder militar colonial.

La acción de esos dos hombres, la de Artigas sobre

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

todo, es la base de la patria que hoy tenemos y glorificamos: la realidad.

El San Martín marmóreo es el San Martín de ese momento, en que participa del gran espíritu de Artigas y completa su obra.

El gran capitán está en Chile con su visión, que le señala el Norte; allí recibe la reiterada intimación que conocemos, de volar, sin pérdida de momento, a Buenos Aires a combatir contra Artigas. San Martín sabe que, si sus tropas pasan la cordillera, el destino que les aguarda será el de las demás: la disolución en el remolino, y el abandono para siempre de la expedición al Perú. No obedece; se queda en Chile; salva su ejército.

Llega el derrumbe que hemos visto; cae Rondeau, y el Congreso, y todo el simulacro de Buenos Aires; los gobernadores suben y bajan; no hay allí una substancia permanente, en medio de los accidentes cambiantes; la nacionalidad es una abstracción, dice Mitre.

¿Qué es, entonces, San Martín, allá, del otro lado de los Andes, con su ejército y con su bandera argentina?... ¿A quién representa esa bandera bicolor que enarbolan sus tropas?... O San Martín no es nada, o es todo.

Es todo. En ese momento, la figura del hombre de Chacabuco es substancialmente igual a la del de Las Piedras; es casi tan grande como Artigas. Sólo le falta, para serlo del todo, la fe firme en la democracia y en el pueblo; en el *fango sagrado*. San Martín no la tiene, porque no puede tenerla; no es culpa suya.

Esas dos banderas, en los dos extremos del vasto teatro, la bicolor de San Martín, la tricolor de Artigas, son los dos gloriosos centinelas del pensamiento

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

de Mayo en la pugna contra el extranjero. Las dos serán inmortales, como las dos patrias argentinas que representan: la Oriental y la Occidental del Plata.

San Martín, erigido en la sola autoridad argentina por veredicto de su visión, pacta entonces por su cuenta, sin esperar una ratificación, que no pueden darle, con el gobierno de Chile, la alianza de ambos pueblos andinos subtropicales, para la expedición al trópico, postrer baluarte español. Se le pregunta bajo qué bandera se realizará ésta.—Bajo la chilena, —contesta San Martín. Chile dará su responsabilidad nacional; dará también los recursos; pero el ejército argentino conservará su nacionalidad y su bandera en representación de las Provincias Unidas del Plata. San Martín no dijo — como hubiera podido hacerlo — «me conservará a mí».

El gran capitán americano sintió, sin embargo, un momento de vacilación ante su obra. O no se atrevió a tomar solo tanta y tan grave responsabilidad, o quiso someter a la prueba del fuego la fidelidad de sus capitanes y soldados. Las dos cosas quizá.

Estaba el ejército en Rancagua. San Martín llamó a Las Heras, su Jefe de Estado Mayor, y puso en sus manos un pliego cerrado, que sólo debía abrir en presencia de todos los oficiales del ejército de los Andes. Se abrió solemnemente. En él decía San Martín: «El Congreso y Director Supremo, *de quienes procede mi autoridad,* no existen ya en Buenos Aires; mi autoridad ha caducado, pues. Nombre el ejército, representado por sus oficiales, el general que debe acaudillarlo en la obra de consumar la independencia de América. Mi salud me impide desempeñar cumplidamente ese puesto; pero no el de ayudar a mi patria y a mis compañeros».

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

Un momento de estupor, y uno de inspiración unánime y fulminante, siguieron a aquella lectura.

Y todos los jefes y oficiales se alzaron, en son de juramento de fidelidad al héroe, y firmaron lo que se llama *Acta de Rancagua,* y que, fechada en 20 de abril de 1820, dice así: «Queda sentado, como base y principio, que la autoridad que recibió el general de los Andes para hacer la guerra a los españoles y adelantar la felicidad del país, *no ha caducado, ni puede caducar, pues que su origen, que es la salud de los pueblos, es inmutable*».

He aquí que el ejército de los Andes, envenenado también de *artiguismo,* por lo visto, se hace solidario de la desobediencia y de la gloria del general; consagra el solo origen de la autoridad de los héroes, el de la de Artigas: la salud de los pueblos. ¡Desobediencia!... ¿Acaso hay allí alguien que pueda mandar más que la gloria?... ¿Dónde está, en ese simulacro de Buenos Aires, el que tiene derecho, lo que se llama derecho, a decir: «Yo soy el superior legítimo»?... Allí no hay más realidad que Artigas y San Martín. Y sólo la realidad tiene derechos. ¡Desobediencia!...

San Martín se irá al Perú; la gloria le tiende los brazos desde allá. Y Bolívar viene caminando hacia él.

II

¿Y Artigas?... ¿A dónde va Artigas, la otra realidad de este momento?

Jamás ha sido más grande que en este crepúsculo tempestuoso, amigos artistas, en que vamos a verlo declinar y hundirse en la sombra; el cuadro de nues-

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

tra epopeya toma aquí coloraciones como nunca intensas y grandiosas.

San Martín tiene su ejército vigoroso, armado; tiene su alianza con Chile, libre de enemigos en su territorio; cuenta con Bolívar, que viene del Norte. Artigas tiene el enemigo, que, con 10.000 hombres, domina en su patria, y le quedan las cenizas de su pueblo, empapadas en sangre, después de cuatro años de inaudita brega.

Pero él espera la alianza que sus capitanes vencedores van a imponer con la bandera tricolor; la alianza del pueblo argentino, cuyas libertades ha salvado; la inmediata declaración de guerra a Portugal, por consiguiente. Esperando esa alianza, ha triunfado de Abreu, en *Santa María*, y ofrecido esa victoria a sus capitanes, para que la invoquen, como la invocaron, al presentar sus intimaciones a Buenos Aires. Allí ha quedado solo con un puñado de héroes, vencedores efímeros, por un milagro heroico. Está en el corazón del territorio enemigo. Es preciso que el hermano se apresure en su ayuda; no hay momento que perder.

El portugués, que es dueño de toda la región oriental, y que puede reforzar sin límite sus elementos, afluye con ellos rápidamente, y los hace converger a aquel punto. Artigas se ve rodeado, sin perder su gesto de vencedor; interroga los horizontes, desde su caballo de batalla, y aun tiene fe. Una idea fija está clavada en su mente: es preciso que conserve el prestigio de su victoria, para reclamar de sus capitanes, vencedores en Buenos Aires, el cumplimiento de su deber de honor para con la Patria Oriental. Artigas conoce lo que vale la fe de los hombres; sabe que no debe sometérseles jamás a la prueba suprema. Quiere, pues, la batalla.

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

El mariscal Cámara ha aparecido con grandes fuerzas, y contenido la persecución de los portugueses vencidos en *Santa María*. El Conde de Figueira, al frente de tres mil hombres, se acerca a marchas forzadas, y se reúne con Cámara, con Abreu, con todos los elementos de que puede disponer.

La vanguardia oriental, vencedora en *Santa María*, retrocede. Figueira penetra tras ella en el territorio uruguayo; se detiene en la *Quebrada de Belarmino*; oculta en ella el grueso de sus fuerzas, y corona las alturas con piquetes y guerrillas. La débil vanguardia patriota, de ochocientos hombres, creyéndose fuerte, ataca por tres puntos distintos la Quebrada, de la que brota el ejército enemigo. El último pedazo de nuestra carne palpitante lucha y muere: de cada dos hombres murió uno; los mejores oficiales de Misiones: Ticurei, Lorenzo Artigas, Juan de Dios, y muchos más. Aquello no fué un combate; fué un nuevo holocausto...

Pero el ara de la suprema ofrenda estaba levantada algo más al Sur, allí donde nace el río *Tacuarembó*, que, en ese día, gloriosamente infausto, llevó al río Negro, para que éste la derramara como una unción en el Uruguay, y éste la llevara al Plata y al Atlántico, la última sangre propiciatoria. Ésta recorrió, diagonalmente, de Norte a Sur, todo el territorio de la Patria, como si ésta se envolviera en su bandera para morir.

Latorre, que mandaba el ejército, se dirigió a ese río *Tacuarembó*, después del contraste de su vanguardia en *Belarmino*. El grueso de sus fuerzas vadeó la corriente; pero la vanguardia quedó del otro lado, río por medio. Una lluvia torrencial determinó la creciente del río, y la incomunicación de ambas fuerzas.

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

Así cayó sobre todos ellos, de sorpresa, en el día 22 de enero de 1820, el Conde de Figueira, con sus tres mil hombres de las tres armas. Y sin embargo, aquello fué una batalla, una gran batalla. Sotelo, el intrépido Sotelo, jefe de la vanguardia aislada y sorprendida, cayó muerto cuando acudió a formar y a arengar a sus soldados, que enfrenaban los caballos; los que pudieron, se arrojaron al agua y pasaron el río a nado; los restantes murieron luchando cuerpo a cuerpo. El ejército portugués cruzó el Tacuarembó, por un vado apenas accesible, y cayó sobre el campamento general, que, a pesar de la situación, sostuvo la batalla por largas horas y solemnes.

Cuando se lee, mis bravos amigos, el parte que de ella eleva el general portugués a su rey, con parabienes y remisión de hombres y de estandartes apresados como trofeos gloriosos, parece que uno ve condensados en ese combate los cuatro años de la suprema resistencia. «Aquí termina, dice Barreiro, refiriéndose a él, este dilatado período, tan fecundo en maquinaciones y desgracias, en que, combatiendo el patriotismo solo contra el poder y los recursos militares mejor organizados, se libraron cinco sangrientas batallas, veinticuatro grandes combates y más de diez y seis porfiados encuentros.»

Aquel grito de guerra de *Tacuarembó* no es el de un agonizante; es un grito enorme. El vencedor afirma que allí murieron ochocientos soldados orientales; quinientos cayeron prisioneros; se apresaron cuatro cañones, mucho armamento, caballos, ganado... ¡Ochocientos muertos!... Pensad en eso, mis amigos artistas. Yo os aseguro que allí se murió todo cuanto puede morirse por una patria. ¡Benditos sean esos muertos!...

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

Y así acabó la resistencia: cesó con el respirar de aquel pueblo.

.....

Artigas se encontraba muy cercano del campo de la oblación o del holocausto: de *Tacuarembó;* estaba en *Mataojo* para recibir allí nuevos contingentes que esperaba de Entrerríos, y nuevas caballadas, que pensaba en incorporar a su ejército para librar el inminente combate que quería dirigir él personalmente. La noticia del precipitado desastre dió en su cabeza como en un peñón. Miró en torno suyo, y vió que aun le quedaba Rivera, su inquebrantable Rivera. Inmediatamente le ordenó que se le incorporase; pero su voz se perdió en el vacío de la patria desamparada, muerta por inanición. Rivera no acudió al llamado; la resistencia humana tiene su límite. Ha celebrado un armisticio, que es seguido de un reconocimiento pe la dominación; a él se le otorga el grado de coronel y la autorización de organizar y mandar su regimiento. Fué el último en envainar la espada.

III

Todo queda muerto en la patria; nada palpita; es el campo desolado, sembrado de osamentas, que vió el profeta bíblico. *Osa arida.* Allí esperan la trompeta del arcángel, que los llame a oir *la palabra del Señor. Verbum Domini.* La dominación portuguesa ha quedado consumada; «cimentada en ocho mil cadáveres», dice el primer historiador portugués.

Ríndete tú también, oh vencido Artigas; ya has cumplido con tu deber. ¿No eres un hombre de carne?... Acógete a la ley de la carne, a la ley del hombre; de

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

ella procede el honor de la tierra; tendrás honores. A ti también te alcanzarán, a ti, en primer término, los homenajes de la guerra, si entregas esa tu espada, en que parece continuar la vida de tu brazo, que arranca del corazón. Todo se te ofrece: grado militar en actividad, bienestar y también gloria. Mira en torno tuyo: Otorgués, Lavalleja, Bernabé Rivera, Barreiro, Andresito, Sotelo, Oribe, Bauzá, ya no están. Y ahora, por fin, el mismo Rivera, el de India Muerta y de Guayabo, ya no está. Y los otros, todos los otros, todos los hombres que respiran en tu tierra, respiran como hombres que parecen dormidos o agónicos. No se mueven. Y hay inmensa soledad en torno tuyo. Montevideo es el baluarte portugués; Purificación, tu capital, es un montón de escombros; ya crece en ellos el trébol y la gramilla, y mucha hiedra, y algunos laureles... Apéate, ¡oh, héroe!, de ese tu jadeante caballo de combate. ¿A dónde volverás sus riendas, si el mismo bruto siente pánico ante las voces del vacío que le rodea?...

Artigas no oye lo que viene de afuera; sólo escucha lo que sube de sus entrañas sonoras. Con la cabeza sobre el pecho y los ojos clavados en lo invisible azul, pone su caballo al paso. El sol de los vencidos con gloria le da en la espalda; el suelo retumba como una sepultura bajo los cascos; los horizontes tienen miradas de ojos muertos.

Artigas va pensando en sus capitanes occidentales, vencedores de Buenos Aires. Va a someterlos a la prueba suprema, pues llegará vencido. Y él lo sabe: a esa prueba sólo resisten los héroes, los hombres de suprema realidad, los sinceros, los poseídos por el dios interior; aquellos en que vida, acción y pensamiento son una misma cosa. Y Artigas lo sabe: allá no hay un

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

héroe, lo que se llama un héroe, aquel que distinguíamos del valiente, del *personaje reinante*... ¡No importa! Hay que luchar todavía; hay que luchar, y que vencer.

Y el Jefe de los Orientales sigue su marcha declinante, al través de las colinas tumulares de la patria, camino del Uruguay. Va idéntico a sí mismo. Así marchaba cuando iba a Las Piedras; es su misma actitud. La vida amenazante que asiste a la esfinge perdura hasta en sus ruinas.

Comienza para Artigas la hora de la definitiva soledad.

Hora musical, hora de mármol diáfano. El nocturno inaudito, arquitectural y sinfónico, está escondido en la tormenta. Y también están en ella las líneas, y los colores, y las impresiones impasibles, prohibidas, inaccesibles; las de la diosa inviolada, con luz mortal en las pupilas, que se entrevén sin existir.

Vivid en esa hora, si ella os llama, mis amigos artistas. Es la hora en que Artigas, en la costa del Uruguay, que va a cruzar, mira por última vez, larguísimamente, las colinas suplicantes de su patria. No volverá más a ellas; no volverá jamás.

Y cruza el río, con los últimos pedazos de su ejército, lleno de sangre como un vendaje.

¡Oh viejo rey Lear!...

Hasta mañana, mis amigos artistas. Si vosotros sintierais lo que yo siento al contaros todo esto, haríais obra inmortal. Mañana hablaremos de eso; del viejo Lear.

Vosotros debéis saber del estupendo drama de Shakespeare, lleno de esencia humana sutilísima: no hay artista que no sepa de él. Eso no obstante, releedlo ahora, si queréis predisponer vuestro espíritu a la tragedia heroica, que es corazón, y coloración

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

de sangre azulada, y circulación interna melodiosa, y vida sempiterna; si queréis predisponerlo a la expresión de los mármoles divinos pensativos.

No hemos de olvidar que estamos tallando mármol, para llenarlo de palabras melodiosas, y buscar su musical afinación con la difusa armonía del universo. Las esferas cantan coros. *Coeli enarrant gloriam Dei.*

Hasta mañana, amigos míos. Mañana hablaremos del rey Lear.

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

Digitized by Google

Original from
UNIVERSITY OF CALIFORNIA

CONFERENCIA XXV

EL REY LEAR

GUILLERMO SHAKESPEARE. — LEAR Y CORDELIA. — ARTIGAS EN TERRITORIO OCCIDENTAL. — REY DE PIES A CABEZA. — EL TRATADO DEL PILAR. — CLÁUSULAS PÚBLICAS Y SECRETAS CONTRA ARTIGAS Y SAN MARTÍN. — LA TEMPESTAD SOBRE LA CABEZA DEL HÉROE. — RAMÍREZ, INSTRUMENTO DE LOS ODIOS IMPLACABLES. — EN LUCHA CON LA TEMPESTAD. — TRIUNFO DE ARTIGAS EN LAS GUACHAS. — EL HÉROE TRAICIONADO Y VENCIDO. — RECHAZO DE TODA AMNISTÍA. — LA PATRIA DE WASHINGTON LE OFRECE ASILO. — SUS INDIOS LE OFRECEN MÁS SANGRE. — SE VA CON EL LOBO Y LA LECHUZA. — PIDE REFUGIO A RODRÍGUEZ DE FRANCIA. — EL ÚLTIMO PUÑADO DE MONEDAS. — LEAR Y CORDELIA EN LA PRISIÓN.

I

Convengo, mis amigos, en que el drama sobre el rey de la antigua Inglaterra, que os he incitado con empeño a releer, es un cuento de niños. Ese Guillermo Shakespeare ha inventado muchas de esas anécdotas; era muy dado a tal entretenimiento, para divertir a las gentes. ¡El rey Lear!... ¡El niño de la blanca barba humana!... Eso que narra Shakespeare no es verdad histórica, me parece; pero tiene dentro más verdad que la que pueden contener cien odres, y aun más, llenos de jugo de historia, con sus correspon-

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

dientes documentos de color amarillo. Yo creo que es Emerson quien ha dado con el secreto de la inmensidad de esas pequeñeces. «Shakespeare, dice, nos lleva a una tan sublime corriente de inteligente actividad, que nos sugiere la idea de una riqueza junto a la cual parece poco la suya.» Creo que hay un verdadero descubrimiento en esas palabras. ¡Valientes y hondas palabras! Un ilustre general inglés, muy sabio por cierto, dijo que él no sabía más historia de Inglaterra que la que había aprendido en los dramas de Shakespeare; pero yo creo que, en eso, no se manifestaba sabio muy digno de veneración. No es historia inglesa; es historia humana, historia del alma humana en cuerpos ingleses, la que ha contado Shakespeare. Bien es verdad que el que cuenta lo más, cuenta lo menos, y que el que crea un hombre real es el que más probabilidades tiene de hacer un hombre inglés.

No otra cosa que una de esas historias esenciales es lo que yo hubiera querido narraros, mis bravos artistas, en estas nuestras ya largas conversaciones. En este Artigas cabe mucha alma humana, mucha alma americana, sobre todo. Si esta su historia parece cuento, no es mía la culpa; es ese Shakespeare, mi maestro de cuentos vivos, quien me ha quitado la seriedad de los historiadores patentados, tan respetables, que me hubiera sentado muy bien.

Si os imagináis al viejo rey de Inglaterra echado a la tempestad por sus hijas desnaturalizadas, veréis uno de los momentos en que más se ofrece Artigas a la grande inspiración escultórica. No hay, en la historia universal, que yo sepa al menos, una figura más tempestuosa, más hija legítima de Shakespeare.

El viejo rey Lear se quedó solo con la esencia de su realeza congénita; se reservó los honores reales,

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

y cien caballeros, sólo cien caballeros. Eran tales los juramentos de amor de sus hijas, Regana y Gonerila, que resolvió repartir entre ellas su reino.—A ti, oh Gonerila, te hago soberana de todo este territorio, desde aquí hasta aquí: selvas sombrías, fértiles llanuras, ríos. Y a ti, oh Regana, te doy todo esto, desde aquí hasta aquí. Y vosotras cuidaréis de la vida y del honor de vuestro padre, de vuestro rey.

A Cordelia no le dió nada, porque Cordelia, su hija menor y predilecta, le dijo la verdad; no quiso jurar a su padre sino lo que le debía: amor filial.

Y las hijas que le juraron amor absoluto, sin límites, una vez que vieron al viejo débil y desarmado, lo echaron a la tempestad, en medio de las tinieblas, cuando todo rugía sobre su cabeza: lluvia, truenos, ráfagas de viento.

—¿Cómo andáis por aquí, señor? — le dice, al encontrarle, el súbdito fiel. — Los mismos seres de la noche, las cosas de la noche, no aman una noche como ésta; lo que pasa allá arriba aterroriza hasta a las bestias rampantes de las tinieblas, y las retiene acurrucadas en sus cavernas.

Y en medio del abandono, el viejo monarca se agranda.

—¿No eres el rey? —le preguntan.

—Sí, el rey, de los pies a la cabeza. Cuando miro fijamente, ved cómo tiemblan mis súbditos. Buen boticario: dame una onza de algalia para perfumar mi cerebro. Toma, aquí tienes dinero...

Pero ven acá, ¡oh Guillermo Shakespeare, oh el más cruel e implacable de los tiranos del corazón del hombre! ¿Por qué has hecho morir a esa Cordelia, la más diáfana, la más pura, la más amable de las divinas

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

criaturas, hijas de diosa, que engendraste en la belleza, tu amada inmortal?

Ella es el Lohengrin sagrado, en líneas de mujer; el cisne no es bastante blanco, ni bastante incontaminado para ser su cabalgadura. Ella volvió por la causa de su padre viejo, por la justicia, por el amor más despojado de carne.

¿Por qué muere tu Cordelia, oh implacable Saturno, crudelísimo Guillermo, sabio hermano mío?

¿Y el viejo? ¿Por qué muere el viejo, el tempestuoso niño de cien años?

El genio ve la esencia de lo que vive y de lo que no vive.

Lear muere, muere siempre. Y sobre todo, Cordelia.

Y por eso la humanidad no muere de podredumbre, y el hombre se distingue de la bestia: porque las inyecciones de sacrificio divinizan su sangre.

¡Blanca muerta! ¡Cordelia libertadora!

.....

II

Artigas ha pasado derrotado al territorio occidental, mirando largamente la patria, que le tiende los brazos... ¡El bárbaro y tempestuoso Artigas!

Lo ha perdido todo, menos la majestad intrínseca; no ha perdido ésta, puesto que él vive. Él es el rey de los pies a la cabeza, en medio a la tempestad.

Está solo con su propia fortaleza.

Bien comprendéis lo que yo quiero decir aquí, cuando hablo de realeza y majestad intrínsecas.

El caudillo ha establecido su campamento en Abalos, provincia de Corrientes, allá en el Norte. Pero,

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

puesto que vive, vive con su pensamiento. No ha podido ir allí, sino con el propósito de rehacerse, de reunir elementos para volver a su patria, y reconquistarla; aun cree contar con el pueblo. Sin ese propósito en el alma, ésta estaría de más en su cuerpo, y no tendría más objeto que conservarlo, como la sal que apergamina la carne.

Allí espera el desenlace de la campaña de Buenos Aires, cuyo resultado esencial debe ser, según lo ha proclamado él mismo por boca de los portadores de su espíritu, de su nombre y de su palabra, la inmediata unión de todas las armas occidentales en la reconquista, que urge mucho, de la Provincia Oriental, núcleo heroico del pensamiento triunfante.

Pero Artigas sabe que los vencedores en Cepeda llevan en las entrañas la mordedura de la serpiente: Carrera y los otros están enroscados por allí; han marchado al lado de los caudillos populares.

Y, casi el mismo día en que éstos vencían en Cepeda (1.º de febrero de 1820), Artigas era derrotado en Tacuarembó (22 de enero).

El héroe lo ha visto todo; su cara está llena de sombras luminosas, y el bosque lleno de tempestad. Todos los elementos comienzan a gruñir sobre su cabeza.

Al establecer su campamento en Abalos, recibe de López Jordán la invitación de pasar a Entrerríos, a la provincia de Ramírez, el que, como la hija del rey, le ha hecho mayores protestas de amor, el que, hace pocos días, le llamaba jefe inmortal, etc. Allí tendrá los atributos de la realeza; será el anciano desposeído que busca refugio.

—¿Volver a su casa — dice Lear — y ver despedidos cincuenta de mis caballeros?... No: prefiero ir a vivir

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

lejos de las habitaciones de los hombres, expuesto a las injurias del aire; constituir mi sociedad con el lobo y la lechuza.

Artigas entrará en Entrerríos; siempre ha entrado, sin necesidad de invitaciones; llamado como salvador. Pero entrará allí con su actitud, con su gesto: rey de pies a cabeza, con los honores reales, con sus cien caballeros, cuando menos.

Para ello ha comenzado, ante todo, por rehacer el ejército, chico o grande, que enarbole su bandera, la creada en Purificación, la vencida en Tacuarembó, la que acaba de triunfar en Buenos Aires, la que enarbolaban las provincias: el ejército oriental. Con los pedazos ensangrentados de su legión vencida, y con los elementos que le proporcionó el gobernador de Corrientes, unidos a los indios de las Misiones que se le incorporan, constituye los últimos tercios de la Patria Oriental, la guardia de honor de su bandera. En esa actitud espera que empiecen a volar las tempestades, que están posadas, como buhos, en las ramas que se retuercen en la sombra.

Y ésta, la obscuridad que habitan las rampantes criaturas, no tarda en caer.

Todos los odios históricos se han desatado, como truenos, sobre la cabeza del héroe caído. Aquella niebla que empezó a subir de la tierra con la deserción de Bauzá y la insidia de Otorgués cierra ya los horizontes; los relámpagos encienden la masa negra de las nubes; parecen sentirse las primeras grandes gotas de lluvia que estallan en el polvo. Ramírez ya no es amigo de su jefe. Sarratea, Alvear, Carrera... todos esos ojos relampaguean. Ya han celebrado el *Tratado del Pilar*.

¿Qué ha pasado bajo los pies y sobre la cabeza de

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

Artigas?... Pues, ¿qué ha de pasar, sino la obra del reptil oculto en las entrañas malditas de la naturaleza humana?

¡Oh Cordelia!

III

Ahora es el momento de hablar de ese *Tratado del Pilar*, amigos míos, concertado entre Sarratea y los caudillos vencedores. Con Sarratea, como lo sabéis, iban Alvear y Carrera y todos los demás.

Eso que ha sido llamado un tratado, no fué tal, ni cosa que se le parezca: fué la incorporación de López y Ramírez al sanedrín político que, en Buenos Aires, pugnaba por echar abajo la autoridad de Rondeau, pero que, como os lo he dicho tantas veces, no disentía fundamentalmente de ella, y veía en Artigas, sobre todo, al enemigo. Los que subían, Sarratea, Alvear, Carrera, Soler, Dorrego más tarde, Rivadavia y García después, Rosas, por fin, todos son tanto o más enemigos del héroe que los que bajaban. López y Ramírez, al incorporarse a eso, se diluyen en ello, desaparecen como agentes de la visión de Artigas, para transformarse en instrumentos políticos que serán llevados y traídos por el viento, hasta que aparezca el dragón apocalíptico. ¿Culpables?... No: hombres, simples hombres mordidos por la serpiente.

Ramírez va a ser pronto decapitado por López, en provecho propio y de Buenos Aires; Carrera será fusilado donde lo fueron sus hermanos; Dorrego, prisionero, será también ajusticiado más tarde por Lavalle, que lo será por Rosas, el restaurador. En nada de eso estará Artigas, por supuesto.

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

¿Qué había de escribirse en ese llamado *Tratado del Pilar*, sino la confirmación de todas las condenaciones a muerte del profeta?...

Y eso se escribió. Pero se hizo en forma insidiosa, recelosa, rampante. Artigas, derrotado y abandonado, conservaba todavía, como el héroe muerto, amortajado en su armadura negra, lo que Kent encuentra en la cara de Lear: el sello de la autoridad. Se temía su gesto, que daba miedo; su fascinación sobre el pueblo, sobre las fuerzas de la naturaleza. Se le miraba de lejos, de alto a bajo, y se fraguaba el modo de derrumbarlo.

Ese llamado *Tratado del Pilar* tenía sus *cláusulas públicas* y sus *cláusulas secretas*.

En las públicas, se siente con toda precisión el silbido de la serpiente. En ellas se acepta el triunfo de los principios de Artigas, y hasta se consagra la solidaridad de todas las provincias para resistir la invasión portuguesa. Pero, a este respecto, se decía en uno de sus artículos: «Aunque las partes contratantes están convencidas de que todos los artículos arriba expresados son conformes con los sentimientos y deseos del Excelentísimo Señor Capitán General de la Banda Oriental, Don José Artigas, según lo ha expuesto el Gobernador de Entrerríos, que dice hallarse con instrucciones privadas de dicho Señor Excelentísimo para este caso, no teniendo aquél poderes en forma, se ha acordado remitirle copia de esta acta, para que, siendo de su agrado, *entable desde luego las relaciones que puedan convenir a los intereses de la provincia de su mando, cuya incorporación a las demás se miraría como un dichoso acontecimiento.*»

Tened en cuenta, mis amigos, que todo eso, «Señor

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

Excelentísimo», «lo que sea de su agrado», «*la provincia de su mando*», se le dice a Artigas después de *Tacuarembó*... y se lo dicen Ramírez y López, sus caudillos.

¡Ramírez y López! Créalo así quien no tenga ojos ni orejas. Eso lo dice la serpiente. Esa voz no es voz de caudillo campesino; así hablaba Gonerila a su viejo padre desarmado; así Regana, y todos los seres rampantes.

Nada puede concebirse de más cruel que esa invitación a venir a incorporarse a las demás provincias, hecha a la Banda Oriental, que agoniza en las garras del portugués, aliado del Directorio.

No hay duda de que se vería como un dichoso acontecimiento, como un milagroso suceso, cuando menos, la incorporación de esa pobre muerta al mundo de los vivos. Sería muy interesante verla caminar por sus pies. Porque todos la creían muerta, muerta para siempre. ¿Y qué importaba?... La falta de la provincia atlántica no menoscababa la integridad de las andinas, de las *Provincias Unidas*. Salvándose la frontera del Uruguay, ¿qué importa que el portugués realice sus ensueños, y se trace, como límites naturales de su *imperio americano*, el Uruguay y el Plata?... Para los enemigos de Artigas, ésas son dos monarquías aliadas, pero distintas: la andina, de habla española, y la atlántica, de lengua portuguesa. Es de López, el historiador, esta afirmación: «Artigas desapareció sin que se menoscabase un palmo de territorio argentino». La absorción, pues, de la Banda Oriental por la familia portuguesa en nada afectaba a la española occidental.

Y así hubiera sucedido, si Artigas no hubiera puesto allí su río de sangre heroica, para marcar la frontera étnica, la climatérica, la sociológica, de la lengua

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

y del espíritu españoles, que separó las dos naciones atlánticas: la República Oriental del Uruguay y los Estados Unidos del Brasil.

¡Se miraría como un dichoso acontecimiento!...

Imaginad, mis amigos, el efecto que habrá hecho ese sangriento sarcasmo en el alma de Artigas, que esperaba el inmediato auxilio de sus capitanes.

Ha habido, sin embargo, pues para todo hay gentes en este mundo, quien ha creído que Artigas pudo haber aprobado los tratados del Pilar, porque consagraban el triunfo de sus principios, la federación, aunque abandonaban la Banda Oriental al portugués; aceptar el compromiso de hacer caminar sola a su patria agonizante, para realizar *el dichoso acontecimiento* de unirla a sus hermanas vencedoras; hacerla ir al Congreso, etc., etc.

¡Pero si no puede caminar!... ¡Si ha perdido toda su sangre, toda la que tenía en las arterias, para que el triunfo del principio republicano, exclusivamente suyo, sea obtenido en provecho de América!

Muy al contrario de los ingenuos historiadores, pensaban bien los que escribían el sarcasmo de esa cláusula implacable; bien sabían ellos que ésta significaba la más irreverente declaración de guerra al héroe caído y a los últimos restos de la nación extenuada.

Y tan era así, que, al mismo tiempo que eso escribían en las cláusulas públicas, preparaban esa guerra inevitable *en las cláusulas secretas*. En éstas se armaba rápidamente a Ramírez, para sostenerse en su actitud desnaturalizada, y responder, con las armas en la mano, al emplazamiento que no podía menos de hacerle su antiguo jefe y conductor. Éste iba a llamarlo a juicio, no podía caber la menor duda.

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

En esas cláusulas secretas se conspiraba contra los dos héroes, contra los dos hombres reales que sostienen la gran bandera: San Martín y Artigas.

Para aniquilar al último, se daba a Ramírez dinero; se le suministraban armas, municiones, una escuadrilla; al mismo tiempo, un experto jefe de Buenos Aires, lleno de odio patricio contra el héroe republicano, don Lucio Mansilla, que será el sucesor de Ramírez, decapitado por López, se incorporaba, con anuencia del gobernador Sarratea, al ejército del caudillo entrerriano, como jefe de artillería e instructor de infantería.

Para aniquilar a San Martín se habilitaba a Carrera; se le daban armas, soldados, elementos con que pasar la cordillera y vengar en Chile sus agravios.

San Martín era fuerte; tenía su ejército, su escuadra, sus victorias, su alianza con un gobierno rico y un bravo pueblo hermano; hasta tenía, como elemento de fuerza, la propia debilidad de su pensamiento; él no era un creyente en la fe democrática; estaba dispuesto a coronar al rey, con tal de vencerlo. Y es indudable que hacer triunfar la democracia era más difícil que vencer al rey.

San Martín era fuerte.

Pero ¿qué eres tú, oh viejo Lear?... Tú no aceptas más rey que tu visión democrática; te sientes, porque eres el pueblo, rey de los pies a la cabeza, como el primer día; antes que ser infiel a tu mensaje profético, prefieres constituir tu sociedad con el lobo y la lechuza. Mira, en cambio, alrededor tuyo: la tempestad de inquietudes, de traiciones, de insidias y de ambiciones está sobre tu cabeza y bajo tus pies. Lo que queda en tu patria no reniega de ti, pero tie-

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

ne que someterse al invasor; los caudillos te dejan y los políticos se alegran.

Los mismos seres de la noche, dice Glóster al viejo Lear, las mismas cosas de la noche no aman una noche como ésta. Lo que pasa allá arriba amedrenta hasta a las bestias rampantes de las tinieblas, y las retiene acurrucadas en sus cavernas.

Y el rey contesta: «Los grandes dioses, que forman ese espantoso tumulto sobre nuestras cabezas, sabrán ellos mismos reconocer a sus amigos. ¡A ti te toca temblar de terror y miedo, miserable perjuro, cara de hombre de bien, que incubas el incesto! ¡A ti temblar de la muerte, asesino, hipócrita de sanguíneas manos! ¡Crímenes escondidos en el secreto, salid; dejad a la fuerza vuestros escondrijos, para clamar gracia, ante estas terribles intimaciones de arriba! ¡Pero yo! Yo soy un hombre contra el cual se ha pecado».

Muy poco esfuerzo de imaginación os es menester, mis queridos artistas, para ver al abandonado rey de los tiempos heroicos de Inglaterra, en ese Artigas que, en medio de la universal conjuración, mira de frente la tempestad que sopla en sus cabellos, llama a juicio a Ramírez, y, reprobando los tratados del Pilar, le increpa su traición.

Ramírez comienza por ocultar la insidia; niega ante Artigas las cláusulas secretas, «niega con lisura y sin verdad», dice don Vicente Fidel López; reproduce aquellos enigmas vergonzosos o misterios impenetrables que Artigas veía en los enviados de Buenos Aires; concluye, por fin, por lanzar a su antiguo ídolo las palabras de Gonerila y de Regana al viejo padre desarmado.

Ramírez escribe a su general. Lo inspiran Sarratea,

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

Soler, Carrera. El genio de Buenos Aires le lleva la mano; sonríe detrás de su cabeza de cabellos negros condenada a muerte, y goza con los sufrimientos y con las iras que provocará en el gigante derrumbado.

Artigas ya no es el Jefe inmortal, ni Su Excelencia el Protector de los Pueblos Libres; ya no es el Libertador proclamado por todas las provincias: es el derrotado.

Vosotros conocéis, mis amigos, las comunicaciones de Artigas a Ramírez y a los otros capitanes occidentales que lo obedecían; conocéis, pues, la índole de las relaciones entre aquél y éstos.

No veo, pues, la necesidad de insistir, con documentos probatorios, en lo que os ha demostrado ya la historia misma: en la diferencia entre el *héroe* y *personaje reinante*. Observemos, sin embargo, que Ramírez y López han llegado a Buenos Aires como agentes del *artiguismo*, de que hablamos más de una vez; con el pensamiento, con la palabra, con la bandera del héroe. Si Ramírez, y no López, es aquí reconocido como jefe supremo, no lo es por sus condiciones personales, que no eran superiores a las de aquél, sino porque se le considera el depositario más inmediato de la confianza y de las instrucciones de Artigas; como su verdadero representante. En las comunicaciones que entonces redacta Buenos Aires, López figura como el «gobernador de Santa Fe»; pero Ramírez, con ser el gobernador de Entrerríos, es llamado «*el representante de Su Excelencia el Jefe de los Orientales*» y por eso se le reconoce la primacía.

Ved lo que ahora escribe Ramírez al que fué para él persona casi augusta: «Ha llegado el momento de que la repetición de actos tiránicos que han marcado

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

su mando disipen el prestigio de V. E., y que sea conocido como es en realidad. ¿Qué especie de poderes tiene V. E. de los pueblos federales, para darles la ley a su antojo?... ¿V. E. es el árbitro soberano de ellos, o fué sólo *uno de los Jefes de la Liga*?... Cuando marché a Buenos Aires, anuncié a las provincias que la complicación de aquel gobierno con la corte del Brasil amenazaba su libertad... Los primeros pasos y los que se den en lo sucesivo, no han exigido el influjo de V. E., *cuyo nombre se invocó alguna vez* para mostrarle la consecuencia y la buena fe con que le mirábamos... Las dudas de V. E. son un claro ardid para apropiarse la obra de los demás... La provincia de Entrerríos no necesita su defensa, ni corre riesgo de ser invadida por los portugueses, desde que *ellos tienen el mayor interés en dejarla intacta, para acabar la ocupación de la Provincia Oriental,* a la que debió V. E. dirigir sus esfuerzos. Los recelos de V. E. sobre la convención de Buenos Aires son un nuevo comprobante de que la opinión de V. E. no tiene por norte la voluntad sagrada de los pueblos... Abandone V. E. una provincia que no le llama, no le quiere, ni lo recibirá sino como a un americano que busca refugio... ¿Que se declare la guerra a los portugueses? ¿Cree V. E. que, por restituirle una provincia que ha perdido, han de exponerse las demás con importunidad? Aguarde V. E. a la reunión del Congreso, que ya se habría celebrado a no hallar entorpecimiento de su parte.»

Fué en una situación como ésta, cuando el perturbado Lear lanzaba sus grandes clamores. Era viejo, y no tenía fuerzas para encerrar sus gritos en el corazón; en vano pedía al boticario una onza de algalia para perfumar su cerebro. Era entonces cuando el

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

anciano loco gritaba:—¡Lluvia, viento, relámpagos y truenos; vosotros no sois mis hijos! ¡Yo no tengo que denunciar vuestra ingratitud; yo no os he dado jamás un reino, ni os he llamado mis hijos; vosotros no me debéis obediencia!

Y recordaréis sus nuevos gritos:—Óyeme, ¡oh naturaleza!... Óyeme, escucha mi voto, divinidad amada. ¡Si te proponías hacer fecunda a esta criatura, suspende tus designios!... Pon la esterilidad en sus entrañas; neutraliza en ellas los órganos de la maternidad, y que, de su cuerpo maldito, no nazca jamás un hijo que la honre. ¡Si llega a ser madre, que el hijo que dé a luz, amasado de hiel y perversidad, llegue a ser el tormento de su vida; que are de arrugas su frente joven; que imprima en sus mejillas agrietadas la huella de sus llantos incesantes; que se ría de los dolores de su madre y pague con desprecios sus beneficios, a fin de que, por experiencia propia, sepa que la mordedura de una serpiente es menos cruel que el dolor de tener un hijo ingrato!

El corazón de Artigas debía de estar, estaba seguramente, tan lleno de alaridos como el de Lear. Pero aquél tenía fuerzas para encerrarlos con cerrojos, como debemos hacerlo nosotros, los hijos y herederos del viejo rey. Artigas hacía bien; la salida de esos hijos del dolor da ocasión a que las almas chicas se alimenten de la sangre de las grandes, como los vampiros.

Artigas, en silencio, se lanzó sobre Ramírez.

IV

La forma en que el héroe oriental, como el caballero de la armadura de plata, se hunde en la tempes-

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

tad, que lo espera desde todos los horizontes, parece que lo incorpora a la gran naturaleza irritada, como uno de sus elementos. El hombre inspirado es también una fuerza de la naturaleza, y la más grande; fuerza consciente unas veces, inconsciente las más. Lo que hay en él de más intenso, procede generalmente de esa misteriosa subconciencia, equivalente a las ignotas leyes del universo.

Durante cuatro meses, el suelo de la provincia de Entrerríos resuena golpeado por las batallas. Son cuatro meses de choques estupendos; el tropel de los caballos corre de Norte a Sur, y de Sur a Norte; los entreveros inverosímiles son convulsiones incesantes de aquella tierra.

Artigas lucha entonces personalmente, al frente de sus huestes a caballo. Ahora él tiene que serlo todo: brazo y pensamiento. Penetra en la provincia de Entrerríos, y se apodera de ella; busca a Ramírez. Éste, que es animoso y audaz, no puede menos, a pesar de su ventajosa situación, de sentir un sobrecogimiento supersticioso a la aproximación de su jefe, del que fué su semidiós; pero lo espera resuelto en *Las Guachas*. Era el 15 de junio de 1820. El choque de lanzas y caballos fué formidable. Artigas venció. Sus caballerías arrollaron y dispersaron a las enemigas, y siguieron tras ellas hacia la ciudad de la Bajada. En ésta se encerró Ramírez, a fin de rehacerse. Allí estaba Lucio Mansilla, el jefe suministrado por Buenos Aires, con fuertes infanterías y artillería. Pero Artigas iba detrás de Ramírez, y quería terminar allí su primera victoria. No había tiempo que perder, porque el tiempo era el aliado del enemigo. El 24 de junio, sin sacudirse el polvo de *Las Guachas*, libra el nuevo y decisivo combate. No era lo mismo:

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

los batallones de infantería del coronel Mansilla recibieron en las puntas de sus bayonetas triangulares las tres desaforadas cargas de los jinetes de Artigas, que rodaban por centenares...

Todo se perdió allí. Artigas se quedó sin ejército; sólo le restaban hombres dispuestos a morir a su lado. Nadie mejor que él pudo apreciar si aun quedaba algo que hacer.

Ramírez persigue al héroe vencido, que se repliega hacia el Norte, hacia la frontera del Paraguay, volviendo de vez en cuando la cara, y combatiendo en *Sauce de Luna*, en *Las Tunas*, en *Yuquerí*, en *Abalos* por fin...

Se va hundiendo en la sombra, pero como una gran nube, resistente a toda disolución. La sombra del héroe parece más compacta, más dura que el héroe mismo; los vientos la empujan, pero sin disipar su divino gesto; camina sobre los aires negros; mira con fijeza los relámpagos; es serenidad flotante entre las ráfagas.

El coronel Cáceres, que, de antiguo soldado de Artigas, se ha convertido en brazo de Ramírez, escribe en sus Memorias: «Era tal el prestigio de este hombre, que, a pesar de sus continuas derrotas, en su tránsito por Corrientes y Misiones, *salían los indios a pedirle la bendición y seguían con sus familias e hijos en procesión detrás de él, abandonando sus hogares.*

»En Abalos escapó Artigas con 12 hombres; cesó Ramírez de perseguirlo, porque ignoraba su dirección, y no se le creía capaz de hacer resistencia. Y, a los ocho días, supimos que había reunido más de novecientos combatientes y estaba sitiando el Cambay...»

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

Ramírez ha vencido; ha triunfado Buenos Aires; pero es López, el caudillo de Santa Fe, quien recogerá la mayor victoria. Éste ha seguido con alegría el derrumbe de su antiguo jefe, en cuya caída ve también la de Ramírez, su rival. Él se ha aliado ya con Buenos Aires; será su caudillo contra Ramírez, a quien cortará muy pronto la cabeza. Ya entonces no estará Artigas para poner paz entre sus capitanes; éstos comenzarán a devorarse los unos a los otros. Ya no estará Artigas. Y aparecerá entonces el natural substituto del héroe, que será aclamado en Buenos Aires: el tirano.

Lear decía:—¿No has visto los perros de la alquería cómo ladran a los mendigos?

Glóster.—Sí, señor.

Lear.—¿Y cómo los mendigos escapan?... Es el símbolo del poder: un perro al que se le debe obediencia.

V

Este vencimiento, amigos, del andante Artigas es un suceso que deja en el espíritu, si miráis en ello, la sensación de sorpresa y de melancolía de los desenlaces inesperados. ¿Pero han vencido ya, realmente, definitivamente, a Artigas?, os sentís inclinados a preguntar...

Sí, mis artistas; está vencido como debía serlo, definitivamente derrotado; se acabó la historia de su vida pública. Y yo os digo que si ese desenlace no fuera real, como lo es, el poeta épico lo hubiera inventado para este humano drama; se lo hubiera impuesto la inspiración, mejor dicho, pues los ver-

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

daderos poetas no inventan nada propiamente; no conducen a sus héroes, sino que son conducidos por ellos. Yo mismo llego a creer, os lo aseguro, que estoy construyendo algo fingido, o repitiendo un cuento que me contaron, cuando os refiero esta peregrina historia. Esos tales caballeros deben ser vencidos; lo han sido siempre; lo fueron desde Sansón el cabelludo, que acabó tirando de la noria como si fuera un mulo, hasta Héctor el troyano, domador de caballos, arrastrado por el carro de Aquiles, y hasta Don Quijote, domador de endriagos malignos, y el más amable de todos los nobles caballeros que en el mundo han sido.

Es también el más real de todos este hidalgo manchego; mucho más, no hay que decirlo, que el artificial Bonaparte, con su tricornio y su Santa Elena. Vencido por Sansón Carrasco, bachiller de Salamanca, aquél, el Caballero de los Leones, representa el triunfo de las justicias de este pícaro mundo. Carrasco traía una magnífica armadura prestada, que se sacó, no bien hubo derribado a Don Quijote; se la sacó en la posada, porque le incomodaba mucho. El buen caballero derrumbado le había pedido la muerte. No pudo obtenerla; hubo de resignarse a la vida... y Don Quijote, ignorante de quien lo había vencido, víctima del rencor anónimo, quedó triste en su soledad...

El lector de ese libro evangélico, al llegar a esa página, la más honda que escribió Cervantes, derrotado también y próximo a la muerte, siente que se le estruja el corazón; no pocos lloran al leer esta aventura, «la que más pesadumbre dió a Don Quijote de cuantas hasta entonces le habían sucedido». Cervantes vió a Artigas en aquel momento, a todos los Artigas habidos y por haber.

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

Ese caballero debe ser vencido por Ramírez, agente de los bachilleres de armaduras prestadas o postizas; debe irse, con la cabeza sobre el pecho, con el caballo jadeante al paso, con el sol poniente sobre los pliegues del poncho americano... vencido por el sol.

El hidalgo manchego, como caballero que era, cumplió su promesa: colgó sus armas, heredadas de los abuelos, en el tronco de un árbol del camino, y se quedó en medio de éste, en medio del camino polvoroso, con su jubón y sus calzas de hidalgo pobre, con su fiel escudero que lo miraba en silencio, y con su caballo sin arneses, que parecía un hombre flaco... Y, para colmo de humillación, una piara de cerdos pasó poco después sobre todos ellos pisoteándolos: sobre el caballero, sobre el caballo que fué glorioso, sobre el escudero que fué gobernador.

Sancho el bueno consuela a su amo, por temor de que se muera de pena; le propone hacerse pastor de rebaños; sonará el rabel tras las ovejas... Sí, el rabel... Don Quijote sonríe tristemente, tristemente; acepta, al parecer, la nueva vida bucólica, como se aceptan todos los consuelos bien intencionados; pero otra cosa que ovejas y zagalas hay en su alma para consolarla: la visión acompañante, Dulcinea, Cordelia, el amor a la inmortal belleza, único objeto que hace de la vida algo digno de ser vivido.

Imaginad, pues, mis artistas, a fuer de tales, la figura estética de ese hombre Artigas vencido. Está sentado, allá en el Norte de Corrientes, a orillas del río Paraná, linde meridional del Paraguay. En el Paraguay está el otro hombre, don Gaspar Rodríguez de Francia; allí no hay anarquía ni guerra: hay paz. Artigas tiene su caballo de la rienda; está envuelto

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

en su poncho, y con la pesada cabeza entre las manos. Sus últimos fieles lo miran en silencio.

¿Qué pasa en el alma de esa extraña criatura?... Ha tomado una resolución inquebrantable; ha hecho un voto perpetuo: ha atado su vida. ¿Qué va a hacer?... Es claro que ha rechazado, sin vacilar, la idea de entregarse a sus enemigos de Buenos Aires. Figuraos a Artigas prisionero en esa ciudad. ¡Artigas en poder de Alvear, de Sarratea, de Soler, de Dorrego o de Lavalle, de Rosas, por fin!...

Pero, en esos momentos, el héroe ha recibido la reiteración de la amnistía portuguesa, que es sincera. El rey de Portugal le ofrece, cortésmente, lo que ya han aceptado sus capitanes orientales: el grado de coronel, la residencia en Río Janeiro, con todas las garantías, una pensión... El portugués se quedará con su patria, nada más... nada más.

Artigas sonríe con amarga melancolía. Está dispuesto hasta a aceptar la limosna; pero no la de la corte de Río Janeiro.

El luchador vencido recibe entonces el más grande de los consuelos: el testimonio de respeto y el homenaje que más podía sacudir su corazón estoico. Hoy sacude el nuestro, el de sus hijos, y sentimos un escalofrío. Si fuera posible llorar cuando se habla de Artigas, que no lo es, en este momento lloraríamos de gratitud, amigos míos. Ha llegado a manos del héroe una carta del cónsul de Estados Unidos en Montevideo, en la que, a nombre de su gobierno, ofrece respetuosamente *al general Artigas* «los medios de seguridad para trasladarse a los Estados Unidos, donde sería bien recibido, y se le asignaría el sueldo de su clase, para vivir tranquilo, con comodidad, y con las consideraciones debidas a su rango». «El gobierno

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

de Washington, agrega la nota, tendría mucha satisfacción en recibir a huésped tan honorable, en la Unión Americana.»

¿Puede Artigas rehusar este ofrecimiento de la democracia de Washington, su hermano?... ¿No ve que es sincero, y que eso significa que allá, en la gran República, se le conoce, se le sigue, se le considera como a uno de los derrotados con gloria que el mundo acata?... Dos años antes, en el Congreso de Estados Unidos se le proclamaba *el bravo y caballeresco republicano*, el único capitán de la democracia en el Plata. Este ofrecimiento, en sus momentos de infortunio, es la más expresiva y generosa ratificación de aquel concepto; la distancia, material y moral, es aquí una especie de posteridad.

Artigas rehusa cortésmente el ofrecimiento; lo agradece, pero lo rehusa. No, no irá a los Estados Unidos; ha tomado su resolución.

¡Alma fuerte y extravagante!

Lo que pasa en ese hombre, mis amigos, y lo que seguirá pasando en él es un misterio; tiene el silencio de los lagos de montaña, inmóviles y profundísimos en sus nieblas. No en vano los comentarios son aquí contradictorios.

Artigas rehusa también lo que le ofrecen varios caudillos del Chaco, que le traen sus huestes, que quieren morir a su lado y lo miran como a un ser extraordinario. No, él ha tomado su resolución.

En una noche estrellada, reunió a sus últimos compañeros, y, a la luz del fogón, que humeaba en el desierto, mientras la Cruz del Sur, constelación augural, brillaba en el cielo, les hizo saber su resolución: se ausentaba del mundo para siempre; se iba a la sepultura,

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

al Paraguay de Rodríguez de Francia. Todos quedaban en libertad de ir donde sus destinos los llevaran.

Algunos se fueron; otros quedaron a su lado. Ansina, su negro asistente, le dijo: «Mi general: yo le seguiré, aunque sea al fin del mundo.» Ansina envejeció con Artigas. El negro Joaquín Martínez no dijo nada; pero también siguió a su capitán; fué la sombra buena del héroe: vivió de la vida de éste y murió de su muerte.

Artigas puso su caballo al paso, y se dirigió a la frontera del Paraguay. No acepta el ofrecimiento de Washington, y va a golpear la puerta de don Gaspar Rodríguez de Francia, como Lear, lejos de las habitaciones de los hombres, expuesto a las injurias del aire. Va a constituir su sociedad con el lobo y la lechuza.

Y allá va, rodeado de su última guardia, 200 lanceros; acompañado de su pobre negro Joaquín Martínez, de su negro asistente Ansina.

El grupo derrotado cruza las soledades; de ellas salen, como fantasmas simbólicos, los indios que las recorren; se atraviesan al paso del héroe, y, con el fervor del hombre primitivo, que ve dioses en todas las cosas grandes, le besan la mano, y le piden la bendición, y siguen tras él con sus familias. ¡Los indios!... ¡El último homenaje!... ¡Oh, el misterio de la raza muerta!...

«Dejad que bese esa mano» — dice Glóster al rey despojado, pero siempre rey. —«Espera a que me la enjugue: huele a muerto.»

Allá, en la frontera del Paraguay, Artigas se dirige al Dictador, y le pide asilo. Su nota es de 20 de agosto de 1820. Ya la conocéis por referencia de un documento de Francia que leímos; la original es desconocida;

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

no se ha podido encontrar, a lo que yo sé. En ella manifiesta al Dictador el propósito de retirarse por completo a la vida privada, «desengañado, decía, de las defecciones, traiciones e ingratitudes de que había sido objeto y víctima»; allí dice que se retira de la vida pública «*en obsequio a los principios republicanos que la América entera proclamaba, y de que él había sido sostenedor desde el principio, pugnando por la libertad que debía asegurarle la independencia*»; manifiesta, por fin, al Dictador, que, si no obtiene el asilo que solicita, se irá a vivir a los bosques.

Artigas aguardó en silencio, y con visible ansiedad comprimida, la contestación de Francia. Ésta vino por fin. Francia le dijo que sí, que estaba dispuesto a darle asilo en el Paraguay.

VI

Recordaréis que, en la sentencia dictada por Francia contra Cabañas, aquél consignaba el estado miserable en que Artigas y los suyos se habían refugiado en tierra paraguaya. Y así era en verdad. El héroe salió indigente de la tierra que libertó; indigente entró en la que le dió de limosna su último pan y su sepulcro.

Pero fué porque lo quiso así. Nada más misterioso que este episodio de la indigencia de Artigas, mis amables artistas. Yo os ruego que penséis en él. Se presta a todas las meditaciones.

Entre los más tenaces ejecutores de la persecución de Ramírez figura el coronel don Ramón Cáceres, antiguo capitán del héroe vencido, y ahora su enemigo. Cáceres nos ha dejado sus *Memorias*, y en ellas

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

nos relata cómo logró, en aquella persecución, sorprender y apresar, en la *Posta Sarandí*, al comandante Aniceto Gómez, que, llevado enfermo en una carretilla, era depositario del dinero de Artigas. El jefe de Ramírez logró arrebatárselo. Eran, según dice, 428 onzas de oro (equivalentes a 7.000 pesos o 35.000 francos), que estaban en una bota de cuero de potro. Cáceres hizo entrega de ese dinero a Ramírez, su jefe. «Escribo, agrega, ante mis contemporáneos, y sin temor de ser desmentido; el general Urdinarrain era ayudante de Ramírez, y sabe que es exactísimo mi relato.»

No hay para tanto; el héroe que para siempre se va no entablará demanda por cobro de monedas; podéis quedaros con sus monedas, amables boticarios.

Al recibir la contestación de Francia que le concede asilo, Artigas vió que aun le quedaba algún dinero en el bolsillo. Había allí cuatro mil pesos o *patacones*, como entonces se decía. Cuatro mil pesos no hubieran sido un gran salario para pagar al héroe su jornal; él había sido rico; lo habían sido los suyos, como sabéis: su padre, su familia. Todo se había sacrificado a la patria. Su familia queda en la indigencia; en Montevideo está su mujer enferma, su pobre Rafaela, que muere en esos momentos precisamente; su hijo, de pocos años, que queda huérfano y pobre, pobre para siempre. Esos cuatro mil pesos no eran, no, un gran salario; pero, en aquel tiempo, y en aquel momento, eran una fortuna.

El héroe buscó, entre los suyos, un hombre que se sintiera con ánimo y fuerzas para ir, en su nombre, a Río Janeiro. Allí, en la *Isla das Cobras*, estaban sus soldados prisioneros: Otorgués, Lavalleja, Bernabé

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

Rivera y otros. Andresito ya no estaba: se había muerto en la prisión. ¡Artigas pensaba en ellos! El bueno y leal Francisco de los Santos, simple soldado, se ofreció a desempeñar la comisión. Artigas tomó el puñado de monedas, todo el puñado, sin reservarse una sola pieza; lo puso en manos de Santos, y envió a éste a que pusiera ese dinero en las de Lavalleja, «para que lo aplicara a aliviar su situación, y la de sus bravos compañeros cautivos». Santos cumplió su comisión: salvó a caballo la enorme distancia que lo separaba de Lavalleja. Éste recibió íntegro, en Río Janeiro, el último dinero del padre Artigas. Y Artigas se quedó entonces sin nada... realmente mendigo.

Helo ahí en toda su grandeza real: es el hombre libre. No debe nada a nadie. Para poder vivir, de hoy en adelante, no invocará su pasado, pues vivirá donde nadie lo conoce. Pedirá sólo por el amor de Dios. Y en el amor de Dios morirá.

Si me preguntáis, mis amigos, qué quiere decir eso, yo os contestaré francamente que no lo sé. Ese voto de pobreza me parece indescifrable. No existe en la historia, que yo sepa, un rasgo semejante.

Artigas entonces, como si se hubiera sacudido las manos antes de abandonar para siempre la argentina tierra, en que deja triunfante el germen de la patria, cruza el Paraná, por la Candelaria, y entrega en *Itapúa* su espada a la guardia paraguaya enviada por Francia en su busca. Se hunde en la sombra para no reaparecer.

¿Qué quiere decir ese abandono del mundo?

Yo lo encuentro menos indescifrable que su voto de pobreza. Creo penetrar en la conciencia del héroe. No existe, para mí, un momento más grande, ni tan grande, en esta vida que examinamos. Yo no creo,

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

como algunos, que Artigas abrigó la ilusión de rehacerse en el Paraguay, con el apoyo de Rodríguez de Francia; nadie mejor que él podía saber que eso era imposible. El héroe ha comprendido lo que muy pocos comprenden en su caso: que su misión está cumplida. Desde el punto de vista americano, Artigas, como lo han reconocido sus propios enemigos, ha salvado la democracia, sinónimo de independencia. Esa obra estaba perfectamente terminada. En esos momentos, San Martín, libre de las asechanzas de Carrera y de los demás, gracias a Artigas, y a pesar de los Directorios, realizaba la expedición del Perú. Los fautores de monarquías van a abandonar sus proyectos, aniquilados por la rebeldía de Artigas, y vendrán a organizar el triunfo de éste, y a gozar de él: Rivadavia, García, Gómez, todos los diplomáticos monárquicos preparan ya su inmediato regreso: serán demócratas y hasta se dirán republicanos.

Bajo el punto de vista oriental, Artigas ha amasado la patria con el limo de la tierra, con el *sagrado fango*, y le ha infundido su espíritu; nada importa su temporal cautividad. Las masas campesinas de la Banda Oriental ya no son células dispersas; son un organismo personalísimo, con carácter, con conciencia colectiva. Artigas había agrupado esos hombres, esas familias; los había acaudillado y engreído: los había hecho concebir una fe absoluta en sí mismos. El nombre de *oriental* se consideraba como el supremo título de honor entre los pueblos rioplatenses. El rencor inagotable contra el usurpador extranjero estaba hundido en aquella alma colectiva; y, con él, el orgullo, la altivez y la gloria, simiente de resurrección. Se había condensado una historia, una tradición secular, en diez años;

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

se hablaba entonces, tanto como hoy, de la *Patria Oriental*, como de algo preciso, simple, homogéneo, definitivamente consagrado; como de un organismo tan viviente, más viviente aun, más articulado y concreto, que la patria occidental argentina, diluída entonces en el espacio sociológico, como una nebulosa.

Desde ese momento, Artigas tiene la intuición de que su persona sólo puede ser perjudicial a la patria que engendró; él comprende que ésta, como todos los pueblos americanos, necesita de la alianza con sus hermanos occidentales para imponer su independencia, y que su persona haría difícil, si no imposible, esa alianza natural. Retirarse para siempre, hacerse olvidar, era el último servicio que la patria le exigía. Artigas se lo prestó.

«Sobre tales sacrificios, mi Cordelia, los dioses mismos echan incienso.»

La videncia del héroe en esa resolución, produce en el ánimo el escalofrío del contacto con lo extraordinario. Artigas ve los hechos futuros, como si ellos pasaran ante su vista. Dentro de cinco años, veréis resucitada su bandera y realizada la alianza. No se pronunciará con la boca el nombre de Artigas, pero se invocarán sus tradiciones, como las de un muerto de muchos años. Por eso Artigas, vivo, no quiso más asilo que una sepultura.

VII

El hombre de Las Piedras cruza la frontera del Paraguay el 23 de septiembre de 1820. El 23 de septiembre de 1850, treinta años después, morirá allí.

Os quiero hacer advertir algo muy digno de ser

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

notado. Casi en estos mismos momentos en que Artigas entra al Paraguay, el 7 de septiembre de 1820, San Martín, el hombre de San Lorenzo, desembarcaba, por fin, en Paracas, cerca de Pisco, en la costa del Perú, con el ejército libertador chileno-argentino. Realizaba, por fin, su ensueño de gloria.

¿Creería entonces San Martín que es ese Artigas que golpea indigente a las puertas del doctor Francia, quien ha hecho posible esa expedición, al derrocar a los que la combatían para substituirla por las soluciones diplomáticas? ¿Sabía que, en el tratado del Pilar, en que se fraguó la traición contra Artigas y su pueblo, se daban también a Carrera los elementos para aniquilar al libertador del Perú?

San Martín no pensaba en nada de eso a buen seguro; pero si se hubiese tocado la frente, hubiera sentido en ella el nudo que lo unía a aquel otro hombre, y que lo condenaba al mismo destino. El había sido rebelde como Artigas; había compartido su visión genial, desgarrando el velo de Isis. Y tenía que pagar, como aquél, el delito de ser más grande que los otros hombres, como poseedor del secreto sagrado.

San Martín, por haber tenido algo de común con Artigas, tendrá también algo de su vilipendio y de su infortunio. Las fechas de esas dos vidas, mis amigos, coinciden en modo muy singular. Artigas pasa al Paraguay en la noche del 23 de septiembre de 1820. En esa misma noche, dos años más tarde, San Martín, después de realizar la libertad del Perú, se embarcará, pobre y menospreciado como aquél, en el bergantín *Belgrano*, y se alejará para siempre de aquella tierra, con la misma sombra de Artigas en la cabeza, odiado por los mismos que odian a Artigas, perseguido por los mismos, desconocido de sus propios jefes. El ge-

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

neral Guido, que trataba de disuadirlo de su resolución de abandonar su empresa, nos ha transmitido sus últimas confidencias. «Si he de sostener, le decía San Martín, el honor del ejército y su disciplina, me veré en la necesidad inexcusable de fusilar algunos jefes... Bolívar y yo no cabemos en el Perú; daríamos al mundo un humillante escándalo... No seré yo quien deje a mi patria tal legado.» Hoy la gloria dice que San Martín tenía razón: se fué cuando debía irse.

Entonces escribirá a O'Higgins: «Me reconvendrá usted por no concluir la obra empezada. Tiene usted mucha razón; pero más la tengo yo. Estoy cansado de que me llamen tirano, que quiero ser rey, émperador y hasta demonio».

También se ha hecho a Artigas, como a San Martín, y a todos los héroes, esa cándida reconvención: no haber concluído la obra empezada; no haberse hecho coronar emperador o demonio; no haberse hecho matar, cuando menos, en algún Waterloo, antes de dejarse conducir a Santa Elena. ¡Como si existiera en la tierra alguna obra empezada y concluída por un hombre mortal! ¡Como si la verdadera misión de un genio debiera ser trazada por un hijo de vecino!

San Martín decía la verdad. De regreso de su entrevista con Bolívar en Guayaquil, halló que, en Lima, su nombre era execrado; se le acusaba hasta de ladrón. Lo era; ladrón de fuego. Llega a Chile, y se encuentra con que allí su persona es más odiada que en el Perú; se le llama verdugo. La tempestad estaba sobre su cabeza... ¡Oh viejo rey Lear! Pasa entonces los Andes, con la sombra de los Artigas en los ojos, con la sombra de Lear; vuelve a su patria, a Buenos Aires. Allí fué recibido, dice Mitre, con el menosprecio y la indiferencia pública... Rivadavia, que allí manda, y a quien

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

también llegará el turno de ser rechazado cuando quiera volver, no es más compatible con San Martín que con Artigas. ¿A dónde vas, oh héroe, con esta obscuridad? Las mismas cosas de la noche se acurrucan en estas noches...

San Martín toma entonces, solo con su hija, como Lear y Cordelia, el camino del destierro. Llega a Europa, y se encuentra con la miseria. Huyendo de ella, se vuelve a Buenos Aires, en busca de refugio.

Y arriba a su puerto, en el día aniversario de la batalla de *Chacabuco* precisamente, el 12 de febrero de 1829.

Y los diarios dijeron, al verle llegar, y señalándolo con el dedo: «El general San Martín ha vuelto a su país, a los cinco años de ausencia; *pero después de haber sabido que se han hecho las paces con el emperador del Brasil*».

¿Cobarde? ¡También cobarde!

El héroe bajó la cabeza, con el bofetón en la mejilla, y se fué, por fin, para siempre, a su sepultura, en busca del lobo y la lechuza, que en todas partes se encuentran... aun en los bosques. Ni siquiera desembarcó en Buenos Aires.

Primeramente, a orillas del Sena, en Grand-Bourg, y después en Boulogne, siguió muriendo lentamente; su destino, según él mismo lo decía, era morir en un hospital. Un español, Aguado, compañero suyo de armas en España, sacó de la miseria al que había sido el más implacable enemigo de los españoles y de España.

Y advertid esto, mis amigos: casi en la misma hora del año 1850, morían solos, el general San Martín en Boulogne-sur-Mer, y el hombre Artigas en la Asunción del Paraguay... ¡Casi en la misma hora! ¡1850!

San Martín murió más olvidado y más menospreciado que Artigas...

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

En aquella hora, hubo menos luz entre el cielo y la tierra americanos.

Vamos, mis buenos amigos, vamos a ver morir al más grande de esos dos hombres magnos; va a morir durante treinta años. Vamos a verlo, dentro de su sepultura, y sacaremos de ella sus huesos áridos.

«Ven, oh mi Cordelia, decía el nevado Lear a su visión amiga, vamos a la prisión. Solos los dos, cantaremos como los pájaros en la jaula. Cuando me pidas la bendición, yo me pondré de rodillas. Pasaremos el tiempo así, cantando, y rezando, y contando viejos cuentos, y riendo con las mariposas doradas, y oyendo a los pobres diablos hablar de las cosas de la corte. Y conversaremos sobre quién haya ganado y quién perdido el favor; y, desprendidos del mundo, pondremos en claro las causas y el misterio de todo eso, como si fuéramos observadores enviados por los dioses. Y, en los muros de nuestro calabozo, miraremos pasar las intrigas y las cábalas de los grandes, que crecen y menguan, como lo hace la luna.»

Eso dice el viejo Lear, *King Lear*.

Es más difícil envejecer que morir, nos dice Amiel; porque renunciar a un bien de una vez y en bloque, cuesta menos que renovar diariamente y en detalle un sacrificio... Hay una aureola en la muerte trágica y prematura; no hay más que una larga tristeza en la caducidad creciente.

. . . . . .

Vamos a la sepultura de Artigas. Las visiones luminosas vivirán allí, en grata compañía con el lobo y la lechuza.

Y veremos al héroe pasar rezando, y contando viejos cuentos, y riendo con las mariposas, como si fuera realmente un enviado de los dioses.

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

CONFERENCIA XXVI

LOS TREINTA Y TRES

ARTIGAS EN EL PARAGUAY. — FRANCIA Y ARTIGAS. — EN EL CONVENTO DE LA MERCED. — EN CURUGUATY. — LA PROVINCIA CISPLATINA. — LA PATRIA ORIENTAL NO ESTÁ MUERTA. — EL DESPERTAR. — PORTUGUESES Y BRASILEÑOS. — EL IMPERIO DEL BRASIL. — LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES Y LA DE MONTEVIDEO. — AYACUCHO. — LA MAÑANA DEL 19 DE ABRIL. — LOS TREINTA Y TRES.—LAVALLEJA.—RIVERA.—25 DE AGOSTO.—LA CARTA MAGNA DE LA FLORIDA.—INCORPORACIÓN A LAS DEMÁS PROVINCIAS DE AMÉRICA. — LA DECLARACIÓN DEL 25 DE AGOSTO DE 1825 Y LA DE 25 DE MAYO DE 1810.—RINCÓN DE HAEDO.—NUESTRO CHACABUCO: SARANDÍ, SANTA TERESA.—LA ALIANZA.—ITUZAINGÓ Y LAS MISIONES. — ES PRECISO HACER LA PAZ. — EL PROTOCOLO DE 27 DE AGOSTO DE 1828.—LA LEY DEL CIELO SUBTERRÁNEO. — LA REPÚBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY.

I

Amigos artistas:

Lo que pensaba don Gaspar Rodríguez de Francia sobre ese Artigas, que cae de lo alto, con las alas rotas, en su trampa o guarida, es algo que, a mi entender, no es fácil de averiguar. Aquel hombre Francia, en el Paraguay, es una caverna dentro de otra caverna. Si a vosotros os interesa saber algo de eso, podéis encender vuestro pensamiento, y echar a andar por

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

entre esas tinieblas psicológicas del alma del dictador paraguayo, hasta dar o no dar — que no daréis probablemente — con lo que se mueve en ellas. Por mi parte, os confieso con franqueza que este episodio de que tratamos me desorienta. Os alumbraré, sin embargo, con algunas luces, el camino.

Pero si no es fácil seguir la proyección de Artigas sobre el alma compleja del extraño paraguayo, fácil, y no indigna de analizar, es la que ha dejado en el espíritu simplicísimo del caudillo entrerriano. Cuando Ramírez sabe que su protector y jefe se le ha escapado de entre las manos, siente una inquietud mortal; no puede resignarse a que aquel hombre quede vivo sobre la tierra; lo persigue con una saña en la que se ve mucho de temor, no hay duda; pero más aun de esa irritación morbosa del criminal ante su víctima caída, que se llama ensañamiento.

Ramírez sabe o presume que Artigas está en poder de Francia, y acude a éste, como un loco, pidiéndole angustiosamente su presa, ofreciéndole su amistad, su alianza, todo lo que quiera, a trueque de la cabeza de Artigas.

La nota de Ramírez, que debo inédita al doctor don Manuel Domínguez, es un documento precioso para la psicología de la historia. Está datada en el Cuartel General de la ciudad de Corrientes, el 22 de septiembre de 1820, el día en que Artigas traspone la frontera paraguaya precisamente. Leámosla; dice así:

«Con hallarse el continente de Entrerríos libre del dominio de Artigas, creo que ha cesado la causa que justamente impulsara a V. E. a mantener cerrados los puertos de esa república, habilitando el tráfico y relaciones con éstos, a efecto de obviar que el co-

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

mercio sufriera tanto descalabro como experimentaba por los malvados satélites del pretendido Protector. Ya el dominio del opresor de los pueblos libres terminó con su total ruina y la del grupo de miserables que lo seguían con la esperanza de conseguir un patrimonio como el que tenía formado en la Banda Oriental y Entrerríos; todos éstos se hallan purgando los crímenes que han cometido contra la patria y conciudadanos, y pronto serán juzgados por el respetable Tribunal que al efecto se establecerá sin tardanza para este caso. Recuerdo a V. E. la necesidad que hay de la persona de Artigas para que responda en juicio público a las Provincias Federales de los cargos que justamente deben hacerle por suponérsele a él la causa y origen de todos los males de la América del Sud; por estas poderosas razones y otras que omito, espero que V. E. me remita a dicho Artigas, pues tengo noticias muy fundadas (como lo verá V. E. por el parte original que adjunto) de haberse refugiado o hallarse preso en esa de su mando.»

Ese clásico documento, en que el perturbado caudillo pide, además, al Excmo. Señor Supremo Dictador su alianza y le ofrece la suya con sus protestas de lealtad sin límites, nos esboza uno de los episodios más interesantes y trágicos de nuestra epopeya: el de la vida y desastrado fin de aquel desventurado. Desprendido de nuestra historia, ese episodio daría tema a un drama intenso.

Rechazado por Francia, que le increpa su traición y lo moteja de ladrón y bandido, el lancero artiguista pierde todo rumbo; se le ve correr, como una furia, con la lanza en la mano, por los campos de Entrerríos; espera hallar su fuerza, por si Artigas vuelve, en su alianza con Carrera, el caudillo chileno,

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

que corre también desesperado por esos campos de Dios, en dirección al patíbulo de sus hermanos; pero López, el otro capitán infidente, le sale al paso, y lo mata.

¡Es mucha muerte la de este triste personaje! Imaginaos el entrevero de lanzas en que la de Ramírez pasa de un extremo al otro como un relámpago; el fiero entrerriano se ha retirado jadeante; su banderola gotea sangre. Está derrotado, y va en busca de su concubina, hermosa mujer morena, de grandes ojos voluptuosos, que lo sigue, y a quien ha dejado a cierta distancia del campo. Llega y no la encuentra; la fatal mujer le ha sido arrebatada; está en poder del enemigo. Ramírez vuelve por ella, por sus ojos, por su cuerpo; atropella, como un poseído de las furias, con la negra melena al viento, y la lanza llena de convulsiones; rueda, acribillado de lanzazos, a la vista de la mujer, que grita con voces lamentables, y le tiende los brazos desde la grupa del caballo de su nuevo dueño. Y ve cómo le cortan la cabeza.

No concluye aquí nuestro episodio; su cuadro final nos ha sido conservado por un viajero que, algunos años después, visitó a López, al otro capitán, en Santa Fe, de la que era ya gobernador. El tal viajero nos dice que, sobre la mesa del despacho de López, vió una cosa extraña: era la cabeza cortada de Ramírez, que allí estaba en una jaula de hierro, y hacía una mueca horrible, con los ojos abiertos y los cabellos negros aborrascados. El gobernador la mostraba, como cosa curiosa...

Artigas, entretanto, ha traspuesto, a paso lento, la frontera paraguaya, después de enviar a sus capitanes fieles, prisioneros en Río Janeiro, sus últimas monedas; se ha ido con su invisible Cordelia, a con-

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

tar sus cuentos, y a rezar sus rezos, y a seguir el vuelo de las mariposas doradas...

Allí, en poder de Rodríguez de Francia, permanece durante los veinte años de la asombrosa tiranía de éste, en la que a nadie respetó, a nadie sino a Artigas.

Francia no vió, no quiso ver al héroe caído, por más que éste lo deseaba y lo pidió; no quiso encontrarse con la mirada de Artigas por nada de este mundo. Pero lo trató con respeto tal, y tan constante, que hasta me parece supersticioso. Se diría que se sentía cautivo de su prisionero.

Ese despotismo parece de tiempos muy remotos; se sienten soledades pálidas de multitudes supersticiosas encorvadas; pánicos espantosos de una interminable media noche; ayes y alaridos cuyo origen todos quieren ignorar, por no incurrir en el crimen de oirlos; cosas que no se miran, por no tener el delito de haberlas visto. El recelo y la delación son un viajero perpetuo del aire, que penetra por las cerraduras, y aun a través de las paredes, a media noche, y siempre tiene la cara del doctor Francia. Cuando éste pasaba por las calles de la Asunción, los pocos transeúntes que sentían los pasos de su escolta se ponían de cara a la pared; la mirada del déspota era un espíritu que engendraba obsesiones perpetuas; nadie hubiera querido encontrarse con ella en el transcurso de la vida. Era célibe, sin familia alguna, sin un solo afecto, ni bueno ni malo; vivía encerrado; distribuía personalmente los cartuchos de fusil, bien contados, a sus hombres de armas; el grado militar más elevado en la nación era el de sargento; escribía los procesos de su puño y letra; inventaba suplicios.

El doctor Francia cerró el Paraguay a toda rela-

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

ción con el mundo; su principal preocupación era la de tapiar bien todas sus puertas. Quienquiera entraba en el país, así fuese el súbdito de la nación más poderosa, quedaba encerrado allí para siempre. Es muy conocido el largo secuestro en que tuvo a Bonpland, el sabio francés, amigo de Artigas, en cuya compañía llegó a la frontera del Paraguay. Bolívar pensó en una expedición de guerra sin más objeto que rescatarlo. Las quejas de las víctimas atormentadas sonaban en el silencio funeral de aquel cerco dantesco. Cuando el tirano murió, se exhumaron de los calabozos seiscientos presos, que estaban sepultados hacía diez, veinte y más de veinte años, con sus grillos remachados; mató a Yegros, su compañero de gobierno; y también a Caballero. A de la Mora lo hizo morir en la cárcel. Los españoles fueron objeto principal de los odios y persecuciones de aquel bárbaro; llegó a dictar un decreto en que se les prohibía casarse con mujer que no fuese india, mulata o negra.

Artigas, sin embargo, el más español de los héroes americanos, vivió en aquella tierra, rodeado de garantías y hasta de atenciones anónimas; sólo lo cercaba la mirada de Francia.

Pero hay algo más extraño. Es durante su prisión, en 1822, cuando el doctor Francia inicia y sigue aquel proceso contra el coronel Cabañas, que os hice conocer oportunamente, y en el que se acusaba a éste, o a su sombra, porque él había muerto, de haber conspirado, en connivencia con Artigas, contra el dictador. Es en esa época, 1833, cuando Francia dicta la sentencia que conocéis, en el tal proceso. En ella se imputa a Artigas el haber abrigado el propósito de apoderarse del Paraguay y de llevarse la cabeza del dictador; se le trata de malvado, caudillo de ban-

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

didos, caporal de ladrones y salteadores, alevoso y bárbaro malévolo. Más o menos, lo que habían dicho de él Posadas, Alvear y otros, en Buenos Aires. Mucho de eso era verdad, como sabemos; Artigas contuvo las pretensiones de Francia a extender sus fronteras, con menoscabo de las correntinas y misioneras; allí libró contra él el combate de *Candelaria*, en que derrotó sus tropas, sintiendo que no hubiera venido Francia *personalmente* a encontrarse con él; recordemos las incitaciones constantes a promover la revolución de los paraguayos contra su tirano que recibía Andresito del gran caudillo, y no olvidemos lo que éste hizo siempre por incorporar aquel pueblo a la acción común.

Y sin embargo, ese presunto asesino del déspota, el bárbaro salteador de caminos, estaba allí, en poder de Francia, que castigaba con la muerte hasta las miradas, y aquél no fué tocado en un cabello de la cabeza. ¡Y estuvo así durante veinte años, sin cambiar ni una mirada, ni una palabra con el otro hombre!

¿Quién inmunizaba esa cabeza, que nadie en el mundo podía defender?... ¿Qué ser invisible la protegió, durante aquel tiempo, de las iras implacables de aquel ogro, enfermo de todas las fobias habidas y por haber?... Nadie, que yo sepa, se ha propuesto hasta ahora esa cuestión, ni muchas otras semejantes, que sugiere ese prisionero extraordinario.

¡Lo que pensaba Francia de Artigas! ¿Era temor?... ¿Admiración?... ¿Simpatía?... ¿Compasión, por dicha? El caso es que Artigas fué el único ser humano que logró sacudir aquel corazón de piel durísima, cerrado a todo afecto. Pero siempre será aventurado afirmar en qué sentido. ¿O será que recordaba que ese Artigas, combatiendo a Buenos Aires, había defendido

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

la autonomía del Paraguay y se había sacrificado por ella?... También puede ser. Francia veía en Buenos Aires su principal amenaza. Defender al Paraguay contra ese enemigo, era uno de los objetos de su encierro, acaso el principal. Buenos Aires, efectivamente, tenía la obsesión de su supuesta herencia de España; se creía la ciudad virreinal. Y el Paraguay, lo mismo que el Uruguay y Bolivia, habían de ser sus provincias. Pero ¿puede creerse en la gratitud de Francia, o en su admiración hacia otro hombre, por haber contribuído a la independencia de su patria?...

Bien comprendía también el dictador Francia que la lucha de Artigas con los portugueses había sido benéfica al Paraguay, pues siempre temió ver en ellos al enemigo de su tierra. Pero en aquella lucha, como en la que sostenía con Buenos Aires, lo había dejado hacer, había sacado la castaña con la mano del gato. No sólo no lo había protegido, sino que había protestado expresamente ante los portugueses de su neutralidad, en la guerra de Portugal con los orientales. Aquí tenéis una nota que dirige al comandante Joaquín Duarte, en 7 de mayo de 1820: «Ya está descubierta y conocida, le dice, la mala correspondencia y falta de buena fe en los portugueses, que, *después que yo no he querido auxiliar al caudillo Artigas contra ellos, por mi espíritu pacífico y por desear vivir en paz con todos,* esperando que nuestra moderación y comportamiento sería un nuevo motivo de conservar la buena armonía y buena correspondencia con los vecinos, el pago que han dado ha sido»... etc., etc. Pero no sólo eso: no bien cae Artigas en su poder, el dictador paraguayo se dirige por nota a Lecor, proponiéndole un tratado de amistad y comercio, que fué celebrado; el comercio paraguayo-

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

portugués por Itapúa queda en él establecido. Y más aun: cuando las fuerzas lusitanas desocupen la Banda Oriental, Francia escribirá, casi indignado, a uno de sus comandantes, «que no se explica la actitud del Brasil en abandonar su conquista después de tantos sacrificios».

¿Comprendía entonces Rodríguez de Francia que el holocausto de la Patria Oriental, inmolada en aras de la libertad, había sido también propiciatório para la independencia paraguaya, y, por eso, respetaba al gran sacrificador de la víctima, sacrificado con ella?

No es ésa la opinión que se ha formado un oriental amigo mío, que, después de mucho conversar, según me escribe, con viejos paraguayos de la ciudad de la Asunción en que hoy reside, conocedores de Francia y de su época, se ha persuadido de lo siguiente, que me transmite: «Francia recibió y cuidó bien a Artigas *por interés y por cálculo:* para tenerlo a su disposición, a mano, como quien dice, y con él poder asustar a porteños y portugueses, si el caso se presentara, dada la fama que tenía Artigas entre estos enemigos del Paraguay».

¿Será así?

Yo, por mi parte, no dudo de que si el pueblo paraguayo, amenazado en su independencia, hubiera recurrido a Artigas, el *Protector de los Pueblos* hubiera aún reaparecido; pero el *Protector de los Pueblos Libres*, no de sus tiranos. Francia jamás hubiera armado el brazo de Artigas.

Todas éstas son conjeturas, y vosotros pensaréis lo que os parezca más acertado; yo no tengo empeño en convenceros de nada al respecto. Os ofreceré, sin embargo, otro elemento de juicio. Tengo aquí una nota,

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

casi inédita, que, en 12 de mayo de 1821, dirigía el dictador a Velasco, comandante del Fuerte Borbón, que le había hecho saber que los portugueses miraban con recelo amenazante el refugio concedido a Artigas en tierra paraguaya. «Lo que pasa en cuanto a Artigas, contesta Francia a Velasco, es que, en su último combate con los portugueses, en Tacuarembó, quedó muy derrotado. Viendo esto uno de sus comandantes, el porteño Ramírez, a quien de pobre peón que era él lo había levantado y hecho gente, y en cuyo poder había dejado a guardar más de 50.000 pesos en oro, se le alzó con sus dineros, y con ellos mismos sublevó y aumentó algunas tropas y gente armada con que había quedado; y así derrotó también a Artigas, cuando éste quiso someterlo con la poca fuerza que tenía, y lo persiguió de muerte, para quedarse él solo con sus caudales y con el mando de la otra banda. Reducido Artigas a la última fatalidad, vino como fugitivo al Paso de Itapúa, y me hizo decir que le permitiese pasar el resto de sus días en algún punto de la República, por verse perseguido aun de los suyos; y que, si no le concedía este refugio, iría a meterse en los montes. Era un acto, no sólo de humanidad, sino aun honroso para la República, el conceder un asilo a un jefe desgraciado que se entregaba. Así, mandé un oficial con veinte húsares para que lo trajesen, y aquí se le tuvo recluso algún tiempo en el convento de Mercedes, sin permitirle comunicación con gentes de afuera, ni haber jamás podido hablar conmigo, aunque él lo deseaba. Allí estuvo recluso, hasta que hice venir al comandante de San Isidro de Curuguaty, con quien lo hice llevar a vivir en aquella villa, donde se halla con los dos criados o sirvientes que trajo, por ser aquel lugar remoto el de menos comunicación con

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

el resto de la República. Allá le hago dar una asistencia regular, como aquí se hizo, porque él vino destituído de todo auxilio...

»Los portugueses, sin duda, se habrán alegrado de la ruina de Artigas. Ellos han tenido también sus inteligencias y comunicaciones con el bandido Ramírez, quien, tal vez, los habrá metido en aprensiones por haberse Artigas refugiado en el Paraguay; pero el hecho de aquel pérfido es manifiestamente infame, y lo reprobará todo el mundo imparcial. Se podría preguntar a los portugueses si agradaría a un general portugués el que, en algún suceso adverso que tuviese en la guerra, se le alzase con caudales, tropas y armas alguno de sus oficiales subalternos, y, apoderándose de su mando, tirase a perseguirlo de muerte para que no pudiese hablar. Al Craveiro que le dijo a usted que Artigas estaba aquí bien guardadito, le hubiese usted contestado que Bonaparte, que fué emperador de los franceses, estaba igualmente bien guardadito en poder de los ingleses, donde se refugió en su última desgracia; y, aunque estaba en guerra con ellos y fueron los ingleses sus mayores enemigos, lo recibieron y lo mantienen hasta ahora, asistido generosamente en la isla de Santa Elena.»

Más que para daros a conocer los hechos, os he leído ese documento a fin de que penetréis en el espíritu de Francia, y veáis, en esa obscuridad, el reflejo de la persona de Artigas.

El déspota se cree allí con su Bonaparte prisionero; tiene su águila en su jaula de pájaros. He ahí al asesino, caporal de ladrones y salteadores, convertido en un héroe traicionado pérfidamente, que, temido aun por portugueses y no portugueses, es preciso guardar con toda clase de precauciones, sin contacto al-

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

guno con los hombres, pero como una honra de la nación que lo asila.

II

Artigas entregó su espada al enviado del dictador; entró de noche en la Asunción; de noche fué conducido, por un oficial, al convento de la Merced, en el que permaneció seis meses. No veía al tirano; pero sentía su presencia, su aliento que lo envolvía; se dice que, muchas noches, Francia dormía en la celda contigua a la de Artigas, pared por medio; quería oir su respiración; saber si soñaba. Dos veces al día lo visitaba el padre prior del convento; dos veces, sin falta, un ayudante llegaba al monasterio a pedir noticias del enclaustrado, a ofrecerle sus servicios, a ver si necesitaba algo, a escudriñar lo que hacía, lo que hablaba, lo que pensaba.

Lo encontraba tranquilo, impenetrable. Francia, que era escéptico y no practicó jamás religión alguna, recomendó que siguiera las prácticas religiosas. El prisionero las observó con espontánea docilidad; hizo ejercicios espirituales; recibía los sacramentos; permanecía en los divinos oficios, entre los miembros de la blanca comunidad mercedaria.

Es indudable que el doctor Francia no podía persuadirse de que, en esa resignada sumisión, no hubiese un propósito oculto. Pero es preciso convencerse de ello: Artigas estaba en su Tebaida; su voto de muerte civil, de pobreza y obediencia, era perpetuo; la soledad, que es el imperio de la conciencia, lejos de serle odiosa, fué, en su prisión de treinta años, la amiga de su pensamiento.

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

El prior de la Merced hablaba largamente con él, y nada halló que revelase en su espíritu la existencia de una voluntad. Sólo a los seis meses de vida claustral, cuando ya el prior había conseguido inspirar plena confianza al prisionero, pudo arrancar a éste la manifestación de un deseo, al reiterarle su pregunta de si se hallaba bien en aquel sitio.

—Padre, le dijo, por fin, un día, supongamos que es usted Artigas, y yo el prior del convento; que es usted soldado, y yo sacerdote... ¿Se hallaría bien vuestra reverencia en estas celdas?... Yo, agradecido a las bondades del *Supremo,* estaré bien, sin embargo, dondequiera que él me destine...

Esto sucedía al caer de una tarde... A la mañana siguiente, el ayudante del dictador le dijo en su visita de costumbre: «Su Excelencia ha dispuesto trasladar a usted a un lugar más a propósito, donde viva con más soltura y comodidad, y me ordena prevenirle que se disponga para emprender viaje mañana».

Artigas obedeció.

Al día siguiente, después de puesto el sol, dejaba la Asunción, acompañado del comandante de Curuguaty o *Villa del Labrador,* y de una escolta; cruzó durante varias noches ochenta leguas de campos desiertos, y, al caer de una tarde, se halló, por fin, en el sitio de su destierro de veinte años, en el centro de los bosques tropicales.

El caserío de *San Isidro de Curuguaty* o *Villa del Labrador,* era entonces una población de importancia; llegó a contar con doce mil habitantes, y, para apreciar su relativa cultura, don Félix de Azara nos dice que «todos los varones hablaban entre sí en español». Los bosques de naranjos y de yatais lo circundan por todas partes; el terreno es despejado

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

y fértil, y exento de los yerbales que pueblan otras regiones. Corre por allí el río Curuguaty, afluente del Xexuy, tributario del Paraguay; no se forman los esteros, tan peculiares del territorio paraguayo; una pequeña cordillera, que se extiende al SO., lo cierra por ese lado. Era el sitio de menos comunicación con el mundo, según lo dice Francia en su nota; aquella población estaba allí como una lucecilla en la grande obscuridad, que sólo sirve para hacer a ésta más visible. Curuguaty hacía más solitario el desierto. Allí quedó Artigas, acompañado de su negro y de su viejo asistente.

El dictador le acordó una pensión mensual de *una onza de oro*. Este dato, y los análogos que os ofrezco (rectificación de algunos que corren en nuestra historia), me son suministrados por el anciano sacerdote paraguayo don Fidel Maíz, hermano de Francisco Ignacio, párroco de Curuguaty, y víctima de Francia en la época de Artigas. Vosotros apreciaréis el clásico color del cuadro que me traza del caudillo desterrado el anciano sacerdote: «El dictador Francia le hacía dar mensualmente una onza de oro sellado, cantidad que, atendida la abundancia de aquella villa, así como la vida frugal y ordenada que llevaba Artigas, le era más que suficiente para sus necesidades. Artigas vivía sin más familia que un hermoso perro, fiel y leal compañero que le acariciaba en la soledad. La onza de oro, pues, le era más que suficiente para las necesidades de la vida, tal como su situación le permitía llevarla».

Agreguemos, pues, ese nuevo y amable compañero de Artigas, el perro, al cuadro que esbozamos; y convengamos en que el Padre Maíz tiene razón: una onza de oro era bastante y aun sobrado. Esa suma,

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

en aquel tiempo, era considerable; el dictador paraguayo fué dadivoso, no hay que dudarlo. Artigas no quería mucho dinero; ¿para qué?

El comandante de Curuguaty, de parte del dictador, le entregaba mensualmente su limosna; nada le faltaba, en los primeros tiempos sobre todo, porque después la pensión le fué suprimida; nada pedía ni quería, por otra parte, a no ser paz y olvido. Sólo tuvo un deseo: trabajar, labrar con sus manos aquella tierra fértil que pisaba, habitada por una raza que él quería, Manifestó su deseo al comandante. Éste le dijo que. para satisfacerlo, era indispensable que se dirigiese al *Supremo*, como se llamaba a Francia, recabando su permiso. Artigas se dirigió a él, pidiéndole permiso para labrar la tierra. Y Francia le contestó: «No tiene usted necesidad de trabajar para vivir; si la pensión que se le ha designado es insuficiente para sus necesidades, puede usted pedir cuanto le haga falta». Ya veis que Francia no comprendía a Artigas; nada hacía falta a éste, nada que Francia pudiese darle. Contestó que no hacía su pedido por necesidad, sino por dar un objeto a sus actividades. Inmediatamente le fueron proporcionados bueyes, arados y todos los útiles de labranza. Gracias, amigo lobo.

Y Artigas, sinceramente agradecido a su protector, comenzó a trabajar la tierra con pasión; allanó con sus manos un gran terreno montuoso; construyó cuatro habitaciones; sembró mandioca, maíz, sandías; crió ganados, aves; llegó a poseer hasta noventa y tantos animales.

Y la tierra le producía mucho. El héroe no había sido nunca labrador, como sabéis; su posición había sido holgada; vosotros conocéis los trabajos a que se

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

había consagrado. Pero aró la tierra, y la buena tierra paraguaya le daba maíz, mandioca y otras cosas.

Nada era suyo de todo eso: tierras, habitaciones, enseres, todo era prestado; la idea de propiedad no lo estimulaba. Y trabajaba sin cesar.

¡La propiedad!... Artigas no se reservaba nada para sí, nada más que su alimento: nada era suyo. Al recibir mensualmente su pensión, la distribuía íntegra entre los pobres de Curuguaty. Le llamaban el *Padre de los Pobres*.

Daba a éstos también todo el fruto de su trabajo, su mandioca, su maíz, los frutos de sus ganados, las pieles. Y, sobre todo, se daba a ellos, los asistía, los amaba.

Ellos, a su vez, correspondían a aquellas caridades con un afecto sencillo, que era todo cuanto buscaba el desterrado. Artigas se daba cuenta de su situación, y vivía sumergido en una reserva de trapense, que veréis reflejada en este otro párrafo de la carta del Padre Maíz: «Artigas era de sentimientos muy humanitarios; en más de una ocasión y a más de un pobre socorría caritativamente, tanto con dinero efectivo como con vestuario. Era, por esto, muy bien mirado y respetado. No acostumbraba a dar ni a recibir visita *ex profeso;* al dar un paseo con su perro, daba también la ocasión de encontrarse, como fortuitamente, con alguien, y entonces un cortés saludo y cambio de breves palabras.»

Tomad todos estos datos, mis amigos, no como cuadro idílico, sino para acabar de apreciar el personaje que estudiamos; ellos nos revelan sus instintos, su idiosincrasia, sus tendencias, al estar entregado a sí mismo, sin más influencia que su propia inspiración; se inclina naturalmente a hacer el bien, a hacerse amar

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

de los hombres. Ved ahí el germen profundo de la humanidad, que fué su rasgo peculiar; de su instinto democrático, de su tendencia a ir al pueblo, a alejarse de las grandezas señoriales, a no aceptar más títulos que los de la virtud.

Cuando pisó el Paraguay, Artigas contaba cincuenta y seis años; tenía el cabello gris. Trabajó hasta tener sesenta, y setenta, y más de setenta. No hay más detalles, ni son necesarios; los años eran iguales: pasaban el uno tras del otro.

Tenemos noticias de cuando llegó a los 76 años. Entonces, en 1840, murió Francia. ¿Quién recogería la herencia de aquel muerto siniestro? El pueblo no existía. La tomaron los comandantes de los cuarteles, Ortiz, Cañete, Pereira, Maldonado, que se la arrebataron a Patiño, el fiel de fechos del tirano, que quiso apoderarse de ella. Patiño, reducido a prisión, se ahorcó en la cárcel; los comandantes ocultaron la muerte de Francia.

Nada podían éstos recelar del pueblo paraguayo, que, al saber la noticia, lloró, con amor de miedo, a gritos, por campos y calles, la muerte *del Señor*, como la de un dragón sagrado poderoso. Pero los comandantes se acordaron de que había en el Paraguay un hombre; recordaron que allí estaba Artigas, el célebre Artigas, y temieron que aquella sombra pudiera alzarse con el Paraguay. El mismo Francia les había dado esa instrucción: que asegurasen a Artigas no bien él muriese. Ordenaron entonces, el mismo día de la muerte del déspota, 20 de septiembre de 1840, que Artigas fuese encadenado y encerrado. La orden decía: «Los representantes de la República, por muerte en esta fecha del Excmo. Sr. Dictador, prevenimos a usted que, inmediatamente, al recibo de esta orden,

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

ponga la persona *del bandido José Artigas* en seguras prisiones hasta otra disposición del Gobierno provisional».

¡Oh, los hombres de bien!... ¡Siempre esos hombres honrados contra ese original bandido que, al través de veinte años de trabajo, permanece tal, bandido perpetuo, nato! ¡Y que es todavía capaz de saltear pueblos enteros y metérselos en los bolsillos! Así salteaba el honrado y glorioso Napoleón Bonaparte coronas reales, para hacer regalos a su familia; pero este malhechor Artigas no dejó nada de sus robos a los suyos. Era un original bandido, cuando menos.

Una partida de soldados corrió a Curuguaty. Los que la componían, encontraron a Artigas en su labor: trabajaba; estaba desnudo de medio cuerpo arriba, a causa del gran calor; tenía en la cabeza un sombrero de paja, y conducía tranquilamente su arado.

¡Y había cumplido setenta y seis años!...

Imaginaos, mis amigos, aquel viejo desnudo, que conduce sus bueyes desde hace cuatro lustros. Su torso era aún robusto y hermoso; era blanca su cabeza, fuertes sus brazos; en sus ojos claros, la mirada tenía una larga tranquilidad; el pensamiento de robarse el Paraguay no se proyectaba en esos ojos llenos de recuerdos.

El anciano labrador, sorprendido, no pudo imaginarse, en el primer momento, la causa de la violencia que se le hacía; él no sabía lo que pasaba por el mundo.

Pero después de meditar un instante, alzó tranquilamente la cabeza cana, y dijo: «*El Supremo ha muerto*». Pidió entonces permiso para entrar en su casa a vestirse una camisa, y se entregó sin inmutarse a los soldados. ¿Lo querían matar?... Se le remachó una barra de grillos y se le encerró. Un centinela de vista le seguía todos los movimientos.

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

Algún tiempo después, cuando Mariano Roque Alonso, y Carlos Antonio López, sucesores de Francia, habían asegurado su poder, que el segundo detentará para siempre, Artigas fué puesto en libertad, y, después de oir, sin grande interés, algunas explicaciones del comandante, que lo tranquilizaron por completo, volvió a uncir sus bueyes y continuó el surco interrumpido.

¿Qué pasaba bajo esa superficie impasible?... ¿Qué había en el fondo de esa alma extraña? ¿No quedaban en ella ambiciones?... ¿No pensaba Artigas en su patria, en su pasado glorioso, en su vieja visión?...

Sólo puedo deciros que, cuando tras largos años de ausencia del mundo, un viajero que pasará por allí le ofrezca un ejemplar de la Constitución de su patria independiente, el viejo fantástico tomará el libro, como si su visión se le reapareciera, lo besará llorando, y lo guardará en silencio.

Y seguirá obstinado en su soledad: jamás volverá a su tierra. Ya hablaremos de eso más largamente.

Nada existe, que yo sepa, más misterioso. Francia, al pensar en Artigas, recuerda a Bonaparte en Santa Elena. Insensato parangón. ¡El hijo de la revolución que se enlazó a la dinastía austriaca y se vistió de armiños; el que decía que no debía haber sino un solo Dios y un solo emperador, Dios y él; el que hacía esperar a los reyes en la puerta de su palacio, comparado con ese pobre libertador americano, que nunca tuvo ni un mísero lacayo!

Y sin embargo, Bonaparte, que se creía la Francia; que no podía concebir su propia muerte sin que el mundo quedara vacío, era la apariencia, lo transitorio. Y ese pobre Artigas, que se hundía en sí mismo,

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

que se negaba a sí mismo, era la más permanente de las realidades.

Recordemos, una vez más, la frase de Pascal: «¿Qué es el hombre en la naturaleza? Una nada con relación a lo infinito; un todo con relación a la nada».

Quedaos con vuestros Napoleones, chicos y grandes, con corona y sin ella, los que buscáis opulencias históricas, y sólo veis al héroe cuando se os presenta rodeado de abalorios y trompetas. Yo me quedo con el pobre Artigas: los orientales, sin hacer parangones, nos quedamos con ese nuestro Artigas, con el viejo sembrador. Con él no envidiamos a nadie en el mundo, entendedlo bien, a nadie en este mundo terráqueo.

Bonaparte no hizo la Francia, como él suponía; Francia había vivido y podía vivir sin él: él era un fenómeno, un simple fenómeno luminoso inconsistente. Artigas era la substancia; en él, en aquella cabeza calva, de forma de bellota o de amapola seca, estaba la patria como el árbol en su simiente.

Y vais a verlo.

III

Apenas se había hundido en el Paraguay el héroe derrotado, y ya la patria que él había dejado muerta al parecer, abría de nuevo los ojos mirando recelosamente en torno suyo, y se incorporaba, dando un débil rugido. Aquel árbol no estaba muerto. Su raíz, agarrada a las profundidades de la tierra, estaba viva, y lo estará mientras viva la tierra.

La situación de la Banda Oriental, al desaparecer Artigas, tiene mucha analogía, me parece, con la en que se vió Chile, reconquistado por España, después

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

de los tratados de Lircay, tras el desastre de O'Higgins en Rancagua, en 1814.

El español quedó allí, del otro lado de los Andes, dueño de la tierra sojuzgada: de los Andes al Pacífico; el portugués ha quedado aquí, de este lado del Plata, señor de la región adquirida: de todo el Atlántico: del Plata al Amazonas.

Chile comienza a despertar, muy poco después de su muerte aparente. Las guerrillas de Manuel Rodríguez preceden a la irrupción gloriosa de San Martín, que se descuelga en *Chacabuco,* desde lo alto de los Andes que ha escalado, y acaudilla, con O'Higgins, la libertad del Pacífico Austral.

También la Banda Oriental despierta; pero ningún San Martín viene en su ayuda al despertar; antes por el contrario, el gobierno de Buenos Aires persigue la invasión que vais a conocer.

La expedición reconquistadora, que veréis penetrar por *La Agraciada,* es sólo de orientales; va acaudillada por orientales; realiza su *Sarandí,* que es nuestro *Chacabuco,* sólo con orientales, e impondrá, por fin, el pensamiento de Artigas, con sólo el esfuerzo de los orientales, en la campaña de *Misiones.*

San Martín pasó los Andes con un ejército poderoso, que enarbolaba la bandera bicolor argentina, así como pasó después al Perú, enarbolando las banderas argentina y chilena, la chilena principalmente. Los orientales atravesaron el Uruguay, la frontera equivalente a la de los Andes, formando un puñado de *treinta y tres hombres,* que enarbolaban una bandera propia, exclusivamente oriental, y que tendrá los colores de la de Artigas, tricolor: blanca, roja y azul. Ninguna de las patrias americanas ha reconquistado su independencia tan sola, os lo aseguro.

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

Y bien: hemos pronunciado, mis amigos artistas, la cifra sacramental: *los Treinta y Tres*. A esta nuestra tierra se la llama la *Patria de Artigas y de los Treinta y Tres*.

Estamos, pues, en el albor de nuestra leyenda patria; en el último episodio de la epopeya de Artigas, de que he sido el rapsoda para vosotros. Es su espíritu subterráneo, su pensamiento germinal, lo que vais a ver florecer y fructificar sobre la tierra. No vais a encontrar al héroe: la simiente estará escondida; ni siquiera se pronunciará su nombre, ni en bien ni en mal; se diría que es el de un hombre que vivió muchos siglos atrás. Nada hallaréis más sugerente que eso; parece que nadie se atreve a pronunciar el nombre de Artigas en voz alta; pero lo vais a sentir en todas partes, en todas las almas. Ese silencio es, si bien lo observamos, el modo más solemne de articular un nombre que estorba por demasiado estridente. Él es, nadie más que él, el que vais a ver reaparecer invisible, como la sombra del rey de Dinamarca, que se presenta a su hijo, sólo a él, para estimularlo a la justicia y a la venganza, y que se diluye en la luz cuando canta el gallo. Artigas está en su sepultura. Es su sombra armada la que va a pasearse por su tierra.

Todas las cuestiones que hemos visto planteadas durante los diez años activos de Artigas, de 1810 a 1820, van a reproducirse en esta jornada definitiva de gloria, de 1820 a 1830, en que será jurada la Constitución de la patria de aquél: la personalidad del pueblo oriental; el error de Buenos Aires al resistirse a reconocerla; la alianza del pueblo argentino; la hostilidad de sus gobiernos centrales; el empeño en prestarle apoyo sólo a trueque de la vida... Y el triunfo,

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

por fin, de la realidad intrínseca, que está en el fondo de las apariencias.

IV

Desaparecido Artigas, el conquistador ha inventado un Congreso en Montevideo, y, contra la voluntad del pueblo, le ha hecho declarar la incorporación de la Banda Oriental al reino del Brasil, con el nombre de *Provincia Cisplatina*. Es ese Congreso uno de tantos de su especie, como lo estáis presumiendo; nada tiene de particular, si ya no es que merezca recordarse, y sí lo merece, la escrupulosa rectitud del rey portugués; éste propone allí a los orientales la opción, completamente libre, por supuesto, entre tres extremos, nada menos: o la independencia completa, en cuyo caso evacuará el territorio sin chistar; o la incorporación a Portugal; o la unión *con otro estado cualquiera*. Excusado me parece decir que los orientales del Congreso Cisplatino optaron, sin vacilar, por la incorporación a Portugal; probaron, por A más B, que la unión con *el estado de Buenos Aires* no era posible, ni era conveniente la con *el estado de Entrerríos*. No podía caber duda: optaron *libérrimamente* por lo mejor: la incorporación a Portugal. Éste ha realizado, pues, y ya sabéis cómo y con quién, su ensueño secular: una provincia cisplatina, una provincia del lado de acá del Plata. Ha integrado su enorme bloque atlántico, «su *imperio americano*», soldando a él, pero sobre un foso de sangre caliente y refractaria, el ángulo subtropical, *el pedazo de tierra más rico del continente*, que os describí al principio. Tiene, pues, sus límites geográficos arcifinios: el Uruguay, el Plata,

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

y el Atlántico. Se ha vencido a Artigas, al bárbaro que a esa empresa se oponía. La ley geológica, que separa la Banda Oriental de la Occidental del Plata, se ha cumplido: existen sólo dos patrias: una atlántica portuguesa, con su núcleo en Río Janeiro, y una andina española, con su centro en Buenos Aires. Montevideo ha desaparecido como núcleo; se lo ha tragado el trópico de Capricornio.

¿Qué dice de esta natural consecuencia de su obra la Comuna de Buenos Aires, enemiga del héroe?

Hétenos aquí que el general Rodríguez, que es su encarnación, tras el tole tole del año 20, se percata de que eso no es lo que más conviene; la herencia que le ha tocado en suerte por la traición de Ramírez y López unidos a Alvèar, Carrera, Sarratea, etc., continuadores a su vez de la obra de Rivadavia, García, el Congreso de Tucumán, Pueyrredón y demás factores de la invasión portuguesa, no es herencia muy saneada que digamos. Las realidades comienzan a salir, como rocas que aparecen después de la creciente, y aquel buen caballero Rodríguez se indigna y alarma ante tales realidades. Él ve claro que la obra de los enemigos de Artigas es toda ella contra la patria argentina. ¿Será efectivamente que sólo Artigas era la verdad, la patria, y sus émulos y calumniadores todo lo contrario? Rodríguez comienza a sospecharlo cuando menos; él está viendo cómo los enemigos del héroe han hecho la obra del portugués; éste, no sólo se adueña de la Banda Oriental, sino que amenaza la Occidental y pone en peligro la independencia de todas; él es el aliado natural de España, el súbdito de la Santa Alianza. Rodríguez observa, sobre todo, que los que han destruído al capitán oriental, no lo han hecho para combatir la anarquía, sino para crearla a favor propio.

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

Esa negra verdad toma cuerpo en la cabeza del buen Rodríguez. Y, a los pocos meses de subir al poder, principio de 1821, cuando ve que el portugués prepara su Congreso Cisplatino... y algo más, revela la situación de su espíritu en dos notas, que es conveniente conozcáis: la una es dirigida a Lecor el 1.º de abril; la otra, del 2 de julio, es dirigida a los gobernadores de Córdoba, Rioja, Mendoza, San Juan, San Luis, Tucumán, Santiago, Catamarca, Salta, Jujuy y Santa Fe. En la primera, Rodríguez amenaza al portugués en términos iracundos: en la segunda invoca *la federación, la autonomía, la democracia, la independencia;* hasta reconoce la existencia de *la República del Paraguay* como la de una hermana, que equipara a la de Chile. Se dijera que, hasta por el estilo enfático de esas notas, es Artigas quien las firma. La primera, la dirigida a Lecor, comienza así:

«Ilustrísimo y excelentísimo señor:

»V. E. no ha quedado satisfecho con haber hecho a las provincias del Río de la Plata el grande insulto de apoderarse de un territorio *el más fecundo y el más considerado de esta América,* sino que ha querido, además, extender el influjo de su poder a la Banda Occidental del Uruguay, y, por ese orden, agrandar el imperio, por otra parte en decadencia, de su amo, el rey de Portugal.

»Los *pretextos* de que V. E. se ha servido en el primer caso, si bien no salen de la esfera de tales, han sido al menos disimulados en las circunstancias en que se hallaban las provincias; pero los de que V. E. se vale para traspasar los límites del río Uruguay posesionándose de Entrerríos y gradualmente dar en tierra con la libertad del país, ni pueden disimularse ni este gobierno está en el caso de tolerarlos.»

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

. . . . . .

«V. E., no pudiendo encontrar en el poder de sus armas el apoyo suficiente para adelantar sus ideas avanzadas, lo busca entre los partidarios de la anarquía, entre los genios revolucionarios, y entre ese número de hombres que Buenos Aires ha despedido de su seno por su ceguera en prestarse a proyectos que atacan la tranquilidad y la felicidad públicas.»

«Este gobierno, continúa Rodríguez en su nota, *sabe la inteligencia en que se ha puesto V. E. con don Francisco Ramírez y don Carlos de Alvear;* y no ignora tampoco que el resultado de ella ha sido un solemne compromiso de coadyuvar V. E. a las miras de aquellos extraviados sobre esta provincia, a trueque de dar a las armas de V. E. la posesión de aquel hermoso territorio.»

Aquí tenemos, pues, amigos artistas, el secreto de aquel *tratado del Pilar* en que se traicionó a Artigas; el de la actitud de Ramírez para con éste; el de la invitación a incorporarse al Congreso.

El general Rodríguez termina exigiendo a Lecor «una satisfacción tan alta como ha sido la ofensa»; le dice que está a la cabeza de un pueblo «que no sufre ultraje a la dignidad que ha adquirido con su sangre», y que el gobierno «obrará de modo que merezca la aprobación del mundo, y llene el grande objeto de afianzar para siempre los juramentos del país por su independencia de España y de cualquier otro poder extranjero». La misma cosa, palabra más, palabra menos, que lo que al propio Lecor escribía no hace mucho Pueyrredón.

Está bien: leamos, como complemento, la otra nota, la dirigida a los gobernadores; en ella el general Rodríguez, en nombre propio y en el de la Muy Honora-

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

ble Junta de Representantes de la Provincia de Buenos Aires, dice a aquellos gobernadores que «de muchos meses atrás» el gobierno observa la actitud de Portugal; que no cabe duda de que quiere quedarse con la Banda Oriental; y, sobre todo, que *después pasará el Uruguay;* que es indispensable, en consecuencia, la unión de todos contra él, de todos sin excepción. «En esta misma fecha, dice en su nota, se invita a la formación de un pacto o convenio igual *a la República del Paraguay, al Estado de Chile, y al gobierno de Costa Firme.*»

Esa alianza de los estados platenses y de Chile y Costa Firme tienen muy sin cuidado a Portugal, os lo aseguro; él ha destruído a Artigas con el apoyo de Buenos Aires, y eso le basta y le sobra; bien sabe el muy sagaz que sólo Artigas o su espíritu son de temerse; le basta con que Rodríguez de Francia se lo tenga bien asegurado en Curuguaty, mientras sus enemigos, Ramírez, Carrera, Sarratea, etc., presiden los destinos de las provincias occidentales. Sin Artigas, nada teme de éstos; está sin cuidado.

Y tan es eso cierto, que, en diciembre de 1822, nos encontramos con que Lucio Mansilla, gobernador de Entrerríos en substitución de Ramírez, celebra un *tratado de amistad y mutuo respeto de fronteras* con el Barón de la Laguna, gobernador de la Provincia Cisplatina. Ese tratado figura en la colección de tratados de la República Argentina, y es muy interesante de leer; es hermano del celebrado por el tirano Rodríguez de Francia con el mismo Lecor.

Pero si Portugal tiene encerrado a Artigas, su espíritu anda libre por el mundo y va a reencarnarse. El pedazo de tierra oriental está soldado, como hemos dicho, a la del portugués; pero en ese pedazo de tierra

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

hay hombres, y esos hombres no hablan portugués, no piensan en portugués, ni tienen tradiciones portuguesas, sino españolas; esos hombres, sobre todo, no han pactado ni pactarán jamás con ese invasor injusto; son el espíritu de Artigas, el democrático germinal.

Aquella soldadura es, pues, fragilísima; no puede serlo más. El núcleo sociológico cósmico de Río Janeiro atrae a su esfera de rotación todo el mundo tropical, pero no llega hasta atraer a Montevideo. Éste es muy frío; es centro de otro sistema sociológico, es nebulosa espiral de otro sistema planetario. Montevideo y Río Janeiro tienen órbitas distintas.

Los orientales sienten, es verdad, que no son argentinos con su núcleo en Buenos Aires; pero también están seguros de que no son portugueses; *son ellos,* los que recibieron de Artigas el bautismo que imprime carácter.

Los gobiernos de Buenos Aires, por el contrario, no conciben ni quieren concebir otra cosa que la mortal alternativa: si los orientales no han de ser argentinos, que se queden portugueses. Es aquello de la madre no madre, en el juicio de Salomón, ¿lo recordáis? — Si el recién nacido no ha de ser mío, que se divida con la espada.

Aquellos gobiernos comprenden, y comprenden bien, que eso no menoscaba la integridad de las Provincias Unidas; éstas pueden vivir sin la Provincia Oriental atlántica; basta con que los usurpadores no atraviesen el Uruguay; que respeten la gran provincia andina, el antiguo virreinato que colocó Sarmiento entre los Andes y el Plata.

Pero el pueblo argentino, aquellas masas que acaudilló Artigas, y porque éste las acaudilló, no piensan

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

ni sienten como esos gobiernos; están persuadidas de que ese pueblo oriental es su hermano, tan hermano como el chileno, cuando menos, y más hermano aún, si cabe; tienen en las arterias *el veneno artiguista*, veneno activo que no les permite esperar indefinidamente.

La oligarquía de Buenos Aires no hace ni quiere hacer nada heroico por el hermano que ella misma entregó cautivo; pero, ¡caso curioso!... No bien los orientales piensan en su emancipación del usurpador portugués, y comienzan a realizarla por sus propios sacrificios, Buenos Aires se presenta, no a prestar auxilio a ese pueblo, como lo prestó a los chilenos y demás; no a reconocerlo como uno de tantos hermanos, desmembrados de la madre España, sino a afirmar de nuevo que eso es suyo; que pertenece a Buenos Aires a título de sucesor del rey o del virrey; que es parte integrante de su propio ser, pedazo de sus propias entrañas maternales, como el niño de la madre salomónica.

V

El caso se presenta inmediatamente después de desaparecer Artigas y de celebrarse el Congreso Cisplatino. En 1822, el Brasil se hace independiente de su metrópoli portuguesa. Ya os dije, en otra ocasión, cómo y cuándo el rey don Juan VI, que había huído a Río Janeiro de la persecución de Bonaparte, vuelve, caído éste, a su trono de Lisboa, y deja, en su nombre y lugar, como regente, en Río Janeiro, a su hijo don Pedro. El pueblo brasileño rodea a éste, y el 7 de septiembre de 1822, el príncipe, con

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

el título de *Protector perpetuo del Brasil*, declara, en *Ipiranga*, que una nueva gran nación independiente ha nacido bajo su cetro y protección: el *Imperio del Brasil*.

La región argentina oriental siente entonces moverse en sus entrañas el espíritu de Artigas; ella, que ha sido el núcleo más viviente de democracia republicana en América, no hace parte de eso que se ha formado en torno de la corte de Río Janeiro. Nada más opuesto a su historia, a su ser, a su circulación vital, a su sangre material, y a su sangre moral, que es la lengua. Su incorporación a ese nuevo organismo, como uno de sus miembros, es falsa, es irreal, contraria a la naturaleza. Y la naturaleza se rebela en las entrañas de aquel pueblo. Montevideo y Río Janeiro son dos núcleos: el tropical y el subtropical del Atlántico. El segundo siente que, si bien está separado geológicamente de los pueblos democráticos occidentales, cuyo núcleo es Buenos Aires, tiene un vínculo con ellos más poderoso que el artificial con que se pretende atarlo para siempre a los descendientes del usurpador portugués: la lengua; el espíritu republicano, predominante en los pueblos por virtud de la obra de Artigas; la lucha común contra Inglaterra primero, y contra la metrópoli española después, en la que la Banda Oriental contribuyó, más que ninguno, a la independencia común. Ese vínculo crea un derecho a su favor, un verdadero derecho: el de reclamar el auxilio de aquél en contra de éste. Derecho de solidaridad, semejante, cuando menos, al que determinó el auxilio prestado al Perú y a Chile; idéntico al que se han prestado todos los pueblos hispano-americanos entre sí, y perfectamente compatible con la conservación de la propia personalidad. Es el alma de Artigas, la lucha de Artigas.

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

Entonces se recuerda en Montevideo que, al abrir éste sus puertas al portugués, el 20 de febrero de 1817, habían dicho los que se consideraron sus representantes: «Nos sometemos al reino de Portugal, si sus delegados, en el caso o evento de evacuar la ciudad, se comprometen a no entregarla a ninguna otra autoridad ni potencia, que no sea el Cabildo, como autoridad representativa de Montevideo y de toda la Provincia Oriental». Esa cláusula fué aceptada y ratificada por Lecor, por don Alvaro da Costa, jefes ambos de las fuerzas terrestres, y por el conde de Viana, comandante de las fuerzas marítimas.

El caso previsto había llegado, con la independencia brasileña. Lecor se adhiere a la causa del nuevo imperio, y, violando su compromiso, quiere que la Provincia Oriental forme parte de aquél. Don Alvaro da Costa, jefe de los Voluntarios Reales, permanece fiel al rey de Portugal. Da Costa fuerza a Lecor a salir de la ciudad, y se constituye en gobernador de Montevideo. Lecor forma su ejército, y pone sitio poco después a la plaza. La lucha entre ambos portugueses se empeña.

Los orientales se desconciertan en ese momento: falta allí Artigas. Todos entrevén y persiguen, quien más, quien menos, más clara o más confusa, la idea del héroe fundador, la independencia; pero discrepan en la acción. Los unos creen que el propósito común puede realizarse apoyándose en don Alvaro da Costa, el portugués, del que esperan obtener la entrega de Montevideo a los orientales antes que a los brasileños; juzgan los otros que la incorporación al nuevo imperio los llevará a su fin con más facilidad. Rivera acaudilla el pensamiento de éstos: es el jefe del cuerpo de dragones de Lecor; Lavalleja, que ha re-

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

gresado de Río Janeiro, es su segundo. Ambos salen con Lecor a campaña.

Han permanecido en Montevideo los partidarios de la primera idea: los que creen que, rodeando a don Alvaro da Costa y pidiendo el apoyo de las provincias occidentales argentinas, a cuyo efecto se ponen bajo la protección del gobierno de Buenos Aires, realizarán mejor el pensamiento de independencia. El jefe militar de éstos, que se agrupan con el predicado de *Caballeros Orientales*, es don Manuel Oribe; con él está su hermano Ignacio, Bauzá, San Vicente, Lapido y otros.

Esa primera disensión entre orientales da origen a un choque entre Rivera y Oribe en *Casavalle;* será el primero de una larga serie... ¡Oh, la ausencia de Artigas!

El Cabildo es el núcleo político de la fracción montevideana: recurre a Buenos Aires, y es allí rechazado, a despecho de la arrogante nota de Rodríguez que conocemos; acude a las demás provincias, a la de Santa Fe especialmente, y aquí se encuentra con el alma de Artigas; la diputación que va con ese objeto celebra un tratado de alianza con Santa Fe. Pero Buenos Aires, que ha enviado la suya a Río Janeiro, manda a las provincias su agente, Cossío, que desbarata todo aquello. Veremos eso con mayor detalle después.

Nunca mejor que a la luz de este momento, amigos míos, se siente el significado y la influencia del Protector de los Pueblos. Con él, no hubieran habido disensiones entre Rivera y Oribe y los capitulares montevideanos; no hubiera sido escuchado tampoco el enviado de Buenos Aires en las provincias, como no lo fué el deán Funes, enviado por Pueyrredón.

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

Ved los términos en que el Cabildo de Montevideo se dirige a López, gobernador de Santa Fe, cuando le pide apoyo en esta coyuntura: «Un cuerpo de quinientos hombres, le dice, que atraviese el Uruguay, será más que suficiente para realizar nuestras esperanzas. La noticia de hallarse en esta Banda, sería la señal de la insurrección general... La Banda Oriental en masa saldría al encuentro de sus libertadores, y, *reproduciendo unidos la época de nuestras glorias primeras*, libertaremos nuestro suelo de una dominación que nos degrada».

¡Quinientos hombres hubieran sido bastantes! La oligarquía buscaba, para intentar la empresa en provecho propio, el concurso de todo el Pacífico: Bolívar con su ejército; Chile con sus naves; la República del Paraguay.

Imaginad, amigos míos, que hubieran quedado en el campo los vestigios siquiera de aquel ejército de Artigas, que fué vencido en Tacuarembó y aniquilado después por Ramírez con el auxilio de Mansilla.

Dos mil soldados, con San Martín a la cabeza, pasaron los Andes. Y el pueblo chileno en masa salió al encuentro de sus libertadores. Quinientos hubieran bastado a los orientales...

No; ni uno solo ha de pasar el Uruguay, mientras Buenos Aires pueda impedirlo. El pueblo argentino, sin excepción, lo quiere; pero la oligarquía no. Ésta buscará elementos de reconquista en todas partes, menos en el seno del pueblo oriental, porque éste tiene el espíritu de Artigas, porque quiere reproducir *las glorias primeras*, como dice el Cabildo: *Las Piedras*, el *Guayabo*, el Guayabo sobre todo.

Pero la lucha entre los dos generales portugueses fué corta y efímera. Don Alvaro da Costa se entendió,

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

como no podía menos de entenderse, con Lecor; resolvió evacuar la ciudad con sus tropas, y volverse a Portugal. Excusado es decir que en todo pensó, menos en acceder a las reiteradas intimaciones del Cabildo de Montevideo, que le reclamaba el cumplimiento del compromiso contraído en 1817. Todas las esperanzas se vieron defraudadas. En octubre de 1823, la ciudad fué entregada a Lecor, el heredero de Portugal; la provincia, incorporada o atada al nuevo imperio: *Provincia Cisplatina.*

Va, pues, a comenzar el último episodio de nuestra epopeya de Artigas; y, para no perder de vista la pugna de los dos genios intrahistóricos que son su espíritu, bueno será que conozcamos, con mayor detalle, esas dos contrapuestas gestiones de que acabamos de hablar: la del Cabildo de Montevideo, que, en representación del pueblo oriental, ha recurrido al occidental del Uruguay en busca de apoyo para sacudir el yugo, y la del gobierno de Buenos Aires, que, impertérrito en su congénita duda, ha acudido a Río Janeiro: veréis en ellas la continuidad de los dos espíritus antagónicos, el de Artigas y el de sus enemigos, cuya pugna es el alma de la revolución de Mayo; la veréis hasta el último momento: hasta la Convención de Paz, de que surgirá la República Oriental.

VI

El Cabildo de Montevideo acreditó, como dijimos, una diputación ante los pueblos occidentales del Uruguay; estaba formada de su propio alcalde, don Luis Eduardo Pérez; de su regidor, don Ramón de Acha, y de don Domingo Cullen. Rechazado en Buenos

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

Aires expresamente el pensamiento que la animaba, y no aceptado tampoco por Mansilla, que gobernaba en Entrerríos, la embajada se dirigió a la provincia de Santa Fe, cuyo personaje reinante era Estanislao López, el capitán de Artigas que conocemos. Y el espíritu de Artigas, visible, tangible, se levantó allí. La recepción de que es objeto esa embajada está llena de significado, más que político, sociológico; llena de color intenso. Los miembros del Cabildo, vestidos de etiqueta, salen al encuentro de los diputados orientales a gran distancia; se adelanta asimismo a recibirlos el gobernador substituto, pues López, el titular, está ausente en ese momento; y salen su ministro de Hacienda, y el cura párroco, y los miembros de la Junta de Representantes, y los más respetables vecinos. Suenan salvas de artillería; el pueblo escolta, entre apasionadas aclamaciones, a los embajadores del hermano cautivo; las damas les arrojan flores... Por la noche, la ciudad se ilumina con candilejas, estallan los petardos o *camaretas*, arden las *fogatas;* el gobernador López, que ha regresado, recibe solemnemente a los diputados, y hace reunir la Junta de Representantes, el Cabildo, todas las corporaciones, todo lo más selecto del pueblo, para que todo el mundo aclame la alianza que allí va a proclamarse. «Los orientales, dijo el ministro en su discurso, quieren arrojar a los extranjeros por las armas, o morir todos en la demanda... Piden socorro a sus hermanos de Santa Fe...» El entusiasmo no tuvo límites; tenemos descritas aquellas escenas en un precioso documento de la época. El gobernador substituto dijo «que sentía no tener más que una vida que ofrecer a los orientales»; «hubo hombres allí tan exaltados, dice nuestra descripción, que, después de haber ofrecido sus per-

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

sonas y bienes, ofrecieron también sus familias, si se las consideraba útiles en el ejército libertador».

Un tratado internacional se concluye sin dilación; el doctor don Francisco Seguí, ministro de López en todos los ramos, representa a éste; se canjean en forma las credenciales de los negociadores, y el pacto se ratifica en Santa Fe de la Vera Cruz el 14 de mayo de 1823. En los ocho artículos de que consta se concierta «una alianza ofensiva y defensiva contra el usurpador extranjero Lecor y demás de sus satélites americanos que ocupan el territorio oriental, reconociendo el dominio y prestando obediencia al insurgente intruso emperador Pedro I. La provincia de Santa Fe, como persona internacional de hecho, llevará la voz en esta guerra, bajo recíprocos acuerdos con la representación montevideana; incitará a las provincias hermanas a la cooperación y auxilio; practicará todos los actos conducentes al logro de la libertad absoluta de la Provincia Oriental, con la brevedad que reclama su peligroso estado». Los gastos que dé la empresa serán de cargo de la provincia auxiliada de Montevideo; la de Santa Fe dará la garantía de todos sus bienes en las negociaciones para la adquisición de dinero y útiles, y percibirá por ello el interés de 1 por 100 mensual. Lograda la libertad de la Provincia Oriental, ésta recuperará todo el armamento y municiones usados por Santa Fe o cualquier provincia que haya acudido en su auxilio. El Estado Oriental, una vez libre, «concederá pensiones a las viudas, padres y parientes cercanos de los que murieran en tan gloriosa demanda».

El *Apéndice* establece la obligación, por parte de la Banda Oriental, de gratificar a todas las provincias que concurran, en proporción a los auxilios que pres-

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

ten; las gratificaciones están taxativamente determinadas; la provincia de Santa Fe recibirá siempre el duplo de las demás, por ser la primera en decidirse, etc., etc. Y os digo *et coetera*, amigos míos, porque no es mi ánimo, al daros estos pintorescos detalles, el de narraros hechos, sino el de ofreceros los factores del problema sociológico de la gestación de un estado que tenéis delante, y que los simples, los que sólo perciben el olor de los manuscritos y el rumor de las palabras, no pueden sospechar. Éstos no se plantean tales problemas; se limitan, como si fueran ratones que se alimentan de papeles roídos, a estudiar los términos literales de la *Declaración de la Florida*, lo que dijo A o B en tal o cual situación, lo que escribió X en tal otra. El problema es digno de vuestro estudio, sin embargo. Los sucesos históricos son a la vida de los estados lo que los fenómenos físicoquímicos a la de los seres animados. En el proceso de la creación orgánica, el análisis descubre una serie de fenómenos físicos y químicos; pero, como dice Bergson, de ello no se deduce que la física y la química deban darnos la clave de la vida. Un elemento muy pequeño de una curva, agrega el filósofo, es casi una línea recta; se asemejará tanto más a una recta, cuanto más pequeña sea. En el límite, forma parte indistintamente de una recta o de una curva; la curva, en cada uno de sus puntos, se confunde con su tangente. Así la vitalidad es tangente, en algún punto, de las fuerzas físicas y químicas; pero esos puntos no son, en suma, sino las vistas de un espíritu *que imagina detenciones en tales o cuales momentos del movimiento generador de la curva*. En realidad la vida no está más compuesta de elementos físicoquímicos que lo que una curva lo está de rectas.

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

Apliquemos ese raciocinio, menos sutil de lo que parece, y de muy fácil percepción, apliquémoslo a la historia, a la vida de los pueblos, que son personas vivientes colectivas; estudiar historia es descubrir esa ley de la vida; los hechos concretos no bastan para darnos la clave de ella, si no penetramos en el *movimiento generador* que los conduce y anima, análogo al que, animando la línea curva, le imprime su carácter diferencial.

Y es eso lo que yo me empeño en haceros ver, una vez más, con motivo de ese pacto o tratado concluído entre Montevideo y Santa Fe y de los hechos análogos: la continuidad o permanencia, al través del proceso de su gestación histórica, del principio vital de esa persona colectiva inconfundible, principio y fin de sí misma, con misión y carácter propios, que hemos estudiado desde su generación en los misterios étnicos: la patria de Artigas, la *República Oriental del Uruguay* que vais a ver nacer. Esos entusiasmos de las provincias occidentales hacia la oriental del Uruguay, no bien ésta les dice que no está muerta, tienen por inmediato origen las hazañas de Artigas, su amor a todos esos pueblos, su enseñanza, sus servicios heroicos a la causa común; nadie dejará de leer, me parece, en los artículos del tratado que estudiamos, los que formaban las *Instrucciones* de Artigas en 1813.

La *Provincia Oriental*, por su parte, aun cautiva, se siente persona *sui juris*, dispone de sí misma, de su presente y de su porvenir; atrae en forma irresistible a las demás. Es la misma región atlántica subtropical, que ha llenado y sigue llenando su misión característica como núcleo de vida democrática y de entusiasmo popular, y como objeto de admiración y de amor entre los pueblos del Plata; es núcleo, lo

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

que se llama núcleo. Ese tratado entre Montevideo y Santa Fe, sin y contra Buenos Aires, es la obra de Artigas, creador y conservador de la autonomía de los estados platenses; es el mismo que aquél proponía a Buenos Aires en 1815, como base racional de paz y de equilibrio; el espíritu que lo anima es el que conducirá muy pronto a Lavalleja, y poco después a Rivera, en sendas expediciones libertadoras, inicial la una, terminal la otra; es el que, al través de *aparentes detenciones*, como dice Bergson, imprimirá a la curva su movimiento generador; será la clave de la vida de esta República Oriental del Uruguay y de la federación argentina. Y ese mismo tratado que ahora estudiamos será, por fin, el que esa República Oriental, ya constituída, celebrará con la provincia de Entrerríos y con el Brasil, para pagar el servicio que ahora le presta Santa Fe, derrocando a Rosas, y echando los cimientos de la federación argentina, de la Patria Occidental definitiva proclamada por Artigas.

Y sin embargo, notemos aquí un fenómeno capital, y que ya os anuncié: ni en esta gestión ni en ninguna de las que la seguirán se oye pronunciar el nombre del patriarca de la federación; ni siquiera se le pronuncia, ni en bien ni en mal. Artigas no ha existido para los hombres que aquí figuran; los diez años de historia común, desde Las Piedras y el Éxodo hasta la conquista de Buenos Aires con la bandera y las intimaciones de Artigas, no han existido en los años. Sólo hace tres que Artigas se refugió en el Paraguay, y se dijera que es un personaje de los tiempos más remotos. Todos se callan y seguirán callados, como muertos, o poco menos, hasta que, pasado cierto período, rompan de nuevo a hablar sobre Artigas, como unos locos, o poco menos.

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

Me parece que os habéis dado cuenta de la causa de tal fenómeno. Aquí comienza, como lo veis, la oblación del nombre de Artigas a la libertad definitiva de su tierra y a la consumación de su obra en el Río de la Plata. Ese López de Santa Fe, cuya alianza es necesaria a los orientales, no es otro que aquel capitán de Artigas que conocéis, aquel compañero de Ramírez, el de Entrerríos. Ambos, de acuerdo con Buenos Aires, sacrificaron, como sabéis, a su jefe, al que llamaban «protector glorioso», «jefe inmortal», cuya bandera enarbolaban. Y se repartieron su túnica. Y López ha decapitado a Ramírez, y gobernará por largos años la provincia de Santa Fe, de acuerdo con la capital, aunque sea don Juan Manuel Rosas quien allí predomine.

Imaginemos ahora el efecto que podría hacer en ese López la idea de que Artigas en persona podía reaparecérsele, y clavarle los ojos. Si, como dice quien lo vió, López tenía sobre la mesa de su despacho la cabeza cortada de Ramírez, de su camarada, como prenda de seguridad, no es aventurado creer que daría un ojo de la cara por poseer la de su protector caído. No intentó, sin embargo, ni siquiera intentó exigir de los orientales la apostasía de Artigas como condición de su alianza; pero el compromiso tácito de callar al respecto, de ocultarse mutuamente el fondo de las almas, estaba en la esencia misma de las cosas. Los orientales callaron, pues; seguirán callados todo el tiempo que sea necesario; y, si bien ese silencio no engañó jamás a Buenos Aires, que siempre combatió la empresa, él fué suficiente para determinar a López, el de Santa Fe, que no tenía propósitos muy fijos ni visiones muy claras, a reanudar sus campañas artiguistas. Artigas es, pues, la simiente que muere en la

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

tierra para germinar; en la negociación que acabamos de examinar es fácil percibir la muerte aparente de los árboles en el invierno.

VII

Y conozcamos ahora la otra, no menos reveladora de las acciones y reacciones de la vida intrahistórica: la negociación de la oligarquía.

Buenos Aires había enviado a Río Janeiro a don Valentín Gómez, el negociador de la coronación del príncipe de Luca en el Plata, con el objeto de reclamar la reincorporación de la Provincia Oriental a las demás del antiguo virreinato, y por eso desbarataba, con la misión de Cossío a las provincias, todo conato de alianza popular. Si leyerais, mis amigos, la larga demanda del señor Gómez al nuevo emperador del Brasil, y la contestación de éste, veríais lo que es colocarse fuera de toda realidad. El señor Gómez, en el *Memorándum* que presenta, esboza la historia de la independencia, desde 1810. Éste sí que pronuncia el nombre de Artigas; en el Brasil puede deprimírsele sin peligro alguno. Gómez afirma allí que todas las provincias del Plata se constituyeron en una sola nación, desde el momento de romper con España; todas: lo mismo Buenos Aires que Córdoba; tanto el Alto Perú (la actual República de Bolivia) como el *Paraguay* y *Montevideo*. Dice que Montevideo, especialmente, se distinguió en ese sentido, pues «*los sujetos más distinguidos de la Banda Oriental, y entre ellos los oficiales del ejército don José Rondeau y don José Artigas*, acudieron». «La victoria de Las Piedras, añade, que obtuvo la vanguardia del ejército, al mando

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

del teniente coronel Artigas, la hizo dueña de toda la campaña, hasta los muros de Montevideo.» Pero el coronel Artigas se insubordinó después, según el señor Gómez; se hizo el dueño de su provincia, a la que tiranizó, hasta que fué ocupada por las tropas portuguesas.

Eso dijo el señor Gómez al emperador del Brasil, cual si éste ignorase cómo, y por qué, y con qué concurso, y después de qué tratados, ocuparon las tropas portuguesas la patria de Artigas.

Pero la insubordinación del coronel oriental, continúa el señor Gómez, fué sólo una disensión doméstica, *que no rompió la unidad de Estado.*

Desaparecido Artigas, el insubordinado, todo debe volver, por consiguiente, a su quicio: la Banda Oriental tiene que ser restituída al conjunto de las provincias del Plata, de que Buenos Aires es única cabeza, como deben serlo el Paraguay y Bolivia, naturalmente.

La larga exposición del enviado de Buenos Aires es de 15 de septiembre de 1823.

Si interesante es su lectura, no le va en zaga la contestación dada por el imperio. Ambas son pragmáticas, tan fuera de la realidad de las cosas, que parecen juego de niños. También el Brasil da por muerto a Artigas; pero no deja de mirar cómo labra la tierra en el Paraguay, ni de intimar al doctor Francia que lo tenga bien tapiado en su sepulcro. Que bien sabe Portugal que es Artigas, y sólo Artigas, quien puede realizar *la grande unión federal de Plata.*

El emperador examina el pedido de *reintegración de la provincia de Montevideo a la provincia de Buenos Aires.* Así lo dice en su nota. El penetrante príncipe no ve en el mapa de América tal estado platense,

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

formado por provincias unidas, entre las que figuren la de Montevideo, Paraguay, el Alto Perú, etc.; ve sólo, y no sin causa, *el Estado de Buenos Aires*, y a él se dirige, negándole sencillamente el derecho a que le sea reintegrado el otro *Estado de Montevideo*, que, desprendido, como él, de España, ha dispuesto de sí mismo, con igual derecho que su hermano. Montevideo, para el gobierno del Brasil, no desea ni pide su separación del imperio; muy por el contrario, quiere la unión de todas veras: ha manifestado *libremente* su deseo de incorporarse al Brasil, que ha preferido a la propia independencia que se le ofreció. La cesión de Montevideo a Buenos Aires importaría, por ende, un ataque a la integridad del imperio brasileño, y a la voluntad del mismo pueblo oriental.

En una sola cosa, de harta importancia por cierto, coinciden las opiniones del imperio y las de Buenos Aires: en la depresión de Artigas. Eso sí: Artigas es el bárbaro, el malvado, el enemigo-común.

Estando los orientales entregados al despotismo de Artigas, dice la nota del emperador, no hallaron amparo en potencia alguna sino en el Brasil, que los libró de aquel capitán feroz; ahora no puede ni debe abandonarlos, y no los abandonará: se quedará con ellos; los defenderá de la sombra feroz de Artigas, y también de la amable sombra de Buenos Aires.

Pero en medio de tantas insinceridades, tiene el emperador, en esa nota, un momento de franqueza, cuando dice al enviado de Buenos Aires: Y, por fin, amigo mío, digan lo que digan los orientales, no se hagan ustedes ilusiones; no sean candorosos; lo que ellos quieren, real y verdaderamente, no es ser portugueses, pero tampoco argentinos; lo que ellos buscan es la independencia y nada más que la inde-

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

pendencia; que la voluntad de un pueblo como ése no se lee en un papel ni en dos papeles; está escrita en algo más permanente que las palabras de la boca; los orientales no quieren ser más que orientales, sin perjuicio de confederarse con sus hermanos platenses.

Esa instructiva nota es de 6 de febrero de 1824.

Buenos Aires desistió de su reclamación; su comisionado tuvo a bien pedir sus pasaportes, y regresar.... Nada tiene que hacer, ya que desestiman su acción de petición de herencia... Todo queda en calma... Artigas sigue arando la tierra paraguaya... siembra maíz, mandioca, algodón... ¡Oh viejo y buen sembrador!

Y Lecor trabaja en vano por afianzar su conquista en Montevideo; los orientales no tienen buenas disposiciones para hablar la lengua de Camoens.

Y el nuevo pabellón extraño, el amarillo y verde imperial, como pájaro enjaulado fuera de su clima, agita las alas en la ciudadela de Montevideo, respirando con dificultad, y volviendo sobresaltado la cabeza hacia todos los horizontes que relampaguean.

VIII

Entretanto, la independencia del mundo hispanoamericano se consumaba con relación a la metrópoli. En este mismo tiempo, 1824, allá en el otro lado de los Andes, la dominación española recibía el último golpe en la jornada de *Ayacucho*. San Martín, después de su expedición, había subido hacia el Norte; allá, en Guayaquil, se había encontrado con Bolívar, que venía hacia el Sur. El primero, ya sabéis cómo y por qué, se hundió en el olvido,

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

abandonando la empresa a Bolívar, que era un ígneo pensamiento, y que, bajando con sus huestes colombianas, inflamó, deslumbró, arrolló todo cuanto encontró a su paso. Sucre, el inmune mariscal Sucre, brazo de Bolívar, destrozó, por fin, en ese *Ayacucho* de que hablamos, los últimos tercios españoles, y declaró la independencia de la antigua provincia del Alto Perú, hoy República de Bolivia, que Buenos Aires llamaba también suya, como parte de la herencia que le dejó el rey de España.

Ése fué el final de la obra de San Martín y de Artigas. El primero, con su desobediencia, había aniquilado al enemigo exterior; el segundo, con su rebelión, había destruído al interior y dado el triunfo a la voluntad de los pueblos. Todos gozaban de la obra de los dos héroes: Rivadavia, el monarquista, organizaba esa democracia salvada por Artigas. Y los dos héroes estaban olvidados o menospreciados: San Martín en Francia; Artigas en el Paraguay.

Pero nada era el olvido del héroe oriental, al lado del de su obra y su patria. Cuando se dice que, con *Ayacucho*, la independencia de América quedaba consumada por completo, se olvida que ella reclamó dos luchas: la de todos los estados hispanoamericanos con España, y la de uno de ellos con España y Portugal. Mientras este último continúe cautivo del aliado de España, la América no puede decir, sin menoscabo de su honor, que ha terminado su obra.

Rivadavia, sucesor de Las Heras, sucesor a su vez del general Rodríguez, organizaba la democracia del bárbaro oriental; pero ésta no será definitiva, en las provincias occidentales, hasta que se haga en la forma que ese mismo Artigas proclamó en sus *Instrucciones de 1813*; no en la que ha estudiado en Francia aquel

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

profesor eminente, y que, de acuerdo con sus libros, juzga como la única posible. No en balde el emperador del Brasil no veía tal estado en las Provincias Unidas. Éstas tentaban su cohesión, su conglutinación en un ser orgánico y personal; pero inútilmente. Cuando, al terminar el año 20, Rodríguez subió al poder, nombró a Rivadavia, que volvía de gestionar la monarquía en Europa, y a García, que hacía otro tanto en Río Janeiro, sus ministros. En 1822, Rodríguez, buscando la unión, celebra un tratado, que llama cuadrilátero, y del que hablamos oportunamente, con las provincias de Entrerríos, Corrientes y Santa Fe, para auxiliarse mutuamente y gestionar la adhesión de las otras provincias. Había allí, por consiguiente, como lo veis, diversos estados soberanos, que celebraban tratados, no un estado o república argentinos.

Nuestra América era, pues, independiente de España, y republicana. Sin contar con la precaria posesión de San Juan de Ulloa, el Callao y Valdivia, en que aun flotaba el pabellón castellano, sólo quedaba en manos del extranjero monárquico esa Provincia Oriental, el núcleo precisamente de la democracia triunfante en América. Ella no tenía libertador extraño; nadie acudía a su amparo; nadie acudirá.

La convicción de que lo que no hicieran solos y por sí mismos, no sería hecho por nadie, ¡por nadie en el mundo!, se apoderó de los orientales. Nada había ya esperar, fuera del sacrificio desesperado; era preciso que hacer, y hacer sin dilación; recurrir al milagro heroico de Artigas; continuar la obra de éste, la misma, idéntica, si se quería tener patria.

Los hombres-núcleos vacilan sobre el camino que debe emprenderse. Conociendo, como conocéis, mis

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

amigos artistas, la era de Artigas, no podéis menos de comprender que hay en la Banda Oriental dos hombres-núcleos: Rivera y Lavalleja. Aquel Rivera del Guayabo, de India Muerta, de la retirada del Rabón, de las sorpresas inverosímiles; y el otro, Lavalleja, el de las pujantes vanguardias, el de las cargas formidables, el prisionero a quien Artigas había enviado su puñado de monedas simbólicas, su último pan.

Lavalleja había caído prisionero del portugués; Rivera había sido el último en pactar con él. Éste, que, como sabemos, se había plegado a la causa del emperador, era brigadier, y general en campaña, de las fuerzas imperiales; Lecor había puesto a sus órdenes todos los acantonamientos, que sumaban tres o cuatro mil hombres, sin contar las Talaveras de la capital, que eran otros tantos. Lavalleja, de regreso de su destierro, se había incorporado también al ejército brasileño, y acompañó a Rivera, como su segundo, hasta el reconocimiento que ambos hicieron del imperio; pero poco después se sublevó en Tacuarembó, en favor de la causa de da Costa, y estaba en Buenos Aires con los que emigraron, cuando éste entregó la provincia a Lecor. Allí se había reunido con su hermano don Manuel, con Oribe, con de la Torre, con Zufriategui, con Del Pino, con Meléndez, con Trápani, con Sierra, con Araujo. Todos sienten el dinamismo heroico, la inquietud tempestuosa, la intuición reveladora, que empuja a cualquier cosa, a la locura, y que es todo lo contrario de lo que piensa y hace el gobierno de Buenos Aires.

Rivera y Lavalleja habían hablado mucho, en las noches del campamento: pensaban en la independencia de la patria. Ahora Rivera escribía a Lavalleja, incitándolo a la empresa; existen cartas suyas, en ese

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

sentido, de fines de 1824. Eso no obstaba a que él mismo, inquieto como todos, pero soñador y creyente en sí mismo como nadie, incubara en su alma una revolución de independencia. «Apúrense, escribía Lecocq, a sus amigos orientales de Buenos Aires, después de haber hablado con Rivera en el Durazno y recibido sus confidencias; apúrense, porque Rivera va a lanzarse unido a los jefes de Río Grande, y les ganará de mano.»

La independencia fermentaba, pues, en todas las almas orientales. Más que como acto de voluntad individual, obraba como fuerza biológica, que germinaba en la subconciencia de los hombres, poseídos por el espíritu. Es tan inoficioso pretender *documentar planes* y *propósitos* en estos casos, como fijar de antemano el camino del rayo. Como el *zigzag* de éste, los documentos serán contradictorios; irán y vendrán; ocultarán el pensamiento profundo, en vez de revelarlo. Esa *subconciencia de los pueblos* no cabe en la conciencia de un hombre que no sea un genio, lo que se llama genio; sólo se manifestó entonces con plenitud en la de Artigas; no puede caber, por consiguiente, en papeles escritos por una persona. No es el agente humano de las magnas fuerzas el que mejor desentraña los grandes designios, como no es el que habla quien mejor conoce el timbre de su propia voz.

Lavalleja buscaba el apoyo argentino; el pueblo lo alentaba, a pesar de los temores de los gobiernos centrales, que buscaban, como sabemos, por otros lados, los medios de *reivindicar* su Provincia Oriental. Mansilla, en Entrerríos, y López, en Santa Fe, incitaban al gobierno de Buenos Aires. López, sobre todo, el antiguo capitán de Artigas, el vencedor de Ramírez, estaba resuelto a ayudar a Lavalleja, aun contra Bue-

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

nos Aires y Entrerríos, con la sola condición de que no se hablara de Artigas. En Santa Fe los soldados, en presencia de Lavalleja, se adiestraban públicamente al grito de ¡Vivan los orientales!

Es indudable que la *cuestión oriental* era entonces la que todo lo absorbía en el Río de la Plata; ella, con la guerra que tenía que provocar, lo determinará todo: la actitud de Rivadavia, la Constitución unitaria que éste hará sancionar, *en vista del peligro del Brasil*, las convulsiones internas de Buenos Aires, etc., etc.

También Rivera recibía estímulos argentinos; pero él, sin rechazarlos, pues los seguirá más tarde, se inclinaba a creer que era más hacedera la formación de una Patria Oriental en unión con la región meridional brasileña; miraba al Norte, hacia las primitivas fronteras españolas, más allá de las Misiones; pensó en realizar su plan, informe todavía, en combinación con el audaz Bentos Manuel, el célebre guerrillero lusitano. Era ésta una faz del resplandor de Artigas, que siempre brilló en los ojos de Rivera, y que lo empujaba hacia el Norte. Lo llevará, por fin, hasta allá: era su visión refleja: las Misiones.

Lavalleja no ignoraba los planes de Rivera; también existen cartas suyas, dirigidas a éste, en que le habla de ese plan. Pero Lavalleja reflejaba otra faz del pensamiento de Artigas: él buscaba el auxilio occidental, también perseguido por el genio inspirador; él tenía prestigio entre los caudillos de las provincias litorales; esperaba en la alianza de éstas, aunque el gobierno central se resistiera; contaba con la agitación de esas provincias, cuando menos, para empujar a Buenos Aires a la alianza, por más que también el pueblo de Buenos Aires compartía, como el que más, la pasión americana.

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

Dorrego, que sucederá a Rivadavia, era entonces, en la capital, el más fogoso intérprete de esa pasión, aunque, como López, así sabía de la ley histórica que lo llevaba como de las nubes de antaño; Artigas no existía para él, o era un simple caudillo vencido. «Que el 25 de mayo de 1826, decía, se cante el himno patrio en las murallas de Montevideo.» Pero Las Heras, y sobre todo su ministro García, el García que tanto conocemos, no sentían así. Éste sostenía expresamente, según lo dice Rodríguez en su libro *El General Soler*, lo que había sostenido cuando era ministro de Pueyrredón en Río Janeiro: «que la Provincia Oriental debía dejarse librada a sí misma, *pues era hostil a toda dominación*, y no era el caso de acometer una empresa bélica sin más fin que el de favorecer a los orientales, que no tardarían en repetir lo que hicieron en 1815. Después de darles la libertad, nos arrojaron de su territorio con el triunfo de *Arerunguá* o *Guayabo*».

Nada más sincero, como lo veis, que este García. «Tenía un alma fría para las cosas pertenecientes a la patria», según dice Posadas en sus Memorias. ¡Y tan fría!

Como los colores del iris, al fundirse, producen la luz solar, los pensamientos de Rivera y Lavalleja recomponen el pensamiento de Artigas, padre del día. Los dos héroes me recuerdan esas nebulosas en forma de espiral, de que nos habla la ciencia en sus conjeturas para explicarnos la formación de nuestro globo. Esos dos chorros de materia lanzados por puntos opuestos de un sol, y combinados con la rotación del mismo, que forman la fecunda nebulosa; esos dos brazos ígneos que, partiendo de puntos opuestos del

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

núcleo, describen sendas espirales en torno de éste, y, aunque parecen dispersarse en lo infinito, en materia vaporosa, no pierden, aun en lo más difuso, ni su carácter de brazos de un sol generador, ni su constitución plasmadora de mundos; todas esas hipótesis, poemas de los sabios, nos recuerdan, sin duda alguna, la acción germinal de los héroes discrepantes.

Rivera y Lavalleja, lo mismo que todos los que los seguían, eran la misma inquietud, la misma fiebre. No veían con perfecta claridad en sí mismos, y hasta se sentían rivales en ciertos momentos; pero, si observamos bien las entrañas del pensamiento, veremos que el móvil, el anhelo, el objeto entrevisto eran idénticos en todos: reposición de las cosas al estado en que estaban antes de la invasión portuguesa en 1816, es decir, reaparición de la provincia emancipada de España a la par de las demás americanas, desde Méjico hasta Chile.

Rivera y Lavalleja son los brazos de la nebulosa generatriz, son el vértice espiral: el que primero inicie la rotación heroica, ése arrastrará la masa, será el héroe, el primer ungido de Artigas.

¿Dónde comenzará esa vibración primera?... Lo determinarán las circunstancias. Estamos, mis amigos, en la aurora del sábado; una vaga claridad baña los horizontes de la patria: está por salir el sol.

IX

Y ahí tenéis el núcleo, casi imperceptible, en rotación.

Estamos, por fin, en la mañana del *19 de abril de 1825;* una gran mañana, os lo aseguro; una esplén-

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

dida mañana. Cuando apunta todos los años, los niños orientales cantan en las ramas.

En la costa del Uruguay ha desembarcado — recatándose, tanto de los cruceros brasileños que andan recorriendo el río y mirando los horizontes de día y de noche, cuanto de las autoridades de Buenos Aires, que no quieren choques con el Brasil — un grupo de orientales armados. Todos orientales; ni uno solo es extranjero. Son los viejos soldados de Artigas; son treinta y tres hombres, *treinta y tres orientales*. Ése es todo el ejército libertador, equivalente al de dos mil combatientes, con banderas argentinas, que pasó los Andes, conducido por San Martín, en ayuda de Chile. Esos *Treinta y Tres* llevan también una bandera. Pero no es la de ningún amigo generoso; es la propia, tricolor: roja, blanca y azul; los colores de Artigas. Pero la banda diagonal roja ha tomado la dirección horizontal de sus compañeras, para dejar libre la central blanca o de plata, en que aquellos hombres han escrito, como si fueran locos: «LIBERTAD O MUERTE». ¡Valiente bandera!

He ahí *Treinta y Tres hombres*, que provocan a la guerra a quince o veinte mil soldados enemigos; que dejan a su espalda, enemigo también, a un gobierno americano que los considera insensatos, y que los hostiliza porque no quiere comprometerse en una empresa que no es suya. Hay que convenir en que esos hombres son locos de atar, dignos hijos de Artigas... o son otra cosa que se parece a la locura. Es preciso confesarlo.

¿Quién conduce a esos hombres locos, o semilocos, o como queráis llamarles?... El espíritu de Artigas.

¿Cuál es su nombre?... *Lavalleja*.

Es Lavalleja, por fin, el audaz Lavalleja; él es la

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

primera vibración; es el núcleo, la célula vital, o como se llame. Comenzar su rotación, y envolver a la patria en ella, será todo uno. Todos girarán armoniosos en torno del punto vibratorio: desde Rivera hasta el último de los gauchos orientales; todas las fracciones, las de Montevideo, las de los campos; ni un solo hombre quedará fuera del círculo de cohesión, ni uno solo. Toda la patria de Artigas cobra su forma orgánica, en la nebulosa generatriz.

Esos Treinta y Tres hombres que desembarcan en la *Agraciada* el 19 de abril de 1825, como llevados por una fuerza casi inconsciente, declaran la independencia definitiva de la Banda Oriental, *el 25 de agosto* de ese mismo año, cuatro meses después de su desembarque. Y mes y medio más tarde, *el 12 de octubre*, esos orientales, solos todavía con su bandera tricolor, libran la batalla campal de *Sarandí*, en que destrozan al ejército brasileño.

Es preciso que sepáis cómo ha pasado todo eso: es el milagro heroico, de que hemos hablado más de una vez; es nuestra Leyenda Patria; el epílogo de la Epopeya de Artigas.

Lavalleja ha salido de Buenos Aires sigilosamente con sus compañeros; su odisea al través de las islas del Uruguay, medio muertos de hambre, desorientados, separados por la tempestad los unos de los otros, deteniéndose aquí, encendiendo fuegos más allá, atisbando la costa que se divisa a lo lejos, ha sido cantada por el griego Homero, hace cuatro o cinco mil años; también por Virgilio, el latino que habló de Eneas.

¡El desembarque, por fin!... Se despiden las barcas conductoras; los marineros desnudos las empujan, y se alejan, y se pierden entre las islas que salen de la

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

niebla. Cuadro de aurora. Los hombres de Eneas hubieran ofrecido un sacrificio a Júpiter; los de Lavalleja juran ante el Dios Uno y Trino omnipotente. Los Treinta y Tres se encuentran solos; se esperan caballos, que debían estar allí, pero que no llegan... ¿Por qué no han llegado los caballos anunciados? Muchos ponen el oído en el suelo para percibir la vibración producida por los cascos... Llegan, por fin; algunos besan a los animales, que relinchan. Sale el sol de Abril. La legión despliega su bandera; jura ante Dios libertar la patria; monta a caballo; deja la playa, cruza el monte, penetra en las colinas; choca con la primera partida enemiga, de cien hombres, y la derrota; sigue hacia adelante... va a encontrarse con Rivera.

Éste, que está al servicio del Brasil, como sabemos, ignora que la invasión se haya realizado, por más que la esperaba. Hay una carta suya, dirigida a don Félix Olivera en esos días, en la que dice a éste que han desembarcado *cincuenta o sesenta hombres, los más oficiales, con Dorrego y Lavalleja a la cabeza.* ¡Dorrego! ¿Qué ha de venir Dorrego?

Al sentir Rivera la aproximación de la pequeña legión libertadora, se acerca a ella, creyéndola una de sus propias divisiones que espera, y se encuentra, de manos a boca, con Lavalleja, su viejo camarada. No está allí, pues, Dorrego, ni nadie que se parezca a Dorrego ni a San Martín; nadie que no sea oriental.

¿Cuál es el sentimiento de Rivera en ese momento?... ¿Es de sorpresa?... ¿Es de envidia?... Humana, pero nobilísima envidia. Rivera hubiera querido ser él, y no su bravo amigo, quien iniciara la empresa; pero...

La visión de Rivera y la de Lavalleja se han aniquilado mutuamente al transfundirse en ese instante. Y ha aparecido íntegra la de Artigas. Veréis cómo ésta

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

reaparece, aun al través de las disidencias de los dos caudillos.

Lavalleja y Rivera, después de una larga y cordial conferencia, que la tradición ha conservado y la anécdota ha llenado de carácter, se han dado un abrazo, y emprenden la cruzada, guiados por el espíritu de Artigas. Ese abrazo de Rivera y Lavalleja, mis amigos, será fundido en bronce, inmediatamente después de vuestro Artigas. Debe serlo. Ése es el orden cronológico de nuestra gloria. Dos nobles corazones se fundieron en ese abrazo memorable, dos nobles corazones verdaderamente. Esos dos hombres van a morir casi juntos, y formando, como en este momento, una sola persona: después de inevitables rivalidades, que nada tienen de característico, pues son humanas, serán ambos, al morir, miembros del triunvirato que presidirá la patria que libertaron. Y morirán en la fe y en el culto de Artigas.

Lecor no ha visto esa reaparición del héroe viejo en la tierra usurpada; no ha podido, o no ha querido verla.

Al saber que la formidable invasión argentina que esperaba, semejante a la de San Martín al través de los Andes, se ha transformado en el desembarque de esos Treinta y Tres pobres hombres, exclusivamente orientales, sin más apoyo que su locura, desdeña aquello. Su primera sensación de alarma se produce, sin embargo, cuando sabe la defección de Rivera. Pone a precio la cabeza de los dos caudillos; ordena la prisión, en Montevideo, de los sospechosos; Otorgués, que en nada de esto tiene parte, es aprisionado y enviado a Río Janeiro; Pérez, Juan Benito Blanco, Giró, los orientales más conspicuos, son encerrados en la ciu-

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

dadela y en los barcos de guerra después. Lecor no pone en duda su propio triunfo. *Se disolverán por sí solos*, dice; *basta con dejarlos*.

Pero aquello no se disuelve; una cohesión ingénita agrupa las células; el pueblo converge; todo lo que palpita, todo lo que no ha muerto con Artigas, afluye en torno de su espíritu reencarnado. Los soldados recorren las colinas; se toman las villas: San José, Durazno, etc. Una división al mando de Oribe se presenta frente a los muros artillados de Montevideo, y le pone sitio, el 7 de mayo de 1825, a los pocos días del desembarco en la *Agraciada*; enarbola en el Cerrito el pabellón tricolor, encerrando tras las murallas al enemigo. El grito de guerra suena por todas partes; los bosques arrojan hombres a caballo, armados de lanzas; las mujeres, en las puertas de los ranchos, ven perderse en el horizonte a sus maridos, a sus hijos, que se van... Y todo esto en algunos días, casi en algunas horas. Es el mismo camino recorrido por Artigas, de la *Calera de las Huérfanas* a *Las Piedras*.

Pero aquello ya no es la masa informe que se agrupó en la *Calera de las Huérfanas*; es la patria de Artigas; un organismo, una persona colectiva, una nación con tradiciones, con glorias, con fe en sí misma, llena de orgullo; sus gauchos son *sobrevivientes, veteranos*. Es la obra del viejo Libertador invisible.

Sólo así se concibe, mis amigos, cómo, a los dos meses de desembarcar Lavalleja en la Agraciada, a los solos dos meses, el 14 de junio de 1825, pudo instalarse legítimamente, en el entonces villorrio y hoy ciudad de la *Florida*, a veinte leguas de las murallas de Montevideo, un gobierno oriental provisorio, compuesto de seis ciudadanos, presididos por don Manuel Calleros, y elegido por el pueblo, convocado a elecciones libres

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

por el mismo Libertador. Ese gobierno nombra a don Juan Antonio Lavalleja Comandante en Jefe del Ejército del Estado, y a don Fructuoso Rivera Inspector General de Armas; agradece a ambos los servicios prestados «a la causa de la libertad e independencia del país», y convoca a éste a elecciones de representantes.

Lavalleja se presenta ante esa autoridad; le ofrece el homenaje de su agradecimiento y obediencia, y «jura ante los padres de la patria, y ante el cielo, observador de sus sentimientos, consagrar a la patria hasta el último aliento, en unión de los bravos que con él siguen la senda de la gloria y de los peligros».

Al mismo tiempo, deja en manos del gobierno una extensa memoria, interesantísima, por cierto, con el relato de sus pasos, desde que pisó el patrio suelo, hasta el momento aquel. «*El ardimiento heroico que en otro tiempo distinguió a los orientales*, dice, *revivió simultáneamente en todos los puntos de la provincia*, y el grito de libertad se oyó por todas partes. La fortuna ha favorecido nuestra empresa, y, en pocos días, nos ha dado resultados brillantes. Tales son el haber arrollado a los enemigos en todas las direcciones y el haber formado un ejército respetable.» Lavalleja reproduce aquí hasta los términos empleados por el Cabildo, cuando decía a López al pedirle su apoyo: «La Banda Oriental en masa saldrá al encuentro de sus libertadores; y, *reproduciendo unidos la época de nuestras glorias primeras*, libertaremos nuestro suelo».

Como lo veis, amigos míos, la Patria Oriental parece haberse levantado, como si volviera en sí de un síncope.

Fijaos bien, y veréis que esta persona no nace aquí; ha nacido ya, tanto o más personal que la otra argentina; más definida, más homogénea, sin duda alguna.

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

Este Calleros es el sucesor inmediato de Artigas; esa villa de la *Florida*, residencia del nuevo gobierno, no es otra cosa que la de *Purificación*, la que yo llamé primera capital de la República. Florida es la segunda. La organización nacional sigue sus etapas regulares, determinadas por los acontecimientos; esta formación política que ahora se inicia, que continuará sin tropiezo, aun en medio de la guerra, hasta la jura de la Constitución del nuevo estado en 1830, y que tendrá su prototipo en Joaquín Suárez, es la reapertura de aquella organización que presidía Artigas desde el *Hervidero*, y que secundaban los cabildos, el de Montevideo especialmente; es aquella que, en lucha con Buenos Aires por la democracia, celebraba tratados con Inglaterra; que, por conducto de su fundador, se ponía en comunicación con Monroe; que autorizaba el corso y enviaba sus corsarios, con el pabellón tricolor, hasta las costas de Portugal y a recorrer los mares europeos; es aquella que, en el Congreso de Estados Unidos, era recordada como el núcleo de la República en el Río de la Plata.

X

El pueblo, convocado por el primer gobierno, ha elegido sus representantes. Éstos, en número de catorce, presididos por el presbítero de la Robla, se congregan en la Florida, en una cabaña de barro y paja, nuestro primer palacio legislativo, y allí, *el 25 de agosto de 1825*, memorable fecha consagrada por la posteridad día de la Patria, ratificando las protestas de Artigas en su nota de 1811 y en sus *Instrucciones de 1813*, declaran la independencia nacional.

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

Conozcamos, pues, nuestra CARTA MAGNA:

«La Honorable Sala de Representantes de la Provincia Oriental del Río de la Plata, en uso de la soberanía ordinaria y extraordinaria que legalmente inviste para constituir la existencia política de los pueblos que la componen, y establecer su independencia y felicidad... sanciona, con valor y fuerza de ley fundamental, lo siguiente:

»1.º Declara irritos, nulos, disueltos y de ningún valor, para siempre, todos los actos de incorporaciones y reconocimientos, aclamaciones y juramentos, arrancados a los pueblos de la Provincia Oriental por la violencia de la fuerza, unida a la perfidia, de los intrusos poderes del Portugal y del Brasil... 2.º En consecuencia de la antecedente declaración, reasumiendo la Provincia Oriental la plenitud de los derechos, libertades y prerrogativas inherentes a los demás pueblos de la tierra, se declara, de hecho y de derecho, libre e independiente del rey de Portugal, del emperador del Brasil, y de cualquier otro del Universo, y con amplios y plenos poderes para darse las formas que, en uso y ejercicio de su soberanía, estime conveniente.»

Vosotros me diréis, mis amigos artistas, si reconocéis en eso el lenguaje de una persona, y, sobre todo, si no reconocéis en ello la voz de Artigas, cuando, en sus *Instrucciones de 1813*, decía a los representantes que enviaba a Buenos Aires tres años antes del Congreso de Tucumán: «*Pedirán, ante todo, la declaración de independencia absoluta de estas colonias;* no admitirán otro sistema que el de la federación de las provincias; con el fin de conservar la igualdad, libertad y seguridad de los pueblos, cada provincia formará su gobierno, dividido en los poderes Legislativo, Ejecutivo y Judicial; *la Provincia Oriental retiene su*

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

soberanía, libertad e independencia, todo poder, jurisdicción y derecho que no sea delegado expresamente a las Provincias Unidas juntas en Congreso; la Provincia Oriental tendrá su constitución territorial, levantará los regimientos que necesite, reglará sus milicias para la seguridad de su libertad; *precisa e indispensablemente el gobierno de las Provincias Unidas residirá fuera de Buenos Aires;* la Constitución, por fin, garantirá a las Provincias Unidas la forma de gobierno republicano».

El primer empleo que hizo la Provincia Oriental del derecho que proclamó, de darse la forma que estimase conveniente en uso de su soberanía, fué impuesto por la fuerza de las cosas; no podía vacilarse. La Banda Oriental, con sus sesenta o setenta mil habitantes, y sus tres o cuatro mil soldados, no podía realizar su independencia del imperio del Brasil, sin la alianza que realizaron todos los demás estados americanos, para hacer la propia independencia. Comprenderéis que sería injusto exigir a aquélla, como prueba de su aptitud para ser nación, lo que no se exigió a ninguno de los otros estados de América: bastarse a sí misma para la guerra; realizar sola su emancipación. Los orientales buscaron siempre esa alianza, en la forma que los acontecimientos imponían; la hubieran hecho con cualquiera de los hermanos hispánicos; pero la unión con los estados occidentales del Plata era la más razonable, eficaz y natural.

¿Cómo, en qué forma conciertan con éstos aquella indispensable alianza?

Es preciso de nuevo advertir que, en el año 1825, como muy bien lo vió el emperador del Brasil, no vivía, en la Banda Occidental del Plata, una perso-

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

na colectiva definitivamente organizada; no existía entonces una República Argentina; mucho menos unos Estados Unidos de América como los de Washington. Lo único que, como recordaréis, había querido ver allí el emperador del Brasil, por ejemplo, al rechazar las pretensiones de Gómez, el agente del gobierno central, era *un estado de Buenos Aires* que, sin razón, pretendía absorber el *estado de Montevideo*. Pero el emperador no decía la verdad, y nadie mejor que él lo sabía. Allí había algo más que el estado de Buenos Aires; existía un conjunto de entidades que buscaban su cohesión sin encontrarla; que pugnaban por ser uno o varios estados; que celebraban tratados entre sí; que se disponían a formar una Asamblea constituyente, pero reservándose el derecho de aceptar o rechazar lo que ésta resolviese, y de entrar o no en la unión. La actual Federación Argentina sólo se constituye definitivamente en 1853, y aun en la Asamblea que realiza la obra, el diputado Seguí sintetizaba la historia, diciendo que «sólo por una impropiedad de lenguaje habían podido llamarse *unidas* a las provincias, y hablarse de federación o república, siendo así que sólo habían existido catorce pueblos aislados, disconformes en todo, menos en hacerse la guerra sin misericordia y suicidarse sin repugnancia».

Y así era efectivamente: sólo la ley geográfica o geológica, la que separa precisamente la región oriental de ese conjunto, es la que mantiene, en la occidental del Uruguay, el germen de la futura unión federativa; mientras ésta no se realiza, la pluralidad antagónica es allí congénita. Hojeemos un momento la *Colección de Tratados, Convenciones*, etc., de la actual República Argentina. El tratado de amistad, por ejemplo, celebrado con Chile, en noviembre de 1826, precisamen-

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

te cuando la guerra de los orientales con el Brasil está empeñada, figura como celebrado entre las Repúblicas de las Provincias Unidas del Río de la Plata y la República de Chile. Así está escrito en el texto: *Repúblicas de las Provincias*. En 1823, el *estado de Buenos Aires* concluye un tratado con la República de Colombia; ya hemos recordado el de reconocimiento del Estado Cisplatino, celebrado por Entrerríos con el Barón de la Laguna, en 1822; podríamos leer los que celebran otras provincias con el Paraguay, con el Brasil, etc., y bueno sería recordar también que los capitulares de Montevideo, al optar por la incorporación de la Provincia Cisplatina a Portugal, lo hicieron porque no creían posible su unión *ni con el estado de Buenos Aires ni con el de Entrerríos*.

Interminable sería la cuenta de las convenciones y tratados de esas *Repúblicas de las Provincias Unidas* entre sí: ya es Buenos Aires quien, en 1829, celebra con Santa Fe su tratado de alianza ofensiva y defensiva, *navegación de ríos*, etc., reconociéndose recíprocamente «su libertad, independencia política, representación y derechos»; ya es Catamarca, Córdoba, San Luis, Mendoza y la Rioja, quienes realizan «una alianza ofensiva y defensiva contra todo enemigo que invada su libertad, seguridad y reposo», sin excluir, antes previéndola expresamente, cualquiera agresión de las otras provincias; ya es Córdoba y San Juan quienes, en 1830, terminan su guerra con un tratado de paz, etc., etc.

Nada diremos de los pactos internacionales entre esas provincias o algunas de ellas con el Paraguay, Brasil, o con la misma Banda Oriental una vez constituída, para derrocar a Rosas y formarse la federación argentina. Esos tratados son múltiples, y es la

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

alianza de Entrerríos y Corrientes con el Brasil y la República Oriental, como es sabido, la que, dando en tierra con el tirano de Buenos Aires, inicia la organización de aquel estado.

Esa gestación dolorosa del principio de Artigas en las entrañas de esta nación platense, del que Artigas leyó en la naturaleza, nos da idea de lo que aquí existía, cuando los representantes del pueblo oriental se reunieron en la Florida, en agosto de 1825: la aurora de la actual federación argentina estaba a treinta años de distancia.

No había, por tanto, sino una forma, en la que el Estado Oriental pudiera realizar su alianza con aquellas provincias, y arrastrarlas a la guerra contra el sucesor de Portugal: reincorporarse a ellas, a todas ellas, una vez declarada la propia soberanía e independencia; *ser una de esas Repúblicas de as Provincias* que celebran el tratado con Chile de 1826.

Y eso fué lo que hicieron, con maravillosa claridad de visión, aquellos hombres llevados por el espíritu que había sido el conductor de Artigas. Éste había rechazado esa incorporación en 1816, cuando ella significaba la entrega de la Patria Oriental a los mismos que acababan de entregarla al portugués, y que gestionaban en esos momentos la coronación de un príncipe de Braganza; pero la había sostenido en 1815, cuando rechazó la independencia ofrecida a la Patria Oriental por quien no la había conquistado para sí mismo, pues esa independencia no significaba entonces otra cosa que la separación de esa Banda Oriental de la Confederación de América, indispensable a la libertad común, y su entrega al enemigo con quien Buenos Aires pactaba.

Ahora, en 1825, el primer pensamiento de Artigas

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

reaparece. Lavalleja, al desembarcar en la Agraciada, dice a los orientales: «Sois parte *de la gran nación argentina*, sois *argentinos orientales*, hermanos de los occidentales», es decir, sois miembros de la familia hispánica, de los republicanos de Artigas y de Bolívar, no de la imperial portuguesa. Ese término «nación», «nación argentina», tiene, en el manifiesto de Lavalleja, el mismo sentido que hoy le atribuye la ciencia, al no confundir el concepto de *nación* con el de *estado*, y al rechazar el principio de las *nacionalidades* como razón única de ser de los estados o personas internacionales. No es esto decir, ni mucho menos, que Lavalleja hablara entonces como hombre de ciencia; pero es sabido que, en este caso, como en tantos análogos, la ciencia no precede, sino que sigue a los sucesos; no dicta la ley que rige los hechos, sino que la desentraña de su naturaleza y persistencia. Lavalleja era aquí el hecho; la visión, la intuición, superior a la ciencia misma, estaba sólo en el hombre de genio, en el solo hombre de genio que apareció entre nosotros.

Y el mismo día 25 de agosto, en que los orientales declaran su independencia, dicen:

«La Provincia Oriental, en virtud de la soberanía que legalmente inviste, declara: que su voto constante y decidido es, y debe ser, *por la unidad con las demás provincias argentinas*, a quien siempre perteneció por los vínculos más sagrados que el mundo conoce.»

Por tanto, ha sancionado y decreta por ley fundamental lo siguiente:

«Queda la Provincia Oriental del Río de la Plata *unida a las demás de este nombre en el territorio de Sud América*, por ser libre y espontánea voluntad de los pueblos que la componen, manifestada con

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

testimonios irrefragables y esfuerzos heroicos, *desde el primer período de la regeneración política de las provincias.*»

XI

Bien comprendéis el sentido intrínseco de esa declaración: se reponían las cosas al estado en que estaban *en el primer período de la regeneración,* en el de Artigas; la unión se realizaba, no con un *estado argentino,* sino con las demás repúblicas argentinas, con la *nación argentina,* cuyo ulterior destino o estructura política no estaba aún determinado. Esa declaración significaba, pues, tanto la incorporación de la Banda Oriental a las provincias occidentales, cuanto la de éstas a la Banda Oriental, o, mejor dicho, la reposición de las cosas al estado en que estaban antes de que, por la entrega hecha a Portugal de la región atlántica, se hubiese mutilado el territorio *de la nación platense o argentina,* materia cósmica en que debían conglomerarse tantas entidades políticas hispánicas cuantos núcleos de rotación allí existieran. Dos eran los inconfundibles por su naturaleza y fuerza y cohesión: Buenos Aires, que, si bien era un núcleo de disgregación por su resistencia a toda unión republicana federativa, tenía que serlo de unión geográfica para los pueblos ultraplatenses, y Montevideo, la Banda Oriental de Artigas, mejor dicho, que, aunque disgregada geográficamente de los demás, y llamada por eso a girar en su órbita propia, les estaba unida sociológicamente, y era el núcleo de cohesión política de todos ellos por su espíritu democrático; el corazón de todo aquel organismo. Como tal se reincorporaba

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

a él en la *Florida;* como víscera noble, destinada a difundir en aquel árbol circulatorio su *veneno artiguista,* el germen de independencia republicana y de alianza federal.

A poco que penetréis en este problema, mis amigos, veréis cómo esa *unión a las demás provincias de Sud América* era el cumplimiento de la ley de biología social, de que os he hablado; era la reincorporación de esa región oriental, no sólo a las provincias platenses, sino al mundo hispanoamericano andino, y la de éste a la región oriental; era hacer predominar la ley sociológica que unía esa Banda Oriental, por la lengua, las costumbres y tradiciones españolas, a la gran familia española, sobre la ley geológica, menos enérgica, que la separaba de esa familia, y la unía al mundo portugués; era colocar esa Banda en la situación en que estaban Chile o el Perú Alto y Bajo, el Paraguay o Colombia, todos los estados a quienes se había dirigido el general Rodríguez en busca de alianza; la consagración, por consiguiente, de la propia independencia nacional.

No digo yo que nuestros libertadores de 1825, al declararse reincorporados a las provincias hispánicas de América, vieran ese fenómeno con la precisión científica con que nosotros lo vemos hoy y analizamos; pero eran empujados por esa ley depositada en lo que hemos llamado la subconciencia de los hombres y de los pueblos, y a la que deben las naciones todas su existencia. «El primer período de una nación, como el de un individuo, dice Emerson, es un período de fuerza inconsciente. Los niños gritan, lloran y manotean con furia, porque no pueden demostrar sus deseos. Tan pronto como saben hablar y expresar sus necesidades, entonces son encanta-

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

dores. En la edad adulta, mientras las percepciones son obtusas, hombres y mujeres hablan con vehemencia y exageración, con porfías y disputas; sus modales están llenos de impotencia; su lenguaje lleno de juramentos. Tan pronto como la educación les ha aclarado un poco las cosas, entonces desisten de su flaca vehemencia, y explican su pensamiento con exactitud.»

XII

¿Será bastante la declaración de la Florida, a efecto de arrastrar a la alianza a los hermanos occidentales?

Para el pueblo argentino, que vivía del espíritu de Artigas, sí, era bastante: el pueblo argentino aclamó aquella declaración. Pero para el gobierno del estado de Buenos Aires, que, a falta de autoridad central, ejercía las relaciones exteriores del conjunto, y que era, hogaño como antaño, la oligarquía, la tendencia autoritaria, la absorción, la negación de Artigas, en una palabra, no; para ése, la declaración de la Florida no era bastante, por más que, literalmente, era lo mismo que Gómez, el embajador de Buenos Aires, reclamaba del emperador del Brasil: la reincorporación de la Provincia Oriental a las demás del virreinato. Pero esa devolución de la Provincia hecha por su propio dueño no era para Buenos Aires la misma cosa que si fuera hecha por el usurpador portugués; no era la misma cosa ni mucho menos. El augur troyano no quería que se introdujera de muros adentro aquel caballo enorme que dejaron de regalo los griegos, mientras no se estuviese seguro de que no tenía grie-

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

gos en el vientre. Y Buenos Aires, inspirado por los dioses, no tenía duda de que la Provincia Oriental venía llena de orientales, de hijos de Artigas. *Timeo Danaos et dona ferentes.*

Aquellos hombres, presa de una obsesión, pensaban en la permanencia de la alianza con Portugal, hasta tanto les fuera dado absorber, contra la naturaleza, aquella región predestinada a la independencia. No podía ser.

Los esfuerzos de los orientales por conseguir el apoyo de Buenos Aires fueron inútiles. Se mandaron comisionados; se tocaron todos los resortes. El gobierno provisorio envió a dos de sus miembros, Muñoz y Gomensoro, a reclamar protección; éstos llegaron a decir que, si no se encontraba otro apoyo, el gobierno oriental lo pediría a Inglaterra, que había propuesto su favor a Artigas, a trueque de la declaración de Montevideo puerto franco. Esto pareció producir algún efecto; pero también fué inútil en resumidas cuentas.

Vicente Fidel López, el ilustre historiador imaginativo, tan enemigo de Artigas como de Bolívar, a quien llama «*infatuadísimo mandón*», nos dice que don Manuel José García, ministro de Las Heras, era el órgano de esa resistencia. Y López la apoya y defiende en estos interesantes términos: «Pero el gobierno, o mejor dicho, el señor García, hacía pesar sobre el ánimo del gobernador sus prevenciones y sus resistencias a entrar *en una guerra dispendiosa y difícil, por cuenta y provecho de los rezagos de Artigas*».

Me parece que el historiador argentino ha dado, esta vez, con una frase feliz, que quiere hacer denigrante, y que dice haberla oído al mismo García: *rezagos de Artigas*. Está bien dicho. Eso eran, efectivamente, los cruzados orientales de 1825. Pero bueno

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

es pensar en que esa oligarquía, que rechazaba tales rezagos orientales de Artigas, no desdeñaba ni desconocía menos los rezagos occidentales del mismo, es decir, los elementos federales o artiguistas que han sido la base de la actual federación argentina.

Porque es aquí muy de notar que el gobierno de Buenos Aires deseaba ya expulsar de la Banda Oriental al monarca extranjero, que antes había querido coronar rey del Plata, como sabéis; pero quería expulsarlo para substituirse a él, no para reponer a Artigas ni a sus rezagos.

Esos propósitos están muy bien condensados en un documento ignorado, que acaba de aparecer en un archivo particular, y ahora enriquece el nuestro nacional. Es un *Memorándum de los negocios girados por el Departamento de Negocios Extranjeros, desde el 23 de enero de 1825 hasta el 8 de febrero de 1826*, primer día de la presidencia de Rivadavia, sucesor de Las Heras. Según él, desde 1826, y, sobre todo, mientras los orientales preparaban su empresa de libertad, Buenos Aires persistía en la suya de reivindicar, invocando sus títulos coloniales, la cautiva patria de Artigas. Envía primeramente a don Manuel Sarratea nada menos, al Sarratea que tanto conocemos, a Inglaterra, para obtener que el gobierno de Su Majestad Británica obligue al emperador del Brasil a la devolución de la Provincia Oriental, «con los mismos derechos que tenían España y Portugal antes de la emancipación»; manda también sus embajadores, Álvarez, Alvear, Díaz Vélez, nada menos que Alvear, Díaz Vélez y Álvarez, la más radical negación de Artigas, a ver de realizar una alianza de las *repúblicas de las Provincias Unidas* con todas las repúblicas o provincias del Pacífico, Colombia, Perú y Chile; con el libertador Bo-

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

lívar especialmente. El objeto de esa alianza será combatir la política del Brasil, y arrebatarle, por la fuerza, la Banda Oriental; los aliados, el ejército libertador de Bolívar invadirían, en ese caso, el territorio brasileño por *Chiquitos*, mientras las Provincias Unidas atravesarían el Uruguay. Los enviados gestionan, por fin, especialmente, la cooperación de Chile a la guerra proyectada, le piden reclutas y fuerzas navales.

Aquellos estados recién nacidos no estaban para tal empresa, ni mucho menos; harto tenían con libertarse a sí mismos. Todos contestaban, sin embargo, con generosos ofrecimientos, según el *Memorándum*. Pero nada más interesante que las contestaciones de Bolívar, en el apogeo entonces de su gloria. Concentrada la atención de éste en la organización de un gran Congreso en Panamá, en el que sueña realizar la Confederación de América, refiere a la resolución de ese Congreso el pedido de Buenos Aires; pero, entretanto, promete a los embajadores «enviar a la corte de Río Janeiro *uno de sus ayudantes*, para hacer entender allí el desagrado con que miraba la ocupación de la Banda Oriental». Esa contestación es reveladora de aquel espléndido carácter, que procuré trazaros en una de mis primeras lecciones; pero mucho más lo es el encargo que da el gran venezolano a los plenipotenciarios bonaerenses, en una de sus primeras entrevistas, de transmitir al gobierno un proyecto que acaricia en su pujante imaginación. Bolívar quiere invadir, con el ejército de su mando, el Paraguay, *con el objeto principal de libertar a Bonpland*, el sabio francés retenido allí por el dictador Francia. Y si el gobierno lo invitara a ello, dijo Bolívar, según el *Memorándum*, o si le diera autorización, libertaría

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

esa provincia de la opresión de Francia, y la entregaría a las Provincias Unidas, pudiendo entonces, con cualquier pretexto, auxiliar la guerra de la Banda Oriental.

He aquí nuestro gran poeta de la guerra, que reparte provincias, como Bonaparte reinos. Esos sueños, como las águilas o los cóndores, hacen siempre sus nidos en las cumbres.

Buenos Aires no secunda sus proyectos; pero acepta, en cambio, el de Inglaterra, que, en un momento dado, se ofrece dispuesta a mediar, para que Buenos Aires *recupere* la *Banda Oriental*, dando al Brasil alguna indemnización. Bien es verdad que, a su juicio, lo mejor no sería eso, sino referir la resolución del asunto al Congreso de Panamá; pero Buenos Aires prefiere lo primero: que Inglaterra le devuelva su Provincia Oriental, con todos sus hombres y cosas, aunque tenga que pagar algún dinero.

Juzgo que, con lo dicho, amigos míos, tenéis bastante, y aun sobrado, para daros cuenta del sentido de este momento histórico, en que todos se creen con derecho a disponer de la patria de los orientales, y, sobre todo, para que os lo deis de lo que significa ese puñado de *rezagos de Artigas*, que, con desembarcar en la *Agraciada*, desbarata toda esa enorme máquina de tratados americanos, e intervenciones inglesas, y ejércitos libertadores, y hace sentir que tambien allí existe un pueblo.

Como el pastor israelita, armado de su honda y su zurrón de cuero lleno de piedras, ellos solos provocan al temeroso gigante filisteo. Si queréis recordar la otra imagen bíblica, la piedrecilla que cae de la montaña y va a dar en el pie de barro de la aparatosa estatua, podéis hacerlo; esos treinta y tres hombres de que hablamos tienen algo de todo eso.

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

Pero el irascible señor López, historiador, tiene razón que le sobra: el gobierno de Buenos Aires no podía ni debía entrar en semejante guerra; ella aniquilaba todos sus planes. La victoria de *Sarandí*, dice el *Memorándum* que estamos leyendo, *y la declaración a que se vió forzado el Congreso*, suspendieron los procedimientos pendientes.

Esa victoria de *Sarandí* fué, efectivamente, como lo veréis, la pedrada del pastor israelita, disparada contra todos los filisteos habidos y por haber. Y os daréis cuenta ahora, amigos míos, de por qué la oligarquía no podía aceptar, y no aceptó, la incorporación a las demás repúblicas de la de los orientales congregados en la Florida, que arrastraba a la guerra heroica declarada por el pueblo.

XIII

Pero la masa popular argentina, que no quería otra cosa; el pueblo occidental, nuestro hermano, que había palpitado, estremecido por nobles instintos de raza, de lengua, de tradición, ante el desembarque de los Treinta y Tres, acogió con el mismo entusiasmo la declaración de la Florida. No importaba que en ella estuviera la de una nueva patria hermana independiente; tanto mejor. Una inundación de opinión popular hervía en torno del gobierno, encabezado por Las Heras, sucesor de Rodríguez; quería y reclamaba la guerra con el Brasil, como había pedido la con Portugal en tiempo de Artigas. Un partido poderoso, cuyo jefe era Dorrego, a quien Rivera creyó ver desembarcar con Lavalleja, estaba allí organizado con esa bandera, que se identifica con la

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

de federación en la Banda Occidental: unión con los orientales; guerra al Brasil. Va, pues, a reproducirse la lucha que acaudilló Artigas como Protector de los Pueblos Libres y campeón de la república democrática.

Porque el gobierno de Buenos Aires, a pesar de la efervescencia del pueblo, obró con los Treinta y Tres como con Artigas: comenzó por dejar a aquéllos que pugnaran solos contra el imperio; no les prestó auxilio alguno. Esperaba, no cabe duda, la repetición de la *Quebrada de Belarmino* y *Tacuarembó*, y el refugio en el Paraguay.

Y los orientales guerrearon solos; combatieron hasta triunfar milagrosamente en *Sarandí*. Nunca se ha pronunciado con mayor verdad el lema de «Libertad o muerte», de la bandera tricolor que enarbolaban. Lo más probable para esos hombres no era la libertad, era la muerte.

Lavalleja combatía; pero, al mismo tiempo, examinaba los horizontes de la América hispánica, por ver si en alguno de ellos asomaba lo que no podía menos de venir: el hombre, el pueblo americano, cualquiera que fuese, amigo de los orientales. El 1.º de octubre, doce días antes de *Sarandí*, remitía a un amigo residente en Buenos Aires una copia de la declaratoria de la Florida, y le decía: «Confío en que el gobierno y pueblo argentinos hallarán simpática una cuestión *tan americana como las que llevaron a los valientes de Pagola, y a otros muchos orientales, hasta más allá de los Andes;* pero si, como no lo espero, la política de aquel gobierno se redujera *a una impasible neutralidad*, entonces no vacilaré en acudir a Bolívar, el libertador de Colombia».

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

Ya hemos visto que Bolívar pensaba, ante todo, en libertar al sabio Bonpland, previa conquista del Paraguay.

En esos momentos de conflicto, escribe el coronel don Pedro P. Bermúdez, ésa era la idea dominante en el general Lavalleja; he tenido ocasión de oírselo más de una vez.

En ese mismo tiempo, el 5 de octubre de 1825, Sucre, el mariscal de Ayacucho, refiriéndose a la contienda en que estaban empeñados los orientales, decía en un banquete que ofrecía a Bolívar en Potosí: «Si el ejército de Bolivia recibe órdenes de su gobierno, bajará de Potosí sobre los enemigos del Río de la Plata, como un torrente que se precipita y arroja al mar cuanto se le opone». ¡Honrado e intachable Sucre! Ésas son ilusiones de gloria, sueños de cóndor. Hay mucha tierra entre el Pacífico y el Atlántico; mucha tierra. Soñaba Sucre, y soñaba, sobre todo, Lavalleja. La realidad es una sola: la que vió Artigas. Los orientales no han de pedir su libertad, sino tomarla; si quieren tener patria, han de hacérsela ellos mismos.

Y si es ilusorio el amparo de Bolívar, no lo es menos el pensar en que, con la declaración de la Florida, se obtendrá la alianza del gobierno de Buenos Aires. Los hombres que allí prevalecen exigirán siempre, para acorrer a los orientales, la sumisión expresa e incondicional de todos ellos, como la de los demás pueblos argentinos, a lo que en aquel centro se resuelva, sea, como en otros tiempos, la coronación de un rey inglés o incásico, sea, como sucederá muy pronto, la absorción por la capital de toda autonomía, la extirpación de la célula vital.

Y esa disposición no la han visto, ni han podido verla, porque no existía, en la declaración de in-

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

dependencia de la Florida, ni en el decreto de alianza con las demás provincias. No se ha pronunciado, es verdad, el nombre de Artigas, el derrotado, el muerto que está en su sepultura, arando tierra paraguaya; pero ciego tenía que ser el gobierno de Buenos Aires para no ver el espíritu infernal del héroe desaparecido, sus rezagos, en todo aquello que movían sus antiguos capitanes.

¡Declarar la guerra al Brasil por causa de los orientales!... ¿Pero no era eso precisamente lo que buscó Artigas sin conseguirlo, la declaración de guerra a Portugal?... ¿Acaso Artigas rechazó la unión?... ¿No fué eso lo que exigió siempre de sus caudillos occidentales, de Ramírez especialmente?... Los hombres que gobernaban en Buenos Aires — Rodríguez, Rivadavia, Las Heras — veían eso, lo mismo que García, con toda claridad. Esa declaración de la Florida, la de unión a los demás estados especialmente, era la independencia oriental republicana, y nada más que la independencia. Esa unión, como lo dice el mismo texto de la declaración, es «lo manifestado por testimonios irrefragables y esfuerzos heroicos desde el primer período de la regeneración política de las provincias»; y bien sabéis que lo que con tales esfuerzos se manifestó entonces fué todo menos la absorción de Montevideo por Buenos Aires; todo, menos la renuncia de la soberanía oriental. Aunque eso no estuviera escrito, que sí lo estaba, en la declaración de la Florida, se leía claramente en las entrañas de la historia y de la naturaleza, cuyas leyes no necesitan promulgación de los hombres. En las declaraciones del 25 de agosto había una, la declaratoria de independencia, que, por su naturaleza, era esencial, irrevocable, y encerraba la realidad que estaba en el fondo de todas las aparien-

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

cias; había otra, la relativa a la unión con los demás estados del Plata o de América, que era visiblemente accidental, provisional, revocable, como todo contrato, como todo acto emanado de una voluntad soberana, y sin más raíces que las circunstancias determinantes.

XIV

Se ha dicho, para patentizar esa verdad intrínseca, que hay analogía entre la declaración de los orientales, que se hacen independientes mientras se declaran incorporados a las provincias occidentales, y la declaración de los que, el 25 de mayo de 1810, iniciaban en Buenos Aires la independencia de América, mientra juraban conservar estos dominios a nuestro rey y señor Fernando VII.

No, no hay tal analogía; nada tiene que ver lo uno con lo otro. En la declaración de mayo de 1810, como en todas las análogas del continente, estaba, sin duda alguna, el germen de la independencia americana, a pesar del reconocimiento del rey. Por eso todos aclamamos el 25 de mayo de 1810, de que es Artigas la más excelsa personificación; recordad que éste fechaba sus comunicaciones partiendo, como del comienzo de una nueva era, del año 1810. Pero la independencia estaba allí mucho más remota; no se la ve, ni con mucho, con la precisión y el vigor con que está escrita la independencia oriental en la declaración de la Florida, a pesar del reconocimiento de la unión con los demás estados. Ésta tiene analogía con la de Artigas en su discurso de 1811, en su nota al gobierno del Paraguay, en sus *Instrucciones de 1813;* no con la de 1810.

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

La declaración del 25 de mayo de 1810 no fué precedida, como la del 25 de agosto, de una declaratoria expresa y altiva de absoluta independencia de todo poder del universo; no fué hecha, pues, como la de la Florida, por una persona *sui juris*, que se incorpora a una Confederación de Estados, o se separa de ella, cuando y como le conviene. Vosotros sabéis, por el contrario, que, salvo Artigas, los próceres de Mayo ratificaron y aclararon muchas veces su juramento de fidelidad al rey; no ignoráis que la misma declaratoria de independencia de las provincias occidentales hecha en Tucumán, el 9 de julio de 1816, no sólo no supuso la adopción de la forma y la bandera republicana y el abandono de toda gestión dinástica, sino que entrañó lo contrario. Eso no obsta a que la República Argentina celebre, con razón, como fasto glorioso, ese 9 de julio de 1816.

En la declaración del 25 de mayo de 1810, por otra parte, lo mismo que en el Cabildo abierto de Montevideo de 1808, se reconocía la existencia de un señor, de un dueño, en cuyo nombre y con cuya bandera mandaban y procedían los gobiernos que se formaron, y cuyos derechos de superioridad sobre sus colonias se proclamaban, y se juraba respetar. Pero en la declaratoria de la Florida, de 1825, no había nada que pudiera parecerse a eso; no se reconocía entidad alguna, en que pudieran radicar derechos soberanos superiores a la soberanía de los pueblos, que la Banda Oriental, enarbolando su bandera tricolor, acababa de reivindicar. El gobierno que se constituyó en la Banda Oriental se dirigía, *en nombre propio*, a los cabildos y jueces de la provincia autónoma, a los generales de su ejército, a los pueblos de su dependencia, a quienes convocaba para la elección de representantes.

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

En la declaración del 25 de mayo, las colonias reconocían, como metrópoli soberana, a la metrópoli española, representada por su rey; acataban a una persona internacional, capaz de ejercer derechos y de contraer obligaciones, a una gran nación secular, definitivamente constituída en poderoso estado, madre, sin duda alguna, y madre nobilísima de los pueblos americanos.

¡Pero en la declaración de la Florida! Allí se proclamaba la unión con las demás provincias del Río de la Plata; pero no la anexión a un estado soberano determinado, y menos a otra provincia. ¿A quién había de reconocerse como metrópoli o entidad personal superior, capaz de absorber o incorporarse otro estado, si allí, como hemos dicho, no había ni reino, ni república, ni nada definitivamente constituído, que pudiera presentarse como una real persona de derecho internacional, sino pueblos unidos en un apoyo recíproco, iguales entre sí, y en vías de organización laboriosa e indefinida?

¡Reino!... ¡República!... Todo podía llegar a ser el conjunto de las provincias occidentales del Plata, en 1825; aquello era todavía un huevo, del que lo mismo podía salir una alondra que un cocodrilo. Adams, ministro de Monroe en Estados Unidos, escribía entonces a su cónsul en Buenos Aires: *Mire con recelo a ese Rivadavia, que no en vano ha pasado tantos años en Europa.*

En Buenos Aires, congreso y gobernadores subían y bajaban, según la marea política de aquella capital; los sistemas de gobierno, ya unitario, ya federal, se sucedían violentamente. Y ese teje maneje seguirá así por mucho tiempo. Ya os he recordado lo que decía Sarmiento, en 1845, veinte años después de la decla-

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

ración de la Florida, en su *Facundo:* «La tierra que queda al oriente de los Andes y al occidental del Atlántico, siguiendo el Río de la Plata hacia el interior, por el Uruguay arriba, es el territorio que se llamó Provincias Unidas del Río de la Plata, y en el que aun se derrama sangre por llamarle República o Federación Argentina».

Tenemos un tipo, en América, de verdadera absorción, en la del estado de Tejas, por ejemplo, que se desprende violentamente de su unión con Méjico, se declara independiente, y gestiona y obtiene, por fin, su incorporación a los Estados Unidos de América. El presidente Polk adapta, bien o mal, al caso la célebre doctrina de Monroe, y Tejas entra a formar parte de la gran federación del Norte. Creo que no es necesaria mucha penetración para notar la diferencia entre esa anexión de Tejas a los Estados Unidos, y la alianza de la Banda Oriental con las otras provincias, en 1825.

XV

Es menester, mis amigos artistas, que os deis cuenta, más detallada aún, de lo que ocurría en la Banda Occidental del Plata, en el momento en que los orientales hacen sus declaraciones de la Florida. Recordaréis que, pasado el año 20, en que cayó Artigas sobre el escudo, salvando la democracia, según decía Juan Carlos Gómez, quedó en Buenos Aires, como gobernador de la provincia, no como jefe de la nación occidental, el general Martín Rodríguez. Éste formó su gobierno con los dos personajes precisamente que estaban negociando la coronación de príncipes: García,

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

el gestor en Río Janeiro de la invasión portuguesa contra la Banda Oriental, y Rivadavia, que, como sabéis, había sido, hasta ayer no más, el agente, en Europa, de las combinaciones dinásticas y no podía explicarse la dilación del Congreso de Tucumán en adoptar la forma monárquica.

Este Rivadavia, como ministro de Rodríguez, fué, sin duda, un personaje trascendente, protagonista; era un eminente hombre de estado, discípulo y secuaz de los enciclopedistas y revolucionarios franceses; organizó la democracia, y la organizó con criterio muy liberal; pero «teórico soñador del centralismo napoleónico», dice uno; «con más bondad que inteligencia, dice Alberdi, organizó el desquicio del gobierno argentino... mejoró la superficie, pero empeoró el fondo».

No creo, pues, que Adams, el ministro de Monroe en Estados Unidos, formara un juicio demasiado temerario sobre este hombre grande, pero enfático, ensimismado y escéptico, y sobre sus opiniones con relación a la vitalidad del pueblo americano, cuando escribía a su cónsul en Buenos Aires lo que antes hemos recordado; cuando le recomendaba mucha precaución con Rivadavia. Adams temía que, del huevo que éste incubaba, saliera algún cocodrilo o cosa así; no creía en la conversión fulminante al republicanismo del negociador en París. Vosotros, que ya conocéis la historia, pensaréis lo que os parezca sobre si el señor Adams tenía o no razón al abrigar esos maliciosos recelos.

Pero sea de ello lo que fuere, el hecho es que Rivadavia no consiguió hacer de las provincias occidentales una entidad colectiva con forma personal buena ni mala, monárquica ni republicana. Fracasados sus

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

planes de monarquía, él anhelaba, inspirado en sus maestros franceses, implantar una república unitaria; aniquilar toda autonomía provincial, incluso la de Buenos Aires; hacer de esta ciudad la capital de todo el estado, no sólo de la provincia, y, del presidente, el jefe absoluto de toda la nación; tener a ésta en sus manos, para amasarla según su ideal empírico y exótico; hacer, físicamente, la conglomeración de moléculas químicamente refractarias. Nada estaba, pues, más lejos de la mente de ese Rivadavia que el construir la actual República Argentina Federal.

Como antes hemos dicho, el gobernador Rodríguez celebra tratados con las provincias, por ver de realizar la unión: en 1822 concluye el *tratado cuadrilátero*, en que se consagran los principios de Artigas, y es la base de la actual federación argentina. En febrero de 1824 la Junta de Representantes de Buenos Aires autoriza al Ejecutivo para invitar a los otros pueblos a constituir unidos una nación; pero la provincia de Buenos Aires declara que seguirá rigiéndose por sus leyes, y que se reserva el derecho de aceptar o no aceptar la carta de unión que se sancione. Las demás provincias imitan su conducta: se reservan sus derechos. El Congreso se instala en noviembre de 1824, y, en enero de 1825, se declara Constituyente, estableciendo que, mientras no existiera una Constitución, las provincias se regirían por sus propias leyes, y prometiendo someter a la aceptación de aquéllas, o a su rechazo, el pacto fundamental de unión.

No había, pues, allí un gobierno unitario, sistema anhelado por Rivadavia, y siempre rechazado por todas las provincias; tampoco había una federación como la de Suiza o Estados Unidos; ni siquiera existía una de esas confederaciones que dejan a los Estados

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

siempre independientes y con los atributos esenciales de la soberanía. No se ve, por ende, en la Banda Occidental, un organismo político más definitivo que el de la Oriental; éste era más homogéneo, sin duda alguna, y más compacto.

En esa situación estaban las cosas, cuando los orientales hicieron su declaración de la Florida. Y no se pusieron más claras después. El 2 de abril de 1824 ha cesado en el gobierno el general Rodríguez, a quien ha acompañado Rivadavia como ministro, y es elegido, para substituirlo, el general Las Heras. Es éste quien allí manda cuando se realiza la empresa de los Treinta y Tres.

Rivadavia no acepta un ministerio en el nuevo gobierno; queda sólo en él su compañero García. Rivadavia se va a Europa; pero vuelve pronto; vuelve a ser nombrado primer presidente de la República; presidente de una república que no existe, y que él mismo ha creído imposible.

El Congreso, que se había declarado constituyente y que había declarado que la Constitución sólo regiría después de aceptada por los pueblos, organiza, por sí y ante sí, esa república unitaria artificial, sin dictar Constitución alguna; declara a Buenos Aires su capital; destituye, el 8 de febrero de 1826, a Las Heras del cargo de gobernador de la provincia, y nombra presidente o cabeza de aquellos miembros inarticulados y dispersos a Rivadavia, su inspirador y motor, con residencia en Buenos Aires, constituída en capital de la república inexistente.

El derrumbe, como lo presumís, se reproduce: Buenos Aires se levanta; las provincias se levantan; Rivadavia cae el 27 de julio de 1827, y desaparece para siempre de la escena. ¡Qué verdadera desesperación,

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

dice Navarro Viola que escribía Rivadavia, qué tormento el de tener ahora la plena convicción de haber arrojado al país en caminos extraviados, que lo han de conducir a un abismo!»

Sólo reaparece en 1834. Se presenta en Buenos Aires, y es rechazado; se le expulsa inmediatamente. Muere olvidado en Cádiz; olvidado por los mismos unitarios, para resucitar después a la gloria póstuma, como San Martín, y como Artigas, cada cual con su significado histórico.

Y las cosas tornan al estado en que se hallaban: cada provincia recobra su autonomía. El 12 de agosto de 1827, después de un corto provisoriato de don Vicente López, es elegido el coronel Dorrego gobernador de Buenos Aires y capitán general de la provincia.

Y es este Dorrego quien, el año siguiente, 1828, reconocerá, mal de su grado, la independencia oriental.

Vosotros me diréis ahora, mis amigos artistas, si la segunda declaración de la Florida, esa especie de *tratado*, celebrado por los orientales con esas provincias occidentales al declararse reincorporados a la *nación argentina*, si esa especie de unión real, o personal, o como le llamen los tratadistas de derecho de gentes, pues todo puede llamársele, significa la absorción de un organismo por otro, o si es otra cosa.

Pero yo quiero que me digáis, sobre todo, si ese acto de los orientales tiene alguna analogía con el reconocimiento de Fernando VII, y con el juramento de conservar para ese soberano los dominios americanos, que es el juramento del 25 de mayo de 1810 y sus análogos en toda América.

El 25 de mayo de 1810 está consagrado, sin embargo,

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

y no sin mucha causa, como la gloriosa fecha inicial de la independencia de la América austral. Sobre todas las declaraciones escritas, y protestas, y juramentos, y fórmulas accidentales, se ha visto predominar, en la declaración de Mayo, la ley histórica, geológica, étnica, natural.

Con alguna mayor razón hemos consagrado, pues, los orientales, *el 25 de agosto de 1825*, como la cifra de la patria que nació con Artigas. Éste, el padre Artigas, es el primero que esa fecha gloriosa rememora; en ella se refunden las cifras todas de nuestra historia: desde el *Cabildo abierto* de 1808; desde ese mismo 25 de mayo, de que Artigas, como lo hemos visto, es el héroe personal; desde el *Grito de Asensio*, y el *Éxodo del Pueblo Oriental*, de 1811; desde el *Congreso de abril* de 1813; desde la campaña del *Guayabo* y la resistencia contra el portugués, hasta el 18 de julio de 1830, en que triunfará, al jurarse nuestra Constitución, el axioma republicano, proclamado desde el principio por Artigas, el solo vidente primordial. Es el bloque homogéneo, perfectamente indivisible de nuestra gloria nacional, amigos míos, ese *25 de agosto de 1825*.

El gobierno de Buenos Aires vió bien, como vió bien España en 1810, al ver, en la declaración del 25 de agosto, el ígneo espíritu de Artigas, brotado de las recónditas entrañas de la tierra nuestra. Y fué consecuente al negar, a pesar del grito generoso que crecía en el pueblo argentino, a la campaña de los Treinta y Tres contra el hijo brasileño, el apoyo que había negado a Artigas, en la suya contra el padre portugués. Era evidente que aquella empresa no era en favor de los occidentales, es decir, de los que pretendían la simple absorción del estado hermano por la Comuna de Buenos Aires.

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

Y tampoco era indispensable la tal empresa, preciso es confesarlo, a la patria de los argentinos. Ésta quedaba íntegra sin la región oriental; la región oriental podía quedar portuguesa, sin detrimento del gran estado formado por el antiguo virreinato de Buenos Aires.

Los orientales tenían que luchar solos, pues, si habían de tener patria, y sin pérdida de tiempo. Lucharon solos. Si querían arrastrar al gobierno occidental a su empresa, tenían que realizar el milagro heroico que buscó Artigas, o morir... No murieron; hicieron el milagro heroico. Sí, mis bravos artistas, lo hicieron, por fin; ellos solos se forjaron su *Chacabuco*, sin más auxilio que el del Dios de Sabahot armipotente.

XVI

Armados caballeros, en la Florida, de una patria libre y organizada, Lavalleja y Rivera se lanzaron al corazón de aquella inverosímil aventura. Tocó a Rivera dar el primer golpe resonante, después de encarnizadas escaramuzas, una de las cuales, la del *Águila*, le fué adversa. Fué en el *Rincón de Haedo*, el 24 de septiembre, un mes después de la declaración de la Florida. Y menos de un mes más tarde, en 12 de octubre, todos los orientales reunidos hicieron, en las colinas de *Sarandí*, algo tan fuera de todo cálculo humano, que, más que una victoria, podría aquello llamarse un meteoro de la guerra, o cosa por el estilo.

Imaginad, pues podéis hacerlo, lo que fué ese *Rincón de Haedo* de que os hablo. Vosotros ya conocéis

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

a ese audaz Rivera, espíritu inquieto, lleno de relámpagos. Conducía su ejército hacia Mercedes, donde estaba el enemigo, el veterano general Abreu; pero él sabía que, en una bolsa, o rincón, o península, formada por el río Negro al desembocar sinuosamente en el Uruguay, existía una gran reserva de caballos del brasileño, ocho o diez mil. Si se arrebataran esos caballos, Abreu quedaría inutilizado. Rivera, aunque enfermo en esos momentos, deja el ejército al esforzado Andrés Latorre, frente a Abreu, y él, con sólo 250 jinetes, salva al galope la angosta entrada de aquel cerco formado por los dos grandes ríos. Sorprende las guardias, hace prisioneras las custodias, arrea las preciosas caballadas, y se dispone a salir con su presa.

Ya no era posible: los coroneles Jardín y Barreto, con fuerzas tres veces superiores, 750 hombres, penetraban en el Rincón, y cerraban la boca de aquella trampa en que se había metido Rivera. Verlos, y ordenar una carga frenética, a través de pantanos intransitables, fué todo uno, como lo fué dar la carga y obtener la victoria. «El terror, la confusión y el desorden se apoderaron de los enemigos, dice Rivera en el parte que eleva a Lavalleja; más de tres leguas fueron perseguidos y acuchillados por nuestros héroes, quedando aquel campo sembrado de cadáveres, armas y despojos.» Ciento cincuenta muertos, el jefe enemigo, un coronel, un mayor y varios oficiales, entre ellos; cuarenta heridos, que fueron entregados al general Abreu; quince oficiales y ciento ochenta soldados prisioneros; gran cantidad de armas, municiones, pertrechos, y, por fin, los ocho o diez mil caballos que se buscaban, fué el resultado del combate.

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

La resonancia de aquel tropel de centauros fué grande: se empezó a creer en los Treinta y Tres...

Pero vino *Sarandí*, ese nuestro *Chacabuco* de que os he hablado; vino, cuando aun el brasileño no se había repuesto del estupor que le produjo la audacia del Rincón: quince o veinte días después, el 12 de octubre. ¡Y entonces sí que se creyó en los Treinta y Tres!

¡Oh, Sarandí!... Es nuestra batolla clásica. Aquello ya no fué una sorpresa, mis amigos, ni un golpe audaz; aquello fué un gran combate. Allí quedaron quinientos sesenta y seis soldados enemigos muertos, ciento trece heridos, ochenta jefes y oficiales prisioneros; tres o cuatro mil armas, fusiles, sables, pistolas, municiones, y toda la caballada. Todo eso quedó tendido en el campo, entre los arroyos Sarandí y Castro, al precio de treinta y dos orientales muertos y ochenta y tres heridos.

Muy equivocados estaban los valientes hermanos Bentos Manuel Riveiro y Manuel Gonzalves, los más bizarros jefes brasileños, cuando, lograda la junción de sus fuerzas—dos mil hombres escogidos y bien armados,— sólo creyeron difícil el dar alcance al enemigo, para aniquilarlo antes de que la revolución cobrara mayores proporciones, como les decía el Barón de la Laguna. Los orientales también habían conseguido realizar su junción; estaban allí, con fuerzas numéricamente iguales, dos mil hombres a caballo. Sólo un pequeño afluente del arroyo Sarandí separaba a los dos ejércitos, el 12 de octubre de 1825.

El bueno de Lavalleja se dió cuenta muy exacta, en ese día, de lo que allí tenía que pasar; bien sabía que, en esa hora, había que jugar el todo por el todo, y que era preciso que sus hombres no entraran dema-

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

siado en razón sobre lo que se iba a hacer: tenían que ser superiores a la razón: lo que se suele llamar héroes. La lucha era desigual. El ejército brasileño estaba formado, en gran parte, de veteranos, altivos en sus vistosos uniformes, disciplinados, llenos de fe en sí mismos. En cuanto a nuestros soldados, os daré un dato para apreciarlos: después de la batalla, fué menester descargar muchos fusiles por la recámara. Estaban inutilizados, porque nuestros bizarros soldados de infantería habían introducido los cartuchos al revés, con la bala hacia abajo. Era la primera vez que cargaban un fusil.

Fué ése el gran día de Lavalleja, y un día memorable de la patria, lo que se llama memorable. Cuando los rayos del sol del 12 de octubre disiparon las nieblas matinales, ambos ejércitos se vieron muy cerca el uno del otro: a tiro de fusil; ambos mudaban apresuradamente caballos.

Lavalleja tendió rápidamente su línea de combate. Allí estaban todos, todos los buenos: en el ala derecha, el coronel Pablo Zufriategui, el de mayor graduación militar, después del jefe, en el grupo de la *Agraciada;* en la izquierda, Rivera, el impasible, el sonriente; no desenvaina la espada; apoya la mano derecha en el látigo; en la izquierda lleva las riendas. El centro está a las órdenes del coronel Manuel Oribe, la figura consular entre los Treinta y Tres, el que venció en el Cerro. El miliciano Leonardo Olivera manda la reserva. Allí estaba el coronel Andrés Latorre, el brazo de Artigas, que quedó herido en el combate, y el capitán Bernabé Rivera, y el comandante Gregorio Pérez, y Simón del Pino, y Laguna, y Quesada, y Osorio, y Medina; toda la legión visible. También había algo invisible, me parece.

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

Apenas tendidas las líneas, una nutrida descarga de fusilería partió de las filas imperiales... cayeron muchos de los nuestros... Los clarines enemigos tocaban a degüello... Lavalleja fué dueño del momento; dió su orden memorable: es toda su historia; todas sus cargas parecen condensarse en esa carga triunfal.

Y gritó: « *¡Muchachos! ¡Carabina a la espalda y sable en mano!* »

No es necesario que recordemos otra dura interjección española que acompañó su voz de mando, y que nos han contado los viejos sobrevivientes. Eso, como la palabra de Cambronne, vive en la tradición oral.

Apenas habían tenido tiempo los enemigos de replegarse y desenvainar las espadas; aun mordían los soldados los segundos cartuchos, y las baquetas se introducían en los cañones del fusil, cuando los pechos de los caballos orientales caían, como enormes proyectiles palpitantes, sobre las líneas enemigas, y los sables (que habían sido afilados contra toda ordenanza militar) estaban sobre las cabezas de los enemigos, sobrecogidos ante aquella avalancha inverosímil. He oído describir los efectos de aquellos formidables sablazos; pero no hay para qué hablar ahora de ese detalle. La carga fué inaudita; no hay otra que la supere en nuestra historia. ¡Oh, la carga de Sarandí!...

La masa de nuestras caballerías fué como una explosión, producida por la palabra de un hombre, que hace saltar a los cuatro vientos una muralla. La lucha se trabó cuerpo a cuerpo; uno que otro tiro de pistola sonaba entre el chocar de los sables.

La derrota y la persecución fueron inmediatas. Desde las primeras hondonadas, a que afluían los pri-

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

sioneros imperiales vestidos de sus uniformes azules y amarillos, y con casco de suela negra y guarniciones de bronce, hasta las lejanas colinas en que se veían, entre nubes de polvo, los pelotones de jinetes perseguidos por otros jinetes, y los trozos de caballadas dispersas, y los grupos de soldados desmontados, que entregaban sus armas, todo aquel campo, en dos leguas a la redonda, se estremecía como un corazón. Los clarines de la patria sonaban la victoria, en torno de la bandera tricolor: LIBERTAD O MUERTE, decía al aire la bandera.

Los jefes enemigos, Riveiro y Gonzalves, habían huído, desconcertados y aturdidos; sus caballos eran muy buenos, indudablemente, según se ha dicho. Pasaron el torrentoso río Yi, en una balsa, que inutilizaron después. Sólo se salvaron trescientos hombres del ejército vencido.

XVII

Es preciso confesar, mis bravos amigos, que aquella fué una insigne victoria. Del efecto producido por ella entre los orientales no tenemos que hablar ahora; pero sí del que produjo en Buenos Aires: aclamaciones a Lavalleja, a los Treinta y Tres, y a los orientales; gritos de muerte al emperador; ataques al representante del Brasil; campanas echadas a vuelo, iluminaciones y todo lo demás. Todo ello cobró forma rítmica en el canto de un poeta bonaerense, Juan Cruz Varela, que escribió su oda *A la batalla de Sarandí*, que comienza:

«¡Pueblos, oid; escarmentad, tiranos!»

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

La oda, como obra literaria, no pasa de mediocre; pero la multitud aclamaba al bardo; le hacía recitar su canto en las calles de Buenos Aires, en las plazas públicas, levantándolo en alto.

Y el poeta cantaba:

«¡Día de salvación y complemento!
Ya amaneciste en *Sarandí*. Orientales,
¿qué genio os inspiró? ¿Qué genio vino
a escribir nuevamente los anales
del hombre libre y su feliz destino
con sangre de opresores?
. . . . . .
Ábrete, historia, y muestra en qué regiones,
en qué época del mundo, qué naciones
presentaron jamás un grupo aislado,
desvalido, indefenso,
de hombres que atravesando un río inmenso,
hasta la orilla opuesta se lanzaron
y el fuerte grito de la guerra alzaron.
. . . . . .
Héroes, si este renombre,
siempre dado al guerrero,
pero quizá no siempre verdadero,
ha sido alguna vez digno del hombre,
es hoy, cuando mi musa reverente,
de adulación ajena,
con él saluda, de entusiasmo llena,
a los ínclitos hijos del Oriente.»

El *Memorándum* que antes leímos dice, en suma, la verdad; la batalla de *Sarandí* desbarató todos los planes de reivindicación, por Buenos Aires, de la Provincia Oriental. Ni era necesaria la alianza con los estados del Pacífico; ni la venida de Bolívar al Pla-

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

ta era tan indispensable. Los rezagos de Artigas bastaban, como se ve.

¿Y el efecto de Sarandí en Montevideo? Se ordenó la prisión de los orientales descollantes, Giró, Blanco, Pérez, Suso, Masini, etc. Pero se hizo algo más eficaz: se pusieron a precio las cabezas de Rivera y Lavalleja, como se había hecho con la del padre Artigas: dos mil pesos valía la primera; mil quinientos la segunda. Eran precios moderados, como lo veis: la de Artigas, según debéis de recordar, valía seis mil pesos; era bastante más cara. Pero ahora, como entonces, no se halló vendedor. Aquellas buenas cabezas quedaron sobre sus hombros, felizmente.

El gobierno de Buenos Aires, presidido por Las Heras, no se resolvía a la alianza, sin embargo; no aceptaba la incorporación de la Provincia Oriental a que era provocado; no quería la guerra con el Brasil que ella entrañaba; no veía claro. Aun después de la batalla del *Rincón*, los orientales envían a Pereyra y a Lapido, comisionados ante el general Rodríguez, que guarnece la frontera del Uruguay, a fin de obtener de él algún apoyo, aunque sea indirecto: que custodie siquiera los prisioneros hechos en la batalla. «Dígale usted al valiente general Lavalleja, contestó Rodríguez, que haga esfuerzos por ser feliz; pues si fracasase su heroica empresa, yo tendría que remitir a Buenos Aires, bajo segura custodia, a los que buscasen un amparo en estas costas.» Este Rodríguez es el mismo que, hace cuatro años, amenazaba a Lecor en los términos descomunales que conocéis. Fué preciso devolver los prisioneros a sus propios jefes.

Pero, al fin, después de Sarandí, el gobierno de Buenos Aires se resuelve; los hechos se le imponen, los hechos heroicos. El mismo Rivadavia, que llegaba de

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

Europa, y que algunos meses después destituirá a Las Heras, indujo a éste y al Congreso, a la alianza con los orientales; él, que sólo pensaba en su patria occidental, llegó a creer que, desviando las energías populares hacia la guerra exterior, las alejaría de la resistencia interna y sería más hacedero el régimen unitario. Ése era, no cabe la menor duda, el pensamiento de Rivadavia: la guerra con el Brasil fué el pretexto para crear su presidencia.

El 25 de octubre de 1825, el Congreso General Constituyente acepta, por fin, la incorporación de la Provincia Oriental a las demás del Río de la Plata. Y lo hace saber al Brasil, diciéndole «que, habiendo los habitantes de la Provincia Oriental *recuperado por sus propios esfuerzos la libertad de su territorio*, y, después de instalar un gobierno regular, declarado su unión con las demás provincias argentinas, el Congreso la declaraba *reincorporada a ellas*».

El emperador del Brasil, al ser notificado de esa resolución, inicia las hostilidades.

Los procesos históricos se repiten en el mundo, amigos míos; una ley biológica los preside, sin duda alguna. Recordad la resistencia de Luis XVI en Francia, a reconocer a Washington y a tratar con Franklin; la adhesión del pueblo francés, que elre y no puede contrarrestar, a la causa de la independencia angloamericana; el concurso de Lafayette; la guerra continental que el reconocimiento de aquella independencia hace estallar. Guardadas las proporciones, que no alteran la esencia, el fenómeno es el mismo.

Nuevos y frenéticos entusiasmos estallan en Buenos Aires y en todas las provincias occidentales, nuestras buenas hermanas, al saberse la actitud del Brasil; los caudillos, las masas, todos quieren la guerra, al

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

lado de los vencedores de *Sarandí*. Se nombran brigadieres a Lavalleja y Rivera, los viejos capitanes de Artigas; éstos aceptan ese honor, como es natural, pero no así la pensión que también se les acuerda, y que es cortésmente rehusada. Recordaréis que el rey Luis XVI nombró también a Washington general del ejército francés, sin por eso dejar de ser Washington, el americano. Bien se comprende, me parece, que el grado militar de los vencedores del Rincón y Sarandí no tiene por origen el decreto de Buenos Aires; nadie dirá, o mucho me equivoco, que esos brigadieres no son otra cosa que oficiales generales sometidos a la disciplina y al gobierno de Buenos Aires. Y si alguien lo dijera, no merece maldito el respeto, por majadero. También los *Treinta y Tres* son declarados *héroes nacionales*, por ejemplo; pero a nadie se le ocurrirá decir, ni siquiera pensar, que esos tales *Treinta y Tres* comenzaron a ser héroes americanos después de aquel decreto, que mucho se debe agradecer, sin embargo.

Para darnos cuenta del carácter de esos entusiasmos, podría servirnos un curioso dato: en la elección de Rivadavia para Presidente de la República de las Provincias Unidas, que se realizará dentro de tres meses, sólo habrá tres votos discrepantes; uno de ellos será en favor del general Lavalleja. Y ese voto no será otro que el de don Manuel Moreno, hermano del gran Moreno de 1810.

Las Heras, después de declarar, como el general Rodríguez, que «*el Brasil había usurpado, de la manera más vil e infame que la historia conoce, una parte de nuestro territorio*», proclama a los orientales, y les dice: «Ocupáis el puesto que os debe la justicia; formáis la primera división del ejército nacional; lleváis la vanguardia de esa guerra sagrada. *Esa vuestra pa-*

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

tria, tan bella como heroica, sólo produce valientes: acordaos de que sois orientales, y este nombre y esta idea os asegurarán el triunfo».

Cinco años hacía, sólo cinco años, que Artigas había caído luchando contra el Brasil. ¿Recordaría Las Heras cómo y cuándo y con qué auxilio consumó el Brasil esa usurpación, que condena como la más vil e infame conocida por la historia? ¿Se daría cuenta de que ése su manifiesto era la vindicación de Artigas y el anatema contra sus enemigos, desde las Juntas, y Directorios, y Logias, hasta el Congreso de Tucumán?

Pero eso nada importa; todo se reparó en aquel día de sol.

La resonante justicia que entonces se hizo a nuestros héroes, mis amigos artistas, a los hijos de Artigas, tuvo caracteres de generosa apoteosis. El doctor Agüero, protagonista parlamentario que en el Congreso propuso el exordio de la ley en que se aceptó la unión de los orientales, lo hizo en estos términos: «Es preciso hacer justicia a los bravos orientales, y hacerlo en este lugar, en la ley, donde debe rendirse justicia a ese esfuerzo tan glorioso y tan heroico, de que no cuenta un ejemplo la historia de nuestra revolución, y acaso, y sin acaso, ninguno de los pueblos de América. Y quién sabe si algún pueblo del mundo».

Juzgo que eso es demasiado. Pero revela una emoción sincera, que no puede menos de despertar la nuestra... ¡El pueblo hermano! ¡Hueso de nuestros huesos! Vamos, pues; vàmos juntos a *Ituzaingó*, donde nos espera la diosa de ojos claros, con su casco de oro y la cabeza cortada de Medusa en el centro del escudo.

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

XVIII

Comienza, mis buenos amigos artistas, el último acto de nuestra independencia; lo que llamamos *Campaña de Ituzaingó* y *las Misiones*. Esta campaña durará cerca de tres años: el 26, el 27 y parte del 28. En agosto de 1828, tres años después, casi día por día de la *Declaratoria de la Florida*, se firmará, en Río Janeiro, el tratado que consagrará la independencia de esos trasplatinos o cisplatinos, de esos orientales. Eso será hecho después de declararse por los negociadores enviados por Buenos Aires, con anuencia expresa de Lavalleja, que ése y no otro había sido siempre, y era en aquel momento, *el objeto de la idolatría de los orientales:* la independencia. Vosotros diréis si eso es o no el fruto de sus propios esfuerzos contra el mundo entero, y si es o no la obra de Artigas la que va a recibir consagración.

No entraremos, sin embargo, en el año 1826, en que orientales y occidentales, reunidos, por fin, van a dar cima a la empresa, sin recordar la hazaña con que los primeros coronan el año de sus glorias exclusivas: el asalto y toma del *Fuerte de Santa Teresa*, que, si bien no tuvo entonces la resonancia general de *Rincón* y *Sarandí*, no cede a ninguna de nuestras operaciones de guerra en audacia y valentía.

Era el de Santa Teresa un hermoso fuerte de granito labrado, cuyos muros, de once metros de espesor, con cuarenta troneras y un perímetro de 652 metros, fueron construídos por los portugueses, allá por los años de 1763; estaba sobre las costas del Atlántico, y cerca de la frontera marcada por el

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

arroyo del *Chuy*. Artigas lo señala en sus *Instrucciones de 1813* como el límite de la Banda Oriental; «desde las Misiones hasta la fortaleza de Santa Teresa», dice allí.

Aquel fuerte es todo un símbolo de granito. Atalaya y núcleo de las ambiciones lusitanas sobre el territorio de España, en él hacían pie los invasores para sus desembarques e incursiones terrestres. Expugnado por Ceballos, el español, en 1773 y terminado entonces su revestimiento de piedra; reconquistado por los portugueses, y vuelto a recuperar después por los españoles, era, en la época de nuestra historia, el centinela avanzado de la dominación brasileña en la vasta y despoblada región oceánica del Sud.

Desde el comienzo de la campaña de los *Treinta y Tres*, Lavalleja y Rivera habían pensado en aquel bastión remoto, y encomendado su conquista al comandante de milicias de Maldonado don Leonardo Olivera. Era éste un animoso capitán de Artigas, que, no bien iniciada por Lavalleja la continuación de la obra de éste, se incorporó a la cruzada, a la cabeza de las milicias de Maldonado y Rocha; lo acabamos de ver al mando de las reservas en *Sarandí* y vamos a verlo en las vanguardias de *Ituzaingó*. Era el remoto fuerte, sin embargo, el objeto constante de su pensamiento; en la *Angostura*, garganta estrecha que a aquél daba acceso, tenía sus agentes en acecho, encargados de comunicarle los movimientos que notaran en la guarnición, y que él transmitía a Lavalleja; sólo esperaba la ocasión propicia de realizar su encargo.

Ésta se presentó a fines de diciembre. Olivera recibió la noticia de que una fuerza brasileña de 500 hombres había pasado el arroyo del *Chuy*, con el

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

propósito de incorporarse a la guarnición del fuerte. El audaz patriota no esperó más: o entonces o nunca. Y se dirigió a la fortaleza a marchas forzadas, por el único sitio accesible: por la *Angostura*. La avanzada brasileña que allí estaba sintió el golpe de los sables antes que el ruido de los cascos de los caballos, y huyó, perseguida por los lanceros de Olivera, llevando al fuerte el contagio del espanto. Los cañones de las troneras no tuvieron tiempo de despertar; la guarnición apenas lo tuvo para hacer algunos disparos y huir hacia el Norte. El pabellón tricolor fué enarbolado en las viejas almenas portuguesas. Era la madrugada del 31 de diciembre de 1825, aniversario precisamente de la batalla del *Cerrito;* el último día del año de la *Agraciada,* de *Rincón* y *Sarandí.*

Una fortaleza había sido tomada por un pelotón de caballos. El apresamiento de la escuadra holandesa por la caballería de Moreau, al galope sobre el mar helado del Norte, se recuerda aquí sin quererlo.

Pero aquella posesión era instable; las fuerzas brasileñas, acampadas en el *Chuy,* a algunas horas de distancia, y muy superiores a las lanzas de los audaces gauchos, iban a caer sobre la fortaleza. Olivera dejó en ésta 70 hombres, y, en la noche del 31, antes de que los dispersos pudieran adelantarse a él, salvó la distancia que lo separaba del enemigo. Y no había rayado el alba del 1.º de enero de 1826, cuando los clarines orientales despertaban a los dormidos, tocando a degüello por tres puntos diferentes; los jinetes de Olivera, formados en tres divisiones, rodeaban el campamento brasileño. Los soldados que tentaron la resistencia cayeron bajo las lanzas; los más se arrojaron al arroyo; el jefe enemigo, sargento mayor Cabral, fué hecho prisionero, como lo fueron sus te-

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

nientes Silveira y Rodríguez; el capitán Correa se contó entre los muertos de la refriega. Y todo el material bélico de la expedición, 300 carabinas, 100 sables, 10.000 cartuchos, etc., quedó en manos del vencedor.

La victoria de Olivera fué ruidosamente festejada en las filas del ejército oriental, y en ellas, sobre todo en sus caballerías, produjo todo su efecto tonificante. La región del Este quedó desalojada de enemigos; apenas si, de vez en cuando, algunas partidas brasileñas hacían sus excursiones clandestinas en busca de ganados; pero desaparecían a la sola aproximación de la guarnición de Maldonado.

Los muros de aquella pequeña Troya debían presenciar, sin embargo, los últimos combates. Concentrada la energía nacional en la campaña del Norte, la fortaleza del Atlántico parecía abandonada, y el brasileño, en octubre de 1827, fué de nuevo por ella, y, con toda tranquilidad, en ella se instaló, el 29 de ese mes, con 600 hombres de las tres armas.

Pero la sombra de Olivera se aparece allí cuando menos se piensa. El 24 de enero de 1828, el fiero caudillo cae con sus centauros inverosímiles sobre la guardia avanzada de 40 hombres, acampada en los *Cerros de Santa Teresa*, a cinco leguas del fuerte; repite la hazaña de dos años antes; deshace la avanzada con grandes pérdidas; empuja sus restos sobre la fortaleza, corriendo tras ellos con formidables alaridos, y envuelve en la derrota a la guarnición entera, que abandona las murallas y huye hacia el Norte. Un escuadrón de 200 jinetes la persigue tenazmente; le toma 20 prisioneros; se apodera de su copioso material de guerra, que queda en el campo...

El histórico bastión fué desde entonces oriental, oriental para siempre jamás; centinela de nuestro

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

gran pedazo de Atlántico. Ahí está todavía, rodeado, como la esfinge, por las arenas oceánicas, en la región de los innumerables palmares. Como cimeras de cascos, las hierbas crecen en las grietas de sus cuarenta troneras deshabitadas.

Vamos, pues, a *Ituzaingó* y *las Misiones*.

XIX

Durante los tres años de campaña se sucederán cuatro mandatarios en Buenos Aires: Las Heras inicia la alianza, el 1.º de enero de 1826; Rivadavia, como hemos dicho, derroca a Las Heras, el 6 de febrero de ese mismo año 1826, e implanta su sistema unitario empírico; cae Rivadavia, con su régimen, a los quince meses de subir, el 27 de junio de 1827, y el 12 de agosto de ese mismo año, después de un mes de provisoriato de López, cuyo mandato se limita a reconstruir la provincia de Buenos Aires, sube el coronel Dorrego con el régimen federal, tan inorgánico todavía como el unitario de Rivadavia. Y es este Dorrego quien, con don Pedro I, emperador del Brasil, y, mal de su grado, forzados por los hechos, ratifican la obra de Artigas, y proclaman la independencia del *Patrimonio de los Orientales*.

Pero, al través de todo esto, la guerra marcha hacia adelante, hacia la victoria; el organismo patrio va tomando en ella su forma biológica personal; las moléculas ocupan su lugar definitivo; los órganos comienzan sus funciones ordenadas. Esa campaña contra el extranjero, mientras las provincias occidentales luchan entre sí, es, para los orientales, más aun que la ocasión del triunfo exterior, estímulo de

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

actividad interna, en sentido de la cohesión nacional definitiva; todo gira en torno del propósito común: la formación de la patria. Los mismos antagonismos, que no tardan en nacer, entre los elementos occidentales y los orientales aliados, entre Lavalleja y Alvear, contribuyen a unificar y diferenciar a los primeros; también las protestas de adhesión a que se verá obligado Lavalleja, y forzada la representación nacional, para conservar la alianza con Buenos Aires, ante las fundadas desconfianzas del gobierno con respecto a las intenciones intrínsecas de los orientales, serán otras tantas revelaciones de la realidad que está en el fondo de todas las apariencias, palpitaciones del feto que se mueve en aquellas entrañas dolorosas. Aun las rivalidades que surgen entre los orientales, entre Lavalleja y Rivera especialmente, y que parecen fuerzas divergentes, no son tales: son manifestaciones de vida orgánica en laboriosa y rápida gestación. La patria se forma con los caracteres congénitos de todas las otras americanas y de todas las del mundo: con los gérmenes morbosos de las futuras luchas intestinas inevitables: los hijos heredan las enfermedades de los padres, los pecados originales, si queréis, sugeridos por la víbora rampante en los paraísos.

Al declararse la guerra, en enero de 1826, es el general Rodríguez, que ha estado al mando del ejército de observación para combatir la empresa de Lavalleja, y que es hombre de Las Heras, el que primero pasa a territorio oriental, con mil quinientos hombres. En el mes de agosto del mismo año es substituído por el general Alvear, hombre de Rivadavia que, como sabemos, ha derrocado a Las Heras en febrero de 1826. Poco ha durado, pues, Rodríguez.

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

Tenemos, en cambio, a Alvear de nuevo en nuestra tierra oriental; a Alvear precisamente, el joven dictador de 1815, el conquistador de Montevideo contra los orientales, el derrocado por Artigas, el rival de San Martín, el que, según decía el general Rodríguez a Lecor, era aliado de éste y de Ramírez, para dar la Banda Oriental al portugués, a trueque del propio predominio político.

Ha sonado, pues, para Alvear, la hora grande, después de muchas horas pequeñas. Va a *Ituzaingó;* allá lo espera su soñada visión: la gloria. Él es quien, después de largas convulsiones, organiza, por fin, el ejército que invade el territorio brasileño. Son siete mil hombres: la vanguardia va a las órdenes de Lavalleja; el centro es mandado por Alvear; a la cabeza de la reserva está Soler.

El ejército camina a la victoria; pero mientras tanto, el país obtiene el triunfo mayor: se organiza. Mientras Lavalleja conduce a los soldados orientales, queda a la cabeza de la organización civil un hombre, que no puede menos de reclamar vuestra atención: es el prototipo del magistrado; es todo virtud, todo ponderación y equilibrio, todo abnegación: es aquel don Joaquín Suárez de quien hemos hablado, el patricio republicano, el soldado ciudadano de Artigas, el gobernador de Montevideo; el que, con el integérrimo Barreiro, se retiró de la ciudad al ser entregada a los portugueses; el abnegado, el bueno, el absolutamente bueno, en cuanto lo absoluto es aplicable a la virtud humana. La historia americana no tiene una más íntegra figura.

La guerra se desarrolla lentamente. El almirante Brown, que ya conocéis, ha reaparecido en las aguas,

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

y libra combates triunfales; Alvear sigue hacia el Norte: va, como Artigas, a buscar al enemigo en su propio territorio; pero no tiene, como lo tenía Artigas, un aliado oculto del enemigo en Buenos Aires. Con él van Lavalleja y su legión: Garzón, Oribe, Zufriategui, Medina...

¿Y Rivera?... Rivera no va, se ha quedado; los años 26 y 27 no lo verán en la pugna. Desde la llegada del general Rodríguez se ha separado de Lavalleja con algunos de sus parciales. Él creyó ver, en la dispersión e incorporación de las fuerzas orientales al ejército que venía de la otra banda, no sólo la destrucción del ejército de la provincia, sino la muerte de su autonomía, «verdadero fin perseguido desde los tiempos de Artigas». Son sus palabras. Es de recordar que ésa era la observación que hacía Artigas, efectivamente, a Sarratea, cuando, al llegar éste al *Ayuí*, trató de aniquilarle su ejército distribuyéndolo en el *nacional*.

Pero no veía lo mismo que Rivera, por cierto, el comisionado Núñez, enviado por el gobierno argentino con el objeto de buscar, entre los orientales, los elementos para quebrantar el prestigio y predominio crecientes de Lavalleja, en cuyas protestas de unión no se creía en Buenos Aires; no veía lo mismo que Rivera, ni cosa parecida, en las intenciones del jefe de los Treinta y Tres. El informe de Núñez es concluyente. Nada hay que esperar, según él, de los orientales; todos siguen a Lavalleja. Y tampoco hay que hacerse ilusiones sobre éste, *pues abriga los mismos planes anárquicos de Artigas*. Eso es lo que vió Núñez, al través de todas las manifestaciones ostensibles. Y vió bien; me parece que hoy eso es bien claro; lo veremos expresa y definitivamente consig-

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

nado por García en su misión diplomática, y, sobre todo, por Guido y Balcarce, agentes de la negociación que pondrá fin a esta campaña, con la proclamación de la independencia de la República Oriental.

Al estudiarse las causas de la disensión o antagonismo entre Rivera y Lavalleja, se ha incurrido muchas veces en el error de tomar, como tales causas, las que sólo fueron ocasiones. La causa verdadera estaba en algo que se ve todos los días, y es inherente a la humana naturaleza: Rivera y Lavalleja habían sido camaradas al lado de Artigas; eran los dos hijos gemelos del patriarca, y ninguno de ellos estaba dispuesto a ceder su primogenitura. Eso es todo: eran hombres de carne y hueso; no ángeles.

La revolución americana es la historia de esas disensiones. Bolívar y San Martín fueron incompatibles. Recordad a O'Higgins y Carrera en Chile. Os dije, al juzgar a Carrera, que yo creía que su primer pensamiento era realizar la libertad de su patria bajo su gobierno, y su segundo pensamiento, realizar la libertad de su patria. Algo de eso había, sin duda, en Rivera y Lavalleja; pero es preciso apresurarse a decir que, pese a todas las disensiones, jamás separó a éstos ni la divergencia de principios e ideales, que hizo incompatibles a San Martín y Bolívar, ni el rencor que afiló el puñal asesino contra Bolívar y Sucre, ni el odio que derramó la sangre de los Carreras, en la nocturna tragedia de Mendoza. Y sin embargo, las estatuas de O'Higgins y de Carrera se levantan hoy, la una al lado de la otra, en la capital de Chile. Y Bolívar y San Martín son una estrella doble en el firmamento americano. Por algo os he dicho que el abrazo de Rivera y Lavalleja después del pasaje de la *Agraciada*, debe pasar por el fuego

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

lustral, en que la forma nítida y divina emerge triunfante de entre la escoria calcinada.

Lavalleja realizaba su pensamiento, unido, con sus orientales, al ejército que marchaba hacia el Brasil. Rivera tenía el suyo: constituir una reserva de la Patria Oriental, sin perjuicio de que Lavalleja llevara adelante su empresa. No es que fuera contrario a ésta; es que Rivera sentía la necesidad de realizar una hazaña propia, resonante, que le captara la gratitud de su tierra. Con ese pensamiento se fué a Buenos Aires, y eso le mereció la reprobación de muchos, tanto en la Banda Oriental como en la Occidental. Era un anárquico, un revoltoso, digno vástago de Artigas, como decía Núñez de Lavalleja; hasta llegó a dudarse de su fidelidad a la causa de la patria. Ya lo veremos reaparecer entre las tinieblas.

XX

El ejército patriota, cuya vanguardia conduce Lavalleja, camina hacia el Norte, hacia *Ituzaingó;* cruza las campiñas desiertas del Uruguay, bajo un sol de fuego, en quince días de marchas incesantes; vadea el río Negro; salva la frontera, e invade el territorio brasileño; cae sobre el pueblo de *Bagé,* en el que se apodera de las provisiones del enemigo; bate las caballerías de Bentos Gonzalves en *Bacacay;* deshace a Bentos Manuel Riveiro en el *Ombú.* Simulando una retirada, consigue que el marqués de Barbacena, general del ejército contrario, abandone sus fuertes posiciones de las sierras de *Camacuá,* y lo hace desplegar sus fuerzas en campo abierto, propicio a las cargas impetuosas, en las llanuras de *Ituzaingó.*

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

Esas llanuras estaban allí predestinadas, al parecer. Tienen algo de mitológicas. Los hombres de Homero hubieran afirmado que Palas Atenea, con su casco de oro, y la cabeza cortada de Medusa en el centro del escudo, estaba allí sentada, esperando a un héroe, amado de los dioses.

Éste iba en el ejército libertador... ¿Era Aquiles? ¿Ulises acaso? Era un oriental, un soldado de Artigas. Los generales del ejército patrio estaban poseídos de un espíritu funesto; miraban a Alvear con ojeriza, con razón o sin ella, que eso no hace al caso; llegaron hasta proyectar un motín frente al enemigo para substituir a aquél por Soler o por Lavalleja, en el mando superior. Todos ellos querían, la víspera de la batalla, esperar al enemigo en un terreno próximo al río Santa María; allí estaba el Desastre. Pero uno, el joven coronel Eugenio Garzón, había visto el casco de oro de Palas, y su escudo vengador resplandeciente, en el llano de *Ituzaingó*. Y él condujo el ejército al altar de la diosa de ojos claros. Este inspirado Garzón, nacido en Montevideo, había comenzado su carrera a los 15 años; su propia madre lo había llevado, con otro hermano, a presencia de Artigas, que estaba en el *Naranjal*. Aquella madre entregó sus dos hijos a la patria. Artigas lo incorporó à sus tropas, como cadete, en agosto de 1811. Asistió al segundo sitio de Montevideo; de allí pasó a las campañas del Perú Bolívar, Sucre, Santa Cruz, lo amaban y enaltecían. Cuando estalló la guerra con el Brasil, provocada por los Treinta y Tres, pidió permiso al Libertador del Norte para acudir a ella. «Al dar este paso, le decía, no tengo otro interés que el de tomar una parte, aunque pequeña, *en defender mi patria, la Banda Oriental*, cuya suerte no puedo mirar con indiferencia.»

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

Ahí lo tenemos, la víspera de Ituzaingó, al frente del batallón número 3, que él ha formado, y después de haber estado al mando de toda la infantería que ocupó a Bagé, y de todas las fuerzas, más de la mitad del ejército, según dice Alvear, que allí quedaron, cuando éste fué a *Camacuá*.

Es entonces cuando obedece a la visión de la victoria, que comparte con otro oriental, el coronel Alegre. Se acerca entonces a Alvear, en nombre propio y en el de su compañero, y le muestra el sitio por donde debe salir el sol.

Conozcamos, para honor suyo, y también de Alvear, la carta que éste dirige a Garzón en 1832.

.....

«Mi amigo: Siempre he recordado y he dicho a todos su parecer de usted la víspera de *Ituzaingó;* y así como no puedo echar de mi memoria que *todos nuestros generales* eran de opinión de esperar al enemigo en el llano traidor de la margen de Santa María, usted debe vanagloriarse de haber juzgado muy bien *lo que debía hacerse, y que se hizo en efecto;* y esto lo he contado a todos, porque le hace a usted honor, y porque es una justicia que me complazco en hacer a su mérito.»

Fué un día de sol, indudablemente, aquel 20 de febrero de 1827, el día de *Ituzaingó*.

Grande se nos aparece entonces Alvear, el gallardo patricio occidental, ¡grande por fin!... Lavalle, el bravo entre los bravos, y Paz, y Brandzen, y Olavarría, y todos, todos los hermanos de la heroica Banda Occidental se nos ofrecen ígneos. Los procesos que algunos historiadores han levantado sobre esta campaña no se pueden leer a la luz de la mañana de *Ituzaingó*. El alma se siente magnánima; hay mármol para todos.

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

¿Os diré que también Lavalleja fué digno de esa hora trágica?... No lo creo necesario. Él llevó la primera carga sobre las caballerías del animoso general Abreu, que cayó muerto con gloria, después de ver deshechos sus valientes escuadrones, bien dignos, por cierto, de sus vencedores. Se suele imputar aquí indisciplina a Lavalleja; se dice que, con su impetuosa carga de caballería, desobedeció la orden del general, y hasta se le atribuye la frase: «yo no entro en batalla con anteojo de larga vista», con que dicen contestó a los duros reproches de su irascible superior después del combate. No lo sé ni quiero saberlo. Garzón, con su número 3 de infantería, conquistó los aplausos de Alvear, que le rinde reiterados tributos con motivo de su influencia en la acción. Brandzen, el occidental, cayó muerto también, muerto por la Patria Oriental, al llevar una carga imposible sobre los cuadros de infantería alemana que estaban al servicio del Brasil. Pero Manuel Oribe, el oriental, hace posible una arremetida, tan imposible, al parecer, como la de Brandzen, cuando, al ver que sus jinetes retroceden ante el fuego, les inyecta el virus ígneo con un gesto homérico: sus soldados lo ven arrancarse las charreteras de coronel, y arrojarlas gritando: «¡No soy digno de ellas, si mis soldados no son dignos de mí!» Y lo fueron, ¡vaya si lo fueron! Cargaron y vencieron.

Aquello fué grandioso; no hay que dudarlo. Seis horas duró la batalla; diez, dicen los partes brasileños. Diez y seis mil soldados entraron en combate; nueve mil del Brasil y siete mil del Plata; entre estos últimos, tres mil eran orientales. Tres mil orientales... y Garzón. Mil doscientos muertos enemigos quedaron en el campo; dos banderas, algunas piezas de artillería, todo el parque y bagajes. Quinientos hombres, entre muertos y heridos, cayeron de los nuestros.

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

XXI

Si creyerais, mis amigos, que la victoria de *Ituzaingó* determinó, por fin, nuestra independencia del heredero de Portugal, creeríais algo muy razonable al parecer. Y mucho más si os dijera, como os digo, que los patriotas obtuvieron nuevos triunfos, entre los que descuella el de *Camacuá;* y que, en las aguas, el almirante Brown obtenía victorias navales decisivas, de las que el *Juncal* es el supremo tipo.

No fué así, sin embargo. Aun no tenemos patria los orientales. Y, lo que es más asombroso, aun estamos en peligro de no tenerla en mucho tiempo, si por nosotros mismos, con almas y cuerpos puramente orientales, no realizamos un nuevo milagro heroico.

Es claro que no se os ocurre de dónde pueden salir esos cuerpos, con sus almas correspondientes, desde que todo, al parecer, está concentrado en esa campaña de *Ituzaingó*. También eso es verdad. No sólo está concentrado, sino que está agotado en ella. Los orientales no pueden tener más sangre disponible, mientras las madres no conciban y echen al mundo nuevos hijos. En vano el mismo Suárez, dejando el gobierno a Giró, recorre los campos en busca de soldados; los ranchos están vacíos; en los ombúes sólo se oyen voces de pájaros; no se ve un caballo atado al palenque ni bajo la enramada; los perros cimarrones andan por las cañadas en rebaños famélicos, con las colas colgantes; hasta los muchachos están en las filas, y muchas mujeres han peleado en ellas. Recordad los que han muerto con Artigas; pensad en que han combatido en *Ituzaingó* tres mil orientales; no olvidéis, por fin, que

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

la población de ese pueblo no llega a setenta mil almas, y que las mujeres orientales, como todas las hembras, necesitan una gestación para parir y amamantar soldados futuros.

No hay que contar tampoco con nuevos elementos auxiliares que vengan de Buenos Aires. Eso mucho menos. Mal puede Rivadavia pensar en reforzar su auxilio a los orientales, cuando no puede auxiliarse a sí mismo. Ya os dije que las provincias, sin excluir Buenos Aires, se han levantado contra él, y contra su sistema unitario: aquello es un infierno. Y cuidado que ya no anda por allí Artigas, el genio infernal. Rivadavia y su partido han menester de sus tropas, aún de las vencedoras en Ituzaingó, para sofocar la revuelta interna: necesitan deshacerse de los orientales, dejarlos para mejor ocasión.

Y he aquí por qué os he dicho que nos es necesario un nuevo milagro heroico.

Con objeto de disponer de sus legiones, Rivadavia resuelve desistir de la guerra emprendida, proponiendo la paz al Brasil. Su enviado ante la corte, que es nada menos que García, don Manuel José García, el mismo que gestionó la primera invasión portuguesa, llega a Río Janeiro, y allí estipula y firma una grande ignominia. No podéis imaginarla, si yo no os la digo: estipula y firma la devolución de la Provincia Oriental al heredero de Portugal, el vencido en Ituzaingó, cuyos derechos sobre ella reconoce. El emperador exigía la devolución de esa Provincia Oriental, y, además, pedía que se entregara al Brasil la isla de *Martín García*, de que el Imperio necesitaba, para mayor seguridad de sus fronteras y para su tranquilidad. El agente de Rivadavia, consecuente con sus ideas, que no eran un secreto, como sabéis, firmó la

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

entrega de la Provincia Oriental, pero no la de la isla. La isla interesaba a su patria más que la provincia. Ya hablaremos algo más de las conferencias en que se urdió ese tratado; bástenos por ahora saber que el envío de García no fué consultado, por supuesto, con los orientales, ni mucho menos, como lo será el de los negociadores definitivos.

La ira del pueblo argentino, ante aquella tentativa, no tuvo límites. El gobierno apareció también irritado en extremo: Rivadavia repudió el tratado de su colega de negociaciones y ministerios como una traición a la patria, y echó toda la responsabilidad sobre el negociador, que había violado, decía, sus instrucciones; éstas le imponían la devolución de la Banda Oriental, *o su independencia*... ¡al fin su independencia!

Llama mucho la atención aquí la estupenda forma en que aquel pobre García es reprobado. El presidente Rivadavia eleva al Congreso el pacto concluído por su agente, y dice: «El día 24 de mayo de 1827 se firmó en Río Janeiro la humillación, el oprobio y la deshonra de la República Argentina». El doctor Agüero, ministro de Rivadavia, hace saber a García «el desagrado y reprobación que ha merecido, no sólo por haber faltado a la confianza, sino por haber procedido a la celebración de un acto que tanto degrada a la República Argentina, y destruye enteramente su ser moral»... Fué aquello una condenación a muerte civil, más dura que las varias de que había sido objeto Artigas, me parece; más dura todavía.

Está bien, mis amigos artistas; no hemos de controvertir más de lo necesario este punto; la justicia de esas tremendas condenaciones contra un hombre de carne y hueso. El señor don Vicente Fidel López,

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

historiador argentino que conocéis, afirma que, al embarcarse García para Río Janeiro, el doctor Aguirre y otros caballeros lo despidieron diciéndole:

—En fin, García, ya sabe usted lo que nos va en esto a los hombres de 1823; sáquenos usted a todo trance de este pantano.

—¿A todo trance?...

—De otro modo, caeremos en la demagogia y en la barbarie; *salvar a nuestro país es lo primero.*

—Usted sabe que esa misma es mi opinión, dijo el enviado de Rivadavia.

Eso es lo que afirma López, y bien sabido se lo tendrá. Pero nosotros, amigos míos, sin engolfarnos demasiado en este episodio, que nada tiene de nuevo, debemos creer que Rivadavia se irritaba de veras contra su enviado; Rivadavia montaba en cólera con mucha facilidad.

Todos sabemos, sin embargo, que la clave para conocer el espíritu de una misión diplomática, no es otra que conocer la elección del hombre a quien es confiada: y con saber que el agente de Rivadavia y su partido fué don Manuel José García, tenéis la de este sencillo asunto. ¡Elegir a García para conseguir la devolución *o la independencia* de la Provincia Oriental!... Y yo os aseguro que ese Rivadavia no era un inocente.

El supremo intérprete de la historia, mis amigos, es la historia misma. Mucho más que los papeles, así sean más venerables que la barba de Júpiter.

Esa rabiosa y heroica irritación del pueblo argentino ante la misérrima tentativa de García, ésa sí que fué auténtica, y conmueve hoy nuestras entrañas de orientales; vemos en ella la intrínseca fraternidad de una madre común que reaparece a cada paso,

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

hasta el último, y que neutraliza todo cálculo egoísta individual; amamos a ese pueblo. Pero es preciso que nos fijemos en la causa entrañable de esa su pasión, profunda como las raíces de las cosas vivas. El espíritu de fuego que allí ardía nos es bien conocido, y no es ciertamente el que animó a Rivadavia, ni a su partido, ni a otros partidos, cualquiera sea su nombre; ese espíritu reside en el pueblo, en la masa heroica argentina, en el *sagrado fango* que fecundó el hombre inspirado.

Es injusto hacer cargar a García con ese deforme mochuelo de ojos siniestros, que no es sino un miembro de una larga familia. ¿No apareció, allá en 1811, cuando nuestros auxiliares levantaron el primer sitio de Montevideo, y Artigas se quedó solo, rodeado de su pueblo que lo miraba ansioso, y en poder de españoles y portugueses?... ¿No se le vió aparecer de nuevo en el segundo sitio, cuando se dió a Rondeau la orden imperiosa y reiterada de levantarlo, y de dejar de nuevo a los orientales librados a su adverso destino? ¿No sacó la cabeza de entre la sombra, cuando se propuso a Artigas, en 1815, la independencia de la Banda Oriental otorgada por Buenos Aires que no la tenía para sí mismo, es decir, el desprenderse del resto de América, para entenderse sólo con el portugués?... ¿No graznó, por fin, siniestramente, en 1816, cuando ese mismo García, que hoy carga con el pájaro nocturno, negociaba, de acuerdo con las instrucciones del director, del Congreso de Tucumán, y de todos los demás, de ese mismo Rivadavia inclusive, y de ese mismo Agüero, la entrega del malvado Artigas y de su pueblo al rey de Portugal?... Ya oiremos su chirrido final en el momento supremo: al negociarse, por Guido y Balcarce, el tratado defini-

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

tivo en Río Janeiro. Dorrego hará entonces el último esfuerzo contra la independencia oriental.

Mis amigos: hemos hablado ya mucho de todo eso, para que dejéis de reconocer cuál es el espíritu de fuego que irrita noblemente al pueblo argentino ante la actual tentativa de García. Imaginad que hubiera predominado en Buenos Aires el genio pálido que allí fué muerto por Artigas, y que ahora reaparece; suponed que se hubiera establecido, como lo querían Rivadavia y los demás, la monarquía de Borbón unida a la de Braganza, o cosa por el estilo, y decidme si hubiera parecido tan oprobioso, como ahora parece a los primaces de la política, el tratado firmado por García, que entregaba al Brasil su anhelada Provincia Cisplatina, y le redondeaba el territorio atlántico de su *imperio americano*.

No creo que nada pueda verse con mayor claridad en la historia. No es Rivadavia quien siente esa irritación, no sus hombres: es el pueblo argentino. Pero es el pueblo argentino animado por aquel espíritu de Artigas, que le dió en Las Piedras su primera victoria; que le promulgó su decálogo en las *Instrucciones del año 13*; que él agrupó a la sombra de su bandera tricolor republicana, conjuntamente con el oriental, en sus luchas por la democracia y la república, contra el patriciado monárquico; que, según ha sido bien reconocido, salvó esa democracia, ofreciéndole como holocausto a ese pueblo oriental, que ahora quiere ser sacrificado de nuevo a la unificación de la patria occidental del Plata.

Ante el efecto de la tentativa de García, y convencido de que la guerra tiene que seguir, y de que no cuenta con elementos para su obra, Rivadavia cae del poder con su sistema unitario, declarando que todo

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

aquello «será devorado por la anarquía», y sube Dorrego con el suyo federal. Palabras, palabras, palabras. Esto, para mí, tiene mucha analogía con la caída de Alvear, substituído por Álvarez Thomás en 1815. Dorrego, cualesquiera que sean sus buenas intenciones, no puede estar tampoco animado plenamente del espíritu de Artigas. Bien es verdad que fué deportado por Pueyrredón, a fines de 1816, por haber combatido la entrega de los orientales al invasor extranjero; pero no lo fué por su amistad hacia Artigas, a buen seguro, como no es la causa de Artigas, ni mucho menos, la que representa en el gobierno, por más que sean los caudillos artiguistas los que en él lo sostienen; ya os he hecho distinguir bien la federación interna de los políticos bonaerenses, de la idea federal del Libertador oriental. Dorrego buscará una solución para la guerra con el Brasil; pero ella no será inquebrantable, heroica: todo puede surgir de allí; todo puede aparecer, hasta el mismo demonio en persona.

El nuevo gobernador de Buenos Aires dispone que Lavalleja reemplace a Alvear, en el mando del ejército vencedor de Ituzaingó. Dorrego espera el apoyo del jefe de los Treinta y Tres contra sus mismos compatriotas unitarios, de los que todo lo teme, y no sin causa, ciertamente.

Lavalleja emprende operaciones; pero aquello no termina, todo es superficial. Se espera sólo que el asunto se resuelva por sí mismo, que los acontecimientos vengan por la posta. El ejército de Ituzaingó está en escombros; no hay con qué rehacerlo. Dorrego no tiene idea fija sobre los destinos de la Banda Oriental, y vosotros sabéis que las cabezas sin idea están, como las casas desalquiladas, expuestas siempre a

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

recibir malos inquilinos. Hasta el mismo mochuelo de García puede anidar en alguno de los mechinales de la del gobernador. Lavalleja y sus hombres parecen convencidos, por otra parte, de que todo está ya terminado, y nada hay que temer; la vida aquella parece apagarse. El emperador, en cambio, no ha querido la paz con García, porque aun se cree el más fuerte. Ituzaingó no lo ha convencido; está lleno de arrogancias; habla en su corte como vencedor, y como tal recibirá toda nueva negociación.

Es, pues, indispensable, como supremo recurso para curar esa atonía, una nueva y última inyección de la sangre del profeta ausente.

Y aunque os parezca imposible, la nueva sangre, la vieja mejor dicho, va a circular por ese árbol arterial. He aquí cómo y por qué reaparece Rivera en este interesante momento; para él estaba reservado. Veamos, pues, esa *campaña de Misiones,* que coincide con los últimos golpes de Leonardo Olivera en el *Fuerte de Santa Teresa* reconquistado para siempre. Son los dos extremos del territorio, los dos hitos marcados por Artigas, en sus *Instrucciones de 1813*, como límite de su tierra oriental.

XXII

Rivera ha desembarcado en la costa oriental, en Soriano, con setenta soldados, el 25 de febrero de 1828, un año después de Ituzaingó. Va con él su hermano Bernabé, que será su brazo derecho.

¿De dónde sale ese hombre?... ¿Qué es lo que ha hecho hasta ahora, y qué es lo que quiere?...

Viene, como Lavalleja con sus Treinta y Tres, de

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

la costa argentina; como él, ha cruzado el Uruguay con algunos voluntarios; como él, desde que dejó el territorio oriental en 1826, al comenzar la alianza de orientales y occidentales, ha sido objeto de persecuciones por parte del gobierno de Buenos Aires. Rivadavia lo creyó primeramente suyo, y lo protegió; lo juzgó en seguida contrario — y no sin causa por cierto,— y lo declaró rebelde: decretó su prisión. Él, pobre y sin amparo, cruzando selvas y montes, corriendo en la obscuridad de las noches sin estrellas, viendo la muerte a cada paso, huyó, y se refugió en las provincias, en el terreno de Artigas. Esa odisea de Rivera está llena de cuadros y de abnegaciones. Fué a esconderse, por fin, al lado de López, gobernador de Santa Fe. Y allí esperó su hora.

Viene, pues, de allá, y viene con un pensamiento que nos es conocido. Como complemento de la campaña de los Treinta y Tres, quiere realizar el plan primitivo de Artigas: atacar al heredero de Portugal donde Artigas quiso atacar a Portugal mismo, en las Misiones Orientales, allá en el Norte, hacia la frontera del Paraguay, donde luchó y cayó Andresito, el gran Andresito, y donde, como Artigas, ve las verdaderas fronteras de su Banda Oriental.

Esa aparición de Rivera, mis amigos, en momentos en que el mismo Lavalleja, vencedor, lleno de gloria, erigido en árbitro supremo de la patria, parece creer terminada su misión gloriosa sin haberse dado el golpe decisivo, nos recuerda la nueva aparición del espectro del rey Hamlet a su hijo, que se entretiene en imprecar a su madre.

Y dice el joven príncipe, sobrecogido, a la sombra vengadora:

«¿Qué me quieres, sombra querida?... ¿Vienes

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

a reprender las lentitudes de tu hijo, que, dejando que el tiempo corra y que su imaginación se enfríe, descuida la ejecución de tus pavorosos mandatos?... ¡Oh, habla!»

Es la sombra armada de Artigas la que ha desembarcado en el vencedor del Rincón: viene a sacudir, una vez más, la fibra heroica; el casco de hierro le oculta la cara; pero, al través de los agujeros yugulares de la visera, se le ven los ojos, que brillan en la sombra.

Es preciso, amigos artistas, que nos demos cuenta de ese recóndito significado de la *Campaña de Misiones* que vamos a estudiar. Aquel podrá percibir en esta historia el movimiento generador de la curva de que nos habla Bergson que sepa reconocer esa mirada de Artigas que viene en los ojos de Rivera. Y, con sólo eso, verá en este episodio final de nuestra epopeya el germen de toda nuestra historia contemporánea: partidos políticos, luchas intestinas, guerras platenses, cualidades y defectos de los hombres.

La unidad de nuestra acción épica no se interrumpe aquí; sus protagonistas persisten: de un lado estará, como siempre, la oligarquía porteña, con Dorrego en Buenos Aires, y sus rivales, encabezados por Lavalle, en el ejército de Ituzaingó; del otro lado, los orientales: Lavalleja, que manda el ejército en substitución de Alvear; Oribe, personaje de primer término, que, con los otros jefes, está a su lado; y Rivera, por fin, en Santa Fe, con su ensueño en los ojos. Aquéllos, los occidentales, Dorrego, Lavalle, Alvear, etc., aunque divididos por sus ambiciones políticas, son una sola entidad sociológica: el antiartiguismo determinado por

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

el predominio absoluto de la capital sobre todos los pueblos. Los otros, los orientales, a despecho y pesar de sus rencillas, son el espíritu del héroe que los formó: la autonomía racional de los estados; la del Oriental, sobre todo, que ha sido y es el núcleo democrático de todo aquello; la vida de la célula para el organismo de la confederación nacional. Tal es el eje de toda esta máquina; todo lo demás es excéntrico o extravagante.

Mucho se ha tardado en dar con esa clave de nuestra historia; se ha dicho que aquí, como en todo lo demás, luchaban argentinos contra orientales. No hay tal cosa, ni muchísimo menos. Dentro del organismo *platense*, tanto oriental como occidental, luchaban dos espíritus. Eso es todo.

El malogrado pensador brasileño Euclides da Cunha, el más genuino representante quizá de su generación intelectual, ha sido de los primeros, si no el primero, en ver con precisión el tal problema. Dice en su libro *A Margen da Historia*, después de trazarnos, de mano maestra, el cuadro del reinado de don Juan VI: «La anexión de la Banda Oriental, constituída en Provincia Cisplatina, que debíamos perder más tarde después de largas faenas guerreras, es la única faz obscura de este cuadro. En este caso, la política exterior de don Juan VI hirió casualmente la cuestión internacional más seria de este continente. Aprovechándose de las disensiones entre los orientales, *de aquel Artigas, que es la figura más representativa de caudillo americano*, y los argentinos, trazó las primeras líneas de una oposición, hasta hoy victoriosa, contra el pensamiento de reconstrucción del virreinato platense, planteado desde 1811 en la Junta de gobierno de Buenos Aires».

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

Esa emancipación del pensamiento brasileño que rechaza la idea del *imperio americano* de Portugal, precederá de cerca la del argentino, como éste tenga el reposo que le ha sido arrebatado por sus primeros historiadores; se verá entonces cómo la faz obscura del cuadro platense no fué tanto, como se ha dicho, el caudillaje campesino, cuanto el otro, el de la ciudad, que, empeñado, como el rey don Juan VI, en hacer provincias cisplatinas y trasplatinas dependientes de Buenos Aires o de Río Janeiro, de los gérmenes de vida autónoma, mató en su célula la gran Confederación Platense proclamada por Artigas, como la hija de la naturaleza, y que debía substituir al virreinato. Los *Estados Unidos de América Española* hubieran podido ser; pero para ser *unidos* era preciso que comenzaran por ser *estados*. Washington y Artigas. No pudo ser.

XXIII

Rivera desapareció de la escena, como lo dijimos, por divergencias con sus compañeros de Sarandí, en 1826, poco después de la alianza; pero muy pronto sintió la nostalgia de la guerra. Como los peces del mar en el agua dulce, aquel turbulento espíritu se ahogaba en la paz; esa su estructura moral, cualidad entonces heroica, será en él un defecto, como lo fué en Lavalleja y lo ha sido en todos los hombres de guerra, cuando suena la hora de la organización. Las alas demasiado grandes y fuertes son un estorbo para caminar por la tierra; la luz solar deslumbra las pupilas dilatadas. Los espíritus débiles suelen renegar por eso de los héroes, y se ha imputado aquí, como en

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

todas partes, a Rivera y Lavalleja, aquel defecto de sus cualidades heroicas, que los llevó más tarde a la revuelta interna. No advierten los que sufren congojas por ello, que ese fenómeno universal no es otra cosa que la ley de las energías sobrantes que buscan empleo, la de las velocidades adquiridas que chocan en el freno. El péndulo compensador no se construye con fibras de corazón; la resignación que cierra los ojos y se arrodilla ante el dios brotado de la propia palabra es función supernatural. Washington y Artigas, Artigas sobre todo, que nos dan acaso una idea de ese heroísmo moral, son excepcionales. Perdonemos, pues, al águila la torpeza de sus movimientos en la jaula, y al héroe de la guerra la dureza de actitudes producida por el largo empleo de la armadura o el arnés. Hércules mismo no podía quitarse la túnica de Neso sin arrancarse con ella la piel y las entrañas.

No bien cae Rivadavia, en junio de 1827, ya vemos a Rivera, en el corto período provisional de don Vicente López, ofrecer a éste sus servicios para volver a la guerra. Sube Dorrego al poder en agosto, y el caudillo oriental va a verlo desde Santa Fe, con poderes de sus amigos, los gobernadores provinciales, que lo proponen como jefe de la expedición a Misiones, que debe coronar la de Ituzaingó. No es ésa, pues, una idea de sólo Rivera; está en la cabeza de todos, sin excluir la de Dorrego, que, con ese objeto, ha concertado una alianza con Zapata y López, gobernadores de Entrerríos y Santa Fe, que preparan también la adhesión de Corrientes. Pero esa cabeza de Dorrego no es fuerte; todo en ella es vacilación, indecisión, veleidad. Lo difícil y enmarañado de su situación

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

lo disculpa, sin embargo. Para sostenerse necesita del apoyo de los caudillos occidentales, López, Zapata, etc., que recomiendan a Rivera como un héroe; pero también le es necesario el concurso de los orientales, Lavalleja, Oribe, más importantes que aquéllos, y que son émulos del vencedor del Rincón. Dorrego, por otra parte, sin darse más cuenta que sus predecesores «de la cuestión más seria del continente», de que habla da Cunha, quiere conservar, como cosa de Buenos Aires, la Banda Oriental; reconstituir por la fuerza el antiguo virreinato, substituyendo la energía vital por la dinámica; y para eso no es Rivera, ciertamente, su rival en el Guayabo después de la toma de Montevideo por Alvear, quien puede ofrecerle más garantías que Lavalleja; todos son *rezagos de Artigas*, esos orientales.

Así se explican, pues, las idas y venidas, y las vueltas y revueltas, en este momento crítico, de aquel hombre Dorrego, tan falto de pensamiento y valor cívico como sobrado de valor militar y personal. Porque eso fué siempre: un valiente soldado, fogoso, indisciplinado, impulsivo, atolondrado muchas veces; ni San Martín ni nadie pudo entenderse con él; pero no fué nunca un estadista, ni cosa que se le parezca. Su conmovedora muerte, pues será pronto inmolado por el antiartiguismo porteño, será lo más trascendental de su vida: vive porque supo morir. Su sangre teñirá de rojo una bandera enigmática.

Rivera se ha presentado a él, según decimos, con credenciales de los gobernadores de Santa Fe y Entrerríos, que se lo proponen como el solo indicado, por su genio militar y sus prestigios, para acometer la empresa del Norte: para concluir la obra de Ituzaingó, dando en las Misiones el golpe de gracia.

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

Dorrego, por su parte, siempre ha pensado así; fué él quien primero marcó a Rivera ese camino. Pero ahora, como no ignora la animadversión con que lo miran sus hermanos orientales, de que tanto necesita contra sus propios soldados, no se resuelve a reconocerle su misión, sin antes prevenir el disgusto que ello puede provocar en Lavalleja y sus parciales, en Oribe especialmente, rival nato de Rivera, más aun que Lavalleja. Ocurre, pues, a éste, *en consulta*, no sin rogarle que, para evacuarla, olvide sus resentimientos, y asegurándole que Rivera irá al Norte con sólo elementos occidentales; que no se admitirá gente de la Banda Oriental en la expedición; que ésta se limitará a la ocupación de las Misiones, y que, para evitar todo choque, Rivera será enviado después más al Norte, a Río Pardo, a la conquista del Paraguay contra Rodríguez de Francia...

¡Conquistar el Paraguay! Nadie mejor que Lavalleja sabe que si su antiguo compañero de armas y de juventud da cima a su empresa, no lo hará para conquistar el Paraguay, ni para nada que no sea la libertad de su patria. Y para eso está él, el Jefe de los Treinta y Tres, y general del ejército aliado después, de Ituzaingó.

Los términos en que Lavalleja evacua la tímida consulta de Dorrego son de una arrogancia que raya en amenaza; no sólo le dice que no cree ni debe creerse en las condiciones militares de Rivera, ni en sus prestigios, ni en su fidelidad siquiera a la causa de la patria, sino que protesta, *«como gobernador de la provincia, como general en jefe del ejército y como ciudadano»*, contra su designación. Y dice más el muy arrogante de Lavalleja; dice a Dorrego que será él, y nadie más que él, el Jefe de los Treinta y Tres,

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

quien realice la invasión a Misiones, en que siempre ha pensado; que se le envíen a él los recursos que se van a dar a Rivera, y él sabrá el camino de la victoria.

¡Oh, el bravo Lavalleja! He aquí que el joven Hamlet ha despertado ante el espectro del viejo; quiere seguir la intimación de la sombra pálida que ha cobrado la forma de Rivera. Lavalleja no recuerda, por lo visto, que, para cruzar el Uruguay y desembarcar en la *Agraciada*, él no esperó el beneplácito ni los recursos de Buenos Aires ni recurso alguno. No puede ser; el espíritu de Artigas que lo condujo entonces, está ahora en Rivera, su camarada del *Guayabo;* lo posee. La gloria ha de encadenar para siempre, el uno al otro, esos dos gentileshombres.

Y Rivera se puso en acción. En vano se dirigió a Lavalleja desde Yapeyú, ya con el pie en el estribo, ofreciéndole su sumisión, su obediencia, el honor todo de la jornada. Oribe, a cuyas manos llegó la comunicación, la contestó duramente, ordenándole se abstuviera de iniciar la empresa, y se ocupara sólo en dar prendas de fidelidad. Lavalleja hizo saber a Dorrego que se disponía a iniciar la campaña, y, por ende, a perseguir a Rivera si la intentaba... Todo inútil: Rivera es un poseído. Con Dorrego o sin Dorrego; con Lavalleja y sin él; con alianzas y sin alianzas, seguirá el mandato de la sombra que se le ha puesto delante con el brazo extendido hacia el Norte. Irá con soldados occidentales o sin ellos; mejor sin ellos, con sólo orientales; lo mismo con diez que con diez mil... o con treinta y tres... pero irá. Y fué; y triunfó; y resolvió la contienda para siempre. Y convenció al emperador.

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

¿Había en todo eso ambición personal en Rivera? ¿La había en Lavalleja o en Oribe? Dejaría de ser obra humana si tal no hubiera, amigos míos. Bien sabemos que son las pasiones de los hombres el motor inmediato de los grandes sucesos; la pasión que es sólo amor abnegado es el estado divino; sólo ha existido un ser humano, motor de sí mismo por el Espíritu de Amor, Luz de Luz, Palabra Eterna hecha visible en forma de hombre a los ojos de la carne; todos los demás seres están de Aquél a una distancia infinitamente mayor que la que va del átomo a la estrella; los héroes son una conglutinación de barro y espíritu; no son Palabra hecha carne, sino carne en que habla la Palabra, tiniebla empujada por el resplandor. No existe renuncia mayor de la dignidad humana, me parece, que la confusión del Cristo con los héroes, si ya no es que se hace por carencia del *sentido espiritual*, o con el intento de llamar la atención con la extravagancia blasfema.

Con el de reconocer al Criador en sus obras, amigos artistas, os hago estas consideraciones, que acaso pudieran motejarse de demasiado siderales con relación a los sucesos que narramos. Dice Emerson, sin embargo, hablando de Swedemborg, que éste «era apto para la cosmología por su percepción innata de la identidad; porque no hacía aprecio del tamaño. En un átomo de limaduras de hierro imantadas, agrega, vió la cualidad engendradora del movimiento espiral de los planetas». La historia para el arte monumental no tiene tamaño; no la hay chica ni grande; o tiene o no tiene alma capaz de dar sangre a las venas del mármol. Si así no pensarais, amigos artistas, no aceptéis la misión de hacer estatuas de inmortales; hacedlas de cosas, en forma humana o sin

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

ella: monos, o retratos de apreciables caballeros.

Si la aceptáis, procurad daros cuenta de cómo ese pequeño Rivera, limadura de hierro que corre como un solenoide hacia el Norte, va empujado por una imantación misteriosa. Para convenceros de que hay en él algo de eso, bueno será que no ignoréis que Dorrego, pese a sus deseos de realizar la expedición a las Misiones, tiene cifradas sus esperanzas en la paz con el Brasil; desde marzo de 1828 la gestiona por mediación de lord Ponsonby, ministro de Inglaterra en Río Janeiro, que, en aquella fecha, ha propuesto y hecho aceptar al rey de Portugal una Convención Preliminar de Paz, sobre la base de la independencia oriental. Dorrego, que la ha recibido por intermedio del agente inglés en Buenos Aires, la ha aceptado también, *previa consulta y anuencia del jefe de los orientales,* sin perder, no obstante, la esperanza de quedarse con la patria de Artigas, para que *su pérdida* no le dé dolores de cabeza. Y para ese juego doble de esperanzas, si bien puede ser conveniente la conquista de Misiones que apremiará al Brasil a buscar la paz, antes puede estorbar que servir, si es llevada a ejecución por Rivera; para eso será mejor que la realice otro, y en la oportunidad debida: que la realice, no Lavalleja tampoco, sino López, por ejemplo, con elementos puramente occidentales; López o cualquiera que no sueñe con la idea de Artigas, que odie, si es posible, su nombre y su memoria.

Dorrego, que no iba en eso muy fuera de camino expresó su pensamiento al coronel Pueyrredón, a quien decía en esos momentos: «No tenga duda de que Rivera va a tomar las Misiones; y es lo que más siento, porque *nos va a causar mucho ma*. Necesitamos la paz ¡la paz! No podemos continuar la guerra.

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

Rivadavia ha dejado el país en esqueleto; exhausto el tesoro. En el parque no hay una bala que tirar... no hay un fusil, ni un grano de pólvora, ni con qué comprarlo... Yo sé que el Brasil desea también la paz; pero *la toma de Misiones va a causarnos embarazos*. Los brasileros no las han de querer ceder; *Rivera no las va a entregar, porque las toma por su cuenta...*»

He ahí el secreto, amigos, de cómo y por qué Rivera es tachado en ese momento de mentecato, si ya no lo es de traidor, de anárquico o de malvado; viene, como los Treinta y Tres, a perturbarlo todo, sin hacer nada a derechas; viene a prolongar una guerra que está por terminar buenamente; a pedir lo imposible. El mismo López de Santa Fe, que no quería acaudillar la expedición, y que siempre había sostenido que era Rivera, y sólo Rivera, quien estaba llamado a darle cima, vuelve atrás, movido por Dorrego, a cuyo lado le conviene permanecer, como permanecerá al lado de Rosas y demás. Y escribe entonces a su amigo Rivera, con fecha 15 de febrero de 1828, para hacer que se resigne a su suerte: «*Me he determinado a hacer yo la expedición a Misiones*. Sólo aguardo los auxilios de Buenos Aires para moverme; pero se me previene terminantemente que en ella no le haga lugar a usted, por resistirlo las circunstancias presentes, y no obstante sus aptitudes».

¡Obedece, pues, buen hombre Rivera! ¡Obedece a tus superiores! Ve a ver si encuentras, como tu padre Artigas, un escondite en que meterte con tu sueño ambicioso: la cueva de alguna vizcacha santafecina o la gruta de algún astro remoto habitado por lechuzas de ojos amarillos. ¿O vas a hacer lo de San Martín, que se fué al Perú, el muy desobediente, sin la autorización escrita en papel timbrado como es debido?

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

XXIV

He ahí que tanto Lavalleja como López se han determinado a acometer la empresa *en oportunidad*, cuando vengan de Buenos Aires los recursos que no existen. Y he ahí que Rivera, en vez de tener paciencia, hace a todo orejas de mercader, y se lanza *por su cuenta*, sin más guía ni recurso que su ambición. ¿Quién puede dudar de que es un traidor, y de que lleva la intención de pactar con el enemigo, sin mediación de Inglaterra ni de nadie? Todo eso se dijo de él; todo se le imputó, con procesos, con cartas interceptadas y otras zarandajas.

Y allá va; se lanza *por su cuenta*, como dice Dorrego, contra la opinión de todos, declarado traidor como su padre Artigas, ni más ni menos, por unos, facineroso por otros, enemigo por todos. Todo lo aventuró en la partida, todo, hasta el honor.

Desembarca con un puñado de compañeros en Soriano, de donde ofrece una vez más a Lavalleja su obediencia, su sacrificio, ser simple soldado de su ejército, darle toda la gloria de la empresa. Y cruza el territorio oriental. E invade el brasileño. Y corre al galope. Es el mismo que vimos en las cargas del *Guayabo*, en la retirada del *Rabón*, en el *Rincón de aedo;* es un loco imantado.

El coronel Oribe va tras él, enviado en su persecución por Lavalleja. Más que por la orden de Lavalleja, Oribe es movido, sin embargo, de su propia inspiración; él será ministro de Rivera y lo sucederá en la presidencia de la república; pero, en este momento, está persuadido de que es un enemigo de la patria;

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

la saña con que lo persigue lo lleva hasta desoir las órdenes del mismo Dorrego, que, cambiando una vez más de propósito, le manda desistir de la persecución.

Oribe no obedece; sigue corriendo detrás de Rivera; espera darle alcance en alguno de los ríos que se atravesarán a su paso, en el *Ibicuí* sobre todo, allá en el territorio que ocupa el brasileño y va a reconquistarse.

Y ahí está el río *Ibicuí*. Completamente invadeable, se opone al paso, efectivamente; allí tiene que ser atrapado. Rivera ordena que se cruce la impetuosa corriente, aunque sea por el aire. Los soldados obedecen: pasan el río nadando, *con los sables en la cintura y las pistolas atadas en la cabeza*. Los primeros que tocan tierra del otro lado, combaten con la guardia imperial que allí los espera, y la detienen. Rivera, al pisar la costa, advierte la llegada a la margen opuesta, a la que ha dejado detrás de sí, de las fuerzas de Oribe, que venía tras él. Se encuentra, pues, con un enemigo al frente, y otro a retaguardia dispuesto a cruzar el río en su busca. Un relámpago, uno de tantos, brilla en la cabeza del fulgurante caudillo. Se pone en comunicación con el jefe enemigo brasileño, y le dice: «¿Ve usted aquella fuerza que está del otro lado del río? Es la vanguardia del grande ejército de la patria. Yo formo parte de ella. Sólo espera mi aviso para vadear. Somos, pues, muchos soldados. La resistencia de usted será inútil. ¡Ríndase!» El enemigo se rindió; no podía con tanta gente.

Oribe, por su parte, creyó que Rivera, a quien distinguía en conferencia con el contrario, hacía causa común con éste; no se creyó bastante fuerte contra ambos, y desistió de su persecución.

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

Y Rivera dejó el *Ibicuí* a su espalda, y penetró al galope, y sonriendo con su clásica sonrisa, en el ansiado territorio, que ya consideraba suyo.

Y lo hizo realmente suyo, pues las poblaciones misioneras se unieron a él, como a su libertador; venció en todas partes. Derrotó al coronel Alencaster, gobernador de la provincia invadida; reconquistó las Misiones Orientales.

Lo hizo todo en veinte días, en una carrera vertiginosa de caballos, muy pocos, apenas un millar. Consumó, en menos de un mes de fiebre, lo que Artigas no pudo realizar en cuatro años de combates. Y, en su nota de 26 de mayo de 1828, comunica sus triunfos al gobernador Dorrego, y lo felicita por ellos; también da la buena nueva a Lavalleja y lo felicita. Así probó Rivera que compartía la empresa de los Treinta y Tres.

Aquella hazaña inverosímil desarrugó entrecejos y descorrió tinieblas. El asombro y el entusiasmo aparecieron en los gestos. De la noche a la mañana, Rivera, como Artigas en otros tiempos, como los Treinta y Tres más tarde, se transformó, de un traidor rebelde, en un héroe de romancero; se le llamaba hasta «Genio de América» por escritores argentinos. En Buenos Aires fué aclamado y levantado sobre el escudo, como lo fué Artigas, y lo fueron Lavalleja y los Treinta y Tres. «La victoria de Misiones, escribía Dorrego a Lavalleja, es una gloria nacional, que debe servir de vínculo de confraternidad a los patriotas.»

También se quiso ir entonces a recoger esa victoria: se envió a López, gobernador de Santa Fe, para que tomara el mando del ejército con que Rivera había vencido, dando a éste, como a Artigas después de Las

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

Piedras, el puesto de segundo. Se le enviaban sus despachos de *segundo jefe de ejército del Norte,* y se le encomendaba la conquista del Paraguay. Pero Rivera, como Artigas, declinó tan alto honor, y se guardó muy bien de entregar su ejército. Era suyo, de los orientales exclusivamente, que no tenían por qué ni para qué pensar en conquistar tierras ajenas. Son muy interesantes las notas que poseemos, en que Dorrego insiste con Rivera, rogándole que acepte el puesto que se le designa, que acepte, sobre todo, su misión de seguir hacia el Norte, a Río Pardo, al Paraguay. No, Rivera no se convence, ni mucho menos; sus comunicaciones parecen reproducciones de las notas de Artigas. Y no es que las haya aprendido, por cierto; salen de su espíritu tan originales como las de aquél. No, no quiere alejarse; tiene quehacer allí, en su tierra, en su frontera.

Allá lo tenéis, en San Borja, en aquel San Borja que no pudo conservar Andresito, y en que comenzó el desastre de Artigas; allá, cerca de la frontera del Paraguay, donde el viejo sembrador ara la tierra, y recoge mandioca y maíz; en la frontera que Artigas trazó a la patria en sus *Instrucciones del año 13.* Nadie sabe adónde hubiera ido a parar ese hombre Rivera con el impulso adquirido; pero es indudable que hubiera ido muy lejos, según era impaciente el espíritu que soplaba en sus oídos, como viento loco, lleno de gritos.

El emperador del Brasil pensó discretamente en el asunto. Él contaba con las disensiones surgidas entre los caudillos del Uruguay, que seguía con grande interés, esperando quedarse aún con esa buena tierra; pero al llegar a su noticia la conquista de las Misiones, dicen que dijo a sus ministros: «Con otra nueva

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

discordia entre los jefes orientales, se nos vienen hasta Porto Alegre. Es preciso hacer la paz.» Tenía razón, y procedió con buen acuerdo Su Majestad el Emperador. Y todas las majestades de la tierra deben proceder así: es preciso hacer la paz con esos orientales, hijos todos legítimos de Artigas, pese a sus disidencias domésticas, si se quiere vivir en paz.

XXV

Al pensar así, don Pedro, el emperador, lo hacía cediendo al buen consejo de Inglaterra, su generosa amiga. Sabemos que la primera condición para dar oportunamente un consejo es saber que él es deseado, y acèptado de antemano. Inglaterra, por órgano de lord Ponsonby, había ya iniciado, según antes dijimos, desde marzo de ese año 1828, sus trabajos de mediación; ahora, después de Misiones, el caso de darlos por terminados era llegado.

Conviene advertir, sin embargo, que Ponsonby se había empeñado ya, desde 1827, en convencer, no sólo al emperador, sino al presidente Rivadavia, de que la Banda Oriental no podía ser ni sería de ninguno de los dos, y de que la guerra declarada por los Treinta y Tres, o mejor dicho, por Artigas, no tenía más causa que la gestación de una nación que no era ni la brasileña ni la argentina. «El gobierno inglés, llegó a decir ese su representante, no ha traído a América la familia real de Portugal para abandonarla, y la Europa jamás consentirá que sólo dos estados, el Brasil y las Provincias Argentinas, sean dueños exclusivos de las costas orientales de la América del Sud.»

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

Rivadavia rechazó al principio la solución basada en la independencia oriental; la aceptó después, pero a condición de que Inglaterra garantiese el pacto, lo que no fué bien recibido por el inglés, que no ocultó su disgusto; el presidente se redujo, por fin, a razón, y envió a García, cuyo fracaso conocemos.

Vamos a ver, pues, ahora, las negociaciones definitivas de Dorrego. Este final diplomático de nuestra epopeya da ocasión a que se reproduzca todo su espíritu: vamos a ver cómo se insiste en aplicar aquí el criterio de la Santa Alianza, que dispone de los destinos de los pueblos sin su participación; pero también veremos cómo reaparece, para decir la verdad, la sombra de Artigas, que impone su mandato. Imaginaos que allí se llegó a proponer el pago al Brasil de una indemnización pecuniaria a cambio de la devolución de la Provincia Oriental a Buenos Aires, y os daréis cuenta del carácter de aquellos tejemanejes o coces dadas contra el aguijón.

Muy interesante sería, para bien conocerlos, el examinar aquellos negociados, desde el de don Valentín Gómez, en 1822, que conocemos, hasta el de García, que no ignoramos, y hasta este de Dorrego, por fin, en 1828, que vamos a estudiar; pero serían largos de contar, si ya no es que nos limitamos, y así vamos a hacerlo, a tomar de ellos las notas de color que entonan en nuestro cuadro.

Recordaréis que don Valentín Gómez se empeñaba en convencer al emperador de que, en vez de hacer de la Banda Oriental una Provincia Cisplatina, debía entregarla buenamente a Buenos Aires, porque los orientales no querían otra cosa que ser argentinos. El emperador dijo entonces que no había tal cosa; que lo que los orientales querían era ser buenos

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

brasileños, o, más bien dicho, que lo que querían, en resumidas cuentas, era ser pura y simplemente orientales, independientes.

Pero he aquí que, después de Ituzaingó, va García a Río Janeiro, en nombre de Rivadavia, y dice al emperador todo lo contrario de Gómez: los orientales no quieren ser brasileños ni argentinos; tenía razón don Pedro; quieren ser independientes. Es, pues, el caso de reconocerlos tales. Pero don Pedro ha cambiado de opinión; dice a García, a quien acaba por convencer, que todo lo que él ahora dice no es sino una invención; que la revolución de los Treinta y Tres es obra del gobierno bonaerense; que éste no representa nada, por otra parte, pues ni siquiera se representa a sí mismo.

Es curioso e instructivo, os lo aseguro, recorrer esos protocolos y conferencias de García con Quenluz, ministro entonces de don Pedro, y en las que figura como mediador el agente diplomático inglés Mr. Gordon. Son de lo más curioso que yo he visto. García se encontró con que el emperador, lejos de estar quebrantado por la batalla de Ituzaingó, estaba enojadísimo, como antes dijimos, y más altanero e irreductible que nunca; no sólo negaba a Buenos Aires su supuesto derecho sobre la Provincia Oriental a que decía renunciar, como en tiempo de Artigas, sino que desconocía en el gobierno de aquella ciudad «el poder de estipular, en nombre de las Provincias Unidas de que hablaba, cuanto y más de la Oriental».

¡Las cosas que ese malintencionado de Quenluz dijo entonces al pobre García! Eran verdades como templos, no hay duda; pero no era respetuoso decirlo, me parece, tan a las claras. Imaginad que Quen-

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

luz dice a García en su primera conferencia: «¿Podría contar el gobierno con la obediencia del general Alvear, o de los otros jefes del ejército? ¿Podría contarse, una vez celebrado el tratado, con la aceptación y reconocimiento de las demás provincias? Es bien sabido el embarazoso estado del gobierno actual de la república, desconocido de una gran parte de las provinciás, y sin autoridad para hacerse obedecer».

La verdad es que, si no Alvear, porque luego saltará con Rivadavia de su puesto, será Lavalle quien, muy pronto, no sólo no obedecerá al gobierno, sino que, de buenas a primeras, le cortará la cabeza en la del pobre Dorrego, a quien fusilará prisionero, en representación y obsequio de la provincia de Buenos Aires, es decir, de su patriciado, no del artiguismo por cierto; pero, con todo, el ministro Quenluz pudo haber hablado con menos crueldad al señor García.

El muy suspicaz del emperador no fué más caritativo; dijo al enviado de Rivadavia que la insurrección oriental, que trató como empresa de pícaros, era obra de Buenos Aires, a lo que García replicó, en su segunda conferencia con Quenluz, «que Su Majestad el emperador estaba en error al imaginarse que la insurrección de la provincia de Montevideo fué obra de algunos rebeldes, de canalla y gente perdida, fomentada por el gobierno de la república; que estuviese cierto de que el movimiento de aquella población *había sido espontánco,* sin la más leve impulsión de la autoridad a que se imputaba; y aun cuando de esa verdad no hubiese pruebas evidentes, bastaría reflexionar solamente que, sin una disposición general de los ánimos, no era posible que treinta y tres

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

hombres, mal armados, arrojasen en pocos días las fuerzas brasileras de la Provincia Oriental, y se apoderasen de toda ella, con excepción de dos plazas fuertes».

Bien dicho estaba eso sin duda; pero el emperador no dió su brazo a torcer, y García tuvo que pasar por las horcas caudinas, subscribiendo el tratado que tan caro le costó.

Tras eso, pues, y tras la campaña de Misiones, más convincente, como se ve, que la de Ituzaingó, tiene lugar la misión definitiva que vamos a conocer, y que costará a Dorrego más caro todavía que a García la suya.

Lord Ponsonby ha conseguido hacer aceptar al emperador, desde el 18 de mayo de 1828, un proyecto de *Convención Preliminar de Paz*, que ha sido entregado a Dorrego por el agente británico en Buenos Aires, y que se basa, naturalmente, en el reconocimiento de la independencia oriental.

Dorrego comienza con pie derecho; lo primero en que piensa, como es natural, es el obtener para el proyecto la conformidad de los orientales; lo transmite, por lo tanto, a Lavalleja, y, obtenido «su asentimiento satisfactorio», según reza el documento, diputa en nombre de todos, de los orientales especialmente, como se ve, a los generales Guido y Balcarce, con la misión de concluir el tratado en Río Janeiro.

XXVI

Sobre tal base, pues, independencia de la República Oriental, se están siguiendo las negociaciones, en este mes de julio en que Rivera tiene en su poder

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

las Misiones Orientales; todo va marchando sin tropiezo.

Pero he aquí que el rey Faraón, dando al olvido las siete plagas, se arrepiente de haber dejado salir al pueblo de Israel; he aquí que el buen faraón Dorrego, que sólo ha obrado a la voluntad de un cordel, como suele decirse, manda contraorden a los negociadores, y les da la instrucción sorprendente de no aceptar, por ningún concepto, como base de paz, la independencia de la Banda Oriental; quiere que acepten, cuando más, una *independencia temporaria,* después de la cual los orientales optarían por adherirse a uno de los dos estados *a que han pertenecido.* ¡A que han pertenecido!

¿Qué ha pasado por la cabeza de aquel miembro de la dinastía faraónica de Buenos Aires? No es razón que nos detengamos demasiado a interpretar ensueños; pero éste de Dorrego bien vale la pena.

Excusado me parece decir que, para esa rectificación de las *Instrucciones*, no fué consultado, como para las *Instrucciones* mismas, el Jefe de los Orientales; fueron oídos otros consejeros; hasta el doctor Gil, agente diplomático de Buenos Aires en Londres, cuyo dictamen llegó cuando todo estaba ya consumado.

Si para otra cosa no sirvieran esas veleidades del pensamiento bonaerense, servirían, una vez más, para comprender lo medrados que estaríamos si la independencia oriental no hubiera tenido más fundamento que el buen querer de Dorrego, o de don Pedro I, o las conveniencias comerciales de Inglaterra, o cualquier cosa por ese estilo.

De todo ha habido, sin embargo, entre los comentadores de esta peregrina historia. Ni siquiera ha

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

faltado quien, conociéndola sólo de oídas (y ése ha sido Juan Carlos Gómez, nada menos), ha dicho que los héroes de la independencia oriental podían ser, efectivamente, Dorrego y don Pedro, el emperador; no los Treinta y Tres, y mucho menos Artigas. Fué ese mismo Juan Carlos Gómez, sin embargo, quien dijo, en otro buen momento, que «la democracia se había salvado con Artigas».

Imaginad, amigos, cómo andarían aquellas cabezas en materia de filosofía de la historia. Cabezas de chorlito.

Lo que hay aquí de cierto es que, en Buenos Aires, la independencia oriental se juzgaba un triunfo del Brasil, una derrota argentina. Los mismos soldados vencedores en el campo de batalla se consideraban derrotados, en el de la diplomacia, por la Convención de 1828 que va a celebrarse. Bien presentía el pobre Dorrego el proceso mortal que sus compatriotas, los unitarios sobre todo, le levantarían con ese motivo; las bayonetas vencedoras de Ituzaingó se acercaban a él chispeantes como pequeños rayos dentro de su nube negra.

Imaginemos, pues, lo que no hubiera hecho Dorrego por evitar la independencia oriental.

En el actual momento, nada más a propósito que el pensar en eso, para dar su significado a la expedición de Rivera sobre todo. Dorrego, que no quería que éste la realizara *por su cuenta*, porque era capaz, el muy traidor, de querer quedarse con su propia tierra, y obstar con ello a la paz pendiente, resuelve ahora obstar él mismo a la negociación, con el intento de ser él quien se quede con aquella tierra ajena, contra la voluntad de su dueño; quiere adelantar hasta Río Pardo, hasta el Paraguay, para

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

quedarse también con éste; llevar lo más lejos posible los hitos o mojones de su virreinato.

Pero ahí están lord Ponsonby y sus declaraciones: «Inglaterra no ha traído a América la familia real de Portugal para abandonarla...» Más arriba, pues, del rey Faraón, está Inglaterra, sucesor de los faraones en todos los Egiptos que andan de nones por el mundo; pero, felizmente, más arriba de Inglaterra, que puede cambiar de rumbo según el viento, mucho más arriba de los vientos, así sean los más recios, está otra cosa: la ley inmanente que recibió Artigas en la cumbre del Sinaí, entre torbellinos y truenos cósmicos.

Vale la pena de seguir con algún detalle el ensueño de los egipcios que fabrican momias. Dorrego, en su nueva actitud, ha dicho a sus negociadores: «Los señores ministros no deben consentir en entrar a estipular ninguna clase de tratado que tenga por objeto especial reconocer la absoluta independencia de la Provincia Oriental erigida en un estado nuevo». Y les da las razones de su cambio de opinión, que son tres: el mal giro que quiere tomar la política interna brasilera, donde parece iniciarse una revuelta; la esperanza de aumentar la escuadra platense a las órdenes de Brown; y *el buen resultado de la expedición de Misiones por el ejército del Norte.*

Y aquí aparecen Guido y Balcarce, los negociadores, con la voz del viejo Artigas, o de la naturaleza, mejor dicho, que habla en ellos, por fin, sublevada contra los simulacros. La larga nota en que contestan a Dorrego ha estado oculta, o traspapelada, o qué sé yo qué, hasta ayer no más, en los archivos de Buenos Aires. El doctor don Alberto Palomeque, benemérito de nuestra historia, acaba de dar con ese

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

papel, y con otros que he utilizado para vosotros al narraros la campaña de Misiones. Ahí tenéis la nota; en ella los negociadores dicen a su comitente Dorrego, que lo que pretende no tiene pies ni cabeza; que no puede ser, porque... ¡no puede ser! Es ésa una comunicación muy interesante; pero menos fundamental de lo que pudiera creerse. Los que la han ocultado se han asustado de duendes o fantasmas; esa nota no dice nada que no nos enseñe el buen sentido; y éste, con documentos o sin ellos, es la clave de la historia.

Guido y Balcarce dicen a Dorrego que «*creerían faltar a su honor, a su deber y a la alta confianza con que el gobierno los ha honrado,* si no hiciesen con franqueza las observaciones que naturalmente fluyen del contexto de la citada nota, cuyas prevenciones están contrastadas *con la naturaleza de las cosas, con la experiencia de lo pasado, y con el cuadro presente que los plenipotenciarios tienen a la vista*».

Veamos, pues, veamos algo de lo que *la naturaleza, el pasado y el presente* han enseñado a esos gentilesshombres que hablan en nombre del honor. Veréis, amigos artistas, cómo, en resumidas cuentas, no es otra cosa que lo que yo, con mi pobre buen sentido, os he enseñado a vosotros, para que midáis bien el tamaño de vuestro Artigas a caballo.

Los plenipotenciarios dan cuenta a Dorrego del curso de las negociaciones; le dicen que, convencidos desde el primer momento de que la idea de una independencia temporaria de la tierra oriental era *una base muy difícil, por no decir imposible, de toda negociación,* plantearon, sin reserva, la de la independencia absoluta. «Esta base, dicen textualmente, no ha sido recibida con la prevención de la otra, en lo cual ten-

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

drá sin duda mucha parte el punto de honor que es natural que se haya formado este gabinete, al tratar sobre una base *propuesta por él de antemano, aceptada por la república, comunicada por su gobierno al jefe de los orientales y aceptada por éste satisfactoriamente.*»

Guido y Balcarce refutan en seguida, como de muy poca importancia, las dos razones de Dorrego relativas a la supuesta convulsión interna del Brasil y al aumento de la fuerza naval platense; pero al tomar en consideración la otra, la referente a los progresos de la expedición de *Misiones*, aquellos hombres de bien sienten que algo se subleva en sus conciencias, y escriben esto, que está bien dicho, me parece:

«Los ministros que subscriben juzgan que, *cuanto mayores sean los progresos de la expedición al Norte, tantos más derechos creerán haber adquirido los orientales para conquistar una independencia que, sin esos títulos nuevos, ha sido siempre objeto de su idolatría, por más que las circunstancias particulares en que se han visto los hayan reducido algunas veces a adoptar el arbitrio de la simulación.*»

. . . . . .

«Si se combinan estas observaciones, agregan, con otras que nacen del conocimiento de circunstancias que los plenipotenciarios tienen presentes, adquiere mayor peso la opinión, que han llegado a formarse, de que es *poco menos que un imposible moral el que llegue a negociarse la paz bajo otra base que la independencia absoluta de la Provincia Oriental.*»

. . . . . .

«Aun hay más, concluyen; esta base, en sentir de los ministros infrascritos, cuenta en su favor *con la opinión general de la parte pensadora de ambos estados,*

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

con la del Pueblo Oriental a quien afecta, y que conoce sus verdaderos intereses, y con el sufragio de la potencia mediadora, cuya opinión es notoria hasta la evidencia a los ministros que subscriben.»

He ahí, amigos, los más hondos fundamentos, o los considerandos no escritos, del *Tratado Preliminar* que vais a ver firmar, por fin, en presencia de la sombra de Artigas, cuya realidad en carne y hueso está arando tierra paraguaya y sembrando mandioca y maíz. Cerca de él, allá en el Norte, está Rivera; Lavalleja en el otro lado; éstos esperan, con las armas en la mano y los caballos de la rienda, lo que hacen en Río Janeiro sus representantes o negociadores.

XXVII

Se firmó entonces eso que ha dado en llamarse tratado de paz, y que de todo tiene menos de *tratado,* como que no es otra cosa que la sentencia definitiva de la guerra. Pero la verdadera paz no la hizo el Brasil con las Provincias Unidas, ni viceversa, bien que sean el Brasil y las Provincias Unidas las potencias signatarias del documento. La hicieron todos con la fuerza de las cosas, con su realidad intrínseca; la pactaron con la verdad que todos sentían, de mucho tiempo atrás: los orientales no eran ni argentinos ni brasileños; ni querían ni podían serlo, pese a todas las fórmulas, simulacros, violencias y mentiras, a todos los *arbitrios de la simulación,* como dicen los negociadores. Era preciso quedar en paz con esa realidad indestructible, basada en todo lo que hemos visto, partiendo desde las entrañas de la tierra; era menester retirarse de común acuerdo, pues ambos,

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

brasileños y platenses, luchaban contra la naturaleza, y abrir paso a la ley inexorable de ésta; en una palabra: reconocer a Artigas, el profeta sembrador.

Así se hizo en el protocolo preliminar que se firmó en Río Janeiro, el 27 de agosto de 1828. El Brasil «declara en él a la provincia de Montevideo separada del Imperio, para que pueda constituirse en Estado independiente». El gobierno de las Provincias Unidas «concuerda en declarar la independencia de la provincia de Montevideo, y en que ésta se constituya en Estado soberano».

Es la consagración, como lo veis, de la *Declaratoria de la Florida* de 1825: «Queda la Provincia Oriental del Río de la Plata, se decía allí, unida a las demás de este nombre en el territorio de Sud América, por ser libre y espontánea voluntad de los pueblos que la componen, manifestada por testimonios irrefragables y esfuerzos heroicos *desde el primer período de la regeneración política de las Provincias*».

El abandonado por sus hermanos, hijo predilecto de España, vuelve, pues, a la familia o nación española emancipada en América, y, al reunirse a su estirpe, recoge su bien ganado patrimonio; es bien suyo, me parece.

¿Cuál es éste? ¿Cuáles las fronteras del estado hispánico subtropical atlántico? No pueden ser otras que las de los demás: las que separaban los dominios españoles de los portugueses; las que Artigas, el compañero de Azara, el continuador y defensor del derecho hispánico, sostuvo *desde el primer período de la emancipación*, y escribió en su nota al gobierno del Paraguay, y en sus *Instrucciones de 1813*: las que transmitía a su delegado en Misiones; las de los viejos tratados

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

hispanolusitanos, desde las bulas del pontífice de Roma hasta las últimas sugeridas por la Santa Alianza. Claras son las que marca la gran Naturaleza por otra parte; el Océano hacia el lado en que nace el sol; el Plata y el Uruguay, nuestros ríos munificentes, en la dirección en que se pone. El primero, el Atlántico, no puede confundirse. Tampoco el cauce de los ríos, que, como montañas invertidas, nos trazan en sus profundidades, o en sus superficies, la línea divisoria con nuestro hermano, como traza la cordillera, en sus altas cumbres, el linde de los patrimonios del chileno y del argentino.

Pero si eso no admite duda, la naturaleza no escribió con la misma precisión su veredicto en la frontera del Norte, en el linde con Portugal.

Rivera lo conoce, sin embargo; él está allá, en las Misiones Orientales, en el sitio que le enseñó el maestro Artigas, y le marcó con la espada como el borde de su española tierra independiente. Pero ¿quién abogará por los derechos de ese Benjamín de la gran familia, incorporado a ella casi exangüe, por su heroico esfuerzo en pro de la libertad de todos y de la democracia americana?

Dorrego, que, poco antes, cuando esperaba conservar la Banda Oriental como parte integrante de su patria virreinal, quería llevar sus hitos, por mano de Rivera, hasta Río Pardo y Porto Alegre con la añadidura del Paraguay, ahora, que ya no la conserva como tal virreinato perpetuado, no tiene más interés que el de firmar la paz; el temor que había abrigado de que Rivera, en llegando a apoderarse *por su cuenta* de las Misiones, se resistiera a devolverlas al Brasil, y con ello dificultara la paz, es lo que ahora le quita el sueño. ¿No nos envolverán esos orientales, impa-

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

cientes y turbulentos, en nueva guerra, por defender sus fronteras?

No; Rivera se guarda bien de poner en peligro la Convención que él mismo ha precipitado; es éste el momento en que se le aprecia en todo su valor moral. El soldado audaz se ofrece aquí como un estadista ponderado y firme. Yo no conozco momento más honroso de su historia que éste en que, si bien harto convencido de que lo que se le hace abandonar es su patrimonio, lo deja, sin embargo; pero lo hace lentamente, formando y recogiendo nuevos títulos de propiedad sobre aquello para su patria. Hace que los pueblos de Misiones, reunidos en congreso, declaren la verdad histórica: que no han sido, ni son, ni quieren ser portugueses; que pertenecen y quieren pertenecer a las Provincias Unidas españolas del Río de la Plata; se retira, como en un nuevo éxodo, semejante al que acaudilló su padre Artigas; carga con todo cuanto puede llevar consigo, familias, hombres, ganados, objetos transportables; se detiene allí donde juzga que puede agarrarse a la tierra para permanecer: en el extremo *Norte* primero; en el *Ibicuí* después; en el *Cuareim* por fin. Los brasileños lo acosan, como acosaron a Artigas los portugueses; lo empujan hacia el Sur; quieren llevarlo hasta el Arapey, hasta el Río Negro, hasta los suburbios de Montevideo, si a mano viene. Rivera se resiste, pero esquiva la lucha material; hace valer el derecho; entra en parlamentos con el general contrario. Como resultado del último convenio que concluye con éste, se fija por fin en el Cuareim... y allí se queda, resuelto a no descender más, y dejando al tiempo la sentencia sobre lo que provisoriamente abandona. Aquella región queda entonces desierta, sin hombres, como quedó la Banda toda Oriental en 1811.

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

XXVIII

No importa; está bien; la patria que vió Artigas en sus entrañas ha sido vista al fin, vista y reconocida por sus iguales. Ahí está, entre los brazos de su Atlántico y de sus ríos, que le dan su nombre amable: el Uruguay y el Plata. Es la nación atlántica, *la Oriental* por antonomasia. Apenas tres años eran pasados, día por día, desde el de la *Declaratoria de independencia de la Florida*, el 25 de agosto de 1825, y casi en esa misma hora de 1828, el 27 de agosto, se firmaba la *Declaratoria de Río Janeiro*.

Está bien; más o menos mutilada materialmente, pero íntegra en su espíritu inmortal, recojamos, amigos artistas, la preciosa herencia del padre Artigas. Esas mismas mutilaciones serán siempre su gloria: son las cicatrices de las heridas recibidas en defensa de la democracia americana. La América entera puede tocarlas. He aquí, pues, que tenemos patria por fin... Alcemos el corazón a lo más alto.

Cimentaremos, pues, la estatua del profeta en nuestro gran pedazo de roca atlántica, en el fondo del océano de ruidos innumerables. Y, dominándolos a todos, entre el cielo y la tierra, irá nuestro canto en el huracán. El himno de Débora resonará en las noches y los días: «Se han salvado las reliquias del pueblo, y el Señor combatió con los valientes».

¡Oh Dios Uno y Trino, Señor de Sabahot!

Tú llamaste por su nombre a esta nuestra patria, cuando ella no existía entre los seres. Tú la llamaste para hacer tu voluntad.

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

Que tu voluntad se haga en este pedazo de tu estrella. Te damos gracias.

Tú eres la gloria de Jerusalén, Tú la alegría de Israel, Tú la honra de nuestro pueblo... ¡Te alabamos!

Nos hablas desde el mar que está sobre las nubes. Y te escuchamos, ¡oh Causa de las Causas! Y confesamos tu nombre.

¡Tú sólo Santo, Tú sólo Fuerte, Tú sólo Altísimo!

. . . . . .

. . . . . .

XXIX

Bien comprendéis, amigos artistas, que en ese tratado de 1828 intervino la Provincia Oriental como una de las *Provincias Unidas* que allí pactaban; ella, que estaba unida a las demás en la forma que conocéis, estuvo representada en ese acto, tanto como Buenos Aires, o Tucumán, o Santa Fe, por los negociadores Guido y Balcarce, que fueron los plenipotenciarios de todos, pero especialmente del pueblo oriental que, por irresistible y noble instinto, representaron ante todo. Eso es bien claro, puesto que el pacto de unión sancionado el 25 de agosto de 1825 sólo dejó de existir para quedar en todo su vigor la declaratoria de independencia de ese mismo día, después de ratificado el tratado de 1828 que la confirmaba. Los que han dicho, pues, que la independencia oriental fué obra de terceros, en que para nada intervino el Estado que nacía, han dicho, adrede, una simpleza malintencionada.

Pero es erróneo también, erróneo cuando menos, el decir, como corre en las historias enciclopédicas,

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

que la guerra a que pusieron término aquellos tratados preliminares fué *la declarada por la República Argentina al Imperio del Brasil.* No; eso no es verdad; es también una majadería. Entonces, según dice Sarmiento, no existía tal República Argentina; la guerra que allí termina es *la declarada por el Estado Oriental,* por él solo, absolutamente solo, a sus injustos dominadores, a quien venció solo en *Rincón, Sarandí* y las *Misiones,* y aliado a sus hermanos en *Ituzaingó.* Los estados occidentales del Uruguay, representados por Buenos Aires, *adhirieron o accedieron,* es verdad, a aquella guerra; fueron nuestros amigos y aliados, en la sola forma en que tal alianza podía realizarse: la de reconstrucción del conjunto antiguo. Pero no fueron los provocadores de la lucha, que, expresa y reiteradamente, rehusaron; los provocadores fueron los locos de los Treinta y Tres, rezagos de Artigas.

Si el gobierno de Buenos Aires hubiera realizado la combinación que proyectaba con los pueblos del Pacífico, Colombia, Chile, el Perú; si hubiera conseguido el concurso de Bolívar, que buscó por conducto de Alvear y Álvarez y Díaz Vélez, para lanzarse sobre el Brasil a reconquistar *su Provincia Oriental* y *su Paraguay,* entonces hubiera podido afirmarse que la guerra terminada en 1825 era la declarada por aquél, aliado a los demás; pero no fué así, como bien lo sabemos, sino todo lo contrario. Quien realiza o concluye, por consiguiente, la Convención de Paz de 1828, es, en primer término, quien declaró la guerra: la Banda o Estado Oriental, a quien Guido y Balcarce representaban especialmente.

No es eso, sin embargo, de grande importancia para el historiador sociólogo; esa intervención en los tra-

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

tados escritos es muy secundaria. Vosotros sabéis, mis amigos, que esas declaraciones o reconocimientos de independencia no son causa, sino efecto del nacer de los estados; éstos nacen porque deben nacer, y porque quieren nacer. Nadie da la vida a un hombre, y mucho menos a un estado o nación, por el hecho de afirmar que vive.

La *República Oriental del Uruguay*, cuyo advenimiento proclaman en aquel pacto el gobierno de las Provincias Unidas y el emperador del Brasil, y que inmediatamente, el *18 de julio de 1830*, dicta y jura la sabia Constitución republicana que aun hoy nos rige, era, no un estado artificial o *tapón*, como ha dicho algún majadero irreverente, sino el más vigoroso quizá de los miembros de la Federación de América de que habla Sarmiento; uno de los estados que nacieron juntos, según Alberdi, y según nuestra propia convicción sobre todo, al desprenderse las colonias de la metrópoli española. Era aquel de que habla Artigas cuando dice, en su nota, tres veces memorable, de 1811, al gobierno del Paraguay: «Así se ha visto dividirse en nuevos estados un cuerpo deforme, a quien un cetro de hierro ha tiranizado. Pero la sabia naturaleza parece que ha señalado para entonces los límites de las sociedades. La Banda Oriental tiene los suyos.» Es la región atlántica, cuyo núcleo urbano estaba en la ciudad de Montevideo, de lengua y tradiciones españolas, y que esa ciudad arrancaba a la influencia de rotación de la portuguesa. Río Janeiro con su lengua, y su corte, y sus tradiciones, hacía girar en torno suyo la América atlántica tropical, de lengua portuguesa, como Buenos Aires la realizaba con la región ultraplatense andina, de lengua española. Pero ni Buenos Aires ni Río Janeiro tenían fuerza centrí-

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

fuga bastante para arrastrar a sus órbitas ese núcleo cósmico ultraplatense y subtropical de América, de carácter y vida propios, cuya rotación fué la nebulosa espiral generatriz de este pequeño mundo que habéis visto conglomerarse, obedeciendo a leyes graves: la Patria Oriental independiente.

Yo estoy persuadido, mis amigos, de que, en el momento en que Río Janeiro y Buenos Aires firmaban el tratado de 1828, persistía, en los hombres de ambas capitales, la ilusión tenaz de que lo que allí se realizaba era obra de sus manos: un ensayo destinado al fracaso, y sin más objeto que apartar, por el momento, una manzana de discordia; ellos creían que aquel estado recién nacido, exangüe, con una población de setenta mil habitantes, no podía resistir a la vida. Y mucho más si se hacía lo posible por dificultársela. Uno y otro pensaban en la próxima reabsorción de aquello de que ambos creían desprenderse.

¡Hombres ingenuos, ciegos y más que presuntuosos! Ellos veían, creyendo verlo todo, el ramaje de aquel árbol casi sin hojas después de la tempestad; no la familia a que pertenecía, ni sus profundísimas raíces, que vosotros habéis sondado. Entre los témpanos polares, los *icebergs* de los ingleses, los menos aparentes suelen ser los más indisolubles, los de base submarina más profunda y dilatada.

XXX

Aquí tenéis, mis amigos artistas, la nación o el estado que, con setenta mil habitantes, se constituyó en 1830, hace ochenta y cinco años. Hoy erige, en su capital de cuatrocientos mil, el monumento de aquel

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

Artigas que no era nada. Un millón y medio de pobladores de la República, veinte veces la población originaria, aguardan vuestra creación; cuando celebren su centenario, serán tres millones. No existe, que yo sepa, un caso de igual vitalidad, ni parecida, en un territorio análogo.

Bélgica, la heroica Bélgica, con relación a Francia; Suiza con respecto a Austria, no ofrecen la relación de este *Patrimonio de los orientales,* custodiado por Artigas, en parangón con los otros pueblos americanos. Si en la índole de nuestras conversaciones cupieran números, os los daría muy expresivos, tomados de las estadísticas que corren por ahí. Dicen éstas que si nuestra opulenta hermana, pongo por caso, la República Argentina, de justa fama por cierto, ha multiplicado por quince su población, la Oriental lo ha hecho por veintiocho; y que si aquélla ha pasado de 0,133 habitantes, que tenía por kilómetro, a dos habitantes, ésta, la Oriental, que contaba con 0,2, hoy tiene 5,7, etc., etc. La ciencia económica aprecia mucho esos números y otros análogos; yo, por mi parte, os confieso que no creo en la infalibilidad de los guarismos estadísticos. Creed vosotros lo que más os venga en talante; pero os aseguro que la vida de esta república, cuyo progreso material y moral está a la vista, parece tener algo del antiguo mito heroico: el de la lucha de los titanes y los dioses.

Todas las fuerzas enemigas, disensiones dolorosas, guerras intestinas, insidias y agresiones exteriores, se han coaligado sin cesar contra las fuerzas del cielo subterráneo que amparaban aquella vida... Sí, *cielo subterráneo;* no hay que rectificar la frase: contra la ley divina, escrita en las entrañas de la tierra por sus espíritus profundos.

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

Aquí, como en tiempo de los titanes, han triunfado los dioses inmortales. Hoy la REPÚBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY se ofrece, en el concierto americano, en una proporción superior quizá a la de sus equivalentes del europeo, como el triunfo de la Naturaleza y la Razón sobre los artificios del hombre bruto. Teodoro Roosevelt, el angloamericano, acaba de distinguir en ella ese carácter. «No puede existir, decía después de su último viaje por todo el continente, no puede existir un derecho internacional más elevado que el salvaguardar la existencia y la independencia de estados laboriosos y tranquilos, de un elevado valor moral y nacional, pero sin la fuerza militar de las grandes potencias; estados, por ejemplo, como Bélgica, Holanda, Suiza, los países escandinavos, el Uruguay y otros.»

Nada más digno, efectivamente, de las comunidades de hombres libres; sólo ese respeto al débil puede demostrar que el que se tiene por el fuerte no es una constante y cobarde esclavitud de las naciones. Que no las habría grandes, moralmente grandes, si no existieran las materialmente chicas.

El *tamaño* de las naciones, si por algo puede medirse, es por su historia.

Ese principio será tanto más eficaz, cuanto más nos aproximemos a la constitución de la sociedad jurídica internacional del porvenir; ésta tendrá por fundamento, como la sociedad política, la democracia, es decir, la igualdad de derechos esenciales en las personas colectivas, que son sus unidades. Y es sabido que por la dignidad de las unidades se aprecia la del conjunto. Son, pues, esos estados pequeños los primeros coágulos cósmicos, si me permitís la frase, de la conglomeración humana más perfecta. Ellos siempre

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

han existido, como una ley inmanente, en el seno de los pueblos civilizados. ¿Queréis que leamos, al lado del de Roosevelt, este pensamiento de Lloyd George, por ejemplo, uno más entre mil, que el ilustre ministro británico emite en los momentos en que la humanidad, ante el estrago de la fuerza animal o satánica, hace su examen de conciencia secular?

«El mundo debe mucho, dice, a las pequeñas naciones... El arte más grande de la tierra fué obra de las pequeñas naciones; la literatura más duradera fué hija de las pequeñas naciones; la mejor literatura inglesa data del tiempo en que Inglaterra era una nación del tamaño de Bélgica, y luchaba contra un grande imperio. Los hechos heroicos que han conmovido a la humanidad durante generaciones se debieron a naciones pequeñas que combatían por su libertad. Sí, y la salvación de la Humanidad provino de una pequeña nación. Dios ha escogido las naciones chicas como los vasos en que lleva los vinos más selectos a los labios de los hombres, para deleitar sus corazones, para exaltar su visión, para estimular y fortalecer su fe; y, si nosotros nos hubiéramos quedado aparte cuando dos naciones pequeñas eran aplastadas y deshechas por las manos brutales de la barbarie, nuestra vergüenza hubiera resonado a lo largo de los tiempos.»

Nuestra América española hubo de tener también sus pequeñas naciones, amigos artistas; también en ella hubieron de formarse, para gloria del continente y de la estirpe, algunos de esos coágulos del futuro. En eso se revela, si bien lo observamos, el carácter de fenómeno natural, providencial, de su emancipación política, que hubiera podido creerse producto de energías extrañas al organismo vivo, si hubiera dado por resultado la formación de sólo grandes con-

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

glomerados territoriales de artificio. Es éste acaso, mis amigos, el aspecto que más puede interesar al mundo entero en esta interesante historia de Artigas que os he narrado. Y por eso la llamaremos *Epopeya:* porque bien puede interesar a la humanidad. También nuestra América española tiene, pues, sus Leónidas y sus Maratones y sus Termópilas; la estirpe de los Viriatos y de los héroes del *Romancero* puede aquí reconocerse.

Haced, por tanto, de vuestro Artigas, si a ello os lleva la inspiración, un hombre impersonal, un espíritu de bronce, jinete en un corcel sin patria. Que eso es esta verídica historia: la del espíritu caballero que recorre el tiempo y el espacio con su divino mensaje, y se detiene en las regiones predestinadas a recibirlo, en los *vasos de elección,* que dice el inglés.

En este épico relato que habéis oído, los hombres, y aun los héroes, han sido arrebatados, como lo habéis visto, por el incandescente remolino de las leyes ignotas, cuyo vértice, o profundísima raíz, penetra en las entrañas de la tierra americana. La visión de los hombres, en éste como en todos los casos de construcción de patrias, no es siempre clara; sus pensamientos suben y bajan; sus conciencias son atraídas muchas veces, o sojuzgadas, por las circunstancias o apariencias, hasta que, rectificadas por subconciencias misteriosas, vuelven a armonizarse con las intrínsecas realidades que prevalecen. En la historia no hay nada absolutamente individual; los procesos históricos, como los vitales, se compenetran del ambiente, y en él y por él se desarrollan.

Sólo el genio, el hombre de gran poder mental o imaginación constructiva, como dice Baldwin, vive perpetuamente en esas hondas realidades, y obedece

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

y promulga la ley de Dios que las regula. En eso se distingue el genio constructor del anárquico que destruye, o del loco o extravagante que no cimenta; el genio es la variación dentro de la armonía progresiva.

Habéis conocido en esta historia, mis amigos artistas, a ese hombre afirmativo, esencial, vidente de la realidad futura, al caballero conductor del mensaje. Lo dejamos arando tierra paraguaya, mientras los poseídos de su espíritu tocaban con las manos la intensa realidad de su visión.

Vamos a verlo, amigos míos, por la última vez, antes de que cierre la noche, al resplandor de las últimas estrellas.

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

Digitized by Google

Original from
UNIVERSITY OF CALIFORNIA

CONFERENCIA XXVII

ARTIGAS MUERTO

El viejo sembrador anacoreta. — ¿Precursor? ¿Fundador? — Los héroes olvidados. — La ausencia de Artigas. — Juan Manuel de Rosas. — La serpiente de Faraón. — Artigas resurge. — Rivera manda por él. — ¿Artigas, presidente de la República? — Misión de Albín y Pla. — Carlos Antonio López. — En Ibiray o Trinidad. — Los cinco últimos años. — Autopsia del corazón del héroe. — Los tres latidos. — José María Artigas. — Beaurepaire-Rohán. José María Paz y Juan Manuel de Rosas. — Reminiscencias de gloria. — El mensaje sagrado permanece. — Permanece el carácter. — Llegada del silencio. — Muerte. — Proyección de su sombra.

I

Es hora de volver, por fin, al viejo sembrador, que dejamos en su paraguaya sepultura, amigos artistas.

No os conduciré a su lado, sin embargo, antes de estar persuadido de que vosotros lo estáis, tanto como yo, del carácter de constructor de esta Patria Oriental, tal cual la habéis visto nacer, que reconocemos en Artigas.

¿Fué eso realmente, arquitecto, fundador? Ese nuevo estado, que habéis visto conglomerarse y solidificarse en la historia, ¿es la realidad futura que estaba

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

en el espíritu de aquel hombre obstinado? ¿Es la forma corporal de su pensamiento?

No os sorprenda, amigos míos, la pregunta, por más que os parezca ingenua, después de lo que hemos hablado. Se la han hecho con sinceridad a sí mismos, aun los que, si bien confesores del profeta, echan de menos una coincidencia absoluta, entre las fronteras con que nació nuestra patria, y las que Artigas le atribuyó expresamente, o presumen que existían en sus planes. No menos desorientados se encuentran los que no ven, en el Río de la Plata, la confederación de estados que Artigas hubiera deseado para los miembros del antiguo virreinato del Sur, como lo deseó Bolívar para el del Norte.

En presencia de ello, hay quienes optan por designar a Artigas con el predicado de *Precursor*, antes que con el de *Fundador de la Patria Oriental.*

Fundador... Precursor... No os será muy difícil, me parece, a poco que meditéis, distinguir en esto un mero asunto de palabras. Y creo que ya hemos hablado de ese punto alguna vez: de que nada hay más vago y movedizo que la palabra humana, expresión de géneros o especies, y que sólo aproximadamente se adapta al verbo interno de un hombre determinado. Dentro de cada vocablo caben mil individuos; acaso un millón, o varios millones, si queréis. El arte de la palabra, arte supremo, consiste precisamente en quitar a ésta, por medio del acorde o combinación musical de los sonidos vivos, esa deficiencia ingénita; en hacerla cuerpo de un espíritu, y no de otro que se le parezca. Fundir palabras viejas en aleación vibrante, para infundirles la juventud de los dioses; cincelar o laminar esa divina substancia, hasta transformarla en instrumento sonoro, capaz de acordarse al diapasón

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

de un alma melodiosa, eso es arte. Sin él, las palabras son despojos o frías cenizas; pueden tener un sentido, pero no un alma.

¡Precursor! Todos los hombres, excepto Uno, por supuesto, todos los hombres, por más fundadores o cimentadores de algo que los supongamos, han sido, y serán, sólo precursores; los hechos, todos los hechos, son precursores... El tiempo, el espacio, las relaciones de causa y efecto, los futuros contingentes... Todo eso es misterio, vórtice enorme que nos envuelve y arrebata.

Para precisar el carácter de Artigas, a fin de encontrar la palabra que mejor lo designe con relación a nuestra tierra, no hay que ir a buscar, reflejadas en su espíritu, como en una cámara obscura, una carta geográfica y una constitución política; pero lo que sí nos concierne, y podemos afirmar sin que nos quepa la menor duda, es que Artigas vió, y sintió, y proclamó siempre una *Patria Oriental,* un *Patrimonio de los Orientales,* que no puede confundirse con nada de este mundo. Podía esa patria tener, y efectivamente tenía, mayores territorios que los que hoy poseemos, y de ello hemos hablado ya largamente; pero el núcleo, el carácter, la *entelequia,* de que también hablamos, y que no tiene tamaño material, eso es lo mismo que hoy existe. Podía estar en el héroe, como una garantía de común seguridad para esa Patria Oriental, como para todas las naciones americanas, el anhelo de su confederación con otros estados; pero es evidente que ese pensamiento, lejos de obstar a la existencia personal de todos y cada uno de los estados deslindados por la naturaleza, y de esta *Patria Oriental* especialmente, presumía esa existencia, y era precisamente su garantía. Entre la desmembra-

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

ción completa y la confederación de los Estados platenses, Artigas optaba por ésta; más aun: la deseaba, y la escribió en sus *Instrucciones de 1813*. Y más aun, si queréis, y sí debéis quererlo, porque lo sabéis: Artigas fué *el único* que concibió y pugnó por realizar la sola unión posible de aquellos pueblos, la sola conciliable con su acción vital; fueron sus émulos los que hicieron imposible tal unión, al hacerla inseparable de la sumisión de todos a la oligarquía monárquica; fueron ellos los que más desmembraron el virreinato al pretender perpetuarlo, los que más obstaron a la formación de los *Estados Unidos de América*, en la de lengua española.

Pero si eso es evidente, no lo es menos que, entre la absorción de su Patria Oriental por otra, así fuera la más grande o poderosa del universo, y la desmembración absoluta, que fué el resultado de su esfuerzo, combinado con las contingencias que el hombre no prevé, Artigas no vacilaba un momento: quería la desmembración absoluta: esto que hoy tenemos, esto que hoy amamos.

Las conglomeraciones de estados platenses, o no platenses, pueden aún consumarse. ¿Quién osaría afirmar que el pensamiento de Bolívar, por ejemplo, la confederación de la América del Sud, no se verá en el porvenir? Pero todo eso será accidental, y, sobre todo, presupone la existencia de las unidades o individuos esenciales. Ayer no más, lo afirmaba el barón de Río Branco, el gran canciller brasileño, que nos decía: «Cuando no sea cuestión de ocupar un puerto, sino de bloquear un continente entre dos océanos, las cosas cambiarán substancialmente, no sólo para la seguridad, sino para el prestigio y el rango de la América del Sud».

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

Piénsese, pues, lo que mejor se crea, sobre la realidad futura entrevista por Artigas, podemos asegurar, sin vacilación alguna, que no hay patria que coincida más con la visión de los que se llaman sus *fundadores*, que lo que coincide esta nuestra Patria Oriental, tal cual es, con la visión de aquel hombre extraordinario.

No hemos de hablar, por supuesto, de la distancia que separa a los Guillermo Tell, Pelayos, Leovigildos, etc., de las naciones que hoy los aclaman padres o fundadores de la patria. Esas paternidades remotas, legendarias las más de ellas, y consagradas en bronces, sin embargo, se cuentan por centenares.

Pero, sin entrar en ese estudio, que yo os sugiero, y que vosotros podéis ampliar fácilmente, creo muy del caso invitaros a pensar en las visiones de Bolívar, por ejemplo, en la Gran Colombia, en la Confederación Continental Americana, que estaban en sus ensueños, y a que las comparéis con las repúblicas de Venezuela, Colombia, Ecuador, estados definitivos como el que más, que hoy lo aclaman obrero o constructor de sus sólidos cimientos. Esas desmembraciones fueron otros tantos desencantos de Bolívar, sin embargo; él, el más imaginativo de los visionarios, quería otra cosa, a buen seguro; murió desencantado.

¿Se debe llamar por eso sólo un *precursor* a Bolívar?

Sobreponed, mis amigos, como último ejemplo, la actual República Federal Argentina, y las realidades futuras que estaban en los héroes que ella aclama, y con razón, como gloriosa personificación de su vida: el trono incásico de Belgrano; la gran monarquía americana de San Martín, en que Chile se refundía en el Plata; la platense de Rivadavia; la de los próceres de Tucumán... Convengamos en que las visio-

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

nes de esos grandes hombres no coinciden con la realidad: fronteras, espíritu, destinos, todo discrepa. No importa: esos claros varones miraron hacia adelante, trabajaron en los cimientos de la patria argentina que hoy existe, y ésta les llama sus *Fundadores*. Podríamos disentir sobre si Artigas es, o no, el verdadero Fundador de toda esa patria republicana occidental del Uruguay; pero que sea el que echó los cimientos estables, precisos, inconfundibles, de esta oriental, eso no creo que pueda dejar de verse, según es evidente.

Algunos han dado en atribuir a Artigas el propósito de formar un gran estado independiente con las provincias de Entrerríos y Corrientes, incorporadas a la Oriental. Nada más falto de base histórica, ni más contrario a sus obras y palabras; a su carácter sobre todo. Artigas no era un Bolívar, ni un Bonaparte, personajes esencialmente subjetivos, imaginativos, volubles. Artigas, como Washington, era la naturaleza, la realidad objetiva, reflejada y hecha idea y pasión en una conciencia. Independencia real, democrático-republicana, de estas provincias, con respecto a España, sin renegar por eso de la sangre española; independencia, real también, de las mismas entre sí, de la Banda Oriental, *del Patrimonio de los Orientales* especialmente, con los límites que la naturaleza le dió, y con el derecho, inherente a aquella independencia, de confederarse o no. Ése fué todo su pensamiento, es decir, la realidad; lo que fué y es; lo que también será, con modificaciones siempre accidentales. No se ve en él otra cosa; pero ésta se percibe con luminosa persistencia.

Llámesele, pues, como se quiera: fundador, precursor, capitán supremo; Carlyle le llamaría *rex*, en el sentido de realidad, o de intuición profunda. Todo

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

eso es lo de menos: sonidos elásticos, palabras genéricas. Todas son buenas, con tal de que convengamos en la verdad que está en el fondo de todas ellas, y es lo que vosotros, mis amables amigos, debéis fundir en bronce perdurable: en que él es el héroe de la Patria Oriental del Uruguay, y el más genuino de la democracia republicana en la América española.

II

eso establecido, volvamos a él, al rey Lear, que dejamos, con su invisible Cordelia, en su paraguaya sepultura.

Al mirarlo de nuevo directamente, va a ofrecérsenos la más hierática figura que artista pudo desear. Se ha hablado mucho de los héroes desconocidos u olvidados, víctimas de la injusticia de los hombres, etc. Pero no es eso lo que vamos a ver en los treinta años de clausura y de extinción paulatina de Artigas en el Paraguay, donde muere solo y pobre. Su soledad es muy distinta de todos los demás abandonos que corren en la historia; es soledad de esfinge monolítica. Artigas muere solo y pobre, porque él lo quiere así; para morir libre.

Recordemos que, al entrar al Paraguay, vació su bolsillo en manos de Lavalleja, para ir él a pedir limosna al dictador Francia. Ahora lo veremos desdeñar la gloria, el predominio, los puestos encumbrados; vaciar toda su gloria en el nombre de sus sucesores, y en el bolsillo de la posteridad; legarnos a nosotros, a los orientales, su espada de hierro, la herencia de una figura única, ajena a toda discordia, patrimonio de todos, paladión de la patria.

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

Ha habido muchos héroes muertos en el olvido y la pobreza; la historia americana los tiene muy numerosos: Bolívar, Sucre, O'Higgins, Rivadavia, y muchos otros. Por todas partes hay peñones con su pájaro posado. Para no desviarnos demasiado de nuestro teatro, recordaremos a San Martín, que, como antes os dije, muere casi en la misma hora que Artigas. El hombre de *Chacabuco*, rechazado, como sabéis, en el Perú, en Chile, en Buenos Aires, sintió y lloró el olvido y la ingratitud de sus conterráneos; éstos también los han llorado, por cierto. Y el desagravio ha sido más fuerte que el olvido. Lo de siempre.

En 1847 Sarmiento visitó a San Martín en Francia. «¡Tanta gloria y tanto olvido!, dice. Ha esperado sin murmurar cerca de treinta años... y tiene hoy setenta y siete; las dolencias de la vejez, y el legado de las campañas militares le empujan hacia la tumba, y espera todavía.»

Murió esperando en los hombres. Hoy leemos su larga correspondencia, la que cultiva con O'Higgins sobre todo; y, al verlo rebelarse contra las injusticias de que es objeto y denostar a sus enemigos, a Rivadavia especialmente; al verlo golpear inútilmente las puertas de su patria para volver a ella con decoro, sentimos que ese hombre no es un impasible; no es de piedra, ni se resigna al frío del bronce, que comienza a invadir su carne, y ya le ha congelado los pies. Y sufrimos con él, y compartimos las justas iras de su humana naturaleza.

En 1862 se erige, por fin, la estatua de San Martín en Buenos Aires; el hierro ha terminado su obra; le ha llegado al corazón y a la medula de los huesos. Y habla entonces Mitre, presidente a la sazón de la República Argentina: «La hora de la reparación ha

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

sido lenta y tardía, pero segura. Por veinte años, su nombre y su gloria han sido votados a la ingratitud y al olvido... En el Perú, el insulto y la calumnia empañaron la corona del Libertador; en Chile, se borró, por espacio de veinte años, el nombre del fundador de su independencia; en las puertas de su propia patria, encontró un letrero que lo apostrofaba de cobarde, y que lo obligó a volver al destierro, sin pisar su propio suelo...»

San Martín sufría y esperaba; murió, con muerte grande como su vida, el 17 de agosto de 1850, sin ver satisfechos sus anhelos; fué sepultado en el pueblo de Brunoy, donde su familia le construyó un sepulcro. Todo eso es melancolico, sin duda alguna.

Pero la muerte solitaria de Artigas en el Paraguay es muy distinta; es la de un impasible; es la muerte de un inmortal, que no espera a nadie. La esperanza es atributo del tiempo; en la eternidad no existe.

Ya hemos visto cómo la prescindencia de su nombre, en la campaña que comienza en la *Agraciada* y termina en *Ituzaingó* y las *Misiones* y la *Convención* de 1828, si bien podía significar — y realmente significaba — rechazo o insulto por parte de los mismos que repudiaban a San Martín, no significó, en manera alguna, olvido, ni mucho menos insulto, por la de los compatriotas del héroe sepultado: Lavalleja, Rivera, Suárez, Barreiro, Pereyra, Oribe... Éstos tuvieron que prescindir, no sólo del brazo del patriarca, que no podía sacarlo de su sepultura, sino también de la ostentación expresa de su nombre y de su espíritu: ella era incompatible con la alianza occidental, y ésta indispensable a la empresa. En Buenos Aires predominaban los que sabemos: Rivadavia y García, los negociadores en Europa; Alvear, el que llamaba a

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

Inglaterra; los de la Logia, los de la diplomacia. El propio Dorrego, los mismos primaces del partido federal, que eran partidarios a su modo de los orientales, no lo eran de Artigas, ni mucho menos. Ya os he explicado la diferencia entre el federalismo interno de aquéllos y la federación de Artigas; diferencia enorme y substancial, que vais a ver consagrada en las últimas palabras del profeta.

¿Cómo invocar el nombre del héroe sepultado para inducir a tales personas a la alianza? Ese solo nombre la disolvía; era un proceso, que no convenía promover. Era, pues, indispensable que aquél estuviera muerto, y bien muerto. Y que no resucitara jamás; que no se apareciera en el festín democrático de los monárquicos de ayer, y que aun podían serlo de mañana. Nadie mejor que Artigas comprendió eso. Y por eso se fué. Y por eso no volvió.

Los orientales callaron, por lo tanto. Más de una vez, durante la lucha, echan de menos a Artigas. «¡Oh, si él estuviera entre nosotros!...», dicen por órgano de sus hombres pensadores. Pero callan. Ya hemos visto que sólo una que otra vez surge el nombre del héroe, como una lengua de fuego entre la ceniza; recordaréis especialmente la frase de Rivera, cuando desconfía que no sea el pensamiento de Artigas el que tienda a realizarse; no habréis olvidado, así lo espero, el informe de Núñez, sobre las *tendencias anárquicas artiguistas*, que se perciben al través de las protestas de unión de Lavalleja, ni las declaraciones de Guido y Balcarce, por fin, sobre las *simulaciones* que los orientales hubieron de imponerse para ocultar «el verdadero objeto de su idolatría de siempre».

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

III

Pero nace la patria; la República Oriental del Uruguay se constituye en 1830, y, no bien comienza a sentirse dueña de sí misma, a tener uso de razón, uso de corazón, mejor dicho, todos sus próceres, los activos sobre todo, aquellos precisamente que más podían ver en el viejo caudillo vencido un rival que les arrebataba la gloria germinal, todos, sin una excepción, Rivera, Lavalleja, Oribe, Suárez, Pereyra, sienten que el culto a Artigas se impone a sus almas. Ellos mismos no saben propiamente por qué; la subconciencia de su misión histórica persiste y obra en aquel pueblo.

Todos esos próceres, al organizar la patria que han libertado, están divididos entre sí; ni más ni menos que lo que ha sucedido en los demás estados americanos, y en los no americanos, cuando nacieron lactados por la guerra; historia antigua, y siempre nueva. Mientras Artigas está tapiado en el Paraguay, se sanciona y se jura, el 18 de julio de 1830, la Constitución del nuevo estado, sobre las bases que escribió su fundador en sus *Instrucciones de 1813;* de acuerdo con ella, Rivera es elegido primer presidente de la República, en octubre de ese año 1830; Lavalleja, que, después de Rondeau, ha precedido a Rivera como gobernador provisional, se rebela dos veces contra él, en 1832 y 1834, y es vencido. Oribe, ministro de Rivera, es el segundo presidente (1.º de marzo de 1835). Rivera, que ha cooperado a su elevación, lo derroca después de cruentas batallas, y vuelve a ser elegido presidente, el 1.º de marzo de 1839. Oribe atraviesa entonces el

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

Río de la Plata, y busca en Buenos Aires la alianza de Rosas, que allí gobierna, lo que acarrea la guerra entre Rosas y Rivera. Es una nueva convulsión del útero platense, cuyos distintos frutos sienten aún la influencia de la vida común intrauterina. La política oriental se complica así con la occidental; el caos se rebela contra lo creado; los hombres son arrastrados por las tinieblas irritadas, como las abejas por el humo.

Otro tanto ha acontecido en la Banda Occidental; se han entrechocado las moléculas sin núcleo. Los vencedores de *Ituzaingó* vuelven a Buenos Aires, ávidos de predominio, como en 1820; fraguan su motín o revolución. Lavalle, promotor de la primera que estalla, hace huir a Dorrego de la capital; lo persigue, lo toma prisionero... y lo fusila, el 1.º de diciembre de 1828, «en holocausto, dice, del pueblo de Buenos Aires». ¡Siniestro holocausto! Los hombres rivalizan en ambiciones y crueldades; se habla de *unitarismo* y *federalismo*, pero no hay tal; la anarquía lo mismo brota de la capital que de las provincias; la forma varía, pero el fondo es el mismo: la ambición de los hombres, la eterna historia. Y allí no está Artigas, por cierto; no está *el anárquico*, el malvado.

Todo eso se ha conglomerado, por fin, en torno de un núcleo de atracción fatal engendrado por el medio: ha aparecido el *Bonaparte*. Siempre aparecen los Bonapartes en estos casos. En el presente se llama Juan Manuel de Rosas. Es éste aquel personaje que, con soldados campesinos, vestidos de colorado, fué, después del tole tole de 1820, el elemento fuerte de organización nacional que sostuvo al general Rodríguez.

La causa y la sangre de Dorrego, la víctima de

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

Lavalle, le sirven ahora de enseña o máscara. Viene a *restaurar las leyes* y busca el orden, la paz; lo inspira la humanidad. Este don Juan Manuel de Rosas fué, en la Banda Occidental, algo de lo que don Gaspar Rodríguez de Francia en el Paraguay: el dragón o magna bestia, instrumento, sin embargo, de fuerzas misteriosas. Vivió así, en su caverna inviolable, durante veinte años, mirando hacia afuera, difundiendo las miradas mortales de sus pequeños ojos verdes con estrías de sangre. ¡Veinte años de tiranía!... El tiempo, precisamente, que duró la vida obscura y serena de Artigas en el Paraguay, después de la independencia.

Artigas no fué nunca nada de eso; y para que notéis esa circunstancia, principalmente con ese objeto, para que lo apreciéis en el contraste, os hago conocer al dragón argentino, de pequeños ojos verdes venenosos, que, como vamos a verlo, llegó a creer que Artigas era de su especie. No: Artigas no fué nada de eso; no ambicionó nada, absolutamente nada. Estuvo muy lejos de esas grandezas: fué un abstraído, y un hombre bueno.

El patriciado de Buenos Aires aniquiló, como sabéis, al gran caudillo oriental, que el Congreso de Washington proclamó campeón de la democracia; esa oligarquía comunal creyó que, destruyendo aquel hombre desinteresado, obediente a su visión, humano, humano sobre todo, verdadero conductor del pueblo, arraigado en sus entrañas y brotado de ellas, iba a aniquilar al pueblo mismo; y que el patriciado, ensimismado y exótico, a falta del rey europeo que no encontró, iba a quedar en lugar del héroe, como cabeza y corazón de todo el organismo. Ése fué su propósito, cuando menos: injertar una cabeza y un corazón

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

en un cuerpo vivo. Y eso era lo que llamaba orden, vida y organización nacionales. No vió, con ser ello tan visible, que eso era irreal; que no era substancia. No pensó en que toda reproducción se realiza según la especie biológica que se reproduce; y que, extirpados, en Artigas, la cabeza pensante y el corazón sano de aquel organismo, tenían que brotar de éste, so pena de muerte, nuevos núcleos de vida, pero *núcleos vivos,* es decir, producto orgánico de la vida colectiva.

Así quedaron, en substitución del héroe, los caudillos secundarios que lo aniquilaron con el auxilio de Buenos Aires; simples *personajes reinantes:* Ramírez, López, Bustos, Araoz, Quiroga, Ibarra, Aldao, Urquiza, por fin, en las provincias; Dorrego, Lavalle, etc., en la capital. En ninguno residía el pensamiento pleno del vidente oriental, que los primeros habían acatado instintivamente; en ninguno el prestigio total, la autoridad, la fuerza, la virtud. Los caudillos campesinos se dividieron, persiguiendo sus ambiciones personales, y se agitaron sin rumbo en el vacío, hasta encontrar de nuevo al hombre en que conglutinarse y con quien dominar la capital. Ese personaje tenía que presentarse, tarde o temprano, como un gran coágulo cósmico, formado por la rotación espiral del medio: por la de los campos anarquizados, y la de la capital, tan anarquizada como la de los campos, pero amamantada en la tradición de que era necesario un rey. Es esa tradición la que allí engendra a Rosas: el centralismo, el autoritarismo despótico.

Rosas no es el *gaucho,* el campesino, como ha solido decirse; todo lo contrario. Es, como Artigas, una entidad urbana; pero de un alma radicalmente distinta de la de Artigas. Como éste, fascina y arras-

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

tra las masas campesinas; pero no las ama como él; procede, como Artigas, de buena cepa española; pero aunque invoca su abolengo, no sigue las tradiciones ni la fe de sus abuelos. La capital lo recibió como cosa propia; se entregó a él obedeciendo, no a un instinto, sino a una convicción tradicional, a la enemiga de Artigas precisamente. Sólo la tradición de Artigas podrá debelar a ese Rosas. «Nunca hubo gobierno más popular, dice Sarmiento en su *Facundo*, más deseado, ni más bien sostenido por la opinión.» Y así fué, efectivamente: los grandes apellidos y hasta los nombres gloriosos, encabezados por el del general San Martín, fueron sostenes de ese fenómeno sociológico.

Como en el Paraguay don Gaspar Rodríguez de Francia, apareció, pues, en Buenos Aires, con los caracteres propios del ambiente, proclamado como *el hombre necesario*, como *el restaurador indispensable*, el agente que, en defecto del rey europeo que allí tanto se buscó, había de reemplazar, en la dirección de los pueblos, al héroe republicano que fué rechazado. Y apareció la serpiente. Esta, como la de Moisés a las de los sacerdotes faraónicos, se tragó a las demás serpientes, chicas y grandes, y se transformó en dragón. La naturaleza, en el orden sociológico como en el físico, tiene horror al vacío: el que dejó Artigas fué llenado por Rosas. Eso fué Rosas: el vacío de Artigas; la falta del héroe.

Convengamos, mis amigos artistas, en que hubiera sido mejor no haber aniquilado al hombre oriental, antítesis de Rosas y de Francia; mejor hubiera sido haber recibido su mensaje profético, realizado treinta años más tarde en la República Argentina, después de haberse acatado en Urquiza, gobernador de Entre-

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

rríos, que debeló a Rosas, abandonando su causa, un vago imperfectísimo remedo del gran caudillo de la federación platense. *Artigas el pequeño* pudiera ser llamado quizá este general Urquiza de que hablamos. Ese parangón será hecho, o mucho me equivoco, por la crítica histórica del porvenir.

Lejos de mí el aseguraros que, si Artigas hubiera prevalecido, se hubiese suprimido el período caótico, y evitado en absoluto las crisis de los primeros años de independencia; pero sí podemos afirmar, sin temor de aventurarnos demasiado, que si la Comuna monárquica de Buenos Aires no hubiera odiado tanto a Artigas y hubiera buscado con él la resultante de todas las fuerzas, la oprobiosa tiranía de don Juan Manuel de Rosas hubiera sido conjurada. Tal se hubiera evitado acaso, en el Paraguay, la de Francia, y sus sucesores, si Artigas realiza su propósito de animar con su espíritu a los caudillos de aquel animoso pueblo.

Pero dejemos esas conjeturas, que, sobre ser complejas, nos alejarían de nuestro propósito. Lo que yo quiero haceros notar en este momento, mis amigos, es la incólume permanencia de Artigas, como símbolo supremo y exclusivo de independencia americana; la ascensión, en la historia, de esa forma, original y magna como ninguna, que, por su propia virtud, sigue ascendiendo, día a día, en el cielo iluminado de nuestra América.

IV

Los que en su tierra predominan son sus capitanes, Rivera, Oribe, Lavalleja, Suárez. Éstos son, como

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

los próceres occidentales, rivales entre sí; pero no lo son de la memoria de Artigas. Artigas es, por el contrario, el elemento que les da cohesión vital, alma colectiva; todos siguen creyendo en él, como en el indiscutido, como en el superhombre, según hoy ha dado en decirse. Cuando aparece su memoria, todos se miran entre sí, y se miran en él; todos quieren decirse sus sucesores, los continuadores de su espíritu. No hay nada que denuncie la realidad inmanente de Artigas, mis amigos, como esa conservación del culto al pobre derrotado y prisionero, en el alma de los consumadores de su empresa heroica.

Es preciso, para que os deis cuenta del significado de eso, que os la deis del carácter sociológico de Montevideo en 1830, al nacer la Patria Oriental. Todo allí conspira, al parecer, contra la memoria del héroe ausente: la familia española es la base de aquella sociedad; sangre, lengua, costumbres domésticas, enseñanza, comercio, riqueza, todo es español. La dominación portuguesa, de once años, dejó allí también sus vestigios; don Carlos Federico Lecor, vencedor de Artigas, era todo cortesía; se casó en el país con una dama patricia, virtuosa y digna, según dijimos. Pero, sobre todo, la influencia intelectual y moral del patriciado unitario de Buenos Aires era incontrastable en el Río de la Plata; allí radicó la cultura colonial; él sólo enseña la historia, durante medio siglo; la historia que él mismo fabrica, *ad usum delphini*.

Y los españoles, por razones que me parecen claras; y los portugueses y los bonaerenses, por otras no menos obvias, alimentaban al pueblo oriental recién nacido con el pan ácimo de sus recientes agravios contra el caudillo ausente, vencedor de *Las Piedras*, del *Guayabo*, de *Santa María*, y capitán irreductible de la

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

democracia ingénita. «*Eres más malo que Artigas*», decían los españoles a los niños rebeldes, al llegar éstos al uso de la razón.—¿Quién será ese Artigas?..., dirían los niños orientales de entonces, como comenzamos a decirlo nosotros, cuando nuestra historia estaba sólo en el huevo de la tradición imprecisa.

Fué la tiranía de Artigas la que trajo la invasión portuguesa—decían a sus hijos los invasores de 1816;—sólo para evitar sus depredaciones en la frontera, consumó Portugal su conquista, sólo para eso.

¿Y qué no dirían a sus hijos los cómplices de la invasión portuguesa, los sucesores de Sarratea, y de Rivadavia, y de García, y de Alvear, y de Pueyrredón, y de la Logia Lautaro, y del Congreso de Tucumán, que ahora aparecían como demócratas republicanos? ¿Qué no harían para evitar que Artigas llegase a ser efectivamente el campeón de la democracia en el Plata, como se dijo en el Congreso de Washington; el hombre de grande inteligencia y de grande amor a la patria, como lo decían Rodney y Bland; el *Washington del Uruguay*, según dicen ahora el ministro Morgan y Mr. Root, y no, como lo afirmaba el señor Cavia, un forajido, un desalmado analfabeto, sin más propósito que el de satisfacer sus concupiscencias y ambiciones?...

La obra de aniquilar al héroe, y de dejarlo bien tapiado, y para siempre, en su sepulcro, ha sido formidable, mis bravos amigos; no sin mucha causa Mitre y López se jactan de haberlo enterrado para siempre. Su vindicación tiene que ser obra de romanos, según es enorme la montaña de libros que le han puesto encima. Como aquel macho cabrío que los israelitas arrojaban al desierto, después de poner sobre sus lomos los pecados del pueblo, Ar-

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

tigas cargaba con los de la guerra pasada. La depredación de una partida de soldados, así fueran los de Viamont o Díaz Vélez; el delito de un bárbaro capitanejo en las provincias más remotas, cualquiera que fuese su causa; el desorden, inherente a la guerra en todo tiempo y en todas partes, todo, en estos países, había sido obra del ausente Artigas. Sin él, nada de eso se hubiera visto aquí; los hombres de España y de Portugal, los de Buenos Aires sobre todo, quedaban inmaculados; el indefenso macho cabrío debía ser el solo objeto de execración, como el *substratum* del *caudillaje*, único factor de la *anarquía;* del caudillaje campesino, por supuesto, no del áulico de las ciudades que buscaba en él su instrumento. Hasta en eso es Artigas la encarnación del pueblo; todo pecado popular era pecado artiguista; Artigas moría para que todos viviesen.

Aun entre los orientales estaban los que, apasionados partidarios del Libertador al principio, habían sucumbido a la tentación o al miedo o al desaliento, hombres al fin, y lo habían renegado en la derrota; los que se sometieron a los conquistadores, y se compusieron con sus aliados de Buenos Aires. Algunos de esos orientales, los letrados, los patricios, no renegaban de Artigas; pero, apocados por el respeto humano, dejaban correr, mal de su grado, la patraña enemiga.

Y sin embargo, notad, amigos míos, el maravilloso fenómeno: el héroe resurge, rompe los nublados, derrumba o agrieta las piedras que amontonan sobre él, y asciende y sigue ascendiendo hasta la apoteosis, hasta la cabeza luminosa de vuestra estatua vindicadora.

Imaginad toda la *verdad*, toda la fuerza de ascensión inmanente que ha tenido que haber en esa noble

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

criatura, para haberse conservado así, sin un eclipse, como una fe, lo que se llama una fe, un depósito inviolado, en las entrañas de este pueblo. Es el caso de que nos detengamos algo en eso.

Artigas va a morir solo y triste, allá en el año 1850; treinta después de su ostracismo; veinte, de constituída su patria. Esos treinta años son la prueba del fuego para ese hierro sumergido en la fragua. Ya lo hemos visto, en los diez primeros, desde su extrañamiento en 1820, hasta 1830, en que se jura nuestra Constitución, después de las proezas de los Treinta y Tres y las Misiones, trabajar la tierra, mientras sus capitanes luchan, sin poder pensar en su rescate. En los diez años siguientes a la independencia, de 1830 a 1840, en que acaece la muerte de Francia, Artigas continúa en su clausura; pero la idea de que él vive hundido en el Paraguay, sin que se sepa a ciencia cierta lo que es de su vida, se impone como una obsesión a los orientales. Es el culto a un misterio, el amor a una sombra, que se ve pasar, coronada de adelfas y de mirtos, entre los árboles lejanos. Se dijera que vaga en el semidía gris azulado del purgatorio dantesco, al resplandor de un próximo paraíso. El pueblo oriental sospecha que tiene allí una cosa, un tesoro que le esconden. Es preciso rescatarlo, se empieza a decir, es menester llegar a él...; pero es imposible. ¿Cómo y por dónde, si el doctor Francia lo tiene en sus garras, y nadie en el mundo puede trasponer la boca, llena de noche, de la caverna paraguaya?...

Rivera, desde que es elevado a la primera presidencia de la República, piensa en el rescate de su viejo general; Oribe, el segundo presidente, se identifica con Rivera en ese pensamiento. La patria ha tenido

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

su poeta, Francisco Acuña de Figueroa, que, en 1832, ha dado forma rítmica a sus glorias: ha escrito el *Himno Nacional*. Ese himno, que desde entonces canta nuestro pueblo, recuerda la lucha plena, la empeñada *con tres diademas bajo el dogma de Mayo*. ¿Quién ha presidido esa lucha contra esas tres diademas, la española, la portuguesa, la imperial brasileña?... El canto es impersonal; pero en 1836, el poeta dedica al presidente Oribe uno nuevo, en que la tradición se concreta y personifica; en él es Artigas *el primer campeón de la libertad*. Y el lírico cantor quema su incienso

Al que yace en olvido,
En tierra extraña y en dolor sumido;

otro poeta, Melchor Pacheco y Obes, invoca, como supremo símbolo de libertad, el nombre de Artigas; la prensa unánime llama a cada paso su recuerdo en auxilio de la patria que sufre congojas de huérfano; pero la poesía que más entraña esa especie de llanto de león recién nacido es la del poeta por excelencia: la canción anónima de las soledades, el cantar a media voz de la familia, el rezo de la abuela. La tradición nos ha conservado algunas *décimas* que, *desde los portugueses*, como entonces se decía, recitaban y cantaban los nativos, y algunas letras de los *tristes* y *relaciones* o de las *vidalitas* que se oían bajo los *ombúes y enramadas*. El nombre tutelar de Artigas era sabido de memoria por las guitarras; el melancólico recuerdo del «primer patriota», del «pobre viejo desterrado», «del que se fué al Paraguay», era el tema de aquellas quejas de los clamantes desiertos.

Ese hondo sentimiento tomó forma concreta también en las palabras y los actos de los representantes

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

oficiales de aquel pueblo. La primera Asamblea Nacional vindica unánime, *absolutamente unánime,* el nombre de Artigas, cuando se hace agravio a su memoria; la segunda hace otro tanto. La protesta de fidelidad de esta última merece nuestra especial mención. Es la sesión del 3 de marzo de 1836 de la Cámara de Diputados; se trata de resolver sobre una solicitud de don José María Artigas, el hijo único del Libertador, que pide se le adjudique una porción de campo que había sido poseído por su padre. Aquella Asamblea lo adjudica sin vacilar; pero no a José María, sino a su padre, a su verdadero dueño.

«Teniendo presente, dice la Comisión parlamentaria, compuesta de Artagaveitia, Chucarro y Haedo, los importantes servicios que el general don José Artigas consagró a la república desde los primeros momentos de la revolución; la constancia con que, puesto al frente de los orientales, sostuvo con ellos *la guerra de la independencia,* con un heroísmo que se reputa una de nuestras glorias; y, por último, el sentimiento de profunda gratitud que inspira la situación del ilustre personaje cuyos servicios a la patria se invocan por un hijo único, que, si está sumido en la desgracia es, sin duda, por el eminente patriotismo de su padre...»

Todavía el diputado señor Pinilla interpela a la Comisión sobre si la donación se hacía a favor del general don José Artigas o de su hijo.

«Lo que ha movido a la Comisión, contesta el miembro informante, es ofrecer una corta compensación a los servicios prestados por el general don José Artigas; son los derechos de su padre, cuya personería representa, los invocados por don José María; la concesión propuesta se hace, pues, a favor de aquél.»

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

Y así fué resuelto por voto unánime; «se adjudicó en propiedad, sin costo alguno, a favor del general don José Artigas, en premio de sus servicios al país, la porción de terreno que está entre los arroyos Arerunguá, Cañas e Isla de Vera».

El viejo desterrado no vino por su porción de tierra; no comio de su trigo; pero... fué suyo, al menos, un pedazo del suelo de la Patria.

Bien será que examinemos, entretanto, la faz más interesante de todas esas confesiones de Artigas, amigos míos. Advirtamos que la independencia oriental, si bien data, como la de toda América, de la guerra con España, es en la con el Brasil en la que acaba de recoger sus últimas glorias y su definitiva consagración. Éstas fueron recogidas en unión con los hermanos de allende el Plata, y fácilmente se percibía en éstos, en aquel momento, un instintivo anhelo de ver borradas, con las glorias comunes y recientes, las antiguas exclusivas de los orientales, y de que éstos olvidaran el tiempo pasado a fuerza de glorificarles el reciente. Los *Treinta y Tres, Sarandí, Ituzaingó, Ituzaingó* sobre todo, era el tema de los cantos que pasaban sobre el Plata, de una margen a otra. Artigas no había existido, al parecer; *Las Piedras* casi no sonaban; las mismas *Misiones* estaban mudas.

Los orientales se sentían arrastrados por el entusiasmo de los cantos; pero, de vez en cuando, algo como una impresión de vacío, parecida a un remordimiento, se sentía en la conciencia nacional; en los momentos de silencio pasaba por ella la idea de que todo aquello podía significar la renuncia del abolengo de la primogenitura; los Treinta y Tres querían ser considerados, por alguien, al parecer, no

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

como los hijos que eran y sucesores de Artigas, sino como agentes de sus enemigos... Y entonces, de lo más hondo de aquella conciencia brotaba la protesta de fidelidad a la patria indivisible, inconsútil, como la túnica sagrada. Y bajaba Artigas, con sus tablas de piedra y sus antenas de luz, del silencio de su Sinaí. Y el pueblo oriental se apretaba en torno suyo, lo reconocía, lo confesaba, sin más historia que las voces del aire o de los grandes sueños.

Este pueblo, mis amigos, ha ido penetrando en su historia, y descubriéndose a sí mismo, en sentido inverso al orden cronológico: de los Treinta y Tres a Artigas; de Artigas a la Reconquista de Buenos Aires; de la Reconquista al significado de Montevideo, como metrópoli colonial. Yo mismo, con toda mi generación de la segunda mitad del pasado siglo, abrimos el alma al sentimiento patrio en aquel período que llamaremos de los Treinta y Tres e Ituzaingó. Artigas se oía, como se sienten, entre dos ráfagas de viento, las voces que éste apaga; pero cuando, tras el olvido casi imperceptible, se ensayaba dar el otro paso, el de la renuncia del pasado que Artigas encarnaba, para hacer aceptar a los orientales el carácter de recién nacidos... entonces, un largo toque de clarín o de remota campana llamaba a silencio en nuestra conciencia, y los secretos a medio revelar se encendían como remordimientos.

Ésa es la razón, amigos, por qué *La Leyenda Patria* tomó forma musical en el alma del poeta antes que la *Epopeya de Artigas*, sólo esbozada, pero firmemente confesada en las estrofas ingenuas de aquélla. Y eso es lo que significan, notadlo bien, los cantos populares, las protestas de amor a Artigas de las primeras asambleas, la explosión, la irrupción actual, por fin,

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

de la tradición artiguista, que todo lo absorbe y arrastra, que restaura su persona, que repite sus palabras, que recoge su bandera, y que, de todas las épocas, hace un solo bloque de gloria, que cobrará la forma humana de Artigas en vuestras manos inspiradas.

Al revés de San Martín en su tierra, Artigas no ha tenido en esta suya un solo incrédulo; si alguno ha aparecido entre nosotros, sus vínculos sociales, su educación, sus intereses, hasta su apellido, han denunciado el origen exótico de su incredulidad; ha sido la historia aprendida en papeles o en libros extraños; no la que no se aprende, sino que se vive con la vida nacional de que uno forma parte.

Como lo habéis visto, Artigas, aun en vida, era una leyenda heroica unánimemente aclamada. Los mismos que habían dudado de él cuando el deber se había hecho penoso u obscuro, se convirtieron a la fe de su recuerdo, y rindieron culto a su nombre: Larrañaga, Oribe, Bauzá, Giró... En cuanto a don Joaquín Suárez, murió con el retrato de Artigas a la cabecera de su cama; con ése que todos conocemos, y hemos visto siempre en nuestras casas desde niños, como una esfinge: viejo, cubierto con un poncho sobre la piel, sentado, apoyado en un palo.

V

En septiembre de 1840 muere en la Asunción el dictador Rodríguez de Francia. Carlos Antonio López continuará su tiranía, después de un corto período de gobierno colectivo con Alonso; pero será atenuada. Como las grandes inundaciones, que hacen salir de sus guaridas a todos los seres que res-

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

piran por pulmones y bronquios, los sucesos del Plata arrancan al Paraguay de un aislamiento que no podía menos de tener un fin; la naturaleza se impone, y ella ha hecho a los pueblos, lo mismo que a los hombres, esencialmente sociables. Provocado o no por el tirano de Buenos Aires, ello es que los unitarios, orientales y occidentales, unidos al Brasil, consiguen arrastrar al Paraguay en el torbellino, y lanzarlo, aliado con la provincia de Corrientes, contra Rosas, que desconoce su independencia. Porque es de advertir que Rosas es, como los otros, la negación esencial de Artigas: la de las autonomías provinciales, y aun nacionales; la vieja tradición. Se abre, pues, el cerrado refugio del héroe antiguo a la comunicación con los hombres; entran en el Paraguay y salen de él los agentes de los otros pueblos, Derqui de Corrientes, Gelly de Montevideo, Pimenta Bueno del Brasil, etc. Va a saberse, por fin, lo qué es del viejo anacoreta.

Vamos a verlo, mis amigos artistas.

Es Rivera, elevado por segunda vez a la presidencia de la República (1.º de marzo de 1839), quien recibe las comunicaciones con que López y Alonso inician sus relaciones internacionales con sus hermanos. En esos momentos, la República Oriental recién nacida sufre las mortales congojas de sus inevitables discordias intestinas; todo parece disgregarse en su organismo por falta de un centro bastante enérgico de vida, y pasan fantasmas negros por los horizontes incendiados. Si ese peligro pudiera ser conjurado por un hombre en el mundo, ese hombre sólo puede ser uno, sólo uno; el indiscutible, el casi sagrado: Artigas... ¡Si Artigas volviera! ¿No tornaría a refundir los orientales todos en un solo pensamiento, en una sola pasión heroica?

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

Rivera pensó en eso. Uno de sus primeros actos, al ponerse en comunicación con el Paraguay, es pedir a su gobierno la devolución del hombre que está allí hace veinte años. Envía, con ese objeto, una misión compuesta del sargento mayor don Federico Albín y del teniente don Bernabé Pla, con diez soldados, que lleva el cometido de llegar hasta Artigas y traerlo a la patria. Difícil nos hubiera sido hoy, después de setenta años, averiguar algunos de los detalles de esa misión; pero una dichosa circunstancia, llegada a mí en estos días precisamente en que hablo con vosotros, nos es propicia: don Bernabé Pla, uno de los enviados de Rivera, vive aún felizmente, y, a sus noventa y cuatro años, está en el pleno dominio de sus facultades y recuerdos. Me he puesto en comunicación con él, y le he pedido para vosotros el tesoro de sus memorias. Con ellas, y con los documentos que poseemos hoy, voy a haceros penetrar en el Paraguay. Seremos más felices que los enviados de Rivera, por cuanto veremos a Artigas.

Albín y Pla fueron portadores de dos notas del presidente Rivera, una para Alonso y López, y otra para el mismo Artigas. En la primera, pide al gobierno del Paraguay que, como el mejor testimonio del afecto que manifiesta al pueblo oriental, le devuelva su viejo progenitor; le ruega que induzca al desterrado a acudir pronto al llamado de su patria, que le tiende los brazos, que cree en él. En la nota dirigida a Artigas, Rivera llama a su antiguo jefe, en nombre de su pueblo, le envía prendas del invariable afecto de sus conciudadanos, le ofrece todo cuanto la patria puede ofrecer de sincero y generoso.

Los comisionados van con el encargo especial de llegar hasta el anciano, y expresarle verbalmente los

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

anhelos con que sus compatriotas lo llaman y lo esperan. Parten de Montevideo, a fines de 1841, es decir, cuando el caos político de que antes hablamos parecía más hambriento: los unitarios argentinos, acaudillados por Lavalle desde 1840, han combatido contra Rosas; el oriental Oribe, derrocado de la presidencia por Rivera, se ha convertido en gran capitán de aquél, y ha vencido a Lavalle, en *Quebracho Herrado* (noviembre de 1840); muy pronto, en diciembre de 1842, vencerá también, en *Arroyo Grande*, a Rivera, que, instigado por los unitarios y por los franceses, que han declarado la guerra al déspota argentino, se la declara a su vez; Oribe pasará de allí a poner sitio a Montevideo (febrero de 1843), unido a las falanges de Rosas. La provincia de Corrientes, aliada al Paraguay, que ha salido de su aislamiento, como hemos dicho, para unirse a los unitarios contra Rosas, combate contra Echagüe, general de éste, acaudillada por el general Paz. Pero todo es en vano. Rosas parece inconmovible.

Y es entonces, en medio de ese tole tole, cuando van a buscar a Artigas, el viejo de ochenta años, a ver si es capaz todavía de algún milagro heroico. Una vez más.

Un recuerdo muy preciso ha quedado arraigado en la memoria del anciano Pla: el general don Melchor Pacheco y Obes, jefe de Estado Mayor de Rivera y organizador de la defensa de Montevideo, despidió a los comisionados al partir. Pla recuerda bien sus palabras de despedida: «*Tráigannos a Artigas*, les dijo, *tráigannos a Artigas, que lo vamos a hacer presidente de la República*».

Creo, como os he dicho, que ése fué un pensamiento que pasó por las noches de Rivera, como un rayo de

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

engañosa luz. Rivera no se daba cuenta, a buen seguro, de que él era, en esos momentos, un aliado de los unitarios argentinos, y que éstos jamás se concertarían con Artigas. Era demasiado pesado, demasiado grande, demasiado inmóvil. ¡Artigas presidente de la República!... Era mucho, y era muy poco. Artigas es un fantasma. El grande obispo de Hipona, para establecer la fuerza de la libertad humana, ha dicho: *Qui creavit sine te non justificabit sine te*. Dios, que creó al hombre sin su voluntad, no puede salvarlo sin su voluntad. Como Libertador, Artigas pudo crear la patria libre; como Presidente de la República, no hubiera podido evitar los fatales extravíos de la libertad conquistada.

Los comisionados partieron; cruzaron el territorio oriental y el argentino, y llegaron, por fin, tras largas jornadas, a la margen inferior del río Paraná, frontera del Paraguay. Una guardia paraguaya los detuvo en el *Paso de la Patria*. El jefe tomó, sin embargo, las comunicaciones de que eran portadores, y se internó con ellas, diciendo a los comisionados que esperaran. Éstos acamparon, y esperaron; Albín se quedó en la villa del Pilar. Esperaron varios días, hasta que, al fin, vieron reaparecer al jefe paraguayo, con una nota de Alonso y López dirigida a Rivera. También traía un obsequio, que Artigas personalmente ofrecía al jefe de la expedición enviada en su busca. El regalo de aquel magnate era verdaderamente precioso: unos estribos de hierro, y un preta de cuero para el caballo del embajador de su patria. Era todo cuanto el viejo libertador podía ofrecer. No tenía otra cosa, y rogaba al jefe de la expedición que le aceptara aquello, pobre como era, en testimo-

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

nio de afecto y gratitud a los que tanto se habían molestado por él. El anciano Pla recuerda bien la fuerte emoción con que su jefe recibió el regalo del viejo libertador. ¡Unos estribos de hierro y un pretal de cuero!

—¿Pero no veremos a Artigas?, dijo al jefe paraguayo.

—No, contestó éste; el general Artigas se manifiesta muy reconocido, lo agradece todo; pero está resuelto a quedarse en el Paraguay. Y no desea hablar de otra cosa.

Los comisionados se volvieron con esa respuesta, que estaba consignada, por otra parte, en los documentos de que fueron portadores. Alonso y López habían cumplido empeñosamente la comisión de Rivera: habían remitido a Artigas, a Curuguaty, la nota del presidente oriental, acompañada de una propia, en que, con las más expresivas protestas de respeto, le ofrecían todos los recursos para su regreso a la patria: volvería a ella con las mayores seguridades y con todos los honores. El comandante de Curuguaty, don Manuel Gauto, fué quien recibió la orden de proveerlo de todo cuanto necesitase, en razón de su edad, y quien, poniéndose en un todo a sus órdenes, dejó en manos del viejo cautivo aquellas comunicaciones.

¿Sabéis lo que hizo con ellas el anciano? Las remitió inmediatamente, sin siquiera tocarlas, a Alonso y López, los gobernadores.

Bien fácil me parece presumir el porqué. Artigas sospechó una celada. Un año atrás, había sido encarcelado como *bandido*. Veinte años de tiranía de Francia le hacían creer inverosímil su libertad de comunicarse con el mundo. Aun no estaba seguro de

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

que lo que él había previsto se estaba realizando; de que el Paraguay tenía que buscar, aunque tarde, la unión con sus hermanos; con la patria de Artigas especialmente.

López y Alonso insistieron; devolvieron las comunicaciones, con una nota al comandante de Curuguaty, que poseemos, en que decían a éste: «Haga usted saber a Artigas que le agradecemos su atención; pero que no tiene por qué revelarnos su correspondencia; que tiene plena libertad, y, como prueba de ello, entréguele usted esa otra carta, que le es dirigida de Corrientes, y los objetos que le lleva el chasqui».

Artigas miró y remiró aquello... se dió cuenta de lo que pasaba..., pero contestó verbalmente que no; que su resolución era muy consciente... que quería quedarse en el Paraguay, en su pobre rancho, como antes lo había dicho.

Porque es de advertir que López y Alonso, aun antes de las gestiones de Rivera, en agosto de ese año 1841, ya habían invitado a Artigas, con empeño e insistencia, a volver a su patria, si lo deseaba; y que Artigas había ya expresado entonces su resolución de no salir de aquella sepultura, si se le hacía el favor de dejarlo acabar de morir en ella. López y Alonso acataron su voluntad, pero ordenaron al comandante de Curuguaty que dispensase al anciano toda clase de cuidados y atenciones, y que, en caso de fallecimiento, rindiera al cuerpo de aquel hombre los mayores honores fúnebres que fueran posibles.

Esos funerales, decretados al olvidado libertador diez años antes de su muerte, son más solemnes, me parece, que los que a sí mismo se decretó Carlos V en el monasterio de Yuste.

Felizmente, el gobierno paraguayo, en las notas

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

que poseemos, dirigidas al comandante de Curuguaty, no se olvida de advertir a éste que se guarde de revelar antes de tiempo la orden del solemne entierro. Era preciso esperar a que aquel muerto muriera.

Para que os deis cuenta, amigos míos, de la vida que no quiere cambiar por nada aquel hombre cuya palabra había sido ley en todo el ancho y todo el largo del antiguo virreinato, como decía Robertson, quiero que leáis conmigo estos documentos inéditos, precioso obsequio también de Fulgencio Moreno. Son las comunicaciones en que el comandante de Curuguaty contesta las de Alonso y López de que hablamos. Leámoslas en silencio:

«Excmo. Sr.: Habiendo recibido con la debida sumisión el oficio de V. E. de 9 de septiembre de 1841, llamé a don José Artigas, y le hice presente todo lo que V. E. se ha servido ordenarme a su favor, y se mostró muy placentero. Cumpliendo lo que V. E. se ha servido ordenarme en el enunciado supremo oficio, le he estado atendiendo en los términos que ha habido lugar, y en la actualidad le estoy haciendo tejer unas varas de lienzo, cuya diligencia no ha podido él poner en práctica por su insolvencia... En lo tocante a lo que necesita para su subsistencia, casi no me es posible elevar al supremo conocimiento de V. E. con individualidad, porque se halla en un estado de suma indigencia; de suerte que no hay cosa de que no tenga necesidad y que no le haya de ser útil y provechosa.»

¿Hasta cuándo había llegado, pues, la protección del doctor Francia? ¿Cuánto duró aquella onza de oro de que nos habla el padre Maíz?

Los cónsules enviaron a Artigas entonces una pe-

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

queña suma de dinero para sus necesidades muy urgentes, y «un atado que contenía varios artículos, entre ellos tejído para un traje». «De todo le hice entrega, escribía el comandante Gauto el 30 de septiembre de 1841, y resolvió dejarlo todo en mi poder, hasta que regrese un sastre que ha salido con permiso, con exclusión de un peso de que en el acto se hizo cargo, y llevó para alimentarse.»

Vosotros debéis hacer algo por representaros, mis amigos artistas, ese momento de Artigas: el en que, a los veinte años de sepultura, recibe, en la soledad de Curuguaty y en la indigencia, el llamado de su patria. El momento es hondo y melancólico, sin duda alguna; tiene tonos crepusculares de belleza suprema. Artigas cuenta setenta y seis años; aunque fuerte y sano todavía, declina como una tarde de otoño; monta a caballo, pero camina agobiado; viste el poncho de su país. Su casa era la misma que él había construído al llegar: una casa de barro; el techo era de paja. Pero ya no podía trabajar como antes, y el socorro de Francia ya no llegaba a él. Sus sementeras estaban en gran decadencia; le restaban muy pocos ganados, ocho o diez cabezas, de muchas que había tenido; conservaba con predilección un caballo *picazo*, viejo amigo que lo había acompañado en sus campañas. A su lado vivía su fiel asistente, su inseparable negro Ansina. Y la vida de ambos era muy pobre, pero perfectamente tranquila. Y, sobre todo: aquella pobreza era la de un gran señor: pobreza material, pero sin menoscabo de la dignidad, y aun de la autoridad. Era aquello una ruina; pero la de un monumento.

Imaginad a Artigas, mis amigos, en el momento en que se informa del contenido de las comunicaciones del presidente Rivera, que el comandante de Curu-

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

guaty pone en sus manos, y se convence de que aquello es verdad, de que no es una celada. La patria, la Cordelia de aquel viejo Lear, es, por fin, independiente y lo invita a ir por la gloria que le corresponde; por el honor y la autoridad que son suyos; el Paraguay no ve ya en él un prisionero, y mucho menos un bandido... ¿Contará acaso con él? ¿Habrá llegado el momento de pagarle el pan que le ha dado?

Si queréis penetrar en ese espíritu en tal momento, hacedlo por vuestra cuenta; cada uno de vosotros verá algo distinto. Yo, por mi parte, aunque también he procurado hacerlo muchas veces, os haré gracia de mis impresiones personales, y sólo os daré a conocer la respuesta de Artigas, sin vestir su desnudez homérica.

Artigas no contestó nada por escrito a las comunicaciones de Rivera. Después de imponerse de ellas, y de la insistencia de Alonso y López en que las contestara con libertad, repitió con melancolía, que no, que no volvería a la patria; que no quería nada de cuanto se le ofrecía; ni bienestar, ni honores, ni glorias. Así lo manifestó sencillamente, sin altivez ni amargura, al portador de aquellos papeles. «*Decid a todos los que me llaman*, dijo textualmente, *que quedo muy reconocido al beneficio que se me quiere dispensar; pero que estando muy distante de imaginar volver a mi país nativo, sólo solicito la gracia de terminar en ésta mi residencia el resto de mi vida, la cual ha de ser muy breve, puesto que mi edad es muy avanzada.*»

Ésos son los términos literales de la contestación, transmitida oficialmente a Rivera por López. Éste, al dar cuenta de su cometido, en nota de 10 de diciembre que poseemos, deplora la ineficacia de sus oficios por satisfacer el anhelo del gobierno y del

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

pueblo orientales; ¿pero había de negar al héroe el pedazo de tierra paraguaya que pedía por caridad, y por poco tiempo, para morir?... ¿Y podía hacer más que prepararle solemnes funerales?

VI

Os he anunciado muchas veces este momento, mis buenos amigos, en nuestras ya largas conversaciones, sobre todo cuando hemos hablado de las ambiciones que se atribuían a ese hombre de bien, como causa de su obstinación. Espero haber conseguido mostraros al personaje que buscamos, en actitud propicia a la soberbia forma. Pero si, sea por no haber visto bastante claro en mi corazón, sea por la impotencia de la palabra para reflejar la visión interna, no hubiera conseguido hasta ahora proyectar la mía en vuestros ojos, yo os pido que os detengáis en este momento musical, en que Artigas se mira a sí mismo, ve con claridad todo lo que queda de vida afectiva en sus honduras psíquicas, y no encuentra allí otra cosa que un ansia ingenua de morir en paz. No fué tampoco el despecho, pues, cuyas resoluciones son esencialmente transitorias, el que le inspiró la de retirarse para siempre. Artigas, a los veinte años de adoptada, halla que fué buena; la confirma; quiere sentarse en la puerta de su rancho a esperar la muerte; a esperarla solo, mirando impasible los horizontes por donde debe aparecer, con la sutilísima luz ignota que de ella emana... ¡la amiga Muerte!

Cuando uno recuerda a otros grandes hombres, ¡a tantos!, que no han podido resignarse a la soledad y al olvido; cuando se piensa en Bolívar, por ejemplo

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

— uno entre muchos, — que, anatematizado por sus compatriotas, muere desalentado y absorbido en la última tentativa de imponerles la sumisión a su genio y la restauración de su poder personal; o a San Martín, que, según nos lo retrata Sarmiento, y lo vemos en su correspondencia, se apaga en Francia, esperando y reclamando la justicia humana; cuando se piensa en eso, y se mira a Artigas en esa actitud de vidente abstraído, poco esfuerzo de visión estética se necesita, me parece, para distinguir en él un habitante de la región de las causas, un transeúnte solitario del bosque de mirtos, en que discurren, sobre fondos tenuísimos, color violeta muy pálido, las divinas sombras impasibles.

Porque aquello, lo de Bolívar, lo de San Martín, es lo humano; es lo que, expresado en mármol, ha dado inmortalidad a la conocida estatua de Vela, que, en el Napoleón moribundo con un plano de Europa sobre las rodillas, nos ofrece la imagen de la terrena ambición inextinguible, tan parecida a la soberbia. Pero lo de Artigas es lo no humano, lo que imprime definitivamente su carácter a esta figura, tan distinta de las que anduvieron por el mundo.

Como el del vino en los odres, queda, sin embargo, el dejo de las pasiones dominantes en la piel del corazón anciano; donde hubo soberbia, ambición, codicia, odios, despecho, algo queda.

Las autopsias psicofísicas que de viejos corazones se han hecho son numerosas. Leo la siguiente, por ejemplo, del ya casi seco de un grande hombre, trazada por un psicólogo escéptico, pero famoso, Anatole France:

«El mundo me cansa los ojos y la cabeza, decía Benjamín Constant. ¡Soledad! ¡Soledad! Más necesa-

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

ria aún a mi talento que a mi corazón. No me es posible pintar la alegría de estar solo. Y, al día siguiente, se lanzaba al mundo, donde su orgullo, la sequedad de su corazón y la delicadeza de su espíritu, le preparaban raras torturas. Un día, viendo con claridad en el abismo de su alma, exclamaba: — En el fondo, no puedo pasarme de nada. — Todo le hacía falta, y todo le faltaba.

»¿Qué no ha deseado? ¿Qué encanto no ha soñado este desencantado? Llama a la Gloria y al Amor al mismo tiempo. Quiere llenar el mundo de su nombre y de su pensamiento, y, de repente, encontrando, en una villa de Alemania, un viejo fraile, ocupado hacía treinta años en coleccionar curiosidades naturales en un armario, envidia la serenidad, la calma y la dulzura de aquel hombre. Quiere todas las alegrías, las de los grandes y las de los humildes, las de los locos y las de los cuerdos... No cree en nada, y se esfuerza por experimentar las delicias de que el amor divino llena las almas piadosas.»

Nosotros vamos a estudiar, amigos míos, por los últimos residuos que encontraremos en la piel no del todo seca del corazón de Artigas, las pasiones dominantes que en él existieron, y agotaremos así el estudio de su carácter y de su vida. El amor a la soledad es en él sincero; nada hallaremos de orgullo, ni de ambición, ni de rencor en sus profundidades psíquicas; pero el vestigio de la pasión verdadera, de lo que fué motor de su vida, está allí todavía, y reaparece, como lo escrito con tinta simpática al contacto del reactivo.

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

VII

De su rancho de Curuguaty, en que ha pasado veinticinco años, es trasladado por el presidente o dictador López, en 1845, a las inmediaciones de la Asunción, primero a *Manorá*, y después a *Ibiray*. Cuando llegó a caballo, nadie podía saber allí quién era aquel anciano forastero; el Paraguay de Rodríguez de Francia no podía conocer su propia historia, ni historia alguna. Pero no ocurría lo mismo a López. Éste había nacido en 1801; las hazañas del gran caudillo de la federación habían llegado a sus oídos en su primera juventud; él sabía lo que era aquella ruina. Es también muy posible que entreviera o sospechara lo que dirá la verdadera historia a su tierra: que Artigas, en su lucha con Buenos Aires en pro de la autonomía democrática de los pueblos, y en su guerra con Portugal, había sido el verdadero baluarte de la independencia paraguaya; que nadie como el Paraguay había recogido los frutos de la inmolación heroica de la patria de aquel hombre, y que el Paraguay hubiera sido más grande y más feliz si el héroe hubiera realizado allí su pensamiento.

López no esquivó a Artigas como Francia; lo recibió, personalmente, con grande interés, en su casa; dos horas seguidas habló con él; lo miró largamente; lo alojó, por fin, en una pequeña casa de campo que hizo construir para él expresamente en su misma *chacra*, dos leguas al Norte de la Asunción, y vecina de una ocupada por su propia familia, y de otra habitada por el ministro del Brasil, Pimenta Bueno.

Allí, en *Ibiray*, se instaló el pobre viejo, en compa-

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

ñía de su sombra amiga: el negro Joaquín, cuatro años mayor que él, y que le cerró los ojos. Si queréis imaginar, amigos artistas, el cuadro que ofrecen esos dos compañeros octogenarios, el uno negro y el otro blanco, podéis hacerlo. Os indico sólo el cuadro, al pasar. La casita es su fondo propicio. Construída de adobes, con su techumbre de tejas, de dos declives, y su entramado de *tacuaras* y tirantes redondos de palma, proyecta sus paredes blancas, dadas de cal, y sus dos ventanitas, sobre los árboles en que aparece hundida; descuella entre éstos un *manduvíguazú* milenario, que se viste de azul suntuoso cuando florece; más abajo, en la falda de la colina, el *ibirapitá* legendario saca la cabeza de entre el follaje, como un gran testigo. Un soportal o cobertizo, también de teja rojiza y apoyado en dos troncos de palmera, da su sombra a la puertecilla del frente; una cerca de postes rústicos y entramado de bambúes cierra el frente de la parcela de terreno con un muro de enredaderas, *madreselvas, mburucuyás, ñapindás,* que mezclan sus olores a los que vienen del campo, del río, de las lejanías invioladas. Una belleza desnuda anda por aquellos aires tibios y luminosos, a los que se abren todos los balcones invisibles. El caballo, bajo su enramada de paja, espera paciente a su dueño; los pájaros, en cambio, son la impaciencia del color y del sonido; brillan y cantan: los loros verdes y azules de largas colas y enigmática cabeza meditabunda, los tucanes de pico desmesurado, que parece ajeno, las cotorras innumerables, todos gritan en vano por apagar la flauta del zorzal, cuya voz amable domina al viento callado.

Allí vivió el héroe sus últimos cinco años. Carlos Antonio López le daba todo: una pequeña pensión,

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

mandioca, naranjas, un poco de carne, yerba mate, bananas, algunas ropas de vez en cuando, una camisa de lienzo, un poncho de algodón, un sombrero de paja; todo cuanto podía darle, y todo cuando el indigente anciano necesitaba. Él no deseaba otra cosa; estaba contento. No os digo resignado, sino contento.

Sainte-Beuve hace suyas las siguientes palabras de Vinet, y las aconseja como norma de la vida humana:

«Estar *contento* es estar *contenido;* lo dice la palabra; es decir, contener sus anhelos en los límites que Dios ha trazado, y porque ha sido Él quien los ha trazado. Estamos todos en el mundo, como dice Mme. Vallière, para estar contentos, y no para estar a nuestro gusto, ampliamente y sin límite alguno. Y el *contento,* término relativo, es el nombre verdadero de la *felicidad.*» Artigas estaba contento con su mandioca y su poncho de algodón; era, pues, feliz; estaba dispuesto para la muerte.

La familia de López, su esposa doña Juana Carrillo, su hijo menor Benigno especialmente, sus buenas hijas, visitaban de vez en cuando a su vecino; lo asistían con caridad, le dejaban amables palabras de respetuoso afecto; el mismo presidente lo recibía a menudo, y pasaba largas horas en su compañía, sentado en el corredor de su casa; los vecinos de aquella región, que vamos a ver reunidos con él a rezar o a escuchar sus relatos y consejos, lo miraban con un sentimiento, mezcla de veneración y de cariño, de que nos ha conservado con mucha fidelidad la impresión el señor Decoud, historiógrafo paraguayo, cuando nos dice: «Artigas no quería que se le llamase por su título militar, sino don José; los pobladores de aquel paraje nos cuentan que «el general era un *caraí guazú,* un *caraí baé porá,* un gran señor, un señor muy bueno».

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

Y Lamy Dupuy, en su interesante libro *Artigas en el cautiverio,* recoge su imagen de la tradición en esta forma: «El general era una persona cuyo trato cautivaba; no usaba barba; tenía largos rizos blancos, y vestía un poncho paraguayo y un *carandí* alto» (sombrero de paja). Yo mismo, por fin, acabo de recibir con deleite esa impresión, de un amable anciano sobreviviente, don Gregorio Narváez, todo un caballero, por cierto, que, en mi viaje a la Asunción en busca de las huellas de Artigas, me las mostraba en todas partes: en la quinta de López, que se conserva intacta, con su enorme *manduví-guazú* en la colina y su *ibirapitá,* el árbol legendario, allá en el bajo; me las mostraba en esos y en todos los árboles, en el camino polvoroso que él recorría, en la iglesia y el cementerio de la Recoleta... — Por aquí pasaba muy a menudo, me decía el anciano... Lo saludábamos con mucho respeto... era un hombre muy respetable... y muy querido... ¡Oh, el señor Artigas!

Artigas lo recibía todo con gratitud, sin reservas mentales. *¡Dios dé salud a los que me hacen tanto bien!* Son las palabras que, según dice De María, estaban constantemente en la boca de aquel viejo desheredado, cuando recibía su ración de carne y de mandioca; su ración de afecto sobre todo. Hoy los orientales, amigos artistas, repetimos esa frase con un nudo en la garganta; agradecemos de veras al Paraguay las naranjas y la mandioca que comió Artigas... Dios se las pague en gloria, en libertad.

Podéis imaginaros esos cinco últimos años del hombre aquel que camina, con paso lento, pero firme, hacia la muerte. El cuadro es rico de color y de líneas originales, y de expresión frondosa. El calor es allí muy inten-

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

so; un sol de fuego tuesta la tierra bermeja, viste de amarillo vivo las frutas de los bosques de naranjos silvestres, y madura los generosos racimos de las palmas y sonantes bananeros; el ramaje pálido y transparente de los sauces contrasta con el verdinegro de los opulentos naranjales, y con los de la rica vegetación arbórea de la flora indígena tropical, entre los que el *lapacho*, el *ibirapitá* y el *manduví-guazú* descuellan como señores muchas veces centenarios.

El río Paraguay, de un kilómetro de anchura, más o menos, franjeado de bosque, corre allá abajo; las bandas numerosas de *yacarés* o *cocodrilos americanos*, salen a la orilla a tomar el sol; se les ve en la arena caliente, como troncos secos, inmóviles por largas horas, haciendo contraste con la garza blanca cadenciosa que pasa a su lado, y con la turba de monos salvajes que andan como locos entre las ramas colgantes. En la margen opuesta del río se extienden los desiertos del *Chaco*, poblados de selvas, y habitado por indios salvajes, que aparecen desnudos en la ribera de vez en cuando. El pueblo que vive en torno de Artigas es también indígena; pasa las noches y las largas siestas, al aire libre, en la hamaca que se columpia entre dos troncos; vive de los dones casi gratuitos de su munífica tierra; es bueno y amable; habla guaraní. Es muy pobre; los hombres cubren apenas sus cuerpos vigorosos; las mujeres, cobrizas, de ojos negros, de larga trenza colgante, con el cántaro o vasija de tierra cocida en la cabeza, y con el niño desnudo a la espalda, o caminando a su lado, van cubiertas del *tipoy* blanco, y dan su nota cándida en aquel ambiente bíblico, lleno de caniculares indolencias. Esas morenas figuras se mueven, llenas de sol, en un fondo de bellezas samaritanas, que Fulgencio Moreno me des-

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

cribe así en amable carta: «A muy corta distancia de la casa de Artigas, situada entre arboledas, el campo se abre libremente en varias partes: por un lado, el delicioso valle de *Tapuá*, que se extiende entre casas solariegas de nuestra vieja aristocracia hasta los bosques históricos del *Peñón* y *Arecayá*; por el otro, la ancha llanura de *Ña-Guazú*, que remata en las encantadoras lomas de *Luque* y de *San Lorenzo*».

El Paraguay no era entonces lo que hoy: estaba muy lejos. Muy pocos barcos llegaban al puerto de la Asunción; las piraguas que cruzaban el río, reverberante y tranquilo, eran largas cáscaras, cuya popa se hundía al peso del remero allí sentado, único tripulante, y resbalaban buscando la resultante de la corriente que la llevaba, y del remo o pala que, como una cola, le imprimía su empujón intermitente; algunas, cargadas de naranjas, pasaban casi hundidas por su peso de oro.

Artigas vivía de aquella vida transparente; su antiguo caballo picazo había sido substituído por uno de menor alzada, más cómodo de montar; el viejo le llamaba el *Morito*, por el color de su pelo. Subía a él con alguna dificultad; pero, una vez en los estribos, la sombra del caudillo reaparecía, y se le veía discurrir al paso de su caballo por entre aquellos árboles, detenerse en las colinas, descender a orillas del río. Se bañaba en éste muy a menudo; era gran nadador; pescaba; pasaba largas horas a la sombra del *ibirapitá* frondoso que os hice ver a cierta distancia de su casa, en el bajo. La buena Andrea Cuevas, que allí cerca tenía su choza, le servía el mate bajo aquel árbol, que hoy veneramos con el nombre de *Árbol de Artigas*, y al que vamos los orientales en peregrinación de vez en cuando.

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

No quisiera, mis amigos artistas, que tomarais estos cuadros, y los que voy a trazaros, como puramente imaginativos. Para convenceros de que los tomo del natural, quiero haceros conocer algunas siquiera de las que podríamos llamar proyecciones tradicionales en que los he mirado largamente, para seguir al héroe hasta el sepulcro.

Leamos juntos este fragmento de una carta del más respetable entre mis varios informantes: «Cuando el general Artigas se encontraba en edad muy avanzada, acostumbraba ir, todas las mañanas, a tomar mate a la casa del señor Juan de la Cruz Cañete (que vivía en Ibiray, hoy Parroquia de la Santísima Trinidad), pariente muy cercano del dictador Francia; montaba un caballo petizo, de pelo moro, que él llamaba *el Morito*».

Otros, no indignos de crédito, me dicen que es fama que Artigas jugaba con sus vecinos *a la pandorga*, según llaman en el Paraguay a un juego doméstico de naipes, de origen español, muy sencillo, que deleita a los niños con su desenlace propicio a la risa. Y agrega la tradición que el héroe viejo no siempre aceptaba de buen talante el papel de hazmerreir, cuando le tocaba en suerte. Se quedaba malhumorado.

No importa, amigos míos, que me tachéis de nimio, al daros estos detalles; son más serios de lo que parece. Observad, si no, la atención y el interés con que los recogen los americanos, los orientales sobre todo, que me escuchan entre vosotros. Ellos comprenden que ese viejo que toma mate en casa de su vecino es todo un símbolo; ese nombre cariñoso de *el Morito*, sobre todo, dado por el héroe a su compañero el caballo, tiene, en el momento en que nos hallamos de la his-

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

toria, algo del *leit-motiv* o *ritornello* despertador de nuestro motivo sinfónico. Lo comprendería el árabe en su desierto; lo sentirá mucho más el *gaucho* de nuestras colinas; lo sentimos todos nosotros, amigos míos, todos nosotros, como una ráfaga llena de olores de nuestro campo. Que todos tenemos, dentro de nosotros mismos, quieras que no, algo de *gaucho* americano más o menos *estilizado*, como hoy suele decirse, con cierta gracia.

¡El *Morito!* Con esa palabra, Artigas satisfacía una necesidad ingénita de su sensibilidad criolla: la de querer y acariciar a su caballo, a su último caballo. Ese rasgo, al parecer inocuo, confirma el carácter que os he trazado: el Artigas octogenario es el mismo de su juventud: un autóctono; el americano puro. Si conocéis, amigos, los hombres de Homero, podéis comprender lo que esa simplicidad significa. Yo os recordaría aquel Ulises u Odiseus, entre otros, cuando, de vuelta a su patria, conversa haraposo con *el divino porquero o cabrero*, antes de transformarse y aparecer, hermoso como un dios, a los ojos de los mortales, por la intervención de Athenea, la diosa de ojos claros, que protege su peregrinante vida.

Miremos, si os place, pacientes amigos míos, otro cuadro auténtico, que puede concurrir, me parece, al propósito de haceros ver a Artigas, en la proximidad de la muerte; lo debo a mi anciano amigo don Francisco Javier Bravo, que lo vió personalmente en aquel tiempo. Lo visité, me decía, en su rancho, cerca de la Asunción; lo hallé sentado en una silla tosca, cubierto con su poncho sobre la piel, y desgranando una mazorca de maíz que daba a las gallinas.

Este señor Bravo, secretario que fué de Rivera, y hombre de claro entendimiento, me ha asegurado,

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

¿por qué no hemos de creerlo?, que fué él quien dibujó entonces el único retrato que poseemos de Artigas; el que os enseñé oportunamente, y hemos atribuído siempre a Bonpland. Lo comencé, me decía Bravo, en la siesta de un día caluroso; era el año 1846. Como se hiciese tarde y la luz se debilitara, rogué al viejo que saliera a una enramada próxima; él salió sonriente y con la mejor voluntad. Allí terminé mi dibujo, al que Bonpland dió los últimos toques.

En Ibiray, en estos últimos cinco años, Artigas, como lo veis, no guarda las reservas de Curuguaty. Como el rey Lear, cual si fuera un enviado de los dioses, el viejo caudillo mira reflejarse, en los muros de su pobre rancho, los sucesos exteriores. Andan por allí, a su alrededor, como hemos dicho, los hombres que quieren derrocar al tirano de Buenos Aires, que ha substituído al héroe; éste sonríe, al verlos recurrir al mismo procedimiento, absolutamente el mismo, que él había enseñado, como el único camino de la libertad: la unión de las provincias autónomas con la Banda Oriental; la incorporación del Paraguay a la empresa. Ya se ha formado, y anda también por allí cerca, el remedo de Artigas, de que otra vez hablamos: es Urquiza, gobernador de Entrerríos, que medita su defección. Éste va a acaudillar la alianza contra Rosas de los *Pueblos Libres;* las antiguas batallas de Artigas, la del *Guayabo,* la de *Cepeda,* la de *Saucesito* van a reproducirse en una que se llamará de *Caseros.* Y los caudillos, vencedores de Rosas, volverán a atar sus potros en la pirámide de Mayo. Y orientales y provincianos unidos construirán la federación argentina.

Artigas, allí en el Paraguay, era entonces el pasado

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

y el porvenir. En el presente semejaba una incorpórea aparición. Como tal andaba por aquellos mundos; iba los domingos a oir misa, a la iglesia de la Recoleta, acompañado de los huéspedes de la Asunción, con quienes hablaba al paso de su caballo. El general Paz, cuya casa estaba en el camino, junto a la del juez García, frecuentada por Artigas, solía ir entre ellos. Regresaban generalmente todos juntos; los acompañantes del viejo que montaba el *Morito* se iban quedando por el camino, uno en pos de otro, pues el rancho de Artigas era el último que por allí se veía, y distaba más de una legua de la Recoleta. Y el anciano llegaba a su casa solo, o acompañado de su negro, que le desensillaba el caballo, debajo de la enramada, y le *cebaba el mate*.

Algunas veces lo acompañaban, sin embargo, hasta su casa, y, compartiendo su mate, pasaban con él la mañana en largas conversaciones bajo el cobertizo. Si pudiéramos escuchar algunas de éstas, el dato sería pintoresco. No es muy fácil; pero me ha parecido oir una de ellas con bastante precisión, al leer las *Memorias* de aquel coronel Cáceres que conocimos alguna vez como capitán de Artigas, y que lo fué después de Ramírez, su enemigo, y lo persiguió hasta la frontera. Ahora se encuentra, lo mismo que Paz, en el Paraguay, y es uno de los de la comitiva que regresa de la Recoleta. Un día los dos jóvenes, Cáceres y Paz, han acompañado al viejo hasta su casa, y, después de haber atado sus caballos al palenque, conversan bajo la enramada. Es una mañana de sol. El primero narra a Paz lo siguiente, que el último, el viejo del poncho blanco, oye y confirma, riendo de buena gana. Lo tomo literal de las *Memorias* de Cáceres, y me parece una página admirable:

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

«Marchaba el general Artigas, decía Cáceres a Paz, con una división de 800 hombres, con el fin de sorprender una fuerza portuguesa acampada en las inmediaciones de Santa Ana, y acampamos, al anochecer, sobre la costa del *Mataojo,* en un lugar que llaman *Herrería.* Empezó a llover, e hicieron a Artigas un ranchito de arcos, lo bastante para cubrirlo con un cuero o hijar. Artigas acostumbraba tener siempre cuatro o seis perros, que se guarecieron debajo de su poncho cuando empezó la lluvia...»

—Es verdad, es verdad, nos parece oir decir al viejo caudillo, que escucha el relato con interés.

«Ya estaba el general durmiendo boca arriba, continúa Cáceres dirigiéndose a Paz, cuando sintió que le olfateaban los pies. Creyó que fuese algún zorro, y, por dos o tres veces, lo espantó, haciendo un movimiento con el pie; mas, a poco rato, sintió un peso enorme sobre su cuerpo y un fuerte olfateo en sus costados. Entonces se descubre la cabeza, y ve *que era un tigre* lo que tenía encima. Hace un esfuerzo, se incorpora, y echa el tigre, con rancho y todo, patas arriba. Al grito del general se levantan todos los que estaban a su alrededor. El tigre se fué al monte, llevándose, por todo trofeo, uno de los perros del general Artigas.

»—¡Qué chasco, dice Cáceres, si se le hubiese antojado llevarse al Jefe de los Orientales y Protector de los Pueblos Libres!

»—Pero esa fiera prefiere la raza canina, decía el mismo Artigas,—agrega Cáceres, cuando recordábamos ese suceso en el Paraguay, poco antes de morir, y en presencia del general Paz.»

Así, pues, acariciando su *Morito,* dando maíz a las gallinas, jugando a la *pandorga* y hablando del pa-

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

sado y de las cosas de la corte, se va acercando poco a poco a la muerte el batallador antiguo.

Esos sus últimos cinco años fueron una especie de exposición de su cadáver antes de morir. El mundo pudo desfilar ante él, y mirarlo largamente, y hasta golpearle y hacerle resonar el corazón, como si fuera una ánfora, al parecer vacía. No lo estaba del todo.

Y son los últimos golpes dados en ella, amigos artistas, tres de ellos especialmente, los que quiero haceros oir, como lejanos dobles de campana, antes de que llegue el divino Silencio.

VIII

El primero da una larga nota melancólica, que no disuena en el acorde de las sugestiones estéticas que busco para vosotros. A principios del año 1846, Artigas recibió la visita inesperada de su hijo único, José María, que vivía en la ciudad sitiada de Montevideo. Éste aprovechó el viaje de la escuadra anglofrancesa que, en guerra con Rosas, había abierto a cañonazos, como hemos dicho, la puerta de los ríos, defendida bizarramente por fuerzas de Rosas, en la *Vuelta de Obligado* o *Paso del Tonelero* (noviembre de 1845) y llegado hasta el Paraguay. El *Fulton*, primer barco inglés que salvó aquella puerta, llevaba a su bordo a José María Artigas, y lo condujo a la Asunción.

Imaginaos la aparición de ese hombre de cuarenta años en el rancho de su padre indigente. El viejo lo vió llegar como a un extraño; lo había conocido sólo muy niño, y había pensado siempre en él. Ahora se le aparecía, por fin. ¿A qué? Ese hombre desconocido

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

era su hijo; el único reflejo persistente del día de sol que brilló en su vida tempestuosa. La madre, aquella Rafaela Villagrán a quien el héroe amó, había muerto hacía muchos años, en 1821; y todos los suyos habían muerto. Todo había muerto para él, menos la patria.

Me parece difícil de definir el sonido que produjo en el corazón de Artigas el abrazo de su hijo, y los recuerdos que en esa obscuridad pudieron abrir los ojos. Dice De María que la despedida precipitó la muerte del anciano. Bien puede ser. Pero yo creo que no es lo más probable, porque el corazón, *primum vivens ultimum moriens*, es, sin embargo, lo primero que envejece en el hombre, y pierde su fuerza mortífera.

José María permaneció dos meses en la Asunción; en vano rogó a su padre que regresase con él a Montevideo en el *Fulton*. Artigas recordaba conmovido a su patria; nombraba, uno por uno, sus hombres, los del tiempo heroico... recordaba, sobre todo, su misión en ella... gustaba hablar de ella... Pero no, no quiso volver.

Y se quedó solo, en la playa, cuando el *Fulton* levó anclas, llevándose a su hijo para siempre.

Y cuando lo vió perderse en el horizonte del río, entre las islas remotas, se volvió a su pobre rancho, y, envuelto en su poncho de algodón, permaneció largo tiempo con la cabeza entre las manos.

. . . . . .

Muy poco nos ha quedado de las impresiones que de su padre nos trajo José María Artigas. Un cuadro, de valor inapreciable, se ha salvado, sin embargo, felizmente, en la memoria privilegiada de Dermidio De María, sobrino de aquél y decano hoy de nuestros periodistas activos, que me lo ha escrito para vosotros.

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

De María recuerda bien la partida del puerto de Montevideo de las naves anglofrancesas, del *Fulton* especialmente; las despedidas de su tío José María, pasajero en este último; el regreso a la ciudad sitiada de aquellas naves, «que conservaban aún las señales del combate de *Obligado*»; la vuelta, por fin, al seno de la familia, del viajero. Las descripciones que éste hacía a los suyos de su anciano padre nos son familiares: sus largos cabellos blancos, su poncho de algodón, su rancho, la enramada llena de flores, el árbol que le daba sombra. Pero nos era desconocida hasta ahora la escena de que os hablo, y que voy a narraros.

Aquellos vecinos de Ibiray, contaba José María a los que oían sus relatos, aquellos pobres que tanto quieren y veneran a mi padre, se reúnen con él a rezar el rosario, cuando el toque de oraciones de las campanas distantes llega hasta ellos de la Asunción; los vi todos los días en el mismo sitio. Mi padre hacía coro; los demás, arrodillados en torno suyo, contestaban las oraciones, muchos de ellos, la mayor parte, en guaraní. En concluyendo, todos se retiraban a sus casas, después de saludar, uno a uno, con veneración, al viejo; éste entraba a paso lento en su rancho, y se acostaba muy temprano. Se levantaba con el alba.

Agregaba José María, según me escribe su sobrino, que aquellos pobres vecinos «se esmeraban en atender las necesidades personales del anciano, ofreciéndole aves y frutas».

Ése es el cuadro; vosotros me diréis, artistas amigos, si tiene o no la belleza de los insuperables.

Recuerdo que hay uno análogo, que se lee con deleite, en el capítulo o canto primero del *Facundo* de Sarmiento, que es verdadera historia. «Yo he presenciado, dice, una escena campestre, digna de los

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

tiempos primitivos del mundo. Hallábame en la sierra de San Luis, en casa de un estanciero, cuyas ocupaciones favoritas eran rezar y jugar. Había éste edificado una capilla, en la que, los domingos por la tarde, rezaba él mismo el rosario, para suplir el sacerdote y el oficio divino de que por largos años habían carecido. Era aquél un cuadro homérico: el sol llegaba al ocaso; las majadas que volvían al redil hendían el aire con sus confusos balidos; el dueño de casa, hombre de sesenta años, de una fisonomía noble, en que la raza europea pura se ostentaba por la blancura del cutis, los ojos azulados, la frente espaciosa y despejada, hacía coro, al que contestaban una docena de mujeres y algunos mocetones, cuyos caballos, no bien domados aún, estaban amarrados cerca de la puerta de la capilla. Concluído el rosario, hizo un fervoroso ofrecimiento. Jamás he oído voz más llena de unción, fervor más puro, fe más firme, ni oración más bella ni más adecuada a las circunstancias que la que recitó. Pedía en ella a Dios lluvias para los campos, fecundidad para los ganados, paz para la república, seguridad para los caminantes...» «Yo soy muy propenso a llorar, concluye Sarmiento, y aquella vez lloré hasta sollozar, porque el sentimiento religioso se había despertado en mi alma con exaltación, y con una sensación desconocida; porque nunca he visto escena más religiosa. Creía estar en los tiempos de Abrahán, en su presencia, en la de Dios y la naturaleza que lo revela; la voz de aquel hombre, candorosa e inocente, me hacía vibrar todas las fibras, y me penetraba hasta la medula de los huesos.»

Homérico es ese canto, efectivamente; pero la voz de Artigas que hace coro en el rosario de la Asunción del Paraguay remueve fibras más recónditas, si cabe;

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

no hace tanto llorar, cuanto meditar en el corazón. Ese rosario que reza Artigas es el mismo que oyó conmovido Sarmiento en la sierra de San Luis; esas preces por los navegantes, por los caminantes, por todos los que sufren o agonizan son las tradicionales del rosario español, especie de *santo y seña* por el que se reconocen las familias hispanoamericanas de vieja cepa; ellas significan, es verdad, la piedad doméstica, la caridad, la fe en la Providencia, la esperanza en el auxilio del Padre común; y todo eso conmueve, no hay duda, a toda alma capaz de vida intensa. Pero repetido allí, en la selva paraguaya, por la voz del caudillo americano que venció en Las Piedras, tiene un significado que el historiador sociológico no puede pasar inadvertido. Más aun que los héroes de Homero, Artigas rezando nos recuerda aquellos caballeros de los *Nibelungos*, sencillos y fuertes, encargados de la custodia del *Santo Graal*, y sólo dignos de ser tales *Caballeros del Graal* cuando se conservaban puros, fieles a la sana tradición de la estirpe; también nos trae a la memoria la de aquellos otros señores astures o galaicos, héroes de hierro de nuestro *Romancero*, montañeses o castellanos, que bajaban de las cumbres en busca del moro, con la esperanza en Santiago, después de recibir la Eucaristía de manos del obispo que llevaba el pendón blanco y rojo, montado en el palafrén litúrgico. Ese viejo de poncho y cabeza blanca que reza en la Asunción el rosario que aprendió de niño en Montevideo, es la fe sincera, incontaminada, de que brotó, como cosa sagrada, bajada del cielo, la independencia americana. Toda ella; que también Washington, como Artigas su hermano, rezaba de viejo las oraciones que aprendió de niño en su honrado hogar inglés.

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

Sólo la sinceridad es heroica; sólo la fe remueve montañas; sólo Dios es Dios.

Os dije ya una vez que la epopeya de nuestra América libre es el último canto en la serie de los que forman los *Eddas*, las *Canciones de Gesta*, el *Romancero español*, el poema de los *Nibelungos;* ahora comprenderéis mejor eso que os dije; lo comprenderéis, si sois capaces de percibir, y sí lo sois, a buen seguro, la belleza no superada, ni siquiera igualada por las rapsodias homéricas, de ese cuadro de Artigas que, rodeado de mujeres vestidas del *tipoy* blanco paraguayo, y de hombres fuertes y humildes, recita los poemas divinos, y recibe, en cambio, la ofrenda de pájaros y frutas que le llevan los pobres.

IX

Y oigamos el otro sonido que nos llega desde el corazón aquel.

El año 1847 llegó a la Asunción el joven brasileño Enrique Beaurepaire-Rohán, teniente coronel entonces, y teniente general después, del ejército imperial; una distinguida persona, por cierto; ilustrado, inteligente y de noble corazón. Este Beaurepaire-Rohán conocía el nombre y las hazañas de Artigas; pero lo creía muerto de mucho tiempo atrás: nada más lejos de su mente que suponer que estaba allí. Cuando lo supo incidentalmente, en la legación del Brasil, de donde se veía la casita del viejo entre los árboles, fué a ver aquello. Llama la atención el espíritu que mueve al joven soldado brasileño a buscar a Artigas. Va a ver al enemigo de sus padres, al que arrancó a su patria la integridad atlántica; pero se

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

llega a él con sólo un sentimiento de respetuosa admiración, que contrasta con los odios y menosprecios de que aquel vencido ha sido objeto, por parte de otras almas menos generosas o más ignorantes de la historia.

Fué a verlo. Artigas salió a su encuentro. «Su debilidad senil, dice, en carta a Carlos María Ramírez, lo obligaba a andar apoyado en un bastón. Y así fué cómo me recibió. Era hombre de mediana estatura, flaco, de nariz aguileña, y de mirada centellante. Era la imagen de un monumento histórico en ruinas.»

En el libro que escribió de su viaje, nos narra esa entrevista así:

«Por los arrabales de la Asunción existen algunas chacras. En una de ellas visité, hoy viejo y pobre, *pero lleno de reminiscencias de gloria,* a aquel guerrero tan temible de otros tiempos, en las campañas del Sud, el famoso don José Artigas... Yo no me hartaba de estar frente a frente de ese hombre intrépido *(destemido),* de cuyas hazañas había oído hablar desde mi infancia, y que reputaba muerto de mucho tiempo atrás. No menos satisfecho se mostró por su parte el declinante anciano, al saber que era la fama de sus hechos lo que me llevaba a su habitación.

»*¿Entonces,* me preguntó risueño, *suena todavía mi nombre en su país?*

»Y como yo le hubiera contestado afirmativamente, volvióse a mí, tras una pequeña pausa.—*Es todo lo que me resta de tantos trabajos,* me dijo; *hoy vivo de limosnas.*»

He ahí la nota que suena aún en esa lira descordada; una cuerda está allí tirante; vibra, responde. La gloria, como el sol poniente en un vidrio lejano, enciende aún su mirada en la casi vidriosa de aquel

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

hombre, y la hace centellante. —¡Es todo lo que me resta! —Es decir, nada... ¿Acaso la gloria es algo, cuando deja de ser motor de la voluntad y principio de acción? Algo significa en este caso, sin embargo: la tranquilidad de la conciencia, la alegría de saber que no se ha vivido en vano. Artigas, a trueque de saber que ha cumplido su misión en la tierra, da por bien empleada su pobreza; se jacta de vivir de limosna; tiene el orgullo de su miseria.

X

Pero no era eso todo lo que allí quedaba; no, no era todo. Entre los recuerdos de la patria y las reminiscencias de gloria, que son sólo vestigios, vamos a encontrar algo que es realidad y permanece en toda su maravillosa eficiencia: la inmortal visión antigua, el mensaje de que fué portadora.

Esta página última de la vida de Artigas, amigos míos, es algo así como el testamento político del héroe.

Los que lo recogen son dos hombres representativos, si los hay: los generales don José María Paz y don Juan Manuel de Rosas, el dragón de que hemos hablado.

Es éste un dato nuevo, que incorporo a la historia en servicio vuestro. Para que pudierais alcanzar todo su interés, sería menester que tuvierais una preparación mayor de la que os he dado y puedo daros en pocas palabras, sobre lo que esos dos hombres, Paz y Rosas, significan en los anales del Plata. Pero procuraré ofreceros algunos elementos de juicio, los más indispensables, cuando menos, para la comprensión de este episodio.

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

Ya os dije lo que Rosas es: es la ausencia del héroe; el tirano. Ha brotado de la anarquía, no sólo de los campos, sino de la capital, que conocéis desde su origen; y ha subido invocando *la federación*, la palabra, la forma que quedó sin substancia, el cuerpo que quedó sin alma al irse Artigas. El déspota pretende ser la reencarnación del inmune caudillo democrático, por el hecho de ser el rival del antiguo patriciado monárquico, enemigo de Artigas, de que él mismo forma parte, sin embargo.

El general Paz es un debelador de Rosas; un vástago vigoroso de ese patriciado unitario, por más que, como lo recordaréis, fué él quien se sublevó una vez contra el Directorio, denunciando sus planes monárquicos como una traición. Para definir mejor lo que él significa, bueno será que definamos algo más el momento en que nos encontramos.

Estamos en un período de confusión caótica, en que, según antes os lo dije, nada o muy poco puede precisarse. Soplan vientos negros; los hombres son arrastrados por el remolino, como las semillas del cardo; las moléculas más refractarias aparecen unidas por fuerzas ajenas a su propia naturaleza; disgregadas las más coherentes. La vida política de los estados occidentales del Plata se ha mezclado y confundido con la del oriental; los unitarios porteños, los antiguos enemigos del pensamiento de Artigas, los sucesores del espíritu de Rivadavia y García, se han refugiado en la Banda Oriental, en Montevideo, y allí aparecen fundidos y confundidos con los hijos predilectos del viejo Libertador, con Rivera, Joaquín Suárez, Barreiro.

No son los principios, ciertamente, ni las tendencias, lo que ha vinculado a esos hombres políticos uni-

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

tarios con Rivera, vencedor del Guayabo, en 1815, primer presidente de la República Oriental y representante genuino, el más genuino acaso, de la tradición federal y popular de Artigas. Recordad que Rivera fué perseguido por Rivadavia, y que la expedición a las *Misiones* fué realizada bajo los auspicios de López, gobernador de Santa Fe, y contra los temores e indecisiones de Dorrego, que acabó por arrebatarle el concurso del mismo López. Las cohesiones naturales unían, pues, a aquellos unitarios con Oribe, segundo presidente oriental, mucho más que con Rivera. Amigos de Oribe fueron todos ellos durante la presidencia de éste; pero, derrocado por Rivera, y acogido por Rosas, Oribe es arrastrado por el viento. Los unitarios argentinos, en la República Oriental, no son aliados propiamente de Oribe ni de Rivera, ni de nadie; lo son sólo del enemigo de Rosas que allí predomine, así sea el mismo diablo.

Ninguno de esos hombres mide las consecuencias remotas de sus actos; no ven sino las próximas. El genio constructor, el carácter, que determina los hechos y no es determinado por ellos, ya no está allí.

Y he aquí cómo ese bloque heterogéneo de centralistas porteños y federalistas o artiguistas orientales hace de Montevideo el baluarte heroico contra el tirano encumbrado en Buenos Aires, mientras Oribe, el menos federal de los soldados del hombre angular, el que más afinidades tenía quizá con el patriciado unitario bonaerense, ha sido lanzado por el remolino e incrustado y transfundido en la federación de Rosas, tan unitaria y antiartiguista como los otros. Oribe es el aliado de éste; acaudilla sus ejércitos en la Banda Occidental, y, después de vencer allí, vuelve con ellos, y sus propios parciales, a la Oriental, a reivindicar sus

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

derechos. Aquí, diciéndose *Defensor de las leyes*, execra a los unitarios, en una república *de leyes unitarias.* Oribe pone un sitio, que durará nueve años, a Montevideo, dentro de cuyos muros inexpugnables se ve la misma confusión: don Manuel Herrera y Obes, el hijo del ministro de Alvear, instigador de la invasión portuguesa y secretario de Lecor, fraterniza con don Joaquín Suárez y don Miguel Barreiro, los insignes delegados de Artigas en su lucha con Lecor; los unitarios occidentales ven un libertador en Rivera, el animoso capitán del héroe antiguo, cuando lucha contra Oribe y contra las huestes de Rosas; pero acaban por repudiarlo y desterrarlo, como no podía menos de acontecer. Todo gira; todo es vértigo y torbellino; falta un eje; hay héroes, pero falta el *héroe.*

Aquel memorable sitio de Montevideo es una caja de Pandora: todos los vientos, los de la Pampa, los del Trópico, los del Océano, están encerrados en ella; fuerzas sin rumbo fijo; almas sin cuerpo definitivo. Abrirla es esparcir tempestades.

Una circunstancia, más grave aun, viene a aumentar aquella endiablada confusión: los unitarios porteños, los sucesores de García y Rivadavia, se refugian en la vieja esperanza: buscan y consiguen la intervención de las monarquías europeas en el Plata contra la barbarie de Rosas. Francia e Inglaterra, con muy dudoso interés, como es fácil comprenderlo, envían sus escuadras bloqueadoras al Río de la Plata, y el tirano, al luchar con ellas, adquiere una nueva apariencia de analogía con el gran caudillo antiguo; se llama, con razón en parte, el defensor de la independencia de América contra las monarquías, y se apellida el *Grande Americano.*

Una mentira es tanto más peligrosa cuanto más

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

verdad contiene. Y bien sabemos que la de Rosas estaba llena de verdades; los vindicadores de su memoria las están haciendo salir implacables de todas partes. Ya para nadie es un misterio que aquella aspiración de Pueyrredón, «el hijo de la patria de Enrique IV», a obtener un príncipe de la casa de Orleans, nada menos, para rey nuestro, siguió siendo la suprema gloria a que podía aspirarse, en el concepto de muchos próceres platenses; y nada más puesto en razón, por ende, aun sin contar con los papeles que ahora están saliendo de todas partes, nada más puesto en razón que unir la intervención francesa contra Rosas, en 1848, con los planes de monarquías platenses que se trazaban en París. El mismo don Gaspar Rodríguez de Francia los había conocido en el Paraguay, y a ello deben atribuirse, en gran parte, sus brutalidades contra Bonpland, el ilustre sabio amigo de Artigas, y contra tantos otros súbditos franceses.

Todas esas verdades no destruyen, sin embargo, la gran mentira de la misión benéfica del tirano; lo sólo concorde con aquéllas es la verdad del héroe. No fué la tiranía, sino la fuerza germinal autóctona, cultivada por Artigas en el corazón de los pueblos, la que, como las raíces de los árboles que agrietan las montañas y despeñan los aludes, salvó, con la democracia, la independencia de la América española.

Pero advierto que estas digresiones, que debéis perdonarme, salen de mi actual propósito, que no es otro que el de indicaros la grande confusión, la pérdida de rumbos fundamentales en el momento histórico en que nos hallamos. Los caminos están llenos de

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

negros torbellinos. Y quiero haceros ver, sobre el fondo de esa noche, un hombre iluminado por luz interior, que pasa por allí, caminante, solitario, con su lámpara encendida.

Ese caos cesará cuando ésta alumbre a todos, cuando, aniquilado el dragón, gracias a la existencia de la Patria Oriental y a la vitalidad, custodiada y vigorizada por Artigas, de las provincias argentinas, reaparezca el agente de las divinas leyes, el pensamiento del único vidente fundador: una Patria Oriental independiente; una federación argentina verdadera, sin déspotas propios ni dinastías ajenas.

Ahora podréis comprender cómo en la conciencia de Artigas quedaba algo más que simples reminiscencias de gloria, pues estaba su visión perfectamente incólume.

El general Paz, de quien ahora hablamos, ha estado, como todos, envuelto en el torbellino. Mientras Lavalle lucha con Rosas, él se ha ido al Norte, a Corrientes, a Entrerríos, a reforzar la resistencia unitaria. Vencida ésta en todo el territorio argentino, y concentrada en Montevideo, Paz acude a organizar la defensa de la plaza oriental; la deja sitiada por Oribe, y él vuelve, en 1844, a su tierra occidental, a tentar un nuevo esfuerzo en el Norte, en la provincia de Corrientes, con quien el Paraguay, envuelto también en aquel nublado político por obra del Brasil y de los unitarios argentinos, aparece aliado contra Rosas, que se niega a reconocer su independencia y prohibe la libre navegación de los ríos y el comercio paraguayo, de acuerdo con Oribe. Todo es en vano; Urquiza, brazo de Rosas todavía, triunfa en *Vences* de las provincias rebeldes; el mismo López busca, aun-

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

que en vano, la reconciliación con Rosas; el general Paz tiene que abandonar de nuevo su tierra, y entonces, a fines de 1846, pasa la frontera del Paraguay, donde se encuentra con el viejo *Protector de los Pueblos Libres.*

Allí, en la Asunción, está Artigas viendo, como el rey Lear, reflejarse los sucesos exteriores en las paredes de su calabozo. Y Paz va a visitarlo, como Beaurepaire-Rohán, el caballeresco soldado brasileño.

¿Fué también, como éste, por simple curiosidad, a ver la ruina monumental? ¿O, desalentado, sin ejército, sin recursos, pensó, por fin, en él, como en la última esperanza, creyéndolo capaz de un nuevo milagro heroico?

Esa entrevista de Paz y Artigas corre en la historia y en la tradición como dato pintoresco; dicen que Artigas recibió a Paz a orillas del río, en que estaba pescando serenamente. Se sabe, como antes os lo dije, que aquellos dos hombres, el viejo y el joven, paseaban a caballo por la mañana, y hasta se cuenta que, en una ocasión, en que el primero había tenido alguna dificultad para subir a caballo, como Paz quisiera prestarle su ayuda, el viejo se apresuró a montar, recogiendo toda su fuerza, y dijo, así que se sintió firme en los estribos:—Ahora... ¡que vengan los porteños!—Pero pronto cayó en la cuenta de que quien le ofrecía su apoyo era un porteño, o cosa por ese estilo. Y rectificó su frase sonriendo amablemente: —¡Que vengan los portugueses!, dijo, agitando el sombrero en la mano octogenaria. Sabemos también que Artigas hablaba con Paz sobre la vieja historia; le exponía sus antiguos agravios; la razón de sus tenaces actitudes frente a los hombres de Buenos Aires, etc., etc.

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

Muy poco nos habla de eso, desgraciadamente, el general Paz, en sus *Memorias;* pero don Isidoro de María nos dice saber, por tradición auténtica, que el patricio argentino repetía lo que Artigas le había dicho en estos términos: «Yo no hice otra cosa que responder con la guerra a los manejos tenebrosos del Directorio, y a la guerra que él me hacía por considerarme enemigo del centralismo, que sólo distaba un paso del realismo. Tomando por modelo Estados Unidos, yo quería la autonomía de las provincias, dándole a cada Estado su gobierno propio, su Constitución, su bandera, y el derecho de elegir sus representantes, sus jueces, sus gobernadores, entre los ciudadanos naturales de cada Estado. Esto es lo que yo había pretendido para mi provincia y para las que me habían proclamado su protector. Hacerlo así hubiera sido dar a cada uno lo suyo; pero los Pueyrredones y sus acólitos querían hacer de Buenos Aires una nueva Roma imperial, mandando sus procónsules a gobernar las provincias militarmente, y despojarlas de toda representación política, como lo hicieron rechazando los diputados al Congreso que los pueblos de la Banda Oriental habían nombrado, y poniendo a precio mi cabeza.»

Debe creerse que es eso, más o menos, lo que Artigas hubo de decir a Paz; pero sólo más o menos. Yo os confieso que no reconozco la voz de aquél en esas palabras. Y ya os he dicho, amigos míos, que tengo la pretensión de conocer bien la voz de Artigas; ha sonado mucho en mis días y en mis noches; no la confundo con voz alguna.

No basta, por otra parte, que una cosa haya sido dicha o no, por un personaje, para que sea o deje de ser histórica. Lo que un hombre *debió decir*, es más

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

histórico que *lo que dijo.* «No creas a toda palabra, dice Salomón en los *Proverbios*; hay quien se desliza de palabra, mas no de corazón.» En nada es tan aplicable esa sentencia como en historia; ésta es algo más que el archivo de los hechos acaecidos, o de las palabras dichas, y aun escritas, por los hombres.

Eso es, entretanto, todo lo que hasta ahora conocíamos de la visita del general Paz a la Asunción; pero lo que hasta ahora no sabíamos a ciencia cierta, por más que pudimos presumirlo, es el objeto concreto de la visita, y, mucho menos, la aproximación sigilosa de Rosas a esos dos hombres. Este importante dato ha sido obtenido de una respetable tradición oral, por un joven y estudioso amigo mío, Plácido Abad, que me la envía escrita para vosotros. Abad la recogió de boca del coronel don Antonino Reyes, muerto hace poco en Montevideo. Reyes sabía mucho de las cosas de Rosas; fué su secretario y jefe de sus famosas residencias en *Santos Lugares;* sus informes han sido considerados como fuente de verdad por historiadores ilustres argentinos.

Según él, el general Paz no fué a ver a Artigas por simple curiosidad, sino a inducirlo a abandonar la Asunción, y a acompañarlo a formar y acaudillar el ejército de Corrientes. Era la repetición de la antigua historia: la de la organización del pueblo platense en torno de Artigas antes de la batalla de *Tucumán;* la del llamado angustioso de Álvarez Thomás a Artigas después de la derrota de *Sipe-Sipe.*

No es difícil presumir lo que hubo de decir el ilustre prócer, que era elocuente, para arrastrar a su causa al que siempre había hecho de la lucha contra el despotismo, cualquier fuese su forma, el objeto de su vida.

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

Y, si queréis, procurad imaginaros lo que hubiera significado entonces la figura apocalíptica de aquel viejo profeta, brotando del sepulcro, al frente de los ejércitos unitarios. Y lo que hubiera sido en el Río de la Plata a haber triunfado con ellos.

Nadie lo comprendió mejor que el déspota. Según los informes del señor Reyes, Rosas supo inmediatamente lo que pasaba en la Asunción; se dió cuenta también de lo que podía significar la figura de Artigas a su lado, frente a los muros de Montevideo, en el ejército de Oribe; frente a don Joaquín Suárez, el honestísimo admirador del viejo Protector de los Pueblos Libres, aliado entonces a los unitarios y separado de Rivera por causas complejas, que bien podían alejarlo del mismo Artigas. Es lo cierto que Suárez, cuyo respeto por su antiguo jefe es bien notorio, no buscó a Artigas, como Rivera y Pacheco; en la Asunción estuvieron Gelly, Hordeñana y Vidal, agentes confidenciales de aquel Suárez, y no se sabe que se hayan acercado al caudillo oriental que allí vivía en esos años 45 y 46.

Rosas se apresuró a contrarrestar los trabajos de Paz. Eligió, con ese objeto, entre sus jefes, al coronel correntino don Eduvigis Gutiérrez, antiguo capitán de Ramírez, y le confió la misión de llegar a todo trance hasta el viejo caudillo, y hablarle en su nombre, y atraerlo a su causa con amplias promesas. Nada más hacedero, al parecer, que desorientar y mover en esa dirección al olvidado anacoreta: la bandera de Rosas era la teñida de color rojo de Artigas: la federación, la enemiga del patriciado centralista que combatió su causa, y denigró su nombre; que trajo al portugués y consumó los contubernios monárquicos.

Era ése precisamente el momento, como hemos visto, en que acababa de librarse el combate de la

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

Vuelta de Obligado contra las escuadras anglofrancesas (noviembre de 1845). Rosas encargó expresamente a su embajador Gutiérrez que dijese a Artigas todo eso. Y algo más importante: que los mayores campeones de la independencia, el general San Martín inclusive, el que más respetó al Jefe de los Orientales, estaban con él; que el gran capitán de los Andes le había enviado, desde Francia, el sable con que venció en Maipú, en señal de homenaje y de adhesión, como a defensor del derecho americano.

Y así era la verdad: San Martín había ofrecido a Rosas su sable de Maipú; se lo legó, por fin, en su testamento... Unos han visto en eso un acto de extravío o debilidad senil; otros un homenaje bien consciente; otros... han injuriado, con duras sospechas, al héroe que la gloria inmuniza. Nosotros no entraremos en esos juicios; nos basta con saber que el sable que venció en Maipú estaba en poder de Rosas. ¿No podía estarlo también la espada que triunfó en Las Piedras?

He aquí, mis amigos, que, una vez más, nos encontramos en la historia con la convergencia de estas dos almas. San Martín y Artigas... ¡Una vez más!

Nadie pudo servir de consejero humano, visible, al héroe octogenario; estaba solo consigo mismo, absolutamente solo en el desierto, desde hacía veintisiete años; ninguno de sus antiguos consejeros estaba con él; ninguno de los que *lo conducían*, al decir de los necios.

Y, sin embargo, aquellos ojos vieron claro en la obscuridad, y aquella boca reprodujo las palabras antiguas. Se dijera que la visión acompañante salió con su lámpara por la puerta de los sueños, y visitó por última vez a aquel viejo a obscuras.

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

El general Paz no nos ha dicho lo que Artigas contestó a su demanda; pero ello es que se volvió sin Artigas.

No, no era bastante el hecho negativo de combatir a un déspota, para que el unitarismo argentino pudiera identificarse con aquel soberbio enemigo de los déspotas, de todos los déspotas. Artigas era algo más que una simple negación. Y la afirmación esencial del profeta no estaba en el pensamiento ni en la boca del general Paz.

Artigas no era de los *unitarios argentinos*.

En cuanto al coronel Gutiérrez, embajador de Rosas, don Antonio Reyes nos dice que también se volvió sin Artigas a Buenos Aires, dos meses después de su partida.

Y nos dice por qué. El verdadero caudillo de la federación había contestado a Rosas categóricamente «que no quería abandonar la Asunción; que quería morir tranquilo donde estaba, *antes que plegarse a ningún movimiento que no fuese el que él mismo había iniciado*, y por el cual estaba expatriado desde hacía veintisiete años».

Artigas no era, pues, tampoco, de los *federales argentinos*.

XI

Es el caso de que investiguemos aquí, amigos míos, por última vez, lo que era entonces realmente aquella singular persona; lo que había en aquella cabeza calva. Beaurepaire-Rohán creyó ver en el habitante de la casita de Ibiray un monumento en ruina. La idea de escombro se presenta, efectivamente, en este caso;

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

también acude a la imaginación la de semilla seca, toda ovario, que cuelga en la planta, como una cabeza pensativa, o como la ruina de la floración pasada. Todas esas ideas nos llevan por igual al concepto de las identidades o semejanzas, que es la verdad entrevista por la imaginación. La cabeza de aquel viejo, unida aún al tallo de la vida, toda ojos abiertos sobre sí misma, como las roturas de un claustro proyectadas sobre el cielo estrellado, era una cosa futura, íntegra. Artigas permaneció, efectivamente, hasta el momento de su muerte, en el uso de sus sentidos y facultades. Debilitado de oído, no era sordo, sin embargo; conservaba, en cambio, la vista perfecta; caminaba, según lo hemos visto, apoyado en un palo, pero con paso firme; montaba a caballo; las hierbas medicinales de la buena Juana Mariños, *cepa caballo, manzanilla, salvia,* bastaban para corregir las perturbaciones de su excelente salud; el agotamiento senil lo llevó insensiblemente por la cuesta final; la muerte fué el último acto ordinario de su vida.

Él creía en sí mismo; se miraba sólo los ojos, y no dudaba de su juventud nonagenaria. Esas sus palabras a Rosas «quiero morir tranquilo, antes que plegarme a ningún movimiento que no sea el que yo mismo he iniciado», son bien suyas; parece oírseles salir de su boca. Y eran todo él. Artigas fué siempre un todo; no fué parte de nada, como lo hemos visto, sin por eso dejar de llamar en su ayuda los colaboradores capaces de comprenderlo. Pero nadie mejor que éstos, Larrañaga, Monterroso, Barreiro, pudo darse cuenta de que, sobre su concurso parcial, estaba el pensamiento superior, pleno, cuya posesión reconocieron y respetaron en el hombre superior a quien servían.

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

Ése es el criterio con que debemos apreciar los datos dispersos, papeles ignorados, tradiciones orales, escritas o figuradas, que suelen aparecer ahora, y con las que quiere substituirse la falta de Memorias o Correspondencias, o cosas por el estilo, que este desterrado no escribió, felizmente, como los otros que conocemos.

Entre los nuevos elementos de juicio que ahora aparecen, merece mención, por ejemplo, un papel con que ha dado el doctor Moreno en el archivo de la Asunción; es una nota en que Gauto, el comandante de Curuguaty, hace saber a los cónsules que don José Artigas «ofrece sus servicios, para el caso inopinado de alguna alianza que ocurriese». Es de diciembre de 1842; Artigas tiene ochenta años. Al pie de esa nota hay un decreto, escrito de los cónsules, que dice: «Dará usted expresivas gracias a don José Artigas por su buena voluntad.»

No deja eso de tener su interés y significado, efectivamente. Sólo a Artigas, entre todos los habitantes del Paraguay, hubieran dado expresivas gracias, a lo que yo imagino, aquellos extravagantes funcionarios; nosotros nos sentimos inclinados a dárselas a ellos, por sus buenos modales para con aquel pobre viejo, que bien los merecía, por otra parte.

Se nos habla también de otro dato pintoresco que ha aparecido o está al aparecer; es una carta de Artigas a Urquiza, nada menos, en que aquél propone a éste la empresa de derrocar a Rosas en Buenos Aires. No sé si existe; creo que no; es, para mí, inverosímil. Pero sea de ello lo que fuere, todo eso, y todo lo de su especie, son detalles que deben apreciarse *concordados*. Que no en otra cosa se distingue el historiador del archivista, y el arquitecto del cantero. Los documentos, como las piedras, son lo que son colocados en su

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

sitio; según el que ocupen o la forma que adopten, serán un pavimento o la clave de un arco, un mono o un arcángel. Veamos, pues, de tallar y ajustar esas piedras que salen de las excavaciones recientes.

Hemos de recordar que Artigas ha vivido veinte años en Curuguaty, sin contacto alguno con el mundo; lo hemos visto pasear callado, con su perro, cambiando apenas un cortés saludo, como dice el padre Maíz, con algún transeúnte. Bien se da cuenta de su situación; Ramírez, su capitán desleal, ha intentado perseguirlo hasta su retiro; los portugueses no lo pierden de vista, y echan en cara al doctor Francia el asilo que le ha concedido; los caudillos argentinos no quieren después ni pronunciar su nombre, bien sabemos por qué; sus propios compatriotas se ven obligados a callarlo. Su cabeza pende, pues, de un hilo, que parece romperse cuando, muerto *el Supremo,* sus sucesores encadenan como bandido al refugiado sin pérdida de momento. No es así, sin embargo; le sacan poco después las cadenas, lo dejan en paz, y hasta comienzan a tratarlo amablemente... ¿Qué ha pasado?

Los majaderos que han imputado a Artigas *el abandono de su obra* porque no salió del Paraguay, podrían decirnos por dónde había de salir para satisfacer sus exigencias; pero será mejor que no hablemos con esas personas. Veamos lo que ha pasado.

Como el Segismundo de *La vida es sueño,* que, dormido bestia en la gruta, despierta príncipe real en el palacio, Artigas comienza por mirar receloso en torno suyo; sus palabras y actitudes son como las antenas de su espíritu que palpan a tientas la sombra. Habla con Gauto, su carcelero; se informa de lo que ocurre por el mundo; invitado con sorpresa a volver a su tierra, contesta aquello de que no desea volver, «a

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

menos que el Supremo le ordene o aconseje su residencia en ella»; informado después de que el Paraguay piensa en incorporarse, por fin, como él lo quería, a la lucha por la propia libertad y por la de sus hermanos, habla, según parece, «del caso de alguna alianza que pudiese ocurrir», y se manifiesta dispuesto a entrar en ella, como protector del Paraguay.

Fácilmente podemos recomponer ese cuadro de Artigas y Gauto que, sentados a la puerta del primero, comentan las noticias que llegan, de vez en cuando, de la Asunción. El perro está a los pies de Artigas; el caballo, a la sombra de la enramada; el negro Joaquín sirve a sus amos el mate amargo. Podemos suponer, si queremos, que las prometidas varas de lienzo para una camisa están ya tejidas; Artigas tiene, pues, su camisa nueva, como un rey, y habla a Gauto de lo que haría en el caso de ocurrir alguna alianza inopinada. Si, como vemos el cuadro exterior, nos aventuramos a mirar en lo interior de aquel espíritu, no podemos menos de distinguir en él la vieja estrella polar que reaparece en el borde de su nube.

Agnosco veteris vestigia flammae, dice Virgilio. Y Dante se lo repite, al encontrarse, a su lado, con la sombra de Beatriz, a las puertas del paraíso: *Conosco i segni dell'antica fiamma.*

Como el poeta ante la diáfana aparición de su ensueño, el caudillo oriental, al hablársele de la alianza de los pueblos libres contra la tiranía, siente que se avivan en él los vestigios de la llama antigua, *dell'antica fiamma,* de la sola pasión de su vida. No lo ha movido la incitación de Rosas, tampoco la de Paz, como no lo arrastraron las propuestas de Alvear y de Carrera que le ofrecían, con su alianza, el predominio en el Río de la Plata. Ni siquiera

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

se incorpora a ninguno de los conglomerados políticos heterogéneos que, fundidos con el espíritu ya de Rosas, ya de Paz, se han formado en su tierra oriental; en ninguno de ellos distingue su propio inmortal espíritu, la causa por la que está desterrado hace veintisiete años. ¡Pero una alianza de los pueblos, de los más débiles sobre todo, la del Paraguay especialmente, en defensa de su independencia amenazada! Ésa es su bandera, la sólo suya, la de las autonomías o patrimonios, la tricolor de franja diagonal. Es la misión, precisamente, de su Patria Oriental. Y aquel pobre rey Lear, de cetro de palo, cree sentir el viento de tempestad en su cabeza de largos cabellos blancos; habla como parte esencial, como núcleo, mejor dicho, de tales alianzas...

No es difícil presumir, me parece, lo que López y su compañero cónsul han pensado, al dar expresivas gracias al caudillo declinante que les ofrece su espada. Nadie hubiera puesto a Artigas armado a la cabeza de los pueblos, si ya no fuera que estuviese dispuesto a reconocerlo bajo sus apariencias y palabras. Y bien sabían todos, los hombres de la corte especialmente, que allí donde él se sentara, allí estaría la cabecera; y que si aquel espectro de Segismundo lograba salir de su gruta y presentarse al pueblo de Polonia, llamaría a juicio a cuanto caballero cortesano anduviera suelto por esos mundos, y hasta tiraría por el balcón al más pintado, si a mano venía.

Esa inverosímil propuesta que dicen fué hecha a Urquiza por Artigas de derrocar a Rosas, daría, a ser cierta, muchísimo que pensar. Nada más eficaz para fijar la más alta significación de Artigas que el imaginarnos que es él, y no Urquiza, quien echa abajo al

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

tirano argentino; que es él, y no el otro, quien, después de una batalla de *Caseros*, en que Rosas es vencido, entra vencedor en Buenos Aires, a la cabeza de los pueblos, y echa las bases de la nación argentina definitiva. Necesario será saber, para apreciar tal hipótesis, que la alianza que va a realizarse con ese objeto no será la que espera Artigas ni mucho menos; ella tendrá por base la unión de los unitarios argentinos y de sus aliados orientales con el imperio del Brasil. El negociador oriental que inducirá a Urquiza a abandonar la causa de Rosas y acaudillar contra él al pueblo argentino será don Manuel Herrera y Obes, el hijo de don Nicolás Herrera precisamente, del ministro de Alvear, y compañero de García, y secretario del Barón de la Laguna, y todo lo demás que sabemos. Ese don Manuel Herrera y Obes, ministro ilustre de la defensa de Montevideo a la sazón, morirá, para honor de su memoria, reconociendo y consagrando la grandeza de Artigas; pero en el momento en que estamos, cuando va a Entrerríos desde Montevideo en busca de Urquiza, es y representa la tradición contraria al héroe ausente; es su negación.

Cayó entonces, con don Juan Manuel de Rosas, la última forma del despotismo tradicional en Buenos Aires; pero no para ser substituída aún por el espíritu de Artigas ciertamente. Éste hubiera derrocado al déspota como derrocó a Alvear y al Directorio monárquico, que fueron sus predecesores; como quería hacerlo con Rodríguez de Francia: con el concurso de los pueblos libres, y para hacerlos libres; con el pensamiento de la gran federación de los patrimonios íntegros, del de los argentinos, del de los paraguayos, del de los orientales.

No era la recomposición de supuestos virreinatos,

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

que jamás existieron desde el momento en que feneció la dominación española, lo que aquel hombre buscaba, sino la sola forma racional de transformar en vínculos políticos permanentes los sociológicos que existían entre aquellos pueblos vivos de la gran familia hispánica.

Pero no era posible dar cima a tal empresa en unión con el imperio de origen portugués, que había siempre pugnado y pugnará por lo contrario con inteligente sagacidad; que había visto y seguirá viendo en Artigas el solo rival temible de su hegemonía en la América del Sur. Artigas era su gran vencido, el vencido, más aún que de sus armas, de su inteligente diplomacia monárquica, que fundaba la unidad portuguesa sobre la ruina de la española, hecha imposible por los despotismos que ahogaban la vida del organismo en las células populares. Artigas debía, pues, quedar en su sepulcro, si se quería el concurso del Brasil para derrocar a Rosas. Y en su sepulcro quedó, hasta el día de la resurrección.

La aurora de éste ha salido, por fin, de la noche; el pensamiento tenaz que habitaba la carne de aquel hombre, aun en los años en que se secaba en torno de sus huesos octogenarios, es hoy la luz solar; no se ve otra. Los pueblos argentinos confederados siguen tras ella en busca del ideal democrático, más o menos remoto, que brilla entre las nubes; los mismos pueblos brasileños, después de recoger el fruto de la inteligente previsión de sus mayores, rendirán su tributo de admiración al que, en su lucha contra éstos precisamente, fué el más grande de los precursores de la federación republicana brasilera, y será el héroe acaso de la que sueña para el porvenir nuestro continente ibérico.

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

Algo de todo eso, amigos artistas, parece oirse sonar en las palabras admirables de Artigas, las más auténticas quizá de sus últimos años, dichas al emisario de Rosas: «No me plegaré a más movimiento que el que yo mismo inicié, y por el que estoy expatriado desde hace veintisiete años».

Y he ahí, mis amigos, lo que quedaba íntegro, inaccesible a la mano del tiempo y de los hombres, en aquel viejo corazón: el mensaje sagrado, la conciencia de una misión más fuerte que la voluntad de los mortales que pasan.

El sable, pues, de Maipú, el de oro cincelado de San Martín, pudo estar en poder del déspota; eso nos tiene sin cuidado. Pero la espada de Las Piedras, la de hierro de Artigas, ésa podéis dejarla donde está. No es ni será jamás de hombre alguno, ni de fracción política; es la preciosa herencia de un pueblo, la de toda la América democrática, si queréis; los orientales la custodiamos, para nosotros, y para todos los que se consideren en el deber de amarla. Podéis dejarla donde está.

XII

La contestación de Artigas a Paz y a Rosas es el último sonido, amigos míos, que ha llegado hasta nosotros del corazón de aquél. Acaso reconoceréis el timbre de un viejo escudo, colgado en un árbol seco, en el borde de los caminos. Pasa por el aire el viento sonoro.

Después llegó el divino Silencio. Podríamos hablar mucho más largamente de esto; pero no me parece necesario. Yo mismo, cuando me propongo pensar en cómo y por qué Artigas veía, en la obscuridad, lo que

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

otros no veían en la luz, siento que mi cabeza zumba como un árbol lleno de abejas; la siento cansada, como se cansan los ojos cuando se empeñan en mirar demasiado lo invisible; salen las estrellas. No pensemos más en eso, y, si queréis hacerme favor, leamos de nuevo, como descanso, y a guisa también de comentario de este último episodio de la vida del héroe, el trozo de nuestro Shakespeare, que ya una vez leímos: aquel pasaje en que Lear, poco antes de morir, habla con Cordelia, la diáfana visión acompañante. Es éste:

«Ven, oh mi Cordelia, vamos a la prisión. Solos los dos, cantaremos como los pájaros en la jaula. Cuando me pidas la bendición, yo me pondré de rodillas. Pasaremos el tiempo así, cantando y rezando, y contando viejos cuentos, y riendo con las mariposas doradas, y oyendo a los pobres diablos hablar de las cosas de la corte. Y conversaremos sobre quién haya ganado, y quién perdido el favor. Y, desprendidos del mundo, pondremos en claro las causas y el misterio de todo eso, como si fuéramos observadores enviados de los dioses. Y, en los muros de nuestro calabozo, miraremos pasar las intrigas y las cábalas de los grandes, que crecen y menguan como lo hace la luna.»

. . . . . .

Y ya es tiempo de morir.

Artigas murió en la tarde del 23 de septiembre de 1850... Los vecinos de Ibiray, que estaban acostumbrados a verlo pasar en su *Morito*, dejaron de verlo algunos días; se decía que estaba enfermo. Y, algunos después, vieron salir, del último rancho de aquel poblado, una comitiva de ocho o diez personas, que llevaba al caudillo muerto. Éste iba en su ataúd, tapizado de merino negro con galones de plata, y colocado en un

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

tosco carro de dos ruedas tirado por dos bueyes. Detrás de todos iba, llorando, un negro viejo... El negro iba montado en el *Morito*... ¡El último corcel! Los pobres vecinos se arrodillaban al paso del cortejo, y lo seguían con los ojos.

El *Paraguayo Independiente*, diario oficial fundado por López, publicaba, al siguiente día, un escrito necrológico de glorificación.

Se ha dicho hasta ahora, a falta de información concreta, que Artigas falleció repentinamente. También sobre eso puedo deciros la verdad de lo que allí pasó. Lo sé por el órgano más fidedigno que pudiéramos desear. Es Monseñor Bogarín, obispo de la Asunción, que, en la preciosa carta que aquí tenéis, contestación a una mía, me cuenta las cosas tales como acontecieron. No era preciso, por cierto, que el venerable prelado paraguayo me asegurase, como me asegura, que sus informes son «perfectamente fidedignos»; su veracidad se reconoce hasta en la solemne sencillez de su palabra, que debo conservar literal, y que nos recuerda la simplicidad de las rapsodias homéricas, o la más pura y sublime de los relatos evangélicos.

La carta es ésta: «La señorita Asunción García me ha referido, algunos años antes de morir, lo siguiente: Cuando la enfermedad de Artigas se agravó, manifestó deseos de recibir los últimos sacramentos. Entonces la señora doña Juana Carrillo, esposa de Carlos Antonio López, mandó llamar a un miembro de la familia de la citada Asunción García (familia tan distinguida, por cierto, como piadosa), y le encargó fuera a preparar el altar para administrar al enfermo el Santo Viático. Cumplida la orden, el cura párroco de la Recoleta, Presbítero Cornelio Contreras, llevó

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

al general Su Divina Majestad. En los momentos en que el sacerdote iba a administrarle el Santo Viático, Artigas quiso levantarse. La encargada del aderezo del altar le dijo que su estado de debilidad le permitía recibir la comunión en la cama, a lo que el general respondió: «Quiero levantarme, para recibir a Su Majestad». Y ayudado de los presentes, se levantó, y recibió la comunión, quedando los muchos circunstantes edificados de la piedad de aquel grande hombre».

. . . . . .

Podríamos guardar aquí largo silencio; acaso fuera lo mejor; es todo cuanto tengo que relataros de perfectamente auténtico sobre este punto. Existe, sin embargo, una tradición que, si no tan firme como la anterior, puede ser oída con respeto, pues no carece de fundamento, y cabe en nuestro romancero americano. Las estrofas del español, las de aquel *Poema del Cid* que vosotros, los artistas de lengua castellana, recitabais acaso de niños, y que yo aprendí de mi padre, pasarán por vuestra memoria al oir esta leyenda que quiero contaros.

Ya en la hora de la muerte, como recordaréis, el *Cid Campeador* hace que le lleven su caballo de guerra, aquel *Babieca* tan conocido.

Y el héroe dice al caballo, acariciándole la crin con la mano trémula:

«Ya me marcho, buen amigo,
Ya va a faltarte tu dueño...»

Y sigue lo que sabéis.

Esos tales romances son la verdad más honda. Se dice que Bolívar murió ordenando que le hicieran pronto el equipaje. Si no es verdad, debe serlo.

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

Nuestro romance, el de Artigas, es el más bello entre todos ésos, me parece. Doña Asunción García, que había visto la escena, la contaba con sencillez, y sintiendo renovarse en su pensamiento la impresión de miedo solemne que sintió en su corazón, joven entonces.

El general, como ella decía, después de recibir el Viático, había quedado tendido en su pequeño catre de tijera y lonjas de cuero; en la semiobscuridad se distinguía el crucifijo colgado en la pared sobre su cabeza blanca, tan blanca como los lienzos del pequeño altar en que brillaban los dos cirios inmóviles... Doña Asunción recordaba también una bandera que estaba al lado de la cama, y que ella decía era la paraguaya. Era una tricolor. ¿Sería realmente la paraguaya, o la otra, la de franja diagonal? No lo sé, las dos son tricolores... El silencio se prolongaba, el silencio de la enorme proximidad. Las respiraciones se contenían; las miradas estaban concentradas en aquella cara aguileña, no muerta todavía. Artigas, que tenía los ojos cerrados, los abrió de pronto desmesuradamente. Causaba espanto, decía doña Asunción; parecía muy grande. Se incorporó, miró a su alrededor... —¿Y mi caballo?, gritó con voz fuerte e imperiosa... ¡Tráiganme mi caballo!...—Y volvió a acostarse... Sus huesos, ya sin alma, quedaron tendidos a lo largo del catre.

Y así murió, tras rápida agonía, el *Protector de los Pueblos Libres:* a caballo y en paz. Era el caer de aquella tarde de septiembre de 1850, en que terminaba aquel invierno.

.....

«En esta parroquia de la Recoleta de la capital, a 23 de septiembre de 1850, yo, el cura interino de ella,

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

enterré, en el tercer sepulcro del número veintiséis del Cementerio General, el cadáver de un adulto llamado don José Artigas, extranjero, que vivía en la comprensión de esta iglesia.»

¡Extranjero! Eso está bien dicho, me parece. Tenía razón el cura interino de la parroquia de la Recoleta: era el cadáver de un extranjero en todas partes, el que allí quedó enterrado, en el lance número veintiséis del Cementerio General...

Extraneus! Extraneus!...

XIII

Y he aquí que apareció, nacida en Buenos Aires, la historia provisional de estos países; la que se escribe a tumba cerrada. Se encontró con el hombre extranjero enterrado en la Asunción, e intentó pasar adelante, casi sin mirarlo, a ver si así moría cada vez más. Pero eso no era fácil, porque aquel muerto miraba fijamente desde su obscuridad, y su sombra salía al paso de la historia. Fué necesario sostener aquella mirada, y algunos, con miedo supersticioso, comenzaron a injuriar al incómodo espectro, y a llenarlo de improperios. Y la sombra impasible se acercaba cada vez más.

Y ha llegado, por fin, la historia *incubadora de sepulcros*, según la frase del bárbaro Esquilo; la que, como dice el férreo verso de Guerra Junqueiro, «*abre o craneo aos heroes e o ventre as sepulturas*», la nuestra, amigos artistas, la que no permanece indiferente ante los bellos espectáculos de la vida, ni ante las maravillas de la muerte.

Y Artigas ha surgido de la muerte.

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

Su primera manifestación gloriosa sale de su sepulcro. El año 1855, cinco después de sepultado aquel hombre, el general Flores, presidente de la República, como solo sobreviviente del triunvirato que formaba con Rivera y Lavalleja, los dos hijos predilectos de Artigas precisamente, que fallecen casi en la misma hora, envió al decano del Tribunal Supremo de Justicia, don Estanislao Vega, con una respetable comisión de ciudadanos, en busca de Artigas muerto. Y en el lance número 26 del cementerio la comitiva se detuvo ante una piedra en que estaba escrito: GENERAL DON JOSÉ ARTIGAS: 1850. El cura de la parroquia manifestó «que había recibido orden del Supremo Gobierno del Paraguay para vigilar y cuidar de que aquel sepulcro no fuese removido, y que aseguraba al agente oriental que no lo había sido». Y, en un *otrosí* de la partida que entonces se expide, se hace constar que «en virtud de orden superior, no se ha enterrado en ese lugar ningún otro cadáver».

Se abrió, pues, la tumba, y se hallaron los huesos que se buscaban. Pero he aquí que, no bien se remueve aquella tierra, comienzan a salir de la fosa revelaciones interesantes. Es de saber que la partida de defunción que hemos leído, lo mismo que sus notas u *otrosíes*, son los que nos trajeron del Paraguay, y han pasado hasta ahora como auténticos documentos en nuestra historia; pero un oriental allí residente, mi amigo don Agustín Carrón, tiene últimamente la feliz idea de ocurrir al registro parroquial de la Asunción, y en él se encuentra con una sorpresa: la partida que conocemos no coincide con la que allí se lee, en el folio 92 del libro III. La sorpresa sube de punto, cuando observamos, como podéis hacerlo en las foto-

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

grafías de aquellas páginas que me remite Carrón, que en la partida antes citada, entre una serie de asientos iguales, nítidamente escritos, como lo está todo el registro, nos sale al paso un asiento plagado de enmiendas, interlineados, escrituras de tintas diversas. Es la partida de defunción de Artigas precisamente. Hay allí dos documentos sobrepuestos, puede decirse. Y ninguno de ellos coincide con el que nos trajo Vega del Paraguay.

Se escribió primero lo siguiente. En el margen: «José de Artiga, extranjero». Y en el texto: «En esta parroquia de la Recoleta de la capital, a 23 de septiembre de 1850, yo, el cura interino de ella, enterré en sepultura ordinaria del cementerio el cadáver de un adulto llamado José de Artiga, extranjero de esta feligresía. Doy fe. *Cornelio Contreras*».

Pero posteriormente se corrigió ese texto, que, con las enmiendas, resulta así: «En la parroquia de la Recoleta de la capital, a 23 de septiembre de 1850, yo, el cura interino de ella, enterré en sepultura ordinaria del cementerio el cadáver de un adulto llamado don José de Artigas (el «don» está interlineado y la «s» agregada), extranjero, *que lleva una lápida con este título: «General don José Artigas:* 1850» (interlineado) de esta feligresía. Doy fe. *Cornelio Contreras*».

Y tenemos, por fin, la tercera partida, la que fué entregada a nuestro agente, en la que, suprimiéndose lo de la lápida, se agrega aquello del «tercer sepulcro del lance número 26 del Cementerio General», que se lee en las otras dos.

Aun podríamos agregar otro motivo de confusión que allí se observa: esa partida del *23 de septiembre* sigue a una *del 25*, y es seguida de la *del 28;* pero ese detalle, si bien choca con la exactitud cronológica

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

de todo el libro, llama menos mi atención. Quiero creer que ha habido error de fecha al transcribirse los apuntes de varias partidas. Artigas ha muerto el 23, y ha sido inhumado el 25 de septiembre.

Pero otra cosa nos pasa con las correcciones, e interlineados, y colocación de inscripciones lapidarias. Eso, que parece nimio, nos sugiere reflexiones serias; nos revela que, aunque era el de un pobre, pues fué enterrado en sepultura ordinaria y en el *cementerio de insolventes*, no era el de un extranjero en ninguna parte de América, y mucho menos en el Paraguay, el cadáver que allí quedó.

El enigma de Artigas, que decía Mitre, aparece al sólo removerse sus huesos. Nadie sino el presidente o dictador López, por supuesto, ha ordenado aquellas correcciones al cura Contreras, de cuya letra están hechas; nadie sino él ha mandado grabar aquella piedra y expedir los testimonios que se dieron al dueño de los restos mortales desenterrados. Pero ¿qué quiere decir todo eso? El mismo López no lo sabía a ciencia cierta, o mucho me equivoco. Esa primera confesión de la gloria de Artigas, hecha sobre su tumba por quien había sido su guardián, da mucho que pensar. Bien es verdad que Rosas, el déspota argentino, había caído al soplo del espíritu de Artigas, y que uno de los primeros actos de Urquiza, su vencedor, había sido el de subscribir, en julio de 1852, el reconocimiento definitivo de la independencia del Paraguay; pero no me parece que eso baste a justificar el extraordinario celo de López por el sepulcro del héroe; yo quiero ver en él, y espero lo veréis conmigo, algo más que un simple cálculo o raciocinio político; eso es algo así como un presentimiento sobre el secreto de aquella tumba; la primera confesión solemne de la resurrección de aquel muerto.

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

Esa consideración que os sugiero disculpará, o atenuará, cuando menos, la solicitud, un si es no es curialesca, con que os he documentado este interesante detalle.

El demonio de antaño pareció darse cuenta de aquel misterio, y se revolvió furibundo contra la memoria del bandido desenterrado, del facineroso, del anárquico; se hubiera deseado devolverlo a su sepulcro mudo del Paraguay... Pero ya no pudo ser; ya está aquí, felizmente, en su tierra, custodiado por sus hijos. Los comisionados recogieron aquellos huesos, los envolvieron en la bandera de la patria, en la bicolor, cuyo sol angular no es otra cosa que la franja roja diagonal de Artigas incandescente, y regresaron con ellos a bordo del vapor nacional *Uruguay*. Ya está aquí, felizmente, en la caja de hierro de nuestros caudales. Sí, buen amigo Paraguay; todo está muy bien, muy bien documentado; ésos son los huesos que buscábamos: el cráneo, el tórax en cuya cavidad estuvo el corazón. Jamás la Patria Oriental te agradecerá bastante tu piedad para con el pobre viejo que no veneraste en vano, que no en vano confesaste al abrir su tumba. Tu respeto hacia él hará tu gloria a nuestros ojos, ¡oh el bravo, el noble amigo Paraguay, el bien querido de nuestro Artigas!

XIV

Apenas necesito deciros, amigos míos, lo que se hizo cuando Artigas muerto llegó a su tierra, y lo que las varias generaciones han hecho, de entonces acá, con ese nombre cabalístico. El ignoto agente de vida intrahistórica, más aún que la historia que no ha estado

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

escrita, ha movido sin cesar a este pueblo, y lo ha agrupado en torno de ese sepulcro lleno de verdad; honras fúnebres primero; rapsodias o narraciones de los viejos a los niños sobre el hombre que parecía prehistórico, casi mítico; litúrgicas proclamaciones del héroe en los Parlamentos; su nombre simbólico dado a ciudades, a calles, y plazas, y fortalezas; leyes y decretos que han ordenado solemnes sufragios religiosos, y genuflexiones de banderas, y silencio de armas, al pasar junto a aquel nombre, y oraciones de clarines militares, y cultos civiles, y erección de altares de piedra y bronce, todo se ha hecho, y se ha hecho por todos, mientras la calumnia se ha ido retirando en derrota hacia el centro de algunas pocas almas frías como grutas.

No ha habido gobierno entre los diversos y antagónicos que se han sucedido, desde Flores, cuyo agente confidencial, al entregar los restos de que es portador, dice que son los restos de quien fué «el primero, *sin disputa,* en cuyo corazón se alzó, poderoso e indomable, el sentimiento de nuestra independencia nacional»; desde Pereira y Berro, hasta Williman, en cuyo nombre os hablo, no ha habido uno que no se haya sentido depositario y guardián del nombre de Artigas, como del velo o paladión sagrado, custodio de esta tierra.

Operari sequitur ese, dice el viejo aforismo; lo que obra existe, y sólo existe lo que obra. Eso es verdadera fuente de historia; el documento vivo. Con él, tienen una alma los papeles y legajos, que, sin él, son cosas muertas.

Pero ese soplo de perpetua vida, esa *forma substancial* no se ha unido aún al cuerpo que la espera, oculto en el marmóreo bloque predestinado; aun no se ha

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

erigido, felizmente, en el alto promontorio, el monumento que ha de ser visto de lejos, desde la tierra y el mar, por los hombres que hoy viven y por los hombres futuros, como dice Homero. A nosotros nos estaba reservado trazar el contorno de aquella substancia espiritual; plasmar, por fin, en forma amada de los dioses, la presencia inmanente, en esta tierra, del héroe progenitor.

Los hombres pretéritos amaron a Artigas tanto como nosotros; ellos confesaron al héroe, cuando el insulto arreciaba contra el facineroso salteador de caminos; pero no pudieron verlo como nosotros, por falta de distancia.

Nuestros predecesores estaban cerca de un peligro, que no sé si hubieran podido salvar, al intentar el monumento: el de no ver, en el objeto de su fe instintiva, otra cosa que el más grande de los caudillos, en el sentido corriente en nuestra América: un batallador animoso, abnegado, fascinador de multitudes; un *personaje reinante*.

Y confío en que vosotros estáis ya bien persuadidos de que Artigas no es eso, sino algo tan distinto de eso como el día de la noche.

Por ese Artigas, amigos míos, llegamos los orientales a la causa generatriz de nuestra patria, y la juzgamos grande, pues por él podemos hacernos, sin incurrir en ilusión jactanciosa, la pregunta que debe proponerse todo pueblo para tener conciencia de sí mismo. ¿Ha tenido realmente mi patria una misión privativa y diferencial entre las demás? ¿Para qué ha servido? ¿Qué es lo que ha dado y puede dar a la civilización, a la libertad o al progreso humanos? ¿Qué hubiera habido de menos, si ella no hubiese existido?

Eso ha llegado a ser Artigas para nuestra fe nacio-

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

nal, amigos artistas: la revelación, en carne de hombre en una conciencia humana, de una misión divina, confiada, por alguna razón recóndita, a este nuestro pueblo atlántico.

Bueno será que recordemos aquí, por vez postrera, el angular pensamiento de Pascal: «¿Qué es el hombre en la naturaleza? Una nada con relación a lo infinito; un todo con relación a la nada». Porque yo bien me sé que no faltará quien quiera tachar de creación quimérica de amor, la sólida figura que os he hecho ver con los ojos y tocar con las manos. Tiene que parecerlo, según es de extraordinaria, sobre todo a los que exigen al héroe, para reconocerlo, las pompas o abalorios imperiales, o las grandes marmitas en que se recuecen ideas ajenas. No todos pueden advertir lo que notó el autor de *Sartor Resartus:* que no hay más que una diferencia entre el simple carretero y el simple rey: el traje.

Yo convengo en que este Artigas, con su chaquetilla de *blandengue*, sin entorchados de oro, sin toga doctoral, sin reflejo de otra persona o cosa, es pequeño en ese sentido; lo mismo puede ser visto carretero que rey, según sea quien lo mire; un sastre le medirá sólo la casaca.

Pero mucho más pequeño fué, según me parece, y siguió siéndolo durante dos o tres siglos, un inglés, carretero o cosa parecida, de la aldea de Stratford, que guardó caballos en el teatro *Covent Garden* de Londres, y escribió comedias semibárbaras, y hubo de ser llevado a la cárcel por pillo.

«¿Qué inglés que nosotros hayamos jamás hecho en esta nuestra tierra, escribe Carlyle hablando de ese Shakespeare, qué millón de ingleses no daríamos, antes que desprendernos de ese rústico de la aldea de

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

Stratford? No nos desprenderíamos de él, ni por un regimiento de los más altos dignatarios de la nación.

»Considerad ahora si se nos llegase a preguntar: ¿Queréis abandonar vuestro imperio de la India, o vuestro Shakespeare? ¿Preferiríais no haber tenido nunca un imperio de la India, o no haber tenido nunca un Shakespeare?... Con o sin imperio de la India nosotros no podemos prescindir de nuestro Shakespeare. El imperio de la India se irá de todos modos cualquier día; pero este Shakespeare no se va: permanecerá siempre con nosotros.»

Artigas, amigos míos, no se va; estará siempre con nosotros y en nosotros. Y él solo nos basta. ¡Desprendernos de nuestro Artigas!

Los imperios de la India se escapan, tarde o temprano, así estén atados con cadenas formadas de barcos como montañas llenas de cráteres; se van los predominios hijos de fuerza y vanidad, y se disuelven las conglomeraciones sin destino. Sólo no se va ni se disuelve el núcleo cósmico, la nebulosa espiral generatriz, que es fuerza al par que substancia, la promulgación inmanente y perpetua, que los pueblos escuchan en sí mismos, de la ley de gravitación o perdurable armonía que los sostiene, porque están ajustados a la divina armonía del universo.

Ahora bien, hermanos artistas: ese sentimiento de la dignidad histórica; esa potencia del alma nacional, que podríamos llamar *memoria colectiva*, y que, con la comunidad de ideas, de imágenes y de emociones, forma la *unidad*, la *continuidad*, el *yo permanente* de este pueblo del Uruguay, y le imprime su carácter indeleble; ese deber para consigo mismo y para con sus semejantes, que le da *el derecho de ser fuerte*, y le impone *la obligación* de serlo, y le infunde el sano

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

orgullo de los pueblos contentos, que CON LIBERTAD NI TEMEN NI OFENDEN, orgullo-virtud que, lejos de confundirse con la vana jactancia, y mucho menos con el odio histórico, se identifica con el respeto y el amor hacia todos los seres de la propia especie, eso es lo que debéis hacer visible en un cuerpo; ése el soplo vital que debe tomar carne de bronce, y arterias, y caliente sangre, y divino gesto, y voz imperiosa y musical, en el Artigas que esperamos de vuestras manos poderosas, forjadoras de inmortales.

El monumento vuestro será el título al amor y al respeto de nuestros iguales, que invocaremos ante la civilización. Y será también, tanto o más que nuestras armas, siempre despiertas y apercibidas, el baluarte, el verdadero baluarte y prudente fortaleza de esta sagrada tierra.

Yo no desespero de haberos presentado vuestro modelo, alguna vez siquiera, en actitud propicia a recibir la luz, hija de los astros remotos y madre de la forma. Pero precisamente en estos momentos en que voy a deciros adiós, creo distinguir su silueta, propicia como nunca, según me parece, al relieve escultural. El sol de Mayo, aquel de 1810 que os hice conocer, ha vuelto a levantarse en el horizonte, después de un siglo. Y las democracias de estas tierras lo saludan. Se oyen grandes clamores en América, grandes clamores de multitud.

Miremos juntos, antes de despedirnos estrechándonos las manos, miremos hacia ese lado del cielo. Ya dijimos que el día es la proximidad de una estrella.

Conocéis la intrínseca composición de ésa del mes de Mayo que reaparece, y no podéis confundir, por consiguiente, con nada de este mundo, la silueta sencillísima de Artigas, que se nos proyecta sobre el

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

foco en primer término, incólume en el fuego, toda franjeada de sol, como eclipse anular de forma humana.

Recordaréis que, cuando Dante pasaba con Virgilio entre los muertos, las almas advertían, con sorpresa, que uno de aquellos visitantes de la ciudad silente arrojaba sombra sobre el suelo. Y de eso deducían que estaba vivo.

—¡Ése no es de los muertos!, se decían entre sí. ¡Ése hace sombra!

La triunfante democracia americana, amigos míos, incipiente, pero firmísima, que hoy canta su himno al sol; la verdadera, la plena del porvenir, nacional e internacional, que cantará otros nuevos de victoria; esta Patria Oriental sobre todo, ésta, que fué el soldado y el holocausto de la idea precursora, no son otra cosa que la proyección, sobre el suelo, de aquel hombre extraordinario que apareció en nuestra tierra, con un mensaje profético en los ojos, y que ahora, vivo en la región de las causas, vemos pasar a lo lejos, en medio de los inmortales, revelado y transfigurado por la luz.

FIN DE LA OBRA

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

ÍNDICE

CONFERENCIA XVII

LA GRAN CONJURACIÓN

El hombre republicano.—Las formas de gobierno.—Esencia de la república.—La serie de derrumbes en Buenos Aires.—Posadas, Alvear, Rondeau, Álvarez Thomás, Balcarce, Pueyrredón.—Congreso de Tucumán.—Composición y espíritu del Congreso de Tucumán.—Declaratoria de independencia. — Semblanza de Pueyrredón. — Rivadavia. — El Congreso de Viena. —Las Santas Alianzas.—La invasión portuguesa.—Artigas, el solo defensor de América en el Sur.—Quiénes son sus enemigos.—Las entrañas de la invasión portuguesa.—El Congreso de Tucumán, Pueyrredón y Tagle.—García en Río Janeiro.—Lo reservado y lo reservadísimo.—Artigas proyectado en la sombra..... 5

CONFERENCIA XVIII

EL MILAGRO HEROICO

¡El espectro no mentía!—Artigas ante la gran conjuración.—Los secretos de las tinieblas.—El pueblo argentino.—Artigas y Güemes.—El pueblo oriental se apresta a la defensa heroica.—Chacabuco.—Las tres banderas: la de Bolívar, la de San Martín y la de Artigas.—Irrupción de la conquista portuguesa.—Plan de defensa de Artigas.—La salvación de Roma en Cartago.—Mitre, López, Alberdi.—Hombres y dioses.... 53

Digitized by Google
Original from
UNIVERSITY OF CALIFORNIA

CONFERENCIA XIX

LA INMOLACIÓN

Sangran las estrellas.—Geografía de la gran campaña.—El Uruguay y el Paraná.—Las Misiones Orientales y las Occidentales.—Andresito.—Hora solemne.—El primer choque.—Sitio de San Borja.—Sotelo y Chagas.—Ibiracoy.—India Muerta.—Corumbé.—Pablo Páez.—Casupá.—Sorpresa del Arapey.—Batalla del Catalán.—Visión de la victoria.—El desastre.—La Guardia Vieja de los Gauchos.—Irrupción de Chagas.—Destrucción de las Misiones Occidentales.—Embajadas de Vedia y de Durán y Giró.—«No venderé el patrimonio de los orientales.»—Lecor en Montevideo.—El genio infernal.—El primogénito de América.—La hija de los holocaustos 83

CONFERENCIA XX

EL HERMANO DE WASHINGTON

El grito airado de Artigas.—Relaciones exteriores.—Tratado con la Gran Bretaña.—Entrevista en Purificación con el cónsul de Estados Unidos.—Carta de Artigas a Monroe.—Organización del corso marítimo.—Los corsarios orientales.—La goleta *República Oriental*.—Gestiones del Directorio de Buenos Aires en Estados Unidos.—La de Saavedra y Juan Pedro Aguirre, en 1811.—La de Manuel Hermenegildo Aguirre, en 1817.—Artigas ante Washington.—Canning y Clay.—La doctrina de Monroe.—Las memorables sesiones del Congreso de Washington.—Triunfo del héroe.—El bravo y caballeresco Artigas, único campeón de la democracia en el Plata.—Misión de Rodney, Graham y Bland.—La fragata *Congress*.—El folleto de Cavia o de Pueyrredón.—Informes de los comisionados.—Prometeo encadenado..... 151

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

CONFERENCIA XXI

EL PERSONAJE REINANTE Y EL HÉROE

Tres años nocturnos.—San Martín y Artigas.—San Martín en Santiago de Chile y Carlos Federico Lecor en Montevideo.—San Martín se va; Artigas se queda.—El enemigo exterior y sus aliados interiores.—Las conspiraciones contra Pueyrredón.—Sarratea, Alvear, Carrera.—La guerra entre la fe y la incredulidad; entre la realidad y la apariencia.—El Brasil y su independencia.—Caudillos y caudillaje.—El personaje reinante y el héroe.—La causa artiguista..... 207

CONFERENCIA XXII

ENEMIGOS INTERIORES Y EXTERIORES

Asedio de Montevideo.—El Paso de Cuello.—Misa campal. — Bando de Lecor y protesta de Pueyrredón. — Artigas en la línea sitiadora. — Su entrada triunfal. — El silbido de la serpiente.—Caída y deserción de algunos fieles. — El batallón de Libertos. — Imprecaciones del héroe. — Los planes tenebrosos. — La siniestra faz americana de la cuestion.—El Calibán que ronda la isla.—El pueblo argentino inmune.—La conquista de las provincias por el Directorio.—Entrerríos, Santa Fe y Corrientes.—Hereñú. — Ramírez. — López. — Artigas, *el peligroso patriota*.—Saucesito.—Saladas.—Montes de Oca y Balcarce. — Últimas campañas de Artigas.—Lavalleja prisionero. — Prisioneros Otorgués y Bernabé Rivera y Andresito y Barreiro.—Nueva invasión de Buenos Aires a las provincias.—Plan de conquista, desolación y exterminio.—Ilusiones y desalientos de Belgrano.—Triunfo de las provincias bajo la dirección de Artigas.—San Martín acude a Artigas. — Envío de mediadores chilenos.—Rechazo de Pueyrredón. — Constitución republicana y envío de un embajador en busca de monarca.—Artigas vive. . 245

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

CONFERENCIA XXIII

EL DERRUMBE DEL SIMULACRO

Aproximación del desenlace.—Las tres entidades: Artigas, San Martín y la oligarquía.—La oposición.—Soler, Balcarce, Dorrego.—La conspiración de Sarratea, Alvear y Carrera.—La Constitución unitaria.—El envío de Valentín Gómez.—Pueyrredón substituído por Rondeau. —Rondeau y Artigas.—Rondeau llama a Portugal.—La sugestión paradisíaca.—«Seréis como dioses.»—Artigas busca el milagro heroico.—Victoria de Santa María.—Los caudillos galopan sobre Buenos Aires.—Derrumbe del simulacro.—El año XX.—El espíritu de Artigas flotante sobre las aguas..... 327

CONFERENCIA XXIV

LA VÍCTIMA PROPICIATORIA

Queda San Martín.—Su desobediencia.—El Acta de Rancagua.—Hacia el Perú.—San Martín sube y Artigas declina.—La Quebrada de Belarmino. —La última sangre: Tacuarembó.—Cae la noche. —La hora de soledad.—¡Ríndete, Artigas!—Con el sol de los vencidos en la espalda.—La última mirada a las colinas de la patria..... 369

CONFERENCIA XXV

EL REY LEAR

Guillermo Shakespeare.—Lear y Cordelia.—Artigas en territorio occidental.—Rey de pies a cabeza. —El Tratado del Pilar.—Cláusulas públicas y secretas contra Artigas y San Martín.—La tempestad sobre la cabeza del héroe.—Ramírez, instrumento de los odios implacables.—En lucha con la tempestad.—Triunfo de Artigas en Las Guachas.—El héroe traicionado y vencido.—Rechazo de toda amnistía.—La patria de Wash-

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

ington le ofrece asilo.—Sus indios le ofrecen más sangre.—Se va con el lobo y la lechuza.—Pide refugio a Rodríguez de Francia.—El último puñado de monedas.—Lear y Cordelia en la prisión. 381

CONFERENCIA XXVI

LOS TREINTA Y TRES

Artigas en el Paraguay.—Francia y Artigas.—En el Convento de la Merced.—En Curuguaty.—La Provincia Cisplatina.—La Patria Oriental no está muerta.—El despertar.—Portugueses y brasileños.—El Imperio del Brasil.—La provincia de Buenos Aires y la de Montevideo.—Ayacucho.—La mañana del 19 de abril.—Los treinta y tres.—Lavalleja.—Rivera.—25 de agosto.—La carta magna de la Florida.—Incorporación a las demás provincias de América.—La declaración del 25 de agosto de 1825 y la de 25 de mayo de 1810.—Rincón de Haedo.—Nuestro Chacabuco: Sarandí, Santa Teresa.—La alianza.—Ituzaingó y Las Misiones.—Es preciso hacer la paz.—El protocolo de 27 de agosto de 1828.—La ley del cielo subterráneo. — La República Oriental del Uruguay 413

CONFERENCIA XXVII

ARTIGAS MUERTO

El viejo sembrador anacoreta.—¿Precursor? ¿Fundador?—Los héroes olvidados.—La ausencia de Artigas.—Juan Manuel de Rosas.—La serpiente de Faraón.—Artigas resurge.—Rivera manda por él.—¿Artigas, presidente de la República?—Misión de Albín y Pla.—Carlos Antonio López.—En Ibiray o Trinidad.—Los cinco últimos años.—Autopsia del corazón del héroe.—Los tres latidos.—José María Artigas.—Beaurepaire-Rohán.—José María Paz y Juan Manuel de Rosas.—Reminiscencias de gloria.—El mensaje sagrado permanece.—Permanece el carácter.—Llegada del silencio.—Muerte.—Proyección de su sombra . . 566

Digitized by Google Original from UNIVERSITY OF CALIFORNIA

Digitized by Google

Original from
UNIVERSITY OF CALIFORNIA

Digitized by Google

Original from
UNIVERSITY OF CALIFORNIA

Digitized by Google

Original from
UNIVERSITY OF CALIFORNIA

Digitized by Google

Original from
UNIVERSITY OF CALIFORNIA

THIS BOOK IS DUE ON THE LAST DATE
STAMPED BELOW

AN INITIAL FINE OF 25 CENTS
WILL BE ASSESSED FOR FAILURE TO RETURN
THIS BOOK ON THE DATE DUE. THE PENALTY
WILL INCREASE TO 50 CENTS ON THE FOURTH
DAY AND TO $1.00 ON THE SEVENTH DAY
OVERDUE.

DEC 3 1940

DEC 4 1940

SEP 2 2 1992

CIRCULATION

Digitized by Google

LD 21-100m-7,'40 (6936s)

UNIVERSITY OF CALIFORNIA